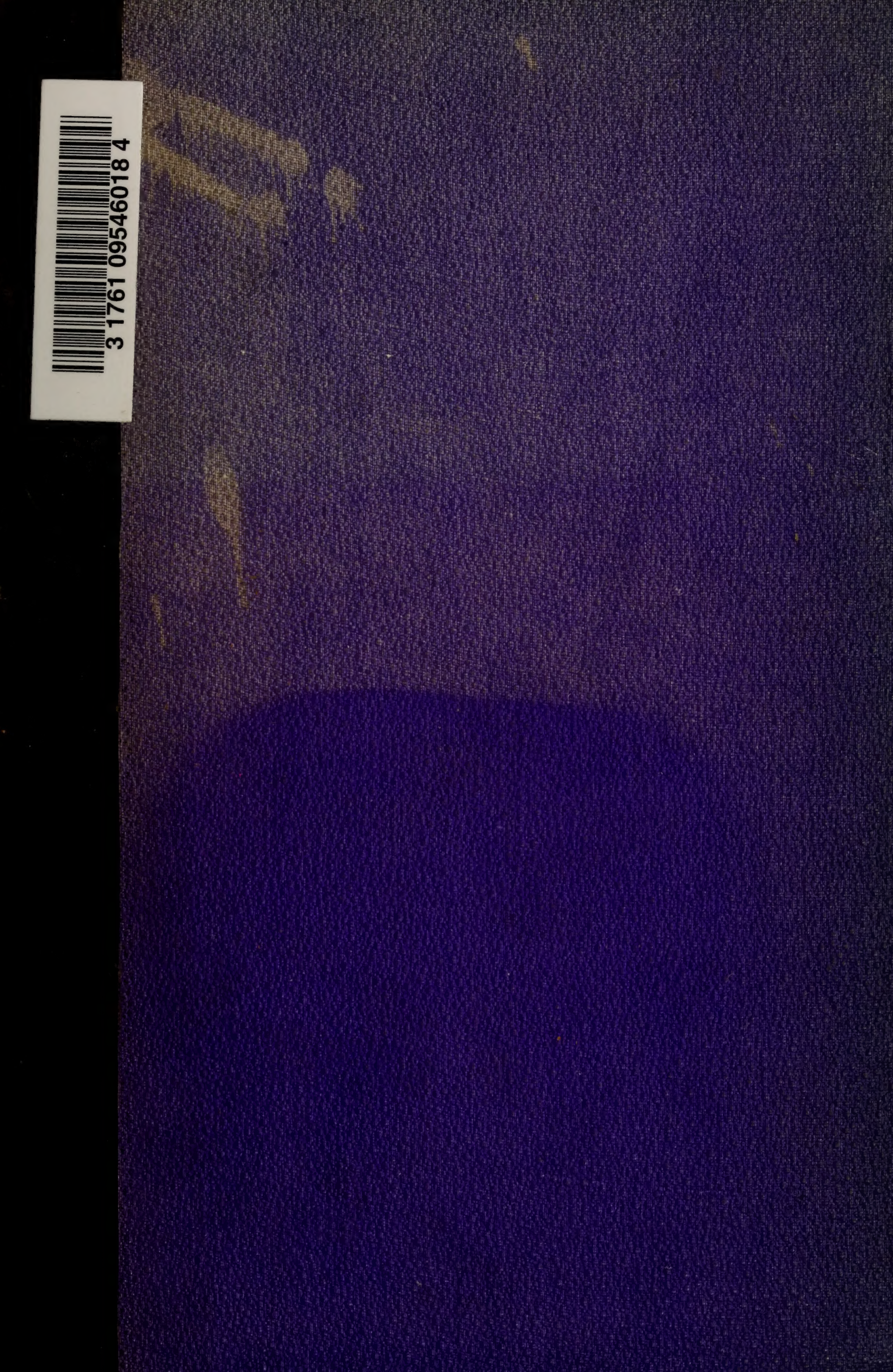

3 1761 09546018 4

JUAN DE DIOS

JUAN DE DIOS

NOVELA HISTÓRICA

POR

D. EMILIO MORENO CEBADA

ILUSTRADA POR

D. EUSEBIO PLANAS

Bienaventurados los misericordiosos:
porque ellos alcanzarán misericordia.
S. Mat. cap. V.

TOMO SEGUNDO

BARCELONA
EMPRESA EDITORIAL A. RIUDOR Y C.ª,
CALLE DE MENDIZÁBAL, NÚMERO 4
1877

BARCELONA.
IMPRENTA DE JAIME JEPÚS.
CALLE DE PETRITXOL, NÚMERO 10.
1877.

JUAN DE DIOS

LIBRO SEGUNDO.

El Espíritu de Dios.

CAPITULO PRIMERO.

Un pronóstico de Juan de Dios.

Fijemos nuestra vista nuevamente en la morisca ciudad de Granada, y busquemos los personajes que forman los principales protagonistas de nuestra obra.

La fundacion del humilde Juan de Dios, que guiado por el espíritu del Señor habia llevado á cabo, ha producido los más ópimos frutos.

En el sagrado recinto de su hospital se reunen todas las miserias, todos los dolores de la vida.

Miéntras la mayoría de los hombres corre trás las grandezas de la tierra, busca placeres que recreen su

espíritu y se aleja de las moradas del llanto, Juan de Dios, como olvidado de si mismo, entregado por completo al amor de Dios y al de sus semejantes, corre presuroso en busca del dolor para proporcionarle alivio, de las lágrimas para enjugarlas, de las llagas para cicatrizarlas.

¡Cuánta diferencia hay entre el espíritu del mundo y el espíritu de Dios!

¡De qué manera tan diferente obran los que sólo tienen por ley los caprichos del corazon y las veleidades de la fantasía, y los que, fija la vista en la eternidad, buscan la regla de su conducta en los consejos del Evangelio, de ese libro de oro, cuyo aroma embalsama el mundo entero, que tiene consejos para todos los estados, y consuelos para todos los males de la vida!

Juan de Dios pertenecia á estos últimos.

Cual otro Pablo, miraba como basura todas las cosas de la tierra, en su afan por ganar á Jesucristo.

Vendedor de libros ántes que religioso, pero revestido ya del espíritu de Dios, habia sufrido injurias de todas clases y habia sido reputado por loco.

El mundo siempre califica de locura la virtud.

El Santo de los santos habia sido cubierto con la vestidura de los dementes en casa de uno de sus jueces.

¡Qué más dicha que el ser tratado como lo fué el Redentor de la humanidad!

Juan de Dios ya religioso, no habia dejado de tener que sufrir.

¡Y como nó! Dedicado á la práctica del bien, en medio de un mundo donde reina el egoismo, á aliviar las necesidades de sus hermanos, en una sociedad, cada uno de cuyos individuos sólo busca su propio provecho, á curar los dolores ajenos, allí donde cada cual acude tan sólo á las propios, necesariamente habia de encontrar ingratitudes é injurias.

Pero los varones de Dios no paran mientes en estas cosas y procuran únicamente descansar en el testimonio de una conciencia tranquila, en la satisfaccion de haber cumplido con sus deberes.

Juan de Dios era un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres.

Era una lumbrera colocada en el candelabro del santuario que iluminaba de lleno la conciencia de los demás hombres.

Su ejemplo le hizo tener muchos imitadores.

Varones distinguidos, algunos de los cuales ocupaban elevados puestos en el órden social, se despojaron de sus honores, y siguiendo las huellas de Juan de Dios, vistieron su hábito y abrazaron su santo instituto.

¡Qué edificante era ver á la cabecera de los pobres enfermos á aquellos hombres que se habian mecido en dorada cuna, y que ántes habian vivido rodeados de comodidades!

¡Qué edificante era el verles curar aquellas llagas y emplearse en los más humildes oficios!

El mundo desconoce esta filosofía del amor cristiano.

Y es porque esta filosofía nacida del Evangelio, es la contraposicion de esa otra filosofía, que reconoce por autor al espíritu del mundo.

El órden ilustre de San Juan de Dios se extendia con rapidez, y de todas partes escribian al santo fundador pidiéndole religiosos que fuesen á fundar.

No por esto adquiria Juan propia estimacion. Sabia que todo lo bueno proviene de Dios, y para Dios queria toda la gloria.

De su persona formaba el más bajo concepto, reputándose el hombre más inútil de la sociedad; y sin embargo, ¡qué héroe de esos á quienes el mundo erige estátuas, ha dispensado mayores bienes á la sociedad! ¡Qué obra de las que ha producido la inteligencia humana, ha dado más positivos resultados!

El corazon de Juan de Dios, cortado segun la medida del de Jesucristo, era todo caridad y misericordia.

No distinguia entre amigos y enemigos, entre buenos y malos: á estos admiraba y á aquellos los compadecia.

Aborrecia al pecado, pero no al pecador.

Y sin haber recibido el sacerdocio, con aquella sabiduría de la Cruz, que el cielo le habia comunicado,

alentaba á otros á la práctica del bien, llenaba de celestiales consuelos á los que se hallaban afligidos, y era un verdadero maestro de la perfeccion cristiana.

Su más constante predicacion era el buen ejemplo de sus virtudes.

Entre las muchas almas que á él debieron la perseverancia en el camino del bien, se encontraba la inocente Victoria, á quien Juan habia puesto bajo la direccion del sabio y santo *Apóstol de Andalucía.*

Y él no dejaba de alentarla y le proporcionaba los medios de poder ejercer la misericordia.

Dios inspiraba á Juan, al que concedió todos sus dones.

Un dia dijo á Victoria:

—¿Estás dispuesta á sufrir nuevas tribulaciones y grandes trabajos?

—Con la ayuda del que me conforta todo lo podré, respondió la jóven.

Juan permaneció callado, con la vista fija en tierra.

—¿Por qué me haceis esa pregunta? replicó Victoria.

—Porque tal vez Dios quiera probarte como al oro en el crisol.

—Hé aquí su sierva: hágase en mí lo que sea su voluntad soberana.

—Pues bien; ora mucho, porque se acercan dias de tribulacion para tu alma, y ¡dichoso es el que persevera hasta el fin! Este tan sólo será coronado.

Era indudable que Juan de Dios estaba adornado con el don de profecía.

Victoria esperó tranquila desde aquel momento la realizacion del pronóstico del santo religioso.

CAPITULO II.

Donde Victoria empieza á referir á Juan de Dios la historia de su secuestro por Beatriz.

Ya verémos que no se hizo esperar mucho tiempo la realizacion del vaticinio hecho por Juan de Dios á la inocente Victoria.

Habia hablado por inspiracion superior.

Victoria era buena, estaba adornada de lo que llamamos comunmente un corazon de oro.

¿Por qué, pues, estaba destinada á sufrir y padecer?

¿Por qué habia de pasar una vida de sinsabores y de amarguras?

Vamos á ver si damos con la explicacion de un fenómeno que cada dia se nos presenta ante la vista.

Comunmente vemos al impio, al hombre malvado, exaltado como los cedros del Líbano y halagado por

la fortuna, en tanto que el justo se vé rodeado de tribulaciones.

Esto constituye por si sólo una prueba de que no es este mundo la verdadera patria del hombre.

Si Dios hubiese dispuesto que no fuese así, y que por el contrario el hombre encontrase su fin en el sepulcro, sin que para él hubiese nada al otro lado del polvo de la tumba, esos sufrimientos de los justos y la prosperidad de los malvados argüiria injusticia en el Autor de la naturaleza. ¿Puede concebir la humana razon un Dios falto de justicia, de ese atributo esencial de la Divinidad?

Con tan breve razonamiento, sin necesidad de acudir á otros argumentos teológicos ó filosóficos basta para dejar probada nuestra tésis.

Y del conocimiento de esta verdad nace esa tranquilidad de alma, esa resignacion heróica con que los justos, no sólo sufren gustosos, sino aún desean las tribulaciones.

Hecha esta reflexion, vamos á informar al lector de los inmensos trabajos á que la Providencia sujetó á la inocente Victoria, sin duda porque queria purificarla como el oro en el crisol, para que la recompensa eterna que le esperaba fuese más espléndida, si así podemos decirlo.

Empero, no vamos á narrar por nosotros mismos la triste historia del cautiverio sufrido por Victoria, ni las crueldades de su mortal enemiga la pérfida Beatriz.

Nos parece más oportuno que la misma Victoria, la ilustre mártir de sus deberes, nos refiera con todos sus detalles esta página de su vida.

Escuchémosla.

I.

Era una hermosa mañana de primavera.

La poética Granada parecia desplegar todas sus galas y todo el encanto de que fué revestida por el Autor de la naturaleza.

Entre los arabescos y magníficos edificios que ostentaba aquella sultana de las ciudades españolas, que por espacio de seis siglos habian permanecido subyugadas al poder sarraceno, se elevaba uno humilde, de arquitectura cristiana, que á pesar de su modesta apariencia era uno de los notables, de los más importantes, por lo que representaba y por lo que contenia.

No era un suntuoso alcázar que representára el poder de un monarca y que abrigára en su seno grandes y magnates. Era, sí, un edificio levantado por la caridad cristiana, una casa donde se albergaba el llanto y el dolor, y donde unos hombres que despreciaban las coronas de la tierra buscaban las inmortales del cielo por el santo ejercicio de la misericordia.

Aquí un hombre que padece y allí un hermano que le consuela, que le medicina, que cura sus llagas,

que le alimenta y cuida con el mismo cariño y asiduidad que una madre tierna y cariñosa pudiera hacerlo con el hijo de sus entrañas.

Aquella era la casa de Dios, porque lo era de sus pobres.

Era el hospital fundado por Juan de Dios, por ese hombre angelical que más tarde habia de ser elevado á los altares, para modelo de la humanidad, para confusion de esos hombres egoistas que sólo viven para sí y que no paran mientes en las necesidades de sus hermanos, por extraordinarias que sean.

En una sala destinada á las visitas y donde esperaban los que deseaban saber del estado de algun enfermo, sentado en un tosco sillon, se halla el santo fundador del hospital; y á su lado, á corta distancia, una mujer aún jóven, pálida y con las huellas de grandes padecimientos ocupaba otro asiento igual.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de la jóven.

El religioso se hallaba profundamente conmovido, tenia las manos juntas ante el pecho, y la vista fija en el pavimento.

Por algun tiempo ambos permanecieron en silencio. Al fin, el religioso levantó la vista y la fijó en una imágen del Crucificado que se hallaba sobre una mesa.

Después se dirigió á la mujer y la dijo:

—Fija tu vista, Victoria, en esa imágen del Redentor de la humanidad. Jesús era el santo de los santos,

la inocencia por esencia; siendo Dios se revistió de nuestra naturaleza para satisfacer por nuestros pecados; vino á los suyos y los suyos no le recibieron: por todas partes iba haciendo bien, derramando á manos llenas sus beneficios, y fué injuriado; y afrentado y sufrió azotes y otros muchos tormentos, y, por último, exhaló su postrer aliento en el patíbulo de los delincuentes, perdonando á los mismos verdugos que le sacrificaban. Por esto nosotros debemos gloriarnos en los padecimientos, y perdonar y pedir perdon á Dios para aquellos que nos los han proporcionado. Perdonemos, pues, Victoria, para que Dios nos perdone.

—¡Ay, hermano Juan de Dios! Ni un momento, en mèdio de mi cautividad, he deseado mal á mi mortal enemiga. Yo creí que moriria sin volver á ver la luz del sol, y mi principal ocupacion de cada dia era el rogar á Dios por ella, suplicándole que la convirtiese y salvase su alma.

—Has obrado como verdadera discípula de nuestro divino Maestro Jesús, y de Él recibirás la recompensa eterna, le respondió Juan de Dios, cuyo rostro pareció trasfigurarse á medida que hablaba la virtuosa doncella.

—Bien; continuó el siervo de Dios; ahora que estoy convencido de que no hay ódio en tu corazon, sino solamente amor, puedes empezar á relatar la historia de tu martirio, porque creo que un verdadero marti-

rio has sufrido en el espacio de los cinco meses en que no te he visto. Habla, pues.

Victoria empezó de la manera siguiente:

II.

Era el cinco de Diciembre.

No sé si recordaréis, hermano Juan, que por aquellos dias, prestaba mis pobres servicios á una anciana septuagenaria que vos me habíais muy especialmente recomendado, y que se llamaba Catalina.

—Sí, lo recuerdo, dijo el santo religioso: era una mujer muy buena.

—Pues bien; en el dia que he citado, entregó su alma á Dios, siendo verdaderamente edificante su muerte. Yo cerré sus ojos, la amortajé, y no siendo ya allí necesaria mi presencia, abandoné aquella casa dirigiéndome á la mia.

Era el anochecer.

¡Ay, hermano Juan! ¡Qué bien me tenian preparada la emboscada.

Una mujer pobremente vestida, y al parecer anciana, iba delante de mí llorando, y de modo que yo pudiese oirla, exclamó:

—¿Es posible que así Dios abandone á las criaturas? ¿Habré de ver morir á la hija de mis entrañas, más de miseria y falta de cuidados que á causa de la enfermedad? ¡Dios no es justo para conmigo!

Me estremecí al escuchar aquellas palabras sacrílegas, y dirigiéndome á la que de tal modo se lamentaba, la dije:

—¿Qué os aflige, buena mujer? ¿Y por qué así dudais de la justicia de Dios?

—Porque me ha abandonado, respondió.

—Eso no es posible, la dije; Dios no abandona á nadie y aún ahora mismo, en el momento en que habeis blasfemado os dá una prueba de su misericordia y bondad, proporcionándoos algun remedio á los males de que os quejais.

—¿Y dónde está ese remedio? me preguntó dirigiéndome una mirada de desconfianza.

—En esta pobre criatura con quien hablais, quien os proporcionará algunos recursos y se constituirá enfermera de esa vuestra hija que tanto amais. He aquí el remedio de que os hablo.

—¡Vos sois, exclamó, un ángel que Dios me envia! Me arrepiento de haber blasfemado: pero, ya se vé, cuando una se encuentra llena de tribulaciones, sin recursos ni amparo de nadie, cuando se vé á una hija en el estado en que está la mia, no sabe una lo que dice ni lo que hace. El dolor es quien mueve los labios y le hace proferir espresiones que nunca hubiese pensado. ¡Dios me perdone!

—Dios nos perdone á todos, que bastante le ofendemos, le repuse.

—Pues bien; si gustais, añadió aquella mujer, os

conduciré á mi casa, para que empeceis á ejercer vuestra obra misericordiosa.

Yo estaba fatigada y con mucha necesidad de reposo. Habia pasado tres noches sin dormir, siempre á la cabecera de la pobre Catalina, y casi me era imposible dejar pasar más tiempo sin tomar algun alimento.

A pesar de esto, no quise dejar pasar aquella ocasion de hacer bien á mis semejantes.

Puesta toda mi confianza en Dios, seguí á la mujer, que me condujo á los afueras de la ciudad, diciéndome que no estaba léjos su pobre albergue.

Os confieso, hermano Juan, que tuve miedo.

El corazon me presagiaba que me exponia á algun trabajo.

Pero calculé si esto podia ser una tentacion del demonio para que no ejerciese el acto de caridad que me habia impulsado á seguir á mi conductora, y seguí adelante.

¡Qué pocas veces el corazon se engaña!

En el camino ví un magnífico carruaje parado, y á su lado dos hombres que hablaban.

Pasamos por junto al carruaje.

En aquel momento, mi conductora, que hasta entónces habia creido anciana y que caminaba agoviada, se irguió, y dijo á aquellos hombres:

—Vamos; ya estamos aquí.

Abrióse la portezuela, y asomando la cabeza una mujer encubierta con un manto, exclamó:

—No hay tiempo que perder, adentro con ella.

Yo me asusté tanto, que casi quedé sin aliento para hablar; pero, al fin, haciendo un esfuerzo exclamé:

—¿Pero que vais á hacer de mí?

No recibí contestacion alguna. Aquellos hombres me levantaron con la mayor ligereza y me metieron en el carruaje, donde caí desplomada y casi sin sentido.

—Adelante y no parar, dijo á sus criados la señora que habia aparecido en el coche, luego que hubo entrado en él la que tan villanamente me habia engañado.

Después, dirigiéndose á mí, me dijo:

—Ya estás en mi poder, y no habrá quien te libre de mí. Yo te enseñaré á no ser hipócrita y á no robar los maridos.

Entónces comprendí que aquella mujer era Beatriz, la esposa del desgraciado Alberto.

Oprimióseme el corazon y creí que era llegado mi último momento.

Beatriz sacó de su bolsillo un pomito de cristal y lo aplicó á mi nariz.

En el momento perdí el conocimiento, que debí tardar mucho tiempo en recobrar.

III.

—Válgame Dios, exclamó el hermano Juan: ¡cuán-

ta maldad hay en el mundo! Dios lo permite, y sus juicios son inescrutables. ¡Bendigamos su providencia! Continuad, hermana, continuad, si no os sentís fatigada en demasía.

—Continuaré, pues me siento con ánimo para ello, dijo Victoria. Deseo que conozcais todos los detalles de mi secuestro y prision. ¡Os horrorizaréis, padre mio, cuando os los referiré!

Y continuó hablando de este modo:

—Como os he dicho ántes, no sé cuanto tiempo estuve privada de conocimiento.

Cuando volví al uso de mis sentidos, me encontré recostada sobre un monton de paja.

Tódo estaba muy oscuro.

Fijé mi atencion en cuanto me habia pasado, y vine á comprender que me hallaba prisionera en algun subterráneo.

Me levanté, y tentando las paredes anduve toda la habitacion en que me encontraba.

No habia mueble alguno.

Ni una silla, ni un taburete donde poder sentarme.

Cuando volví á encontrarme con el monton de paja que me habia servido de lecho, me arrojé en él llorando.

Estuve á punto de desesperarme: lo confieso con vergüenza; pero, ¡somos tan débiles las criaturas!

Aquello fué cosa de un momento.

Dios me trajo al pensamiento el recuerdo de los mártires, y esto me animó.

—Es una ingratitud, me dije á mi misma, el bendecir á Dios cuando estamos en la prosperidad, y no hacerlo en el dia de la desgracia.

—Y pensásteis muy bien, dijo Juan de Dios. Cuanto mayores eran los trabajos que el Señor mandaba á Job para poner á prueba su paciencia, con más fervor aquel santo varon bendecia su nombre y le colmaba de alabanzas. Lo mismo han hecho siempre los mártires del cristianismo.

—En el momento que aquel pensamiento asaltó mi mente, continuó Victoria, me arrodillé sobre el duro pavimento, dí gracias al Señor porque se dignaba acercar á mis labios una copa de amargura y recé con el mayor fervor.

Entregada por completo en sus manos, y confiada, me encontré más tranquila.

Mi cabeza estaba dolorida.

Era indudable que habia estado bajo la accion de un narcótico.

Mi debilidad era extrema.

Esto y el cansancio hicieron que el sueño se apoderára de mí.

No sé el tiempo que dormí.

Cuando desperté, ví por un hueco pequeño que habia junto á la bóveda que entraba claridad.

—Es de dia, dije: verémos si viene alguien ó

piensan dejarme morir aquí en este subterráneo.

Habria pasado como cosa de una hora, segun me pareció, cuando oí que se habrian algunas puertas, y después sentí pasos.

A poco se abrió la de mi prision.

Yo temblaba de los piés á la cabeza.

Presentóse ante mí un hombre de muy mal aspecto, que traia un largo puñal colgado en el lado izquierdo.

En el brazo traia un canasto.

De él sacó un pan, un pedazo de carne asada y un botijo con agua.

Lo colocó todo en el suelo, y me dijo muy secamente:

—Aquí queda esto para que os alimenteis. La señora me ha encargado que os cuide, pues no quiere que os murais de necesidad.

—Gracias, le dije. Y me atreví á añadir:

—¿Pero sabeis si va á durar mucho tiempo mi prision?

Léjos de contestarme aquel hombre feroz, soltó una carcajada satánica, me volvió la espalda, y cerró con doble llave mi calabozo.

Como era tan grande la necesidad que sentia, comí una parte de aquella carne con un trozo de pan, y bebí del agua que allí me habia dejado.

Dí gracias á Dios y esperé el resultado de los acontecimientos.

Sólo Dios podia infundirme el valor que necesitaba para soportar aquella situacion.

IV.

En todo el dia no pareció nadie por mi prision.

Yo no consumí ni la mitad de las provisiones que me habia dejado mi carcelero, que por tal podia tener ya al hombre que habia visto.

Tenia conmigo mi libro de devociones.

Quise leer en él para encontrar consuelo, pero me fué imposible.

La luz que penetraba por junto la bóveda era muy ténue, y tan sólo podia servirme para hacerme conocer cuando era dia y cuando noche.

—¿Qué será de mí? ¡oh Dios! exclamaba en mi triste soledad. ¿Y por qué esta mujer se complace en atormentarme, cuando ningun mal le he causado?

Y pedia á Dios que se compadeciese de ella, que la llevase á un verdadero conocimiento y salvase su alma, que en tanto peligro se hallaba.

¿Pero, que es eso, hermano Juan? ¿Por qué las lágrimas corren por vuestras mejillas? ¿Os mortifico con lo que vengo narrando? Sólo lo hago por obedeceros: si quereis, callaré.

—Nó, hija mia, nó: replicó Juan de Dios. Estas lágrimas que brotan mis ojos son de gozo y de alegría. Veo que sois una santa y que me estais dando

unos ejemplos que ojalá fuese yo capaz de imitar: pero yo no soy más que un mísero pecador, un hombre frágil y miserable, lleno de muy grandes imperfecciones.

—No me confundais, hermano Juan, dijo Victoria. Si algo bueno hay en mí, lo debo, en primer lugar, á Dios, y en seguida á vos, que habeis sido el instrumento de que se ha servido para que yo dirija mis pasos por el camino del bien.

—¿Y no sabeis, hermana mia, que Dios cuando es su voluntad se sirve de las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes? Yo puedo haber sido un instrumento de Dios, sin dejar por eso de ser un hombre miserable. Pero, en fin, dejemos esto, y volvamos á nuestro asunto. Continuad refiriéndome cuanto os ha ocurrido hasta el dia en que Dios os ha proporcionado los medios de que recobreis la libertad, para que sigais empleándoos en el ejercicio santo de la caridad cristiana, que acabará de purificar vuestra alma.

—En él continuaré, respondió Victoria, con la ayuda de Dios, hasta el fin de mi peregrinacion sobre la tierra. Pero hemos de pensar en otra cosa, en lo que estoy vivamente interesada. Es necesario que procuremos á todo trance la salvacion de Beatriz: es muy desgraciada, y vos sois, hermano Juan, el que más habeis de trabajar en este asunto tan grato á los ojos de Dios.

—Haré cuanto esté en mi mano, respondió el santo religioso.

Y añadió:

—Pero veo que se vá haciendo tarde y tengo que atender al cuidado de mis pobres enfermos. Retiraos ahora á tomar reposo, y volved esta tarde para que continueis vuestro relato.

Victoria obedeció; se retiró á su casa, y Juan de Dios, lleno del espíritu de caridad, se dirigió á la enfermería.

CAPITULO III.

En el que Victoria continua su relato.

I.

¡Que diferencia tan extraordinaria hay entre el espíritu del mundo y el espíritu de Dios! Victoria habia recibido grandes injurias de Beatriz, y los más crueles tratamientos, como verémos en este capítulo; y, sin embargo, léjos de pensar en tomar venganza, excita á Juan de Dios á que trabaje en favor de ella procurando salvar su alma.

De este modo se vengan los que están revestidos del espíritu del Evangelio y no tienen otro modelo para arreglar su conducta, que la Divina Víctima que voluntariamente y por un efecto de su amor á la humanidad, fué sacrificada en lo alto del Gólgota.

Estos vuelven bien por mal, favores por agravios,

porque no pierden de vista el mandato de Jesucristo: *Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.*

Los que viven del espíritu del mundo corrompido no comprenden como puede ponerse en práctica este soberano mandato, porque no se encuentran con fuerzas suficientes para dejar de tomar venganza del más pequeño agravio.

La gracia forma los héroes del cristianismo.

A la hora convenida, Victoria se hallaba nuevamente en el convento de hospitalarios.

El santo fundador la esperaba.

La ilustre heroina continuó el relato que habia dejado interrumpido por la mañana, del modo siguiente.

II.

Vino la noche.

Como ya os he dicho, durante el dia nadie se habia presentado á interrumpir el silencio que reinaba en aquella especie de sepulcro donde me encontraba.

Yo quise dormir, pero no podia.

A cada momento esperaba que se abriese aquella puerta y que se presentase alguno tal vez con el objeto de asesinarme.

Estrechaba contra mi pecho el pequeño Crucifijo

que siempre me acompaña, y encomendaba mi alma al Criador con todo el fervor del que ve de cerca la muerte.

No sé el tiempo que pasé en mis oraciones; pero debia de ser la media noche, cuando no solamente sentí el ruido de abrirse puertas, sino que por el agujero de la llave que cerraba mi prision entró claridad.

Yo me estremecí.

Ni me atrevia á levantar los ojos del suelo.

Por fin se abrió esta puerta, y ante mis ojos apareció Beatriz.

Más que mujer parecia un espectro.

Estaba cubierta con un vestido negro, el pelo suelto sobre su espalda y sostenia con su derecha mano un hacha de viento encendida.

Sus ojos parecia que se querian desprender de sus órbitas.

Tras ella estaba el criado que me habia llevado por la mañana las provisiones, teniendo otra hacha.

Beatriz me miró atentamente, y después, volviéndose al criado, le dijo:

—Sal y espérame donde te he dicho.

El criado obedeció.

Beatriz se acercó á mí, y, después de contemplarme unos cortos momentos, me dijo:

—Ya vez que no hay poder humano que pueda librarte de mis manos. Pero vengo de paz y con áni-

mo de ofrecerte la libertad que has perdido. Aún podemos ser amigas. Aún puedes contribuir á salvar mi alma porque estoy á punto de condenacion.

—¿Y qué puedo hacer, señora? la dije.

—Es muy sencillo. Yo te perdonaré cuanto has hecho y la tranquilidad que por tanto tiempo me has arrebatado, con sólo que me digas qué has hecho de mi Alberto. Por tí me ha abandonado, y yo no puedo vivir sin su amor. Dime donde está Alberto, donde está mi esposo, y saldrás de aquí y partiré contigo mis riquezas y seré en adelante tu mejor amiga. Habla, no te detengas. ¿Qué esperas?

—Señora, la dije cayendo de rodillas á sus piés. Os juro por la salvacion de mi alma, que ignoro lo que me preguntais. Yo no tengo relaciones de ninguna clase con Alberto: para mi murió desde el momento en que se casó con vos y no he vuelto á verle; no sé lo que ha sido de él. Creedme, señora: yo no tengo más trato con el mundo que el que me proporciona el ejercicio á que me he dedicado de asistir á los enfermos.

En vez de aplacarse con mis palabras se enfureció, y sacando un puñal empezó á blandirlo en el aire.

—No te creo, exclamó: yo no creo á los hipócritas y tu cara revela que te hallas revestida de hipocresía. ¿Y no conoces, infeliz, que si me exasperas morirás á mis manos? ¿Por qué no me dices la verdad?

—Haced lo que sea vuestra voluntad, la dije; pero la verdad os he dicho. Yo no sé mentir.

—Pero yó sé, añadió, que cuando él faltó de Granada, faltáste tú en el mismo dia. Tú has regresado; pero de él no he vuelto á saber una palabra, y tú debes saber su paradero.

—Yo, señora, la respondí, si me ausenté de Granada fué momentáneamente con mi madre y ni noticia tenia de la marcha de Alberto. Yo no habia vuelto á ocuparme de él, desde que fué vuestro esposo. Os lo repito y esta es la verdad. Dios me es testigo de que es así.

—Pero tú le habias amado.

—Y en esto no os habia hecho ninguna ofensa. Comprendedlo, señora. Fué mi primero, mi único amor en la tierra. Me abandonó por vos, y yo presencié el acto solemne en que recibísteis las bendiciones del sacerdote. ¿Por qué os he de negar que una espada de dolor atravesó mi alma? Pero me aconsejó la resignacion un varon de Dios que no conoce las pasiones humanas, y me conformé con mi suerte y dediqué desde entónces todo mi amor á Dios, al que he buscado en el santo ejercicio de la caridad cristiana.

Beatriz parecia estar fuera de sí.

Empezó á dar paseos por el subterráneo, y exclamó:

—¡Si será todo cierto! ¡Si todos serán buenos y yo únicamente seré mala!

Y dejó caer la cabeza sobre la mano izquierda.

Después me dirigió de nuevo la palabra.

—Mañana, me dijo, estarás con más comodidad y te servirán ricos manjares. No quiero que te quejes de mí. Te doy tiempo para que recapacites y comprendas la cuenta que te tiene y las ventajas que te reportará el hablarme con sinceridad y franqueza. Si así lo haces, ya te lo he dicho, seré tu mejor amiga: pero ¡ay de tí si prosigues en tu obstinacion en hablar!

Y volvió á blandir su puñal.

Y sin pronunciar más palabras desapareció, y tras ella se cerró la puerta.

Las tinieblas volvieron á rodearme.

III.

No puedo pintaros cual era en aquellos momentos el estado de mí espíritu.

¿Qué iba á ser de mí?

En mi concepto, Beatriz no estaba completamente en su juicio.

¿Y no podia pensarlo así?

A los ofrecimientos seguian las amenazas más crueles.

Tan pronto me trataba de pérfida y embustera, como repetia: «¡Si todos serán buenos y yo únicamente seré mala!»

Pero, sea como quiera, el caso es que yo me consideraba en un grave peligro.

Ella volveria á visitarme, me interrogaria nuevamente; y, como yo nada podia añadir á lo anteriormente dicho, tal vez escitaria su furor hasta el extremo de que clavase en mi pecho el puñal asesino.

Me encomendé nuevamente á Dios, invoqué el auxilio de la Vírgen Santísima y procuré dar algun descanso á mi fatigado cuerpo.

IV.

Al dia siguiente, creo que debia ser bien temprano, se abrió nuevamente la puerta de mi calabozo.

Mi carcelero del dia anterior, el mismo que habia acompañado á Beatriz en su visita nocturna, apareció trayendo una linterna en una mano que colocó en el suelo.

Con mayor amabilidad que la que podia esperar, me dijo:

—Voy á cumplir las órdenes de la señora.

Nada le contesté.

Y continuó:

—Es su voluntad que esteis con la mayor comodidad posible; pero como no puedo tomar para esto ningun compañero, tendré que arreglar esta habitacion con despacio.

De su cintura pendia un manojo de llaves.

Abrió la puerta de par en par, y volviéndose á mí.

—No intenteis, me dijo escaparos, porque os encontraríais primero con otras puertas que están cerradas y luego con este.

Y sacó un puñal de su vaina, mostrándomelo.

—Esto, añadió, os lo digo por vuestro bien, porque no os quiero mal: pero las órdenes que tengo son terminantes.

Salió y al poco tiempo volvió á entrar.

Hizo varios viajes, hasta tanto que dejó colocados en mi prision una mullida cama con blanquísimas sábanas y mantas de abrigo, una mesa, una silla y otros varios objetos.

Cuando hubo terminado estas operaciones, se ocupó en la de echar fuera la paja que me habia servido de lecho, barriendo toda la habitacion.

—Ya veis, me dijo; vais á estar aquí como una reina: lo único que os faltará será la luz del sol; pero á esta necesidad acudirémos haciendo que tengais contínuamente luz artificial.

Y entró un farol que colgó en una cuerda que pendia de la bóveda y cuyos extremos estaban sugetos á un clavo en uno de los rincones.

Aquello fué un consuelo para mí.

Por lo ménos no estaria siempre en tinieblas como ántes, y podria leer en mi libro de oraciones.

Muy pronto volveré y os traeré vuestro almuerzo.

Yo no hacia más que observar y no hablaba palabra alguna.

—Veo, me dijo aquel hombre de siniestro aspecto, que estais muy callada. A nada de lo que os digo me contestais.

—¿Y qué os he decir? repuse.

—Me parece, añadió, que no sois muy agradecida.

—No os comprendo.

—Es que me estais dando que trabajar más que todos los diantres, y sin embargo parece que despreciais hasta mis palabras.

—Líbreme Dios, dije, de despreciar á ningun semejante mio, aunque este semejante fuese mi verdugo; y por otra parte yo no tengo la culpa de que os hayan hecho trabajar. Bien podréis comprender que no por mi voluntad sinó por la fuerza me encuentro en este lugar, donde nada he pedido, ni creo haberos molestado.

—En eso teneis razon, me respondió; pero, sea como quiera, mirad como el sudor baña mi frente, y eso que nos hallamos en el corazon del invierno. En fin, no hay otro remedio que tener paciencia: el que manda, manda. Voy á prepararos vuestro almuerzo.

Y ántes de salir, dió una ojeada á aquella miserable cueva, ya convertida en habitacion; y dejando asomar á sus labios una risa sardónica, exclamó:

—Vamos; ha quedado esto que puede servir de ha-

bitacion á una reina. De este modo, casi quisiera yo estar prisionero de mi señora.

V.

Habia pasado como una hora cuando se presentó nuevamente.

Traia una gran cesta al brazo.

La colocó sobre el suelo y sacó de ella un finísimo mantel con el que cubrió la mesa, colocando en ella cinco ó seis platos diferentes, una botella con vino, otra con agua, pan y un cubierto de plata.

—Ea, pues, me dijo: podeis almorzar con todo despacio. Si apeteceis alguna otra cosa, podeis pedirla, pues ya sabeis que tengo órden de serviros de todo.

—No sé, le dije, para que os habeis incomodado en traer tantas provisiones: yo con un poco de pan y cualquiera friolera tengo lo suficiente. Yo como por conservar la vida únicamente: no estoy acostumbrada á grandes manjares, y aunque lo estuviese, podeis calcular que el estado de mi espíritu no estará para comer.

—Vamos, vamos, ánimo y no dejarse abatir, me contestó. Ya veréis como mi señora no es tan mala como os habeis figurado. Yo no sé nada; pero, cuando os ha traido á este lugar, motivos muy poderosos tendrá para ello.

Se retiró y cerró la puerta.

—Como podeis suponer, hermano Juan, continuó Victoria, yo apénas probé bocado. Un poco de pan y dos dedos de vino, con el objeto de fortalecerme el estómago, fué el único gasto que hice.

Al medio dia me sirvieron una espléndida comida. Me sucedió lo mismo: tan sólo comí un plato de sopa.

Para no cansar vuestra atencion, hermano Juan, con detalles que nada importan, sólo os diré que de este modo pasé tres dias.

El carcelero trayendo y llevando manjares, pero sin dirigirme nuevas preguntas.

Si me entregaba algun rato al sueño, cuando no podia resistir su accion, era de dia, porque de noche me asaltaba la idea de Beatriz y estaba más asustada.

Me echaba sobre la cama, pero siempre vestida, y siempre aguardando el momento de que se presentase aquella mujer terrible, amenazándome con un puñal como en su primera visita.

—¿Pero no perdíais la confianza en Dios? le preguntó Juan.

—Eso nunca, padre mio; y creo que si la hubiese perdido por desgracia, no me hubiese el Señor libertado de aquella penosa esclavitud.

—Serás bienaventurada, Victoria, porque sabes seguir los caminos del Señor. Si perseveras hasta el fin, serás salva y recibirás la corona que Dios reserva á sus escogidos.

Aquellas dos almas angelicales sostuvieron un piadoso y animadísimo diálogo sobre la virtud, y la necesidad de la perseverancia, en el que insensiblemente se les fué bastante tiempo.

Juan de Dios tenia que acudir á sus obligaciones, y Victoria tuvo que suspender su relato hasta el dia siguiente.

Ya verémos de qué modo arreció la tempestad contra aquella pobre navecilla, que pudo mantenerse firme sin zozobrar.

CAPITULO IV.

Arrecia la tempestad.—Libertad de Victoria.

I.

Cuando Victoria volvió á reunirse con Juan de Dios para continuar el relato de los trabajos que habia padecido en su prision, lo hizo de la manera siguiente:

—Pasados los tres dias que os dije, entró en mi calabozo Ramiro, que así supe aquel dia que se llamaba mi carcelero; quitó la llave, la colocó en su escarcela, y, sin pasar del dintel de la puerta, me dijo muy secamente:

—Seguidme, que os espera la señora.

Este mandato me causó una grande alegría, nó porque iba á ver á mi enemiga, sino porque iba á sa-

lir de aquella triste estancia que para mí era la imágen de la tumba.

Me apresuré, pues, á cumplimentar aquella órden.

Seguí á Ramiro que llevaba un farol en la mano.

Subimos una especie de rampa suave, á cuyo fin habia otra puerta.

Ramiro tomó otra llave de su escarcela, y la abrió.

A poco, siguiendo por un callejon estrecho, dímos en otra puerta, y Ramiro hizo la misma operacion.

No se hubiera guardado con más precauciones á un reo de Estado.

Abierta aquella última puerta, me encontré con una escalera de caracol que empecé á subir detrás de mi acompañante.

—Subid con despacio y sumo cuidado, me dijo éste, pues que los escalones son muy estrechos y podríais caer.

Fuí contando para mí los escalones, y habia treinta y cuatro.

Cuando llegamos al último, Ramiro tocó á un resorte y se abrió una puerta.

Yo quedé deslumbrada.

Los rayos del sol penetraban en aquella estancia y mis ojos no podian sufrir la claridad por haberse acostumbrado á las tinieblas.

—Sentaos, y esperad, me dijo Ramiro.

A tientas encontré un sofá y me senté.

Poco á poco me fuí familiarizando con la claridad,

y al fin pude darme cuenta del lugar en que me hallaba.

Era un gabinete lujosísimo, con grandes ventanas que daban al campo.

Os confesaré ahora lo que no sé si será una debilidad de mi parte.

Me asomé á una de aquellas ventanas con ánimo de arrojarme al campo y correr en busca de mi libertad; pero ví que estaban á grande altura, y que no hubiese conseguido otra cosa que perder la vida.

Entónces retrocedí y volví al punto donde ántes habia estado sentada.

—Si lo hubieseis efectuado, dijo Juan de Dios, no sé cual hubiera sido vuestra suerte futura, porque eso era atentar contra vuestra propia existencia, lo que nunca es lícito. A Dios debemos la vida y sólo Dios puede disponer de ella.

—Aquello, replicó Victoria, fué una tentacion pasajera.

Continuaré.

Contemplé sin curiosidad las riquezas acumuladas en aquel gabinete, y lo que más llamó mi atencion fué el no ver ni la puerta por donde allí habia entrado ni ninguna otra.

Parecia aquello un castillo encantado.

En cuanto al lujo, yo no hubiese creido que Beatriz pudiese ser tan rica.

Aquello representaba, más que la morada de una

señora particular, una habitacion de un castillo feudal.

Pasó un buen rato y de pronto apareció en mi presencia Beatriz.

Y digo apareció, porque no sentí abrir ninguna puerta y si sólo ví levantarse un tapiz, detrás del cual debia haber una puerta oculta.

Ramiro apareció tras de su señora.

Esta le hizo una indicacion con la mano y el doméstico se retiró.

Yo temblaba ante la presencia de aquella mujer á la que creia poseida del espíritu de Satanás.

Cuando quedamos solas, se acercó á mí, me abrazó y las lágrimas humedecieron sus ojos.

Yo tambien me enternecí; creí en el arrepentimiento de aquella mujer, y esto era para mí un consuelo. ¡Oh! si no me hubiese engañado; si verdaderamente Beatriz hubiese reconocido el mal estado de su alma y se hubiese puesto en camino de salvacion, hubiese dado por bien empleado los trabajos que me habia hecho sufrir.

Pero ya veréis que desgraciadamente no fué así. Sus lágrimas eran estraidas por fuerza: su aparente bondad era artificial.

II.

—¡Cuanto os he hecho padecer y cuan injustamente! me dijo, luego que se desprendió de mis brazos.

Noté que ahora no me trataba como cuando me visitó en la prision.

—¿Me perdonaréis, Victoria?

—Con toda mi alma, le respondí: no conozco ni el rencor ni la venganza; y si me dejais libre, nadie sabrá lo acontecido ni tendréis que sufrir por ello. Yo os perdono para que Dios me perdone.

—Sois una santa, me dijo, y me avergüenzo de haberos tratado como si fueseis una mujer criminal. Si yo os hubiese conocido bien; si hubiese contemplado vuestro rostro en el que se halla retratada la bondad de vuestra alma, no habria abrigado la menor sospecha. ¡Oh, no tengo perdon!

—Yo os suplico, la dije, que no me tributeis elogios que estoy muy léjos de merecer: lo que me complace sobremanera es el que al fin esteis persuadida de que en nada os he ofendido, y por consiguiente creo que en adelante no seréis más mi enemiga.

—Nó; eso de ningun modo, y ántes por el contrario no tendréis una amiga más apasionada que yo.

Y en prueba de nuestra reconciliacion, voy á hacer que nos sirvan aquí el almuerzo para las dos. ¿Aceptaréis?

—Con la mejor voluntad, la respondí no queriendo contrariarla en nada.

—¡Ojalá, dijo, encontrase á mi esposo, para humillarme á su presencia y pedirle tambien perdon de mis faltas!

—Confiad en Dios, señora, que lo devolverá á vuestros brazos.

—¡El cielo os oiga! Voy, pues, á llamar para que nos sirvan. Esta habitacion está muy retirada de las demás y no es conocida de ninguno de los criados de la casa, excepte Ramiro que es el de mayor confianza.

Después creí que esta advertencia era un prudente aviso, por si pretendia algo en beneficio de mi libertad.

Se levantó, apretó un boton detrás de un tapiz, y en el momento se presentó Ramiro.

—El almuerzo para las dos, dijo.

Todo debia estar preparado muy cerca, porque aquel criado volvió muy presto y preparó la mesa con la mayor elegancia.

Poco después se presentó con los manjares.

—Ea, me dijo; vamos á celebrar nuestra reconciliacion.

En seguida se dirigió á Ramiro.

—Nada necesitamos, le dijo; ya llamaré cuando sea necesario.

El doméstico se retiró, pero yo noté una mirada de inteligencia entre ambos.

No pude sin embargo comprender el significado; pero volví á desconfiar, y empezaron á desvanecerse mis anteriores esperanzas.

Yo tenia más ganas de salir de aquella casa que de comer.

Esto no obstante, y como la misma Beatriz me sirviese los platos, procuré comer aunque en poca cantidad de todos ellos.

Durante el almuerzo estuvo muy amable conmigo.

Empezó á preguntarme por el género de vida á que yo estaba dedicada, y me dijo:

—En verdad que es necesario una vocacion del cielo para estar siempre á la cabecera de enfermos, sufriendo sus impertinencias, aspirando miasmas corrompidos y curando... Vaya, os digo que á mí me costaria sumo trabajo el acostumbrarme á esa vida.

—Pues yo, la dije, encuentro en ella mis delicias mayores. No creo que pueda el corazon humano encontrar mayores expansiones que en hacer bien á sus semejantes.

—Es verdad, me dijo; pero el bien puede practicarse de muchos modos.

—Tambien es cierto, y estoy muy léjos de ponerlo en tela de juicio. No todos son llamados por el mismo camino al servicio de Dios.

—Ya veis; ese religioso que toda la ciudad reconoce por santo, el hermano Juan de Dios, ha fundado un magnífico hospital y lo ha reedificado después que fué envuelto por las llamas: él asiste y cuida por sus manos á los enfermos; pero ¿si los ricos no le suministráran los medios para ello, pudiera hacerlo? De aquí calculo yo, que tanto ó más mérito que él tienen los que, sin necesidad de estar al cuidado de la huma-

nidad doliente, derraman el oro en sus manos para que pueda realizar esas grandes obras de misericordia á que se entrega.

Juan de Dios, que era tan humilde, y que jamás habia querido atribuirse el mérito de ninguna obra, exclamó en el momento, al escuchar tales frases:

—Es muy cierto: ved aquí una cosa en la que tiene mucha razon aquella señora: ¿Qué podia yo haber hecho por mí mismo? ¿Dónde tenia capitales para levantar este santo Hospital? Aquí, todo el mérito está en los que, llenos de misericordia para con los pobres, han proporcionado los medios necesarios para llevar á feliz término la obra, y siguen acudiendo con sus limosnas á su sostenimiento. Yo, pecador de mí, sólo he hecho el oficio de las campanas, que es llamar á los fieles y despertarlos: ellas lo hacen con lenguas de bronce y yo lo he hecho con la mia, exhortando á los hombres á hacer bien por ellos mismos. Lo único que deseo, es que Dios me conserve en su gracia, para no parecerme en otra cosa á las campanas; esto es, en que llaman á los fieles para que acudan al templo y ellas se quedan fuera.

Vamos, Victoria, continuad vuestra historia de estos cinco meses pasados.

—Sobre el mismo tema seguimos discurriendo un buen espacio de tiempo.

Beatriz era á mis ojos otra mujer diferente de lo que habia sido hasta entónces.

Hablaba de la virtud, la celebraba, y aún manifestaba sentimiento de no haberla practicado.

Ya no se me hacia penosa su compañía, y, ántes por el contrario, me era grata.

En mi interior daba gracias á Dios de que hubiese tocado el corazon de aquella nueva Samaritana.

Notó que yo no habia tocado el vino; y llenando la copa que tenia delante, me la dió, diciéndome:

—Bebamos, para celebrar este dia.

No queria desairarla en nada, y aunque yo sólo tomo un poquito de vino cuando me encuentro muy desfallecida de fatigas, como me sucedió en la cueva que me habia servido de prision, tomé la copa, la toqué con la suya y la acerqué á mis labios.

Fortuna fué para mí que bebí en muy poca cantidad.

Ella apuró su copa.

—Arriba, me dijo; el brindis no seria completo. ¿No veis como yo la he apurado?

Entónces bebí otra porcion igual: en todo no llegaba á la tercera parte de la copa.

Precisamente el vino que ella bebió debió ser de otra botella, porque quedó fresca y como si tal cosa hubiese bebido.

A mí me sucedió lo contrario.

No habian pasado dos minutos, cuando me encontré enteramente trastornada; sentí en la cabeza un peso que me la hacia caer sobre el pecho.

Comprendí que habia pretendido trastornarme, pero afortunadamente no perdí la razon.

Al verme de aquel modo, Beatriz prorumpió en una estrepitosa carcajada.

Yo ví venir la tempestad y comprendí la gravedad de la situacion.

Me abochorné de mi misma.

¿Pero, qué habia de hacer?

En mi interior me encomendé á Dios con todo el fervor de mi alma, y estrechaba entre mis manos la pequeña imagen del Crucificado, que siempre me acompaña.

Beatriz se levantó, me tomó por un brazo y me dijo:

—Venid, venid á descansar al sofá: veo que el vino os ha trastornado.

Yo no respondí.

La dejé hacer y me condujo al sofá, donde dejé caer la cabeza sobre un almohadon.

Ella me creyó completamente embriagada, como lo hubiese estado á haber bebido medio dedo más, porque indudablemente el vino estaba arreglado al efecto.

Se levantó, fué á un mueble, no sé á que, y la oí decir entre dientes y con satisfaccion:

—Yo te haré hablar.

Mi cabeza ardia.

El corazon me latia con más frecuencia que de costumbre.

¿Qué me iba á suceder?

¿Qué nuevos trabajos me esperaban?

III.

Colocóse de nuevo á mi lado Beatriz, me estuvo contemplando un rato, y luego me dirigió la palabra.

Era evidente, como ántes he dicho, que me creia completamente embriagada, y casi me convenia esta creencia en ella, porque de otro modo, me hubiese querido obligar á beber más.

—¿Qué tal el vinillo? me preguntó.

—Es bueno, dije.

—Y tan bueno debe haberos parecido, que se os ha subido á la cabeza. Pero eso, durmiendo un rato se pasa.

—Sí: dije por única respuesta.

—¿Qué tal os ha parecido el almuerzo que os he ofrecido?

—Bueno.

—Pero algo le ha faltado para que os hubiera parecido excelente.

—No sé.

—Si hubiese estado Alberto, ¡cuán grande hubiese sido vuestra satisfaccion!

—¡Alberto!

—Sí, Alberto, tu amante; exclamó volviendo á tutearme. ¿No le amas?

—Yo no tengo amores, dije: yo amo á Dios y en Dios á mis prójimos.

—Pero el prójimo más privilegiado para tí es Alberto. ¿Dónde se halla ahora? ¿Cuándo vuelve á tu lado? Dímelo con franqueza: ya ves que somos amigas. ¿No me lo dirás?

—Ya os he dicho que nada sé.

—¿Recuerdas, continuó, aquellas horas deliciosas que á su lado pasabas en tu jardin? ¿No resuenan aún en tus oidos aquellas frases amorosas que entónces escuchabas con tanta complacencia?

—Nada recuerdo, dije, ni nada quiero recordar. Amé desgraciadamente á ese hombre y él parecia corresponder á mi amor. Vió un dia otra mujer que le pareció mejor, y se unió á ella por los vínculos del santo matrimonio. Para mí murió desde aquel momento, y no ha resucitado ni resucitará. En mi pecho no se ha vuelto á anidar otro amor que el amor á Dios: ¿cuántas veces os lo he de decir?

A pesar de estas respuestas tan categóricas, ella continuó con lo mismo, creyendo tal vez que al fin me arrancaria alguna confesion contraria, ó por lo ménos que encontraria alguna contradiccion en mis palabras.

Cansóse al fin, y aquella mujer que no quiero calificar y á la que Dios perdone, me levantó por un brazo y me arrojó en tierra, al tiempo que decia:

—¡Siempre pérfida y embustera!

Al arrojarme al suelo dí con la cabeza contra un mueble, y perdí el sentido.

¿Qué pasó en seguida?

Lo ignoro; pero es fácil el suponerlo.

IV.

Seguramente Beatriz hizo entrar al hombre de su confianza y le ordenó que me redujese nuevamente á prision; pero á una prision donde tuviese que pasar más trabajos que ántes.

Yo no sé el tiempo que estuve privada de conocimiento.

Sólo sí, que cuando llegué á recobrarlo, el dolor de cabeza que experimentaba era tal, que no me permitia ni aún abrir los ojos.

Mi primera exclamacion fué decir:

—Piedad, señora, piedad, y no me maltrateis de este modo. ¿Qué os he hecho yo para que tan ofendida esteis conmigo? ¿No me decíais que estabais arrepentida?

Empero, un silencio sepulcral reinaba á mi alrededor.

Abrí los ojos y nada ví.

Toqué el pavimento y comprendí que mi lecho era la dura tierra.

No habia duda: me hallaba nuevamente encerrada en un calabozo; pero peor que el anterior, porque

carecia hasta de una poca de paja donde poder reclinarme.

Entónces levanté mi vista y ví en lo alto una especie de tragaluz, por donde se veia alguna claridad; pero sin que pudiesen penetrar los rayos del sol.

Comprendí suficientemente cual era mi situacion; me arrodillé sobre el frio pavimento y rogué á Dios, nó que me librase de los trabajos que venia sufriendo, sino que me diese resignacion y paciencia para resistirlos y que me fueran meritorios.

¿Qué podia yo esperar?

A no obrar Dios un milagro en mi favor, en uno de aquellos subterráneos encontraria mi tumba.

Lo que más me apenaba era la idea de morir en aquel abandono, sin un sacerdote que recibiese la confesion de mis culpas y dirigiese en favor de mi alma las postreras oraciones de la Iglesia.

V.

En todo aquel dia nadie apareció por mi calabozo; pero ya seria entrada la noche, cuando sentí abrir la puerta, y ví penetrar por ella á Ramiro.

Traia una linterna en la mano.

—Como almorzásteis fuerte, me dijo, no he creido que necesitariais nada más en todo el dia; pero aquí teneis un pan; y sacó al mismo tiempo de un largo bolsillo una botella de agua, añadiendo:

—Tambien teneis aquí para beber.

—Eso os lo agradezco, le dije, porque se me abrasa el pecho.

Y tomando la botella, apuré como una tercera parte de ella.

—Os digo con franqueza, añadió aquel hombre, que os compadezco y me causa gran pena el veros padecer. ¿Por qué habeis irritado á la señora? Yo creí que esta mañana quedaríais amigas; pero veo que ahora está encolerizada más que nunca con vos.

—Yo no creo, respondí, haberle dado motivo para que se irrite de esa manera. Ni ahora ni nunca la he ofendido en nada. Se ha valido de la astucia y de la violencia para encerrarme y tal vez para quitarme la vida.

—En verdad, dijo, no comprendo estos misterios. ¡Las mujeres! Siempre serán asuntos de celos.

Yo callé.

—Aunque no se me ha dado órden para ello, voy á introducir aquí un colchon, para que podais descansar aunque malamente. Creedme que os compadezco.

Salió y poco tiempo después regresó cargado con un colchon que colocó en un rincon de aquel mismo calabozo.

Comprendí que en efecto le causaba compasion á aquel hombre á pesar de su ferocidad, y me atreví á decirle:

—Si conoceis mi inocencia y lo injusto del castigo que estoy sufriendo, ¿no haríais una obra meritoria, librándome de este cautiverio?

Ramiro pareció espantarse al oirme hablar de esta manera.

—Callaos, por Dios, dijo. Yo debo á la señora grandes favores: cuando yo no merecia nada más que desprecios de la sociedad por mis depravadas costumbres, ella me tomó á su servicio, y desde entónces yo me he regenerado siendo hombre de bien, y me paga con generosidad y esplendidez los servicios que le dispenso. ¿Cómo quereis que sea ingrato con ella? Me arrojaria de su casa, nadie me recibiria, y tendria que dirigir nuevamente mis pasos por la senda del crímen. ¡Oh! Eso nunca.

—¿Y no os parece crímen el contribuir á la persecucion de la inocencia? ¡Ah, Ramiro! Si temieseis á Dios, de otro modo hablaríais.

—Esperemos señora: si yo viese que vuestra vida corria algun peligro, en este caso.... en fin... verémos. Nada ofrezco. Verémos.... verémos.

Y diciendo esto, salió del calabozo, cerrando tras sí la puerta.

Concebí alguna esperanza.

Sin duda, me dije, Dios se apiada de mí, y me va á proporcionar la evasion.

¡Es tan dulce la esperanza!

¡Consuela tanto!

Los dos dias siguientes, volvió Ramiro por mañana y tarde á llevarme el alimento. Segun me decia, le habia encargado su señora que sólo de pan y agua me proveyese; pero él añadia alguna cosa caliente.

Era indudable que se habia compadecido de mi triste situacion.

Yo no dejaba de suplicarle que me proporcionase los medios de salir de aquella casa, hasta que al fin me dijo:

—Sé que me voy á perder; pero os libraré del furor de la señora. Dejadme calcular los medios de que he de valerme y mañana hablarémos. La señora se halla enferma y es presa de un delirio atroz. Hasta mañana, señora; hasta mañana.

—Dios vaya con vos, le dije, y os ayude en vuestra buena empresa.

Ignoraba yo, pobre de mí, que si bien aquel hombre iba á librarme de mi cautiverio, me esperaba la noche más cruel de mi vida; que la más furiosa tempestad se iba á desencadenar sobre mi cabeza.

—¡Jesús! ¡Jesús! exclamó Juan de Dios: ¡Cuanto habeis sufrido! Seguramente esa mujer, sin saberlo, os ha labrado la mitad de vuestro corona de gloria. ¡Qué inescrutables son los juicios de Dios.

VI.

No sé qué hora de la noche seria.

Yo no habia podido dormir ni un momento.

Me hallaba muy agitada.

La esperanza de que pronto iba á recobrar mi libertad perdida, hacia rebosar mi triste corazon èn las más dulces expansiones.

De pronto sentí ruido.

—¿Si será Ramiro que vendrá á libertarme? exclamé.

Y caí de rodillas bendiciendo á Dios,

Pero era muy diferente el espectáculo que me esperaba.

La puerta se abrió, y á mi vista apareció la cruel Beatriz, causa de todas mis desgracias.

Yo quedé helada de espanto.

No era la mujer que yo habia visto las veces anteriores.

Llevaba una hacha de viento en la mano: sus labios estaban contraidos, sus ojos parecia que querian saltar de sus órbitas y su semblante estaba pálido como la cera.

Recordé que Ramiro me habia advertido que se hallaba enferma y en un contínuo delirio, y comprendí que su razon se hallaba extraviada.

No empezó por terribles amenazas. Antes por el contrario, dirigiéndose á mí, exclamó:

—¡Con razon te quejas de mí! ¡Oh! Eres mi víctima...! ¡Eres una santa y yo soy una mujer miserable! ¡No merezco tu perdon!

Hablando de este modo, empezó á agitar el hacha de viento.

Despues, dirigiéndose á un extremo opuesto al que yo estaba, gritaba de esta manera:

—Nó, Alberto; no me amenaces, baja ese puñal, me horrorizas. ¿Por qué te ries de ese modo? ¿No soy digna de lástima? ¿No te merezco compasion? ¡Ah! Yo quise hacerte instrumento de mi maldad. ¡Yo pretendí hacerte asesino! Pero atiende á mis remordimientos, á mi dolor... Nó, no me maldigas.

Yo estaba transida de dolor y ni me atrevia á mirar cara á cara á aquella desventurada mujer.

Ella creia que veia á Alberto amenazante en su presencia.

A través de su delirio se dejaban entrever los remordimientos de su alma.

De pronto se fijó en mí.

—¡Ah! ¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué vienes á turbar mi reposo?... ¿Me amenazas? Te arrancaré la vida. ¡Infame!

Y sacando un puñal casi se arrojó sobre mí.

Dí un grito espantoso.

Beatriz quedó parada; arrojó léjos de sí el arma homicida, y exclamó:

—¿Pero por qué te he de matar, si soy yo la que debo morir? Mátame, mátame, Victoria; no te compadezcas de esta miserable ¡Exterminio! ¡Destruccion!



—¡Ah! ¿Qué haces tu aquí? ¿Porqué vienes á turbar mi reposo?
—¿Me amenazas? Te arrancaré la vida ¡Infame!

De pronto creyó ver otra vez delante de sí la imágen de Alberto.

Dió un nuevo grito, y haciendo gestos terribles, exclamó:

—Sí; la libertaré, porque es buena, y tú tambien lo eres. Después volverás á mi lado. ¿No es verdad que volverás?

En tanto que ella hablaba, creyendo en su delirio que era escuchada por Alberto, yo pude ver que á la puerta del calabozo se hallaba de pié y cabizbajo Ramiro.

El soliloquio de Beatriz duró largo rato.

En aquellos momentos era digna de compasion, y yo la compadecia.

De nuevo se dirigió á mí: me tomó por la mano, y dirigiendo la vista al lado á donde creia ver á Alberto, dijo:

—Sí, sí; la dejaré en libertad: para todos la gloria: para mí el infierno.

Y me fué sacando del calabozo sin dejar de fijar la vista en el mismo lugar.

Fijóse de pronto en Ramiro y prorumpió en un agudo grito.

—¡Alberto! ¡Alberto! exclamó, y cayó en tierra desmayada.

Yo no podia contener las lágrimas.

Ramiro acudió, recogió el hacha de viento y la puso en un rincon: en ella encendió otra que apaga-

da tenia en su mano, y sin cuidarse para nada de su señora, me dijo:

—Seguidme y no perdamos tiempo.

Yo lo hice, aunque con el corazon partido de dolor por ver el estado en que quedaba aquella desdichada.

Pasamos varias habitaciones, hasta que Ramiro se paró ante una puerta falsa de la casa. La abrió y me dijo:

—Salid y que el cielo os favorezca.

Yo le contesté:

—Dios os lo pague: si algun dia os veis en algun trabajo, acudid al hospital y decid al hermano Juan de Dios: «yo soy Ramiro, el que salvé á Victoria,» y nada temais.

No me contestó y cerró la puerta.

Me ví sola y en medio del campo.

Tuve miedo.

De pronto no sabia que direccion tomar.

Dí vueltas á la casa y me interné en la ciudad.

Sentéme á la puerta de una iglesia esperando el dia, y me ocupé entre tanto en dar gracias á Dios que me habia concedido la libertad.

Así terminó Victoria la historia de su cautividad, que, aunque no larga, fué bastante penosa.

Juan de Dios, que la habia escuchado con la mayor atencion, le dijo:

—Creo que esa mujer se halla en camino de salva-

cion. Los remordimientos le hacian hablar de aquella manera.

—Lo mismo creo, dijo Victoria. Nada de dar parte á la justicia de lo acontecido...

—Eso de ningun modo, dijo Juan de Dios, porque la perderíamos. Nada: perdon, y procuremos los medios de contribuir á la salvacion de esa alma. Andad, tomad reposo, y ya nos ocuparémos despacio de este punto.

—Ahora, dijo Victoria, me preocupa la suerte de Ramiro: tal vez tenga que padecer por el bien que me ha dispensado.

—No lo creo.

—Es que Beatriz es una mujer terrible. Luego que su cabeza se haya despejado y haya adquirido el uso de su razon, se enterará de mi fuga y le hará responsable.

—Con un hombre fuerte, dijo Juan de Dios, no se juega como con una débil mujer. Lo más que podria acontecer es que le despida de su servicio, en lo que ganaria mucho, y aún esto no lo hará, por temor de que descubra tantos crímenes. Pero vos muy prudentemente le habeis aconsejado que en caso de sucederle algo acuda á mí. Si viene, le ampararémos; y quien sabe si ganarémos otra alma para el cielo. Me parece que los trabajos que habeis sufrido van á producir ópimos y sazonados frutos: el corazon me lo dice.

—En este caso, replicó Victoria, los doy por bien empleados.

Y ambos bendijeron el nombre del Señor y se separaron.

Victoria iba llena de regocijo, porque creia con fundamento haber conseguido un triunfo en las batallas del Señor.

¡Dichosas las almas que saben luchar en buena lid y alcanzar tales victorias!

CAPITULO V.

¡Angeles en la tierra!

Dijimos en el comenzamiento de esta obra, que por el tiempo á que se refiere nuestra narracion, asombraba á Granada con su elocuente y piadosísima predicacion el P. Maestro Juan de Avila, instrumento del que se valió la Providencia para la perfecta conversion de Juan de Dios, predestinado para llegar á la santidad heróica.

El padre de los pobres, el que sin más recursos que su fé y la confianza en el Dador de todo bien llegó á levantar esos magníficos alcázares de la misericordia, que llamamos *hospitales,* donde los pobres enfermos encuentran la más asídua asistencia, y medicinas con que curarse las enfermedades del cuerpo y las del alma, testimonios indelebles de la benéfica influencia de la doctrina evangélica en las sociedades

humanas; instituciones que han admirado hasta á los mismos émulos del catolicismo, pues, entre otros, podemos citar á Voltaire, el cual en su obra *Essai sur les moeurs,* confiesa que ninguna de las sectas ó comuniones separadas del centro de la unidad católica habia hecho otra cosa que parodiar imperfectamente la caridad característica de aquella, y que sólo en sus principios podia residir el orígen de esa inmolacion generosa y voluntaria que trasforma á hombres débiles en héroes del amor fraternal. Juan de Dios, decíamos, el que llegó á ser uno de esos héroes de la caridad evangelica, siguió viviendo bajo la direccion espiritual del maestro Avila, apóstol de Andalucía, cuya virtud no era menor que la sabiduría con que le habia dotado el cielo.

Desde luego que el santo religioso Juan de Dios tuvo la dicha de contribuir á que se disipára del corazon de Victoria todo amor terreno, entregándose por completo al amor á Dios y dedicándose al cuidado á domicilio de pobres enfermos, la puso bajo la direccion del mismo padre Avila. Así, aquel hombre, aquel sacerdote, sonoro clarin del Evangelio, tenia la gloria de dirigir con sus sabios consejos y sólidas instrucciones á dos almas verdaderamente evangélicas.

Con guia tan excelente, bien podian fortificarse ambos en la práctica de las más heróicas virtudes cristianas.

Victoria por su parte tenia dos guias: el padre Avila, teólogo consumado, y el hermano Juan de Dios, cuya ciencia, aprendida al pié del crucifijo á la luz de la inspiracion divina, no era menor que la de aquel.

Ambos trataban de formar un ángel de Victoria y consiguieron el objeto que se proponian.

Ya hemos visto la paz y tranquilidad de alma con que Victoria refirió á Juan de Dios cuantos trabajos habia sufrido en su miserable secuestro llevado á cabo por Beatriz, aquella mujer revestida del espíritu de Satanás.

Hemos visto tambien que Juan de Dios no pudo ménos de enternecerse al escuchar la relacion de aquellos hechos.

Pero en aquellos rostros nada se veia que indicar pudiese que existia ódio en ninguno de aquellos dos corazones.

Y no podia ser de otra manera.

Esa baja pasion de la venganza se anida en los corazones de los mundanos, de aquellos para quienes no existe más tierra que la que pisan.

Empero, los que tienen por regla de su conducta el Evangelio, no pueden abrigar en su pecho esa pasion indigna y degradante.

Dice el filósofo volteriano:—Es muy dulce la venganza.

El filósofo cristiano, encuentra la dulzura en el perdon.

Los primeros, que tienen extraviada la inteligencia por el error, y corrompido el corazon con las pasiones, no comprenden, ni saben respetar en lo que vale la dignidad humana.

Los segundos saben conocerla y respetarla.

Leíase en la ley antigua:—Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, etc., y esto es lo que se llamaba la ley del talion. Empero, el divino mártir del Gólgota, el que se presentó en el mundo revestido de la gran mision de repararle, el que vino, nó á destruir la ley, sino á perfeccionarla, reprodujo el gran principio de la caridad como un precepto nuevo, como el carácter esencial del hombre redimido con la sangre deificada vertida en la cresta del Calvario.—«Si quereis que el mundo os reconozca por hijos y discípulos mios, sea por el amor que os profeseis mútuamente... Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.»

Segun estos inconcusos principios, no basta amar simplemente; es necesario amar à despecho del ódio, amar al que ofende, amar al que ultraja, al que persigue, amar al vengativo y retribuir el mal con el bien, porque de otro modo la caridad no seria perfecta.

Comprendemos que esta filosofía, cuyo maestro es celestial, no esté al alcance de ese racionalismo que viene minando los cimientos de la sociedad humana;

pero no por esto debemos dejar de consignarla en este lugar, ya que la ocasion nos es propicia.

¿Cómo, pues, Juan de Dios, que vivia del espíritu del Señor; y Victoria, alma angelical, habian de obrar de otra manera? Ni un pensamiento de venganza vino á turbar la tranquilidad que siempre les acompañaba.

Si se lamentaron, si lloraron, no fué ciertamente por los pasados padecimientos de Victoria, que en ellos cifraba ella su corona, sino por el temor de que Beatriz perdiese su alma.

Victoria, que nunca la habia odiado, experimentó por Beatriz un amor extraordinario.

Hubiese inmolado gustosa su vida, por conseguir la salvacion de aquella mujer que tantas injurias le habia hecho, que tanto la habia calumniado, que tan cruelmente la perseguia.

La amaba, porque habia recibido de ella afrentas y vituperios.

La amaba, porque veia en ella una enemiga implacable.

Y haciéndolo así, cumplia con un deber de conciencia, demostrando una envidiable docilidad á los consejos evangélicos.

Luego que Victoria y Juan de Dios hablaron detenidamente, como hablan siempre las almas justas, de ver de que modo podian hacerse benéficos á Beatriz trabajando por conseguir el llevarla á buen camino, dijo Juan:

—Ahora debeis ir sin pérdida de tiempo á conferenciar con nuestro director el padre Avila. Referidle minuciosamente todo lo ocurrido, á la manera que lo habeis hecho conmigo, y él os dirá cual ha de ser vuestra regla de conducta. Yo, pobre de mí, nada sé, y por lo tanto mis consejos servirán de poco por proceder de una persona indocta.

¡A tanto llegaba la humildad de aquel varon de Dios tan inspirado!

Victoria tomó el consejo, porque miraba como órdenes las menores insinuaciones del santo religioso, y se dirigió en busca del sabio director de su conciencia.

El padre Avila la recibió placentero, porqué conocia sus virtudes.

Brillaba en el rostro de la jóven, nó la huella de los padecimientos, sino la señal del júbilo.

Y era un júbilo verdadero, porque Victoria no sabia fingir.

Este arte, que tan admirablemente maneja la mayoría de las mujeres, era para ella completamente desconocido.

Valiéndonos de una frase vulgar, dirémos que en Victoria todo era corazon.

Mirólá con atencion el padre Avila, y como quiera que poseia el don de la penetracion, la dijo:

—Muy contristada os veo. ¿Os ha sucedido acaso algun contratiempo? ¿Habeis padecido algun trabajo?

Hablad, que deseo saber si habeis recogido alguna nueva hoja de laurel para vuestra corona de gloria.

—Verdaderamente he padecido, dijo Victoria; ¿pero que son los padecimientos de la tierra?

—Serian mucha cosa, respondió el padre Avila, si el mundo en que habitamos fuese nuestra verdadera patria. Pero en él estamos como de paso, nuestra verdadera patria es el cielo, y ha de ser tan corto el tiempo de nuestra residencia en la tierra, que no merece el que nos preocupemos por eso que llamamos desgracias y que las más veces son beneficios de la Providencia.

Victoria repitió la relacion de su secuestro, hecha ya á Juan de Dios, y el maestro la escuchó con grande atencion y sin interrumpirla.

Cuando aquella hubo terminado, permaneció el padre Avila por algunos instantes silencioso, y después, elevando los ojos al cielo y juntando las manos ante el pecho, prorumpió en esta exclamacion:

—¿Es posible, Dios mio, que así se encadenen vuestras criaturas á la vanidosa esclavitud de los crímenes? ¡Qué mujer más desgraciada! Parece un aborto del infierno destinado á la perdicion de las almas. Pero nó, no es otra cosa que una criatura desgraciada, una mujer de pasiones volcánicas que no sabe refrenarse por vivir apartada de Dios y de la religion.

Y dirigiéndose á Victoria, la preguntó:

—¿Qué sentimientos experimentas para con Beatriz en estos momentos?

—La amo, padre mio, la amo y la compadezco con todo mi corazon.

—Haces bien, hija mia, de compadecerla y de perdonarla. ¿Por ventura no ofendemos todos á Dios? ¿No necesitamos perdon? No seré yo quien arroje sobre ella la primera piedra. Es necesario trabajar en beneficio de esa pobre alma, á fin de que vuelva al redil del buen Pastor.

—Lo mismo me ha dicho el hermano Juan, repuso Victoria.

—¿Y que otra cosa pudiera decirte ese varon santo, del que pienso que un dia el mundo le venerará en los altares? ¿Cómo no habia de pensar con arreglo á las santas máximas del Evangelio? Sigue siempre sus consejos, que ellos te guiarán al cielo. Por lo pronto, oremos fervorosamente en favor de esa desgraciada. Las lágrimas de Mónica alcanzaron la conversion de su hijo Agustin. Tal vez nuestras instancias ante el trono del Señor alcancen la de Beatriz. ¡Quién sabe! De las piedras hace Dios, cuando es su voluntad, hijos de Abraham.

Terminada la piadosa conversacion, Victoria besó la mano de aquel maestro de la moral cristiana, y se retiró tranquila, sin parar mientes en sus pasadas aflicciones.

Si Beatriz hubiera podido escuchar aquella conver-

sacion, hubiese seguramente conocido sus errores, y hubiera entrado en la senda de sus deberes.

Empero Dios en sus altos juicios tenia señalada la hora en la que aquella desgraciada mujer, esclava de sus pasiones, habia de abrir los ojos al conocimiento de la verdad.

CAPITULO VI.

De un crimen misterioso cometido en las inmediaciones de Granada.

Existia en las afueras de Granada, por la época á que se refiere nuestra historia, un meson que servia de punto de parada á los arrieros y en cuya fachada, sobre una anchísima puerta, se leia en letras casi borradas por su antigüedad esta inscripcion:—*Meson de San Rafael.* No sabemos por qué siempre ha habido en España una costumbre que existe aún en nuestros dias, de hacer á la Vírgen y á los santos, posaderos, industriales y almacenistas por mayor ó menor. Nada más comun que encontrarse á cada paso con una *Confitería de la Concepcion*, *Farmacia de San José* ó *Cervecería de Santa Mónica,* etc.; como si el santo Patriarca fuese boticario, ó la madre del santo obispo de Hipona estuviese dedicada á vender cerveza. Sin em-

bargo, respetamos la piadosa intencion que naturalmente guia á los que tales títulos adoptan.

El meson de San Rafael era muy vigilado por la policía, pues que en él solian albergarse, no solamente los trajineros que llegaban de los pueblos circunvecinos, sino tambien gente de mal vivir que acudian á Granada á ejercer sus malas artes.

Más de una vez, después de haberse cometido algun crímen horrendo, los delegados de la autoridad habian encontrado á los delincuentes muy tranquilos en el meson de San Rafael, del que habian pasado á una prision, y de esta, á veces, al último suplicio.

Así es que las personas honradas miraban con prevencion aquel establecimiento, considerándole como una guarida de malhechores.

Era una fria noche de invierno.

Al rededor de una larga mesa de pino, se hallaban sentados unos ocho ó diez arrieros que conversaban amigablemente, al tiempo que apuraban los vasos de vino que tenian delante.

En un extremo de la mesa, tres hombres que por su traza parecian gitanos, jugaban á los naipes.

Rodeando una gran chimenea y al amor de la lumbre, se hallaban otras cuatro personas, que eran, el tio Garavito, dueño del meson, su mujer, la tia Colasa, una hija de ambos llamada Aurora, bellísima criatura, de ojos rasgados y negros, dotados de indefinible dulzura, de rostro ovalado y finísimas facciones,

conjunto de hermosura que hubiera revelado á primera vista, más que la hija de unos mesoneros, de baja esfera y de honradez bastante dudosa y problemática, una jóven de clase distinguida y de educacion esmerada. La otra persona era la moza del meson, llamada Angustias, á la que la naturaleza no habia otorgado ninguna de sus gracias, y que podia servir para remedio de malas tentaciones. Esta se levantaba de vez en cuando para servir á los parroquianos ó marchantes, que es el nombre que en Andalucía se usa más generalmente.

Al anochecer se habia cometido un crímen en el camino que vá de Alhama á Granada.

Los últimos arrieros que habian llegado al meson, referian que habian encontrado muy cerca de la ciudad un carro destrozado y sin caballería, y dos hombres tendidos en el suelo, que creian muertos, y á los cuales no se habian atrevido á acercarse por el temor natural en estos casos.

Al llegar estos arrieros á las inmediaciones del meson de San Rafael, dieron manos á boca con los guardias que siempre y muy especialmente de noche, por las razones expuestas arriba, vigilaban los alrededores del parador, y les dieron cuenta de lo que habian visto.

Los guardian dijeron:

—Bien; cumplirémos con nuestro deber: podeis entrar en el meson.

Pero luego que hubieron entrado, dos de ellos se colocaron á la puerta, sin permitir á nadie la salida, y los otros dos, pues eran cuatro los guardias, fueron á dar aviso de lo que se les habia comunicado al señor Juez del distrito, que era severísimo en la administracion de justicia, y en el castigo de los criminales.

Llamábase Rodrigo Carvajal, y era el terror de la gente de mal vivir, porque criminal que caia en sus manos no se libraba de la horca, y esto hizo que en su época quedára muy reducida la estadística de los crímenes en el reino de Granada.

En el momento en que el rígido señor Rodrigo Carvajal tuvo noticia de lo que ocurria, mandó á los dos guardias que volviesen inmediatamente al meson de San Rafael, y que reunidos á los otros dos que allí habian quedado, impidiesen que nadie saliese del mismo, aunque tuviesen que hacer uso de las armas, hasta tanto que él se presentase.

Los guardias obedecieron y tomaron el camino del meson.

El representante de la ley, al verse solo, exclamó:

—Está visto que no he de poder concluir con los criminales. ¡Pues vive Dios, que no he parar hasta que los cuelgue á todos! ¡Nuevos asesinatos! Y eso que hace cuatro dias hice ahorcar á tres bandidos. ¿Es posible que tan terribles ejemplos no sirvan de escarmiento? Pero en fin, vamos al sitio de la catástrofe, y veamos que ha sido ello.

Y llamando á su ronda, se dirigió acompañado de ella al meson de San Rafael.

Penetró seguido de sus acompañantes en la habitacion que ántes hemos descrito.

Su presencia en aquel sitio causó un efecto indescriptible.

Como no habia quien no temiese al juez Rodrigo, todos los que allí estaban quedaron mudos de espanto.

Los que jugaban, dejaron caer los naipes de la mano.

Los venteros temblaban dando diente con diente.

Y los que hablaban y bebian, quedaron como petrificados.

El juez dirigió una mirada sobre toda la concurrencia, y exclamó:

—¿Quiénes son los que han visto camino de Alhama, dos hombres muertos y su carro destrozado?

Uno de los arrieros, contestó:

—Este compañero y yo lo hemos visto, y somos los que hemos dado parte á los guardias para que lo pusiera en conocimiento de su señoría.

—Pues bien, venid conmigo para dirigirme al sitio donde habeis visto esa catástrofe. ¿Es muy léjos?

—Nó, señor; en un cuarto de hora podemos estar allí.

—En este caso, dijo el juez, harémos el camino á pié, lo que será más conveniente para entrar en calor. En marcha, pues.

Cuando iba á salir el juez, se fijó en los tres hombres que dijimos tenian trazas de gitanos, y les preguntó:

—¿Habeis pasado por el camino de Alhama?

—Nó, señor, contestó uno de ellos con voz trémula.

—Bien, dijo el juez: nadie puede moverse del meson en tanto que yo esté ausente de él; y os advierto que he dado órden á los guardias que están á la puerta para que se valgan de las armas si alguno intenta ganar su salida. Me presumo, añadió, sin dejar de mirar á aquellos hombres, que he de encontrar aquí á los criminales. Si es así, han errado las cuentas, porque los ahorco ántes de tres dias.

Y guiado por uno de los arrieros, y seguido de su ronda, se dirigió al lugar donde yacian en tierra los asesinados.

Uno de los dos hombres estaba muerto, y su vestidura hacia conocer que era el carretero.

El otro, si bien tenia una grande herida, por la que perdia sangre, estaba aún vivo, y con muy débil voz exclamaba:

—¡Socorro! ¡Socorro! Yo muero.

El juez, reuniendo los pañuelos de los que con él iban, procuró hacer una venda para cubrir la herida lo mejor que pudo, é improvisando una camilla, porque no habia tiempo que perder, le hizo conducir al meson de San Rafael.

Una vez allí, dispuso que se preparase una cama

en la que fué colocado, é hizo llamar á uno de los más acreditados cirujanos de Granada.

Cuando este llegó y reconoció al herido que estaba desmayado, declaró que la herida no era mortal, pero que aquel caballero se hallaba en inminente peligro de perder la vida, por la mucha sangre que habia manado de la herida: empero que, con mucho cuidado, creia que podria salvarse.

El juez encargó al cirujano que le curase y le asistiese con asiduidad y esmero, hasta que tuviese un resultado feliz ó desgraciado.

Después procedió á registrar sus ropas y no halló en ellas dinero alguno ni papeles.

—No hay duda, dijo, que han sido robados así este señor como el carretero. Y el caso es que no podemos averiguar su nombre ni procedencia. Pero en fin, vamos ahora á lo que importa, que es examinar á todos los que han llegado al meson desde la caida de la tarde.

El juez tenia lo que se llama un buen ojo. Pocas veces se equivocaba, cuando trataba de averiguar por quien se habia cometido un crímen.

Miéntras interrogaba á un detenido, tenia fija su vista en el rostro del interrogado, y esto le bastaba para formar criterio. Y en esto obraba con prudencia, porque la conciencia hace que el reo, cuando se halla en presencia del juez, deje entrever señales evidentes de su turbacion.

Los primeros á quienes se dirigió fueron los que por su traza y porte parecian gitanos, y lo eran efectivamente.

Estos habian ya pedido la cuenta del gasto hecho, y habian intentado escapar, aunque en vano, pues habian sido rechazados por los guardias que custodiaban las puertas del meson.

—Vuestros pasaportes, les dijo el juez.

—Señor, contestó uno de ellos; como quiera que nosotros vamos de pueblo en pueblo haciendo nuestros negocios de comprar y vender caballerías, no nos cuidamos las más veces de papeles, y no traemos pasaporte.

—Bien; pues yo os pondré á buen recaudo hasta averiguar si teneis parte en el crímen cometido esta noche ó esta tarde. ¿De dónde habeis venido?

Los gitanos se comprometieron, pues al mismo tiempo contestaron dos.

El uno dijo:

—De Arenas del Rey.

Y el otro:

—De Guadix.

—Muy bien, dijo el juez. Dos habeis contestado al mismo tiempo, señalando direcciones opuestas. Tú has dicho, dijo á uno de ellos, que habeis venido de Arenas del Rey, ¿no es así?

—Justamente; allí pasamos desde Guadix, y por eso este ha dado tal contestacion.

—Lo creo, replicó el juez maliciosamente; y siendo lo que tú dices habeis necesariamente pasado por el sitio donde el crímen se ha ejecutado.

—Pasamos á eso de las cinco de la tarde, pero nada vímos.

—¿Ni encontráste el carro donde venia ese viajero?

—Nó, señor.

—Eso no es posible. Vosotros caminais en ligeras caballerías, y por consiguiente debísteis encontrar el carro y dejarle atrás.

—Pues mire su merced, nada vímos.

—Y ahora que pienso en ello, allí se ha encontrado el carro destrozado, pero sin la caballería. Seguramente otra clase de ladrones no hubiesen pensado en apropiarse la bestia, de las que por no sé qué analogía sois tan aficionados los gitanos.

Y llamando al dueño del meson, le dijo:

—Oye tú, tio Garavito ¿cuántas caballerías han traido estos hombres?

Sabia muy bien el juez que el tio Garavito era un encubridor de gente de mal vivir, y así añadió:

—Cuidado con mentir, porque te llevo á donde no veas el sol en tres años, y ya sabes que yo soy hombre que cumplo lo que una vez digo; con que, contesta.

—Dios me libre, señor juez, exclamó el mesonero, de engañar á nadie, y mucho ménos á la autoridad y á una autoridad como su merced, que con sólo mirarle se me ponen los cabellos de punta.

—Así estará tu conciencia.

—Limpia, señor, limpia como una patena.

—No seas blasfemo en tus comparaciones y contesta á lo que te he preguntado.

—Pues estos hombres son tres y han traido cuatro caballerías.

—Eso es, las tres que cabalgaban y la del carro encontrado al lado de las víctimas.

—Nó, señor, dijo uno de los gitanos: esa otra caballería la hemos comprado en Alhama.

—Pues mirad, dijo el juez, yo buscaba un hilo y ya tengo por lo ménos dos. Me parece que vais á bailar en la cuerda, porque al fin y al cabo vendrémos á parar en que vosotros habeis sido los autores de esos asesinatos.

En seguida se dirigió á los guardias y les dió la órden de conducir á la cárcel á los tres gitanos, despues de haberles hecho registrar, sin encontrarles más que algun dinero en muy poca cantidad.

Llamó esto la atencion del juez, el cual teniendo un pleno conocimiento de que ellos habian sido los ladrones y asesinos, no podia comprender como no se les encontraba encima el fruto de su robo.

De pronto, y cuando los guardias se disponian á cumplir la órden, se dió una palmada en la frente y dijo:

—Deteneos, deteneos un instante.

Y muy satisfecho de la idea que habia tenido, dijo al mesonero:

—Trae aquí las albardas de esas caballerías.

—De tres, dijo el tio Garavito, porque una de ellas viene en pelo.

—Acompañadle, dijo á dos guardias, para evitar el que el tio Garavito pudiese registrar las albardas.

Lo hicieron, y al poco tiempo las albardas estaban en el suelo á la presencia del juez.

Descosedlas y hacedlas pedazos si es preciso para ver lo que contienen.

Los gitanos temblaban de los piés á la cabeza.

Viéndose perdidos, uno de ellos exclamó:

—Señor, no nos priveis del fruto de nuestro trabajo. Ya sabe su merced que negociamos como todos los de nuestra raza en la compra y venta de caballerías; y como no tenemos residencia fija, hace tiempo que guardamos nuestros ahorros en esas albardas.

Miéntras el gitano hablaba, la operacion habia sido hecha con rapidez asombrosa, y los guardias pusieron en manos del Juez dos bolsas con dinero. La una era muy fina y contenia una muy decente cantidad en monedas de oro y plata. La otra era basta y semejante á la que usan los arrieros, y apénas contenia cinco ducados.

—Esta, dijo el juez, será la bolsa del viajero, y estotra la del carretero. ¿No es así? preguntó dirigiéndose á los gitanos.

Quedaron estos como estupefactos y juraron que

nada tenian que ver con el crímen de que se les acusaba.

Sin embargo, atados codo con codo fueron conducidos á la cárcel.

Los demás que estaban en el meson quedaron en libertad de dirigirse donde tuvieran por conveniente.

El juez, una vez despachadas estas diligencias, se dirigió al cuarto donde yacia el herido.

Este no estaba en disposicion de hablar.

Preguntó el juez al cirujano, si creia que podia ser trasladado á otro lugar donde pudiese estar mejor asistido que en el meson.

—Yo creo, dijo el cirujano, que curará, siempre que, como ya he indicado, tenga una muy esmerada asistencia, y en ninguna otra parte mejor la encontraria que en el santo hospital. El hermano Juan de Dios, que con tanta asiduidad asiste y cuida á todos los enfermos, lo hará más particularmente con este por el delicado estado en que se encuentra. En cuanto á trasladarle, puede hacerse sin peligro, siempre que se tomen las precauciones necesarias.

—Pues al hospital con el herido, dijo el juez. No sabemos si tiene parientes en Granada; y en tanto que pueda hablar y hacer las declaraciones necesarias, allí estará perfectamente asistido.

No se conocian entónces las cómodas camillas que hoy existen en todas partes para trasladar los enfermos de un lugar á otro; pero sobre unos palos atra-

vesados y convenientemente atados, colocaron un colchon, y sobre él al herido que no daba acuerdo de su persona, y por cuatro hombres robustos fué trasladado al piadoso asilo de Juan de Dios.

Ya verémos de que modo intervenia la Providencia en esta traslacion.

Pronto vamos á saber quien era el herido que quedaba encomendado á los cuidados del hermano hospitalario.

CAPITULO VII.

¡Siempre la Providencia!

El santo director del hospital recibió con el mayor amor aquel herido en el que veia un nuevo regalo de la Providencia. Su caridad era verdaderamente universal. Hubiera querido poder multiplicarse para hallarse al mismo tiempo en todas partes y socorrer todas las necesidades. Cuando sus enfermos recobraban la salud, daba gracias á Dios, y no los dejaba salir del santo asilo, sin entregarles alguna cantidad para que fuesen socorridos.

Generalmente existe una cierta aversion á los hospitales. Creen muchos que con ser conducidos á estos establecimientos han de morir necesariamente por falta de buena asistencia y de solícitos cuidados. Tal vez pueda haber algun descuido en los hospitales servidos por gente asalariada; pero no los hay de seguro

en aquellos que lo están, por los que al pié de los altares y movidos tan sólo por su espíritu de caridad, se han dedicado al penoso ejercicio de asistir á la humanidad doliente, y en este caso se hallaban Juan de Dios y sus religiosos. Buscan los asalariados en la asistencia de los enfermos un medio como otro cualquiera de proporcionarse el sustento, al paso que los ligados á este caritativo ministerio por solemnes votos, tratan de conquistar en él los eternos bienes.

Salta, pues, á la vista la notable diferencia que debe existir entre los unos y los otros.

Las obras formadas por la caridad, están á mayor altura que las que edifican los intereses materiales.

Juan de Dios, á la llegada de cada nuevo enfermo, se alegraba y bendecia á la Providencia. La accion de su caridad encontraba mayor terreno donde extenderse, y sabido es que la caridad nunca se cansa, ni busca su propio provecho. En esto último se diferencia del egoismo. La caridad es la hija del cielo. El egoismo es hijo de Satanás que inspira al hombre por la soberbia, haciéndole olvidar lo transitorio de la vida humana.

Decíamos que Juan de Dios recibió con el mayor amor en su hospital al herido, que miró como un nuevo regalo de la Providencia.

El asilado no podia darse cuenta de donde estaba. La mucha sangre que habia perdido y las dos traslaciones que de él se habian hecho, desde el campo al

meson de San Rafael y desde este al hospital, le tenian en un estado de debilidad tan grande, que, apesar de no ser mortal la herida, hacia temer por su vida.

Juan de Dios se propuso salvarle con la ayuda de aquel de quien pende la vida y la muerte, y no contento con prodigarle sus mayores cuidados, se propuso pasar las noches á su cabecera, hasta dejarle restablecido.

En la primera de las noches, el santo religioso, después de curarle por su mano la herida, le hizo beber un poco de caldo que produjo un sudor copioso á causa de la debilidad.

Juan de Dios sacó del bolsillo de su hábito un rosario y se entregó al rezo.

De vez en cuando fijaba su vista en el rostro del herido.

Una de estas veces, interrumpió el rezo y exclamó:

—¡Yo conozco á este hombre! ¡Esta fisonomía no me es extraña! ¿Quién será?

Y levantándose, avivó la luz del farol que alumbraba la estancia, y clavó con más atencion su mirada en la cara del herido.

Pasó en aquella contemplacion como un minuto y al cabo cayó de rodillas sobre el pavimento, y cruzando las manos ante el pecho, prorumpió en esta exclamacion:

—¡Siempre la Providencia! ¡Cuan incomprensibles

son, oh Señor, vuestros juicios é impenetrables vuestros caminos!

Y levantándose miró de nuevo el rostro del herido, y dijo:

—No hay duda, es Alberto: Dios me lo trae por segunda vez á esta santa casa. ¡Alabado sea su nombre por siempre!

El santo religioso se entregó á la meditacion.

Un silencio sepulcral le ayudaba á ella.

Parece que la Providencia guiaba todos aquellos sucesos, pues que los enfermos que existian en aquella sala, y eso que los habia de gravedad, y otros que sufrian grandes dolores, no interrumpian aquel imponente silencio ni con el más leve quejido.

Los designios de la Providencia son impenetrables á la menguada inteligencia humana, y no hay quien pueda penetrar los juicios del Eterno. De aquí el que muchas veces recibamos como un mal lamentable lo que es un bien, y miremos como verdaderos bienes los que son males reales.

Sin embargo, las almas justas, que siempre se conforman sin violencia con su suerte, sin tratar de examinar estúpidamente las disposiciones de lo alto que acatan y veneran, suelen por permision divina penetrar á veces los arcanos de la Providencia; y este es uno de los dones con que Dios suele adornar á sus escogidos.

En este caso se hallaba Juan de Dios, que como

los antiguos profetas penetraba por medio de los tiempos y veia los sucesos futuros.

—No hay duda, exclamó después de un rato de meditacion, Dios lo ha conducido aquí para su salvacion y la de su desgraciada esposa. No morirá, pues para esto no le habrá conducido á este santo asilo. Vivirá, y su vida ha de ser muy conveniente. Creo que se preparan grandes sucesos. ¡Todos sean para gloria de Dios!

Y el espíritu del siervo de Cristo se enardeció, y el Señor que es admirable en sus santos, quiso dar un testimonio de la santidad del humilde religioso. De su rostro se desprendieron vivos resplandores que iluminaron los lechos de los enfermos.

Habia quedado en éxtasis.

Los pacientes empezaron á dar la voz de fuego, sin comprender lo que aquello significaba.

Acudieron los religiosos que estaban de guardia en la habitacion inmediata, y al ver al santo Fundador en éxtasis y despidiendo aquellos rayos de luz, hicieron callar á los enfermos y se postraron en tierra, bendiciendo á Dios que de aquel modo testimoniaba las heróicas virtudes del padre amante y cariñoso de los desvalidos.

Duró aquel estado como diez minutos, al cabo de los cuales se extinguieron las luces sobrenaturales, y Juan de Dios apareció como era ántes.

Sus hijos, los religiosos, acudieron á besar su hábi-

to, y los enfermos empezaron á proclamarle santo. Juan no podia echar un velo sobre aquel suceso, y así suplicó rendidamente á los religiosos y á los enfermos, que guardasen un profundo secreto sobre lo que habian visto, y no cesó en su plegaria hasta que todos se lo ofrecieron.

Empero, con la intencion de aminorar en lo posible el gran concepto de santidad en que le tenian, y el aumento que este mismo concepto acababa necesariamente de tener, se explicó de la siguiente manera, propia de un alma como la suya:

—Lo que habeis visto, hermanos mios, ni os debe causar admiracion, ni ménos aumentar la estimacion que me profesais. Dice el Evangelio, que Dios, cuando es su voluntad soberana, escoge las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes; y por esto, como habia de elegir á otro cualquiera de vosotros para instrumento de sus designios, se ha servido elegirme esta noche, no obstante ser yo uno de los más grandes pecadores que existen sobre la tierra. Creedme, hermanos mios, y lo confieso para mi confusion, yo he pasado muchos años en la disipacion y no puedo apartar de mi memoria grandes faltas cometidas. Ninguno de vosotros las habrá cometido mayores. Yo abandoné á mis buenos padres, dejándolos sumidos en la más profunda afliccion y amargura del alma, entregándome á una vida aventurera, de la que Dios me sacó por un efecto de su misericordia infinita, y

¡ojalá me sirva de expiacion lo poco que hoy hago en favor de los pobres enfermos! Así, pues, soy más digno de compasion que de admiracion. No he sido esta noche más que un instrumento del que la Providencia se ha servido. ¿Y para qué? Esto es lo que yo no sabria explicar. ¿No puede haber entre vosotros algun incrédulo que haya necesitado para su conversion, para abrir los ojos á la luz de la verdad un testimonio de la existencia de Dios? Humillémonos, pues, ante las sabias disposiciones del Señor; y, nó, á mí, vaso frágil y perecedero, sino á Él, dador de todo bien, sea dada la alabanza y la bendicion.

Religiosos y enfermos escucharon con la más profunda atencion y gran veneracion aquel corto discurso, que les sirvió para confirmarse más y más en la santidad del humildísimo fundador.

Juan volvió á la cabecera del herido, al que deseaba no abandonar ni un sólo momento.

CAPITULO VIII.

En el que se vé que es una verdad que el que mal anda mal acaba.

Aunque Juan de Dios veia diariamente á Victoria, determinó no decirle nada respecto á Alberto.

Y esta prudente determinacion del varon santo, no fué tomada porque temiese que en Victoria pudiese despertarse el amor que un dia habia profesado á Alberto.

Sabia muy bien que Victoria vivia desprendida de todas las cosas de la tierra, y desnuda de todo otro afecto que no fuese el que profesaba á Dios y á las prácticas religiosas. Victoria vivia enteramente endiosada, y cual otra Teresa de Jesús, su contemporánea, suspiraba por el momento de unirse para siempre con el amado de su alma.

Sin embargo, calló, y esperó que la Providencia di-

rigiese los sucesos, pensando que todo vendria en bien y que se acercaba el tiempo de que entrasen en el camino de la rectitud los que de él vivian apartados. Su pensamiento fijo, constante, era la salvacion de la desgraciada Beatriz.

En tanto que Juan de Dios sigue entregado al cuidado de Alberto, fijemos nuevamente la atencion en las personas que fueron presas en el meson de San Rafael, y en el juez encargado de su causa.

Ya hemos dicho que el terrible señor Rodrigo Carvajal, tenia ya una casi evidencia de que aquellos tres gitanos eran los perpetradores del crímen, y que se habia propuesto el colgarles, así que estuviesen convictos y confesos, lo que á él le parecia muy fácil de conseguir.

Su mirada investigadora abarcaba á un hombre por completo, así en su parte física como moral. Y ya hemos dicho que rara vez se equivocaba, ó, mejor dicho, nunca se equivocaba al creer á uno como delincuente.

Rodrigo Carvajal no tenia precio para el cargo que desempeñaba.

Su bello ideal era el administrar recta y pronta justicia.

Queria y procuraba que el castigo siguiera lo más pronto posible á la perpetracion del delito.

Y en esto tenia razon.

Cuando la justicia es tardía; cuando pasan meses y

años en la formacion de una causa, y después, cuando ya se ha olvidado el delito, por más que en los dias siguientes á su perpetracion no se hablase de otra cosa que del mismo, por el horror que causára, resulta que por una parte el castigo no produce verdadero escarmiento, y por otro, la justicia mata á un hombre, á sangre fria, valiéndonos de una expresion vulgar.

Nosotros hemos visto llevar al patíbulo á desgraciados criminales, dos años después de haber cometido el delito que expiaban, no produciendo aquel acto otra cosa que compasion, bien que siempre y en toda ocasion la producen los que suben las gradas del patíbulo.

A la terminacion de este capítulo consignarémos nuestra humilde opinion acerca de la pena de muerte.

Verémos ántes los trámites seguidos por el juez de Granada, Rodrigo Carvajal, en la causa de los gitanos.

Habia tenido la precaucion de mandar que fuesen colocados en departamentos diferentes, para que no se pudiesen poner de acuerdo en las declaraciones que habian de prestar.

Al cadáver del carretero no se habia dado aún sepultura, y se hallaba depositado en el lugar que estaba destinado á depósito de cadáveres.

Por órden del juez se habia practicado la autopsia,

resultando que habia muerto de una profunda herida en el corazon.

Registrados los gitanos, no se les encontró encima arma ninguna.

Verificóse el registro con la mayor escrupulosidad, dando por resultado el que entre unos retamares se encontrasen tres navajas, dos de las cuales tenian la hoja manchada en sangre.

Estas armas homicidas fueron presentadas al juez.

—Pues ya tenemos un tercer hilo, dijo éste. Nada, me parece que van á bailar en la cuerda floja.

Se constituyó en la cárcel, y en la sala destinada á la comparecencia de los reos.

Sobre la mesa fueron colocadas las navajas, cubiertas con un paño.

Hízose comparecer á uno de los reos.

Preguntóle el juez por su nombre, patria, edad y ejercicio, y sus respuestas fueron escritas.

El interrogatorio continuó de este modo:

—Sois pariente de vuestros dos compañeros?

—Nó, señor.

—¿Qué tiempo hace que vivís unidos?

—Dos años.

—¿Y con qué objeto os reunísteis?

—Como ni ellos ni yo tenemos familia, para dedicarnos al negocio de caballerías.

—Siendo así, debíais tener dinero; y, sin embargo, nada se os ha encontrado, más que las dos bolsas que

habia en las albardas. ¿Dónde guardais vuestro capital? Porque capital es necesario para vivir dedicado á los negocios.

—Señor; los asuntos nos han ido muy mal, hemos tenido grandes pérdidas, y tan sólo tenemos lo que habia en una de aquellas bolsas, en la más fina.

—¿Y sabeis á cuanto asciende lo que en ella hay?

—Nó, señor.

—Pues es bien extraño.

—Diré á su señoría. Yo no corria con eso... Uno de los compañeros llevaba las cuentas.

—¿Cuál de ellos?

—Santiago.

—¿Y quién es Santiago?

—El más viejo. Ese que tiene una señal de herida en la frente.

—¿Y cómo es que no llevabais armas?

—No lo acostumbramos.

—Sí lo acostumbrais; y para libraros de que recayesen las sospechas en vosotros, las arrojásteis á un retamar, ¿No es eso?

El reo se puso más pálido que estaba ántes, y exclamó:

—Os han engañado, señor juez, os han engañado.

Entónces el juez levantó el paño que cubria las navajas, y dijo:

—Veamos: aquí están las tres navajas. ¿Cuál de estas es la vuestra?

Atortolado el gitano, no sabia ya que hacer ni que decir, y guardó silencio.

—Contestad, dijo el juez, á lo que os he preguntado y no agraveis vuestro estado. ¿Cuál de estas navajas es la vuestra?

El juez pronunció estas palabras con gran energía, acompañándolas con un golpe dado sobre la mesa con la mano, y que fué golpe de efecto, porque produjo el que se habia propuesto.

Viéndose perdido el gitano, y no atreviéndose á negar, tocó la única navaja que no estaba manchada en sangre y dijo:

—Esta es la mia.

—Es extraño, dijo el juez mintiendo para mejor averiguar la verdad. Ya han declarado vuestros dos compañeros y ambos han dicho lo mismo. Todos quieren que sea suya la navaja que no está tinta en sangre.

—Mienten, señor juez, mienten; y ya que hemos caido en manos de la justicia, yo diré toda la verdad aunque me cueste la vida.

—Pues si así lo haceis, será la primera vez que haya salido una verdad de labios de uno de vuestra raza.

—Nadie escoge padres, señor juez, y entre nosotros tambien hay personas honradas, aunque os cueste trabajo el creerlo.

—Bien; haced vuestra declaracion, segun habeis ofrecido.

—A ello voy señor juez.

Yo jamás he robado ni ménos he asesinado á nadie. Juntéme con estos compañeros de raza, creyéndolos honrados; y reunidos como buenos amigos hemos recorrido los pueblos y las ferias. Hasta hace muy poco tiempo, ellos tampoco habian obrado como criminales, pues toda su maldad consistia en engañar, haciendo pasar por buena una caballería que era mala, y en esto confieso que yo les acompañaba y celebrábamos con sendas borracheras cuando habiamos podido engañar á alguna persona.

Voy á referir á su señoría el caso más grave en el que yo tomé parte.

Llegamos un dia á un convento de Padres Trinitarios de un pueblo de la provincia de Jaen.

El superior de aquella comunidad nos propuso si queríamos comprar una mula blanca y bastante vieja que tenian para el trabajo de la noria, y la cual se resistia ya á cumplir su oficio por su edad y achaques.

Verdaderamente la mula era un cascajo.

Nosotros ofrecimos por ella seis ducados, haciéndoles ver la inutilidad de la bestia, y por último dimos hasta ocho ducados.

—¿Y no tendréis, nos dijo aquel padre, una caballería jóven y á propósito para la noria?

—Si podeis esperar quince dias, dijo Santiago, yo os ofrezco traeros una mula jóven, acostumbrada ya al trabajo y de una resistencia extraordinaria.

El padre convino en ello.

Durante aquellos quince dias alimentamos muy bien á la mula blanca que habíamos comprado, y con esto y el descanso engordó y se remozó. Dos dias ántes de aquel en que habíamos ŏfrecido al fraile llevarle la mula ofrecida, la pintamos toda de negro con un betun que hacemos á propósito, y nos presentamos con ella al convento.

La mula, señor juez, no la hubiera conocido la madre que la parió. Gustó su estampa á los frailes, y queriendo probarla la ataron á la noria. Como habia descansado tanto tiempo y estaba fresca, empezó á trabajar admirablemente.

Tratóse de precio, y tira y afloja, pudimos sacar por ella hasta cuarenta pesos fuertes.

Era un buen negocio.

Nosotros, inmediatamente que cogimos los cuartos, abandonamos el pueblo á toda prisa, ántes que fuese descubierto el engaño.

Pero sucedió lo que necesariamente habia de suceder.

A la hora de estar tirando de la noria, se acordó la mula que era vieja, y dijo: no trabajo más.

El lego de la huerta, creyendo que tendria necesidad de comer, la desató de la noria, y quedó estupefacto al ver que el animalito se dirigió por sí solo á la cuadra.

—Podrá ser, dijo, que esta bestia no sea muy tra-

bajadora; pero lo que es talento no le falta. ¡Miren como ha sabido donde está la cuadra!

Al dia siguiente la puso nuevamente al trabajo, al cual desde el principio se resistia; y como diese la casualidad de que estuviese lloviendo, el agua le fué haciendo perder la pintura, y al cabo de una hora ya estaba en su primitivo color.

Cuando el fraile que se habia retirado al interior del convento huyendo de la lluvia, volvió á la huerta, quedó con tanta boca abierta, al ver á la caballería que de negra se habia convertido en blanca.

Dió parte del suceso al superior; acudieron los padres y todos comprendieron entónces el engaño.

Nosotros nos hallábamos en Jaen, donde celebrábamos el suceso que tan bien nos habia salido.

Dió la casualidad, desgraciada para nosotros, de que dos frailes de aquella comunidad pasaron á la capital, no sé á qué; y, como nos viesen, dieron parte á la justicia, que inmediatamente nos prendió, y averiguado el caso nos condenaron á restituir los cuarenta pesos fuertes que habíamos recibido por la mula, y al propio tiempo á pagar una fuerte multa, y después nos pusieron en libertad.

Este, señor juez, es el delito mayor en el que yo he tomado parte.

Después de aquel suceso, mis compañeros han cometido algunos robos semejantes, sin que yo haya querido tomar parte; y estaba determinado á sepa-

rarme un dia de estos de ellos, pues me tenian amenazado de muerte, porque me resistia á ciertas cosas.

—Habeis hablado mucho, dijo el juez, sin venir al asunto principal. Lo que es necesario que relateis con toda verdad es el drama de ayer.

—¿El qué? señor juez.

—El drama; quiero decir, el asesinato de esas dos personas.

—Pues allá vá, y sea lo que Dios quiera, porque mi conciencia está casi tranquila.

—¿Casi?

—Sí, señor; y digo, casi, porque no lo está del todo por haber venido en compañía de ellos.

—Veamos, pues.

—Es el caso, señor juez, que cuando divisamos el carro que se ha encontrado destrozado en el camino, dijo Santiago:

—Vamos á robar á los que vayan en el carro.

Yo me opuse, y Santiago me dijo:

—Si te resistes, empezarémos por quitarte de enmedio.

Yo no me atreví á hablar una sola palabra, por temor de que cumpliesen su promesa.

Ellos picaron para alcanzar el carro, y yo detrás de ellos, pero á alguna distancia.

Debió apercibirse el carretero, y arreando la caballería la puso al galope; pero por desgracia suya, una

rueda tropezó con una piedra y volcó el carro en el mismo sitio donde ha sido encontrado.

Mis dos compañeros, el uno se arrojó contra el carretero y el otro contra el caballero que en el carro iba.

Yo estaba atortolado, y no sabia lo que pasaba. El carretero hizo resistencia, y entónces uno de mis compañeros, el que se llama Dionisio, se arrojó sobre él con la navaja y le mató.

Santiago que vió esto, hizo lo mismo con el caballero.

Los registraron, se apoderaron de las bolsas del dinero, que guardaron en las albardas, y desunciendo la caballería del carro, nos dirígimos con ella hácia Granada.

A Santiago se le ocurrió decir:

—Arrojemos las navajas á fin de que si somos registrados por sospecha, no se nos encuentren encima; y las arrojamos en efecto en un retamar, donde habrán sido encontradas. La mia está inocente y ni siquiera la habia abierto.

Yo no hacia más que pedir á la Vírgen del Cármen que me sacase en bien de aquel suceso, deseando llegar á Granada, para huir de mis compañeros, como pensaba hacerlo hoy mismo.

He dicho la verdad, señor juez; y así Dios me salve. Ahora su señoría hará de mi pobre persona lo que crea más en justicia, pues yo me conformo á lo que el Señor disponga.

Y se puso á llorar.

El juez Rodrigo Carvajal, hemos dicho que era muy perspicaz, y que á primera vista registraba el corazon humano: desde luego que empezó el interrogatorio del primer detenido, se inclinó á creer que no debia ser el más culpable.

Luego que hubo escuchado su declaracion, creyó que habia un fondo de verdad en cuanto habia dicho.

Así, pues, una vez terminado el interrogatorio, le dijo:

—Si habeis hablado con verdad, no seréis el que peor librado saldréis de todos, porque al ménos viviréis.

Y mandó que fuese nuevamente conducido á su calabozo.

En seguida uno trás otro comparecieron los otros dos detenidos.

Se contradijeron en sus declaraciones; pero, al fin, de tales medios se valió el juez, que no tuvieron otro medio que cantar de plano, quedando convictos y confesos, apareciendo ellos como los únicos criminales, y demostrándose la verdad de cuanto habia declarado Roque, que tal era el nombre del primero.

A los ocho dias eran sentenciados, Roque á cuatro años de cadena, Santiago y Dionisio á la última pena.

Confirmada que fué la sentencia, aquellos criminales murieron en la horca, con gran regocijo del señor Rodrigo Carvajal, que, como hemos dicho, se habia

propuesto concluir con los bandidos que asolaban los pueblos de aquella parte de la bella Andalucía.

Roque se alegró de salir tan bien librado, y marchó á cumplir su condena, haciendo los mayores propósitos de ser hombre de bien en adelante, para no verse en el triste paso que se habian visto sus compañeros.

¿Cumplió sus buenos propósitos? Esto es lo que no sabemos.

Cumpliendo ahora lo que ofrecímos de consignar nuestra opinion acerca de la pena de muerte, dirémos en absoluto que somos contrarios á ella.

¿Pues qué otra cosa merece, se nos dirá, el asesino?

¿No deben cortarse los miembros corrompidos del árbol social, para que no inficionen las otras ramas?

De ningun modo.

Y á los que tales preguntas nos dirijen, les preguntarémos á nuestra vez:

¿Qué ha dicho Dios?

¿Qué se lee en los preceptos del Decálogo?

No matarás.

Y en este precepto no se hace excepcion alguna, ni con respecto á los criminales.

Luego el matar es contravenir á lo que Dios ha mandado, sea quien mate un monarca, un tribunal ó un individuo cualquiera. El asesino es un enemigo de la sociedad y es necesario apartarle de ella; pero Jesucristo dice terminantemente: «Habeis oido que

fué dicho: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo (los falsos intérpretes de la ley entendian por prójimos tan solamente á los parientes y amigos). Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen; y rogad por los que os persigan y calumnian... Sed perfectos, así como perfecto es vuestro Padre celestial.»

Y siendo así, ¿cómo podrán unirse dos principios que parecen rechazarse; cual es la obediencia al precepto divino, y la seguridad de la sociedad que no debe albergar en su seno á los criminales?

Discurramos.

Cométese un asesinato y este crímen horrendo recaido sobre un padre de familia, deja sumidos en la miseria á una infeliz viuda y á unos desgraciados huérfanos.

No nos detendrémos en probar porque es demasiado sabido, que la pena de muerte no sirve de escarmiento, pues repetidas veces hemos visto cometerse robos á los piés mismos del patíbulo.

Examinemos el asunto en otro sentido.

¿Con la muerte del criminal, puede volverse la vida al asesinado ó se remedia la desgracia de su familia?

De ningun modo.

¿Y por qué no hace la sociedad que aquel su miembro corrompido, se haga útil á aquellas personas á las que ha arrebatado la vida del que las sustentaba?

Constrúyanse establecimientos penales á la altura de la civilizacion del siglo, y en vez de sentenciar á la última pena, senténciese á morir para la sociedad. El reo que se ha hecho acreedor á esta pena más aflictiva que la muerte misma, sea obligado á trabajar durante su vida y sin el menor trato aún con sus desgraciados compañeros; y una parte del producto de su trabajo empléese en su propio sustento, y la parte más crecida entréguese á la familia ofendida.

De este modo la sociedad no vengaria un crímen con otro crímen; el reo sufriria una terrible expiacion; y de miembro corrompido de la sociedad, pasaria á ser miembro útil, al tiempo que estaria imposibilitado de cometer un nuevo crímen.

Creemos de buena fe que esto produciria mejores resultados y más positivos escarmientos que la pena de muerte.

Dígasele á uno de esos hombres desalmados, dispuestos á cometer toda clase de crímenes, que se expone á caer en manos de la justicia y á acabar la vida en un patíbulo de afrenta, y se le verá encogerse de hombros. No tiene principio alguno de religion: no cree más que en la vida presente, y mira la muerte con indiferencia. Pero si se le dice que ha de ser encerrado por vida, sin ver ni oir á nadie á excepcion del carcelero, y que ha de ser obligado á trabajar perpétuamente hasta que le sobrevenga la muerte, le veréis estremecerse de espanto.

No hemos pretendido establecer un dogma, que para ello no tenemos autoridad ordinaria ni extraordinaria. Hemos tan solamente manifestado una opinion particular.

Continuemos ahora el curso de nuestra historia.

CAPITULO IX.

Efecto que causa á Alberto el reconocer el lugar en que se hallaba.

Durante tres dias Alberto no recobró el conocimiento; y Juan de Dios no se apartaba de su cabecera, sino cuando sus deberes le llamaban á otra parte, y entónces dejaba á otro religioso el cuidado del enfermo.

El dia cuarto, serian como las diez de la mañana cuando abrió sus ojos y clavó la mirada en Juan de Dios.

No pudo advertir que se hallaba en el hospital, porque el dia ántes el hermano Juan habia rodeado su cama de unos biombos formando como una alcoba.

Después de mirar algunos instantes á Juan de Dios, le preguntó:



Dadme á besar vuestra mano, dijo Alberto.

—¿Dónde estoy? ¿Qué casa es esta?

—Estais en vuestra casa, porque la casa de Dios es de todos.

—¿Luego esto es una iglesia?

—Es un asilo de caridad, y tal vez hubieseis muerto á no ser conducido á él, después que tuvísteis la desgracia de ser herido.

—¡El hospital!...

—Ciertamente. Es la segunda vez que Dios os conduce á él.

—¿Y vos quien sois?

—Un pobre religioso que os ama y que ha procurado prestaros la más solícita asistencia, para salvar con la ayuda de Dios vuestra vida.

El enfermo fijó nuevamente la vista en el rostro del religioso y reconociéndole, exclamó:

—¡Juan de Dios!

Y fué tal el efecto que le causó aquel reconocimiento, que cayó desmayado.

El religioso acudió y aplicó á su nariz una esencia, con lo cual consiguió que volviese á recobrar el uso de los sentidos.

—Dadme á besar vuestra mano, díjole Alberto.

El religioso le dió á besar el hábito.

En su humildad se resistia siempre á dejarse besar la mano, no creyéndose digno de este honor reservado al sacerdocio.

Alberto, naturalmente estaba muy agitado.

—Sosegaos, sosegaos, le dijo Juan, pues las fuertes emociones podrian seros perjudiciales: no perdamos el terreno que llevamos ganado. Nada me pregunteis, que aún no debeis hablar mucho, y tiempo tendrémos, con el favor de Dios, de hablar detenidamente. Básteos ahora saber que vuestra presencia en Granada la ignoran todas las personas que os conocen. Sólo os advertiré una cosa. Diariamente envia el juez que sigue la causa á los criminales que os pusieron á las puertas del sepulcro, á un delegado suyo, para saber cuando estaréis en disposicion de declarar. Si yo me acerco con alguno á vuestro lecho, guardad silencio, á ménos que otra cosa yo os advierta.

—Os lo ofrezco, dijo Alberto.

—Gracias os doy, respondió Juan. Ahora quedaos en reposo y procurad no ocupar con ningun pensamiento vuestra imaginacion, como no sea para dar gracias á Dios, que tan pródigo en misericordia se ha mostrado en vuestro favor.

—Es verdad, padre mio, es verdad. Os obedeceré en todo cuanto me ordeneis. ¡Cuán feliz soy con haber sido conducido por la Providencia á esta santa casa!

—Decís bien: la Providencia lo ha dispuesto, pues ya sabeis que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios.

Alberto permaneció tranquilo; pero su naturaleza experimentó una grande alteracion, como no podia

ménos de suceder, y al poco rato se le declaró la fiebre.

Durante ella tuvo delirio, y de cuantas frases pronunciaron sus labios, pudo deducir Juan de Dios la buena disposicion de su alma, y que felizmente se hallaba en camino de salvacion. Era cuanto podia desear el santo religioso, que se habia propuesto ser el salvador de Beatriz y de su esposo.

Justamente cuando se hallaba en aquel estado de delirio, perjudicial en alto grado á Alberto por el delicadísimo estado de su salud, se presentó en el hospital el mismo juez Rodrigo Carvajal, con el objeto de tomar declaracion al herido.

Juan de Dios le condujo al lecho de Alberto, y le dijo:

—Mirad, señor juez; el estado de delirio en que se encuentra. Es imposible que pueda contestar á nuestras preguntas.

—Bien lo veo, dijo el juez; pero no importa, puesto que los reos están convictos y confesos y mañana sufrirán la pena de muerte.

—¡Desgraciados! exclamó el religioso.

—¿Les compadeceis?

—Ciertamente. ¿No son mis prójimos?

—Pero hombres de esta clase, que siembran el terror y la desesperacion por todas partes, deben desaparacer de la sociedad. Yo no compadezco á esos miserables.

—Y, sin embargo, querreis que Dios os compadezca. ¿No es así?

—Pero yo no he manchado mis manos con sangre, ni he contribuido á labrar la ruina de ninguna familia.

—No entraré en discusion, dijo el religioso, con el representante de la ley; pero creo que si bien se debe odiar el delito, debemos compadecer al delincuente. Expuestos estamos todos á faltar á nuestros deberes, y á caer en crímenes. Pidamos, pues, al Señor que nos conserve en su gracia, y nos libre de fijar nuestra planta en la senda del mal.

Y no es que Rodrigo Carvajal fuese hombre de malos sentimientos.

Nada de eso.

Era sí que amaba la justicia, que deseaba que existiese un buen órden moral, y que no tenia otro bello ideal que terminar con los bandidos.

Ya lo hemos dicho. Era la rectitud personificada en la administracion de justicia.

—Teneis razon, buen religioso, dijo á Juan de Dios. El Señor nos guarde y nos conserve en el recto uso de nuestra razon.

Y viendo que nada podia saber de Alberto por el estado en que se encontraba, se despidió cortesmente y abandonó el santo hospital.

Alegróse Juan sobremanera de que hubiese llegado tan oportunamente, porque de haber declarado el enfermo su patria, nombre, y estado, Beatriz hubiera

sabido que Alberto se hallaba en Granada, y entraba en los planes del religioso que esto fuese por entónces un secreto impenetrable á todo el mundo.

¿Qué se proponia con esto?

¿Cuales eran sus planes?

Esto es lo que por entónces no se traslucia.

Lo cierto es, que era un instrumento de la Providencia; que él lo habia comprendido así, y que esto producia una alegría inmensa á aquel hombre cuyo corazon se hallaba inflamado en el amor de Dios y de sus prójimos. Si tanto consuelo encontraba en socorrer las necesidades temporales de sus hermanos, ¡cuál no experimentaria al verse en la posibilidad de socorrer las espirituales!

Victoria acudia diariamente al hospital, para ver á Juan de Dios y darle cuenta de lo que habia hecho en favor de las enfermas que estaban á su cuidado y que asistia á los propios domicilios.

El alma de la jóven se fortalecia para la práctica de aquella obra de misericordia con el ejemplo del santo religioso y sus consejos evangélicos.

Habia observado Victoria cierta novedad en el rostro de Juan de Dios. Veíale como preocupado; pero no se habia atrevido á preguntarle la causa. ¡Quién puede saber, decia la jóven, los secretos que pasan entre Dios y sus escogidos!

Pero, al fin, llegó una tarde y fué recibida como de costumbre en la sala de visitas.

Advirtió en el semblante del religioso una cosa que ella no sabia explicarse; le parecia otro hombre.

Al fin, se determinó á dirigirle alguna pregunta.

—¿Teneis alguna alegría, hermano Juan? le interrogó.

—¿Y cuando he estado triste? respondió el religioso.

—Es verdad; pero noto en vuestro semblante un no sé qué,... en fin, que me pareceis más alegre que de costumbre. Seguramente habeis contribuido á la salvacion de algun alma.

Juan de Dios se sonrió dulcemente.

—Verdad es, Victoria, que la alegría reina en mi alma, y no me faltan motivos para ello; pero no me pregunteis la causa porque deseo reservarla por ahora. Algun dia la sabréis, y es posible que conmigo os alegreis.

Victoria no insistió más, respetando los motivos que el religioso tendria para guardar en su pecho aquel secreto.

Lo que ménos podia sospechar, era la presencia de Alberto en aquel santo asilo de la humanidad doliente.

CAPITULO X.

Consuelos del alma.

Como era natural, Alberto deseaba saber qué habia sido de su esposa.

Hallábase ganoso de averiguar si aquella cabeza volcánica habia venido á su acuerdo ó si permanecia en el mismo estado. En una palabra; si Beatriz era todavía aquella mujer de vehementes pasiones, que tenia por regla de conducta las veleidades de su fantasía, ó si habia abierto los ojos al conocimiento del bien y de la verdad.

Nadie mejor que Juan de Dios podria informarle, y nadie como él podria aconsejarle de qué manera habia de ajustar su conducta para en adelante.

Ya sabemos que Alberto llevaba la intencion de ponerse en todo bajo la direccion de aquel santo religioso, que por su humildad, su prudencia, su discre-

cion, su don de consejo y muy especialmente por su espíritu de caridad, era la edificacion de Granada, donde con justicia era reconocido y venerado como un hombre angelical. Así, pues, miró como cosa providencial el encontrarse sin saber de qué manera en el hospital de Juan de Dios; y que este fuera la persona primera que viera, luego de haber recobrado el uso de los sentidos.

Ya hemos visto el efecto que esto causó en su ánimo y cuales fueron sus pensamientos.

Cuando hubo recobrado algunas fuerzas y lo creyó oportuno, en ocasion en que Juan de Dios trataba de alimentar su alma con saludables consejos, Alberto, abordando la cuestion que tanto le importaba, le dijo:

—Ya comprenderéis, hermano Juan, cuan ansioso estoy de que me comuniqueis algunas noticias.

—¿Qué clase de noticias?

—Debeis comprenderme.

Juan no sabia mentir ni disimular, y así se vió precisado á responder:

—Sí, os comprendo.

—Y bien...

—Creo oportuno que no ocupeis todavía vuestra imaginacion en asuntos que puedan arrebataros la tranquilidad.

—Estoy dispuesto á no perderla.

—Tal vez os engañais.

—Dios me dará fortaleza para resistir por más

que sean terribles las noticias que me comuniqueis.

—Es verdad que Dios, hermano mio, aumenta sus consolaciones á medida que aflige á los mortales: pero somos débiles y nos impresionamos con facilidad. No estais aún restablecido y necesitais cuidaros mucho. Cualquier alteracion en el sistema nervioso, podria traer en pos de sí su retroceso en vuestra enfermedad, cuyas consecuencias podrian seros funestas.

—¿Luego nada me diréis?

—Sois en verdad algo impaciente.

—¿No creeis que tengo motivos para ello?

—Nada hay que pueda justificar la impaciencia, que no es seguramente una virtud.

—Es verdad.

El religioso se sonrió dulcemente.

Alberto continuó:

—Yo os pido que me perdoneis, y os ofrezco no haceros más preguntas. Esperaré con paciencia á que vos creais oportuno hablarme del asunto. No puedo hacer mayor sacrificio.

—Me agrada en gran manera veros tan humilde. Ahora os diré tan solamente que Beatriz vive: el cómo, ya lo sabréis; y que yo tengo una gran confianza en Dios, de que vuestra venida á Granada y el haber sido conducido á este santo hospital, son hechos que han de contribuir poderosamente á la regeneracion completa de esa pobre Beatriz.

—Con que creeis....

—Sí: creo que se convertirá.

—Y entónces...

—Será buena cristiana y buena esposa, y borrará con lágrimas de ternura y arrepentimiento sus grandes culpas.

—¡Dios os oiga!

—El corazon me lo dice.

—En vos está el espíritu de Dios.

—Yo no soy mejor que los demás hombres: por otra parte, carezco de ciencia, pues no estudio en otro libro que en la imágen de Jesucristo Crucificado; pero conozco algo el corazon humano y nunca he perdido la esperanza de ver á Beatriz hecha una santa. ¿No tenemos de esto mil ejemplos en los anales de la Iglesia? ¿No han sido modelos de virtud y espectáculos admirables al mundo, á los ángeles y á los hombres, algunos que en los dias de su juventud fueron piedras de escándalo para con sus semejantes? ¿No admiró á la ciudad de Antioquía y al mundo entero, aquella mujer prostituta llamada Pelagia, que convertida por un sermon del obispo San Nono, recibió el bautismo y fué después un pasmo de penitencia? ¿Y quién podrá negar á Dios el poder de hacer con Beatriz lo que hizo con Pelagia? Os lo repito; yo no he perdido ni por un momento la esperanza de que sea vuestra esposa una nueva Samaritana, á la que se ofrezcan las saludables aguas de la gracia. Poco valen mis oraciones; pero, tibias como son, las ofrezco cada

dia por ella, pues el de su conversion será el más feliz de mi vida.

—Creo que vuestras palabras, dijo Alberto, son inspiradas por Dios, y derraman un gran consuelo en mi corazon. No nací yo para Beatriz, ni ella estaba destinada á ser mi esposa. Otra era la mujer de mis ensueños, la que estaba llamada á compartir mis dichas y mis desgracias, á ser la compañera de mi vida.

—No la nombreis, ni os acordeis de ella: esa mujer es feliz, completamente felíz, porque sigue la senda de la virtud, y en su corazon no se anida otro amor que el amor divino. Esa mujer pertenece á Dios, y su vida es edificativa.

—¡Dichosa ella!

—Sí; es dichosa, porque lo son todos los que no se apartan del camino de la rectitud.

—¡Oh, si yo la imitase!

—¿Y por qué nó?

—Porque en mi corazon existen grandes luchas que me roban la tranquilidad.

—Luchas á las que podeis poner término.

—¿De qué manera?

—Entregándoos en las manos de Dios y confiando en su Providencia.

—Confio.

—Pues no teneis más que hacer.

—¿Y no os parece que una vez restablecido, me ale-

je de Granada, esperando en cualquier punto á que me aviseis ser una verdad la conversion de mi esposa?

—Nó; y, ántes por el contrario, creo que debeis permanecer aquí y esperar con tranquilidad y sosiego.

—Vuestra voluntad es la mia, porque la Providencia, al conducirme á este santo asilo, me ordena que os obedezca y me ponga bajo vuestra direccion. Tal era mi idea al dirigirme á Granada, porque tal fué el consejo que me dió un anciano lleno de experiencia.

—Contad conmigo, dijo Juan de Dios: yo tambien creo que en mi pequeñez he sido elegido para tomar una parte en los asuntos relativos á vos y á vuestra esposa.

—Cúmplase en este caso la voluntad de Dios.

—Pláceme sobremanera el veros tomar tan buen acuerdo.

—Ahora si os parece conveniente decirme algo con respecto á Beatriz, podeis hacerlo; y en caso contrario, me resignaré y no os dirigiré nuevas preguntas.

—Desgraciadamente, respondió Juan de Dios, exhalando un hondo suspiro, Beatriz no se ha separado todavía de la senda de la perdicion; y por el contrario ha dado en ella pasos agigantados. Ha procurado de mil maneras la perdicion de una santa mujer....

—¡De Victoria!

—Sí; de Victoria, que con su paciencia, su resig-

nacion y las palabras de perdon que salen de sus labios, labra su corona de gloria: de Victoria, que cada dia eleva al cielo el incienso de su oracion por aquella mujer que tanto la persigue.

—¡Es una santa!

—Es una buena cristiana, cuyo corazon está cortado á medida del corazon de Jesucristo. Este nos manda amar á nuestros enemigos, hacer bien á los que nos aborrecen y rogar por los que nos persiguen y calumnian. Así, pues, Victoria cumple con ese difícil mandato del Salvador del mundo, incomprensible á la filosofía y al orgullo de los hombres.

—Verdaderamente, exclamó Alberto, es difícil el cumplimiento de ese mandato.

—Es que la vida del cristiano ha de ser una vida de sacrificios. Es difícil, porque nuestra naturaleza corrompida nos inclina más á la venganza que al perdon. Es un precepto sublime con el cual el Salvador de los hombres quiso confundir para siempre las ideas erróneas y las inveteradas preocupaciones de la filosofía pagana, estableciendo la ley divina del amor sobre las ruinas de aquel repugnante y bárbaro egoismo que se hallaba como encarnado en las tradiciones y aún en las leyes de los antiguos pueblos.

Alberto estaba como admirado al escuchar aquellas frases, y se preguntaba interiormente: ¿Cómo puede expresarse de tal modo este religioso, que dedicado á la asistencia de los enfermos, á las cuestaciones para

su hospital y á los más humildes oficios cerca de los desgraciados, no ha podido entregarse al estudio?

Ignoraba Alberto que la ciencia más sublime es la que se aprende al pié del Crucifijo, que es el libro donde estudiaron los Apóstoles, esos hombres que no eran ántes más que pobres pescadores, y supieron llevar á término feliz la revolucion moral más espantosa que presenciáran los mortales. No es la sabiduría del siglo, sinó la sabiduria de Dios la que sabe obrar tales prodigios.

Comprendia Juan cuanto le importaba á Alberto cimentarse en la doctrina evangélica, y continuó en el mismo tema, de la manera siguiente:

—Propúsose el Salvador con la promulgacion de esta ley estrechar los lazos sociales, haciendo que todos los hombres viviesen unidos á él con los hermosos vínculos de la caridad. Las pasiones desencadenadas gritan contra este precepto del perdon de las injurias y el amor de los enemigos; y estos gritos hacen concierto con las protestas de la moderna filosofía, que se empeña en presentarle como impracticable porque está en pugna con los instintos de la naturaleza y con las leyes del honor. ¡Cómo si pudiese cimentarse el honor en la desobediencia al que es dueño absoluto de todo lo criado, y tiene escrito en su manto y en la orla de su vestido, *Rey de reyes y Señor de los que dominan.*

Si los que así declaman contra esta doctrina, conti-

nuŏ Juan de Dios, diesen lugar á la meditacion, verian que ella es la base del cristianismo, y que no podia promulgarse otra más beneficiosa para las sociedades humanas. Los pueblos antiguos miraban como un deber la venganza; y en este sentido se explicaron Sócrates, Platon, Aristóteles y otros grandes génios del paganismo. Pero esta doctrina dió por resultado desastres sin cuento, rios de sangre, imperios destruidos, tronos hechos astillas y catástrofes de todas clases, haciendo nacer en los corazones los ódios más profundos. Por esto Jesucristo sale al encuentro del enemigo comun, imponiendo á los que abrazaban su doctrina el saludable precepto del amor á los enemigos y del perdon de las injurias.

—¡Oh, Juan de Dios! exclamó Alberto; sois un verdadero sabio.

—Soy un ignorante, un pobre religioso sin estudios de ninguna clase. Digo solamente lo que mil veces he oido explicar á doctos varones.

—Bien ha hecho Victoria en perdonar, y yo por mi parte ofezco perpétuo perdon á Beatriz de todo cuanto mal me ha causado y del que me causará en adelante.

—Perdonad y seréis perdonado.

—Y nada más deseo saber: habeis derramado el bálsamo del consuelo en mi corazon y estoy tranquilo. En vuestras manos me pongo, y obraré tan sólo á medida de vuestros sanos consejos.

La conferencia terminó.

Juan de Dios quedó tambien muy satisfecho, al comprender las buenas disposiciones en que se encontraba Alberto.

—Dios haga que todos queden redimidos, exclamaba al abandonar la sala donde se hallaba el esposo de Beatriz.

CAPITULO XI.

Consecuencia de un encuentro providencial.

Alberto quedó solo, y se entregó á profundas meditaciones sobre todos los sucesos pasados.

Pero no era ciertamente Beatriz quien le preocupaba en aquellos momentos.

Cierto es que deseaba verla en camino de salvacion, que se hallaba ganoso del reposo y de la tranquilidad de la vida doméstica; pero Juan de Dios le habia hablado de Victoria, de aquella mujer que, convertida en heroina, era por su virtud un espectáculo admirable.

Apesar de los grandes consuelos que habia recibido del varon de Dios, se sintió poseido de una casi desesperacion inexplicable.

Y decimos inexplicable, porque si el recuerdo de Victoria ocupaba toda su imaginacion, no es porque

pasase por su mente ni un pensamiento que fuese impuro.

Estos pensamientos, propios del amor de la materia, jamás le habian asaltado con respecto á Victoria, ni aún en aquellos dias en los que con ella sostenia amorosas pláticas.

La virtud en la mujer tiene el privilegio de inspirar ideas de pureza.

Era, sí, que pensaba en su propia locura, en su insensatez en haberse salido voluntariamente del paraíso, para penetrar en el infierno.

Comprendia que si hubiese guardado fidelidad á aquella candorosa doncella, si hubiese recibido su mano al pié de los altares, si no se hubiese entregado á amores criminales, habria sido feliz en cuanto puede serlo el hombre en tanto que es viador.

—¡Oh! exclamaba: ¡Cuanto habrá llorado por mí! ¡Angel puro! ¡Angel enviado por Dios para que labrase mi felicidad! ¿Por qué no comprendí el valor infinito de tal tesoro? ¿Por qué así me entregué á las aberraciones de mi entendimiento?

Y haciendo estas reflexiones se puso á llorar amargamente.

Alberto amaba á Victoria, y este amor se habia hecho más intenso desde que tuvo conocimiento de su heroismo y de las virtudes que atesoraba su corazon. El recuerdo purísimo de aquella mujer avivaba el amor verdadero que hacia ella sentia, amor que no

era la pasion tempestuosa y pasajera del sentido, si no la pasion intensa y profunda del alma.

Beatriz, con la que se hallaba unido por los lazos del matrimonio, le habia precipitado en hondos abismos; ella habia sido la causa de todas sus desdichas; ella le habia conducido como por la mano por la senda de la perdicion; ella inficionando su alma habia impedido el que se casase con Victoria.

Y por esto, al recuerdo de aquellos acontecimientos, de las maldades de la una y de las virtudes de la otra, deseaba postrarse ante el ángel que en alas de su abnegacion habia sabido remontarse hasta el cielo.

Entre tanto Victoria se ocupaba en hacer visitas cotidianas á las casas de los pobres, de los desvalidos, en repartir con los necesitados el pedazo de pan que le sobraba, y los recursos que Juan de Dios le proporcionaba para que pudiese continuar en el ejercicio de obras tan meritorias. Empero, en las casas donde más se detenia, era en las que habia enfermas que asistir. Ella con sus delicadas manos curaba las llagas más asquerosas, y ejercia los más humildes oficios, sin encontrar nunca la menor repugnancia, ni experimentar asco.

¡Cuán hermoso es el ejercicio de la caridad cristiana! El mundo egoista no sabe comprender las inefables delicias que se encuentran en la práctica de la caridad, en el ejercicio de la misericordia para con los pobres enfermos! Si esto se conociese, segura-

mente habria más concurrencia en los hospitales y en las habitaciones de los indigentes que en los espectáculos profanos. Verdad es, que, para comprender tales dulzuras, es necesario conocer á fondo todo el espíritu de la religion del Crucificado, única capaz de crear esas maravillas del amor fraternal, que admiran hasta los mismos detractores de esta religion santa y adorable.

Séanos permitida una reflexion sobre asunto de tanto interés.

En los heróes como Juan de Dios y las personas que impulsadas por su ejemplo, como Victoria, ejercen su misericordia en el retiro de los hospitales, ó en las retiradas habitaciones donde moran los afligidos y los enfermos, tenemos que admirar una abnegacion extraordinaria, hija de un principio elevadísimo y sobrenatural en su orígen. Muchas veces hemos visto cuando un edificio es devorado por las llamas, aparecer un corazon generoso, un hombre que desafiando el peligro penetra por medio del fuego para salvar á alguna inocente criatura; pero este hombre, al entregar en brazos de su madre á aquel niño destinado á perecer en el incendio, recibe la más dulce recompensa con las bendiciones de aquella agradecida madre y los aplausos de los espectadores. Cuando una epidemia viene á sembrar la desolacion en un pueblo, no faltan generalmente quienes se dediquen á prodigar sus servicios á los atacados, haciéndose

útiles á muchas existencias. ¡Dios nos libre de pensar en rebajar en un ápice el mérito que contraen estas almas generosas! Pero ello es que tambien reciben la recompensa de su heróico proceder en las manifestaciones de la gratitud pública y aún en los honores y condecoraciones con que son premiados por los gobiernos.

Ahora bien: ¿Qué premios, que satisfacciones reciben de la sociedad los que en la oscuridad y sin ostentacion ni ruido de ninguna clase, ejercen el bien, por la sola satisfaccion de practicarlo? ¿Qué recompensas reciben en la sociedad los que sacrifican su reposo, su juventud, su porvenir, viviendo entre las aflicciones y dolores de sus hermanos, sin más testigo que el Dios que les inspira obrar de aquel modo? Pues esta es la grande obra del catolicismo, admirada hasta por sus mismos detractores; obra á la que no pudo ménos de tributar sus elogios el gran caudillo de la incredulidad filosófica, el cínico Voltaire.

En el número de estas almas privilegiadas se contaba Victoria.

Han pasado seis dias desde aquel en el cual Juan de Dios y Alberto sostuvieron la conversacion que quedó consignada en el capítulo anterior.

Alberto se hallaba convaleciente.

En su rostro, sin embargo, se advertian las huellas de sus pasados padecimientos.

Aún se encontraba débil.

Habia podido abandonar el lecho, y en un rincon del patio del hospital se hallaba colocado donde los rayos del sol pudiesen acalorarle.

De pronto se abrió la puerta que daba entrada al piadoso establecimiento.

Una mujer jóven aún, de aspecto modestísimo, y cuyos ojos no se alzaban del pavimento, penetró en el patio.

Iba vestida de negro y cubierta con un manto.

Alberto fijó en ella su mirada y reconoció al antiguo ángel de sus amores.

Estuvo á punto de desfallecer.

Sin embargo, hizo un esfuerzo y exclamó:

—¡Victoria!

Esta volvió la cabeza, y aunque conoció á Alberto, pues sabia por Juan de Dios que se hallaba en el hospital, disimuló, y dijo:

—¿Qué me quereis, caballero? No tengo el honor de conoceros.

—Por Dios, Victoria, dijo Alberto, no te hagas cruel. Tú no puedes mentir porque eres un ángel: no me digas que no conoces al desgraciado Alberto: no me hieras tan profundamente en mi corazon, pues son ya muy hondas sus heridas.

—Bien, sí, os conozco; pero comprended que yo no puedo escucharos. Por una parte estais casado, y por otra yo estoy consagrada á Dios que posee todo mi amor.

Alberto cayó sobre sus rodillas.

Victoria creyó que iba á dar de cabeza contra el suelo y acudió á levantarle.

Cuando Alberto sintió el contacto de aquellas manos, pareció como trasfigurado.

—¡Oh! Un ángel me levanta, exclamó: ¡Qué más felicidad pudiera apetecer!

Victoria trató de huir de aquel lugar.

—Detente un momento, dijo Alberto.

—No es posible.

—Debo pedirte un consejo.

—Puedes hacerlo por escrito.

—¡Oh!

En este momento apareció Juan de Dios que, mostrando severidad en su semblante, exclamó:

—Victoria, id á la sala de visitas. Vos, caballero, á vuestro departamento.

Ambos inclinaron la cabeza; y, obedientes á la voz del varon de Dios, se retiraron, cada uno al lugar que le habia sido señalado.

La severidad desapareció en el momento del rostro de Juan de Dios.

Habia penetrado ambos corazones.

Sabia que aquella entrevista no habia producido ni una idea que no fuera pura, y que habia sido debida únicamente á la casualidad.

Y al propio tiempo conoció que no podia haber producido más que sentimientos religiosos.

Pero habia creido cumplir con su deber mostrando aquella severidad en su rostro, porque creia prudente oponerse á toda clase de entrevista entre aquellas dos personas.

No ignoraba cuan frágil es la humana naturaleza; y apesar de estar convencido de la virtud de la una, y de las buenas disposiciones del otro, temió que pudieran despertarse las antiguas pasiones.

Juan de Dios tenia un gran conocimiento del corazon humano.

Y sabia cuales eran las medicinas más propias para curar las enfermedades del alma.

Cuando entró en la sala de visitas, Victoria se arrodilló á sus piés, para pedirle perdon de una falta que no habia cometido.

Levantóla el religioso, y la dijo:

—No teneis que pedir perdon, porque no os he creido culpable. Comprendo muy bien que vuestra entrevista ha respondido á una casualidad y nada más. Pero es necesario evitar el que se repita. Esto podia traer fatales consecuencias. Todo mi anhelo está cifrado en la conversion de Beatriz. Yo deseo que esa mujer que hoy pertenece al diablo llegue á pertenecer á Dios: quiero que esa alma que se ha arrastrado por el cieno asqueroso de las pasiones, se purifique por medio de la penitencia, y que ese matrimonio acabe por ser feliz.

—¡Oh! Tambien yo lo deseo!

—Así lo creo.

—Mi vida sacrificaria gustosa á este fin.

—Bien; pues si mañana esa mujer llegase á saber, á sospechar siquiera de que habian existido tales entrevistas entre vosotros, como aún vive entregada á la materia, concebiria infernales celos y se acercaria más aún á su perdicion.

—Es verdad.

—¿Me comprendeis?

—Suficientemente.

—Pues bien: cesen desde hoy vuestras visitas al hospital.

—¿Y no habré de veros, á vos que sois mi padre?

—Dios es el padre de todos y siempre estará á vuestro lado.

Victoria se enjugó una lágrima.

—Yo no tengo más consuelo ni más guia, dijo, que mi confesor y vos.

—Si tanto consuelo experimentais con verme, me veréis; yo os lo ofrezco.

—¿Con frecuencia?

—Segun lo permitan mis ocupaciones. Ante todo me debo á mis pobres enfermos.

—¡Cuán bueno sois!

—Dios es bueno únicamente. Yo soy un pobre religioso agoviado bajo el enorme peso de mis grandes miserias. Adios, pues, Victoria; es tarde y se acerca la hora en que debo dar la comida á esos desgraciados.

—¡Que Dios os conserve siempre en su santa gracia!

—Lo mismo os deseo.

Y aquellas dos almas tan puras á las que tal vez el mundo no merecia, se separaron llenas del espíritu de Dios.

Victoria se dirigió á su casa, donde en un apartado aposento y postrada ante una imágen del Salvador del mundo, hizo una humilde y fervorosa plegaria en favor de Alberto y de la mujer que tanto la habia colmado de injurias y de afrentas.

Estas son las venganzas de las almas verdaderamente cristianas.

Juan de Dios se dirigió en busca de Alberto.

Éste se habia echado en el lecho.

La fiebre se habia apoderado nuevamente de él.

La vista de Victoria habia producido un gran trastorno en su naturaleza.

Y precisamente atrasaba en su convalecencia.

¡Cuántos recuerdos habian asaltado su mente!

¡Cuántas ideas se habian agolpado á su imaginacion!

Juan de Dios le contempló unos momentos.

Le dejó en su letargo y se apartó de él, exclamando:

—¡Oh! Lo que es esta alma está salvada. ¡La otra! ¡La otra es la que me hace pensar! Pero todo ha de ser obra de Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva. Confiemos en su misericordia que es infinita.

Así aquel santo varon pensaba siempre en sus semejantes ántes que en él. El que sacrificaba su reposo y su tranquilidad por sus hermanos enfermos, estaba dispuesto á sacrificar hasta su misma existencia.

Juan de Dios, siendo ya la hora del medio dia, se ocupó acompañado de otros religiosos en distribuir la comida á los enfermos que estaban en disposicion de hacer uso de ella, dando su racion de vino á los convalecientes.

Luego que terminó tan piadosa ocupacion, acudió al refectorio con sus compañeros.

Esto en él era, más que otra cosa, una fórmula, porque Juan de Dios no tomaba más alimento que el necesario para sostener la vida. Su ayuno era continuado, y su comida consistia en algunas yerbas cocidas y un poco de pan.

Y es que no estaba adornado tan solamente de la santidad esencial que es suficiente para alcanzar la salvacion, como enseñan los teólogos y que consiste en el cumplimiento de las respectivas obligaciones de cristiano, sino de la santidad heróica, que nace, no sólo del cumplimiento de los mandamientos de la ley divina, sino tambien de los consejos evangélicos.

La siesta era para él desconocida, y aún de noche dormia sólo tres horas, empleando las restantes en la oracion.

Serian las cinco de la tarde cuando se acercó al lecho de Alberto.

La fiebre que á éste habia sobrevenido por la sorpresa de la vista de Victoria se habia disipado.

—¿Cómo os encontrais? le preguntó el religioso.

—Me siento bien, dijo Alberto.

—Pues voy á serviros algo de comer, aunque en corta cantidad, por temor de que os recargais.

—¡Cómo gusteis! Yo no tengo más voluntad que la vuestra.

Juan de Dios por sus mismas manos le sirvió la comida.

Luego que Alberto hubo terminado, le dió las gracias al religioso, y añadió:

—¿Cómo y cuando podré yo pagaros el gran beneficio que me estais dispensando? ¡Ah! Mi pecho conservará siempre tesoros de gratitud para vos.

—No os fatigueis, dijo el religioso: es bien poca cosa lo que yo hago, y esto está suficientemente pagado con la satisfaccion que experimento en poderos ser de alguna utilidad.

—Una pena me mortifica.

—¿Cuál es?

—El haberos disgustado.

—¡A mí!

—Sí, á vos.

—No sé cuando.

—Recuerdo la severidad con que mandásteis que nos separásemos, cuando hablábamos Victoria y yo. Esto me demostró vuestro disgusto.

—No es, hijo mio, que yo me disgustase. Es, sí, que creí deber separaros inmediatamente, porque no evocaseis antiguos recuerdos. Es necesario evitar todo lo quė pudiese contribuir á causar algun mal. Es necesario obrar con la mayor prudencia; y esto no quiere decir que yo desconfie en lo más mínimo de la virtud de Victoria ni de vuestras buenas disposiciones, pero es necesario que estas entrevistas no se repitan y yo procuraré que así sea.

—Y todo lo que sea hecho por vos, dijo Alberto, merecerá mi aprobacion. Vos no podeis hacer nada que no sea justo.

—Yo puedo equivocarme como cualquier hombre, respondió el religioso, porque no me ha sido concedido el don de la infalibilidad; pero medito siempre mis determinaciones y procuro ajustarlas á lo que Dios manda. De este modo vivo tranquilo, y si cometo alguna indiscrecion, no es debida á mi voluntad, sino á mi ignorancia que es grande sobre toda ponderacion.

De este modo Juan de Dios sabia envolver todas sus buenas acciones en el velo hermoso de su humildad y modestia.

Como todos los varones justos huia de las alabanzas de los hombres y de los aplausos del mundo; bastábale para su satisfaccion la tranquilidad de su conciencia: bastábale el saber que cumplia la voluntad de Dios.

—Vamos, preguntó Juan: sed franco conmigo y

decidme que impresion os causó la vista de Victoria.

—No sé, dijo Alberto, la impresion que causaria á Abraham la presencia de los tres ángeles que se le aparecieron en forma humana; pero creo que seria semejante á la que me ha causado la vista de Victoria. Os hablo con la misma sinceridad con que lo haria si fueseis sacerdote y me hallase postrado en vuestra presencia haciendo la confesion de mis culpas. Por mi imaginacion no ha pasado otra idea que la de admiracion por sus virtudes. Ella debia odiarme, segun el espíritu del mundo, porque no á otra cosa ha dado lugar mi conducta; y, con todo, comprendo que me compadece. Debia odiar á Beatriz que ha sido la primera causa de nuestras desdichas; y, sin embargo, segun lo que he oido de vuestros labios, no desea otra cosa que su bien.

—De este modo, dijo Juan de Dios, se vengan las almas justas.

¡Bendita religion la que tales sentimientos sabe inspirar!

Callaron ambos por un momento, y despues volvió á tomar la palabra el pobre Alberto.

—Yo dije á Victoria que deseaba únicamente pedirle un consejo.

—Oí, dijo el religioso, lo que contestó.

—Que lo hiciera por escrito.

—Y bien: ¿qué quereis?

—Que por una sola vez me permitieseis escribirla. Vos leeréis mi carta, así como su respuesta.

—¿Y qué necesidad teneis de hacerlo?

—Es un deseo del alma. Su carta que estará dictada por el espíritu de Dios, será para mí un precioso amuleto que guardaré toda mi vida sobre mi corazon.

—Pero esto podia despertar en vos...

—Nada temais. Vuestros consejos, vuestra compañía y los desengaños, todo ha contribuido en gran manera á mi regeneracion.

—En este caso, dijo el religioso, podeis hacerlo, pero me entregaréis la carta.

Alberto, como fuera de sí, cogió la mano del religioso y la besó con efusion, y con tanta rapidez, que Juan de Dios no pudo impedir aquel acto de profundo respeto.

Al dia siguiente, Alberto, que se encontraba muy aliviado, escribió esta carta:

«Victoria: Dios que tanto me ha favorecido me ha entregado por medios providenciales en manos de Juan de Dios, que es mi guia y mi salvador. Yo espero volver á aquellos tiempos felices en que mi alma era completamente inocente. Yo te ruego nuevamente que me perdones y que te acuerdes de mí en tus puras oraciones. No te exijo, no puedo exigirte otra cosa que un sentimiento de compasion, y no dudo que me lo otorgarás, cuando sé que la grandeza de tu alma, la generosidad de tu corazon, ha llegado hasta

el extremo de procurar el bien de Beatriz, que tanto mal te ha causado, y contra la que nada absolutamente has pedido. ¡Oh! ¡Quién fuera capaz de imitarte en tus grandes virtudes! No sé si sabrás á estas horas por el hermano Juan, que al hallarme en las inmediaciones de Granada, caí en manos de unos bandoleros que me robaron y dejaron muy mal parado. Sin los auxilios de Juan de Dios, ya estaria en la eternidad; pero él lleno de paciencia y de caridad ha curado mis heridas, de las que ya me hallo convaleciente. ¿No debo mirar como una Providencia el haber sido conducido por segunda vez á esta santa casa? Yo creo firmemente que este santo religioso es destinado por Dios para obrar la salvacion de todos nosotros. Él ha sabido enjendrar en tu alma ese amor á Dios que es tu alimento, y del que tanto beneficio reportan muchos desgraciados. Él me ha puesto en camino de salvacion, y creo que él salvará tambien á la desgraciada Beatriz, que aún permanece en la mala senda.

«Yo estoy indeciso en el partido que abrazaré. No sé si volver á retirarme á un país lejano, ó permanecer bajo el amparo de Juan de Dios, esperando la enmienda de Beatriz, la cual ignora que yo me hallo tan cerca de ella.

«He aquí el consejo que deseaba pedirte.

«¿Qué te parece que debo hacer?

«¿A qué regla de conducta debo sujetarme?

«Quiero sobre este particular oir á Juan de Dios, y al propio tiempo oirte á tí.

«Nó, no recordaré nada de los tiempos que pasaron. Tú no puedes amar más que á Dios, y yo estoy ligado á una mujer desgraciada por los vínculos del matrimonio. Pero esto no obsta para que yo te conserve una respetuosa amistad. ¿Rehusarás darme un consejo? ¿No harás para mí, lo que harias por cualquier desgraciado? Espero, pues, ese consejo.—*Alberto.*»

La carta fué entregada por Alberto á Juan de Dios. Este la leyó con despacio, y aunque le mortificaron las frases que hacian relacion á su persona, no encontró inconveniente en hacerla pasar manos de Victoria.

Esta la leyó enternecida, y se apresuró á contestarla, haciéndolo de la manera siguiente:

«Mucho me alegro, Alberto, al ver que resplandecen en vos sentimientos tan honrados como cristianos. Bien haceis en no recordar el pasado. Para mí el pasado ha muerto completamente. Felizmente creo poder decir como San Pablo: «Vivo, ya no yo, más vive Cristo en mí.» Si mi alma encuentra delicias, es únicamente en el pensamiento de las cosas que están más allá del tiempo. Aquí abajo sólo reina el engaño y la mentira; y por eso, haciendo todo el bien que podamos, debemos usar de la más delicada y exquisita prudencia.

«¡Me pedís consejo á mí que tanta necesidad tengo de recibirlos! ¿No teneis á vuestro lado un maestro de la vida espiritual? ¿No vivís en la casa de un varon justo? Él, pues, os prescribirá la regla de vuestra conducta para en adelante: él os dirá lo que debeis hacer, y ¡feliz vos si seguís exactamente sus consejos! Sin embargo, deseo complaceros; y así, en esta carta, que deseo sea la postrera que nos dirijamos, os daré mi humilde opinion, que es la opinion de una pobre mujer sin instruccion, de una pobre ignorante.

«No creo que debais ausentaros de Granada. Vuestra esposa tiene desgraciadamente malos instintos, y vos estais obligado en conciencia á hacérselos vencer, á trabajar cuanto os sea posible por la salvacion de esa pobre alma extraviada. Yo espero, confiadamente èn Dios, que Beatriz vendrá á su acuerdo, y entónces necesitará quien la sostenga y la consuele: ¿quién puede hacerlo mejor y con más acierto que el que la recibió por esposa al pié de los altares? Beatriz, siendo vuestra esposa, es la mitad de vuestra alma, que no podeis nunca mirar con indiferencia. Dios os la ha dado; con ella debeis vivir. Ó habeis de recoger su último suspiro, ó ella debe cerrar vuestros ojos si sois el primero en morir. ¡Quiera Dios que después de tantos disgustos y tribulaciones podais pasar aún algunos años de felicidad en paz conyugal! Adios.»

Tal era el contenido de la carta de Victoria.

Luego que Alberto la hubo leido, la besó, y arrasados los ojos en lágrimas exclamó:

—¡Ah! ¡Es una santa! Esta mujer hubiera labrado mi felicidad. Yo fuí un insensato y bien caro pago mi insensatez. ¡Cúmplase en mí la voluntad de Dios. Seguiré al pié de la letra los consejos de ese ángel: estoy en el deber de procurar á todo trance la regeneracion de mi esposa, y haré para ello cuanto me sea posible. Si lo consigo, á los santos consejos de Victoria será debido.

Volvió á besar la carta y añadió:

—Este papel será para mí como una reliquia, y su lugar será aquí, sobre mi corazon. Esta carta me dará fortaleza para sufrir todas las adversidades de la vida, y en los momentos de afliccion su lectura me dará fuerzas para resistir las tempestades del alma.

Juan de Dios se presentó cuando él se hallaba haciendo aquel soliloquio.

El santo religioso sabia el contenido de la carta, porque la habia leido ántes de entregarla á Alberto.

—Y bien, le preguntó: ¿Habeis leido la respuesta á vuestra carta?

—Acabo de leerla, dijo Alberto.

—¿Y qué efecto os ha causado?

—¡Admirable!

—Explicaos.

—He acabado de comprender que esa mujer está llena del espíritu de Dios.

—¡Quiera el Señor, que ese espíritu se os comunique, para que seais salvo!

—Así lo deseo.

—¿Y qué pensais hacer?

—Lo que ella me aconseja, que es lo mismo que vos me habeis preceptuado.

—Yo no he hecho otra cosa que aconsejar: no me creo facultado para imponer preceptos.

—Vos sois mi padre, y podeis imponerme vuestra voluntad. ¿No me habeis salvado dos veces?

—Dios es quien os ha salvado.

—Pero vos habeis sido el instrumento.

—En cuanto á eso sólo os diré, que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios. Si os ha colocado en mi camino, señal es clara y evidente de que así conviene para que se cumplan sus altísimos fines. El órden de la Providencia es siempre admirable á nuestros ojos; y Dios se vale, cuando es su voluntad soberana, de las cosas flacas y ruines del mundo, para confundir las fuertes. Ya lo veis en mí. ¿Quién soy yo? Un pobre religioso iliterato, que nada sé; y, sin embargo, parece que me ha escogido para que sea vuestra guia, puesto que dos veces os ha entregado á mis manos. ¡Bendigamos su santo nombre!

—Sí, bendigámoslo, padre mio. Pero habeis dicho que sois ignorante, que nada sabeis; y si me diesen á escoger, preferiria vuestra ciencia que es la ciencia de Dios, á la de todos los sabios del mundo.

Ya sabemos que Juan de Dios no gustaba de alabanzas, y así puso término á la conversacion.

Se retiró á otro lugar, dejando solo á Alberto.

Este, al verle marchar, exclamó:

—¡Oh! ¿Por qué todos los hombres no habíamos de ser como el hermano Juan? ¿Por qué todas las mujeres no se habian de asemejar á Victoria? El mundo seria entónces la imágen ó la reproduccion del Eden.

CAPITULO XII.

Preparacion de un crímen.

Veamos ahora en que se ocupaba Beatriz, y si se advertian en ella algunas disposiciones para el bien.

Por desgracia se hallaba aún á bastante distancia del camino del arrepentimiento.

Antes por el contrario, se disponia á cometer nuevos crímenes.

Mala como era, y de perversos instintos, conocia en el fondo de su corazon que Victoria no la delataria al tribunal de la Inquisicion por el secuestro en que la habia tenido.

Sin embargo, aterrada de su crímen, pasó por su imaginacion el librarse de las personas que le habian servido de cómplices.

Aquel corazon de hiena no encontraba satisfacciones sino en la práctica del mal.

Habia sospechado que el criado Ramiro era quien habia puesto en libertad á Victoria, pues no podia pensar que se hubiese repetido el milagro del ángel librando á San Pedro de la prision.

Estando sola discurrió de esta manera:

—¿No es posible que mañana este criado por cualquier motivo me delate? Y aunque así no sea ¿no podrá confiar el secreto á algun amigo y de este modo hacerse público? Pues es necesario que calle, y yo le haré callar para siempre. ¡Los muertos no hablan! Consultaré con mi amiga doña Vicenta, y entre las dos pensarémos como se ha de hacer el negocio.

En efecto, reunida con su amiga, que disfrutaba ampliamente de sus riquezas, abordó la cuestion de este modo:

—Os digo, amiga mia, que hace dias me viene mortificando un pensamiento que me quita el sueño.

—¿Y que es ello?

—Es indudable que Ramiro, mi criado, fué el que puso en libertad á mi odiosa rival.

—Nunca lo he dudado.

—Y esto que el fué el que nos proporcionó los medios de apoderarnos de ella.

—Y bien.....

—Que el pensamiento que me mortifica es el de la posibilidad de que ese hombre me venda en el dia de mañana.

—Todo podria ser.

—¿Lo creeis?

—Él ha sido fiel hasta ahora; pero ¿quién se fia de los hombres?

—Creo que nos vamos comprendiendo.

—Hasta ahora no sé que quereis decir.

—Que es necesario asegurar el silencio de ese hombre.

—¿De que manera?

—Haciéndole callar.

—¿Por fuerza?

—Yo creo que los muertos no hablan.

Doña Vicenta no pudo ménos de hacer un movimiento como de espanto; pero en seguida trató de disimular su sorpresa, y dijo:

—En eso teneis razon; pero no creo que sea cosa tan fácil matar á un hombre, y luego la justicia....

—Veo, dijo Beatriz, que os ahogais en poca agua. Yo creo que la justicia nada tenga que hacer conmigo porque se muera un criado en casa. Supongamos que se muere repentinamente porque le ha hecho daño cualquier cosa que ha comido: el médico certifica que está bien muerto; se le entierra, y aquí paz y despues gloria.

Doña Vicenta estaba admirada de la tranquilidad con que aquella mujer preparaba un asesinato, como si se tratase de una boda.

Pero se habia propuesto seguirla en todo y no se atrevió á contradecirla.

Únicamente exclamó:

—Son cosas estas en las que hay que andar con piés de plomo. El diablo puede tirar de la manta.....

—Por eso no hay cuidado; el diablo y yo nos conocemos demasiado para hacernos el menor daño.

—Ya reflexionarémos sobre esto, añadió doña Vicenta, que en verdad no se veia muy dispuesta para ser cómplice de un asesinato.

—Nada tenemos que reflexionar. Es cosa resuelta y determinada. No descansaré hasta que tenga completa seguridad del eterno silencio de ese hombre.

—Bien.

—Y á más, yo creo que le harémos un bien. ¿Qué porvenir le aguarda en el mundo? Vivir siempre sujeto á la mísera condicion de la servidumbre. Yo quiero que descanse, que bastante ha trabajado ya, y esto creo que sea un bien.

Doña Vicenta no habia visto nunca tanto cinismo y estaba maravillada.

—¡Parece, dijo Beatriz, que os habeis convertido en una estátua de piedra! Si no os parece bueno mi plan, me lo podeis decir con franqueza. Ya sabeis que yo siempre recibo á gusto vuestros consejos.

El temor se apoderó de la amiga, que en su interior se hizo esta reflexion.—Si la contradigo es capaz de hacer conmigo lo que quiere hacer con el pobre criado.

Así, pues, tomando ánimos, exclamó:

—Os habeis equivocado completamente si creeis que no apruebo vuestro plan: lo único que me preocupa es que pudiese ser el hecho descubierto, lo que es en verdad digno de pensarse.

—Pues si no es más que eso, ya podeis estar tranquila, pues sabrémos obrar con exquisita prudencia.

—En este caso.....

—Vos sois la encargada de proporcionar un veneno de esos que matan con rapidez.

—¡Yo!

—Sí, vos.

—¿Y de qué manera?

—Ya os la compondréis como podais. ¿No hay en las boticas alguna sustancia que tomada en pequeña dósis dá la salud, y en cantidad mayor dá la muerte?

—Pero no querrán vendérmela.

—¿Cuantas boticas hay en Granada?

—Muchas.

—Pues están allanadas todas las dificultades.

—Dispensad si os digo que no os comprendo.

—De la sustancia venenosa que os parezca más á propósito, se toma una cantidad mínima en cada botica, que unidas nos den luego el resultado.

—¿Con que es cosa resuelta?

—Por mi parte, sí.

—Bien; pues yo me encargo de ello.

Comprendió Beatriz que su amiga sentia alguna repugnancia en coadyuvar á aquel asesinato, y dijo

para sí—Creo que será necesario acallar los escrúpulos de esta, haciendo que siga á Ramiro.

Más estraña es en todo esto la conducta de doña Vicenta que la de Beatriz.

La última obraba impulsada por sus malos instintos y por su deseo de venganza, aunque de injurias imaginadas.

Doña Vicenta ni aún estos motivos la acompañaban.

Le repugnaba el tomar parte en el asesinato, y sin embargo la tomaba.

Sobre los gritos de la conciencia prevaleció en ella el interés que tenia en conservar la amistad de Beatriz.

El interés es la causa principal de la mayor parte de los crímenes que ennegrecen el cuadro social y deshonran la sociedad humana.

El amor al dinero embota los bellos sentimientos del alma, corrompe el corazon, trastorna la imaginacion más privilegiada, y hace caer en las más absurdas aberraciones.

El amor al dinero convirtió á un apóstol en miserable traidor.

¡Cuántos Judas nos salen al encuentro por todas partes!

Si no existiese el dinero, las cárceles no se verian pobladas, y vagarian la mayor parte del tiempo los tribunales de justicia.

El ódio entre hermanos, y á veces entre padres é

hijos; los divorcios en los matrimonios; la perdicion de tantas mujeres que viven envueltas en los míseros velos de la prostitucion, la ingratitud en la amistad, la mala correspondencia á los favores recibidos, y la mayor parte de las escenas trágicas que presenciamos á cada paso en el mundo, todo tiene su verdadero orígen en el deseo de las riquezas, èn el amor de los intereses materiales.

Así doña Vicenta, que no queria perder lo que disrutaba al lado de su rica amiga Beatriz, pasa por encima de las voces de su conciencia y aún de los sentimientos de su corazon, para tomar parte en el asesinato de un hombre del que ningun agravio habia recibido.

¡Cuánto cinismo! ¡Cuánta miseria!

Y si esto fuese un caso aislado, no seria tanto de extrañar.

Pero por desgracia existen muchas personas semejantes á doña Vicenta, que están dispuestas á vender su alma al demonio en cambio de dinero.

Increible parece que á este extremo llegue la corrupcion del corazon.

¡Como si la felicidad pudiera cifrarse en los bienes de fortuna!

¡Como si no fuera deleznable, de brevísima duracion cuanto el mundo puede ofrecernos!

Dos dias después de aquel en el que Beatriz tuvo con su amiga la conversacion de que hemos dado

cuenta al lector, esta se presentó á ella con aire satisfecho, y la dijo:

—Tenemos ya lo que necesitamos.

—¿Y qué es ello?

—No lo sé; pero sí que causará el efecto apetecido.

Y al mismo tiempo le presentó un botecito de cristal, que contenia un líquido color de oro.

—No he tenido necesidad, añadió, de andar recorriendo boticas. Esto tenia sus inconvenientes y era expuesto.

—Pues entónces...

—Me lo he proporcionado por otros medios.

Habia por aquella época en la parte meridional de España no pocos judíos de aquellos que habian abrazado el cristianismo, nó por conviccion, sino para evitar la expulsion à que fueron condenados todos los de su raza, y no faltaban entre ellos quienes proporcionasen ponzoñosos licores que se hacian pagar á buen precio.

Y en este tráfico criminal conseguian dos objetos.

Era el primero proporcionarse ganancias.

El segundo la satisfaccion que experimentaban en que dos cristianos se destruyesen unos á otros.

Sabido es el ódio que los judíos profesan á los cristianos, y la satisfaccion que experimentan cuando han causado un mal á alguno.

De uno de estos adquirió doña Vicenta el ponzo-

ñoso licor que proporcionó á su amiga, la que le entregó el precio que ella dijo haber satisfecho.

—¿Y qué os ha dicho el vendedor acerca de las cualidades de este precioso licor? preguntó Beatriz entusiasmada.

—Que basta echar cuatro gotas en cualquier clase de bebida ó en la comida, para que produzcan la muerte de un modo rápido. A las cuatro horas está todo terminado.

—¡Esto es admirable! exclamó Beatriz. ¡Cuánto ha adelantado la ciencia!

Mejor hubiese dicho:

—¡Cuánto adelanta la maldad de los hombres!

Después de contemplar el botecito que tenia en su mano, dijo:

—Vamos en seguida á experimentar las virtudes de este licor. Es necesario probar si os ha engañado el que os lo ha vendido.

—¿Y en quién harémos el ensayo?

—En Jazmin, dijo Beatriz.

Jazmin era un perrito faldero que ella aparentaba estimar mucho.

El pobre animal dormia tranquilo sobre un sillon.

Beatriz abrió una alacena, sacó un dulce, echó en él cuatro gotas del fatal licor, y llamó al perro.

—¡Jazmin! exclamó:

El pobre animal obediente á la voz de su dueña, se acercó á ella moviendo con rapidez la cola.

Beatriz le hizo una fiesta y le dió el dulce que Jazmin trasladó en seguida á su estómago.

Ambas mujeres quedaron con la vista fija en el perro.

Deseaba convencerse del efecto del veneno.

Si era cierto que cuatro gotas eran suficientes para destruir en pocas horas la naturaleza de un hombre y mandarle á la eternidad, igual cantidad suministrada á un perrillo debia matarle instantáneamente.

Así fué en efecto.

A los cinco minutos, Jazmin empezó á revolcarse por el suelo entre los dolores de una cruel agonía.

Fijaba sus ojos entristecidos en el rostro de su ama, como pidiéndola auxilios, y tres minutos después se contrajo horriblemente y quedó muerto.

—¡Brabo! exclamó Beatriz, llena de alegría. Esto es admirable: no tiene precio. Ahora ya tenemos seguridad de que no ha habido engaño.

Y sin sentir la menor compasion hácia aquel inofensivo animalito, lo cogió por una pata y lo arrojó por la ventana que daba al járdin.

—Ahora, dijo, corre de mi cuenta lo demás.

Y guardó cuidadosamente el botecito.

El crímen estaba preparado.

CAPITULO XIII.

De cómo Beatriz llega al colmo de la maldad, sacrificando una víctima inocente.

Desde el momento en que Beatriz pudo apreciar el efecto que en Jazmin habia producido el veneno, buscaba la ocasion propicia de propinárselo á Ramiro, sin que experimentase por esto la menor contrariedad por parte de su conciencia.

El criado estaba muy léjos de pensar que se conspiraba contra su vida, y mucho más de que fuese la misma ama la que conspiraba.

Pero ello es que, no obstante hallarse en completa salud y muy robusto, se abria la tumba donde debia reposar su cuerpo.

Beatriz no sabia como arreglárselas para propinarle la fatal bebida.

Por fin, discurrió un medio.

Era cerca de la hora de medio dia.

Llamó á Ramiro y le dijo:

—Marcha á buscar unos pastelillos y tráete de paso una botella de vino generoso del mejor que haya.

—Está muy bien, dijo el criado.

Y salió para cumplir lo que se le habia ordenado.

Entretanto, ella misma colocó sobre un velador una bandejita de plata y dos ó tres copas.

Al poco rato se presentó Ramiro llevando el vino y las pastas.

Ya se hallaba doña Vicenta en compañía de Beatriz.

El criado, luego que hubo colocado sobre el velador aquellos objetos, se retiró.

—¿Qué significa esto? preguntó doña Vicenta.

—Que vamos, lo que se llama á tomar las once.

—¡Pues si son cerca de las doce!

—Es cuestion de hora.

Las dos amigas comieron algunas pastas que remojaron con el rico vino generoso que habia llevado el infortunado Ramiro.

Luego que hubieron terminado, Beatriz sacó el pomito del veneno.

—¿Qué vais á hacer? le preguntó su amiga.

—¿No os parece que ha llegado el momento oportuno?

—¿Para qué?

—Para despachar el negocio de ese criado.

Doña Vicenta se inmutó.

Aunque mala, no tenia tan perversos instintos como la otra.

—¡Pobre hombre! exclamó.

—Vamos, dijo Beatriz; si estais arrepentida de ayudarme en esta obra, si me quereis dejar expuesta á que ese hombre me acuse mañana como secuestradora de Victoria, nada harémos. Viva ese miserable criado, aunque yo sea arrastrada á una prision.

Doña Vicenta trató de disculpar su sorpresa, y dijo:

—No es eso lo que yo pretendo; y así podeis obrar del modo que gusteis. No ha sido otra cosa que un natural sentimiento de compasion, que se experimenta siempre á la presencia del que va á morir.

Beatriz, sin contestar una palabra más, dejó caer en una copa cuatro gotas del mortífero licor.

Después llamó al criado.

Este se presentó.

Iba completamente tranquilo.

El desgraciado ignoraba que se dirigia á la tumba.

Miróle Beatriz, y le dijo:

—¿De dónde has traido este vino?

—De donde lo traigo siempre: de la botillería de la esquina.

—Pues te han engañado miserablemente.

—No comprendo.

—Que este vino tiene muy mal gusto, y no sé en que consiste su generosidad, si es generoso.

—Señora, no sé....

Beatriz llenó del contenido de la botella la copa donde habia echado las gotas del veneno, y le dijo:

—Tal vez sea que yo tenga mal gusto de boca. Bebe esa copa y dime como lo encuentras.

—Señora...

—Bebe sin reparo ninguno; yo te lo mando.

—Si me lo permitieseis...

—El qué.

—Yo no puedo beber fuera de las comidas porque me hace mal. Me llevaré la copa, tomaré un bocado y la beberé. Después vendré á decir mi opinion sobre la calidad del vino.

No se atrevió á instar Beatriz, porque temió que sospechase algo, y, por más que aquello la contrariase, convino en ello.

El criado salió llevándose la copa.

—No sé por qué, dijo doña Vicenta cuando estuvieron solas, me temo una catástrofe.

—¿En qué os fundais?

—Pudiera ser que la doncella bebiera tambien.

—¿Y bien?... En este caso serian dos entierros en vez de uno.

A tanto llegaba el cinismo de aquella desventurada mujer.

Doña Vicenta estaba pálida, y esperaba por momentos que avisasen que algó grave sucedia por la cocina ó habitaciones interiores.

Beatriz, tranquila cual si hubiese acabado de hacer un acto benéfico, trataba de animarla.

No habian pasado diez minutos cuando se oyeron gritos espantosos.

—Escuchad, escuchad, dijo Beatriz: creo que ya ha producido su efecto el precioso licor. ¡Qué habilidad tienen ciertos hombres!

—Sí; habilidad diabólica, dijo doña Vicenta.

Salieron del gabinete ambas mujeres, para preguntar que significaban aquellos gritos.

A sus ojos se presentó un cuadro espantoso.

María, que así se llamaba la doncella, se arrastraba por el suelo, exclamando con voz lastimera:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Todo se presentó claro á los ojos de Beatriz.

La infeliz María habia bebido el vino preparado para Ramiro.

—¿Qué tienes, María? la preguntó su señora demostrando sorpresa y compasion al mismo tiempo.

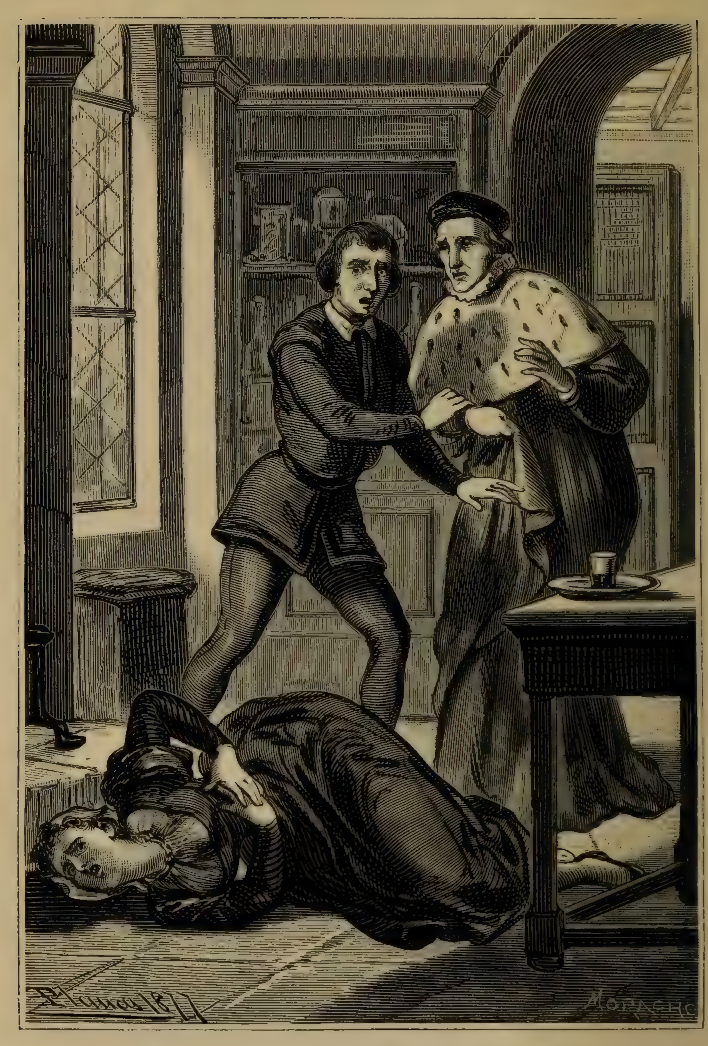
—¡Ah, Dios mio, Dios mio!... Arden mis entrañas, no sé que tengo... la cabeza se me parte!... Parece que me aprietan la garganta... ¡Me muero!... ¡Socorredme!

Ramiro que trataba de sostenerla, la dejó de pronto y se dirigió á la puerta.

—¿Dónde vais? le preguntó Beatriz.

—A buscar un médico.

Y sin esperar contestacion ganó la puerta.



El cuerpo estaba contraido horriblemente.

—¿De qué procede esto, María? la preguntó Beatriz. ¿Has comido algo que te pueda haber hecho daño?

—He bebido... una copa... de vino.

Doña Vicenta entró en la cocina, vió la copa que aún tenia parte del líquido, y la dejó caer en el suelo para que no pudiera ser examinada.

Afortunadamente Ramiro encontró en su casa á un acreditado médico que vivia en la vecindad.

Al cuarto de hora se presentó con él.

Fijó la vista el facultativo en María que continuaba agitada de un modo terrible y preguntó:

—¿Qué tiene esta mujer?

—Examinadla, dijo Beatriz: debe ser una apoplegía. Ved, doctor, si convendria sangrarla.

El cuerpo estaba contraido horriblemente, los ojos los tenia hundidos y sus manos estaban crispadas.

—¿Qué ha comido ó bebido esta mujer? preguntó el médico.

A esta pregunta respondió Ramiro:

—Estaba buena y contenta: bebió un vaso de vino que la señora me habia dado para que yo lo bebiese y le diese mi opinion sobre él, y en el momento cayó herida como por un rayo.

—Traedme la copa sin limpiarla.

Ramiró entró en la cocina, y volvió enseguida diciendo:

—La copa la he encontrado en el suelo hecha pedazos.

Y al mismo tiempo dirigió á su ama una mirada inexplicable.

Beatriz no pudo resistir el peso de aquella mirada y bajó la vista.

Ramiro habia entrado en terribles sospechas.

—Sobre mi velador, dijo Beatriz, está la botella con el vino. Ramiro ha visto que de aquella misma botella le llené la copa.

El criado la presentó.

Pidió un vaso el médico, echó en él un poco de vino, lo examinó y hasta lo gustó.

—El vino este es bueno y legítimo. Lástima es que se haya roto la copa.

—¿Qué quereis decir? exclamó Beatriz.

—Eso será para después. Acudamos ahora á la enferma. Que traigan inmediatamente éter y agua.

María parecia más sosegada.

—Creo, dijo Beatriz, que esto va pasando.

El médico se sonrió y movió la cabeza en sentido negativo.

Presentóse Ramiro con el éter.

El médico echó un poco en un vaso de agua y trató de darlo á beber á la enferma; pero esta carecia ya de fuerzas y no pudo beber.

A los pocos minutos era cadáver.

—Está todo concluido, dijo el médico, y satisfecha puede estar de su obra la persona que ha mandado á esta jóven á la eternidad.

—¿Qué quereis decir? preguntó Beatriz.

—Es muy sencillo: que esta jóven ha muerto envenenada.

—¡Envenenada!... ¡Y en mi casa!... Pero ella no podia tener enemigos; era excelente criatura.

—Verdad es, dijo Ramiro; pero tened presente señor facultativo, que la copa de vino estaba destinada nó para esa desgraciada sino para mí.

—Bien; eso lo explicaréis al tribunal. Yo cumplo con dar parte, y estoy seguro que si la justicia manda hacer la autópsia del cadáver, se encontrará el veneno en sus entrañas.

—Servios pasar á mi gabinete, dijo Beatriz al médico.

Este la siguió.

Hízole la señora tomar asiento y le dijo:

—¿Estais cierto, doctor, de lo que habeis afirmado? ¿Creeis que esa pobre chica ha muerto envenenada?

—Tan cierto como estoy de que hablo con vos en este momento.

—No sé de quien poder sospechar; pero, sea como quiera, y ya que no es posible á la ciencia volverla á la vida, yo me atrevo á suplicaros que no deis parte á la justicia. No daria esto más resultado que disgustos y molestias. Yo os recompensaré debidamente.

—¿Me conoceis, señora?

—Os he visto muchas veces, aunque no habia tenido el honor de hablaros.

—Soy el doctor Gutierrez de Pinedo.

—Por muchos años.

—Y el doctor Gutierrez de Pinedo no vende su conciencia de médico. No hay en el mundo dinero suficiente para comprarme.

—No os he propuesto que os vendais.

—Yo he sido llamado para ver á una enferma, y la encuentro casi cadáver de resultas de un veneno. La enferma ha muerto, y yo he de cumplir con mi deber. Bajo ningun concepto me haré cómplice de un crímen.

Y sin esperar respuesta, tomó el sombrero, é inclinando profundamente la cabeza, se retiró, abandonando aquella casa.

A poco se presentó Ramiro.

No era ya el criado sumiso y obediente de ántes:

Comprendia que de no haber ofrecido el vino á la desgraciada María, él no existiria ya á aquellas horas, y concibió un ódio implacable contra la envenenadora.

—Quiere decir, exclamó en presencia de Beatriz, que la muerte se ha equivocado.

—No os comprendo.

—Digo que la muerte venia por mí y se ha llevado á la pobre María: mucho siento la desgracia de esa pobre muchacha; pero, si os he de decir la verdad, no estoy pesaroso de la equivocacion. Pero digo yo, ¿qué mal habré causado á nadie para que de este

modo me quieran extender el pasaporte para el otro mundo?

—¿Pero habeis creido de buena fe lo que ha dicho ese médico?

—¡Ya lo creo!

—Pues no sé como puede ser.

—Nosotras hemos bebido del mismo vino, y vos vísteis que de la misma botella que bebíamos, que era la que acabábais de traer con las pastas, llené la copa.

—Eso es indudable.

—¿Y habia algo en la copa?

—Eso es lo que no sé.

—¿Que no lo sabeis?

—En su fondo podia haber cualquier cosa que yo no viese.

—¿Y quién la habia de haber puesto?

—No sé, señora, no sé; pero la circunstancia de aparecer la copa rota y en el suelo, siendo así que yo la dejé sobre una mesa cuando salí á buscar el médico, dá mucho que sospechar.

—La copa necesariamente habrá caido.....

—Por arte de encantamiento. ¿No es esto?

—¡Que sé yo! La cabeza se me desvanece y no puedo dar con el hilo de esta trama.

—¡Tal vez lo que vos no podeis comprender, pueda comprenderlo la justicia!

Beatriz no pudo ménos de sorprenderse.

Mandó al criado que se retirára, y cuando estuvo

sola, sostuvo una nueva conversacion con su amiga doña Vicenta, que como hemos visto no habia desplegado sus labios durante los hechos que hemos relatado.

—¿Qué os parece de todo esto? la preguntó Beatriz.

—Que mis temores no eran infundados.

—Pero ¡que fatal equivocacion! Si ese hombre hubiese bebido en vez de dar el vino á María, hubiese muerto sin avisar á ningun médico y ahora no habria compromiso de ninguna clase.

—Y que yo creo que lo vá á haber y bueno.

—Ese médico es implacable.

—Cumple con su deber.

—¡Como si ellos no matasen cada dia!

—¿Y qué pensais hacer, dado caso que venga la justicia, lo que necesariamente sucederá?

—¡Que he de hacer! Declinar toda responsabilidad y apartar de los jueces hasta la menor sospecha. Ella misma pudo haberse envenenado por motivos que ignoramos. Y como quiera que no puede resultar ninguna prueba contra mí, nada tendré que padecer. Creo que por esta parte puedo estar tranquila.

—Verémos, verémos, exclamó doña Vicenta.

El médico cumplió su palabra.

Inmediatamente que salió de la casa, puso en conocimiento de la autoridad judicial el hecho que nos es conocido.

El juez acompañado de las personas competentes se presentó en casa de Beatriz.

Recibióle esta con todas las atenciones que son debidas al representante de la ley.

Luego que el juez hubo visto el cadáver de la desventurada María, se dirigió á la dueña de la casa, á la que hizo un interrogatorio acerca del tiempo que la muchacha llevaba de servicio en la casa, de las circunstancias y demás que pudiera contribuir al esclarecimiento de la verdad.

Beatriz dijo que era una jóven de muy buenos antecedentes, que en la casa no habia quien fuese capaz de haber cometido tan horrible crímen, y refirió lo del vaso de vino. Después añadió:

—Que el vino no podia tener ninguna sustancia nociva, lo prueba el que esta amiga y yo habíamos bebido de la misma botella en la que aún se conserva parte del líquido.

El juez meditó un momento y luego preguntó:

—¿Sabeis si esa muchacha tenia algun amor contrariado?

Esta pregunta fué como una luz para la clara inteligencia de Beatriz.

Comprendió que contestando á ella directamente, iba á puerto de salvacion.

María no tenia amores ni los habia tenido nunca; pero Beatriz contestó de este modo á la pregunta del juez.

—No sé en verdad lo que haya de positivo en este asunto; pero sospecho que en efecto tuviese algun amor contrariado y que esto haya sido la causa de que se haya suicidado, porque para mí no existe la menor duda de que ella envenenó el vino, si como asegura el médico ha muerto envenenada.

—¿Y en qué fundais vuestras sospechas de que esa jóven estuviese enamorada?

—Yo os diré, señor juez: hace algunos dias, que no pasarán de quince, andaba triste y taciturna. Más de una vez le habia preguntado qué pena le aquejaba; pero ella me contestaba que nada tenia y que era aprension mia. Pero al mismo tiempo se vendia, porque las lágrimas bañaban sus ojos. A mí no me pareció prudente instar, y no volví á hacerle nuevas preguntas. Esta misma mañana la he sorprendido llorando, pero nada la dije.

—¿Y no sospechais quien fuese su amante?

—Nó, señor.

—Es necesario registrar las cosas de su pertenencia; pues tal vez encontremos algunas cartas.

—Lo dificulto, porque la pobre María no sabia leer.

—No obstante, pudiera buscar quien se las leyese y contestase.

—Es verdad.

En seguida se procedió al registro.

Nada se encontró que pudiese dar luz sobre lo que se pretendia descubrir.

—Es indudable, dijo el juez, que esta muchacha se ha suicidado. El motivo debe ser el que hemos sospechado; pero no encontramos prueba alguna. ¡Ah, la juventud! ¡La juventud! No hay temor de Dios, y por cualquier cosa, por una simple cuestion de amores se atenta contra la propia existencia y se pierde al mismo tiempo el cuerpo y el alma.

—¡Esto es horroroso! exclamó Beatriz hipócritamente. Decís bien, señor juez, que hay muy poco temor de Dios.

—Yo, añadió el juez, comprendo á veces el suicidio, aunque no lo disculpo, como por ejemplo por grandes desgracias de familia. El hombre bajo el peso de terribles calamidades, llega á perder la razon y obra sin dar lugar á la reflexion. ¡Pero, por cuestion de amores! Esto es lo que nunca he podido comprender. Yo no me hubiese matado por ninguna mujer del mundo. ¡Que si quieres! Cuando yo era jóven, siempre tenia un par de ellas de repuesto. Reñia con el número primero y la reemplazaba con el número dos, y así sucesivamente.

Como se vé, aquel sacerdote de la ley era poco estrecho de conciencia y aún respetaba muy poco su ministerio, toda vez que descendia á tal terreno, cuando desempeñaba las sérias funciones de su cargo.

Beatriz se tranquilizó porque comprendió que allí acababan las averiguaciones, y que nada se descubriria de su crímen.

El juez, por toda providencia, mandó que el cadáver de la jóven fuese conducido á la sala que al efecto habia destinada, para que se hiciese la autópsia y declarasen los médicos la verdadera causa de aquella casi repentina defuncion.

Dada esta disposicion, se despidió de Beatriz, la cual con la mayor amabilidad le ofreció la casa, correspondiendo el juez con la promesa de que la visitaria.

El cadáver de la desventurada é inocente doncella fué conducido inmediatamente á donde habia dispuesto el juez.

Beatriz, llena de gozo por lo bien que habia salido, abrazó á su amiga, diciendo:

—Nada hay que temer: todo está concluido.

Aquella desgraciada se equivocaba lastimosamente. Habia podido engañar á un juez de la tierra; pero, ¿podria ocultar su crímen al supremo Juez de los vivos y de los muertos?

CAPITULO XIV.

De cómo se va complicando la situacion de Beatriz con las declaraciones de Ramiro.

Beatriz, segun acabamos de manifestar, habia quedado tranquila, juzgando que todo habia terminado, y que la muerte de María no habia de traer para ella consecuencias de ninguna clase.

Pero se equivocan miserablemente los que creen que los crímenes quedan impunes, los que no piensan en que hay una Providencia que si no deja sin remuneracion las obras buenas, tampoco deja de castigar á los malvados.

Nosotros hemos observado veces mil la accion reguladora de la Providencia, y no hemos podido ménos de ver el dedo de Dios sobre individuos y familias.

Veamos de qué modo resplandece sobre Beatriz,

sobre esa mujer criminal que habia llegado á los últimos lindes de la degradacion y de la maldad.

Una sola cosa la preocupaba.

Por una fatal casualidad no se habian cumplido sus propósitos.

Ramiro vivia.

Y Ramiro, que era el único cómplice en el secuestro de Victoria, sospechaba que ella habia pretendido envenenarle.

La situacion se complicaba en contra de ella.

¿Qué podia hacer?

Difícil cosa era el tratar nuevamente de envenenarle. En primer lugar, él tendria buen cuidado y la suficiente precaucion para no tomar nada de sus manos: en segundo lugar, una nueva muerte podia comprometerla.

¿Qué hacer?

Consultó sobre el particular con su amiga doña Vicenta.

Esta estaba horrorizada del suceso reseñado en el capítulo anterior.

Ya sabemos que no habia llegado al grado de corrupcion que Beatriz.

Esta hallándose sola con ella, la habló de esta manera:

—Ya habeis visto el resultado que nos ha dado la fatalidad de haber bebido María el veneno preparado por Ramiro. El juez ha quedado plenamente con-

vencido de que ella se ha suicidado á causa de unos amores desgraciados. Nada, pues, puede resultar contra mí. Siento que esa pobre chica haya pagado lo que no debia; pero esto ya no tiene remedio, y bien mirado no desbarata casa como suele decirse. Tal vez ha sido para ella un beneficio, pues de este modo se ahorra el pasar trabajos en el mundo. Pero, ¿no creeis que ahora es mi situacion más comprometida que ántes?

—En verdad, dijo doña Vicenta, no comprendo el por qué, toda vez que el juez parece haber quedado satisfecho.

—Veo que sois miope.

—¿Por qué?

—¿No comprendeis que Ramiro tiene vehementes sospechas de que yo he sido la autora de ese envenenamiento, y sabe que fué preparado para él?

—Aunque sea así, nada puede probar.

—Pero puede vengarse delatándome como secuestradora de Victoria.

—Es que él se comprometeria al mismo tiempo.

—Ya sabria hacerlo sin comprometerse.

—Y bien, ¿qué pensais hacer?

—No lo sé.

—Por mi parte lo dejaria correr.

—Y lo que más me hace sospechar de él, es el ver que desde lo ocurrido no me guarda el respeto que siempre me ha demostrado; me habla con indiferen-

cia y hasta se permite el contestarme de mal modo á cualquier pregunta que le dirijo.

No debia Beatriz quejarse de una cosa que es la más natural del mundo. A los criados debe tratarse con caridad y benevolencia, no olvidando que son hijos de Dios como los amos, y que por más que su escasa fortuna les haya conducido á la servidumbre, son tan hombres como aquellos cuyas órdenes están obligados á obedecer; pero esto no obsta para que se guarde las distancias que son debidas. Si la satisfaccion es causa de menosprecio, ¿qué podrá esperar el señor que asocia á un doméstico á sus crímenes? ¿Y cómo este podrá guardar el respeto debido al amo al que vé arrastrarse por el cieno asqueroso de las maldades, y llega á hacerle cómplice?

Beatriz no debia esperar otra cosa que menosprecio de aquel hombre, de cuyos servicios se habia valido para llevar á cabo una obra á todas luces infame.

Con más juicio que ella discurria su amiga, toda vez que la respondió:

—Eso no me extraña.

—¡Que no os extraña! exclamó Beatriz admirada de oir hablar de aquel modo á su amiga.

—Nó, porque una vez poseedor, y, mejor diré, cómplice en lo que tanto importa tener secreto, comprende que no podeis despedirle de la casa, y mucho ménos despues de lo que acaba de ocurrir.

—¿Y qué os parece que haga?

Doña Vicenta estaba verdaderamente asustada y aún espantada. De haber poseido bienes de fortuna, hubiese huido precipitadamente, no solamente de Beatriz, sino aún de Granada.

Pero necesitaba á su amiga. Era esta un filon inagotable que habia encontrado, y no se atrevia á dejarlo perder.

Desgracia es que se atienda más á las conveniencias de la carne que á las del espíritu.

Pero ello es que así sucede en la inmensa mayoría de las personas.

La causa de este fenómeno no es otro que la falta de fe. De otro modo no se comprenderia que se obrase de tal modo.

Así, pues, doña Vicenta se concretó á responder:

—Francamente no sé qué deciros.

—Pues ello es necesario que discurramos un medio de salvacion.

—A otro envenenamiento no puede recurrirse, y vos misma habeis manifestado la causa.

—Es verdad.

—En este caso.....

—¿Qué?

—No creo que hay otro remedio que sufrir por un poco de tiempo esa falta de respeto y atencion que con vos usa Ramiro, hasta que pasando algun tiempo, durante el cual se haya olvidado completamente

la muerte de María, veamos con calma lo que deberá hacerse.

La intencion de doña Vicenta era ganar tiempo por ver si podia evitar un nuevo crímen.

—Convenido, dijo Beatriz.

—Estas cosas, añadió doña Vicenta, han de meditarse mucho: la precipitacion puede traer grandes catástrofes.

—Así lo creo.

Dejemos á aquellas dos mujeres entregadas á su conversacion, y fijemos la atencion en otra parte.

Segun la órden dada por el juez, se procedió en el hospital á hacer la autópsia del cadáver de María.

Los médicos encontraron el veneno en sus entrañas, y extendieron una certificacion en forma que pasaron al juzgado.

En primer término, firmaba aquel documento el mismo doctor Gimenez de Pinedo, que habia sido llamado para asistir á María.

Fué este el encargado de poner el documento en manos del juez.

Si aquel médico se hubiese concretado á entregar la certificacion, todo hubiera terminado, porque ya hemos dicho que aquel sacerdote de la ley habia adquirido casi un convencimiento de que aquella infeliz doncella se habia suicidado por cuestion de amores.

Pero el doctor creyó ver desde el principio un crí-

men, y se propuso hacer que fuese descubierto y castigada la persona que lo habia cometido.

Así, pues, luego que hubo entregado la certificacion al juez, le habló de la siguiente manera:

—Vos, señor juez, sois el sacerdote de la ley, y estais en el deber de averiguar el orígen de este envenenamiento. Yo no puedo creer que la muerte de esa desgraciada muchacha responda á un suicidio. El veneno que la ha separado del mundo de los vivientes ha sido muy activo, y ella no se lo hubiese podido proporcionar. Además, cuando se encontraba en las ansias de la muerte, pedia socorro á voz en grito; y ella misma, que no deseaba morir, hubiese declarado el suicidio, para que de este modo fuera más fácil el salvarla.

—Y que teneis razon, doctor.

—Aún no lo he dicho todo.

—Pues continuad, porque creo que voy viendo luz en el asunto.

—Acometióle el mal en el momento de beber la copa de vino.

—Es verdad.

—Y sabemos que no para ella sino para el criado estaba preparada.

—Así es.

—Otro dato tenemos, y para mí es el más importante de todos.

—Veamos, doctor, veamos.

—¿Por qué la copa, que segun declaracion del criado habia quedado sobre la mesa cuando fué á buscarme, apareció luego hecha pedazos en el suelo? ¿Se cayó por su propia virtud? Claro es que de este modo trató de evitarse el que la copa pudiese ser examinada. ¿Y quién hizo esto? No fué el criado, porque este, como he dicho ántes, no se hallaba en la casa cuando se rompió la copa, pues habia ido en busca mia. Seamos lógicos, señor juez, pues de deduccion en deduccion podrémos venir en conocimiento perfecto del asunto.

—Pues ya tenemos un hilo, doctor.

—Creo que más que un hilo.

—Y ahora que pienso, repuso el juez, veo que hubierais sido muy á propósito para jefe de policía ó para magistrado: seríais tan buen juez como sois buen médico.

—Gracias, señor juez.

Y aquel magistrado inclinó la cabeza, reflexionó un momento, y luego dijo:

—En efecto, veo que hay crímen y no quedará impune. Yo os lo ofrezco. ¿Pero, de quién sospechais?

—Pues es bien sencillo. Únicamente de la persona que entregó al criado Ramiro la copa para que la apurase.

—¡De su ama!

—Justamente.

—Pero para esto debia existir alguna causa extraordinaria.

—Quizá algun otro crímen.

—¿Qué decís, doctor?

—Lo que estais oyendo.

—¡Jesús, Jesús!

—¿Qué interés podia tener esa señora en la muerte de un criado, sino el cerrar su boca para que no pudiese hablar lo que á ella interesaba que permaneciese oculto?

—Decid todo cuanto opineis que pueda ilustrar á la justicia.

—No diré ni una palabra más. Yo he cumplido ya con mi deber; he descargado el peso de mi conciencia, y estoy satisfecho. Lo demás es de vuestra sola incumbencia. Vos veréis de qué modo os habeis de manejar en este asunto, pues me resisto á creer que penseis dejar impune un crímen tan atroz.

—¡Oh! Eso de ningun modo. La ley caerá inexorable sobre la cabeza del culpable.

—Pues con vuestro permiso me retiro.

—Id con Dios, doctor.

Este tomó su sombrero, y haciendo una reverencia al señor juez se retiró.

Aquel ministro de la ley permaneció pensativo por algunos momentos.

Luego empezó á dar paseos por su despacho, exclamando:

—Tiene razon el Galeno; hay un crímen en el asunto de la muerte de esa jóven, y me corresponde el averiguarlo para castigar al culpable. ¿Pero, en que estaba yo pensando? ¿Cómo me dejé seducir por las frases de aquella mujer, para creer en lo del suicidio? Vamos, que no me perdono la torpeza. Y que es una vergüenza que un médico haya tenido necesidad de dar lecciones á un juez sobre el modo de descubrir un crímen. Pero, en fin, esto ya no puedo evitarlo. Para otra vez procuraré ser más perspicaz. Ahora empecemos la causa. Lo primero será hacer prender á ese criado Ramiro, al cual haré un interrogatorio en forma.

Como lo pensó lo hizo.

Llamó al escribano, y le hizo extender un mandamiento de prision contra Ramiro.

Una hora después, aquel doméstico, con grande admiracion suya y más de Beatriz, fué conducido á la cárcel.

En la sala destinada al efecto en aquel establecimiento penal, se presentó en la tarde del mismo dia el juez acompañado del escribano.

Hizo que el preso fuese conducido á su presencia.

Este se presentó sereno y tranquilo.

Su semblante revelaba no abrigar temor alguno.

Hé aquí el interrogatorio que sufrió.

JUEZ. ¿Como os llamais?

ACUSADO. Ramiro Castellar.

J.—¿Vuestra edad?

A.—Veinte y nueve años.

J.—Naturaleza.

A.—Sevilla.

J.—¿Cuánto tiempo hace que estais al servicio de la señora doña Beatriz?

A.—Dos años.

El escribano iba tomando notas de las respuestas del acusado.

J.—¿Vos habeis presenciado la muerte de la jóven María?

A.—Sí, señor juez.

J.—¿Y sabeis si ha sido efecto de un veneno?

A.—Lo sospecho.

J.—¿En qué fundais esas sospechas?

A.—Mi señora, bajo el pretexto de que no era bueno el vino que por su órden le habia llevado, me llamó, y con una amabilidad á la que no me tenia acostumbrado, puso de aquel vino en una copa y me mandó que la apurase, para que le diese mi opinion sobre aquella bebida.

—¿Y qué hicísteis?

—Como no estoy acostumbrado á beber fuera de las comidas, la supliqué que me dejase llevar la copa á la cocina, donde comeria algo y beberia el vino, á lo que accedió inmediatamente.

J.—¿Y luego?

A.—Puse la copa sobre una mesa, y la desgraciada

María, que siempre estaba de broma, quiso darme una, y tomando la copa la apuró en mi presencia. En seguida cayó como herida por un rayo. Lo demás lo sabeis, señor juez.

J.—¿Y quién dejó caer la copa para que se rompiese?

A.—Calculo que no podia ser nadie más que mi señora.

J.—Luego creeis que ella es la criminal.

A.—Lo supongo únicamente.

J.—¿Sabeis si María tenia algunos amores?

A.—Me consta que ninguno y que apenas salia á la calle.

J.—Luego el veneno se preparó nó para ella sino para vos.

A.—Esto es indudable, toda vez que para que yo lo bebiese fué dada la copa. Esto suponiendo que en efecto haya habido tal envenenamiento.

J.—Lo ha habido y aquí tengo el certificado de los médicos que han hecho la autópsia del cadáver. Ahora bien; siendo así que vos erais la víctima destinada al sacrificio, ¿sabréis decirme qué motivos de resentimiento tenia con vos vuestra ama?

A.—Ninguno, que yo sepa.

J.—Por vuestro bien os aconsejo que seais verídico. Estais en manos de la justicia y os podrá dar un mal resultado el engaño ó el fingimiento. Vos sois poseedor de un secreto importante de doña Beatriz, y

para que no pudieseis revelarlo dispuso vuestro sacrificio. Hablad, pues, y decid cuanto sepais. Este será el mejor medio de que pronto recobreis vuestra libertad. De otro modo seréis castigado como cómplice en el asesinato de María.

—¡Pero, señor juez, sino sé nada!

—Procurad refrescar vuestra memoria.

—Repito que yo no poseo ningun secreto de mi señora.

—¿Os obstinais en callar?

—No sé nada.

—Bien: vais á volver á vuestro calabozo: mañana seréis llamado nuevamente. Reflexionad, os ruego, que os tiene más cuenta el declarar que el callar.

Desde luego que Ramiro fué encerrado de nuevo en el calabozo, recibió un trato más riguroso que el que ántes se le habia dado.

Al dia siguiente fué llamado á un nuevo interrogatorio.

Para el juez no habia duda alguna de que existia algun terrible secreto entre Ramiro y su señora.

Se propuso hacer todo lo posible por aclarar aquel misterio.

Era hombre de grande experiencia y de muchos recursos, y estaba en la conviccion de que llegaria á ver claro en aquel asunto que entónces se presentaba tan oscuro.

Cuando se presentó el presunto reo, dió comien-

zo el nuevo interrogatorio, de la manera siguiente:

J.—Acusado, ¿persistís en vuestra declaracion de ayer?

A.—Nada tengo que añadir á lo dicho en mi primera declaracion. No sé una sola palabra de lo que os dignásteis preguntarme.

J.—¿Y os atreveríais á prestar un nuevo juramento ante los santos Evangelios de que habeis dicho toda la verdad en vuestra primera declaracion?

Ramiro palideció visiblemente.

Esto fué un nuevo dato para la sagacidad del juez, que esperó la contestacion con la vista fija en el rostro del acusado.

A.—Sí, señor.

J.—Quiero evitaros el que añadais un nuevo sacrilegio á vuestras culpas con un falso juramento: así, pues, si persistís en vuestra obstinacion, volveréis á vuestro calabozo y se os sentenciará en rebeldía, porque debo advertiros que el tribunal tiene ya en su poder las pruebas de un delito en el que vos habeis intervenido, motivo por el cual vuestra señora doña Beatriz se halla á estas horas en poder de la justicia y sujeta al fallo de la ley.

Este recurso tomado por el juez produjo el efecto que él mismo esperaba.

Atemorizado Ramiro, y creyendo de buena fé que habia sido descubierto lo del secuestro de Victoria, cantó de plano en el asunto.

A.—Señor, yo diré toda la verdad; pero espero que la justicia sea benigna conmigo, puesto que yo no tuve parte alguna en el secuestro, sólo que como criado me ví en la obligacion de obedecer las órdenes de mi ama cuidando diariamente de suministrarle el alimento.

J.—Comprendo muy bien que vos habeis sido tan solamente un instrumento, y de consiguiente yo os ofrezco esa benignidad que de mí habeis exigido, siempre que explicando minuciosamente todos los detalles de ese infame secuestro, resulte que no habeis tenido en él más parte que la exigida por la obediencia y el no haber dado cuenta á la justicia como debierais haberlo hecho, para evitar los padecimientos injustos de una persona inocente.

Algo más tranquilo Ramiro con aquel ofrecimiento del juez, explicó minuciosamente todo lo que sabia acerca del secuestro de Victoria, hasta el momento en que por un efecto de su compasion adquirió la libertad perdida; detalles que ya conoce el lector y por lo cual los descartamos del interrogatorio.

Terminado su relato, Ramiro, satisfecho de sí mismo, continuó:

A.—He dicho toda la verdad, señor juez, con lo cual he desahogado mi conciencia y estoy pronto á poner la mano sobre los santos Evangelios.

J.—Creo en efecto que habeis dicho la verdad y os aseguro que no os pesará, porque si bien apareceis

culpable como encubridor, toda la responsabilidad parece ser de vuestra señora, sobre la cual recaerá todo el peso de la ley, así por el secuestro de Victoria como por el envenenamiento de María, pues para mi criterio el veneno fué preparado para vos, como medio concebido por su maldad inaudita para que el silencio de la tumba guardase un secreto que era para ella de tanta importancia. Así, pues, voy á mandaros de nuevo á la prision donde seréis tratado más benignamente que ántes, ofreciéndoos que pronto recobraréis vuestra libertad.

El juez hizo una seña á los guardias, que inmediatamente retiraron al acusado.

Después extendió la órden de prision contra Beatriz, y una citacion para que al dia siguiente se presentase Victoria á prestar declaracion.

CAPITULO XV.

De que Juan de Dios se constituyó en defensor de Victoria.

Parece que algun demonio familiar protegia á Beatriz.

Uno de los empleados de la cárcel que se halló presente al interrogatorio de Ramiro y que tenia recibidos algunos favores de Beatriz, apénas vió que esta era acusada por Ramiro, comprendió que habia de ser constituida en prision, y esperando una buena gratificacion arreglada al favor que iba á dispensarla, salió inmediatamente de la cárcel y se dirigió á casa de Beatriz.

Hizo que la pasasen un papel en el cual le manifestaba que tenia urgentísima necesidad de hablarla para un asunto muy conveniente á ella.

Beatriz le recibió enseguida.

—Señora, dijo aquel empleado; he creido cumplir

con un deber, aunque tal vez con esposicion de mi destino y de mi persona, para darle aviso de lo que ocurre en estos momentos.

—¿Pues que es ello? preguntó Beatriz.

—Es más serio de lo que podeis figuraros. Ramiro, vuestro criado, se halla prestando declaracion ante el juez acerca del envenenamiento de una doncella, y os ha acusado como autora de un secuestro verificado en la persona de una jóven llamada Victoria. Es, pues, casi seguro que el señor juez, que es inflexible en el cumplimiento de sus deberes, estenderá inmediatamente un mandamiento de prision contra vos: por esto he creido prudente daros aviso por si os conviene abandonar esta casa y refugiaros en lugar seguro.

Beatriz quedó como espantada al escuchar esta relacion.

—Esa es una miserable calumnia, exclamó:

Y dirigiéndose á un mueble, sacó de un cajon dos ó tres monedas de oro y poniéndolas en la mano del confidente, le dijo:

—Os doy las gracias por el favor que acabais de dispensarme; tomad y marchaos para que no os comprometais: yo sabré lo que he de hacer.

Despidióse aquel hombre; y, apénas quedó sola Beatriz, se puso un vestido de calle y, recogiendo todo el dinero que poseia, abandonó su casa sin decir una palabra á los criados y se dirigió á la de su amiga doña Vicenta.

Esta, cuando la vió entrar toda desencajada, se asustó, temiendo con razon que algo grave le pasaba.

—¿Qué es eso Beatriz? ¿Qué os pasa?

Beatriz le refirió lo que le acababa de ocurrir y añadió:

—Ya veis que mi situacion no puede ser más crítica: por lo pronto es necesario buscar un lugar de refugio hasta que con más calma determinemos la resolucion que conviene tomar. Ahora es cuando necesito de vuestros consejos porque la cabeza se me arde y no acierto á coordinar las ideas.

¿Dónde se refugió Beatriz?

Ya lo verémos á su tiempo.

Digamos ahora que su retirada fué á tiempo, porque una hora después la policía se presentó en su casa con el objeto de dar cumplimiento á la órden del juez de que hemos hablado.

Al preguntar por ella, y como contestasen los criados que habia salido, la esperaron en la creencia de que habia de volver á su casa.

Pasó la tarde y la noche sin que Beatriz compareciese, lo que revelaba á primera vista la verdad de lo sucedido.

Al dia siguiente, como no hubiese parecido á pesar de las pesquisas mandadas practicar por el juzgado, este mandó hacer un embargo preventivo de cuanto habia en la casa.

Entretanto, queriendo el juez proseguir con toda

actividad la causa, trató de examinar minuciosamente á Victoria.

Cuando esta recibió la citacion judicial se sobrecojió sobremanera, siendo su primer cuidado acudir á Juan de Dios para consultarle sobre el asunto.

—Ved aquí, hermano Juan, le dijo, la citacion que acabo de recibir. ¿Sabréis decirme qué significa esto?

La inocente Victoria, esta mujer heróica, este ángel del amor cristiano, que de todo corazon habia perdonado las grandes ofensas é injurias que habia recibido de Beatriz y aún habia hecho por olvidarlas, en todo pensó ménos en que aquella citacion judicial pudiera tener relacion con tal asunto.

Juan de Dios, por el contrario, vió claro desde el momento en que leyó el papel que le entregára Victoria.

Apénas lo hubo leido, juntó las manos ante el pecho, y elevando los ojos al cielo, exclamó:

—¡Oh, siempre la mano de Dios!

—¿Qué quereis decir? dijo Victoria.

—¿No comprendeis lo que esto significa?

—No acierto á comprenderlo.

—Pues es que lo que nosotros hemos querido perdonar por caridad, Dios ha querido que se descubra por su justicia.

—Luego esto se refiere.....

—A tu secuestro por Beatriz.

Victoria se puso á llorar.

—¡Oh! Yo no quiero pedir nada contra esa desgraciada, exclamó; la he perdonado para que Dios me perdone á mí, y lo único que deseo es su conversion.

—Pero no puedes prescindir de dar cumplimiento á la órden del juez.

—Espero que me acompañaréis.

—Lo haré con la mayor voluntad: me he propuesto ser tu apoyo, y no dejaré de serlo en cuantas ocasiones sean necesarias.

En efecto, á la hora debida, Victoria acompañada de Juan de Dios se presentó en el despacho del juez.

Gozaba el hermano hospitalario de una gran reputacion, por sus virtudes de todos conocidas, siendo objeto de veneracion por todas las clases sociales.

Apénas le vió el representante de la ley, que le profesaba particular estimacion, se levantó, le saludó respetuosamente, y le dijo:

—¿Qué se le ocurre al hermano Juan?

—Señor, replicó éste; vengo á acompañar y á defender si es necesario á esta jóven que ha sido llamada por vuestra autoridad.

—Mucho me complace eso, replicó el juez, porque nunca con mejor razon se podrá decir que ha habido hombre bueno en un juicio. Sin embargo, no creo que esta jóven tenga necesidad de defensor, porque sé que ha sido la víctima inocente de un crímen.

El religioso bajó humildemente la cabeza, al tiempo que en sus labios apareció una dulce sonrisa.

—Una señora llamada doña Beatriz, ha sido acusada de haber tenido en su poder secuestrada por un largo espacio de tiempo, á una jóven que parece ser la que está presente. Ahora bien; en cumplimiento de los deberes de mi ministerio y para esclarecimiento de la causa que estoy instruyendo, debo sujetarla á un interrogatorio. No lo haré preceder de un juramento segun ordena la ley, porque viniendo acompañada de vos, que sois incapaz de faltar en lo más mínimo á la verdad, espero fundadamente que ésta jóven no tratará de encubrirla. Voy, pues, á dar principio.

El juez empezó con las preguntas de ley y costumbre, interrogándola sobre su nombre, edad, estado, profesion, etc.

Después continuó de esta manera:

—¿Es cierto que fuísteis secuestrada por la señora doña Beatriz de Céspedes, y que estuvísteis encerrada en un sótano de su casa?

—Es verdad.

—¿Cuánto tiempo hace que conoceis á esa señora?

—Unos cuatro años.

—¿Y de qué procede vuestro conocimiento?

—Hácia el tiempo que he citado, estaba para casarme con un jóven llamado Alberto: nos amábamos extraordinariamente, y en un plazo muy breve debíamos unirnos por los vínculos del matrimonio. Alberto conoció á Beatriz, se enamoró de ella, entraron en

relaciones amorosas, y desde aquel punto, olvidado de sus palabras y juramentos, me abandonó por completo. Más tarde se casó con ella y yo tuve la resignacion de presenciar en la iglesia aquel acto solemne. Débil mujer y conservando aún en mi pecho el puro afecto que le habia profesado, exhalé un grito de dolor y caí desmayada. Probablemente Alberto debió confiarle el motivo de aquel trastorno, y desde entónces esa mujer me ha profesado un ódio implacable y ha tratado por todos los medios posibles de perderme, en la errónea creencia de que yo seguia sosteniendo relaciones amorosas con su esposo. Yo debo por conciencia cuidar de mi buen nombre, y así estoy dispuesta á jurar sobre los santos Evangelios que ni por el pensamiento me ha pasado el cometer semejante crímen. Desde el momento en que Alberto pertenecia ya á otra mujer, yo, ayudada por la gracia de Dios, traté de ahogar en mi corazon el amor que le habia profesado; y formando intencion de permanecer en el estado de soltera, me dediqué bajo la direccion del hermano Juan de Dios á la asistencia á domicilio de las pobres enfermas y al ejercicio de la caridad. Jamás he ofendido para nada á esa desgraciada señora: jamás mis labios se han desplegado para ofenderla; y si alguna vez Alberto me ha hablado para pedirme perdon de la falta que habia cometido conmigo, yo le he rechazado diciéndole que le perdonaba de todo corazon, pero que no debia verme ni

dirigirme la palabra. Esto es, señor juez, todo cuanto puedo decir con referencia á la preguta.

—¿Y cómo fué lo del secuestro?

—Engañada, fuí conducida á su casa, y aunque permanecí por el espacio de tres meses encerrada en un oscuro sótano, debo decir que no fuí tratada tan cruelmente como podia esperar.

—¿Y quién os libró de aquel cautiverio?

—El mismo criado que estaba encargado de darme el alimento.

—¿Cuál es el nombre de ese criado?

—Ramiro.

—¿Os libró por haberle hecho vos algun ofrecimiento?

—Tan solamente por haberse compadecido de mi estado.

—¿Y le habeis vuelto á ver?

—Nó, señor.

—¿Y à Beatriz?

—Tampoco.

—¿Y qué pedís contra ella?

—Nada absolutamente.

Al llegar á este punto el interrogatorio, Juan de Dios, dijo:

—¿Me permitirá el señor juez tomar la palabra?

—Podeis hablar lo que tengais por conveniente, dijo el juez.

—Quisiera que mandaseis retirar á Victoria du-

rante el tiempo que he de ocupar vuestra atencion.

El juez mandó que Victoria saliese y esperase en una habitacion inmediata.

Cuando aquella se hubo retirado, el santo religioso habló de esta manera.

—Os he suplicado, señor juez, que hicieseis retirar á Victoria, porque yo no podria hablar en su presencia sin poner en tormento su modestia. Todo cuanto ella ha declarado es la verdad: es una víctima inocente sacrificada por el ódio de esa mujer que sin razon ni justicia la tiene por su enemiga. Victoria jamás le ha dado el menor motivo de queja: ha procurado y conseguido olvidar por completo al hombre que faltando á sus compromisos y palabras la abandonó por un nuevo amor; y puedo asegurar bajo la fé de mi honrada palabra, que Victoria es hoy una mujer ejemplar, adornada de grandes virtudes, cuya única ocupacion es llevar el consuelo á las casas donde reina la afliccion. Semejante á las heroínas de los primeros siglos del cristianismo, que impulsadas por la fé y el espíritu de caridad acudian á asistir y llevar consuelo á los ilustres mártires que se disponian á verter su sangre en los tormentos, ella, impulsada por igual espíritu, corre en busca de las necesidades ajenas para socorrerlas, del necesitado para enjugar sus lágrimas, del enfermo para curar sus llagas, y en estos santos ejercicios y piadosas prácticas enseñadas por el Evangelio encuentra sus mayores delicias, sin

que un pensamiento mundano venga á turbar ni por un momento la paz y tranquilidad que reina en su alma. Ahora bien; ella ha hecho el propósito de perdonar á su enemiga, y abundando en mis mismos deseos sólo desea que conozca sus errores y se ponga en camino de salvacion. En su nombre y en el mio os suplico, señor juez, que no sirva á Beatriz de perjuicio la declaracion que Victoria ha prestado, cumpliendo de este modo con lo mandado por la ley.

—Me edifican esos sentimientos, dijo el juez, y Victoria puede felicitarse de haberos tenido por maestro y consejero.

—Victoria ha respondido únicamente á la inspiracion de Dios, que yo, pobre é ignorante religioso, poco puedo enseñarle.

—Mucho podeis enseñar y mucho pueda aprender los que tienen la dicha de estar cerca de vos: pero conozco muy bien que pongo en tormento vuestra modestia, y así no quiero permanecer por más tiempo en este terreno.

El humilde religioso inclinó profundamente la cabeza.

El juez, á lo dicho anteriormente, añadió:

—Doy entera fé y crédito á cuanto habeis dicho, y admiro la virtud de esa jóven que tan generosamente perdona á la que le ha causado tantos perjuicios. Yo no quiero que hagais, vos que sois un religioso, el oficio de delator; pero comprenderéis que todos los

ciudadanos están obligados á ayudar á la justicia en el descubrimiento de los crímenes, con lo cual se dispensa un verdadero beneficio á todo el cuerpo social. Así, pues, yo os suplico que si sabeis algunas particularidades acerca de esa Beatriz, que se halla bajo el peso de una acusacion en este tribunal, lo manifesteis claramente, así como si teneis algunas sospechas del lugar á donde esa mujer puede haberse refugiado.

—Yo, señor juez, no puedo añadir cosa alguna á lo manifestado por Victoria, ni tengo la menor idea del lugar á donde pueda haberse refugiado Beatriz.

—¿Y sabeis por ventura, dijo el juez, el paradero del esposo de esa mujer?

El religioso titubeó un momento. Era incapaz de mentir, y por otra parte no le agradaba manifestar la verdad en aquel asunto.

El juez conoció su turbacion, y le dijo:

—¿Por qué os turbais?

—Señor juez, dijo Juan de Dios; es una cosa la que me preguntais que quisiera no tener necesidad de revelarla; pero, ya que no puedo pasar por otro punto, diré que Alberto, el desgraciado esposo de Beatriz, por un modo providencial ha venido á estar bajo mi amparo y se halla en el santo hospital.

—¿Hace mucho tiempo?

—¿Recordais, señor juez, la causa de los gitanos?

—Ciertamente.

—Pues bien; aquel caballero á quien robaron y

que fué conducido al hospital, es el mismo por el que me preguntais.

—¡Con que es ese el esposo de Beatriz!

—El mismo.

—¿Y se ha visto con Victoria alguna vez desde que está en el hospital?

—Una sola vez se encontraron en el patio del hospital casualmente y no han vuelto á verse más. Ni ellos lo han querido, ni yo lo hubiese permitido.

—¿Y por qué razon ese Alberto no se reunió con su esposa desde el momento en que volvió á su sentido después del acontecimiento de los gitanos?

—Alberto, señor juez, vino con el objeto de permanecer de incógnito en Granada para informarse de si habia habido variacion en la conducta de su esposa, para en el caso afirmativo reunirse con ella y en el negativo volverse á marchar á lejanas tierras.

—¿Y qué ha sabido de ella?

—Desgraciadamente no ha podido recibir noticias favorables; pero yo le he hecho concebir esperanzas, porque yo no las he perdido de que Beatriz vendrá á un sincero y verdadero arrepentimiento de sus culpas.

—¡Dios lo haga! exclamó el juez; pero creo muy difícil que esa mujer que tiene delitos de bandido llegue á entrar en las sendas del bien.

—Nada es imposible para Dios, que sabe hacer de las piedras hijos de Abraham.

El juez dió por terminada aquella conferencia.

Hizo que volviese á entrar Victoria, y á ella así como á Juan de Dios, les manifestó que si era necesario para el esclarecimiento de aquella causa les volveria á citar, y que entretanto podian permanecer tranquilos.

Ambos se retiraron, y el juez no pudo ménos de quedar admirado de la virtud que en ellos resplandecia.

CAPITULO XVI.

De lo que vió y oyó Beatriz en casa de su amiga doña Vicenta.

Creemos no haber dicho que doña Vicenta habia perdido hacia algun tiempo á su hija única, y vivia sin otra compañía que la de doña Tadea, viuda como ella, que habia estado en una muy decente posicion, y que por las vicisitudes de los tiempos habia venido materialmente á la miseria.

Doña Vicenta la habia tomado á su servicio, bien que sin criada ó asistenta hubiera podido pasarlo, toda vez que su verdadera casa, en la que satisfacia todas sus necesidades, era la de Beatriz.

Y ya que á doña Tadea vamos á poner en escena, justo es que la describamos.

Era una mujer alta, pálida, excesivamente flaca, que gastaba una peluca que manifestaba no haberse

peinado desde su fundacion, y eso que hacia cerca de diez años que la usaba. Se deja comprender que la necesaria miseria producia un efecto asqueroso de su cabeza.

Sus ojos eran grandes, rasgados, y debian haber sido muy vivos en su juventud, pero que ya revelaban la tristeza producida por muchas desgracias, de las que se advertian grandes huellas en su arrugado semblante.

Su nariz era excesivamente afilada, y la boca hundida por la carencia de dientes.

Apésar de su avanzada edad y de su demacracion, se notaba en ella altivez y su andar era magestuoso.

Vestia con los deshechos de doña Vicenta; pero habia llegado á tal descuido de su persona que, pudiendo estar decente con la ropa que aquella le daba, iba materialmente andrajosa.

En atencion á la posicion que ántes habia ocupado, doña Vicenta nunca la llamaba Tadea á secas, sino doña Tadea.

No obstante el estado de miseria á que se hallaba reducida, dejaba conocer tanto en sus modales como en su conversacion, que se habia mecido en elevada cuna.

Beatriz no la habia tratado mucho: tan solamente la habia dirigido la palabra en algunas pocas ocasiones en que habia ido á casa de su amiga doña Vicenta.

Pero sabia que doña Tadea era una mujer muy callada y prudente, así como muy á propósito, á causa de su experiencia, para dar un consejo en ocasiones graves.

Así, pues, no se preservó de hablar delante de ella, y por consiguiente doña Tadea pudo enterarse de que la amiga de su ama era buscada por la justicia.

Sin necesidad de que nada la preguntasen, tomó parte en la conversacion de Beatriz y doña Vicenta.

—Verdaderamente, dijo, vuestra situacion es grave, y se ha de reflexionar muy detenidamente lo que debe hacerse para evitar el peligro de que os veis amenazada.

Beatriz, que casi ni aún se habia fijado en la presencia de doña Tadea, á causa de su aturdimiento, exclamó:

—¡Ah! ¿Os habeis enterado?

—A Dios gracias no soy sorda, replicó doña Tadea.

—Pues bien, dijo Beatriz: yo sé por mi amiga doña Vicenta que sois muy reservada; y, por lo tanto, léjos de pesarme de que os hayais enterado en mi secreto, me alegro de que así haya sido.

—Yo soy un pozo cerrado, y en lo poco que pueda servir podeis contar conmigo.

—Os doy las gracias, dijo Beatriz.

—No en poco sino en mucho podeis servir, dijo doña Vicenta. Sois una mujer de consejo, y cierta-

mente de consejos más que de otra cosa necesitamos en la ocasion presente.

—Me haceis más favor del que merezco, exclamó doña Tadea; pero dispuesta me tienen para servirlas en cuanto esté de mi mano.

No quiso Beatriz pasar por criminal á los ojos de aquella mujer, y así la refirió la historia del motivo por el cual era perseguida por la justicia, pero callando lo del secuestro de Victoria, y haciendo aparecer la muerte de María como efecto de un suicidio, añadiendo que se le acusaba á ella del delito de haberla envenenado y que esto era la causa de su desgracia.

—Ya veis, añadió, que yo no podia tener interés alguno en la muerte de esa jóven que era muy buena y que en nada me habia ofendido. ¿Por qué habia yo de haber atentado contra su vida? Puedo jurar con la mano puesta sobre los Evangelios que jamás me asaltó el pensamiento de hacer mal á esa desgraciada doncella.

Y en efecto, tal juramento podia ser, pues ya sabemos que no para ella sino para Ramiro fué preparado el veneno.

Apésar de las protestas hechas por Beatriz, doña Tadea, que verdaderamente era muy experimentada, comprendió en su turbacion y en el modo de expresarse que habia en ella verdadero delito. Al escucharla, decia para sí:—Si esta mujer no fuese culpable, procuraria defenderse de la acusacion què la hacen y

no hubiese abandonado del modo que lo ha hecho su casa.

—Y bien, dijo Beatriz: ¿qué consejo me dais? ¿Qué deberé hacer en el caso en que me encuentro? Porque en verdad no quiero tratos de ninguna clase con la justicia: soy inocente; pero apésar de ello le temo á la gente de pluma, que no dejarian de darme mucho que hacer y que me dejarian arruinada ántes de declarar mi inocencia.

—Me parece, dijo doña Tadea, que lo primero que debeis hacer es acostaros y procurar descansar por esta noche, y mañana á la luz del dia discurrirémos lo que parezca más conveniente.

—¿Pero he de pasar aquí la noche? replicó Beatriz. Se sabe que soy amiga íntima de doña Vicenta y seria fácil que viniesen á buscarme en esta casa, en cuyo caso no dejarian un sólo rincon por registrar.

—Pues por eso no tengais el menor cuidado, pues que si llamasen hay un lugar secreto en la casa donde os esconderíais sin que fuese posible que diesen con vos. Es un pequeño y estrecho ropero que hay detrás de la cama de la señora, y cuya puerta puede cubrirse con el respaldo de la misma cama. En caso que llamasen, os esconderíais allí, y se irian, pidiéndonos que perdonásemos la incomodidad.

—Es verdad, dijo doña Vicenta, y por cierto que no habia caido en ello.

—Pues en este caso pasaré aquí la noche.

—Qué me place, dijo doña Vicenta.

El tiempo habia corrido, y era ya bien entrada la noche cuando estaban en esta conversacion.

Doña Tadea preparó la cena.

Pero Beatriz apénas probó bocado.

Estaba, como es natural, completamente preocupada.

Y no era ciertamente la conciencia la que le arrebataba la tranquilidad.

Sabemos que Beatriz la habia perdido por completo.

Lo que la preocupaba era por una parte el pensamiento de si caeria en manos de la justicia, y por otra lo que habia dejado abandonado en su casa.

Para ella no habia otra cosa que la materia.

En conversacion permanecieron hasta cerca de la media noche.

Hacia una hora que doña Vicenta la instaba para que se recogiese.

Ella parecia temerosa de irse al lecho.

Pero es el caso que á doña Vicenta le convenia que ella se entregase al sueño, si bien podia conocer que no estaba en disposicion de dormir.

De pronto sonó un aldabonazo en la puerta.

Aquel golpe fué acompañado de un silvido.

Beatriz oyó el primero, pero no el segundo, y prorumpió en un grito.

—¡La justicia! dijo: escondedme, escondedme por Dios.

—No es la justicia, Beatriz, dijo doña Vicenta. Conozco el modo de llamar y no hay el menor peligro. Tal vez digais que no he sido franca con vos que sois mi mejor amiga; pero os ofrezco daros satisfaccion cumplida. Quién llama es un amigo de toda mi confianza que por motivos particulares espera esta hora para visitarme.

—No teneis para que darme satisfaccion, dijo Beatriz; y si os parece me retiraré al cuarto donde debo pasar la noche.

—Pensad que no estorbais.

—Lo comprendo; pero tengo el espíritu intranquilo y estaré mejor sola.

—Haced como gusteis.

En esto volvieron á llamar y á acompañar el silvido.

Beatriz se retiró, y doña Tadea fué á abrir al que tanta impaciencia manifestaba por entrar.

Algunos minutos después entró en el gabinete donde doña Vicenta se hallaba un caballero de mediana edad, buena estatura, y arrogante presencia.

—¡Vive Dios! exclamó al tiempo que se quitaba la espada y la colocaba sobre un taburete ¡Vive Dios, señora mia, que creí os negabais á abrirme esta noche ó que queríais que me helase en la calle!

—Me habeis de dispensar, señor don Diego, que hube de encontrarme distraida si más de una vez habeis llamado.

Beatriz, no obstante lo preocupada que se hallaba, movida de la curiosidad tan propia del sexo débil, se puso en observacion por una puerta de cristales que dividia el gabinete donde se hallaban don Diego y doña Vicenta, de aquel en el que ella se encontraba.

—¿Quién será este caballero? se decia. ¡Y que es una elegante figura! ¡Yo he visto esa cara! Esto es indudable; pero no recuerdo donde. ¡Y que se conoce que tiene muchos fueros! ¡Miren doña Vicenta que secreto me guardaba! ¡De quien podrá una fiarse! Y eso que ella es la depositaria de todos mis secretos.

Y aplicó el oido con el objeto de no perder, si posible le era, una sola palabra de cuanto hablasen.

—¿Quereis, dijo don Diego, que os diga mi opinion acerca de esa distraccion de que os acusais?

—Podeis decirla.

—Que no creo en ella.

—¡Don Diego!

—¡Doña Vicenta!

—Extraño mucho que aventureis pensamientos de cierto género.

—Si supieseis latin os responderia con una máxima filosófica ó mejor jurídica; pero os la diré en romance.

—Veamos.

—Excusa no pedida, es declaracion manifiesta.

—¿Y por qué me conviene esa máxima?

—Porque os habeis excusado sin acriminacion

por mi parte. ¿Por ventura el decir que no creo en lo de la distraccion, es demostrar, como decís, pensamientos de cierto género? ¿Dónde está mi acusacion?

—No sé que deciros, señor don Diego; pero cualquiera que nos oyese creeria que érais mi amante, cuando de tal modo hablais.

Doña Vicenta procuró alzar la voz al pronunciar aquellas frases, sospechando que Beatriz la estaba escuchando.

Esta no pudo ménos de llenarse de confusiones. ¿Pues si no es su amante, se dijo, que trae á tales horas á esta casa y por qué usa de tales fueros?

A las frases pronunciadas por doña Vicenta, contestó el caballero de este modo:

—Si alguien pudiera oirnos, lo que ménos hubiese sospechado era el que yo tuviese amores con vos. No os diré, que esto es ya imposible, pero sí, que ni me convenís ni os convengo. A más de esto, yo no perderia las noches para asuntos de amores. Me ha pasado ya el fuego de la juventud.

Varias veces habia fijado doña Vicenta la vista en la puerta tras de la cual creia que habia de estar Beatriz y se mostraba á pesar suyo recelosa.

No pasó esto desapercibido al caballero, el cual con mucha tranquilidad se levantó del asiento que ocupaba, tomó la espada que habia dejado al entrar y se la ciñó.

—¿Os pensais marchar? le preguntó doña Vicenta.

—Lo que pienso, dijo, es estar prevenido.

—¡Por Dios, don Diego, que no os comprendo!

—Háblase mucho de brujas y de aparecidos, y aunque lo extrañeis en una persona como yo, debo deciros que temo se aparezca por aquí algun alma del otro mundo. Pero os advierto, doña Vicenta, que si es así no saldrá como entre. No sabeis cuanto me agrada el luchar con gente del otro mundo. Ya sabeis que la gente ha dado en atemorizarse por ciertas fantasmas y duendes que parece andan sueltos por ciertas calles del barrio de San Lázaro, de suerte que desde el toque de oraciones no hay mortal que pase por ellas ni para buscar la Extramauncion. Pues bien; hace dos noches que al salir de aquí se me antojó pasar por esas desiertas calles porque deseaba habérmelas con una de esas fantasmas ¡Y vive Dios, que tuve suerte! Al torcer de una esquina, me topé con un bulto alto y blanco como la nieve que abria y cerraba unos brazos de gran longitud: era una fantasma gigantesca, tanto que se elevaba á los primeros pisos. En su extremo se veian varias luces.

La fantasma, continuó, vino hácia mí con paso lento y reposado, tal vez en la persuasion de que el miedo consiguiente me habia de quitar la vida. Pero yo, pobre mortal, fuí más listo, y sin darle tiempo á evitar el golpe la atravesé con mi espada. A juzgar por su altura, la estocada debió recibirla en las piernas; pero ¡que casualidad! Debí atravesarle el corazon,

pues que cayó desplomada sin tiempo para exhalar un grito, rompiéndose en mil pedazos una olla agujereada que llevaba en la extremidad de lo que figuraba la cabeza y dentro de la cual iban las luces. ¡Dios haya tenido piedad de tu alma! Exclamé, limpié la espada en la blanquísima túnica que la envolvia, envainé y seguí mi camino. Ayer por la mañana, la justicia y los vecinos pudieron reconocer á la fantasma, que no era ni más ni ménos que un hombre muy conocido en el barrio, que en compañía de otros se valia de estos medios para alejar las gentes de aquellos puestos, ignorándose todavía las causas. ¿Quereis creerlo? Pues el miedo se ha disipado, las fantasmas no han vuelto, y la gente transita ya sin temor por aquellas calles ántes tan temerosas.

—Y bien, dijo doña Vicenta: ¿Qué consecuencia quereis deducir de ese cuento? En verdad os digo que no os comprendo.

—¡Historia, señora! ¡Historia!

—Cuento ó historia me es lo mismo; pero ignoro completamente que tenga eso que ver con haberos ceñido la espada. ¿Creeis que tambien en esta casa pueda haber fantasmas?

—¡Tal vez!

—Repito que no os comprendo, dijo doña Vicenta presentando un semblante indefinible.

—Llamad, os ruego, como de costumbre á esa vieja de Satanás que os sirve y mandarla acostar:

luego hablarémos, y vos tendréis la dignacion de acompañarme á mi salida y cerrar la puerta.

Aquel hombre dominaba á doña Vicenta, toda vez que ella quiso hablar; pero á una mirada suya se contuvo, se levantó, llamó á doña Tadea y la dijo:

—Podeis acostaros: este caballero permanecerá aquí largo rato y yo le despediré.

—Pues en este caso, dijo la vieja, que Dios nos dé á todos buenas y santas noches.

—Buenas las tengais, dijo doña Vicenta.

Doña Tadea se retiró inmediatamente.

—Vamos; ya estamos solos, dijo doña Vicenta, y podeis hablar lo que tengais por conveniente.

—¿Completamente solos?

—¿Lo dudais?

—Ya sabeis que los asuntos de que tratamos son muy graves, y me parece doña Vicenta que me habeis hecho traicion.

—¡Jesús! ¡Qué pensamientos!

El caballero se sonrió, pero de un modo sarcástico.

Doña Vicenta, viendo que ya no le era posible ocultar que habia en la casa una persona de fuera de ella, porque don Diego lo habia sospechado, dijo:

—Antes de que dudeis ni un momento de mi lealtad, quiero deciros toda la verdad. En esta casa no hay ningun hombre: hay sí una señora, una.....

—¡No me habia engañado!

—Dejadme concluir: una amiga mia á la que amo

como á una hermana, la cual encontrándose en una situacion espantosa, ha venido á refugiarse de mí y no he podido negarle el hospedaje.

Beatriz temblaba á pesar suyo.

—¿Es eso cierto? preguntó el caballero.

—Tal como lo habeis escuchado, y os podréis satisfacer por vos mismo,

Beatriz se apartó del lugar donde escuchaba, penetró á tientas en otro habitacion y se acurrucó, como si durmiese, en un confidente.

—Y si yo no hubiera sospechado, esa mujer tal vez se habria enterado de nuestro secreto.

—Está en una habitacion retirada.

—Necesito verla.

—¿Es indispensable?

—Lo exijo.

—Pues bien; la veréis, pero os exijo una palabra de honor.

—¿Cuál es?

—Que no le haréis pregunta alguna, ni la perseguiréis.

—¿Yo?

—Sí, porque sois de justicia, y esa mujer está acusada de un delito que no ha cometido. Pagadme la lealtad con lealtad.

—Os lo juro.

—Y os debo advertir que siendo esa mujer mi única amiga, la amiga de toda mi confianza, no

sabe ni una palabra del negocio que aquí os trae.

Y tomando un candelero donde ardia una bujía, le dijo:

—Podeis seguirme.

—Nó, yo os espero: podeis hacerla pasar á este gabinete: no es decente que yo vaya, si esa señora se halla recogida.

—Pues voy.

Doña Vicenta llegó á donde estaba Beatriz, á la cual dijo:

—Hacedme el obsequio de venir conmigo.

—No os presento objeciones, dijo aquella, porque todo lo he escuchado, y espero que me dispensaréis esta curiosidad.

—Estais dispensada.

—¿Me sucederá algo?

—Podeis venir sin temor, pues tal vez encontreis amparo: ese hombre es de justicia y me necesita: á más confio en su palabra de honor y estoy segura que no me faltará.

—Vamos, dijo Beatriz.

Ambas se presentaron ante don Diego, el cual se puso en pié para saludar á Beatriz.

—Tal vez digais, señora, exclamó, que he estado indiscreto al haceros molestar; pero tenia un verdadero interés en saber que persona se hallaba dentro de esta casa.

—No ha sido para mí incomodidad, y aquí me te-

neis á vuestras órdenes: soy una amiga por cierto muy desgraciada de doña Vicenta.

Y al decir esto, se desprendió una lágrima de sus hermosos ojos.

No ignoramos que Beatriz sabia desempeñar á las mil maravillas todos los papeles.

En la ocasion presente nada tiene de extraño que las lágrimas brotasen de sus ojos: sufria una gran contradiccion; se habia visto obligada á abandonar su casa, y se hallaba poseida del natural temor á que su situacion le arrastraba.

Pero aunque así no hubiera sido, ella sabia llorar á voluntad, y poseia admirablemente el secreto de conmover y atraer á sí el corazon de cualquier persona.

Beatriz interesó á don Diego, el cual dijo para sí:

—Esta mujer es hermosa, angelical, y no es posible que haya cometido un crímen; y aunque así fuese, en el mismo crímen me pareceria admirable. ¡Esta mujer debe ser volcánica! Todo revela en ella la grandeza de las pasiones.

Y formó el propósito de constituirse su protector y amparo.

Don Diego veia como cosa sumamente fácil el librarla de la persecucion que venia sufriendo por parte de la justicia.

Para que esto se comprenda, es necesario que digamos ante todo quien era don Diego, y de paso da-

rémos á conocer el objeto que le llevaba en sus visitas nocturnas á doña Vicenta.

Estos pormenores no dejan de tener interés para que dejásemos de relatarlos.

Vamos, pues, á ocuparnos de ellos.

Pero este requiere capítulo aparte.

CAPITULO XVII.

Un registro y una infamia.

Era don Diego de Espinosa un nobilísimo caballero de la córte de Cárlos V, que ocupaba un alto puesto en la magistratura, de un carácter dulce y apacible, acérrimo defensor de la justicia, que gozaba de una gran reputacion, muy especialmente entre la clase del pueblo, que siempre encontraba en él amparo y proteccion.

Su figura simpática, su continente verdaderamente marcial, sin pertenecer á la carrera de las armas, su trato agradable, todo hacía que fuese simpático á primera vista.

Pero este era su retrato por el exterior, digámoslo así.

Examinado detenidamente, ya era otra cosa distinta.

Don Diego tenia una gran dósis de amor propio.

Sus pasiones eran la popularidad y el dinero.

La primera se la proporcionaba por el fingimiento, explotando las cualidades que ántes hemos indicado.

Para la segunda, todos los medios le parecian buenos con tal que pudiese cubrir las apariencias, y que en nada se perjudicase su buena fama y reputacion.

Con esto está dicho que don Diego era un verdadero hipócrita.

¿Qué objeto tenian sus visitas á la casa de doña Vicenta? ¿Qué significaba aquella autoridad que allí parecia tener?

Es indudable que no era cuestion de amores.

Doña Vicenta era de mayor edad que él, y aunque esto no era un gran obstáculo, los hombres metalizados, generalmente hablando, no se apasionan por amores.

La pasion del dinero rechaza toda otra pasion.

Comprendiendo que podia explotar perfectamente su oficio de magistrado, torciendo la vara de la justica, necesitaba para la realizacion de sus proyectos una persona cómplice.

Conoció casualmente á doña Vicenta, procuró intimar con ella y formar de la misma un instrumento del que poder valerse para aumentar sus intereses.

Doña Vicenta dispensó muy pronto su confianza al magistrado, porque creyó érrónéamente que el amor

le llevaba hácia ella, y se hizo mil ilusiones que pronto se vieron desvanecidas.

Empero, á pesar de su creencia, no reveló una palabra á su amiga Beatriz, y eso que esta depositaba en ella toda su confianza.

Don Diego llegó por fin á hablarla claramente de su objeto.

—Vos estais mal y sin embargo podeis estar muy bien, la dijo.

—¿Y qué he de hacer para estar bien? preguntó doña Vicenta.

—Voy á hablaros con toda franqueza; vos podeis reunir dinero, y al propio tiempo hacerme un gran favor.

—Pues podeis decir que hay que hacer para llegar á conseguir todo eso.

—Es muy fácil; pero ántes es necesario que me ofrezcais un gran sigilo para todo el mundo: de lo contrario, si algo se supiese, vos perderíais más que nadie, porque os haria prender y os formaria una causa, que tendria para vos muy malos resultados.

—Pues si todo eso puede sobrevenirme tan solamente por hablar, ya podeis empezar á descubrir el misterio, que yo seré una arca cerrada.

Don Diego la explicó entónces todo lo que se proponia.

Ella habia de indagar las personas pudientes que estuviesen pendientes de alguna causa, para lo cual

él mismo la daria aviso, y se ofreceria á dichas personas, manifestándoles que por ciertas cantidades (las que él la iria diciendo) conseguirian salir en bien de sus causas, para lo cual ella se valia de cierto empleado subalterno, que no solamente tenia mucha influencia, sino que entendia perfectamente los negocios y los sabia poner en buen camino; pero siempre sin que nadie pudiese sospechar que él, magistrado de tanta reputacion, tenia intervencion alguna en aquella clase de negocios, teniendo ella una tercera parte de lo que pudiera producir tan inicua corrupcion de la justicia.

Para hablar sobre estos asuntos, habia hecho ya varias visitas á doña Vicenta, pero siempre á altas horas de la noche, segun habian convenido, para evitar toda clase de sospechas.

La noche á que nos referimos iba con el objeto de iniciarla en el primer negocio que debian de practicar y que podia producir mil pesos saneaditos.

Doña Vicenta veia ante sus ojos un porvenir color de rosa, y se restregaba las manos, pensando en la mina que se abria á su explotacion.

El encuentro de Beatriz en casa de doña Vicenta, hizo que don Diego no pudiese en aquella noche abordar la cuestion.

Empero se le presentaba otro negocio de diverso género.

Ya hemos dicho que su pasion favorita era el dinero, y que no se preocupaba de amores.

A pesar de esto, se maravilló de la belleza de Beatriz y la deseó.

—Sentaos, la dijo, y no abriguéis el menor temor por haberos encontrado aquí conmigo. Este encuentro os podria ser fatal, porque soy magistrado, y estais bajo el peso de una acusacion terrible; pero yo me despojo de mi carácter de sacerdote de la ley para revestirme del de caballero, que toma bajo su proteccion á una señora desgraciada. ¿Os fiáis de mí?

—Con toda mi alma, respondió Beatriz.

—¿Y aceptáis mi proteccion?

—Y la gradeceré eternamente.

—Pues ved aquí de que manera, yo me levanto á mayor altura que los ángeles.

—No os comprendo.

—Es muy fácil la explicacion. Segun nos enseña la religion, los ángeles son protectores de los hombres. ¿No es así?

—Justamente.

—Pues yo que me constituyo desde este momento protector de un ángel, soy más que ellos.

—Sois demasiado galante, señor magistrado, dijo Beatriz: pero debeis comprender que mi alma está destrozada y que no estoy para escuchar frases lisonjeras.

—¡Lisonjas! Jamás se hallan en los labios de don

Diego de Espinosa. Yo no sé hablar de otra manera que con el lenguaje de la verdad.

Beatriz le dirigió una mirada indefinible y despues bajó la vista.

Aquella mirada enloqueció al magistrado, le aturdió, encadenó su alma á la de Beatriz.

Esta en su interior formaba diversos pensamientos.

—Si este hombre, se decia, á pesar de lo que he oido de sus labios ama á doña Vicenta, creo que ella puede darle por perdido por que le he cautivado: si no la ama, con más facilidad será mio y de un modo ó de otro, es magistrado y me sacará á salvo de todo.

Y estando en estos pensamientos suspiró hondamente.

En esto estaban cuando llamaron fuertamente á la puerta de la calle.

Todos se sorprendieron.

¿Quién podria ser á aquellas horas?

—Es sin duda la policia que indudablemente viene en busca mia, dijo Beatriz.

—El magistrado mudó de color.

Naturalmente sentia el que á aquellas altas horas de la noche le sorprendiesen en una casa extraña, á él, que por el ministerio que ejercia estaba obligado al buen ejemplo.

—¿Qué haremos? preguntó doña Vicenta toda tremula.

—¿Teneis un lugar seguro donde no podamos ser encontrados aunque la casa sea registrada?

—Segurísimo, dijo doña Vicenta. Venid conmigo.

Los llevó á la alcoba donde tenia su cama, desvió esta con fuerza, abrió una puerta pequeña que habia èn la pared, y que cerrada no dejaba conocer señal alguna, y les dijo:

—Entrad ahí: no estareis con mucha comodidad ciertamente, pero á bien que esto durará poco.

Don Diego y Beatriz entraron.

Doña Vicenta volvió á colocar el lecho donde estaba. El respaldo cubria la puertecita por donde los otros habian entrado.

Aquel cuartito era el ropero de que habia hablado doña Tadea.

Los golpes en la puerta se repetian.

Doña Vicenta corrió á despertar á doña Tadea, haciéndola levantar.

—Llaman precipitadamente, exclamó, y debe de ser la justicia.

Escondidos de la manera que se ha dicho don Diego y Beatriz, doña Tadea por órden de la señora preguntó quien llamaba á aquellas horas.

Se enteró de que era la justicia, y no hubo otro remedio que franquear la entrada.

Presentóse el mismo juez que entendia en las actuaciones de la causa entablada contra Beatriz, llevándo su correspondiente cortejo de alguaciles y ministriles.

Fué recibido por doña Vicenta la cual le suplicó se dignara tomar asiento.

El juez lo hizo y despues ella.

—¿Podré saber, preguntó la señora, que se ofrece á tan altas horas de la noche á la justicia, en esta casa que es muy vuestra?

—Vais á saberlo, dijo con gravedad el juez. Estoy sumariando á una señora llamada doña Beatriz, acusada por una parte de envenenamiento y por otra de haber tenido en secuestro á una jóven en los sótanos de su casa habitacion. La dicha acusada no se encuentra en su morada, y como sé que es íntima amiga vuestra, os pregunto en nombre de la ley:—¿Sabeis donde se oculta esa señora?

—Yo, señor juez.....

—Dispensadme que os interrumpa. Debo preveniros que la ley tiene sus penas establecidas para los què ocultan á los reos, y yo seré inexorable en la aplicacion de tales penas. Los delitos de que está acusada vuestra amiga son graves, muy graves, y por vuestro propio bien os exhorto á que no os compliqueis en esta causa ocultando la verdad de cuanto sabeis. Ahora podeis contestar á la pregunta que os he dirigido.

—Pues yo, señor juez, dijo temblando doña Vicencenta, puedo deciros, que me encontré en el desgraciado trance de la muerte de la jóven de cuyo envenenamiento es acusada, aunque creo que sin funda-

mento, mi amiga, pero ni por sospecha pasó por mi imaginacion que aquello pudiera ser efecto de un crímen. ¿A qué podia responder tal crímen? ¿Qué resultados ventajosos podia tener para mi amiga? Yo creo.....

—Señora, dijo el juez interrumpiéndola, creo no haberos nombrado defensora de oficio de vuestra amiga, ni haberos preguntado vuestra opinion acerca de los motivos porque la encauso. Así, pues, servios contestar lisa y llanamente á la pregunta que os he dirigido.

—Iba á decir, señor juez, que despues de aquel suceso no he visto á mi amiga doña Beatriz, é ignoraba de todo punto, así el que estuviese bajo la accion de la justicia, como el que hubiese desaparecido de su casa.

—¿No la teneis escondida?

—No señor.

El juez tomó su espada, y presentando la empuñadura, la dijo:

—Jurad sobre la cruz de esta espada que no sabeis donde se halla.

Doña Vicenta se estremeció.

Tenia que optar entre prestar un juramento falso ó descubrir á su amiga.

Titubeó un momento.

Pero al fin creyó erróneamente, que le era lícito lo primero tratándose de librar á su amiga, y extendiendo su mano, dijo con aplomo:

—Juro que no se donde se encuentra en estos momentos la persona por quien me preguntais.

El juez comprendió la momentánea lucha que habia sostenido aquella mujer en su corazon, y que habia jurado en falso, y contestó solemnemente:

—Si habeis dicho verdad, Dios os lo premie, y sinó os lo demande.

Después añadió:

—Ahora en cumplimiento de mis deberes y á pesar de vuestro juramento, voy á proceder á hacer registrar minuciosamente vuestra casa.

—Podeis hacer vuestra voluntad, pues en vano seria que me opusiese á ello; pero en este caso no sé que objeto puede tener el juramento.

—Dícese comunmente, replicó el juez, midiendo sus palabras, cuando se habla de las monjas:—«Si votos ¿para que rejas? Y si rejas ¿para que votos?» Y sin embargo, la Iglesia que es muy sabia en sus disposiciones, recibe los votos y cierra las rejas. Así hago yo; recibo vuestro juramento y registro. No seria la primera vez que se ha jurado en falso.

Y sin esperar á nueva contestacion, se dirigió á los alguaciles y les dijo:

—A registrar inmediatamente toda la casa, sin dejar un rincon. Dos por un lado y dos por otro.

Los alguaciles, entrando por las habitaciones interiores, hicieron un minucioso registro en toda la casa, pero sin resultado alguno.

Entre tanto doña Vicenta temblaba y no podia ocultar su emocion.

Temia que fuese encontrada Beatriz, y en este caso ella la acompañaría á la cárcel por haberla encubierto y por perjura.

Los que registraban llegaron á la alcoba donde estaba la cama que cubria la puerta del escondite.

Sintiéronlos y les oyeron hablar don Diego y Beatriz.

Temblaron á pesar suyo, el primero por lo elevado de su posicion y la segunda por sus delitos.

Los alguaciles que iban cumpliendo su cometido con exactitud rigorosa, levantaron los colchones de la cama, y miraron por debajo de la misma.

Estando en esta operacion, como el lecho se moviese, produjo algun ruido contra la puerta secreta que daba paso al escondite donde se hallaban reunidos los fugitivos.

Asustóse extraordinariamente Beatriz, en términos de perder el sentido.

En aquel estado vino á caer en los brazos de don Diego.

Sintió este que los pasos se alejaban y se disiparon sus temores.

—¡Cuerpo de Baco! exclamó: que ya creia ver que abrian esta puerta.

Movió á Beatriz, pero esta no daba sañales de vida.

—No hay duda que está desmayada, dijo don Die-

go: ¿Y qué hago yo ahora de esta mujer?.... ¡Y que tiene buenas formas!.... Ello es que aquí no se vé, pero se palpa.

Verdaderamente don Diego no se distinguia por su continencia, y la oscuridad del lugar en que se hallaban, y más que todo el estado de insensibilidad en qué Beatriz se encontraba, le hizo abusar de aquellas circunstancias.

Cuando doña Beatriz volvió en si, preguntó:

—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

—Callaos por Dios, dijo don Diego: ya hemos salido del peligro, pero aún no deben haberse marchado, cuando no viene doña Vicenta por nosotros.

Ya repuesta Beatriz, al encontrarse en brazos de don Diego, trató de desacirse, y sintiendo un malestar, vió claro á pesar de la oscuridad.

Se estremeció, pero nada dijo.

Creyó más decoroso para ella el callar, y con mucho más motivo cuando necesitaba de la proteccion que aquel hombre la habia ofrecido.

Pero sin embargo, dos lágrimas corrieron por sus mejillas, lágrimas de desesperacion por haber sido á pesar de su orgullo, juguete de un hombre.

Y como siempre era la misma, juró en su interior vengarse y de un modo terrible del que tan vilmente la habia ultrajado.

La visita judicial duró bastante tiempo, porque el juez hizo registrar hasta los sótanos.

Aseguraron los alguaciles que en la casa no se encontraba la persona que buscaban, y el juez quedó satisfecho aunque engañado.

Felizmente para la reo no dieron con la puerta del cuartito donde esta se hallaba encerrada con D. Diego.

El juez se levantó, y con su gravedad acostumbrada, dijo:

—He cumplido con mi deber y me retiro, suplicandoos que dispenséis el mal rato que os he dado, y el disgusto que pueda haberos causado, pero ya comprendéis, que sacerdote de la ley, tengo que sujetarme en un todo á ella, y no me es dado atender á respetos humanos en el cumplimiento de los deberes de mi ministerio.

Doña Vicenta que se hallaba contenta por el resultado de aquellas pesquisas, exclamó:

—No teneis, señor juez, que pedirme que os dispense, toda vez que como habeis dicho muy bien, habeis cumplido con vuestro deber, y yo me regocijo de que vayais en el convencimiento de que partiais de un supuesto erróneo al creer que yo era ocultadora de doña Beatriz.

El juez saludó á la señora y se retiró con su córte de alguaciles y ministriles.

Habia quedado convencido, como hemos dicho, pero le chocó la variacion que hubo en el semblante de doña Vicente, y adquiriendo nuevas sospechas, dijo á los alguaciles cuando estuvo en la calle:

—¿No habeis dejado nada que registrar?

—Y tanto es así, dijo uno de ellos, que parecia ser el de más autoridad entre todos, que hasta hemos echado en tierra y registrado unas esteras que enrolladas se hallaban en un rincon. Estoy en la seguridad de que nádie se esconde en esta casa.

—Y ahora me pesa, dijo el juez, no haber dejado dos vigilantes, pero en fin, ya está hecho. Se escribirá el resultado como diligencia.

Apénas doña Tadea cerró la puerta, doña Vicenta fué á sacar del cuarto oscuro á Beatriz y á don Diego.

—Ya podeis venir, dijo, pues ese diablo de juez se ha marchado.

Reuniéronse en la misma habitacion en que ántes habian estado.

Beatriz ni se atrevia á mirar á la cara á don Diego.

Este dijo á doña Vicenta que refiriese todo lo ocurrido, y ella lo hizo con la mayor minuciosidad.

—¡Pues de buena hemos escapado! dijo el magistrado, cuando ella hubo terminado su relacion. Si llegan á encontrarnos se cumple aquello de «á la justicia prenderla» ¡Y que ese juez no tiene amigos, y tal vez me hubiera querido complicar en la causa, á mí que he sido juez y soy todo un magistrado. Pero yo lo sentia principalmente por esta señora, que en cuanto á mí nada podia ocurrirme. Yo hubiera explicado la causa de hallarme escondido y de un modo satisfactorio. Para mentir y defender una mala causa

nos pintamos solos los abogados. Y ahora, si os parece bien, mi señora doña Vicenta, tomarémos alguna cosa para hacer pasar el susto que hemos recibido. Yo por mi parte me encuentro débil, y no dudo que tendreis alguna cosa que echar á perder en vuestra despensa.

La señora llamó á doña Tadea.

Esta temblaba de los piés á la cabeza.

—¿Os dura todavía el susto? la preguntó don Diego.

—¡Qué si me dura! Pues dígoos, señor mio, que ya tengo ataque de nervios para algunos dias. ¿Es grano de anís esto de ver entrar la justicia por la casa? ¡Y ese señor juez, que tiene una cara tan séria y tan..... Vaya, quiera Dios que no le vea más por aquí. ¡Y los pícaros de los alguaciles!....

—¿Qué os han hecho?

—Han entrado en mi cuarto, y sin el menor decoro han levantado hasta los colchones de mi cama.

—¡Y que eso es inaudito!

—Yo creo que el cuarto de una mujer, debe ser un sagrado para los hombres. ¿No es así, señor mio?

—Justamente, dijo don Diego.

—¡A qué tiempo hemos llegado! exclamó la vieja. Hoy no hay moralidad, ni aún en la misma justicia.

—Bien, dijo doña Vicenta: no hablemos más de eso, y servíos traer unos biscochos y una botella de Jerez, que encontrareis en el armario del comedor.

Doña Tadea se retiró, y al poco rato volvió con lo que le habia sido pedido.

Entre las cuatro personas, pues que doña Tadea era siempre considerada como de familia por doña Vicenta, consumieron los biscochos, algunas pastas que les acompañaban y la botella de Jerez.

—¡Riquísimo es este vino! exclamó don Diego.

—Y que me place, dijo doña Vicenta, que sea de vuestro agrado.

Beatriz se puso sobre sí, y no queriendo dar á comprender mayor disgusto del que necesariamente debia experimentar por sus asuntos, comió y bebió como los demás.

Luego que hubieron terminado, dijo doña Vicenta:

—Y bien: ¿qué habrémos de hacer, señor don Diego? ¿Qué nos aconsejais?

—Creo; dijo este, que todo se arreglará perfectamente. La cosa queda á cargo mio, y esto os debe bastar.

—Ciertamente, pero es necesario tomar una pronta resolucion con respecto á esta señora, que no está aquí segura.

—¡Cómo así! En ninguna parte puede estarlo más. Ya veis que ha estado aquí la justicia y que no ha podido dar con ella. ¿Hay peligro? Pues al escondite.

—Pero no hemos de estar siempre así.

—En efecto.

—Y como digo, es necesario tomar una pronta determinacion.

—Pues bien: esta noche la acabará de pasar aquí, porque tampoco seria prudente trasladarla á estas horas á otra parte, y mañana con calma meditarémos en el plan que haya de ponerse por obra. De todos modos este vinillo que nos habeis dado, se me ha subido á la cabeza, y no estoy para discurrir en estos momentos.

—Bien, pues sea así.

Beatriz se conformó.

—Yo me retiro, dijo don Diego, y mañana por la tarde vendré con el plan de campaña desarrollado. Entre tanto, esta señora puede estar tranquila, en el pleno convencimiento de que nada tendrá que padecer en su persona, aunque por lo que respecta á sus bienes ya confiscados, los veo en peligro, sin embargo de que yo haré cuanto me sea posible á fin de salvarlos.

—¡Oh! ¡Cuánto os lo agradecería! dijo Beatriz, que hasta entónces habia callado.

—Podeis creer, dijo don Diego, que miraré vuestros asuntos como si fuesen propios. Me os habeis hecho muy simpática, habeis despertado en mí sentimientos de compasion, y me propongo serviros hasta allí donde alcancen mis fuerzas, y ya comprendereis que algo podré en estos asuntos de justicia, siendo magistrado.

—Pues en vos pongo toda mi confianza, dijo Beatriz.

—Y haceis muy bien obrando tan cuerdamente, porque creo que hemos de ser muy amigos.

Beatriz que continuaba disimulando su despecho, y que se propuso sacar partido de aquel hombre ántes de vengarse de él, contestó con amabilidad:

—Y que esa amistad con la que me brindais, me honrará en gran manera.

Don Diego se levantó, se despidió de las señoras y siguió á doña Tadea, que fué delante de él para franquearle la salida.

Iba lleno de regocijo.

Habia cometido una vileza, pero era un alma ruin, incapaz de remordimientos de ninguna clase.

Las dos amigas hablaron algun tiempo sobre los sucesos ocurridos, y doña Vicenta, dijo á doña Tadea:

—Vamos á recogernos, y mañana interín no nos levantemos, no abrireis en manera alguna la puerta. Si llaman con insistencia, avisais en seguida.

—Sin que lo advirtieseis lo haria así, dijo doña Tadea.

Y todas se retiraron á descansar.

Decimos mal, porque Beatriz preocupada vivamente con lo que le ocurria y con la injuria recibida, ni aún pudo cerrar los ojos, hasta que ya al amanecer la rindió el sueño.

Verdaderamente don Diego habia abusado de las circunstancias obrando de un modo el más villano, indigno de un caballero y mucho más del que estaba encargado de administrar la justicia.

Y sin embargo, se habia retirado de aquella casa sin experimentar el menor remordimiento de conciencia.

Empero aquel tropiezo le sirvió, como verémos más adelante, para trocarse en otro hombre.

CAPITULO XVIII.

Una historia antigua que siempre es nueva.

En tanto que tales sucesos ocurrian, Alberto, el desgraciado Alberto continuaba tranquilo en el santo asilo que el siervo de Dios, el héroe de la caridad cristiana, el padre de los pobres Juan de Dios, habia erigido cual perpétuo monumento de esa caridad divina que enseñó al mundo el que por nosotros y por nuestra salud descendió del cielo.

Allí no escuchaba otra cosa que los más sanos consejos; las palabras que en sus oidos resonaban eran siempre palabras de vida eterna.

El hermano Juan que divinamente inspirado, sabia que habia de llegar un dia en el cual Beatriz cual otra Magdalena se purificaría con sus lágrimas de penitencia, se dedicaba con la mayor asiduidad y un

celo verdaderamente evangélico á infundir en el alma de Alberto sentimientos conformes al espíritu de la Religion.

El jóven se hallaba completamente restablecido, pero Juan de Dios le habia destinado una habitacion particular en el santo hospital para que allí permaneciese hasta tanto que, llegado el dia por el que tanto suspiraba el siervo de Dios, pudiese unirse aquel matrimonio y ponerse en carrera de salvacion.

Juan de Dios lo deseaba con toda su alma.

No hay por que extrañarlo tratándose de quien era profesor de la perfeccion evangélica.

«Conocemos la caridad de Dios en que puso su vida por nosotros, y nosotros debemos poner nuestra vida por los hermanos.»

Estas frases de los libros santos estaban gravadas en el corazon de Juan de Dios, que sabia muy bien que la caridad es el fundamento de todas las virtudes, y que donde no existe caridad no hay virtudes sólidas ni verdaderas.

Ya hemos dicho que Juan de Dios tenia un gran conocimiento del corazon humano, y si bien, como queda notado, esperaba un feliz resultado de los desgraciados sucesos que seguian uno en pos de otro, temia aún más por Alberto que por Beatriz.

¡Cómo así! ¿No estaba el primero bajo su acertada direccion?

¿No se habia sujetado en todo á sus mandatos?

¿No podia verle á cada momento y alimentar su alma con sanos consejos?

Por otra parte ¿no vivia resignado y lleno de esperanzas en aquel asilo de la misericordia?

Todo esto es verdad.

Sin embargo, Juan de Dios temia que le habia de faltar la virtud de la perseverancia, que se habia de cansar de esperar la conversion de su esposa y que caería en alguna lamentable torpeza.

Esto le anunciaba su corazon á Juan de Dios, y él sabia que su corazon nunca le engañaba.

Y cómo amaba á aquellos desgraciados y deseaba el bien de todos, redoblaba sus oraciones y ofrecia á Dios en expiacion por los pecados de aquel matrimonio disciplinas, cilicios, y otras maceraciones.

Una mañana se presentó más temprano que de costumbre en la celda que ocupaba Alberto.

Este se sorprendió de aquella visita matutina, pues aún estaba en el lecho, y exclamó:

—¿Qué se os ofrece, hermano Juan? ¿Me venís á traer alguna noticia? ¿Ha ocurrido algo?

Juan de Dios quedó parado y dijo:

—En verdad que no sé que responderos. Ningun motivo particular me ha traido ni tengo noticia alguna que comunicaros. Un impulso involuntario me ha hecho entrar, y ya que así es, como no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, hablaremos un rato, pero entretanto que os vestís, yo voy á la

capilla á hacer mis devociones y volveré despues.

Y el siervo de Dios abandonó aquella habitacion.

Alberto se vistió y esperó él regreso de Juan de Dios.

—¿Qué será esto? se preguntaba. Creo lo que me ha dicho por que de labios del hermano Juan no sale nunca la mentira. Nada tiene que decirme; ninguna noticia debe comunicarme, y la Providencia, sin embargo le conduce á mi lado. Veremos.

Pasó como una media hora cuando se presentó de nuevo Juan de Dios.

Alberto se puso de pié para recibirle, pero Juan le hizo sentar y él tambien tomó asiento.

—Vamos, dijo: ya que nos hallamos solos dediquemos algunos momentos á hablar de las cosas pertenecientes al espíritu. ¿Os hallais tranquilo?

—Al menos resignado, respondió Alberto.

—Pero esa resignacion ha de ser voluntaria y aún gustosa para que sea aceptable á los ojos de Dios.

—¡Voluntaria! ¡Dichoso aquel que tal tesoro de virtud puede encerrar en su pecho! ¿Como quereis, hermano Juan, que voluntariamente acepte el estado en que me veo? Yo bien conozco que sufro una expiacion y por cierto muy bien merecida por el proceder que tuve abandonando á aquel ángel que hubiese hecho la felicidad de mi vida, por contraer unos lazos que en su principio fueron criminales y despues bendecidos por la Iglesia: pero á pesar de esto sufro

mucho ¡y cómo no sufrir! Me veo sin casa ni hogar y amparado por la misericordia de un santo hombre que sois vos: veo á mi esposa entregada en los brazos del crímen, precisándome á vivir oculto de ella. Veo en suma, ante mis ojos un porvenir aún más negro que la presente vida. ¿Hay resignacion voluntaria para desgracias semejantes?

Y dos lágrimas brotaron de los ojos de Alberto.

Juan de Dios meditó un rato, y despues mirándolo fijamente exclamó:

—¡Ay Alberto! ¡Temo por vuestra salvacion!

—¿Temeis? ¿Me considerais en carrera de condenacion?

—¡Oh! Si ahora, en este instante falleciéseis repentinamente, sin tiempo para recibir los santos Sacramentos, ni aún para pedir misericordia al Señor, os creeria perdido sin remedio.

Alberto lanzó un suspiro.

—¿Sabeis, continuó Juan de Dios, lo que habeis dicho? El hombre nada puede por si mismo, pero lo puede todo ayudado por la gracia. Haceos digno de esa gracia que se aumentará en vos á medida de vuestra correspondencia á ella, y vereis entonces como os parecen dulces las tribulaciones. Escuchadme con atencion y vereis los prodigios que la gracia obra en los corazones.

—Hablad, Juan de Dios, hablad, que me parece que teneis palabras de vida eterna.

—En la tierra de Hus y allá en los antiguos tiempos existió un varon de corazon sano y recto: temia á Dios y huia de todo lo que pudiese tener sombra de mal.

Este hombre tenia siete hijos y tres hijas.

Su fortuna era inmensa.

Consistia en siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, y muchas caballerias.

Tanto para su servicio como para la labor tenia un crecido número de domésticos y de siervos, de suerte que era reputado por el hombre más opulento de todo el Oriente.

A sus hijos les daba continuamente los más sanos consejos á fin de que no se apartasen ni un solo momento del temor de Dios.

Pero el Señor quiso poner á prueba la paciencia de aquel hombre.

Un dia llegó un mensajero y le dijo:—Señor, estando arando tus bueyes y paciendo junto á ellos las borricas, hicieron una irrupcion los Sabeos, quitaron la vida á los mozos, se lo llevaron todo, y solo he podido escapar para traerte la noticia.

Aún no habia acabado de hablar aquel hombre, cuando llegó otro y le dijo:—Señor, un gran fuego ha descendido del cielo, que ha herido á las ovejas y á los pastores, y todo lo ha devorado y reducido á cenizas: y solo he quedado para venir á darte el aviso.

No pasaron muchos momentos sin que se presentase un tercero para anunciarle que los Caldeos divididos en tres escuadrones, se habian echado sobre sus camellos, y quitando la vida á los mozos que los guardaban, se los habian llevado todos.

Todas estas calamidades que cayeron instantáneamente sobre aquel hombre eran como el preludio de la que experimentó en seguida.

Otro hombre se presentó para decirle que estando sus hijos é hijas comiendo en la casa del hermano mayor, se habia levantado un viento impetuoso de la parte del Mediodia, que haciendo estremecer las cuatro esquinas de la casa y desencajándola habia caido sobre ellos quedando todos sepultados en sus ruinas.

—¿Qué os parece, Alberto, de todas estas calamidades? ¿Son mayores que las vuestras?

—¿Pero me hablais de Job?

—Justamente de Job os hablo. Y este hombre despues de pagar su tributo de lágrimas á la naturaleza, se postró en tierra y adoró al Señor. Las palabras que salieron de sus labios, fueron estas:—Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo saldré del mundo. El Señor me lo dió todo, él todo me lo ha quitado: no se ha hecho en esto más que su voluntad; bendito sea su santo nombre.

Para que la calamidad fuese más completa, una asquerosa lepra le cubrió de los piés á la cabeza, de suerte que sentado en un muladar, con un pedazo de

teja raía los gusanos y podre que salian de sus llagas.

La paciencia de aquel hombre no se alteró en lo más mínimo.

Su mujer que no tenia tanta virtud llegó á increparle por que en aquel estado bendecía á Dios; pero Job, la respondió:—No muestras un rastro de cordura en lo que hablas. Si de la mano de Dios hemos recibido los bienes; ¿porqué no hemos de recibir tambien los males?

Empero no solo de su mujer recibió ultrajes sino que hasta sus mismos amigos parece que se propusieron acabar con su paciencia, echándole en rostro que grandes debian ser sus pecados cuando Dios los castigaba de un modo tan terrible, y con tanta severidad.

En las disputas que con él sostuvieron, Job triunfó de sus amigos obligándoles á callar. Empero cuando otro sostenia disputas con más fuerza de argumentos, al parecer, que los anteriores, Dios que quiere premiar la resignacion é inagotable paciencia de su siervo, aparece en una nube, pone fin á la disputa decidiéndola á favor de Job, condena la indiscrecion de sus amigos, y restituye á aquel santo hombre mucho mayor número de bienes y riquezas que las que habia perdido y al propio tiempo la salud que es la mayor de las riquezas y el más precioso tesoro que puede apetecerse en el mundo.

La contemplacion, pues de los sufrimientos de Job,

os será muy útil, amadísimo Alberto, continuó Juan de Dios, para aumentar vuestra paciencia y la confianza que nunca debeis perder en que llegará un dia en el cual vuestra resignacion será galardonada abundantemente.

—Todos los hombres, dijo Alberto, no somos santos como lo era Job.

—Pero todos podemos imitarle y seguir las huellas que nos dejó trazadas. No atraviesa su historia por medio de los siglos, consignada en los libros santos para que admiremos tanta virtud sino tambien para que la imitemos.

Alberto bajó la vista sin atreverse á contestar palabra alguna.

Pasados algunos momentos, dijo:

—¿Y con qué objeto me habeis referido esa historia?

—Porque vos mismo me habeis dado á comprender que os falta la resignacion.

—Yo no he dicho...

—Sí lo habeis dicho, pues que la resignacion voluntaria y no la forzosa es seguramente la que es digna de recompensa y la recibe.

Alberto se puso á llorar.

—Esas lágrimas, dijo Juan de Dios, me demuestran dos cosas; la primera que conoceis que tengo razon y la segunda que estais arrepentido de vuestra pasada debilidad.

—Me avergüenzo, hermano Juan, de llorar como pudiera hacerlo un niño.

—No, hijo mio, no os avergonzeis nunca de llorar cuando las lágrimas sean hijas de los buenos sentimientos del corazon, del arrepentimiento de haber obrado mal. De lo que el hombre debe avergonzarse es de no haber obrado con arreglo á justicia y de haber causado mal al prójimo. Os dije, que habia entrado aquí sin que en ello tuviese parte mi voluntad; que me encontré en esta celda sin saber cómo. Despues se me ha ocurrido referiros la historia de Job. ¿No podremos creer que todo esto ha sido disposicion de Dios? ¿Que el Señor ha querido fortalecer por este medio vuestro espíritu, para que os hagais acreedor á la recompensa?

—¡Tal vez!

—Pues en este caso lo que conviene es no desoir la voz de Dios.

—Así procuraré hacerlo.

Alberto estaba profundamente conmovido.

Siempre que le hablaba Juan de Dios le sucedia lo mismo.

Tal era el respeto que le profesaba.

Tal el concepto de santidad en que le tenia.

Por su parte Juan de Dios no estaba completamente satisfecho.

Habia cumplido con su ministerio de misericordia, pero comprendia que á pesar del respeto con que era

escuchado por Alberto, este se hallaba ya disgustado, y falto de fuerzas para continuar en el estado en que se encontraba.

Este hizo recaer la conversacion en su esposa.

—¿Vos dijo, estais en la persuacion de que Beatriz vendrá un dia al conocimiento de sus deberes?

—Lo tengo por indudable. Beatriz será, con la ayuda de Dios, una segunda Magdalena. ¡Ojalá fuéseis vos entre tanto un segundo Job!

—Una cosa se me ocurre.

—¿Cuál es?

—Tal vez la reprobeis.

—Veamos.

—No me atrevo.

—Podeis hablar con libertad, en la seguridad de que yo os responderé con la misma.

—Voy á hacerlo. Toda vez que teneis por indudable la conversion de Beatriz, ¿no se adelantaria, si yo fuese á ella, y recibiéndola entre mis brazos la dijese que la otorgaba mi perdon?

—Creo, dijo Juan de Dios, que de obrar de ese modo, malograríais la obra que esperamos.

Alberto calló.

Juan de Dios, continuó de este modo:

—¿Os habeis arrepentido de poneros bajo mi direccion y de obrar conforme á mis insinuaciones?

—De ningun modo.

—Pues ya sabeis mi parecer.

—Me someto á él, dijo Alberto, y bajó tristemente la cabeza.

Juan de Dios tenia ya conocimiento de los últimos sucesos.

Ya sabemos que acompañando á Victoria, habia estado en casa del juez á cuyo cargo estaba la causa seguida á Beatriz.

Ultimamente se le habia dicho que habia desaparecido de su casa, momentos antes de que fuesen á prenderla.

No juzgó conveniente dar cuenta á Alberto de aquellos tristes sucesos, que le hubiesen afligido en gran manera. ¿Cómo, pues, habia de convenir en que aquel fuese á buscarla? Por esto le dió la contestacion que hemos visto. Si Alberto hubiese insistido en querer presentarse á ella, en este caso Juan de Dios se hubiese visto obligado á declararle la verdad de aquellos sucesos; pero este caso no llegó, toda vez que negó el que se hallase arrepentido de haberse puesto bajo su direccion.

—Ea, pues, dijo Juan de Dios, se va haciendo tarde y me llaman mis pobres enfermos, á los cuales me debo. Os dejo, y os suplico que mediteis en lo que hemos hablado. Mucha resignacion, mucha paciencia y mucha confianza en Dios, son las armas de que os habeis de servir para conseguir un triunfo completo, esto es, que se abrevie el tiempo de la prueba y entreis en una época de paz y de tranquilidad completa.

—Dios os escuche, hermano Juan, dijo Alberto.

Y el religioso abandonó aquella habitacion y se dirigió á la sala de los enfermos para pasarles la primera visita.

Alberto habia recibido un gran consuelo.

Por mucho tiempo meditó en la historia de Job, pero era débil. Acabó por decir:

—No me es posible tener tanta paciencia. ¡Oh! Si yo fuera tan santo como lo es Juan de Dios, en este caso, estarian vencidos todos los inconvenientes.

¡Insensato! ¿No era de la misma carne y de la misma sangre de Juan de Dios? Querer es poder. Si hubiera querido verdaderamente imitarlo, lo hubiera conseguido.

CAPITULO XIX.

De que manera Alberto tuvo conocimiento de cuanto ocurria á su esposa Beatriz.

Alberto vivia en una especie de clausura.

Desde su regreso á Granada y providencial entrada en el hospital de Juan de Dios, no habia salido á la calle.

Como habia determinado de acuerdo con Juan de Dios el permanecer por entonces alejado de su esposa, le fué necesario el evitar aparecer en público.

Esta era una de las cosas que más le iban cansando y agotando su paciencia.

A no ser por los consejos de Juan de Dios y por la gratitud que necesariamente le tenia, por la esmeradísima asistencia que le habia prodigado, gracias á la cual curó de sus heridas, hubiese faltado bien pronto á su propósito de permanecer oculto en el santo asilo.

Dos dias despues del en que tuvo con Juan de Dios la conferencia de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, pidió su venia al mismo para salir á pasear de noche.

—Si me lo permitís, le dijo, yo creo que será conveniente á mi salud. Como quiera que la estacion lo permite iré embozado en mi capa y no hay el menor temor de que me conozca ninguno de mis antiguos amigos y mucho ménos cuando ya ni deben acordarse de mí.

—Bien, dijo Juan de Dios: ya comprendeis que todo cuanto hago ú os aconsejo va dirigido á vuestro bien, pues no tengo otro móvil. No encuentro el menor inconveniente en que salgais de noche con las precauciones debidas hasta que llegue el momento de poder presentaros sin cuidado alguno al público.

Alberto que nada hubiese hecho sin la permision de Juan de Dios, se alegró sobremanera de que hubiese venido en concederle lo que solicitaba.

Verdaderamente, para un hombre jóven y rico en imaginacion, debia ser bien triste el vivir apartado completamente no solo del trato de las gentes si no hasta de respirar el aire libre.

Aguardó, pues, con impaciencia que llègase la noche.

A hora conveniente se embozó en su capa y salió del hospital.

Dirigióse por varias calles, pero no encontró motivos de alegrarse ni de distraerse.

El alumbrado público era artículo desconocido en aquella época.

Si una luz se veia era la de la lámpara que alumbraba á alguna imágen de la Vírgen de las Angustias que tenia su nicho en la fachada de alguna casa de la nobleza.

Para no exponerse á tropezar y caer en las noches oscuras era necesario ir provisto de una linterna.

Alberto, pues, se retiró al poco tiempo al hospital, porque no habiendo tomado la precaucion de llevar linterna, no quiso exponerse á ningun peligro.

No por esto desistió de salir las noches siguientes.

A la que siguió á aquella salió nuevamente pero ya con linterna.

Estando en la calle se le ocurrió como era muy natural el pasar por el frente de la casa en la que suponia que moraba su esposa.

Hízolo en efecto.

Paróse á contemplar aquel edificio.

Naturalmente se sintió conmovido.

Las lágrimas se asomaron á sus ojos.

Estuvo parado y entregado á tristes meditaciones como cerca de un cuarto de hora.

Despues notó que se hallaba abierto un establecimiento de bebidas que habia en la casa inmediata, y donde tres ó cuatro hombres platicaban amigablemente.

Hizo tiempo á que aquellos hombres abandonasen

el establecimiento y cuando lo hubieron hecho, Alberto entró y saludó al que parecia ser el dueño.

Su objeto era entrar en conversacion con él, y ver si por su medio y en virtud de las preguntas que hiciese podia saber algo de Beatriz.

Para esto era necesario empezar por hacer gasto.

Saludó, sentóse al lado de una mesa, única que habia de mostrador á fuera, y pidió con los mejores modos que le sirviesen media botella de vino del país, y alguna cosa para hacer boca.

El tendero le sirvió en el momento.

Y justamente era un hombre tal cual lo necesitaba Alberto. Muy hablador y amigo á sostener conversaciones con sus parroquianos ó marchantes, como más generalmente se dice en Andalucía.

Fué él el que abrió la conversacion.

—Aunque dispenseis, dijo, vos debeis ser forastero.

—En efecto, respondió Alberto.

—Parece increible, pero tengo un ojo... que en seguida conozco cuando una persona no es de la tierra, y esto sin necesidad de que abra la boca. Apénas entró su merced por esa puerta, dije para mí:—Calla; este caballero es forastero.

—Y que no me pesa haber venido á Granada, que es una ciudad hermosa que me agrada mucho, así como el carácter franco de sus hijos. No en vano goza de tanta fama la Andalucía.

—Es, caballero, que nosotros somos todo corazon.

A hospitalarios, aunque me esté mal el decirlo, nadie nos gana, y cuando decimos á un hombre que somos su amigo, los somos en verdad hasta la pared de enfrente.

Alberto á pesar de la emocion que experimentaba, no pudo ménos de sonreirse con la labia de aquel hombre.

El cual siguió por algun tiempo hablando de cosas que no importaban á Alberto un comino, pero este le escuchaba con paciencia.

Por fin pudo Alberto meter baza, y llevando la conversacion al terreno que le importaba, dijo:

—¿A quién pertenece esta casa del lado?

—¿Cuál? ¿La de la izquierda?

—Justamente.

El tendero hizo un gesto que no pudo explicarse Alberto, y se rascó detrás de la oreja derecha, al tiempo que con la misma mano y para hacerlo con más comodidad, se ladeó el sombrero hácia la parte contraria.

—¿Os ha dado que pensar el que os haga tal pregunta? dijo Alberto.

—Es que yo estoy ya en meses mayores.....

—¡Que decís!

—Quiero decir, que ya voy para viejo, y francamente hay preguntas que se me indigestan.

—Pues no sé por qué se os puede indigestar la que se os acaba de hacer.



—Pues, amigo mio, habeis de creer que me quedo en ayunas en todo cuanto habeis dicho.

—Le diré á su mercé: como han pasado cosas tan graves.... y yo no quiero sin tener arte ni parte habérmelas con la justicia..... y sobre todo..... yo nada sé y nada diré.

Comprendió Alberto que en efecto algo grave debia haber pasado, y tembló á pesar suyo.

Deseaba saber y lo temia al mismo tiempo.

No debia sin embargo insistir, porque no sospechara el tendero que tenia en aquellos asuntos algun interés particular.

Así se concretó á decir;

—Pues, amigo mio, habeis de creer que me quedo en ayunas en todo cuanto habeis dicho; he preguntado inocentemente, y así podeis no darme una contestacion si creeis que en ello os podeis comprometer. Yo me quedo tan satisfecho de una manera como de otra. Y siendo tan graves, como decís, las cosas que en esa casa han pasado, serán del dominio público; y como las sabeis vos, las sabrán otros, y por cualquiera de esos otros podré saberlas si me empeño en ello; que no me empeñaré porque nada me importa, por más que con las frases que habeis pronunciado hayais despertado mi curiosidad.

El hombre de la tienda le miró fijamente, y despues dijo:

—Me dispensará su merced de lo que ántes he dicho; y conociendo por una parte que sois un caballero honrado, y por otra que es verdad que he desper-

tado vuestra curiosidad, os voy á decir lo que hay.

—Es que yo no he tratado de obligaros, dijo Alberto, manifestando una estudiada indiferencia.

—Lo veo, y si ántes me negaba á hablar, es porque yo tengo la costumbre de no ocuparme nunca de los asuntos que están en el juzgado, por las consecuencias que puede traer; que por lo demás bien me gusta saber: no porque yo sea curioso, sino por tener contentos á los marchantes que siempre vienen con preguntas, y he notado que hacen más gasto, miéntras más tiempo los entretengo refiriéndoles lo que pasa y lo que no pasa.

—Bien; vamos á nuestro asunto; pero espero que á mí no me referiréis lo que no pasa, sino solamente lo que pasa.

—¡Pues ya lo creo! ¿Piensa su merced que yo no sé distinguir de personas?

—Ante todo, dijo Alberto, tomad asiento y hablaréis con más comodidad.

—Así lo haré; pero ántes voy á traer una botella para tomar un trago en vuestra compañía, si me lo permitís, pues cuando se cuenta una historia es necesario ir refrescando de vez en cuando la palabra.

—Pues traedla; pero á condicion de que vá á cuenta mia.

—No era tal mi intencion; pero en fin, si teneis empeño en ello, yo no os haré un desaire, pues aquí

donde su merced me vé, tengo mis principios como puede tener el hijo de un conde.

—Eso se conoce á primera vista.

El tabernero trajo una botella del mejor vino que tenia; esto es, igual al que habia servido á Alberto, y tomó asiento al otro lado de la mesa.

Llenó una copa, y diciendo:—A la salud de vuestra merced, la apuró de un sorbo, y dijo después:

—Pues, señor, voy á empezar mi historia.

Alberto estaba cada momento más conmovido, temiendo que habia de escuchar cosas terribles.

—En esa casa, por la que su merced me ha preguntado, habita, ó no sé si diga mejor, habitaba una señora de buena edad y de mejor ver, muy rica, pues habia heredado una gran fortuna no sé de quien, y esta señora no era soltera, ni casada, ni viuda, al decir de las gentes.

—Hombre, pues eso es un enigma, dijo Alberto.

—Será lo que querais; pero ello es que su marido, segun se dice de público, la habia abandonado á causa de algunos lunares gordos que habia en la conducta de esa señora.

—¿Cuál es su nombre?

—Doña Beatriz, la llamaban.

—¿Y por qué habeis dicho que habitaba? ¿Esa señora no vive ya en la casa?

—Segun lo que se ha visto y oido, es una pájara de cuenta. Lo que ha habido no lo sabré decir con

certeza; pero ello es que la justicia ha intervenido en sus asuntos, y cuando han venido á prenderla, la jaula estaba vacía y el pájaro habia volado. Yo nada sabia; pero un dia mi mujer me llamó y me dijo:—Mira, Anselmo (que este es mi nombre para servir á su merced), mira como los ministros de justicia llaman á la casa de esa doña Beatriz. ¿Qué será ello?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? la contesté.

El caso fué que estuvieron mucho tiempo dentro, y que salieron después, sin que supiésemos la causa de aquello; pero más tarde volvieron, echaron fuera de la casa á los criados, y cerraron llevándose las llaves el juez.

—¿Y no habeis averiguado nada?

—Por cualquier cosa quedaria el tio Anselmo *in albis*. A mí me llaman *sábelo todo*, y casi tienen razon, pues aunque yo nada pregunto, como quiera que en estos establecimientos de bebidas entra tanta gente, todo se habla, todo se sabe y todo se comenta.

—¿Y qué habeis averiguado sobre el asunto?

—Todo, caballero, todo, y debido á una casualidad. Es el caso que aquí vive un alguacil del juzgado, que es un miserable y anda siempre à bofetones con el hambre, y me está agradecido porque yo le fio algunas copas, y este, á ruegos mios, me lo explicó todo con pelos y señales.

—Pues veamos que os explicó.

—En primer lugar, esa señora ha sido encausada

por haberse abrogado la facultad de expedir un pasaporte.

—¡Un pasaporte!

—Sí, señor: para el otro mundo.

—¿Y á quién se lo dió?

—A una jóven sirvienta suya, que se llamaba María, y que era muy virtuosa.

—¿Y de qué manera?

—Es muy sencillo: la pobre bebió una copa de vino ofrecida por esa doña Beatriz, no á ella sino á un criado que le estorbaba, y *cataplum*, apénas el vino cayó en su estómago, se vió acometida de un fuerte dolor de estómago y de grandes fatigas, que á la hora habian concluido con su vida.

—¡Jesús! ¡Qué horror! exclamó Alberto.

—Pues bien; este es uno de los delitos de que está acusada.

—¡Luego hay más!

—Pues ya lo creo.

—Veamos.

Alberto tenia que hacer grandes y extraordinarios esfuerzos, para que aquel hombre no comprendiese lo mucho que le interesaba el saber aquella historia, pues que naturalmente le causaba una grande sorpresa cuanto iba escuchando.

—Pues como por una cosa se viene en conocimiento de otra, es el caso que la justicia averiguó que esa doña Beatriz habia tenido secuestrada en su casa y

encerrada en un sótano, no sé por cuanto tiempo, á una jóven de la que tenia celos, porque dicen que habia sido querida de su marido.

—¡Mentira! exclamó Alberto, sin poderse contener y dando un fuerte golpe sobre la mesa. Esa jóven es pura como los ángeles del cielo.

Quedó atónito el tio Anselmo, y fijando la vista en el rostro de Alberto, vió que estaba pálido y desencajado.

Entónces exclamó:

—Bien decia yo, que no debia haber hablado de este asunto. Cuando lo tomais con tanto calor, es que sois interesado en este negocio.

Trató de reponerse Alberto, y dijo:

—No soy interesado; pero conozco á esa jóven de la que habeis hablado.

—¿Y cómo sabeis que es esa la que estuvo secuestrada por doña Beatriz?

—Es muy sencillo: yo no conozco á esa señora, ni sabia nada de lo que me habeis referido; pero sí sabia que la jóven habia sido secuestrada, aunque no me habian dicho por quien; y como me consta que es un dechado de virtudes, de ahí el que me haya sabido mal el que se suponga que habia sido manceba del esposo de doña Beatriz.

—¡Ah! Ya eso es otra cosa: pero yo solo sé lo que he oido, y eso es únicamente lo que refiero, que por lo demás, yo nada invento, ni soy capaz de

calumniar á nadie. ¡Dios me libre de semejante cosa!

—¡Pero esa señora es una furia del infierno! dijo Alberto.

—No sé lo que es, pero por lo que se vé es capaz de todo lo malo que puede buscarse en el mundo.

Alberto inclinó la cabeza y se entregó á profundas y tristes meditaciones.

—Parece, dijo el tio Anselmo, que os ha impresionado lo que os he dicho.

—En verdad que sí. ¿Y decís que se ha fugado?

—Y que en esto ha obrado cuerdamente, porque yo creo que si cae en poder de la justicia, y quedaba suficientemente probado lo del envenenamiento, y tal vez otras cosas que podrá haber, la escabechaban, porque lo que es el juez que entiende en esa causa, es hombre que por nada ni por nadie tuerce la vara de la justicia.

Alberto sabia ya cuanto deseaba.

No obstante los agravios que tenia con Beatriz, se compadeció de ella.

Y como no tuviese más que saber, se levantó y preguntó lo que debia.

—En cuanto al gasto, dijo el tio Anselmo, si he de complacer á su merced, incluyendo lo que yo he tomado, son catorce reales.

Ni seis valia todo, pero Alberto arrojó sobre la mesa la cantidad pedida por el tio Anselmo, y despidiéndose de él, se embozó, encendió la linterna

que habia apagado al entrar, y abandonó la tienda.

El tio Anselmo cerró en seguida, porque á aquella hora no podia esperar nuevos marchantes, y miéntras se disponia á hacer la cuenta de lo despachado en el dia, se decia:

—¡Es original lo de este hombre! ¿Quién podrá ser? Porque lo cierto es que debe ser interesado en el asunto, cuando no pudo contenerse al oir lo de la chica secuestrada.

De pronto se dió un golpe en la frente, y exclamó:

—¡Si será este caballero el esposo de esa doña Beatriz! Ello es que él manifestaba deseos de informarse de todo lo ocurrido, y que ha salido inmutado completamente de aquí. Tal vez ha llegado á Granada, ha sabido algo, no se ha atrevido á darse á conocer, y ha querido saber todo lo ocurrido, para quitarse de enmedio otra vez y que no le den que hacer con estos asuntos de justicia. Pero, en fin, sea lo que quiera, yo no me he comprometido en nada, porque no he hecho otra cosa que relatar sencillamente lo que de público se dice. Él ha pagado el gasto que ha hecho y el que no ha hecho, y esto es lo que me conviene: lo demás nada me importa. ¡Ojalá viniera cada noche! Pero ¡quiá! ya no le vuelvo á ver el pelo.

Alberto iba como fuera de sí.

Las noticias que habia recibido de labios del tio Anselmo le habian trastornado.

Estaba calenturiento.

Hablaba solo.

Y su razon se trastornaba por momentos.

Paróse en una plaza, y dijo hablando consigo mismo:

—¡Y Juan de Dios tiene tantas esperanzas! ¡Qué puede ya esperarse de esa mujer! Es imposible que venga á verdadero conocimiento, y aunque así fuese, ¿cómo podria borrar tantos crímenes? ¡Envenenamientos!... ¡Secuestros!... ¿Qué es esto, Dios mio? ¡Esa mujer está completamente dejada de la mano de Dios! Para ella no hay remedio, y yo nada tengo que esperar aquí. Me marcharé nuevamente y buscaré un asilo léjos..... muy léjos..... donde nunca vuelva á saber más de ella.

Siguió andando, y de pronto volvió á su soliloquio.

—¡Pobre Victoria! ¡Ángel de Dios en la tierra! ¡Cuánto habrás padecido!.... Esa mujer infame se ha convertido en verdugo tuyo, y en cambio tú no tendrás para ella otra cosa que oraciones. ¿Y quién es el causante de todos tus males, de todas las amarguras que inundan tu alma? Yo sólo; yo, que vilmente rompí los juramentos que á tí me unian: yo, que no sabiendo apreciar el tesoro que Dios me ofrecia en tus virtudes, abandoné tu amor del alma por el amor de la materia; yo, que me dejé seducir y engañar por esa hija de Satanás, que hice mi esposa. ¡Por qué no morí ántes de darle mi mano en el altar! ¡Para qué me conserva Dios esta vida de remordimientos contínuos!....

Y de los ojos de aquel hombre brotaron un raudal de amargas lágrimas.

Pero ¿eran lágrimas de dolor ó de desesperacion? Más bien lo último.

Cuando llegó al Hospital, la fiebre le devoraba.

Abrióle la puerta el religioso que estaba de guardia por si llamaban para algun enfermo.

Alberto se dirigió á su cuarto, y sin desnudarse cayó como desplomado sobre su lecho.

CAPITULO XX.

De la terrible lucha que en su corazon experimentó Alberto.

Al dia siguiente del en que Alberto adquirió las noticias que tanto le sorprendieron, su razon se encontró perturbada.

Como fuese una hora avanzada de la mañana, y no hubiese salido de su cuarto, Juan de Dios, pensando si estaria enfermó, fué á verle.

Le encontró en el lecho pero vestido, como se habia echado la noche anterior.

—¿Qué es eso? le preguntó: ¿Estais enfermo?

Alberto fijó su vista en el rostro del religioso, pero no contestó una sola palabra.

Esto sorprendió al hermano Juan, el cual le pulsó y vió que tenia fiebre.

Inmediatamente hizo acudir á un religioso, y entre

los dos le desnudaron y le metieron en la cama, sin que él al practicarse esta operacion dijese cosa alguna.

Parecia enteramente insensible.

Juan de Dios hizo aplicarle unas mostazas á los piés, y le dejó descansar.

El otro religioso se retiró.

El misericordioso Juan se sentó á la cabecera del enfermo, y pensaba de que podria haberle provenido la fiebre.

—Anoche salió, se decia, y se recogió muy tarde. ¿Le habrá ocurrido algo? ¿Habrá sabido lo que ocurre á Beatriz? ¡Oh! ¡No permitid, Dios de bondad, que se malogre la obra que en gloria vuestra y en beneficio de estos mis hermanos he emprendido!

El delirio se apoderó de Alberto.

Entre dientes, pronunció estas palabras:

—¡Envenenamiento! ¡Secuestros!.. ¡Maldicion!

—No hay duda, exclamó Juan de Dios: todo lo sabe. ¡Desgraciado!

Alberto volvió á hablar.

—¡Angel de Dios! ¿Por qué te persigue esa mujer infame?.. Pero la Providencia... sí, morirá... Dios es justo... El malvado expia... y yo... yo... la causa de todo.... ¡Dios mio!...

—Dejémosle, dijo Juan de Dios: dejémosle en su delirio. Cuando esté libre de la fiebre procuraré tranquilizarle.

Y salió de aquella habitacion para acudir al desempeño de sus deberes para con los pobres enfermos, cerrando tras sí la puerta.

Una hora más tarde volvió.

Parecia más tranquilo.

Juan de Dios le quitó las mostazas, y le dió á beber una limonada.

—¿Cómo os encontrais? le preguntó.

—Bien: respondió Alberto.

Durante el dia, el religioso no quiso mortificarle haciéndole ninguna pregunta.

Mas como por la noche le encontrase despejado de fiebre, se sentó á su lado y le preguntó:

—¿Cómo vinísteis anoche tan tarde?

—Me entretuve, dijo Alberto.

—Creo que os hubiera sido mejor el no haber salido de casa.

—¿Por qué?

—Sin duda no estaríais ahora enfermo.

Alberto lanzó un suspiro.

—¿Conoceis que es verdad lo que os digo?

—Vos, hermano Juan, siempre teneis razon.

—Por lo ménos creo tenerla en la ocasion presente. ¿Quereis ser franco conmigo?

—Siempre lo he sido.

—Pues bien; ¿donde estuvísteis anoche?

—Dirigí mi paseo hácia la casa que durante mi ausencia ha adquirido Beatriz y en la cual ha vivido.

—¿Ibais con la intencion deliberada de verla, contra lo que yo os habia aconsejado?

—No queria verla.

—Pues entónces.....

—¿Que quereis! Unicamente deseaba ver por el exterior su morada.

—¿Y cómo habeis sabido los sucesos que á esa desgraciada han ocurrido?

—¡Ah! Vos sois profeta, hermano Juan, cuando sabeis que estoy de todo bien informado.

—Pues os equivocais completamente: ni soy profeta ni hijo de profeta. Vos habeis sido el que me lo habeis revelado en el delirio de la fiebre.

—¿Qué he dicho, hermano Juan? ¿Qué he dicho?

—Lo suficiente para que yo comprenda que habeis tenido la poca prudencia de hablar con alguna persona de la que os habréis dado á conocer, y que os habrá puesto al corriente de todo.

—Os equivocais, hermano, os equivocais en parte de lo que habeis dicho: yo no me he dado á conocer de persona alguna.

—Pues no comprendo.....

—Yo os lo explicaré todo si deseais saberlo.

—Lo deseo, nó por curiosidad, que á Dios gracias no la conozco, sino sólo por vuestro bien. Hablad, pues, y referidme todo lo acontecido.

Alberto entónces le refirió con la mejor buena fé, con toda verdad y sin faltar á un solo detalle todo

cuanto en la tienda del tio Anselmo habia pasado.

Después añadió:

—Ya veis que de nadie me he dado á conocer.

Juan de Dios quedó pensativo.

Pasados algunos momentos tomó la palabra, y con la mansedumbre que tenia por costumbre le habló de esta manera:

—Ya os he dicho en alguna ocasion, que estoy persuadido de que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, que todo lo gobierna en peso, número y medida. Así, pues, me persuado que Él dirigió anoche vuestros pasos, para que fueseis informado de lo que yo procuraba tener en absoluto secreto, para evitaros nuevas amarguras. Ahora más que nunca os conviene no perder de vista la historia que os referí del paciente Job. Miéntras son más terribles los males que nos rodean y las aflicciones que vienen sobre nosotros, mayor debe ser nuestra resignacion y más arraigada la confianza que hemos de tener en Dios. Creedlo, Alberto; á medida de vuestros dolores serán los consuelos con que seréis visitado, porque tal es el plan admirable y la sabia economía de la Providencia.

—¿Pero es posible, dijo Alberto, que esa mujer haya podido llegar á los últimos lindes de la perversidad humana?

—A todo podemos llegar las criaturas si desgracia-

damente vivimos apartados de Dios y entregados al desenfreno de las pasiones.

—¿Y por qué tuvo en secuestro á la inocente Victoria? ¿Por qué la hizo padecer tan cruelmente?

—Ya sabeis que la odia de muerte.

—¡Pobre Victoria! Ella la habrá acusado á los tribunales.

—La ofendeis, Alberto; la ofendeis con esa suposicion que os atreveis á hacer. Victoria no la ha acusado, ni de sus labios ha salido la menor queja. Lo que ha hecho es compadecerla, y lo que hace es dirigir al cielo fervorosas súplicas en su favor. Victoria es toda de Dios y nada del mundo; y si os he dicho repetidas veces que espero confiadamente en la conversion de Beatriz, es porque las reiteradas súplicas de esa vírgen han de subir precisamente hasta el trono del Eterno en alas de suavidad.

—Me parece Beatriz demasiado réproba para que pueda venir un dia al conocimiento y práctica de sus deberes.

—Os referí la historia de un hombre justo y paciente; no creo que tenga necesidad de referiros ahora la de la célebre pecadora del Evangelio, que no podeis ignorar.

—No la ignoro, en efecto; pero la Magdalena no fué una mujer proterva como Beatriz: fué únicamente desenvuelta y dada á las galas y á la desenvoltura. La Magdalena no llegó á manejar el puñal ni el veneno.

—Pero vivia como Beatriz, olvidada de Dios y sin tener más regla de conducta que los caprichos del corazon y las veleidades de la fantasía. Como se convirtió la Magdalena se convertirá vuestra esposa, y ambos seréis felices.

Alberto se sonrió.

Notólo Juan de Dios y le dijo:

—¿Acaso os burlais de lo que os digo?

—Nó, en verdad.

—¡Cómo os mueve á risa!

—No me rio de vuestras palabras que son para mí muy respetables.

—Pues entónces.....

—Me he sonreido, porque, francamente, en el estado á que ha llegado mi esposa, creo muy difícil, sino imposible, que abra sus ojos á la luz de la verdad. Seria necesario para ello que se obrase un milagro.

Juan de Dios se levantó del asiento que ocupaba, y exclamó impulsado por la más viva conviccion:

—Pues ese milagro se obrará.

Al pronunciar estas palabras, parecia trasfigurado, pues que su rostro se habia encendido y parecia despedir rayos de luz.

Conmovióse profundamente Alberto, que al observar aquello no pudo ménos de exclamar:

—Sí, se obrará, hermano Juan, se obrará: no me cabe duda. Dios os inspira vuestras palabras y esas

palabras caen como gotas de bálsamo consolador en mi angustiado corazon. Pero ahora no sabeis donde se oculta esa desgraciada y nada podeis hacer en su favor.

—¿Y qué importa? ¿No lo sabe Dios? Pues esto basta. Los caminos de la Providencia son desconocidos á la menguada razon humana. A nosotros nos parece un mal la ocultacion de Beatriz; y, sin embargo, puede ser un bien. Dejemóslo todo en las manos de Dios y nada tenèmos que temer.

—En las manos de Dios lo dejo, dijo Alberto, y en las vuestras que sois su instrumento escogido para mi bien.

Juan de Dios quedó muy consolado de haber escuchado las frases pronunciadas por Alberto, al que al principio creyó en el camino de la desesperacion, y continuó por un buen espacio de tiempo dándole los mejores y más saludables consejos.

Después Alberto quedó solo.

En su corazon se habia levantado una lucha terrible, una tempestad espantosa.

A presencia de Juan de Dios manifestaba una gran confianza y mucha resignacion.

Era el hombre que esperaba.

A solas era otra cosa.

Se convertia en el hombre que se desesperaba de su situacion.

Su mirada era triste y su corazon estaba lleno de sobresalto.

Entre todos los grandes dolores que conturban el corazon humano, dolores de todas las épocas y de todos los siglos, en unos más que en otros, segun el grado que marca el termómetro de la fe cristiana, hay uno que se presenta siempre con faz espantosa; dolor que no tiene voz, ni lágrimas; dolor que no encuentra otro más allá ni que sea más apropósito para destruir la obra del Criador. Es un dolor que no puede ménos de hacer estremecer de espanto, y cuyo nombre es *desesperacion*. ¡Y cuán terrible es este dolor!

Pues bien; Alberto, á pesar de sus grandes protestas en presencia de Juan de Dios, estaba muy próximo á contraer esa enfermedad suprema, tan rara en aquel siglo de fe, como comun hoy á través de nuestra decantada civilizacion y adelantos.

¡Mal funesto! ¡Nosotros lo hemos visto inspirar á un hombre de talento, en dias de tristes recuerdos, para que convirtiéndose en otro Luzbel declarase guerra á Dios! Nosotros le hemos visto hacer esfuerzos extraordinarios, por persuadir á muchos hombres que no tienen dependencia alguna y que todo se lo deben á sí mismos,

Y la desesperacion es hija legítima del orgullo humano, de esa soberbia que convirtió en demonios á los que fueron criados ángeles para que rodeasen el trono de Dios Omnipotente.

Pero nos separamos involuntariamente de nuestro

objeto al hablar de la época actual, y por otra parte el alargar esta digresion nos haria hacer reflexiones que llenarian nuestra alma de amargura.

Debemos fijarnos en la época á que pertenecen los hechos que venimos narrando.

Alberto estaba muy próximo á contraer esa enfermedad, casi desconocida por entónces, que hemos dicho se llama desesperacion.

Si en ella no habia aún caido, fué debido á los consejos y sabia direccion del padre de los pobres y desamparados, Juan de Dios.

Este le sostenia, fortificando su alma con sabias reflexiones que su celo y caridad le sugerian.

Y aquí admirarémos nuevamente la sabia economía de la Providencia, que, como hemos dicho en otro lugar, se vale de las cosas al parecer débiles del mundo para confundir las fuertes. Porque Juan de Dios, ignorante de las ciencias del mundo, era un verdadero maestro de la ciencia de Dios, de esa ciencia que no se aprende en los libros ni en las aulas, sino al pié del Crucifijo, de ese libro abierto, escrito por dentro y fuera, y lleno de las más sublimes enseñanzas.

En él aprendió aquel humilde religioso esos trozos de elocuencia cristiana, no parecidos en nada á la elocuencia profana, con los cuales sabia penetrar hasta el fondo de los corazones.

¡Dichoso varon! Viviendo entregado al amor de

Dios y al de sus semejantes, supo formar tesoros incorruptibles que hoy disfruta y disfrutará siempre en la mansion de los escogidos.

Decíamos que Alberto, al encontrarse solo, variaba de sentimientos.

Y en efecto, repasaba en su imaginacion cuanto le habia ocurrido desde el momento en que abandonó á Victoria por el amor sensual de Beatriz: consideraba todo lo que esta habia hecho y muy especialmente en los sucesos que le habian sido comunicados por el tio Anselmo, y unas veces lloraba y otras quedaba como insensible.

Tres dias después del en que tuvo la última conferencia con Juan de Dios, habia meditado por espacio de más de una hora.

Sus meditaciones produjeron un efecto lamentable.

La desesperacion empezó á apoderarse de él, y por consiguiente su rostro se cubrió con un tinte de tristeza.

Empezó á pasearse por su cuarto.

Y se hizo estas preguntas:

—¿Debo esperar, como quiere Juan de Dios?

—¿Hay probabilidades de un feliz resultado?

—Dado los crímenes á que se ha entregado Beatriz, ¿debe suponerse que llegará un dia en que dé lugar al arrepentimiento y vuelva á ser una digna esposa?

Meditó unos breves momentos sobre estos puntos y después dijo resueltamente.

—No es posible.

Y añadió:

—¿En este caso, que deberé hacer? Partir de Granada y buscar un refugio en cualquier parte.

Pero todavía existia lucha en su corazon, toda vez que después dijo:

—¿Mas no será esto una ingratitud para con este santo religioso que ha sido para mí un verdadero padre? ¿No llorará lleno de afliccion por haberle pagado de tal modo sus beneficios?

Y en estas nuevas meditaciones ocupó un buen espacio de tiempo.

La cabeza y el corazon no caminaban de acuerdo.

Decíale la primera que debia partir.

El segundo le instaba á permanecer.

Pero no lo hemos dicho bien.

La lucha era entre la paciencia y la desesperacion.

El ángel bueno y el malo estaban colocados frente á frente.

¿Quién triunfó en esta lucha?

Ya tendrémos ocasion de verlo, pues nos esperan asuntos que dejamos interrumpidos.

CAPITULO XXI.

Efectos de un encuentro providencial.

Vamos á ocuparnos nuevamente de Beatriz, la infeliz y criminal esposa de Alberto.

Dijimos que no pudo conciliar el sueño hasta el amanecer.

Motivos suficientes tenia para que huyese de sus ojos.

Pero en verdad no era porque experimentase remordimientos.

Si los hubiera sentido, habria sido una prueba de que la virtud habia conseguido un triunfo en aquella alma corrompida.

Habia llegado á los últimos lindes de la abyeccion y de la maldad. Habia sacrificado víctimas inocentes, y para ella el crímen no presentaba ya el feroz aspec-

to que naturalmente tiene para todo aquel que no ha hecho renuncia de su razon.

¡Desgraciada mujer! Si sus mismas desventuras no la movian á un pronto arrepentimiento, estaba completamente perdida.

El ejemplo de la virtud hace mucho en las almas; pero, por desdicha suya, Beatriz no respiraba esa atmósfera de buenos ejemplos. ¿De quién los habia de tomar? Su amiga doña Vicenta no habia llegado al grado de corrupcion que ella, pero estaba muy léjos de ser ejemplar, ni aún de practicar la menor, la más sencilla de las virtudes.

El dia anterior se le habia presentado un protector, ¡pero qué protector! Un hombre que venia á ser para ella mensajero de nuevas desdichas: la ofrece librarla del castigo que merecia por los delitos de que se hallaba acusada, y empieza por cubrirla de nueva ignominia, aprovechándose vilmente de la privacion del uso de sus sentidos.

¿Era que el ángel malo velaba al lado de aquella mujer?

Cuando Beatriz despertó volvió á sus reflexiones.

No pasó por su imaginacion que habia sido muy cruel para con Victoria, ni que esta era inocente.

Tampoco pensó en que su conducta era la causa del estado á que se hallaba reducida.

La idea de la pobre María sacrificada, tampoco se presentó á su mente.

Pero sí recordó lo que le habia ocurrido el dia anterior: pensó en don Diego; y aquella mujer, que semejante al ángel exterminador aborrecia á la humanidad, sin un fundado motivo para ello, acabó de odiarla con todo su corazon.

En vez de remordimiento sólo tuvo ódio en su corazon.

Dicho se está que se hallaba muy léjos del camino de la salvacion.

—Aceptaré, dijo, la proteccion de don Diego, porque no puedo pasar por otro punto: embargados mis bienes, perseguida por la justicia, necesito de un brazo fuerte que me sostenga á través de tantas y tan terribles tribulaciones. Luego yo me vengaré de ese hombre que me ha humillado y envilecido. Estoy en la carrera del mal y he de seguir por ella, hasta tanto que la haya recorrido en toda su extension. La fatalidad así lo ha dispuesto. ¿Pero, qué será de Alberto? ¡Otro infame! ¡Tal vez en los brazos de otra mujer y arrullado por sus caricias, me ha dado para siempre al olvido. ¿Y quién es la persona culpable? ¡Esa hipócrita, esa gazmoña, esa fementida Victoria!.... ¡Oh! ¿Por qué no acabé con ella cuándo la tuve bajo mi mano? Si la hubiese quitado la vida, y enseguida me hubiese deshecho del infame criado que fué mi cómplice y que luego me ha vendido, yo viviria tranquila, y con la seguridad de que Alberto no la veria más. Pero hice las cosas á medias y ahora toco el

resultado. Si nueva ocasion se me presentase, ya obraria de un modo diverso.

De todo esto puede inferirse, cuán léjos estaba Beatriz del arrepentimiento.

Oraban por ella dos almas santas.

Juan de Dios y Victoria no hacian más que importunar al cielo con sus ruegos.

Pero el cielo parecia sordo á sus clamores.

Al ménos por entónces, el alma de Beatriz continuaba completamente enferma.

Era muy adelantada la mañana cuando doña Vicenta entró en su habitacion.

Hablaron un rato y aquella salió después para darla lugar á que se vistiese.

Aún no habian almorzado cuando se presentó don Diego.

—¿Cómo es esto? le preguntó doña Vicenta: es extraño el veros entrar por esa puerta á estas horas. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada que de referir sea, dijo don Diego; pero estaba necesariamente con cuidado por esta señora, y he querido venir por mí mismo á informarme de como ha pasado la noche, y si está más tranquila.

La noche la he pasado bien, dijo Beatriz; y en cuanto á tranquilidad, la tengo desde el momento en que vos me habeis ofrecido vuestra proteccion, con la cual cuento para salir en bien de este laberinto en que me veo metida.

—Pues repito que podeis contar con ella en absoluto. Yo soy hombre que acostumbro á cumplir las palabras que salen de mis labios. Pruebas os daré á no tardar.

—Lo creo, señor mio, lo creo.

—Y ahora puedo deciros que al anochecer me tendreis aquí nuevamente y desarrollaré el plan que me propongo seguir en estos asuntos. Mañana estaréis completamente en salvo, y por lo pronto podeis estar tranquila, pues que nada que os perjudique puede resultaros. Creo que habeis tenido suerte en que nos hayamos conocido.

—Así lo creo.

—Pues bien; yo debo retirarme en seguida, pues me llaman mis obligaciones; y como os he dicho, nos verémos esta misma noche.

—Id con Dios, dijeron las dos señoras.

Don Diego abandonó aquella casa despidiéndose de ellas con marcadas muestras de afecto.

—No sé qué pensar de este hombre, dijo Beatriz á doña Vicenta, cuando hubieron quedado solas.

Titubeó en si la daria cuenta de lo ocurrido durante el registro de la noche anterior, pero al fin se decidió por la negativa.

—Mejor es, dijo para sí, que yo obre segun mi voluntad, y sin necesidad de aconsejarme. En adelante mis secretos serán exclusivamente mios. ¡Bastante experiencia tengo con lo ocurrido con aquel infame

criado, que me ha vendido y me ha puesto en la necesidad de abandonar mi casa!

—¿Por qué habeis dicho, la preguntó doña Vicenta, que no sabeis que pensar de don Diego?

—Es que me llama sobre manera la atencion el que voluntariamente se haya propuesto protejerme, sin haberme conocido ántes, ni tener conmigo ninguna clase de relaciónes.

—Yo os diré: don Diego es un hombre muy avaro, y todo lo sacrifica al dinero; pero, sin embargo, tiene un corazon muy magnánimo, y goza en hacer bien la mayor parte de las veces, si de practicarlo no padecen menoscabo sus intereses, y en ocasiones, aunque muy contadas, aunque le cueste hacer un sacrificio pecuniario. Al presente ¡cómo no sea que se haya enamorado de vuestra belleza!

—Eso no es posible.

—¿Por qué?

—¿No veis que puede ser mi padre?

—No tanto, Beatriz, no tanto. Don Diego no es en verdad un niño, pero no es tampoco un viejo.

—Pues francamente os digo, que me es altamente repugnante. Si fuese soltera, no me casaria con él aunque me trajese una corona.

—Es que yo no he hecho más que una suposicion.

—Lo comprendo.

—Y lo que necesitamos es que él cumpla su palabra, que os saque en bien del laberinto en que estais

metida, que lo demás poco importa. ¿Quereis que os dé un consejo?

—Veamos.

—Si tiene el atrevimiento de requeriros de amores, alimentad sus esperanzas, sin otorgarle el menor favor.

—¿Qué intentais?

—No he concluido.

—Pues acabad.

—Conservando las esperanzas de que corresponderéis á su amor, él tomará un grande empeño en que salgais bien librada de vuestra causa. Él es magistrado, y necesariamente ha de tener gran influencia con los de su oficio.

—Eso es verdad.

—Y luego que esteis absuelta, cuando os encontreis libre de toda responsabilidad en vuestra casa, le despachais muy bonitamente después de darle las gracias por lo que ha hecho en vuestro favor.

—Decís muy bien. ¡Es una venganza magnífica!

—¡Venganza! ¿De qué? preguntó con extrañeza doña Vicenta.

Beatriz, que sintió haber soltado aquella palabra, respondió en seguida:

—Digo que para mí será una venganza de los que se glorian por mi desgracia actual, y muy especialmente del infame Ramiro, que es á quien debo mis actuales desdichas.

Doña Vicenta pensó en las frases pronunciadas por su amiga, y casi vió claro en el asunto. Beatriz queria vengarse é indudablemente era de don Diego. Pero ¿por qué? ¿Qué ofensa podia haber recibido de él cuando le habia conocido la noche anterior? Pasando la vista por todo lo que habia acaecido, incluso el haber estado ambos escondidos en un mismo lugar, no era difícil el comprender.

Sin embargo, doña Vicenta no se atrevió á dirigir la menor pregunta sobre esto á su amiga, porque no lo creyó prudente, y se propuso dejar venir los acontecimientos.

¿Qué pensaba Beatriz? ¿Meditaba algun nuevo crímen para aumentar la lista de los ya cometidos?

Aún no habia tomado una decision.

—Por ahora, se dijo, utilizaré á este hombre. Más tarde..... más tarde procuraré inutilizarle para que no vuelva á cometer otra infamia, como la de que yo he sido víctima.

Cumpliendo don Diego la palabra que habia dado por la mañana, salió una hora despues de anochecido de su casa, para dirigirse á la de doña Vicenta.

Al doblar una esquina se dió de manos á boca con un hombre que vestia un hábito negro y llevaba sobre sus hombros unas alforjas.

—Hermano, le dijo el del hábito negro á don Diego, haced bien por vos mismo.

Paróse el magistrado, y fijando la atencion en

aquel hombre, reconoció al hermano Juan de Dios, al que no habia quien dejase de conocer en Granada.

—No me parece, hermano Juan, dijo don Diego, que es esta la mejor hora de andar pidiendo para los enfermos.

—Dispensadme, caballero, pero yo creo que todas las horas son buenas para emplearlas en gloria de Dios y en utilidad de nuestros prójimos. Así tambien creo que todas son malas, muy malas, para meditar un crímen y los medios de realizarlo.

Estas palabras helaron la sangre á don Diego, que no supo que contestar.

—¡Desgraciado, añadió Juan de Dios, del que despues de haber cometido una villanía, en vez de llorarla y pedir á Dios misericordia, piensa en cometer otra mayor!

El temor sobrecogió á don Diego.

Juan de Dios habia leido en su corazon.

Y tal fué la sorpresa del caballero, que estuvo á punto de exclamar como la Samaritana del Evangelio, cuando el Señor la dijo que el hombre con el cual vivia no era su marido:

—Señor, veo que eres profeta.—

Pero ni se atrevió á articular palabra.

El santo religioso que seguramente era guiado por la Providencia, comprendió que en aquellos momen-

tos se hallaba el caballero en buenas disposiciones, y añadió á lo dicho:

—En el trono de la justicia de la tierra habeis sido colocado: así, pues, comprender podeis la cuenta que os será exigida por la justicia del cielo, si os convertís en protector de malvados, impulsado por groseras pasiones, dejando de ser el intérprete y aplicador de la ley.

Juan de Dios no era en aquellos instantes otra cosa que un instrumento de la Providencia. Dios movia sus labios para que profiriesen palabras de salvacion y de vida eterna.

Atónito y confuso el caballero, cayó á los piés del humilde religioso, exclamando como Saulo en el camino de Damasco:

—Señor, ¿qué quereis que haga?

—¡Oh! Yo nada quiero más que vuestra salvacion, le respondió, al tiempo mismo que le levantaba y le estrechaba entre sus brazos. Separaos del camino que llevais y recordad que no podeis practicar la injusticia sin grave responsabilidad. Buscad á Dios, que el que le busca le encuentra, y Él os inspirará lo que debeis hacer. Ahora, volveos á vuestra casa, y encerrado con vuestra propia conciencia meditad en lo que debeis hacer. Talento teneis y discrecion. Haced uso recto de estos dones gratuitos que os han sido concedidos, y adios.

—Esperad, esperad por Dios, hermano Juan.

—¿Qué me quereis?

—Deseo veros mañana.

—Buscadme en la casa de los pobres enfermos, en el santo Hospital. No os estará de más visitar de paso á aquellos desgraciados: su vista es siempre una leccion que humilla la soberbia humana.

—Iré.

—Pues os espero.

Anduvo el religioso cuatro pasos y, volviendo atrás, se llegó de nuevo al caballero que habia quedado inmóvil como una estátua de piedra.

—No olvideis, le dijo, que la limosna purifica de todos los pecados. Allí en el hospital encontraréis necesidades en abundancia que socorrer.

—No lo olvidaré, dijo el caballero.

El religioso desapareció por tortuosas calles.

Llegó á su hospital y su primera diligencia fué dirigirse á la Capilla y ofrecer al Señor un homenaje de gratitud, porque le habia escogido en su pequeñez por instrumento para la conversion de un hombre que vivia entregado á sí mismo.

Después fué á visitar á Alberto.

¿Y don Diego?

Permaneció como un cuarto de hora fijo en el mismo sitio en el que habia estado hablando con el religioso.

Luego, y como saliendo de un profundo letargo, miró á todas partes, se encontró solo, y, dirigien-

do los pasos á su casa, iba hablando de este modo:

—Ni habia creido hasta ahora en santos ni en milagros; pero de la existencia de ambas cosas acabo de convencerme en esta noche. Juan de Dios es verdaderamente un bienaventurado, un santo, y ha penetrado hasta lo profundo de mi corazon y de mis pensamientos, lo que no deja de ser un milagro. Dios me lo ha puesto delante y me cumple el obedecerle en todo. No seré el protector de una mujer malvada; seré sí en adelante el verdadero sacerdote de la ley, administrando cual es mi deber la justicia.

Cerca ya de su casa se paró y díjose;

—Esas señoras me están esperando. Yo he dado mi palabra de honor..... pero no..... no faltaré á hacer cuanto me ha dicho este santo religioso.

Y siguió adelante.

Entró en su casa y se encerró en su habitacion con su propia conciencia, como le habia dicho Juan de Dios, y reflexionó que su alma se hallaba ennegrecida por su pasada conducta, y se estremeció de espanto al considerar en la calma de la soledad la infamia que habia cometido con Beatriz, aprovechándose de su desmayo.

Y aquel hombre ántes de corazon endurecido, se estremeció y lloró.

Al dia siguiente acudió á la cita.

Serian como las diez de la mañana cuando se presentó en el santo Hospital.

Justamente á aquella hora el religioso habia salido á recoger la limosna.

Por la mañana hacia la primera cuestacion para sus pobres enfermos.

Como don Diego preguntase por el hermano Juan de Dios, y le respondiesen que no se hallaba en la casa, se propuso esperarle.

Entretúvose en pasar la vista por varios cuadros que habia en los claustros.

Casualmente Alberto se paseaba por el mismo sitio, por cierto muy triste y cabizbajo.

No podia apartar ni un momento su imaginacion de lo que habia sabido por el tio Anselmo, y de la conferencia que sobre el mismo asunto habia tenido con Juan de Dios.

En su corazon seguia la lucha; pero una lucha tenaz, porfiada. Por una parte no queria ser ingrato con el santo religioso, al que tantos beneficios debia; y por otra deseaba marcharse de Granada, á un país cualquiera, donde no fuese conocido por nadie, creyendo que este era el único medio que le restaba para vivir con entera tranquilidad, y libre de aflicciones.

Fijó su vista en don Diego, que poseido de una viva emocion y no ménos triste que él, contemplaba como extático un cuadro de San Jerónimo, en el acto en que el santo, desnudo de medio cuerpo arriba, está haciendo rigorosa penitencia.

—Este caballero, dijo para sí Alberto, debe ser otro desgraciado como yo.

Y se quedó parado contemplándole.

Entre los que padecen hay siempre ciertas simpatías.

Alberto se acercó á su desconocido, al cual preguntó:

—¿Esperais, por ventura, al hermano Juan de Dios?

—Le espero, en efecto, dijo el caballero, y por cierto que estoy impaciente por verle.

—Pues teneis para rato, porque ha salido á recoger la limosna para los pobres enfermos, y seguramente tardará más de dos horas.

—¡Dichoso él, exclamó el caballero, que tales tesoros de virtud atesora en su pecho! Su vida es una vida de misericordia.

—Es un santo, caballero, dijo Alberto, y creo que nuestros descendientes le venerarán en los altares.

—Tambien lo creo; yo me habia reido al oir asegurar que hacia milagros; pero ahora puedo jurar bajo mi fe de caballero que está adornado con el espíritu de profecía.

—Señal que ha penetrado en vuestro corazon.

Por toda respuesta el caballero exhaló un hondo suspiro.

Despertóse la curiosidad de Alberto y le suplicó

que pasase á su cuarto, donde con mayor comodidad podria esperar al religioso.

Don Diego aceptó de buena voluntad.

Veamos la conversacion que ambos sostuvieron en el cuarto de Alberto.

CAPITULO XXII.

En el que se dá cuenta de la importante conversacion que sostuvieron don Diego y Alberto.

Hemos dicho que la curiosidad de Alberto se habia despertado, al asegurar don Diego que Juan de Dios se hallaba adornado con el don de profecía.

—Éste, dijo para sí, debe ser otro desgraciado como yo, que habrá sido probado por las tribulaciones, y tal vez el hermano Juan haya evitado el que cometa un desacierto. Verémos si me refiere su historia. Tal vez lleguemos á ser amigos, porque los desgraciados simpatizan por razon de la semejanza.

No parecia don Diego muy dispuesto á entrar en el terreno de las confianzas, pues respondia con mucha brevedad á las preguntas que Alberto le dirigia.

Éste que no cedia en su empeño de penetrar los secretos del caballero, tomó el camino que le pareció

más apropósito para llegar al fin que se propusiera.

Fué sólo el de hablar de Juan de Dios y de él mismo.

Sacó en efecto conversacion acerca de las cualidades que resplandecian en el hermano hospitalario, y el bien que dispensaba con su espíritu de caridad á la humanidad doliente.

Don Diego la escuchaba con mucha atencion, y dijo:

—Creo que no solamente á los enfermos del cuerpo sino á los de espíritu alcanza su misericordia.

—Y decís bien, caballero, pues á no haber sido por él á estas horas yo no existiria, y no solamente hubiese perdido la vida del cuerpo, sino tambien la del alma. ¡Considerad si le estaré agradecido!

El medio adoptado por Alberto produjo el efecto que él se propusiera.

Don Diego al escuchar las frases que aquel pronunciára, exclamó:

—Yo tambien tengo hácia ese santo religioso motivos de gratitud.

—¿Le tratais de mucho tiempo?

—Ayer le hablé por primera vez.

—¿Y tan pronto?....

—¡Qué quereis! A veces basta un momento para que un sér dispense su beneficio á otra existencia, y esto ha pasado á Juan de Dios con respecto á mí! Va un ciego por una senda en la cual hay un preci-

picio. El infeliz para el que siempre es noche, y noche oscura, tiene ya un pié levantado sobre aquel abismo, cuando una mano generosa le detiene y le guia hácia camino seguro. Esto se hace en un segundo; y en tan brevísimo tiempo se ha librado á un hombre de perder la vida de un modo desastrozo. ¿No es así?

—Justamente.

—Pues en mí podeis mirar ese ciego.

—¡En vos!

—Sí; y en el hermano Juan el pasajero caritativo que le detuvo al borde del pricipicio.

—Pues os felicito, caballero; os felicito con toda la efusion de mi alma. Juan de Dios es el ángel bueno que cierne sus alas sobre todos los desgraciados. Yo me encuentro en igual caso que vos. Las desgracias, las más terribles calamidades pesan sobre mí y mi familia. Yo hubiese llegado ya á punto de desesperacion, si el buen religioso no me hubiese contenido con sus santas exhortaciones, y las esperanzas que me hace concebir.

—¡Oh! ¡Cuán desgraciada seria la sociedad sino existiesen esas almas grandes y generosas, esos hombres llenos del espíritu de Dios! ¿Sois soltero?

—Por mi desgracia soy casado.

—Mal os habrá ido en vuestro matrimonio cuando de tal suerte hablais.

—Muy mal, caballero: y las desgracias que en mi matrimonio he experimentado son una justa expiacion.

Don Diego le miró fijamente.

—Sí, continuó Alberto: ¡Una justa expiacion! Yo amaba á un ángel, si ángeles existen sobre la tierra. Era una niña tan pura de alma como de cuerpo. ¡La amaba con delirio! Ella era toda mi existencia, y aquella niña destinada á labrar mi felicidad, me amaba con toda su alma. Yo la habia hecho mil juramentos de amor, y ella que no conocia la mentira, porque los ángeles no mienten, creyó mis palabras y juramentos y esperaba tan sólo el momento de unir su suerte con la mia. Mis palabras eran sinceras; pero pronto me dejé guiar por las veleidades de mi corazon y los caprichos de mi fantasía. Aquel amor tan puro me cansó pronto y busqué el amor carnal, las amargas delicias de la sensualidad.....

Al llegar á este punto, Alberto no pudo contener sus lágrimas.

—No así os aflijais, caballero, dijo don Diego, y ya que sufrís vuestras desgracias como una justa expiacion, segun habeis dicho, tened valor para no abatiros.

—¡Valor! ¿Creeis que no tengo? Pero sin embargo, no puedo ménos de enternecerme al recuerdo de una infidelidad que ha traido para mí amarguísimas consecuencias.

—Continuad, si os place, pues me ha interesado mucho vuestra historia. Yo os corresponderé con igual confianza.

—Yo creí poder dividir el corazon y dar lugar en él á un mismo tiempo al puro amor de Victoria, que tal es el nombre de aquella niña, y al amor de los sentidos, al amor carnal de la mujer que me habia enloquecido. ¡Cuán insensato fuí! No tuve presente que el Evangelio nos advierte que el corazon no puede dividirse, que no es posible servir al mismo tiempo á dos señores. Y sucedió lo que no podia ménos de suceder. Fuí desleal á mi primer amor, abandoné al ángel de pureza que tan tiernamente me amaba, y me casé con la otra. Cambié una alma pura por otra alma corrompida: dejé á la que me ofrecia un paraiso de delicias, por otra que me trajo un infierno de penas y de sinsabores, haciéndome hasta instrumento de criminales acciones. ¡Y Victoria tuvo el heroismo de ir á la iglesia y presenciar el acto de la celebracion de mi matrimonio con Beatriz! Verdad es que pagó el tributo á la debilidad de su naturaleza y cayó desmayada. ¡Desde entónces vive para Dios! En su corazon no ha vuelto á reinar otro amor que el amor divino!....

—¿Habeis dicho que vuestra esposa se llama Beatriz?

—En efecto.

—¿Y vive en Granada?

—No sé donde se halla en estos momentos: acusada ante los tribunales de justicia por delitos cometidos, creo que ha huido de la ciudad.

Don Diego elevó los ojos y los brazos al cielo y visiblemente conmovido, exclamó:

—¡Bendita sea la Providencia divina! ¡Ahora comprendo que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios!

Sorprendióse Alberto al escuchar aquella exclamacion, y dijo:

—¿Conoceis por ventura á esa mujer?

—La conozco.

—¿Hace mucho tiempo?

—Dos dias.

—Explicadme eso, caballero, porque me llenais de confusion.

—¡Oh! Acabad vuestra historia: yo os he ofrecido corresponderos con la misma confianza que usais conmigo, y no faltaré á mi palabra. Yo os daré cuantas explicaciones sean necesarias atento á un asunto que es para vos de tan vital interés. Continuad, continuad.

—Pues bien: aquella mujer se propuso lanzarme en el camino del crímen. Habiendo llegado á tener conocimiento de mis antiguos amores con Victoria, concibió contra ella un odio tan extraordinario como injustificado, bien que esa pasion satánica del odio nunca puede encontrar justificacion. A tal estado llegaron las cosas, que yo no encontré otro remedio que huir léjos de ella. En compañía de un amigo y aprovechando la favorable ocasion que se me presentaba

de enviar el emperador Cárlos V la expedicion sobre Argel, me alisté en ella secretamente y desaparecí. La muerte me parecia preferible á estar en compañía de mi esposa.

Don Diego estaba admirado de lo que escuchaba de lábios de aquel hombre.

Alberto volvió á interrumpir el hilo de su historia, á causa de la emocion que sufria en aquellos instantes.

Las lágrimas se agolpaban tambien á los ojos de don Diego, que escuchaba con el mayor interés, como puede comprenderse.

Pasados unos momentos, dijo á Alberto:

—Vamos; recobrad ánimo y continuad. Ya os he dicho que tal vez la Providencia nos ha colocado frente á frente.

Alberto tomó nuevamente la palabra y le refirió con todos sus detalles cuanto hasta aquel momento le habia ocurrido, y que suprimimos porque el lector tiene ya conocimiento exacto de todo.

Luego que hubo terminado, dijo don Diego:

—Pues verdaderamente Juan de Dios ha sido para vos como para mí un instrumento de la Providencia divina. ¿Y confia el santo religioso en que vuestra esposa se ha de regenerar, entrando en la senda de las virtudes?

—Tiene una absoluta confianza.

—Pues en este caso podeis tenerlo por cierto, por que Juan de Dios es un santo.

—Así lo creo; pero os aseguro qué estoy en lucha contínua conmigo mismo, sobre si espero segun quiere el hermano Juan, ó huyo nuevamente de Granada, á un lugar donde no vuelva á saber más de mi esposa.

—Esto último seria obrar neciamente y perdonadme que asi os hable. ¿No teneis ya pruebas suficientes para conocer que el hermano Juan es el ángel bueno destinado por Dios para vuestro bien? ¿No son sus consejos hijos de su experiencia, y más que de su experiencia del espíritu de Dios que le anima?

—Es verdad.

—Pues entónces.....

—Creed que mi cabeza es un volcan.

—Sosegaos y reflexionad.

—Teneis razon en cuanto habeis dicho, pero hay otra causa que me decidia á huir.

—¿Cuál es?

—¡Oh! ¡Es muy poderosa!

—Veamos.

—¿Creeis que aunque mi esposa se arrepienta y entre por la senda del bien con toda sinceridad, podré yo amarla? ¿Me creeis con valor suficiente para poder vivir en compañía de una mujer que ha acibarado los mejores y más bellos dias de mi existencia? ¿No tendria siempre un amargo recuerdo de sus pasados crímenes?

—¡Oh! Yo creo que estais en un error y que puri-

ficada ella por la gracia, convertirá en un paraiso vuestra sociedad conyugal. Os habeis unido á ella voluntariamente; y si cesan las causas que han motivado vuestra separacion, debeis nuevamente sujetaros á un vínculo que sólo la muerte puede disolver. Guiaos por los consejos del hermano Juan y no andaréis á ciegas. Yo por mí os diré que hasta hace muy breve tiempo... aún no han cumplido veinte y cuatro horas, no he reconocido más ley que mi capricho, ni he tenido otra regla de conducta que las veleidades de mi corazon. Yo disfruto una posicion brillante en la sociedad; soy magistrado, y ya que hemos de hablar con entera franqueza, porque estoy en la persuasion de que hemos de ser como dos hermanos, os diré que siendo mi deber administrar la justicia, he dejado mil veces torcèr mi vara, porque los intereses materiales que siempre han formado mi bello ideal llegaron á cegar en mi corazon todos los buenos sentimientos. Con dos palabras, Juan de Dios penetró anoche hasta el fondo de mi alma y me ha trocado en otro hombre. ¿Sabeis por qué me encuentro en este lugar? Porque vengo á ponerme bajo su direccion... y, creedlo; si Juan de Dios me dice:—Rompe la toga en mil pedazos, lo haré sin vacilar. Sí, amigo mio, mi resolucion de obedecerle en todo es inquebrantable.

—Pues en este momento concluye la lucha de mi corazon, dijo Alberto: juro no separarme tampoco de

su obediencia. ¿Quiere que espere la conversion de mi esposa? Pues bien, esperaré.

Hubo un momento de silencio, después del cual dijo Alberto:

—Creo haberos complacido refiriéndoos mi lastimosa historia. Ahora estais en el deber de referir la vuestra. Me habeis dicho que conoceis á mi esposa, y ya comprenderéis que esto ha despertado vivamente mi curiosidad.

—Así lo comprendo y voy á satisfaceros.

Don Diego, en cumplimiento de su palabra, narró al que ya miraba como su amigo íntimo algunos hechos de su vida que no son del caso referir aquí, porque nada tienen que ver con nuestra historia, y acabó por referir el encuentro casual que con Beatriz habia tenido en casa de doña Vicenta y todo lo ocurrido, á excepcion de la vileza que habia cometido contra el pudor, resguardado por el estado de insensibilidad á que habia quedado reducida Beatriz durante el registro de la casa, porque comprendió que no debia llegar su franqueza hasta ese punto, que hubiese causado una nueva herida en el corazon de Alberto, por lo que aquel hecho lastimaba su honra.

—Luego Beatriz, dijo Alberto, se halla al presente escondida en casa de esa doña Vicenta.

—Justamente.

—Y esperará á que vayais á dispensarla la proteccion que la habeis ofrecido ¿No es esto?

—Así es; pero en este punto no haré más que lo que me ordene el hermano Juan.

—¿Y cual era vuestra intencion?

—Debo confesaros que no tenia nada de laudable. Me interesaron las desgracias que me refirió, y sin pensar dedicarme á examinar si era ó no criminal, hice intencion de favorecerla, porque me habia prendado de ella, y pasaba por mi mente la idea diábólica de exigirle el pago, con favores, del bien que la dispensaba.

Después, y para terminar, refirió su encuentro de la noche anterior con el hermano Juan, y lo que habian hablado.

—¿No tengo motivos suficientes, añadió, para creer con evidencia que este humilde religioso está adornado con el don de profecía? ¿De qué otro modo pudiera haber penetrado hasta el fondo de mi corazon? ¿Quién podia haberle informado de mis secretos? Ved aquí porque vengo á ponerme bajo su direccion. Yo he pasado mi vida estudiando; pero hoy comprendo que toda la sabiduría del mundo es humo; que más sabe uno de estos hombres iliteratos que estudian al pié del Crucifijo, que los que hemos pasado los años limpiando con nuestros vestidos el polvo de los bancos de las escuelas del mundo. Mas les enseña el Señor en un breve rato de oracion, que á nosotros en mil noches de insomnio las obras de los más grandes filósofos del mundo. Y sin embargo, el

mundo ni aún fija su mirada en estos hombres tan útiles á la sociedad; y si algo reciben son desprecios de los mismos á quienes mas beneficios han dispensado.

—Así lo hizo la sociedad humana con el Salvador del mundo, exclamó el hermano hospitalario que en aquel momento penetraba en la habitacion de Alberto.

—¡Hermano Juan! dijeron á la vez los dos al tiempo mismo que se ponian de pié.

CAPITULO XXIII.

De la heróica resolucion que tomó don Diego.

La repentina aparicion del hermano Juan de Dios en la celda de Alberto, produjo una agradable sorpresa en los que sostenian el edificante diálogo que hemos trascrito.

—Mucho me alegra, dijo el religioso, veros reunidos en dulce conversacion. ¿De qué se trataba?

—De vos, hermano Juan, tratábamos, dijo Alberto.

—Y creo que haciendo elogios que estoy muy léjos de merecer. Sea Dios sólo el objeto de vuestras alabanzas; y no olvideis que si algo bueno se encuentra en el hombre, es de Dios. Además, no estamos autorizados para juzgar á nadie. Nos sucede á veces que vemos una persona que viste con elegancia, que nos parece disipada; y, sin embargo, esa persona de la que juzgamos ligeramente puede ser mucho mejor

que nosotros, y tal vez sus glorias sirvan para cubrir los cilicios que le mortifican. Otras veces creemos ver un santo en otra persona, y quizás sus virtudes sean aparentes. Por eso lo mejor es no juzgar para no ser juzgados. Hablais de mí, como pudierais hablar de un bienaventurado; y ¡si pudieseis comprender cuantos defectos hay en este pobre religioso! ¡Si supierais cuánto he ofendido á Dios!

Y como si en efecto fuera un gran pecador, que en aquellos momentos reconociese sus faltas, lloró por sus fragilidades.

¡Tan extraordinaria era la humildad de aquel siervo de Dios, destinado á ser un dia elevado al honor de los altares!

Así don Diego como Alberto, no pudieron ménos de conmoverse al presenciar aquel acto de humildad profundísima, y mucho más el primero, que hasta entónces habia vivido sin freno de ninguna clase, que se habia burlado de todas las virtudes, y que habia erigido en su corazon altares á los vicios.

Aquel era para él un espectáculo nuevo. Hombre de instruccion, aunque extraviado, pudo conocer en pocas horas, casi en un momento, lo que otro hubiese necesitado mucho tiempo para penetrarlo.

Cuando Juan de Dios se hubo serenado, tomó nuevamente la palabra.

—¿Hace mucho tiempo que me esperais? preguntó á don Diego.

—No mucho; pero el tiempo se me ha pasado alegremente.

—¿Os conociais?

—Es la primera vez que nos hemos visto.

—¿Cómo, pues.....

—¿Nos encontrais juntos?

—Eso es.

—Yo me ocupaba en contemplar las pinturas del claustro, cuando este caballero vino á hablarme: me invitó á pasar á su habitacion, y... os lo diré con franqueza, hermano Juan; nuestros corazones se han abierto á la confianza: ya sabemos mútuamente quienes somos. La Providencia nos ha unido, y somos amigos.

Juan de Dios se sonrió dulcemente.

Después dijo:

—Siempre he creido que la Providencia todo lo arregla en beneficio del hombre. ¿Decís que seréis amigos?

—Hasta la muerte, exclamó Alberto.

—¿Y sabeis lo que vale esa palabra? El título de amigo se prodiga mucho; pero, el encontrar una persona que tal título merezca, es cosa en verdad muy rara. Yo me alegraré que seais amigos verdaderos, pues recuerdo que en los libros santos se lee: «Bienaventurado el que encuentra un amigo verdadero.»

—Yo creo, hermano Juan, que vos tendréis amigos de corazon.

—Os diré, respondió el hermano hospitalario, que yo no reconozco enemigos; esto es, no soy enemigo de nadie, porque el cristiano, como decia Tertuliano, de nadie es enemigo: yo, á Dios gracias, tengo el amor universal: todos los hombres son mis amigos, y por cualquiera me sacrificaria. A los buenos los admiro y los respeto, á los malos los compadezco. Empero, mis mayores amigos, los que más amo, son los desgraciados. Esos infelices que sufren con resignacion sus enfermedades, á los que mis compañeros y yo cuidamos y asistimos, son los objetos más queridos á mi corazon. ¡Y son tan agradecidos los pobrecitos! Si os acostumbrárais al trato de los desgraciados, encontraríais en favorecerlos satisfacciones superiores á cuantas en el mundo pueden disfrutarse: vuestro corazon rebosaria en las más dulces expansiones, y encontraríais la más hermosa tranquilidad. El «Dios se lo pague» de un enfermo al que habeis curado sus llagas, de un huérfano al que habeis enjugado sus lágrimas, de un infortunado cuya necesidad habeis socorrido, es la recompensa mayor que pudiera esperarse, porque aquella voz, hija de la gratitud del desgraciado, penetra hasta el cielo y llega al trono de Dios en olor de suavidad.

Juan de Dios se entusiasmaba cuando hablaba de la caridad.

Y es que comprendia perfectamente el espíritu del Evangelio, que sabia que la caridad es el majestuoso

pedestal sobre el que se sostiene todo el edificio de las virtudes cristianas; que de nada aprovechan todas ellas si no van acompañadas por la caridad.

Si esto se comprendiese por todos, si se practicase, no habria cristiano en quien no resplandeciese al ménos la santidad esencial, ya que no la heróica, pues que á esta son llamadas ciertas y determinadas almas.

Y Juan de Dios hacia práctica su caridad en el ejercicio de la misericordia, que le hacia sacrificarse por sus semejantes.

Variando de conversacion, el hermano Juan, dirigiéndose á don Diego, le dijo:

—Habeis cumplido vuestra palabra, viniendo á visitarme. Yo me he tardado más de lo que hubiese querido y tal vez os habré causado perjuicio.

—¡Oh, nada de eso! respondió don Diego.

—¿Teneis que cumplir algun deber de vuestra profesion?

—Justamente ninguno me llama, y soy vuestro aunque sea todo el dia.

—Pues en este caso os embargo.

—Con mucho gusto mio.

—Pues ahora almorzaréis con Alberto y luego os daré una ocupacion que os ha de ser más agradable que andar entre pleitos.

—Estoy conforme á hacer vuestra voluntad.

—Pues con vuestro permiso.

Y, esto diciendo, salió de la habitacion.

Al poco rato fué servido á don Diego y á Alberto un modesto almuerzo, durante el cual los dos amigos hablaron sobre el mismo tema que interrumpieron al presentarse el hermano Juan; esto es, sobre las virtudes del mismo.

Pasó como una hora.

Juan de Dios se presentó nuevamente en el cuarto de Alberto, y dijo:

—Vamos, ¿estais dispuesto á ayudarme en mis tareas?

—A todo, dijeron ambos.

—Pues venid conmigo.

Juan de Dios atravesó seguido de los dos amigos la sala donde se hallaban los enfermos, y se dirigió á la cocina.

Allí se propuso probar las nuevas virtudes del magistrado.

Tomó un limpísimo delantal blanco y dándolo á don Diego le dijo:

—Colocaos eso, para evitar el mancharos.

En seguida dió otro á Alberto, diciéndole lo mismo.

Después añadió:

—Vamos á servir la comida á los pobres enfermos.

Los dos amigos, sin replicar una palabra ni manifestar la menor repugnancia, obedecieron al religioso.

Este se sonrió, y mirando á don Diego, dijó:

—Si os viesen ahora vuestros amigos se reirian de vos ¿No es verdad?

—Ciertamente.

—¡Todo un magistrado sirviendo á los pobres enfermos! Pero debeis tener presente que Jesucristo era más que vos, infinitamente más, toda vez que en él residia la divinidad, y que era el gran Legislador enviado por su Eterno Padre, para dictar el código de las leyes que habian de imperar en el mundo, y que se hallan contenidas en el Evangelio; y sin embargo se ciñó una toalla, se postró ante los apóstoles y les lavó los piés. Las burlas del mundo, si el mundo os viese, formarian vuestra corona para la gloria.

—Asi lo creo, hermano Juan, y vengan esos platos que ansio ya por desempeñar el oficio de servidor de los pobres enfermos.

Juan de Dios, lleno de alegría y demostrando en el color de su rostro y en lo apacible de su semblante la tranquilidad de su alma, empezó á entregar platos á ambos, advirtiéndoles el número de la cama adonde habian de acudir con ellos.

Una vez al entregar dos platos á don Diego, le dijo:

—Para los números 11 y 13.

—¿Y el 12? preguntó aquel.

—Está á las puertas de la muerte, y no puede ya tomar alimento. Hoy se ha preparado para el viaje de la eternidad.

Don Diego fué á servir aquellas raciones.

Después que lo hubo hecho, la curiosidad le hizo acercarse al lecho número 12.

Miró y vió un anciano venerable, con todos los síntomas de estar muy próximo á la muerte.

En aquel momento se levantaba de su cabecera el sacerdote encargado de asistirle.

Don Diego tuvo una inspiracion.

Quiso Dios premiarle su docilidad en haberse sujetado sin la menor objecion á servir á los pobres, y asegurar al propio tiempo su conversion por medio de un milagro.

La inspiracion fué esta.

Cuando el sacerdote se hubo retirado, don Diego se inclinó hasta poner su boca junto al oido del enfermo, y le preguntó:

—¿Ois?

El enfermo, con un ligerísimo movimiento de cabeza, respondió afirmativamente.

—¿No podeis hablar?

Del mismo modo contestó que nó.

—Pues bien, continuó don Diego; si no podeis con los labios, repetid con el corazon las palabras que os voy á decir:

Y empezó con despacio esta breve oracion.

—«Señor y Dios mio: dignaos aplicar en mi favor los méritos de vuestro siervo Juan de Dios, y concededme la salud si así me conviene.»

Pudo observar don Diego, que el enfermo á pesar de su postracion, repetia aunque imperceptiblemente aquellas palabras.

Dejó inmediatamente al enfermo y se dirigió á la cocina.

Con tanta fe habia obrado don Diego, que estaba persuadido de que, á su vuelta, el enfermo habia de estar completamente curado.

Y como la fe cuando es verdadera puede hacer trasladar los montes de una á otra parte, no se engañó en su pensamiento.

Al llegar á la cocina, Juan de Dios, con un plato en la mano, estaba como en éxtasis.

De su rostro parecian salir rayos de luz. Alberto, un religioso que allí habia y un pobre convaleciente, estaban maravillados.

La vista de todos ellos se fijaba en el rostro del siervo de Dios, y no se atrevian á articular palabra.

Don Diego al presenciar aquel espectáculo nuevo para él, quedó como maravillado; pero pensó que aquello tenia relacion con la oracion ó súplica que le habia hecho pronunciar al enfermo.

Inmediatamente salió de la cocina, entró nuevamente en la sala de los enfermos, se dirigió al número 12, y vió con espanto aunque con alegría que el enfermo se hallaba sentado en el lecho, pidiendo su ropa para vestirse porque se hallaba completamente curado, segun decia.

Los enfermos prorumpieron en gritos de alegría, y á las voces de «¡milagro!, ¡milagro!» que daban todos, acudieron los religiosos que no pudieron ménos de

bendecir á Dios por aquella demostracion de su gran poder, y por la visible proteccion que dispensaba al piadoso establecimiento.

Vistióse el enfermo, y con mayor ligereza de la que tenia ántes de estar enfermo corrió á la cocina, y postrándose á los piés de Juan de Dios que continuaba en éxtasis, empezó á besar su hábito, exclamando:

—Gracias, padre mio, gracias.

En aquel momento volvió en sí el religioso, fijó la vista en el enfermo, le abrazó, y dándole un ósculo en la frente, le dijo:

—A Dios, hermano mio, debeis las gracias, que es el único autor de los milagros, y no á mí que no soy más que una pobre criatura y por cierto bien miserable.

Después volviéndose á don Diego, le dijo:

—Por vos que no por mí se ha obrado este prodigio. Por tal medio quiere el Señor acabar de abrir vuestros ojos, y traeros al servicio de los enfermos, para que en estos humildes oficios os purifiqueis y labreis vuestra corona.

Las lágrimas que corrian por las mejillas de don Diego, daban á comprender suficientemente cual era el estado de su alma.

Sin duda se encontraba en camino de salvacion.

Uno de los religiosos quiso hablar, y Juan de Dios, haciéndole callar con una mirada, dijo en seguida:

—Yo suplico á todos por el amor de Dios, que no

se vuelva á hablar más de esto, ó si se habla que sea con el sólo objeto de alabar á Dios que ha obrado el prodigio á favor de este pobre enfermo, pero sin nombrarme para nada. Yo nada he hecho ni pudiera hacer; ni aún me habia acercado á su lecho. Espero que todos me complaceréis en lo que humildemente os pido.

Todos lo ofrecieron; pero los religiosos no dejaron de apuntar aquel hecho para que figurara un dia en las crónicas de la naciente órden hospitalaria.

La comida de los enfermos terminó.

Juan de Dios acostumbraba visitar luego uno por uno á los enfermos para dirigirles palabras de consuelo.

Aquel dia no lo hizo.

Resonaban aún los gritos de «milagro» y quiso evitar el ser objeto de una de aquellas demostraciones que no cuadraban con su profunda humildad.

Don Diego y Alberto se retiraron á la habitacion de este.

Allí hablaron detenidamente sobre lo ocurrido, y Alberto quedó maravillado cuando su amigo le notició lo que habia pasado.

—¿Qué más necesitarémos para convencernos de que es un santo en la tierra? Aún es viador como nosotros y ya su intercesion es atendida en el cielo.

Así habló don Diego, y Alberto confirmó sus palabras y añadió.

—Ahora creo que el va á ser mi salvacion y la de mi esposa.

—Y la mia, dijo don Diego; y lo que es yo estoy dispuesto á renunciar cuanto poseo y á entrar en esta órden religiosa. Quiero santificarme en el servicio de los pobres.

No hay que maravillarse de que se efectuara el prodigio que hemos notado.

Llenas están las páginas de los libros santos de milagros hechos por Dios, que es el único autor de ellos en favor de los mortales. Muchas veces ha tomado por instrumento á los mismos hombres, como sucedió cuando Josué hizo parar el sol en la mitad de su carrera.

En el hecho que dejamos apuntado y que puede calificarse de verdadero milagro porque hubo suspension de las leyes naturales, no intervino Juan de Dios como instrumento de la Providencia, porque ni aún estaba presente; pero Dios quiso hacer una demostracion de lo mucho en que apreciaba las virtudes de su amado siervo, concediendo repentinamente la curacion del enfermo que le habia puesto por intercesor.

Y este hecho habia de contribuir poderosamente al bien de todas aquellas personas, por cuya salvacion se hallaba interesado tan vivamente como hemos visto.

Por la tarde volvió á presentarse Juan de Dios en la habitacion de Alberto.

—Si gustais que hablemos, dijo á D. Diego, podeis venir á mi celda.

—Una súplica quisiera haceros, dijo el magistrado.

—Veamos.

—Que hablemos en presencia de Alberto. Todo lo sabe: nos hemos comunicado nuestros respectivos secretos y deseo no tener nada oculto para él.

—Bien; siendo como decís...

—Alberto sabe que conozco á su desgraciada esposa y el motivo de este conocimiento.

—Así es, dijo Alberto, y uno mis súplicas á la de este caballero.

—Accedo á ello. ¿Cuáles eran vuestras intenciones con respecto á Beatriz?

—Ya lo he dicho á Alberto. Como desgraciadamente he vivido hasta aquí en el desenfreno de mis pasiones y corria (me avergüenzo de hacer esta confesion) en pos de placeres sensuales, me interesó aquella desgraciada y traté de protegerla, ofreciéndola para que estuviera escondida una bella posesion que poseo en los afueras de la ciudad, para luego ofrecerla allí un amor criminal que esperaba correspondiese en pago y gratitud de lo que trabajase por sacarla en bien de las manos de la justicia.

—¡De cuanta perversidad es capaz el corazon humano, cuando el hombre vive apartado de Dios y entregado á sí mismo! exclamó el religioso.

—¡Es verdad! dijo D. Diego. ¡Pero cuán grandes

prodigios sabe obrar la gracia! Vos habeis sido, hermano Juan, el instrumento de que se ha valido la Providencia para trocar mi corazon. Ya no os digo como ántes:—Ahora añado más: ¿Me quereis hacer feliz? ¿Quereis contribuir á que yo expie todas mis faltas y á que trabaje en el importante negocio de mi salvacion?

—¿Podeis dudarlo?

El magistrado cayó de rodillas ante el humilde religioso y en medio de grandes sollozos le dijo:

—Pues bien; admitidme por hermano en vuestra órden.

—¿Os encontrais con vocacion suficiente para ello?

—La tengo.

—¿Sabeis que habeis de hacer una renuncia de vuestros bienes, de la magistratura y de todo cuanto poseeis?

—Lo sé.

—¿Y que la vida del religioso es una vida de Cruz? Aquí no veréis otra cosa que llagas y miserias, ni oiréis otras cosas que los ayes de los enfermos y el estertor de los moribundos. Vuestro descanso será el velar á la cabecera de los enfermos, y los olores que recrearán vuestro olfato no serán otros que los que producen las fiebres y demás enfermedades, algunas de ellas contagiosas. ¿Podréis resistir todo esto? ¿Os hallais animado del valor necesario?

—Con el auxilio de Dios todo lo podré.

—Es verdad: todo se puede contando con Dios que no niega su gracia al que humildemente se la pide.

—¡Oh, yo rogaré dia y noche! Yo llegaré hasta la inoportunidad en mis súplicas.

Juan de Dios le abrazó, le hizo sentar, y continuó hablando de este modo:

—El ser religioso, el dedicarse al ejercicio de la misericordia, es reconocer las magnificencias de una religion de amor, consagrándose sin la menor reserva á Jesucristo y en Él y por Él al servicio de sus pobres. El mundo desconoce como vos desconocíais ayer todo cuanto hay de grande, de indefinible, en esta inmolacion voluntaria, que produce el martirio del corazon, pero que conduce al hombre á la bienaventuranza eterna. Si entrais en la religion, si deseais cubriros con el santo y pobre hábito que nos distingue, han terminado para vos los trajes á que venís acostumbrado por espacio de tantos años, las tertulias á las cuales concurriais, y no habeis de tener más afectos que para Dios y para los desgraciados que habeis de cuidar y á cuyo servicio os habeis de dedicar. A vos os parece esto cosa muy sencilla en estos momentos de fervor, pero no lo es tanto: además, habeis de tener presente que vuestros compañeros tal vez os hagan objeto de sus burlas, porque el mundo que desconoce las magnificencias de la Religion, hace por lo regular objeto de sus bromas y de sus burlas al que abandonando las comodidades que puede disfrutar en el seno de la socie-

dad, se despoja de sus galas y adornos para vestir el hábito de religioso.

—Todo eso lo sé, y tales burlas serán el principio de mi expiacion, dijo D. Diego.

He vivido muchos años para el mundo y deseo vivir para Dios el resto de mis dias. Yo caminaba ciego por una senda que me conducia á la eterna perdicion. En nada creia, y para mí no existia otra cosa que lo presente. Ahora, Dios ha abierto los ojos de mi alma, he visto milagros, he comprendido lo que ántes era para mí tan oscuro, y estoy decidido á entrar en esta comunidad. Encontraré martirio, pero tras estos martirios vendrá la felicidad del cielo.

Alberto no desplegaba sus labios.

Estaba admirado de cuanto pasaba.

No podia comprender como un hombre rico y que ocupaba una posicion tan distinguida, podia formar tan repentinamente una resolucion que parecia irrevocable.

Y deseaba imitarle.

Hubiera querido poder seguir sus huellas.

Pero se lo estorbaban los lazos indisolubles del matrimonio.

Mas estaba edificado al escuchar á D. Diego, y tanto se enterneció que las lágrimas se desprendian de sus ojos.

Juan de Dios no cabia en sí de gozo.

Se levantó y abrazó á ambos de una vez.

—Cada uno por diferente camino, dijo, llegaréis al mismo fin. Vos, Alberto, veréis la regeneracion de Beatriz y viviréis santamente hasta que el Señor os llame; y vos, D. Diego, estabais ya destinado por Dios para ser nuestro compañero de religion. Él Señor por un efecto de su Providencia permitió que yo fuese inspirado cuando os ví, y creí escuchar una voz que me decia: — Ese será tu compañero de religion y morirá en olor de santidad.

Y las lágrimas de los tres se mezclaron.

—Id, D. Diego, añadió el hermano Juan: id á vuestra casa, á arreglar todos vuestros negocios y asuntos, pagad vuestras deudas si las teneis, y aquí se os espera con los brazos abiertos.

—No me esperaréis mucho, porque no teniendo parientes cercanos, dedico todo cuanto poseo al Santo Hospital: todo para los pobres de Jesucristo: yo no quiero para mí otra riqueza que esos mismos pobres, y una sopa para sostener mi vida y poderla dedicar á las obras de misericordia.

Y esto diciendo, salió del Santo Hospital después de besar la mano al santo religioso sin que este pudiese estorbar la accion.

—¿Qué os parece de lo que habeis visto? preguntó el hermano Juan á Alberto.

—Confieso que este hombre me ha dejado pasmado.

—Pero os habréis convencido de lo que puede la gracia del Señor.

—¡Y tanto, hermano Juan, y tanto! Y os aseguro que seguiria su ejemplo á no impedírmelo mi estado de casado.

—Nó, Alberto, nó: el Señor no os llama por este camino. Ni para vuestra santificacion necesitais otra cosa que sufrir con resignacion los trabajos y sinsabores con que el Señor os visita, y tener una ilimitada confianza en que amanecerá para vos el dia claro y refulgente de la consolacion de vuestra alma.

—¿Y creeis que no tengo tal confianza?

—Os ha faltado á veces.

—Es verdad.

—Y aún habeis estado á punto de desesperacion: yo lo veia, leia en vuestro corazon, comprendia la lucha que sosteniais con vos mismo entre si os quedabais siguiendo mis consejos ó os ausentabais para siempre de Granada. Esto es desconfiar de un modo lamentable de Dios: esto es un pecado.

—Pero pecado que ya lloro y lloraré siempre, porque las lágrimas purifican. Ya tengo una entera confianza y me parece que veo á Beatriz hecha una segunda Magdalena.

—¡Cuanto he rogado, dijo Juan de Dios, por ella y por vos!

—Lo que nunca sabré agradecer suficientemente. No habrán sido solas vuestras oraciones. El Señor derrame abundantes bendiciones sobre vos, hermano Juan, y sobre el ángel que impulsado por la cari-

dad habrá tambien rogado y rogará por nosotros.

Después de un rato de silencio, volvió Alberto á tomar la palabra y dijo:

—Quisiera haceros una pregunta.

—Hablad, dijo el hermano Juan.

—Ya no puede Beatriz contar con la proteccion de D. Diego, lo que ha sido una suerte para todos. ¿Qué hará ahora sin direccion y perseguida por la justicia? Me temo que llegue á la desesperacion y se quite la vida.

—No lo hará.

—¿Y qué podrá hacerse en favor de ella para dirigirla al buen camino?

Juan de Dios meditó un momento, y después dijo:

—No penseis en eso: en este momento no sabria que contestar á vuestra pregunta. Este asunto está ya colocado en las manos de Dios: yo consultaré con el Señor en la oracion y espero que se dignará inspirarme lo que sea más conveniente.

—Siendo así quedo tranquilo.

Y de este modo terminó aquella conferencia que habia dado por resultado arrancar un alma al enemigo del género humano, y aumentar el número de los siervos de Dios.

CAPITULO XXIV.

De cómo Beatriz creyó verse en el más completo abandono.

Las agitaciones que habia sufrido Beatriz tenian que producir sus naturales resultados.

Ella, la altiva Beatriz, aquella mujer que venia sosteniendo tantas y tan terribles luchas, que desafiaba todos los peligros, que era siempre materia dispuesta para el mal, no pudo ménos de rendirse al dolor.

Por desgracia no era todavía el dolor que esperaba Juan de Dios; esto es, el de sus grandes culpas.

¡Pobre Beatriz!

Miembro corrompido de la sociedad en que vivia, sólo podia hallar compasion en almas tan puras, tan generosas, tan santas, cuales eran las de las personas que ella más aborrecia.

Juan de Dios y Alberto por una parte, y por otra

Victoria, aquel ángel á la que ella profesaba un odio implacable.

Tales eran las personas que la amaban y compadecian, y que, conformes con lo que prescribe el Evangelio, deseaban pagar con beneficios sus ingratitudes.

Fijémonos en los antecedentes.

Como es natural, Beatriz esperaba confiada que don Diego cumpliese su palabra.

Tanto ella, como su amiga doña Vicenta, estaban ya en la persuasion de que aquel magistrado, poniendo en juego su influencia, la sacaria en bien de la causa que la seguian, y que en su consecuencia recuperaria sus bienes.

Tambien juzgaban que la sacaria de aquella casa para colocarla en lugar seguro hasta tanto que sin temor alguno pudiera presentarse al público.

Pero llegó la hora de la cita y don Diego no se presentó.

Ya sabemos la causa.

En vano las dos amigas esperaron hasta bien entrada la noche.

Don Diego no se presentaba.

No hay para que decir que ambas se impacientaban, tanto más cuanto mayor era la confianza que tenian en aquel caballero.

—¿Qué os parece de esto? preguntó Beatriz á doña Vicenta. ¿No os llama la atencion esta injustificada tardanza?

—Lo que es por hoy, dijo doña Vicenta, no hay que esperarle. Es cerca de la media noche.

—¿Qué le habrá ocurrido?

—No es posible saberlo.

—¡Tal vez se habrá arrepentido de haberme ofrecido su proteccion! ¡Tal vez no vuelva! La desgracia me persigue por todas partes.

—No lo creo, Beatriz. Don Diego es persona de mucha formalidad, y una vez empeñada su palabra no dejará de cumplirla. Algun motivo poderoso habrá tenido para no venir, pero estoy en la seguridad de que vendrá mañana.

Beatriz quedó meditabunda.

Recordaba la infamia á que se habia lanzado don Diego, y se desesperaba.

—¡No vuelve más! decia para sí. Hizo ofrecimientos porque no podia ménos, pero llevará su infamia hasta los últimos lindes. Y el caso es que yo me quedo en una situacion horrible, sin tener una persona que me dé la mano para salir de este estado; y por otra parte no podré llevar á cabo mi proyecto de venganza en ese miserable.

La lucha que sufria en su corazon era terrible, horrorosa.

A ruegos de su amiga se acostó, pero no pudo dormir en toda la noche.

Su cabeza era un volcan.

Y aún más lo era su corazon.

Doña Vicenta tambien empezaba á desconfiar de don Diego.

El dia siguiente se pasó tambien esperando.

Y en tanto que el magistrado purificaba su alma por el arrepentimiento, y escuchaba las palabras de vida eterna que hacia resonar en sus oidos el siervo de Dios, Juan el Hospitalario, ellas, que no podian estar en estos antecedentes, formaban de él los más temerarios pensamientos. ¡Dichosas ellas si le siguieran en su nuevo camino! Difícil era en verdad la situacion de Beatriz, pero ella se la empeoraba porque llegaba ya á la desesperacion.

Por la tarde del segundo dia de espera, Beatriz dijo á su amiga:

—Si yo gozase de libertad, si pudiese presentarme en público sin temor de caer en manos de la justicia, yo saldria en seguida de esta angustiosa situacion en que me encuentro.

—¿Qué hariais?

—Buscar á ese hombre.

—¿Y con qué objeto?

—¿Me lo preguntais? Para sabèr de sus labios las causas que han motivado el que deje de cumplir una palabra tan solemnemente empeñada.

—¡No sé en verdad que pensar!

—Pero lo que yo no puedo, dijo Beatriz, vos lo podeis.

—¿Qué quereis que haga?

—¿Sabeis donde vive ese hombre?

—Ciertamente.

—¿Tendríais dificultad de ir en busca suya?

—No sé como lo tomaria.

—Tómelo como quiera.

—Lo haré.

—Ya veis que el beneficio es para las dos; vos estais comprometida teniendo oculta en vuestra casa á una mujer que busca la justicia, y que se halla encausada.

Esta reflexion que tan á tiempo supo hacer Beatriz acabó de decidir á doña Vicenta.

—Quiero, dijo, que veais que hago cuanto está en mi mano por salvaros. Voy á vestirme é iré en busca de don Diego.

Y esto diciendo, se levantó y se retiró á su tocador.

Vistióse muy honestamente y presentándose de nuevo ante su amiga la dijo:

—Voy en busca de ese hombre: no sé si lo encontraré, pues que me temo que el no haber comparecido reconozca por causa el haberse visto en la precision de salir repentinamente de Granada. Esta gente de justicia no son dueños nunca de su propia voluntad.

—Id, id, doña Vicenta, y sacadme de esta angustiosa situacion en que me encuentro.

Doña Vicenta salió.

Anduvo por los alrededores de la casa del magis-

trado y esperó mucho tiempo por si le veia èntrar ó salir.

No se atrevia á entrar.

Por fin, siendo ya anochecido y urgiendo el tomar una determinacion, penetró en la casa.

No encontró el menor obstáculo.

Las puertas estaban abiertas.

Y sin saber ni por donde andaba, se encontró en el despacho del magistrado.

Este se ocupaba en arreglar papeles.

Segun las órdenes que habia recibido de Juan de Dios, debia dejar en buen órden todas las cosas ántes de tomar el hábito de los hospitalarios.

Y tan preocupado estaba en este arreglo, que ni siquiera echó de ver la presencia allí de una persona extraña.

Doña Vicenta llamó su atencion.

—Caballero, dijo, dispensadme por el atrevimiento que me tomo.

Levantó la vista don Diego y exclamó con un tono que no era de reconvencion.

—¿Qué traeis aquí, señora?

—Desearia que hablásemos unos cortos momentos.

—Pues servios tomar asiento, dijo don Diego.

Doña Vicenta cobró ánimos al ver que era recibida de un modo que no esperaba.

—No teneis, dijo don Diego, necesidad de exponer el motivo de vuestra visita. Lo sé.

—Como quiera que no habeis comparecido.....

—Ya os he dicho que no teneis necesidad de hablar. Yo estuve en vuestra casa: allí conocí á una mujer desgraciada; la ofrecí mi amparo, dí palabra de que iria al siguiente dia, y no he cumplido. ¿No es esto?

—Justamente.

—Pues sabed, señora, que los muertos ni hacen visitas ni pueden cumplir palabras.

—¡Los muertos!

—Así es: aquel magistrado que conocísteis, aquel hombre que impulsado por la ambicion os habia hecho cómplice de planes injustos para enriquecerse, el que no por piedad sino por miras carnales habia ofrecido proteccion á Beatriz, ese hombre ya no existe.

Doña Vicènta no sabia darse cuenta de lo que escuchaba.

—¡No os comprendo! exclamó: decís que tal hombre no existe; y, sin embargo, yo le veo y escucho su voz, porque ese hombre sois vos.

—Es verdad; pero yo existo como si no existiese. ¿Veis que ocupado me habeis hallado arreglando papeles? Pues figuraos que hago mi testamento. Dentro de cuatro dias, ya no seré el abogado tan conocido en Granada; no poseeré bienes de ninguna clase, y al magistrado reemplazará un pobre religioso dedicado á asistir á los enfermos, á curar sus llagas, á be-

sarlas si es preciso, á ejercer, en suma, las obras de misericordia para purificar su alma, harto manchada por desgracia por enormes culpas.

—¡Pero vos!...

—Sí, yo: ¿qué os admira? ¿Ignorais que en el poder de Dios está el hacer de las piedras hijos de Abraham? Yo he sido hasta el presente una piedra de escándalo. En adelante seré un objeto de edificacion.

Doña Vicenta estaba aturdida.

No sabia lo que todo aquello significaba.

Así, pues, no se atrevia á hablar ni á hacer nuevas preguntas.

—Parece, dijo don Diego que os habeis quedado extática. ¿Os asusta lo que os he dicho?

—Casi es así.

—Pues no veo el motivo.

—¿Quién habia de pensar?.....

—Sucede muchas veces lo que ménos se piensa.

—Y lo que ménos pudiera yo pensar es el que os diese el capricho de meteros á fraile. Pero ya se vé: todo esto no pasará de una broma. ¿Como pudiera yo creer semejante cosa? ¡Pues tendria que ver todo un señor magistrado hecho un pobre fraile!

—Tened entendido doña Vicenta, que ni bromeo ni estoy en disposicion de hacerlo. Me he convertido á Dios y entro en la comunidad de los frailes hospitalarios. Todo lo demás ha muerto para mí.

—Bien: y siendo eso así ¿qué será de Beatriz? Vos

la habiais ofrecido vuestra proteccion y ella os espera.

—Pues me espera en vano.

—¿No vendréis?

—Nó.

—¿Y entónces?

—Ella y vos podeis estar tranquilas.

—No sé como podremos estarlo, y muy especialmente ella.

—Creedlo, doña Vicenta: Beatriz no queda en el mundo abandonada.

—¿Quién mirará por ella? ¿Quién la defenderá?

—Decidla que confie en Dios y espere. En el mundo hay una persona que se ha propuesto favorecerla y que seguramente la hará feliz. Andad y decírselo: tal vez ella lo dude, porque duda de todo; pero nada es más verdad. Y á mí dejadme que siga mi vocacion. ¡Ojalá esa pobre mujer deteste sus pasados errores como yo detesto los mios! ¡Ojalá que cuanto ántes abra sus ojos al conocimiento de la verdad!

Doña Vicenta ni respondió palabra, ni se movió del asiento que ocupaba.

Con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecia meditar.

Pasados que fueron algunos minutos, don Diego tomó de nuevo la palabra:

—¿En qué pensais? la preguntó. Ya os he dicho á lo que os habeis de atener.

Levantó la cabeza aquella aturdida mujer, y dijo:

—No pienso en mí, que pienso en la pobre Beatriz. ¿Qué será de ella? Faltándole vuestro apoyo, indudablemente es perdida. Os confieso que me habeis dejado más helada que una estátua de marmol.

—Os he dicho, y voy á repetirlo por última vez, que Beatriz no queda abandonada en el mundo: cuanto yo pudiera hacer por ella, es nada en comparacion de lo que hará otra persona. Espero con algun fundamento, que esa pobre mujer será aún feliz al lado de su esposo.

—¡De su esposo!

—Sí, porque le encontrará en tiempo oportuno, cuando ella sepa apreciarle en lo que vale y esté dispuesta á expiar sus culpas, al ménos con sus lágrimas.

—¿Y puede saberse quien ès esa persona que os sustituye en la proteccion de mi amiga?

—Al presente es un secreto.

—¿Pero irá á verla?

—Tal vez.

—¿Sabe donde se halla?

—Siempre ha seguido sus pasos.

—¡Ah! En este caso no puede ser otro que Alberto. Sí, es su esposo.

—Os engañais, señora. El protector de Beatriz tiene más edad, más representacion, mayor influencia y más conocimiento del corazon humano que Alberto. Y no me pregunteis más, porque no obtendréis más respuesta.

—Lo que quiere decir.....

—Que os podeis retirar, si os parece.

—Si os estorbo.....

—Os dije al principio que el trabajo á que me encontrásteis dedicado equivale á hacer mi testamento: ya veis si debo evitar distracciones.

—Pues en este caso, dijo doña Vicenta, me retiro y os deseo muchas felicidades en vuestro nuevo estado, señor don... digo, padre fray Diego.

Y al pronunciar estas palabras, dejó asomar á sus labios una risa sardónica.

—Id con Dios, señora, dijo don Diego: os perdono de todo corazon la burla y aún la agradezco; porque me dais ocasion de empezar á padecer, que vida de espinas es la del religioso. ¡Dios os conceda su gracia de la que tanta necesidad teneis!

El tono de voz con que don Diego pronunció estas palabras, impuso á doña Vicenta, en la que se obró una reaccion.

Comprendió que allí no habia fingimiento, y que don Diego habia dicho en todo verdad.

Se despidió respetuosamente de él, pidiéndole perdon de su pasada risa, y abandonó aquella casa.

Cuando se vió solo D. Diego, se arrodilló y exclamó:

—Venid, Señor, en auxilio de estas dos mujeres, y así como hicísteis de la Magdalena una santa, tocadlas al corazon para que tambien allas se conviertan y vivan.

La oracion de aquella alma regenerada debió subir al cielo en olor de suavidad, porque Dios oye siempre los ruegos que proceden de un corazon contrito y humillado.

Doña Vicenta se dirigió á su casa.

Beatriz la esperaba llena de impaciencia.

Cuando la vió entrar la preguntó:

—¿Le habeis visto?

—Dejadme por Dios descansar y tomad asiento, pues tengo mucho que hablar.

—Descansad, descansad, pues, que ya habrá tiempo de hablar; pero podeis comprender cuán grande es mi impaciencia.

Luego que hubo reposado, dijo doña Vicenta.

—Preparaos, amiga mia, para escuchar novedades que nunca pudierais esperar.

—¿Pero le habeis visto?

—¿A don Diego?

—¿Pues á quién?

—Sí y nó.

—No comprendo.

—Ni es fácil que me comprendais.

—Explicaos, por Dios.

—Os he dicho que vais á escuchar grandes novedades. Ví á don Diego.

—¿Y le hablásteis?

—Justamente.

—¿Y que ha dicho?

—Voy á referir punto por punto toda la conversacion que con él he sostenido; pero os suplico que me interrumpais lo menos posible. La cosa es más grave de lo que podeis suponer.

—Pues hablad, porque crece mi impaciencia, y procuraré no interrumpiros.

Y doña Vicenta fué relatando minuciosa y detalladamente cuanto habia ocurrido en su entrevista con don Diego.

Beatriz estaba admirada.

Creia que era un sueño lo que estaba escuchando.

Cuando manifestó su amiga que don Diego le habia dicho que se hacia religioso hospitalario, no pudo contener su ira y exclamó:

—¡Miente! Ese hombre se burla de nosotras. Esto no es posible.

—Sosegaos, Beatriz, sosegaos, dijo doña Vicenta, y creed que no miente. Ese magistrado se llamará muy presto Fray Diego.

—Sea como quiera, dijo Beatriz, comprendo que ese hombre es un villano que ha hecho de mí una burla sangrienta. ¿Decís que se hace hospitalario?

—Así me lo ha asegurado y lo creo, porque en sus palabras habia sinceridad.

Beatriz sin poder dominar su emocion, se levantó y empezó á pasear por la habitacion haciendo exclamaciones.

De pronto se paró, reflexionó un momento y dijo, poniéndose las manos en la cabeza:

—Ahora lo comprendo todo; ahora veo claro en este asunto.

—¿Qué decís? preguntó su amiga.

—Aquí veo la mano de mi más mortal enemigo, del hombre que más odio, del protector de Victoria.

—No os entiendo.

—Sí, ese fraile hipócrita que han dado en llamar el padre de los pobres.

—¿Juan de Dios?

—El mismo.

—¿Creeis por ventura?...

—Todo lo creo de ese hipócrita.

—Tal vez os equivocais. ¿Por qué ese hombre ha de ser vuestro enemigo? ¿Por qué ha de querer perderos? Esto no tiene el menor fundamento.

—¡Ay, amiga mia! Yo sé lo que digo. Ese hombre me odia.

Ya sabemos que doña Vicenta no habia llegado al grado de corrupcion que Beatriz.

Estaba léjos de ser buena, pero era materia mejor dispuesta que su amiga para la bondad.

A más, la habia causado algun efecto la resolucion tomada por el magistrado.

Y aquel buen efecto podia ser y lo fué en verdad el principio de su regeneracion.

Así, pues, dijo á Beatriz:

—Procurad sosegaros y así que esteis tranquila hablarémos y reflexionarémos sobre estos sucesos. Entre tanto no os formeis juicios temerarios de nadie y mucho ménos del hermano Juan, que es un santo varon.

Beatriz miró á doña Vicenta con ojos extraviados y exclamó:

—¡Ay! ¡Es esto lo único que me faltaba!

—No os comprendo.

—Todo se conjura contra mí: ese fraile no solamente ha convertido en enemigo mio á D. Diego, sino que á más, á vos, mi mejor amiga, el consuelo que en el mundo me restaba, os hacen partidaria de mis más constantes perseguidores.

—¡Por Dios, Beatriz! Estais trastornada cuando de tal modo hablais. ¡Yo coligarme con perseguidores vuestros! Delirais, Beatriz, y me haceis una ofensa. Y os diré más, aunque os negueis á dar crédito á mis palabras. Hoy no teneis ya enemigos, sino protectores.

—¿Protectores, y estoy bajo la accion de la justicia?

—Es indudable.

—¿Y cómo lo sabeis? ¿Quiénes son esos protectores? ¿Dónde están esas personas benéficas dispuestas á tenderme una mano generosa? Habeis dicho bien, amiga mia; lo dudo, ó, mejor diré, no lo creo. No existen personas benéficas; en la sociedad no reina más

que el egoismo, y toda proteccion si se dispensa tiene un objeto interesado.

—¡Pobre sociedad, exclamó doña Vicenta, si eso fuese un axioma!

—¿Y no lo es?

—En manera alguna.

—No teneis experiencia.

—Podrá ser; pero por lo menos veo las cosas y las juzgo de diversa manera que vos. Yo creo que es una insensatez el pretender que todos los hombres sean iguales. No existe esta igualdad ni aún en los dedos de la mano ¡cuánto ménos entre las personas!

Como se vé, doña Vicenta pensaba más juiciosamente que su amiga y discurria con mejor criterio.

Habíale bastado hablar con D. Diego, convencerse de su repentina trasformacion, escuchar su razonamiento, para que aquella mujer ántes tan distraida de sus obligaciones y casi cómplice de Beatriz en las maldades de esta, variára en su modo de pensar.

Una conferencia detenida con Juan el hospitalario hubiese sido suficiente para hacerla entrar en la senda de la virtud.

Beatriz no pudo continuar en aquella lucha de apreciaciones.

La emocion la habia trastornado.

Primero lloró.

Después se desesperó y mesó su cabellos.

Por último la fiebre se apoderó de ella y la rindió.

Su amiga ayudada de doña Tadea la colocó en el lecho.

Durante el resto de la noche tuvo delirios extraordinarios.

Por ellos pudo enterarse doña Vicenta de cosas que ignoraba completamente.

Una de estas cosas fué el incendio del hospital.

Entónces se abrieron los ojos de aquella mujer y exclamó espantada:

—Sabia que eres mala; pero nunca pude creer que serias tan criminal: bien que el que tiene serenidad para preparar un veneno y ofrecerlo á una persona inocente, es capaz de todo.

Y doña Vicenta se estremeció no sólo de los crímenes de su amiga, sino tambien por sus propias faltas.

Después de muchos años que no lo habia hecho, aquella mujer rezó.

CAPITULO XXV.

Lucha de sentimientos.

Doña Vicenta no faltó á los deberes de la hospitalidad con su amiga.

Permaneció á la cabecera de su cama hasta las cuatro de la mañana, hora en la que Beatriz, habiendo decrecido la fiebre, quedó dormida al parecer tranquilamente.

Entónces se retiró ella á descansar, no sin encargar á doña Tadea que estuviera á la vista de Beatriz y que la avisase á cualquier síntoma alarmante que pudiera presentarse.

Serian las diez de la mañana cuando Beatriz dejó el lecho, casi al mismo tiempo que su amiga.

Estaba pálida, desencajada.

Su rostro denotaba la tortura de su alma.

Padecia física y moralmente.

Tanto doña Vicenta como doña Tadea se sorprendieron al verla, pues no parecia la misma mujer del dia anterior.

¡Tan desfigurada estaba!

—¿Por qué os habeis levantado? la preguntó doña Vicenta. Debíais haber permanecido en el lecho. La fiebre que habeis tenido toda la noche, debe haberos dejado muy debilitada.

—No lo creais, dijo Beatriz, manifestando una fortaleza de la que carecia. Nunca he estado más fuerte que hoy. Estoy buena, perfectamente buena.

Y la sonrisa con que acompañaba sus palabras daba á comprender que su cerebro estaba trastornado.

Doña Vicenta se asustó y la cosa no era para ménos.

Si Beatriz perdia la razon, ella se veia en un compromiso, pues debia manifestar que se hallaba en su casa, y esto la hacia responsable ante la justicia, tratándose de una mujer encausada.

Y aquella mujer que la noche anterior habia rezado, quizá por primera vez desde muchos años atrás, dirigió una nueva súplica al cielo, á fin de que la librase de la desgracia que preveia.

Tal efecto suelen causar muchas veces las aflicciones en la vida ordenadas por la Providencia, para que el hombre eleve sus ojos al cielo, y apartándose de las sendas de la perdicion entre por el camino del bien.

¡Dichosos los que saben corresponder á estas gracias exteriores!

Beatriz tomó algun alimento.

Tuvo que violentarse; pero queria recobrar sus fuerzas para llevar á cabo un proyecto que habia formado.

Propúsose salir aquella noche disfrazada y buscar á D. Diego.

Queria escuchar de sus labios cuanto le habia dicho doña Vicenta.

Queria darle en rostro con la infamia de que verdaderamente podia quejarse, y, si le era posible, clavar un puñal en su pecho.

A este efecto tuvo necesidad de ponerse de acuerdo con su amiga, teniendo la precaucion de ocultarla la parte más grave de su proyecto.

—Voy á consultaros, la dijo, una idea que me ha ocurrido.

—¿Qué es ello? preguntó doña Vicenta.

—Esta noche quiero salir para buscar á D. Diego.

—¡Habeis perdido el juicio!

—Nunca lo he tenido tan seguro.

—¿Pero no habeis medido las consecuencias de llevar á realizacion esa idea?

—Todas.

—Entonces no comprendo como quereis exponeros á caer en manos de la justicia, siendo así que en este desgraciado caso seriais conducida á una prision.

—Pues para evitar eso sirven las precauciones.

—¿Cuáles pensais tomar?

—Una sola.

—Veamos.

—Saldré perfectamente disfrazada.

—Bien; y aún siendo así, ¿qué pensais adelantar con ver á D. Diego por más que podais conseguirlo?

—Aunque nada adelante, quiero escuchar de sus labios todo cuanto me habeis dicho.

—Luego dudais de mis palabras.

—Nó: ya no dudo; pero deseo exigir de él que me diga quien es el protector ó quienes los protectores de que me habeis hablado: esto es todo.

—¿Y de qué manera os quereis disfrazar?

—Con un traje de hombre.

—Es lo que no tengo.

—Se busca.

—Así lo haria si estuviésemos en Carnaval, pero no ahora, porque despertaria sospechas.

—Pues bien; me pondré un manto, me pintaré el rostro, me encorvaré, y, andando apoyada en un baston, todos creerán ver en mí una anciana. No tengais temor de que nadie me conozca.

—No quedaria yo tranquila, dijo doña Vicenta.

—Yo sí lo estaria; y, sobre todo, si sucediese lo que temeis, yo sola lo sufriré, pues no declararia en manera alguna que habia estado refugiada en esta casa.

Otras reflexiones hizo doña Vicenta, pero todas fueron infructuosas.

Beatriz no desistió de sus propósitos.

Todo el dia estuvo calenturienta y agitada.

Cuando llegó la noche se vistió un traje muy modesto, de color oscuro de su amiga; se bajó el cabello encrespándoselo hasta cerca de los ojos, se hizo algunas rayas con un corcho ahumado en el rostro, se cubrió con el largo manto de doña Tadea, tomó un palo proporcionado á falta de baston y que hiciera sus veces, y para ensayarse empezó á pasearse encorbada por la sala.

Verdaderamente estaba tan desfigurada, que tanto doña Vicenta como doña Tadea, no pudieron ménos de reirse al verla de aquel modo.

—¡Qué tal! dijo Beatriz, ¿Me conocerán?

—Creo, dijo doña Vicenta, que no os conoceria ni la madre que os dió á luz.

—Una cosa os falta, dijo doña Tadea.

—¿Qué es ello?

—Una anciana que de noche anda por la calle, lleva algun objeto.

—No os comprendo.

—Esperad, dijo doña Tadea, y dirigiéndose á la cocina, volvió á los pocos momentos llevando en las manos una cesta de asas que servia para ir á la compra.

—Tomad, dijo: llevad esto colgado del brazo.

—Venga; de este modo iré mejor disfrazada.

Después añadió:

—Pues me voy: lo que os suplico es que esteis aler-

ta para abrir la puerta en seguida que vuelva, pues que no creo dure mucho mi ausencia.

Y esto diciendo se dirigió á la puerta.

Esta le fué franqueada por doña Tadea.

Debemos advertir que Beatriz iba provista de un afilado puñal que nunca desamparaba y que era el mismo con el que habia amenazado á Victoria cuando la tenia secuestrada en los sótanos de su casa.

Era para ella una medida de precaucion.

Doña Vicenta lo ignoraba.

Esta que le habia dado la direccion de la casa de D. Diego, quedó asustada.

No esperaba nada bueno de aquella visita que se proponia hacer Beatriz.

La conocia suficientemente y sabia que era capaz de todo, y mucho más desde que la habia sorprendido en su delirio.

—No sé qué pensar de esta mujer, dijo doña Tadea, luego que la vió partir: yo creo que nos ha de dar algun grave disgusto.

—Lo mismo pienso, replicó doña Vicenta, y quisiera que no volviese. Es una mujer volcánica, y todo lo temo de ella.

Sigamos ahòra los pasos de la fingida anciana.

Tomó muy despacio la direccion de la casa de don Diego.

Cuando pasaba por el lado de alguna persona, se paraba y tosía.

Después continuaba su marcha con pasos lentos.

Nadie podia sospechar que bajo aquellas apariencias se ocultaba una mujer de buena edad, de hermosa figura y de pasiones volcánicas.

Por fin llegó á casa de don Diego.

Se estremeció.

Cruzaron por su mente las ideas más horribles.

Parecia que Satanás la soplaba al oido.

La puerta de la calle estaba abierta.

Entró.

A su paso tropezó con un criado.

Era el único que aún permanecia en la casa, porque don Diego habia ya despedido toda su servidumbre, pues pasados cuatro dias habia de tomar el santo hábito de la órden hospitalaria.

Aquel criado la preguntó que se la ofrecia.

—Vengo, dijo haciendo la voz de anciana, á ver al señor don Diego para el que traigo un mensaje de mucha importancia que me ha dado el hermano Juan de Dios, ese bendito varon.

El criado que sabia ya la resolucion de su amo y que no la sentia porque este le habia hecho donacion de una parte de sus bienes en pago de sus buenos y antiguos servicios, la dijo:

—Pues si de parte del hermano Juan venís, no paso recado para no retardar vuestro mensaje. Pasad, dirigios por esa sala y le encontraréis en su despacho.

Beatriz no se lo hizo decir segunda vez.



Y tomando su posicion natural, se quitó el manto.. .

Tomó la direccion que le habia indicado el doméstico.

Temblaba de los piés á la cabeza.

Naturalmente sentia una viva impresion.

A los pocos momentos penetraba en el despacho de Don Diego.

Este se hallaba sentado á la mèsa con la cabeza apoyada en la mano derecha y el brazo en la misma mesa entregado á la lectura de unos documentos.

No se apercibió de la presencia de Beatriz.

Esta le contempló un momento, y al fin sin dejàr la posicion que llevaba y que la daba la apariencia de vieja, saludó fingiendo la voz:

—¡Ave María purísima! dijo.

Don Diego levantó la cabeza y al ver aquella mujer que parecia una aparicion del otro mundo, se puso de pié y exclamó:

—¿Quién sois? ¿Qué quereis de mí?

—¿Os habeis asustado? dijo Beatriz.

—Eso no es contestar: decid que me quereis.

—Vengo á felicitaros por vuestra resolucion de haceros fraile.

—Acabad de una vez, buena anciana. ¿Quién sois?

—Vais á saberlo en seguida, dijo Beatriz con su propia voz.

Y tomando su posicion natural, se quitó el manto que la cubria, y con la mano derecha se levantó el cabello que como hemos dicho le cubria la frente.

Lo que no pudo quitarse fué el tizne del rostro.

Don Diego, casi espantado, solo exclamó:

—¡Beatriz!

—Sí, Beatriz soy, que vengo á ajustar cuentas con vos. Yo creia que una persona de posicion, un caballero, un magistrado, no faltaba villanamente á la palabra empeñada con una dama, pero veo que me he equivocado.

Don Diego no se alteró y despues de contemplarla, la dijo con tranquilidad:

—Hacedme, señora, el obsequio de tomar asiento. Yo espero que os convenceréis de que son injustas esas acusaciones: y para venir á verme no era necesario que os disfrazaseis de esa manera.

—¿Olvidais, caballero, que soy buscada por la justicia?

—Es verdad.

—¿Y que si me descubriesen seria conducida á una prision?

—Teneis razon, y no habia pensado en esa circunstancia.

—Vos me dísteis una palabra, cual fué la de volver á la casa donde me hallo recogida, y de encargaros de mi asunto hasta conseguir que nada resultase contra mí.

—Así es.

—Y sin embargo, me habeis abandonado á mi suerte sin cuidaros de dar cumplimiento á vuestras

palabras. Si es cierto lo que digo, no creo que podais justificaros como decís.

—Creo, señora, que vuestra amiga os habrá referido lo que hablamos la noche anterior, y tal será el motivo de esta visita. De consiguiente no tengo necesidad de repetir lo que ya sabeis.

—Sé que habeis resuelto abandonar vuestra posicion social por la de hermano hospitalario. ¿No es esto?

—Justamente.

—¿Y os habeis preparado para ello abusando miserablemente de mi persona, en ocasion en que me hallaba privada del sentido?

Don Diego en cuyo corazon reinaba ya el espíritu de la humildad, hizo un acto heróico.

Se arrodilló en presencia de aquella mujer y con acento conmovido, exclamó:

—Teneis razon, señora, en quejaros de mi conducta: he cometido una falta que quisiera poder borrar con mi sangre: pero entónces reinaba en mí el espíritu del mundo y ahora estoy dominado del espíritu de Dios. Yo deseo que os arrepintais de vuestras culpas como yo estoy arrepentido de las mias.

—No os faltaba más que ser hipócrita y gazmoño. ¡Que bien sienta eso en un caballero!

Era don Diego hombre altivo y, á dejarse llevar de su génio, mal lo hubiera pasado Beatriz á pesar del puñal que escondia.

Pero habia conseguido el mayor de los triunfos posibles venciéndose á sí mismo.

Luchaban sus sentimientos, pero triunfó la razon y la idea religiosa.

Se levantó y volvió á ocupar su asiento.

No perdiendo su serenidad de espíritu, la dirigió la palabra de este modo:

—No pagaré injuria con injuria, y mucho ménos cuando os he dicho que reconozco la razon que os asiste para quejaros de mí. He confesado mi falta...

—Crímen, podriais decir.

—Bien; mi crímen, y no puedo hacer otra cosa: yo os suplico que me perdoneis, y el sacrificio á que me sujeto abandonando cuanto poseo en el mundo, bienes, posicion, amigos, todo, lo ofreceré al Señor no solamente por mis pecados sino por los vuestros. Es cuanto puedo hacer.

—Aplicadlo por vos, que yo no necesito oraciones ni sacrificios. Me dejais en el más cruel abandono después de lo que habeis hecho y permaneceis tranquilo.

—No quedais abandonada.

—Pues ¿quién mirará por mí?

—Un hombre.

—¿Y ese hombre quién es?

—No os lo puedo revelar en este momento, pero os juro por la salvacion de mi alma que hay un hombre cuyo poder, cuyas influencias son mayores que

las mias, y este hombre me ha ofrecido velar por vos; más que eso, el haceros feliz.

—¡Feliz! ¿Creeis que se puede serlo en el mundo? Para mí la felicidad es un mito.

—Estais en un error, señora: si en absoluto no puede encontrarse la felicidad en la tierra, puede hallarse relativa.

—Pues os suplico que me reveleis el nombre de ese hombre fenomenal que sin conocerme desea favorecerme de tal modo.

—Ya os he dicho que no me es permitido deciros más sobre este punto.

—¿Y cómo sin conocerme me toma bajo su proteccion?

—Os conoce.

—¿Y me cree culpable?

—Por eso os compadece.

—Esto es un enigma.

—No es otra cosa que un efecto de la caridad divina que anida en su pecho, de esa caridad que le lleva allí donde hay lágrimas que enjugar, miserias que socorrer.

Beatriz, al escuchar aquellas palabras, se levantó airada del asiento que ocupaba, y á la manera que si hubiese recibido alguna ofensa que la atacara en su honor, exclamó:

—¡Oh! Ya veo que estais completamente inficionado en el espíritu de hipocresía que ese hombre sabe

infiltrar en el corazon de cuantas personas tienen contacto con él.

—¿Pero, sabeis de quien yo os hablo? dijo don Diego sin mostrar la menor alteracion en su semblante.

—¡Vaya si lo sé! Hablais de ese fraile que sabe á las mil maravillas explotar la caridad y que desea ser reputado por santo.

—¡Callad, por Dios, Beatriz! Callad y no añadais la blasfemia á vuestras anteriores faltas.

—¿Blasfemias llamais á mis palabras?

—¿Qué otro nombre quereis que les dé? Juan de Dios, léjos de ser explotador de la caridad, como habeis dicho, es un alma toda de Dios: pide, pero no para él sino para los mismos á quienes dirige sus plegarias; esto es, para sus prójimos, para los pobres enfermos, para los desgraciados que careciendo de bienes de fortuna y tal vez de parientes que les cuiden en sus enfermedades, encuentran en él un padre tierno y cariñoso que atiende lo mismo á la curacion del cuerpo que á la del alma. Preguntad á los muchos que han salido con completa salud de ese santo Hospital y os contarán maravillas acerca de ese hombre, cuyo amor es universal, cuya caridad tiene todas las cualidades que señala el Apóstol á esta virtud, reina y señora de todas las virtudes, fundamento majestuoso del edificio de la piedad cristiana.

—Y si es así, exclamó Beatriz ¿por qué á ese hom-

bre lo encuentro siempre en mi camino? ¿Por qué es mi enemigo?

—¡Enemigo! Juan de Dios no puede serlo de nadie: ama á todas las criaturas y muy especialmente á las que son desgraciadas, y por esto os ama á vos, Beatriz, porque sabe que sois desgraciada.

—Mas que desgraciada me creerá criminal, y este será el motivo de su odio.

—¿Como os he de decir que Juan de Dios no sabe odiar, que en su corazon no cabe otro sentimiento que el del amor á Dios y á sus semejantes? Si Juan os cree criminal, esta creencia, léjos de alejarle, le acercará á vos por el sentimiento de la compasion.

—Pero acabemos; ¿es ese hombre al que os habeis referido al decirme que hay una persona interesada en favorecerme?

—Tal vez.

—Pues sabed que yo he tenido una rival que aborresco, que detesto con toda mi alma, una mujer que me ha hecho mucho daño, y tambien la protege el mismo hombre.

—Y aunque así sea.....

—¿Creeis que puedo yo admitir proteccion de quien proteje, favorece y ampara á la que me ha robado el amor de mi esposo y le ha alejado de mí. ¡Nó! no quiero, no admito semejante proteccion. ¡Malhaya sea ese fraile! ¡Malhaya sea Victoria! ¡Ojalá la hubiese sacrificado cuando la tuve en mi poder!

—Y como se ha descubierto el secuestro, se hubiese tambien descubierto su muerte, y hoy hubiereis ya entregado vuestra cabeza al verdugo. Por Dios, Beatriz, entrad dentro de vos misma, reconoced el mal camino por el que andais, y volved á la senda del bien de la que lastimosamente vivís separada. Cuan grande seria vuestra tranquilidad si así lo hicieseis, si siguiereis mi sano consejo.

—Todos son buenos para aconsejar.

—Y los que os aconsejan es porque desean vuestro bien.

—¿Pero quién me librará de las manos de la justicia? ¿Quién influirá á fin de que se sobresea en la causa que se me sigue, bien injustamente por cierto?

—No seré yo quien me ponga á discutir sobre la justicia ó injusticia de esa causa: pero si os hago una promesa: retiraos á casa de vuestra amiga y estad tranquila: aunque yo he presentado hoy mismo la dimision de mi destino, no por eso perderé mis influencias y las utilizaré en vuestro favor. Yo me pondré de acuerdo con el hermano Juan de Dios; obrarémos de consuno, y contad con que os salvaréis, aunque estuvieseis en poder de la justicia. Nos hemos propuesto salvaros y algo más.

—¡Algo más! exclamó como admirada Beatriz y con la vista extraviada.

—Sí, porque esperamos poderos conducir á las sendas del bien y á los brazos de vuestro esposo.

—¡De Alberto! ¿Dónde se halla? Decídmelo, por caridad. ¡Oh! ¡Alberto! Esta seria mi mayor felicidad... Decidme donde se halla mi Alberto... Con él... con él me salvaré.....

Calló un momento y después exclamó:

—Pero nó: no quiero verlo: Alberto es otro infame: no me ama, huyó de mí... Es un malvado...

Y sin esperar respuesta salió precipitadamente del despacho del magistrado, y después de la casa, con el manto al brazo, sin cuidarse para nada de colocárselo.

El magistrado comprendió que la razon de aquella desgraciada mujer se habia trastornado, y compadecido de ella salió en su seguimiento.

Verdaderamente parecia una loca.

O mejor dicho, lo era en aquellos momentos.

Habia atravesado dos calles, cuando tropezó con ella una ronda.

Los que la componian se admiraron de ver aquella mujer andando precipitadamente con su manto al brazo, y uno de ellos deteniéndola le acercó á la cara su linterna.

No pudo ménos de reirse al ver aquel rostro tiznado, aquel cabello encrespado y descompuesto y aquella mirada extraviada completamente.

Él y sus compañeros comprendieron que estaba loca y trataron de apoderarse de ella.

El ex-magistrado observaba desde léjos esta escena, y no sabia que hacer.

Cuando Beatriz vió que la sujetaban trató de deshacerse de aquellos hombres.

Bullian en su cabeza las ideas de lo que acababa de hablar con don Diego, y así empezó á exclamar, al tiempo mismo que hacia esfuerzos para desprenderse de los brazos de aquellos hombres:

—¡Alberto! ¡Alberto!.. ¡Defiéndeme! ¿Dónde estás?

—¿Quereis ver á Alberto? dijo uno de aquellos hombres. Vais á verlo.

—Pues vamos, dijo ella, y se dejó conducir.

—Los de la ronda la presentaron al alcalde, el cual conociendo el extravio de la razon de aquella mujer á la que no conocia, mandó que fuese conducida á la casa destinada para albergue de los infelices dementes, con el objeto de que estuviese vigilada y ver al dia siguiente si era posible identificar la persona.

Don Diego se volvió á su casa.

Al dia siguiente envió un aviso á doña Vicenta, diciéndola:—«Beatriz con la razon perturbada ha sido encontrada anoche por una ronda y conducida á la casa de dementes. No paseis cuidado, que hay quien vela por ella.»

¡Desgraciada Beatriz! De aquella lucha de sentimientos habia sacado la perturbacion de su razon.

CAPITULO XXVI.

¡Pobre loca!

Las terribles luchas que consigo misma habia tenido que sostener Beatriz, empujada por el ímpetu de sus volcánicas pasiones, produjeron el más natural resultado.

Ella habia llevado las más pérfidas intenciones, cuando disfrazada se habia dirigido á la casa de don Diego.

Ya dijimos que habia llevado consigo la daga ó puñal con que amenazára á Victoria de quitarle la vida cuando la tenia bajo su poder.

Pensaba requerir á don Diego á què cumpliese su palabra de protegerla, y en caso de no poder conseguirlo, matarle si le era posible.

Tales eran sus perversos instintos.

Pero, como hemos visto, no se atrevió á llevarlos á cabo.

¿Fué tal vez por temor de agravar la causa que pendia ante los tribunales?

De ninguna manera.

Es que en aquella entrevista habia experimentando diversas emociones, contrarias las unas de las otras.

En el acento de don Diego habia sinceridad.

Y la sinceridad siempre se abre paso al corazon por más que se trate de una persona proterva.

Sin embargo, se habia hablado de Juan de Dios al que ella profesaba un odio implacable, y este la renovó sus recuerdos de Victoria y de Alberto, lo que produjo aquella lucha de sentimientos que dió por resultado la pérdida de su razon, como hemos visto.

La fiebre que la noche anterior habia experimentado, tampoco habia cedido.

En tal estado se hallaba, que no se dió cuenta de á donde la conducian ni quienes eran los que la acompañaban.

Una vez en la casa de los dementes, fué registrada.

Se la encontró el puñal, del cual se entregó para pasarlo al juez el encargado de aquel establecimiento.

Serian las diez de la mañana cuando, despejándose algo la razon de Beatriz, se encontró echada en una cama, colocada en un cuarto cuyas paredes revelaban que hacia años no se habian blanqueado y cuyo pa-

vimento tosco no estaba cubierto por ninguna clase de estera.

Espantada se levantó, y dirigió una mirada al rededor suyo.

No pronunció una sola palabra.

Pasados algunos momentos se dirigió á la puerta, pero estaba cerrada.

Asomóse á un ventanillo que en la misma habia y contempló un patio grande por el cual discurrian varias mujeres, algunas de ellas adornadas con cintajos y trapos.

Frunció las cejas, cerró los ojos y exclamó:

—¡Que sueño! ¡Que terrible sueño!

Pero aún no habia terminado de pronunciar aquellas palabras, cuando abriendo nuevamente los ojos pudo ver una mujer de mediana edad, cuya cabeza estaba medio cubierta con una especie de cofia de papel, la cual, sujetándose los vestidos con ambas manos, la hacia mil cortesías.

Beatriz la miraba espantada.

Aquella mujer con dulce metal de voz y sonriéndose, la dijo:

—¡Estás encerrada! Yo te mandaré poner en libertad. Ya comprendes que no hay poder superior al mio. Soy Venus, diosa del amor; y pondré en juego todo mi poder para favorecerte. Fia en mí y nada temas.

Beatriz vino en conocimiento del lugar en que se

hallaba, y aunque en aquel momento no pudo coordinar sus ideas ni recordar por lo tanto antecedentes, exclamó en un grito espantoso:

—¡Loca! ¡loca!

Y cayó de espaldas sin sentido.

Pocos momentos después abria la puerta de su cuarto el encargado de aquel departamento, y habiéndola encontrado sobre el pavimento como muerta, fué inmediatamente á dar parte del suceso, y acudieron el médico y el capellan de la casa.

Colocáronla sobre el lecho, y el primero declarando que estaba viva, la ordenó una sangría que la fué hecha sin pérdida de tiempo.

Poco después el médico declaró que no estaba en peligro, pero que era necesario prodigarla grandes cuidados.

Nadie sabia en la casa quien fuese aquella mujer, recogida en las calles la noche anterior.

Si bien estaba muy modestamente vestida, dejaba conocer á primera vista que era persona distinguida.

Se creia que estaba demente de tiempo y que habia logrado escapar de su casa.

Juzgaban que seria reclamada.

Sin embargo, se dió parte al juez por el alcalde de casa y corte que con su ronda se habia apoderado de ella.

En tanto que aquel funcionario se presentaba ó daba disposiciones, hubo ocasion de conocer á la loca.

Esta aunque habia vuelto en sí del accidente que la produjo el comprender donde se hallaba, no recobró el uso de los sentidos.

Habia quedado en estado de idiotismo.

Ni hablaba ni contestaba á las preguntas que la dirigian.

Las casas de dementes son generalmente y en todas partes visitadas por curiosos, muchos de los cuales, la mayor parte, toman estas visitas como una diversion cualquiera.

Y aquí la pluma quiere correrse á hacer alguna reflexion bien triste por cierto.

La sociedad, lo mismo en los tiempos antiguos que en la edad media, y en la que hemos alcanzado, tiene malos instintos.

En tres puntos, en tres espectáculos nos fijamos para hablar de este modo y sentar tal proposicion.

Las sentencias de muerte.

Los circos.

Las visitas á las casas donde se albergan los desgraciados que han perdido el uso de la razon.

Es muy comun cuando un desgraciado es conducido al fatal patíbulo para expiar un crímen, y satisfacer la vindicta pública, acudir como si se fuera en romería á presenciar aquel horrible espectáculo que ya no debia representarse en las naciones cultas, y más de una vez hemos presenciado con dolor, en ocasiones en que un imprescindible deber nos ha hecho asistir

á acto tan desconsolador, la confusion y gritería de la multitud, por disputarse los puntos más cómodos para presenciar la ejecucion, como si se tratára de una funcion de saltimbanquis. Por ventura ¿no es nuestro hermano aquel desgraciado que es conducido á tan terrible expiacion? Revestidos de una naturaleza miserable como la suya ¿no estamos expuestos á ser en el dia de mañana arrastrados á cometer un crímen? ¿Por qué, pues, no ha de inspirar sentimientos de compasion el criminal cuando se encuentra en la hora de la expiacion? Instintos salvajes y alma degradada es necesario para complacerse en ver quitar la vida á un semejante, por más que este semejante sea un miembro corrompido de la sociedad.

Harian bien los gobiernos y merecerian un voto de gracia por parte de los corazones nobles, en disponer, en tanto que un perfecto sistema de establecimientos penales permite suprimir la pena de muerte, segun reclama la civilizacion moderna, en disponer que las ejecuciones no fuesen públicas, sino en el interior de las cárceles.

Ni se nos diga, repitiendo un argumento ya gastado, que sirven de escarmiento las ejecuciones públicas.

Lo negamos en absoluto, y bien saben los mismos que tal argumento presentan, que por lo regular acuden á aquellos actos á ejercer su fatal industria, aprovechándose de la confusion, los aficionados á los biènes ajenos.

Hemos citado en segundo lugar los circos.

Nos referimos á nuestros circos tauromáquicos.

A nosotros nos recuerdan las fiestas del circo romano, donde una inmensidad de hombres, en su mayor parte pertenecientes á la hez de la sociedad, se reunian para presenciar las luchas de los gladiadores, y aplaudir las posturas que tomaban para morir en honra del César.

Mas tarde aquel mismo pueblo que habia llegado á los últimos lindes de la degradacion, aquella sociedad abyecta que rechazaba con tenacidad la civilizacion evangélica que habia de convertir á la famosa capital del imperio romano, en centro y cabeza de la Religion salvadora, se regocijaba presenciando otros espectáculos en los que corria la más inocente sangre. Era la sangre de los mártires que eran destrozados en el mismo circo por las fieras. Muchos fueron los que allí se dejaron sacrificar para ser ejemplos á las edades venideras de constancia en la profesion de la fe salvadora del cristianismo.

No discutirémos, por no ser de este lugar, sobre la inconveniencia é inmoralidad de esos espectáculos llamados *nacionales*, condenados por el buen sentido y anatematizados por todos los hombres de buenos sentimientos dotados. En ellos cuando no corre la sangre humana, se presencia el martirio de irracionales tan nobles y útiles como el caballo, al que despues que se han utilizado de diversas maneras sus

servicios, páganselos llevándolos á una plaza de toros para que mueran del modo más cruel.

Afortunadamente, al tiempo que estas líneas escribimos, se hace en España gran propaganda contra las corridas de toros, y escritores de mucha valia esparcen los argumentos en contra de tan inmoral espectáculo.

A su tiempo dará fruto esta propaganda.

Continuemos nuestra interrumpida narracion.

Entre las varias personas que aquel dia acudieron á visitar la casa de dementes, más por curiosidad que por otra cosa, se encontraba el tabernero por el cual Alberto, segun recordará el lector, se habia informado de que Beatriz se hallaba encausada y de los motivos de su proceso.

Fijóse en un amigo que le acompañaba y llamóle su atencion, diciéndole, al mismo tiempo que señalaba con su dedo á Beatriz:

—Esta loca no me es desconocida.

Miróla el amigo y exclamó:

—¡Ya lo creo! Tambien yo la conozco.

—Pero es que no caigo en quien puede ser.

—Torpe eres en demasía. Es tu vecina, aquella señora de la que tanto se ha hablado, y que huyó de su casa para librarse de caer en manos de la justicia, segun se dice.

—¡Y que es verdad! Es doña Beatriz. Pues yo creo que esa mujer está tan loca como yo.

—Si no lo estuviese, yo creo que no estaria aquí por gusto.

—Mas como á los locos no se les condena, puede que haya tomado este arbitrio para librarse del castigo, pues ya sabes que está acusada de envenenamiento y secuestro.

—Eso es verdad, pero no sé qué preferiria yo mejor entre vivir con locos ó con presidiarios.

Tras los interlocutores se hallaba el encargado del establecimiento que se enteró en lo que aquellos hablaron.

—Señores, les dijo: vuestra venida aquí parece providencial.

—¿Por qué lo decis? preguntó el tabernero.

—Esta pobre demente ha sido encontrada en la calle por una ronda y conducida á este establecimiento, sin que se haya podido hasta el presente identificar su persona. Y toda vez que la conoceis, ¿tendriais la bondad de venir á mi despacho, donde tomaré nota de las noticias que me deis para trasmitirlas al señor juez, en lo que dispensaréis un gran servicio?

—No hay dificultad, dijeron ambos.

Pasaron todos al despacho de aquel empleado.

El tabernero y su amigo declararon haber reconocido en aquella loca á la persona de doña Beatriz, y la casa en que vivia.

Hízoles el empleado dejar las señas de sus respectivos domicilios, por si el juez tenia por conveniente

hacerles comparecer á su presencia, para dirigirles alguna nueva pregunta.

Ellos obedecieron y se retiraron.

Una hora más tarde, el juez sabia quien era la loca encontrada de noche, al parecer demente, en las calles de Granada.

CAPITULO XXVII.

Trabajos de Juan de Dios en favor de Beatriz.

Causó á don Diego una gran impresion el estado á que habia llegado la infeliz Beatriz y experimentó hácia ella sentimientos de compasion.

Debia ser así necesariamente.

El espíritu de caridad se habia infiltrado en su corazon desde el momento en que habiendo dado oidos á las reflexiones que le hiciera Juan de Dios, habia determinado dar un adios á las grandezas y comodidades del mundo, y dedicarse en el órden hospitalario á la asistencia de los enfermos.

El dia que siguió á la noche en la que recibió la visita de Beatriz, á primera hora de la mañana se presentó en el santo Hospital, y dijo á Juan de Dios·

—Hermano Juan: firme en mi vocacion y en la decision que habia tomado, vengo á deciros que todos

mis asuntos quedan perfectamente arreglados y que me teneis á vuestra disposicion, esperando con verdadera ansia vestir el santo hábito y entrar al noviciado.

Juan le respondió:

—¿Lo habeis pensado bien? ¿Lo habeis consultado con Dios en la oracion?

—Mi resolucion es irrevocable.

—Pues tened entendido, hermano mio, que la vida religiosa que os disponeis á abrazar es un paraiso de delicias para el que viene á ella con el espíritu de Dios y esto ha sido por una vocacion del cielo; pero este paraiso se convierte en un infierno, para el que entrando en él sin vocacion decidida se arrepiente luego que ya no tiene remedio por haber hecho la profesion.

¡Desgraciado del religioso que llega á recordar con placer las ollas del Egipto! ¡Desgraciado del que está con el cuerpo en el claustro y con el espíritu en el mundo! La transicion que se va á obrar en vuestra vida es violenta. Hasta ahora habeis vivido entregado á los negocios del mundo, rodeado de toda suerte de comodidades y viendo satisfechos todos vuestros caprichos. Una vez en la religion hospitalaria, no habrá para vos más descanso que el necesario absolutamente para sostener vuestras fuerzas: vuestro recreo serán los desgraciados enfermos, vuestras comodidades un duro lecho y un alimento frugal; vuestras manos tocarán en vez de sedas y terciopelos, asquerosas lla-

gas y los perfumes con que se recreará vuestro olfato nó serán otros que los miasmas insalubles de las fiebres y demás enfermedades: hasta el presente habeis sido señor, pero en adelante habeis de ser siervo, pero es una servidumbre á la que están reservados premios eternos, porque Jesucristo recibe como hecho á sí mismo todo el bien que dispensamos á nuestros hermanos. Pensad, pues, en lo violento de esta transicion ántes de tomar el santo hábito en la órden.

—No espero ni un dia más, dijo don Diego: todo lo hé meditado muy detenidamente.

—¿Y nada os arredra?

—Nada.

—¿No os arrepentiréis?

—Tal vez pudiera arrepentirme si contase con mis propias fuerzas; pero, si bien nada puedo por mí mismo, lo puedo todo en aquel que me conforta.

—Me alegro que hayais leido á San Pablo y que os hayais identificado con su espíritu.

Don Diego sacó del bolsillo unos papeles y entregándolos á Juan de Dios, le dijo:

—Aquí teneis una escritura por la cual cedo todos mis bienes á beneficio de los pobres que se albergan en esta santa casa. He pagado ya las deudas que tenia y he repartido algunas abundantes limosnas: todo para los pobres, y de este modo restituyo lo que puedo haber ganado con poca justicia.

—Pues siendo así que vuestra desicion es irrevoca-

ble, el próximo domingo se verificará vuestro ingreso en la órden, para lo cual os prepararéis por medio de una confesion general.

Satisfecho quedó don Diego con esta resolucion del hermano Juan de Dios.

Era jueves.

Los tres dias que habian de trascurrir eran para él tres siglos de espera.

Ya sabemos que el amor es impaciente.

Y don Diego ardia ya en el fuego del amor divino, y suspiraba por la hora deseada de ser ministro de los pobres.

—Estoy conforme, dijo, y ahora debo hablaros de otra cosa que no deja de ser importante.

—¿Qué es ello?

—Deseo hablaros de la esposa de Alberto. Nunca como ahora necesita de vuestro auxilio.

—Explicaos.

Don Diego explicó con todos sus detalles al hermano Juan todo lo ocurrido en la visita que aquella le habia hecho, la perturbacion de su razon y el lugar en que se hallaba.

—¡Pobre mujer! exclamó Juan de Dios.

—Su situacion es terrible.

—Mas de lo que os figúrais, porque si muriese en el estado de demencia, no pudiendo reconciliarse con Dios por medio del arrepentimiento era perdida sin remedio. ¡Es necesario hacer lo posible porque reco-

bre la razon! ¡Es preciso salvar esta alma extraviada! Esto será una obra muy meritoria á los ojos de Dios. Dejadme, don Diego, dejadme que debo pensar la manera de obrar en este asunto. Yo no he perdido ni un sólo momento la esperanza en la regeneracion de esa pobre enferma más del alma que del cuerpo.

Don Diego se retiró.

El hermano Juan quedó meditabundo.

Se retiró al oratorio y se postró ante la presencia de una imágen del Crucificado, rogando fervorosamente por Beatriz.

Después quedó como extasiado en la oracion.

Pasó cerca de una hora.

Alberto, que no habia visto á don Diego ni tenia conocimiento de la conferencia que aquel habia tenido con Juan de Dios, fué en busca de éste.

Entró en el oratorio y le contempló en su humildísima posicion.

No quiso distraerle.

De pronto el hermano Juan, como volviendo en sí se levantó y exclamó:

—Gracias, Dios mio, ¡gracias!

Fué á salir y se encontró con Alberto.

Este quedó maravillado.

Porque el rostro del religioso estaba resplandeciente y alegrísimo.

Revelaba que habia recibido grandes favores en la oracion.

Parecia trasfigurado.

Así, pues, Alberto quedó parado sin atreverse á dirigirle una sola palabra.

Pero Juan le echó los brazos al cuello, y con toda la efusion de su corazon, le dijo:

—¡Bendigamos á Dios, hermano mio! ¡Bendigámosle porque es inmensa su misericordia!

—¿Qué es ello, hermano Juan? preguntó Alberto. ¿Qué os ha sido revelado?

—Beatriz recobrará su razon y será más tarde una nueva Magdalena.

—¡Decís que recobrará su razon! Pues que, ¿la ha perdido?

—Sí; está loca, pero la Providencia todo lo ordena en peso, número y medida. No temais nada... No se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, y Beatriz recobrará la salud del cuerpo, para recobrar luego la del alma. ¡Oh, seréis felices!

—¡Dios lo haga, hermano Juan! dijo Alberto.

Y concibió una gran confianza de que se verificaria el acontecimiento comunicado por el santo religioso.

Para él era indudable que habia sido favorecido por una revelacion del cielo.

Así, pues, penetrando en él el espíritu de Dios, exclamó:

—¡Oh! Si todo se verifica como decís, yo la perdonaré y volveré á ser su compañero.

—¡Pues ya lo creo que la perdonaréis! replicó el hermano Juan. Obrar de un modo contrario seria una rebeldía á la divina ley que profesamos: juzgo que no quereis caer en tal rebeldía.

—De ningun modo, hermano Juan.

—Voy á salir, dijo el religioso: rogad á Dios que me dé acierto, porque voy á ocuparme de esa desgraciada señora.

—Id con Dios, hermano Juan. El Señor guiará vuestros pasos porque todos van dirigidos al bien.

El hermano Juan, sin abandonar su alforja, porque al paso habia de implorar la caridad para sus enfermos, se dirigió á la casa del juez que entendia en la causa de Beatriz.

Alberto quedó entregado á una profunda meditacion.

—¿No era yo un insensato cuando queria huir de esta casa?... El hombre miéntras es viador no hace otra cosa que caer de aberracion en aberracion. ¿Donde podria encontrar otro amigo semejante á este?... Bien que hombres como Juan de Dios aparecen en el mundo de tarde en tarde y por esto son más estimados. ¿Qué le importan á este religioso mis desventuras ni las de mi esposa? ¿Por qué así se afana por alcanzar nuestra felicidad? ¿Qué beneficios le he dispensado para que así quiera recompensarlos?... Ninguno. Pero este hombre original que no conoce el egoismo que es el rey del mundo y que domina la

mayor parte de los corazones, es todo caridad. El que padece, el que sufre, el que vierte lágrimas encuentra en él, más que un amigo, un padre cariñoso. ¡Bendito seais, Señor, que suscitais estas almas privilegiadas para que sean el consuelo de la mísera humanidad.

Sigamos ahora los pasos del religioso.

Llegó á la casa del juez, donde preguntó por este funcionario.

Hiciéronle pasar.

Cuando el sacerdote de la justicia vió en su presencia al humilde y santo religioso, se levantó y le saludó con el mayor respeto.

Ya sabemos que estimaba en mucho sus grandes virtudes y relevantes prendas.

Obligóle á tomar asiento y le dijo:

—¿A qué debo la honra de ver por esta casa al hermano Juan?

Una dulce sonrisa asomó á los labios del religioso, que contestó:

—Poca persona soy yo para que podais tener á honra el recibirme.

—Sois....

—Un hermano vuestro, y por consiguiente acreedor á vuestro amor, porque el Señor nos manda que nos amemos mútuamente.

—Así es.

—Yo vengo á molestaros, señor juez.

—Nunca podeis causarme molestia. Podeis, pues,

exponer el objeto que os trae, en la inteligencia de que no deseo otra cosa que complaceros.

Juan de Dios con la misma agradable sonrisa que antes, dijo:

—Vamos, señor juez, ¿quereis ser mi cómplice?

—Ya comprendo que esa complicidad será para una obra meritoria. Contad, pues, conmigo. Desde ahora me declaro vuestro coadjutor ó cómplice, ya que de esta palabra habeis usado. Veamos ahora de que se trata.

—Ni más ni ménos que de una curacion.

—¡De una curacion! ¿Olvidais que yo no soy médico sino letrado?

—Y sin embargo, para una curacion solicito vuestro concurso.

—No os entiendo.

—Me explicaré y ya me entenderéis.

—Veamos.

—Recordais, señor, aquella pobre mujer encausada por el secuestro de Victoria y...

—No digais más. Esa mujer satánica encontró los medios de ponerse á salvo de la accion judicial, pero precisamente hace muy pocos momentos he sabido donde se halla.

—¿Sabeis?...

—Seguramente: ha perdido la razon, y encontrada en tal estado en las calles ha sido conducida á la casa de locos.

—Pues, ved aquí, la enferma que me habeis de ayudar á curar.

—Si creeis que está en mi mano el hacerla recobrar la razon, haré cuanto pueda, porque á más de ser una obra de misericordia os complaceré. Pero si llega á conseguir la salud...

—¿Qué?

—Será puesta en prision y se le seguirá la causa por los crímenes que sobre ella pesan.

—Es justamente lo contrario de lo que yo pretendia.

—¡Cómo! ¿Me aconsejariais vos que obrase injustamente?

—¡Oh! Eso nunca.

—Entónces...

—¿Creeis, señor juez, que Dios obrará injustamente si el dia en que os presenteis en su tribunal para ser juzgado, os perdona y usa con vos de misericordia?

El juez miró fijamente al religioso, sin saber que contestacion dar á su argumento.

Juan esperó.

Por fin, como quiera que algo habia de contestar á lo dicho por el religioso, exclamó:

—Dios perdona, hermano Juan; pero es cuando vé arrepentimiento en el pecador. ¿Creeis que esa mujer es capaz de arrepentirse?

—Creo más.

—¿Más?

—Justamente: creo que Beatriz puede ser aún una santa.

—Tambien yo creo que puede serlo, pero dudo mucho que lo sea.

—Veo que es tíbia vuestra fe; de lo contrario, no abrigaríais esas dudas. Ayudadme, señor juez, á salvar á esa pobre mujer, que tal es la voluntad de Dios.

A otro hombre que no hubiese sido Juan de Dios, le hubiese rechazado aquel magistrado, que era celosísimo en el cumplimiento de sus deberes, y que hubiese creido por lo tanto que faltaba á ellos si protegia á aquella mujer criminal á la que estaba obligado á seguir una causa por envenenamiento y secuestro.

Mas, como quiera que miraba á Juan de Dios como á un oráculo, y estaba muy persuadido de los tesoros de virtud que encerraba en su pecho, comprendió que no sin una inspiracion de lo alto el religioso se interesaba de tal modo por aquella mujer, y exclamó con tono resuelto:

—Bien, hermano Juan; si tan persuadido estais en que es la voluntad de Dios lo que me proponeis, estoy conforme: hablad, decid de qué manera deseais que obre, y veréis en seguida satisfechos vuestros deseos.

Juan de Dios manifestó su gratitud y contestó de este modo:

—Creo, caballero, que decidiéndoos á ayudarme en mi empresa, haceis una obra meritoria á los ojos de Dios. Vos mismo podeis comprenderlo: si Jesucristo dió su vida por el rescate de la humanidad, calculad de qué manera aceptará los sacrificios que hagamos para volver al sendero de la salvacion á un alma extraviada.

—Decid, pues, lo que debo hacer.

—En primer lugar dejar dormir la causa abierta contra Beatriz.

—Es decir, que sobresea...

—Justamente, porque si como espero vuelve á su razon y se ve encarcelada, en vez de convertirse llegará á la desesperacion.

—Pues bien, dentro de tres dias, y fundándome en que no se han presentado pruebas suficientes que la hagan culpable del delito de envenenamiento, se proveerá dejandola en libertad.

—Bien.

—¿Y después?

—Después, no sé si os tendré que molestar de nuevo, porque una vez en libertad, he de atender yo ántes de todo á procurar su alivio.

—Está bien.

—Otra cosa se me ocurre.

—¿Qué es ello?

—Esa pobre mujer tiene contra mí una especie de preocupacion que no pasa de ser una manía. Es ne-

cesario hacer desaparecer de ella esa preocupacion, con el objeto de que se preste á escuchar mis consejos, y esto habeis vos de hacerlo.

—Pero ya veis que estando privada de la razon será inútil cuanto tratemos.

—Yo hablo en la hipótesis de que cure de su enfermedad, que sí curará.

—El religioso hablaba con un acento de conviccion que llamaba la atencion del juez.

—Obraré, dijo éste, del modo que ordenais.

—Pues en este caso y una vez convenidos, me retiro á continuar mi cuestacion para los pobres enfermos. Y para terminar convendrá que extendais una órden disponiendo que me sea permitido trasladar á la enferma, á mi voluntad, bien á mi hospital, bien á otra casa cualquiera. El estado en que se halla requiere los mayores cuidados y las más delicadas atenciones.

—Esperaos un momento y vos mismo seréis el portador de la órden.

Inmediatamente la extendió, la firmó y la entregó al religioso.

—Estais servido, le dijo, en cuanto deseabais.

—Dios os pague tanta caridad.

El hermano Juan se despidió y abandonó aquella casa.

Iba contento, lleno de regocijo, más que el general que ha ganado una batalla.

Esto es lo que sucede siempre á los varones de misericordia, que tienen una vida escondida en Jesucristo su Dios.

Tan sólo en hacer bien encuentran satisfaccion verdadera.

Si libran á un semejante suyo de un peligro, si enjugan una lágrima, si pueden amparar una desgracia ó hacer un bien cualquiera á otra existencia, experimentan una satisfaccion inmensa, y sienten rebosar el corazon en dulces expansiones.

En esto se diferencian estos hombres, de esos otros egoistas miserables que atendiendo tan solamente á su propio bienestar, ni paran mientes en las ajenas necesidades.

Son estos plantas parásitas en el campo social, cizaña perjudicial nacida entre el trigo de las meritorias obras que elevan y engrandecen á los hombres dotados de buenos sentimientos.

Y como quiera que Juan de Dios creia que habia adelantado mucho en la buena obra que se habia propuesto llevar á cabo, habiendo obtenido que no pasase adelante la causa que á Beatriz se seguia, y siéndole permitido el poderla trasladar á donde fuese su voluntad, salió de la casa del juez, exclamando:

—¡Indudablemente esta es obra de Dios! Marchen por sus pasos contados y todo terminará en bien. ¡Dios lo haga! ¡Tengo empeño en ver esa alma regenerada!

Por su parte el juez que se edificaba con solo ver ó hablar á Juan de Dios, decia:

—Este hombre es enviado por Dios al mundo para hacer bien. Con su ejemplo, con sus obras, va diciendo, como en otros tiempos el Apóstol: *Sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo:* porque este hombre es todo caridad y comprende perfectamente el espíritu del cristianismo. Valor es y accion digna de encomio el sacrificarse por la pátria, pero es aún más heróico el estar siempre dispuesto á sacrificarse por cualquier semejante, y esto es justamente lo que hace este buen religioso. ¿Qué le importa de esa mujer? Nada absolutamente: pero tiene enferma el alma y tambien el cuerpo, y á su lado ha de estar necesariamente ese ángel del amor cristiano. Más enseña este buen religioso con su ejemplo, que cuanto pudiera aprenderse en los más bien acabados discursos de la ciencia humana. Cumpliré al pié de la letra lo que le he ofrecido, porque no veo en ello la menor injusticia y ántes por el contrario, creo hacer un bien. Indudablemente esa pobre mujer está llamada á una regeneracion, porque no pueden ser perdidos los afanes de este santo religioso que seguramente está inspirado para obrar del modo que lo hace. ¡Es una virtud extraordinaria!

Cuando el hermano Juan llegó al Hospital, y hubo dado cumplimiento á los deberes que se habia impuesto con los enfermos, se reunió con Alberto que

ya estaba impaciente por saber que es lo que habia practicado.

Comprendiólo el religioso, el cual le saludó con una dulce sonrisa.

En su semblante, en aquella sonrisa, conoció Alberto que debia ser mensajero de buenas nuevas.

—Sin duda que me esperariais impaciente, le dijo el religioso.

—Y juzgo que me disculpareis, respondió Alberto. Mi impaciencia creo que es natural.

—No os diré yo que sea virtud la impaciencia en ningun caso, pero en verdad es disculpable en el presente.

—Y bien.....

—No tengo para que deciros que cada vez estoy más firme en mis esperanzas, y no estoy impaciente: ¿sabeis por qué? Porque confio en Dios, que hace las cosas cuando y como conviene.

Esta era una nueva y suave leccion que daba á Alberto, y este supo recogerla.

Se calló.

No encontró que contestar á aquellas frases del santo religioso.

Este le dió cuenta de cuanto habia hablado con el juez, y de las concesiones que le habia hecho.

—Bien, dijo Alberto: mucho me alegro de que esa causa tan deshonrosa haya terminado: pero en cuan-

to á la licencia que habeis obtenido, ¿qué uso pensais hacer de ella?

—Trasladarla á su misma casa, y hacer que en ella sea cuidada por su amiga doña Vicenta, que tambien necesita regenerarse y por la asistencia del médico de este hospital, varon muy docto, muy experimentado y adornado de una caridad extraordinaria. Tal es mi determinacion.

—Fácil será que de este modo recobre el perfecto uso de sus facultades intelectuales; pero ¿volverá después á ser la misma que era?

—Eso es lo que tratamos de evitar. Yo no desearia que supiese que yo he hecho nada en su favor, porque el bien que hace la mano derecha debe ignorarlo la izquierda, pero para conseguir el objeto que nos proponemos, es necesario, aunque en esto me mortifique, que no ignore que á mi debe el sobreseimiento de la causa y el estar en su propia casa. ¿Comprendeis mi idea?

—Nó, en verdad.

—Pues es muy sencilla.

—Dignaos explicármela.

—Sabiendo ella que yo he sido el instrumento de todo esto, depondrá naturalmente la prevencion que contra mí tiene y no se negará á recibirme en su casa y á escucharme.

—¡Es verdad!

—Y como yo consiga esto, lo demás corre de mi

cuenta. Yo sembraré y Dios dará el incremento, pues no puede ménos de ser así.

—¡Sois un santo, hermano Juan! dijo Alberto.

—Os suplico que no volvais á repetir esas palabras. Yo, por desgracia, estoy léjos de tener esa santidad que me atribuís. Soy por el contrario, un hombre lleno de defectos y de miserias. Y ¡ojalá que las obras que practico en beneficio de mis semejantes fuesen suficientes á borrar las grandes faltas de mi juventud!.... ¡Yo, santo!.... ¡Yo que abandoné á mis buenos padres, siendo causa de la muerte de aquella santa mujer que me llevó en sus entrañas!.... Vaya, compadecedme, y rogad á Dios por mí, en vez de admirarme.

Y las lágrimas se desprendieron de los ojos de Juan de Dios.

Cuatro dias después, cuando supo que ya se habia sobreseido en la causa seguida á Beatriz, y que esta quedaba por consiguiente en libertad, se presentó en casa de doña Vicenta.

Esta quedó admirada y no supo á que atribuir aquella visita.

—Vengo, la dijo el religioso, á comunicaros nuevas que os serán gratas.

—Decid, hermano Juan.

—Ha terminado la causa que se seguia á vuestra amiga Beatriz.

—¿Y de qué modo?

—Absuelta y en libertad.

—¿Quién se ha interesado?....

—Este humilde religioso.

—¡Vos!

—Sí: ¿por qué os admirais? Yo sé que esa desgraciada no me quiere bien, y el Evangelio me manda amarla más especialmente por esta causa.

—¿Y sabeis dónde se halla?

—Seguramente.

—¡Ha perdido el juicio!

Juan de Dios sacó la órden que tenia para poder disponer de ella, y la mostró á doña Vicenta.

Esta la leyó y preguntó:

—¿Qué pensais hacer?

—Trasladarla á su casa, donde espero confiadamente que primero conseguirá la salud del cuerpo y después la del alma. Vos os trasladareis allí y la dispensareis vuestros cuidados, bajo la direccion del médico del hospital.

—Francamente, hermano Juan.....

—¿Qué quereis decirme?

—Que me da miedo de estar con una loca.

—Pues tales son los deberes de la amistad. ¿No erais su amiga cuando se hallaba en la prosperidad?

—Es verdad.

—¿No la recogistéis en vuestra casa cuando huia de la justicia?

—Tambien lo es.

—Pues ahora estais en el deber de demostrarle esta amistad, porque es cuando más necesidad tiene de ella.

—Bien, hermano Juan, haré cuanto dispongais.

Juan de Dios aprovechó aquellos momentos para hablar á doña Vicenta de las cosas pertenecientes al espíritu, y lo hizo con tal elocuencia, que aquella señora no pudo ménos de enternecerse.

Viendo sus buenas disposiciones la dijo:

—Empezad vuestra regeneracion trabajando por la de vuestra amiga, cuyo estado es el más infeliz y desgraciado.

Y sin esperar respuesta se levantó y abandonó aquella casa.

Tres dias después, Beatriz, sin darse cuenta de ello era trasladada á su misma casa desde el establecimiento donde se albergaban los dementes.

Allí empezó á disfrutar la asídua asistencia de doña Vicenta.

Cada dia era visitada por ambos médicos: esto es, por el del hospital que se habia encargado de su curacion, y por Juan de Dios, que era el destinado para ponerla en camino de salvacion.

El santo religioso, en tanto que Beatriz se hallaba sin el uso de su razon, aprovechaba el tiempo de sus visitas en dirigir á doña Vicenta hácia el camino del bien.

Como quiera que, segun ya hemos dicho, estaba

adornado del don de la penetracion, conocia perfectamente el estado de la conciencia de aquella mujer, y asi los consejos que la daba, las frases que la dirigia eran las más adecuadas y á propósito para enternecerla é inclinarla al bien.

Habia nacido Juan de Dios para hacer bien, y así aprovechaba toda ocasion propicia que se le presentaba para ocuparse en beneficio de sus semejantes.

CAPITULO XXVIII.

Incidentes de la vida de Juan de Dios

En tanto que tenian lugar los acontecimientos que venimos narrando, la fama de Juan de Dios corria por todas partes, pues que se hacian cada vez más notorias sus extraordinarias virtudes.

El padre maestro Avila, aquel varon tan experimentado en la ciencia del espíritu, aquel incansable predicador del Evangelio, que era conocido por el Apóstol de Andalucía, como director que era de Juan de Dios, tenia un conocimiento exacto de sus virtudes así como de los dones especiales con que Dios favorecia á este su siervo amadísimo, que habia llegado á ser un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres.

Penetrando hasta el fondo del santo hospitalario, y convencido de que su caridad tenia todos los caracté-

res que á esta virtud señala San Pablo, decia siempre que de él hablaba:—Juan de Dios ha sido colocado en el mundo para edificacion de muchos y llegará un dia en el que será elevado al honor de los altares.

Por una parte la gran reputacion que el maestro Avila disfrutaba, lo que hacia que sus palabras fuesen creidas, y por otro lo notorio de las virtudes de Juan de Dios, hacia que este fuese cada dia objeto de mayor veneracion, no sólo por las personas legas sino hasta por los sacerdotes y prelados. Todos veian en él ejemplos admirables que imitar, y motivos contínuos de edificacion.

Sin embargo, como entra en el plan de la Providencia, que el justo sea probado en la tribulacion como el oro en el crisol, no faltaban personas incrédulas que, incapaces de practicar el bien, no viesen en el virtuoso hermano hospitalario otra cosa que un hombre hipócrita, ganoso por los aplausos de la sociedad, que habia tomado este género de vida con el solo objeto de que se hablase de él.

Rara vez los hombres comprenden los designios de Dios, y penetran el corazon de sus escogidos. Las cosas que son verdaderamente extraordinarias, les sirve por lo comun para objetos de sus burlas. El mundo, decia con razon el gran Bossuet, no aprueba estas cosas y hace de ellas asunto para sus bromas. Habladle, decia, de las admirables operaciones del

Espíritu Santo en las almas, de su secreta comunicacion con los escogidos, y les vereis reirse y tratar á los contemplativos de necios ó de espíritus débiles ó soñolientos.

¿Qué extraño es que hubiese en Granada, quienes no viesen claro en las grandes virtudes de Juan de Dios, y tradujesen de un modo denigrativo sus obras? Cuando el Salvador del mundo efectuaba su peregrinacion en la tierra, daba repetidas pruebas, con las obras portentosas de sus manos, de que la Divinidad residia en él: por todas partes iba haciendo bien y los ciegos que recobraban la vista, y los sordos que oian, y los paralíticos que adquirian agilidad en sus miembros, y los muertos que como Lázaro, salian con nueva vida del sepulcro, todo daba á conocer que era más que hombre: sus obras le anunciaban como de una naturaleza superior á la de los demás hombres, y era necesario estar ciegos para no reconocerle como el Mesías anunciado por Moisés, David y todos los profetas, el libertador esperado hacia cuatro mil años por todo el universo, el Cristo cuya inmolacion debia imprimir en su persona el sello de un sacerdocio y reinado eterno.

Sin embargo, si bien, muchos hombres admirados de sus obras y de su doctrina preguntaban: ¿quién es este al que el mar y los vientos obedecen? no faltaban malignos fariseos que cual si nada significasen los prodigios que hasta entónces habia verificado, se

acercasen á Él para decirle: «Maestro, queremos ver señal de tí.» Esto es, queremos que hagas algun milagro. Si á pesar de los que estaban viendo continuamente piden uno nuevo para creer en él, es, dice San Jerónimo comentando este pasaje, para buscar un nuevo pretexto de calumniarle sin ánimo de rendirse á la verdad.

¿Nos estrañará, pues, lo que sucedia con Juan de Dios? Muchos le admiraban, porque veian en él un hombre dispuesto siempre á sacrificarse en favor de sus prójimos, porque su corazon rebosaba caridad, porque era un verdadero varon de misericordia; pero otros le calumniaban y le hacian objeto de sus burlas.

Esto léjos de impacièntar al varon de Dios, le alegraba, porque en los trabajos encontraba su mejor corona.

Satisfecho se hallaba por la conversion del magistrado don Diego, al que con placer veia ya cubierto con el pobre hábito de su órden, y convertido en enfermero asíduo de sus desgraciados enfermos, y tambien por haber conseguido que terminase la causa seguida contra Beatriz, y haber dejado á esta instalada en su propia casa y al cuidado de su amiga doña Vicenta.

Debia recibir el galardon de aquellas obras debidas á su espíritu de caridad; pero debe tenerse en cuenta que está en los planes de la Providencia, el galar-

donar á los justos con trabajos y aflicciones que les allanen el camino de la felicidad eterna.

Un hombre para él desconocido se presentó en el hospital, diciéndole que deseaba hablarle.

Condújole Juan de Dios á la sala destinada para recibir las visitas.

Hízole tomar asiento.

—¿Qué teneis que mandar? le preguntó, con su amabilidad acostumbrada.

—Hermano Juan, dijo aquel hombre: estoy cansado del mundo: en él no se halla otra cosa que mentira y falsedad.

—Es una verdad por desgracia.

—Los desengaños me hacen huir de él.

—¿Y á dónde vais?

—A vos.

—¡A mí! Mejor dijerais que deseabais ir á Dios.

—Bien, pero por vos.

—Ninguno viene al Padre sino por mí, ha dicho Jesucristo, y á Jesucristo se llega por la práctica de las virtudes.

—Lo comprendo.

—Pues si lo comprendeis practicad el bien, y la paz renacerá en vuestro corazon.

—No me habeis comprendido.

—Explicaos, pues.

—Yo pertenezco á una familia distinguida: he corrido tras los placeres del mundo, he frecuentado los

salones de la opulencia, me trato con personajes de importancia, y sin embargo no soy feliz.

—Nadie lo es en el mundo.

—Si es así, ¿por qué Dios ha impreso en nuestro corazon el deseo de la felicidad?

—Porque la felicidad existe.

—¿Cómo, pues, no la encontramos?

—Porque se busca en las cosas perecederas.

—¿Quereis explicarme esas palabras?

—Con el mayor gusto. Decidme primero si sabeis lo que es la felicidad y en que consiste. Tal vez no esteis en lo cierto en este punto.

—La felicidad creo que consiste en la verdadera tranquilidad del corazon.

—¿Y cuando está el corazon satisfecho?

—Cuando nada tiene que desear.

—Pues os habeis dado con vuestras respuestas toda la explicacion que de mí habeis exigido.

—No os comprendo.

—La felicidad consiste en la posesion de un bien que sea á la vez verdad, belleza y bondad, para que sean satisfechas cumplidamente las necesidades del hombre, para llenar las aspiraciones de la inteligencia, los deseos nobles del corazon y esa sed insaciable de gozar que siempre nos acompaña.

—Veo que hablais como un doctor.

—Pues no soy más que un ignorante: carezco por completo del conocimiento de las letras humanas.

—Sea como quiera, os suplico que continueis: me place sobremanera el escucharos.

—No deseo causaros placer, sino convencimiento.

—Hablad, hablad.

—Decidme: ¿creeis que entregado el hombre á sí mismo, puede descubrir ese bien, esa felicidad á que aspira?

—No sé que deciros.

—El hombre, decia ya un filósofo de la antigüedad, Platon, estará siempre desordenado, siempre caminará á tientas cual un ciego, en tanto que una luz superior no le descubra el Soberano Bien, objeto de sus constantes deseos. Esta luz superior se nos ofrece á nosotros en la enseñanza del Evangelio. El bien que busca el hombre, el que puede satisfacer todas sus necesidades, ha de ser precisamente universal: ha de ser eterno, inmutable é infinito. Si le falta la primera cualidad, el temor de perderle, priva al hombre de una parte, tal vez la principal, del placer de gozarle. No siendo inmutable, el hombre no descansará en su posesion; y si no es infinito no llenará las aspiraciones del corazon, que nunca puede satisfacerse con lo que tiene límites.

—Ponedme un ejemplo de lo que decís.

—Es muy sencillo.

—Veámoslo.

—Suponed que poseeis muchos bienes de fortuna, que os permiten rodearos de toda clase de placeres y

de comodidades; que teneis una esposa, digna madre de familia, y unos hijos que son objetos de vuestras mayores delicias: todos disfrutais de una salud envidiable. ¿En este estado os creeriais feliz?

—Seguramente.

—Es un error.

—¿Pues que más pudiera desear?

—Nunca pudierais creer que aquella felicidad iba á ser perpétua. El menor contratiempo, una ligera enfermedad en cualquiera de aquellos miembros queridos de vuestra familia, y sobre todo, el recuerdo que os asaltaria de vez en cuando de que todo lo habeis de abandonar con la muerte, os amargaria la existencia y os entristeceria. Que digan á un hombre en tal estado de dicha que debe morir al año siguiente, y no tendrá ya un momento de reposo. Y sin embargo á todos puede decirse, por más que no haya exactitud en la fecha. La felicidad se ha de buscar en Dios, en quien únicamente se encuentra la verdad, la belleza y la bondad, y no en las cosas criadas.

—Ahora os comprendo, hermano Juan.

—Pues haced esto y vivireis.

Aquel hombre inclinó la vista y meditó.

Después dijo:

—Al principio os anuncié que estaba desengañado de la sociedad y que venia á vos.

—Y yo os dije que fueseis á Dios.

—Tiempo es ya de que me explique.

—Podeis hacerlo.

—Deseo que me concedais el hábito de vuestra órden.

—¿Quereis ser hospitalario?

—Deseo entregarme al servicio de los enfermos.

—¿Os sentís con vocacion?

—Estoy resuelto.

Ya creemos haber dicho, que Juan de Dios, entre otros dones que Dios le habia concedido, tenia el de penetrar los corazones, y desde el primer momento habia penetrado el del jóven con quien hablaba.

No le llevaba á la religion una vocacion del cielo, sino la desesperacion de un amor contrariado: de consiguiente no era el espíritu de la caridad sino el de la soberbia el que le habia guiado á hablar con Juan de Dios.

Éste por lo tanto no podia acceder á sus ruegos.

El estado religioso que es un paraiso para el que á él es llevado por la vocacion verdadera, se convierte en un infierno anticipado para el que le abraza por fines puramente humanos.

Así, pues, Juan de Dios le dijo:

—¿Lo habeis meditado bien?

—Nadie me apartará de mi resolucion.

—¿Y quereis que yo contribuya á vuestra desgracia?

—¿Desgracia llamais el abrazar el instituto que vos mismo habeis fundado? ¿Es esa la fe que teneis en

vuestra obra? Os digo, hermano Juan, que no os comprendo.

El religioso se sonrió.

Después elevó los ojos al cielo y dirigiendo nuevamente la palabra al jóven, continuó hablando de este modo:

—Estais en un error al decir que no tengo fe en la práctica de la caridad, á la que se entregan mis religiosos. Y sabed de una vez que si he dicho que contribuiria á vuestra desgracia, concediéndoos el hábito que solicitais, es porque no veo en vos el espíritu que es necesario para ser hospitalario.

—¿Qué espíritu es ese?

—Espíritu de abnegacion completa: es necesario renunciar no solamente á la sociedad y á sus encantos, sino renunciarse á si mismo, para pertenecer tan solo á Dios y á sus pobres. Vos os acordariais frecuentemente de las ollas de Egipto, y tal vez acabariais por la apostasía, que es un crímen. Quiero evitaros esta nueva desgracia y por esto no os concedo lo que me pedís.

—¿Y no creeis que haceis un mal formando esos juicios temerarios?

—No lo son.

—Entónces, ¿qué pruebas teneis de lo que me decís? ¿Me conociais ántes de ahora? ¿Teneis conocimiento de mi vida pasada? ¿En qué fundais vuestros argumentos?

—Esta es la primera vez que recuerdo haberos visto.

—Luego entónces.....

—No me pregunteis más.

—Tal vez quereis ostentar que estais adornado con el espíritu de profecía.

—Dios me libre de semejante presuncion. Yo no soy más que un pobre y miserable pecador, más pobre y más miserable que vos; pero esas mismas frases que acabais de pronunciar me confirman en mi primer pensamiento. Os falta humildad cuando de tal modo me habeis hablado, y habeis de saber que la humildad es el pedestal de la vida religiosa. Jóven, no os canseis: al ménos por ahora no podeis recibir el hábito religioso, porque no estais para ello preparado. Confesaos, practicad las virtudes, pedid á Dios la vocacion que os falta y tal vez más adelante....

El jóven no le dejó continuar.

—Basta, dijo; no es necesario que os molesteis en sermonear, que bien sé lo que he de hacer.

—Quiera Dios que lo sepais.

Aquel hombre que por un momento tuvo la idea de hacerse religioso, se sintió nuevamente asaltado por la soberbia que habia sido su pasion dominante.

Se levantó del asiento que ocupaba, tomó el sombrero, y sin despedirse siquiera del santo religioso abandonó aquella casa, en la que no habia sido admitido.

Juan de Dios comprendió que era una alma perdida.

Se postró en tierra é hizo una oracion en favor de aquel hombre, compadecido de su desgracia.

Al poco tiempo, el hermano Juan, tuvo necesidad de salir del hospital.

Iba á pedir para sus pobres enfermos.

Su pensamiento estaba fijo en el que impulsado por el demonio, habia acudido á pedirle el hábito tal vez para que sirviera de piedra de escándalo en la religion, y para desprestigio del naciente y utilísimo instituto del que tanto bien venian reportando los pobres.

Aquel hombre, enojado completamente contra Juan de Dios, por haberle este rechazado, no se habia alejado del hospital.

El espíritu de venganza se habia apoderado de su corazon.

Se habia propuesto permanecer á la vista de la puerta del hospital asechando la salida del religioso.

Esta no se hizo esperar.

Apénas le vió, cogió una piedra, se la tiró, y con tan buen tino, que le hizo una herida en la cabeza.

Casualmente pasaban unos hombres que vieron la indigna accion de aquel villano.

Se arrojaron sobre él é irritados por aquella ofensa hecha á un varon tan virtuoso, al que todos respeta-

ban en gran manera, hubieran concluido con él sin la intervencion del mismo ofendido.

Juan de Dios sin cuidarse del dolor que le producia la herida ni de la sangre que de ella manaba, se dió prisa á amparar al que le habia ofendido.

—No le hagais daño, dijo con fuerte voz á los que de él se habian apoderado.

—Os podia haber dejado en el sitio, dijo uno.

—Mirad la sangre que perdeis, añadió otro.

—Merece la muerte, dijo un tercero.

Juan de Dios cubriendo con su cuerpo al ofensor para que no pudiesen dañarle, exclamó:

—Ha obrado en un momento de arrebato: está enojado porque no he querido admitirle por compañero.

—Eso no disculpa la infame accion que ha hecho.

—Pero Jesucristo nos ha enseñado á perdonar: si sois cristianos debeis de huir de la venganza. Yo le perdono y vosotros debeis hacer lo mismo.

El ofensor no hablaba palabra.

Estaba temeroso y confundido.

No sabia comprender como el mismo que habia recibido la ofensa le amparaba contra aquellos hombres.

Estos continuaban con aspecto amenazador.

—Si me estimais, les dijo Juan de Dios, me dareis una prueba de ello, siguiendo vuestro camino.

—Pues puede daros las gracias, dijo uno, porque

sin vuestra intervencion hubiera muerto á nuestras manos. No debe quedar impune una ofensa semejante.

Juan de Dios les hizo una seña con la mano y ellos se retiraron.

—Idos ahora vos por otro camino, dijo Juan de Dios al que le habia herido: ya estais en salvo: no os dejeis segunda vez guiar por el espíritu de la soberbia: podria aconteceros algo peor.

Y aquel hombre abochornado de sí mismo, se retiró sin atreverse á levantar la vista del suelo, ni pronunciar una sola palabra.

Juan de Dios regresó á su hospital para curarse la herida que habia recibido.

A no ser por la sangre que se veia en su rostro, nadie hubiese creido que aquel hombre habia sido injuriado.

Su semblante respiraba alegria y satisfaccion.

No podia haberle ocurrido cosa que le causara más viva satisfaccion, que le hiciese rebosar el corazon en más dulces expansiones.

Seguramente esto no lo comprende el vulgo de los hombres, ni aún muchos de los que se tienen por ilustrados, y que tal vez lo son. Hay cosas que no estan al alcance de todas las inteligencias.

¿Es posible que una injuria pueda causar satisfaccion y alegria?

¿Puede concebirse placer en el dolor?

Fenómeno es este que se advierte únicamente en las almas privilegiadas.

¿Por qué nuestra ilustre compatricia Teresa de Jesús, exclamaba: «O padecer ó morir?»

Por la misma razon que los demás bienaventurados, han suspirido por los padecimientos.

En asemejarse á Jesucristo, que siendo la inocencia misma, la santidad por esencia, sufrió afrentas é injurias por los hombres, encuentran la mayor honra las almas justas.

Además, la injuria que Juan de Dios habia recibido, le proporcionaba no solo la honrosa semejanza á Jesucristo, sino tambien la ocasion de perdonar á su enemigo y hacerle bien, como indudablemente se lo hizo evitando con sus ruegos el que fuese maltratado y tal vez muerto por los que habian presenciado el hecho que produjo la herida del religioso.

Era una nueva semejanza con el Dios-Hombre, que pendiente del árbol de la Cruz, rogó á su Padre por los mismos verdugos que le habian crucificado.

Alberto fué el primero que vió á Juan de Dios cuando este entró en el hospital.

—¿Qué es eso, hermano Juan? le peguntó: ¿Os habeis caido por ventura?

—Nó, Alberto.

—Pues entónces, esa sangre.....

—Es poca cosa: un regalito de la Providencia.

—¡Con que calma lo decís!

—¿Quereis por ventura que me impaciente, que pierda la tranquilidad de mi alma?

—Venid, venid, que perdeis mucha sangre y es necesario curaros.

Juan de Dios sin perder su serenidad, llamó á uno de los hermanos, el cual inmediatamente le curó y vendó la herida.

Tanto aquel hermano como Alberto, suplicaron á Juan de Dios que les manifestase como habia sido el venir herido.

—Esta herida me la ha causado un desgraciado: ya el pobrecito se habrá arrepentido.

—¿Pero, por qué motivo ha obrado así?

—Estaba quejoso conmigo y tenia razon en ello.

—Dispensadme, hermano Juan de Dios, dijo Alberto: vuestra modestia os hace hablar de ese modo, pero nunca creo que pueda haber motivo suficiente para obrar de la manera que lo ha hecho. ¿Podeis aprobar la venganza?

—Eso nunca, porque la venganza es un pecado.

—Luego entónces.....

—Yo lo único que he dicho es que tenia motivos para estar quejoso de mí.

—¿Y me tachariais de importuno si os preguntase que motivos son esos? porque francamente no creo que vos, podais dar á nadie motivos de queja.

—Ese hombre estuvo esta mañana aquí con la pretension de que le diese el hábito de la órden.

—Y vos se lo negasteis.

—Justamente.

—¡Pues ha demostrado tener buena vocacion!

—Yo os diré: creí oportuno por razones que no son del caso referir, ni debo hacerlo, el no acceder á su peticion, y como quiera que el enemigo busca siempre ocasion para perder al hombre, hizo aparecer en él la pasion de la ira, y dominado de ella no supo lo que hizo, al tomar una piedra y arrojarmela ¡Pobre criatura! A estas horas ya habrá comprendido que hizo mal, y si se arrepiente de su accion y la llora, en este caso ¡feliz culpa! que ha servido para que abra los ojos de su alma.

Admirados quedaron así Alberto como el religioso que habia curado la herida del hermano Juan de Dios al escuchar sus palabras, que revelaban toda la grandeza de su alma y los tesoros de virtud que atesoraba en su corazon.

Y tal efecto les hizo que uno y otro no pudieron ménos de derramar lágrimas de ternura.

—Ea, exclamó Juan de Dios; no hay que pensar más en el asunto y entreguemonos á nuestras obligaciones.

Y renunciando por aquella mañana á hacer la cuestacion, se dirigió al departamento de los enfermos para servirles el alimento matutino á los que podian tomarlo y á unos y á otros dirigirles palabras de consuelo.

En esto empleó la mañana.

Antes de consignar el resultado que tuvo la mansedumbre de Juan de Dios para con el hombre que le habia injuriado hiriéndole en la cabeza, daremos cuenta de otro suceso ocurrido en el mismo dia.

Era por la tarde cuando presentándose un caballero en el hospital, preguntó por el hermano Juan de Dios.

Dierónle aviso á este y saliendo en busca del que deseaba hablarle le recibió con la mayor amabilidad.

—¿Qué teneis que ordenarme? preguntó el religioso.

—Debo hablaros con la mayor reserva.

—Podeis hacerlo que yo os ofrezco guardarla.

Veamos al objeto que á aquel caballero conducia al convento y hospital de Juan de Dios.

CAPITULO XXIX.

En el que se continua la materia del anterior.

Hé aquí de que modo se explicó el caballero.

—Sabed en primer lugar, hermano Juan que me admiran en gran manera vuestras obras.

—Nada tienen que sea digno de esa admiracion, y en verdad, caballero, que me confundís.

—La vida de abnegacion que pasais, esas fatigas contínuas en favor de los pobres, ese trabajo diario de buscar recursos para sostener este santo establecimiento ¿no es digno de admiracion?

—En verdad lo seria si fuese obra mia.

—Pues ¿de quién es?

—De Dios, caballero: el hombre por si mismo nada puede y todo el bien procede de Dios. Yo no soy más que un instrumento, por cierto de escasísimo valor, que la Providencia ha elegido para dispensar sus be-

neficios á esos desgraciados. Entra en el plan de la Providencia elegir las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes.

—Nunca como ahora veo resplandecer en vos las virtudes cristianas por que sois muy humilde y la humildad es el fundamento donde se sostiene el edificio magestuoso de la verdadera piedad.

—Yo os suplico rendidamente, caballero, que mudeis de conversacion. Esos elogios que me tributais me mortifican por inmerecidos. Sirvase, pues, decirme el objeto de su visita: si es el dejar alguna limosna para los pobrecitos enfermos, Dios os pagará la caridad que venís á ejercer.

—Nó, hermano Juan: mi objeto no es daros nada sino pediros.

—¿Qué quereis de mí?

—Yo soy un caballero noble, perteneciente á una muy distinguida familia, y desgracias imprevistas me han traido á un estado lamentable, y tal que si no me hubiesen contenido los principios religiosos que abrigo en mi corazon, ya hubiese atentado contra mi vida.

—Hubierais perdido no solamente la vida del cuerpo sino la del alma, por que el suicidio es un crímen.

—Lo sé, hermano Juan, y por eso no lo he cometido.

—De lo cual os felicito cordialmente.

—Y estoy ya en mi objeto: hallóme en una graví-

sima necesidad, la que no puede remediarse con ménos de doscientos ducados. Si os hallais en disposicion de dejarme dicha cantidad hareis una verdadera obra de misericordia y yo os la devolveré en cuanto me sea posible.

Aquel caballero no padecia tal necesidad y por consiguiente no necesitaba la cantidad.

—¿Qué objeto se proponia, pues, al pedirla con el pretexto de una urgencia al santo religioso?

No otro que el probarle.

Habia oido contar mil anécdotas acerca de la extraordinaria caridad de Juan de Dios y quiso satisfacerse por si mismo de la verdad de lo que oia referir con insistencia.

El religioso le contestó:

—Crecida es la suma que me pedís y os digo en verdad que no llega ni con mucho á ella todo lo que hay en metálico dentro del hospital.

El caballero fingió afligirse y levantándose le dijo:

—Dispensadme, hermano Juan, la franqueza conque á vos he acudido. No sé que haré porque mi honor se halla comprometido.

—Todo se podrá arreglar, caballero, dijo el religioso. En este momento, como he dicho, no me es posible satisfacer vuestros deseos, pero volved mañana que yo habré reunido la cantidad que necesitais, pues la pediré por partes iguales á tres ó cuatro personas pudientes que no me la negarán.

—¿Puedo estar confiado?

– Completamente.

—Pues adios, hermano Juan: hasta mañana.

—Id con Dios y dadle gracias anticipadas porque me proveerá para vuestro bien de lo que tanto necesitais.

El caballero se retiró.

Juan de Dios salió en seguida.

No se habia engañado. Las familias á que acudió pusieron á su disposicion las bolsas.

Dos horas más tárde estaba de vuelta en su hospital, llevando consigo los doscientos ducados.

Estaba como fuera de sí de alegria, y deseaba el momento en que habia de presentarse el caballero al siguiente dia.

Cumplió este su palabra y se presentó de nuevo luego que hubo terminado el breve plazo que le habia señalado Juan de Dios.

Apenas este le vió le salió al encuentro, le condujo á la sala de visitas y le suplicó le esperase unos cortos momentos.

Subió á su celda y á los cinco minutos volvió con la cantidad que debia entregar al caballero.

—Tomad, le dijo: aquí teneis los doscientos ducados: remediaos y encomendadme á Dios.

El caballero tomó el dinero, lo contó y volviéndolo á colocar en la misma bolsa en que le habia sido entregado, dijo á Juan de Dios:

—Si este dinero os ha sido entregado en calidad de reintegro, podeis devolverlo á su dueño, y si es limosna aplicadlo á vuestros pobres enfermos. Y ahora aquí teneis esta otra bolsa que contiene una cantidad igual y que yo os regalo para las necesidades del hospital.

El religioso le miró y dijo:

—Siendo así que léjos de necesitar estais en posibilidad de dar, ¿qué objeto os ha movido á hacerme buscar los doscientos ducados?

—Permitidme que lo reserve y hacedme el obsequio de perdonarme y de admitir la cantidad de que os hago donacion para vuestros enfermos.

—Perdonado estais y vuestra limosna queda admitida. Que Dios os bendiga por vuestra caridad.

—Ahora me permitireis que os haga una súplica, sobre asunto de mucho interés para mí.

—Hablad.

—Tengo concertado mi casamiento con una ilustre dama de esta ciudad de Granada.

—Y bien...

—Deseo que encomendeis á Dios que me dé acierto. Si ha de ser para mi bien, que se verifique, y que por el contrario se desbarate sino me conviene.

—Poco valen mis tibias oraciones, respondió el religioso, pero lo haré, tal como lo deseais.

—En este caso me voy confiado.

—No olvidaré el asunto.

—Os creo, porque no sois capáz de falsedad.

Despidióse el caballero saliendo del hospital muy contento y satisfecho.

Se habia convencido de la santidad del religioso.

Y esperaba que las oraciones que en su favor habia de dirigir llegarian al cielo en olor de suavidad.

Por su parte Juan de Dios tambien quedó muy alegre y empezó á hacer cuentas para la mejor distribucion de la limosna abundante que habia recibido.

—¡Cuán grande es la misericordia divina! exclamaba lleno de entusiasmo. Dios no quiere que falte nada á mis pobres enfermos y me provee de todo lo necesario. Cuando yo creia haberme empeñado en doscientos ducados, hé aquí que me encuentro con igual cantidad como llovida del cielo.

Y fueron en realidad no doscientos ducados sino cuatrocientos, de los que pudo disponer para sus enfermos, porque las personas piadosas y pudientes á quienes habia acudido para realizar el préstamo se negaron á recibir luego las cantidades que le habian dejado.

Dios recompensó al caballero su abundante limosna dada á los pobres enfermos. Juan de Dios oró fervorosamente y porque así convenia, el casamiento no se verificó, y el caballero ganoso de entregarse únicamente al servicio de Dios, se hizo sacerdote, por consejo del padre maestro Avila; habiendo edificado con el buen ejemplo de sus virtudes.

Fijemos ahora nuevamente la atencion en el pri-

mero de los sujetos de los que nos hemos ocupado, esto es, del que hirió en la cabeza al siervo de Dios.

La mansedumbre de este, la caridad con que se habia interpuesto para que no le causaran mal alguno, el no haber proferido una palabra de queja por la injuria recibida, sirvió para que aquel hombre soberbio abriese los ojos al conocimiento de la verdad.

Se habia retirado á su casa conmovido.

Habia reconocido su falta.

Y se sintió tan apesadumbrado que lloró.

Las lágrimas cuando proceden de un verdadero arrepentimiento siempre purifican, y esto sucedió al què habia maltratado al venerable religioso.

Pasó dos días sin salir de su casa.

Durante ellos no hizo otra cosa que pensar en la falta que habia cometido.

Por último, se determinó á hacer una confesion general con el maestro Avila poniéndose bajo su direccion.

Empero antes debia reparar su falta.

Pública habia sido la ofensa y públicamente quiso dar la satisfaccion.

Al tercer dia salió de su casa con ánimos de cumplir los buenos propósitos que habia formado.

Fuese á las inmediaciones del hospital.

Allí estuvo esperando á que saliese Juan de Dios.

Haria cosa de media hora que esperaba, cuando este

con su alforja al hombro apareció, el caballero siguió sus pasos.

Al atravesar el religioso una plaza en la cual habia alguna gente, el caballero alargó el paso, se puso de frente á Juan de Dios y, cayendo de rodillas, le dijo en voz alta:

—Hermano Juan: yo os pido perdon por la injuria que os causé el otro dia arrojándoos una piedra con la que os herí en la cabeza. Estoy arrepentido de mi falta, la reconozco y no me levantaré del suelo hasta tanto que me hayais otorgado el perdon.

Los que presenciaban aquella escena quedaron conmovidos y rodearon á ambos personajes.

Conmovido Juan de Dios con aquel acto de profunda humildad, abrazó al caballero y levantándole exclamó:

—Os tengo perdonado desde el momento mismo en que me herísteis. ¡Líbreme Dios de conservar rencor con nadie ni por un instante! Yo os amo en Jesucristo, y mucho más porque me habeis dado ocasion de ofrecer algo por mis muchos pecados.

Y como se viese rodeado de gente, se dirigió á los circunstantes diciendo:

—No extrañeis, señores, la escena que habeis presenciado. Aquí hay un culpable, y ese soy yo. Habia dado motivos de queja á este caballero, el cual dejándose un momento llevar de la ira me hizo una leve ofensa: esto es todo, y ahora ha dado un grandísimo

ejemplo de humildad cristiana postrándose para pedirme perdon á presencia de las gentes, cuando yo debia ser el primero en pedirlo, porque fuí el primero en ofender.

El caballero se defendió demostrando de un modo que no daba lugar á dudas, que él era el único culpable.

Y cuantos presenciaron aquella lucha de humildad quedaron edificados al ver tanta virtud.

—Venid conmigo, dijo el religioso al caballero.

Y ambos abandonaron la plaza que habia servido de teatro á aquella escena y se dirigieron al hospital.

Una vez allí, el caballero, que ni un momento habia podido contener sus lágrimas, dijo:

—¿Qué me aconsejais que haga?

—Soy demasiado ignorante para dar consejos, dijo Juan de Dios: acudid al padre maestro Avila que con su acertada direccion os pondrá en camino del cielo.

—Ya habia formado esa resolucion: pero en cuanto á que sois ignorante, no lo digais, hermano Juan, porque poseeis la ciencia de Dios. En vuestros labios no podrá haber la elocuencia del tiempo, pero brota de ellos á raudales la elocuencia de la eternidad.

—Nada sé, hermano mio, pero me glorio al ver el cambio que felizmente se ha obrado en vuestros sentimientos, y os aseguro que quisiera ser cada dia injuriado y herido si siempre fuese ocasion de la conversion de un pecador.

Hablaron detenidamente.

Y como apareciese Alberto, Juan de Dios le mostró el caballero y dijo:

—Ved aquí, Alberto, un futuro hermano hospitalario.

Aquellas palabras produjeron en el caballero una alegría inmensa.

—¿Con que ya no me rechazaréis? exclamó:

—Antes os rechacé porque os traia el demonio para vuestra pérdida, para que fueseis el escándalo de la comunidad. Ya vendreis guiado por el espíritu de Dios y entónces os admitiré, porque, en vez de piedra de escándalo, seréis objeto de edificacion.

Por estas frases vino Alberto en conocimiento de que aquel hombre habia sido el que causó la injuria al hermano Juan de Dios.

Y tanto amaba Alberto al santo religioso, que hubiese caido en el momento sobre el que tal agravio le habia causado.

Empero, comprendió por una parte que habria causado un grave disgusto al religioso, y por otra vió el arrepentimiento de aquel hombre, y pudo contenerse, no sin que esto le costara algun esfuerzo.

Don Francisco, que aún no habíamos dicho el nombre del caballero, realizó completamente sus buenos propósitos.

A la mañana siguiente fué en busca del padre Avila.

Este recibió su confesion, y le dió los más sanos consejos y una regla de vida para en adelante.

Desde aquel momento, don Francisco fué feliz.

Confiadamente esperaba que se realizasen sus deseos.

Juan de Dios ya se lo habia anunciado; y es lo cierto que aquel varon justo no se equivocaba en sus pronósticos, porque hablaba siempre inspirado de Dios.

—Él, decia don Francisco, penetró hasta el fondo de mi corazon cuando me vió por primera vez: conoció mi falta de vocacion, y me rechazó, como no podia ménos de rechazarme. Después ha dicho que seré su hermano de religion, y estoy en la seguridad de que se cumplirá el pronóstico. No puede ser de otro modo.

Desde entónces la vida de aquel caballero fué edificante.

De sus bienes de fortuna hacia el mejor uso, remediando muchas necesidades.

Semanalmente llevaba una crecida cantidad á Juan de Dios para las atenciones de su santo hospital.

Y renunció voluntariamente á las tertulias y á toda clase de amistades.

Si visitaba una casa, era porque en ella habia alguna necesidad que socorrer, alguna lágrima que enjugar.

Un año más tarde se realizaron sus ardientes deseos.

Viéndole Juan de Dios adornado de las disposiciones necesarias para ello, le concedió el hábito de los hospitalarios, convencido de que tal era la voluntad de Dios.

El naciente instituto que ya contaba con ilustres varones, que siguiendo las huellas del fundador habian cambiado las galas del mundo por el hábito religioso, contaba con un nuevo ministro de los pobres enfermos.

Era este el hermano Francisco, el mismo que habia injuriado y herido un dia á Juan de Dios.

Fué en el claustro un modelo de religiosos.

CAPITULO XXX.

Juan de Dios en casa de Beatriz.

Los hechos que hemos narrado en el capítulo anterior se hicieron públicos en Granada.

Juan de Dios en su humildad hubiera querido cubrirlos con un tupido velo, porque huia de todas las honras humanas, y en las cosas extraordinarias que le ocurrian veia favores particulares de la Providencia, que como él decia muy bien, pues no hacia sino repetir frases bíblicas, Dios, cuando es su voluntad, se vale de las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes.

Léjos de adquirir propia estimacion, se reputaba por un hombre indigno, y para humillarse traia á cada paso á su memoria la huida de su casa en los dias de la juventud y el haber contribuido con aquel he-

cho á la prematura muerte de los autores de sus dias.

Este recuerdo arrancaba lágrimas á sus ojos.

Jamás se vió una culpa más llorada.

Juan de Dios disciplinándose al pié de un Crucifijo y pidiendo misericordia, hacia recordar á la Magdalena postrada ante el Salvador, y á Pedro llorando amargamente el haber negado á su divino Maestro. Empero, si á estos se les perdonó mucho porque amaron mucho, Juan de Dios habia sido tambien perdonado, porque en su corazon ardia la llama de la caridad, de esa caridad que purifica, que dá valor á la fe que es muerta faltándole el calor de las buenas obras, y Dios se complacia en hacerse admirable en este su amado siervo.

Así, pues, no podia encontrar mayor mortificacion ni mayores motivos de confusion, que escuchar propias alabanzas, cuando él queria toda la gloria para Dios que es el autor de todo bien, y nada para la humildad de su persona.

El caballero que le habia probado con la peticion de los doscientos ducados, quedó tan admirado del humilde religioso y tan aficionado á él, que por todas partes referia lo que le habia pasado, en el convencimiento de que Juan de Dios era un santo, y de que las generaciones siguientes le habian de ver elevado al honor de los altares.

Referian, pues, el suceso, y esto unido á la publicidad que se habia dado al otro acontecimiento, de ha-

ber sido herido y de haber convertido al que tal injuria le causára, por la humildad con que por él habia intercedido, fueron causa de que la poblacion de Granada que en tanto aprecio le tenia y que le guardaba profundo respeto, creciese en su veneracion hácia el Fundador de la órden hospitalaria, hasta el término de que todos le distinguiesen en vez de por su nombre por el calificativo de *el Santo.*

Y llegó á tanto el entusiasmo de las gentes, que todos se disputaban el honor de poseer alguna cosa de su pertenencia, llegando á cortarle pedazos de su hábito para conservarlos como reliquia.

Esto afligia en gran manera á Juan de Dios.

Los hombres mundanos, los que están léjos de la perfeccion, los que corren en pos de las grandezas y honras humanas, aspiran á la fama y se encuentran satisfechos cuando son objeto de aclamaciones. Empero, los varones de misericordia, esos héroes que causan inmensamente más beneficios á la sociedad que los más célebres conquistadores; los que han sido colocados como la luz sobre el candelero para iluminar el paso del resto de los mortales; los que imitando el ejemplo del supremo Maestro y Legislador de las naciones van por todas partes haciendo bien, encuentran satisfaccion, nó en recibir alabanzas fugaces, sino en obrar el bien sin que el mundo se aperciba de ello.

Juan de Dios no podia ocultar el mérito de su obra, por más que tal fuera su voluntad.

El ejercicio de su misericordia era muy público.

Su casa era el albergue de los pobres enfermos que carecian de medios para ser asistidos en sus propias casas.

¿Quién no habia de ver el bien que practicaba?

¿A quién podia ocultarse su caridad?

Eran muchas las familias que por él habian sido amparadas, y en gran número los enfermos que habian recobrado su salud en su hospital, para que dejase de ser su nombre objeto de bendiciones por todas partes.

¡Dichosos los que aspiran á la grandeza de la virtud y consiguen llegar á ella!

¡Dichoso mil y mil veces Juan de Dios, que, no obstante sus contínuos trabajos, supo tener en medio del mundo una vida escondida en Jesucristo su Dios!

¿Quién se preocupa en el mundo por las necesidades ajenas, por las desgracias del prójimo?

Ya creemos haberlo dicho: el egoismo es el rey de la sociedad humana, y si así no fuera; si la sociedad no tuviese otra regla de conducta que la del Evangelio, desaparecerian esos cuadros de miseria que por todas partes saltan á nuestra vista, porque el manto de la caridad los cubriria.

Si hubiese un Juan de Dios en cada pueblo, la tierra presentaria muy diverso aspecto del que presenta, y seria un trasunto del cielo.

Vamos á trasladarnos nuevamente á la casa de

Beatriz, de aquella mujer criminal y desgraciada.

Observemos de que modo Juan de Dios trabaja con incansable celo por llevar á cabo la obra que se propusiera.

Beatriz sigue en un deplorable estado.

Mas que demente parece idiota.

Su vista se dirige á todas partes, pero no tiene conciencia del lugar donde se encuentra.

Doña Vicenta, persuadida por Juan de Dios, la acompaña y asiste con asiduidad.

Hace cuanto le es posible en favor de ella.

Pero ignora los grandes y terribles sucesos que aún han de sobrevenir.

Sin embargo, doña Vicenta habia dado fe á las palabras de Juan de Dios, y entreveia para su amiga una era de ventura y felicidad.

Lo deseaba porque en ella se habia obrado una trasformacion.

Ya sabemos que nunca en su maldad hábia llegado al grado de Beatriz.

La habia auxiliado, casi habia sido su cómplice, pero habia sido arrastrada por la fuerza de las circunstancias.

Juan de Dios pensaba en todo.

Comprendió que el corazon de esta mujer estaba más dispuesto que el de Beatriz para el bien.

Y se hizo esta reflexion:

—Si yo consigo hacer de doña Vicenta una santa,

hemos ganado mucho terreno para atraer al bien á la otra desgraciada que está ménos dispuesta. Y así serán dos almas en vez de una las que ganarémos para Dios.

Y una vez pensado esto se dirigió á casa de Beatriz.

Estaba tendida en su lecho, pues la fiebre se habia apoderado de ella.

Sus ojos centelleaban fuego, ardia su frente y sus labios se movian pero sin articular palabra.

Hablábale su amiga, la dirigia preguntas, pero todo en vano. Aquella mente se hallaba agitada.

La razon continuaba perturbada.

El médico que habia sido llamado para asistirla, desconfiaba de hacerla volver al uso de sus facultades mentales.

Sólo confiaba Juan de Dios.

Pero la confianza de este no estaba fundada en los recursos de la ciencia, sino en el poder de Dios.

El religioso habia penetrado en la habitacion en que yacia en su lecho la pobre demente.

La contempló.

Después salió á otra habitacion acompañado de doña Vicenta que estaba llorosa.

—¿Cómo ha pasado la noche? preguntó.

—Muy agitada, respondió doña Vicenta.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Desconfia de poderla salvar.

—¿Cree que no volverá á su razon?

—Justamente.

—¡Oh! Esto no puede ser. Su demencia no será duradera: Dios no lo quiere porque tiene determinada su salvacion.

—¿Cómo lo sabeis?

—Me lo dice el corazon.

—Quiera Dios que no os engañeis. Sufre mucho, hermano Juan; y, os lo confieso, sólo por obedeceros permanezco aquí: mi voluntad quiere alejarme.

—¿Y tendríais valor para abandonarla?

—¡Qué os diré! Ella sólo ha hecho mal ¿Por qué he de sufrir yo las consecuencias?

—¿Nada teneis que expiar?

—Yo ni aún siquiera la aconsejé para que obrase el mal. No ha tenido más consejero que sus pasiones.

—¿No ha tenido cómplices?

—Tuvo uno y fué el que la delató.

—¿Y ninguno más?

Comprendió doña Vicenta la idea de Juan de Dios, y no pudo ménos de turbarse.

—¿Qué me quereis decir? preguntó:

—He hecho tan solamente una pregunta.

—Dadme si quereis el nombre de cómplice, toda vez que yo tuve conocimiento de los hechos, pero nunca los aprobé en absoluto. Creedlo, hermano Juan.

—Os creo, pero esto no es bastante.

—¿Qué podia haber hecho?

—Huir de su lado, y si vuestra reflexion nada hubiese podido alcanzar, dar parte á quien hubiese podido evitar el crímen.

—¡Es verdad!

—La sombra de aquella pobre jóven muerta violentamente por un veneno, se levantará no solamente contra Beatriz sino tambien contra vos.

—¡Contra mí!

—Sí, porque pudísteis evitar su muerte y no lo hicísteis; en el cielo hay un Dios justiciero que así como no deja sin premio ninguna accion buena, tampoco deja de castigar las malas. Todos hemos de caer en sus manos: todos hemos de escuchar de labios de Jesucristo la eterna sentencia de salvacion ó de condenacion.

Doña Vicenta se puso á llorar.

Eran lágrimas de arrepentimiento.

Como Saulo en el camino de Damasco, cuando oyó la voz del Señor, exclamó cayendo sobre sus rodillas:

—¿Qué quereis que haga?

—Purificad vuestra alma por medio de los sacramentos, y para reparar en cierta manera el daño que habeis hecho, continuad firme y constante al lado de esa mujer, asistiéndola; y luego que haya recobrado la salud, trabajad cuanto os sea posible á fin de que consigamos su salvacion.

—Lo haré, hermano Juan; lo haré.

—¿Me lo prometeis?

—Lo juro.

—Bien: en este caso estoy satisfecho.

—Vuestras palabras llegan al fondo de mi corazon. No sé por qué esa mujer os aborrece: no lo comprendo.

—Me aborrece y yo no la he causado ningun mal: ántes por el contrario, he procurado hacerla todo el bien posible. Me tiene por enemigo y soy su mejor amigo.

—¡Oh, cuan bueno sois!

—Bueno es Dios.

Juan de Dios se levantó, y dijo:

—Entremos: quiero verla de nuevo ántes de marchar.

Y ambos penetraron en el dormitorio de la enferma.

Advirtieron que sus ojos estaban cerrados, pero que se sonreia y articulaba algunas palabras.

—¡Habla! exclamó doña Vicenta.

Juan de Dios la hizo una seña imponiéndola silencio.

Aplicaron el oido.

Beatriz estaba en una especie de delirio.

—¡Cuan feliz soy! decia: al fin te han visto mis ojos: Sí, seré buena... detesto mi pasado... Alberto, Alberto... ¿Por qué me abandonaste? Tu amor es mi vida: pero no me amenaces, aparta ese puñal... ¿No

la amas ya? ¿No volverás á abandonarme? Tus ojos son mi luz, tu vida es mi vida. Para mí no hay otro aire que tu aliento.

Calló un momento.

Desapareció la sonrisa de sus labios.

Pasados unos instantes, su rostro apareció severo.

Y volvió á hablar.

—¿Te vas? ¡Que me importa! No te irás de mi corazon. Aquí estás aprisionado. ¡Ah! Te aconseja el fraile: te llama Victoria.... ¡Miserable! Os seguiré por todas partes, seré vuestra sombra... Así, así, repítelo: dime que me amas. ¡Oh! Ya no quiero mal á nadie. El fraile es bueno: Victoria es una santa... y yo... yo he causado todo el mal... Lo creo, Alberto, lo creo... habrá perdon porque detesto mi pasado y..... porque...

No pudieron entenderla más aunque continuó hablando entre dientes.

Juan de Dios elevó los ojos al cielo, juntando las manos ante el pecho, é hizo una breve y fervorosa oracion por aquella desgraciada.

En seguida abandonó el dormitorio y salió seguido de doña Vicenta.

Esta lloraba.

—¡Desgraciada! exclamó el religioso.

—¿Qué os parece? preguntó doña Vicenta.

—Me confirmo en mi idea: Dios la salvará.

Juan de Dios guardó silencio por breves momentos y después dijo:

—Sí; se salvará; y vos asistiéndola, cuidando de ella, trabajando cuanto os sea posible á fin de que consigamos la salvacion de su cuerpo y de su alma, trabajaréis en beneficio propio. Estad segura de que Dios os lo tomará en cuenta y por descargo de vuestra conciencia.

—Asi lo haré, hermano Juan.

Doña Vicenta hablaba con sinceridad.

En sus frases no habia hipocresía.

Porque las últimas conversaciones que con Juan de Dios habia tenido, la decidieron á mudar de vida, y á buscar la purificacion de su conciencia.

El religioso se despidió de doña Vicenta, renovando sus amonestaciones y haciendo nuevas reflexiones á aquella señora.

Hé aquí las últimas palabras que salieron de sus labios:

Luego que Beatriz recobre la razon, trabajaréis para que deponga esa tenaz prevencion que tiene contra mí. Es necesario.

—Lo haré.

—Consiguiendo esto, lo demás corre de mi cuenta.

—Pues seguid pidiendo á Dios que la traiga á su razon, lo que es humanamente imposible, y yo entónces daré cumplimiento á vuestro encargo; y creed, hermano Juan, que lo haré con toda mi voluntad.

¡Ojalá que os hubiese escuchado algunos años antes! Siento haber perdido tanto tiempo.

—Hagámoslo, pues, dijo Juan de Dios.

Y sin esperar á más abandonó aquella casa.

CAPITULO XXXI.

Realizacion de un pronóstico de Juan de Dios.

Todo era extraordinario en aquel santo varon. El estado en que se hallaba Beatriz era suficiente para hacer perder la esperanza á cualquier persona, como se la habia hecho perder al médico encargado de su asistencia.

En la época á que nos referimos, era muy contado el demente que llegaba á recobrar el uso de su razon.

No existian los magníficos manicomios que al presente, ni eran rodeados aquellos desgraciados de los cuidados que hoy se tienen con ellos.

En esto como en otras muchas cosas hemos adelantado mucho á nuestros antepasados. Si á los adelantos en las ciencias y en las artes, á los progresos que admiramos, no se hubiese unido por desgracia el

retroceso moral, la sociedad actual seria un verdadero paraíso.

Empero, sucede en las sociedades lo mismo que en los individuos. No es posible reunirlo todo porque la perfeccion no se halla en la tierra. ¡Terrible verdad que hace entristecer nuestro espíritu después que nos regocijamos al contemplar nuestros adelantos y nuestra cultura! Cultura y adelantos que hacen más terribles que en las épocas que pasaron los males de la actualidad, porque los dolores participan de la naturaleza y propiedades de las alegrías que los engendran. ¡Triste condicion de la humana naturaleza! Las mismas rosas que embalsaman el aire que respiramos producen espinas; la atmósfera que nos da vida y nos encanta se envenena con pútridos miasmas que producen enfermedades contagiosas que diezman los pueblos y ciudades. Tan cierto es que no hay placer sin dolor, ni alegría que no encierre un fondo de tristeza, ni satisfaccion que no tenga un lado que nos recuerda que no es el mundo el lugar donde el corazon humano pueda encontrarse completamente dichoso.

Esta es una verdad incontestable, por más que sea desconsoladora.

Cuando en ella no pensamos, nos felicitamos de haber nacido en pleno siglo XIX, porque experimentamos satisfacciones que fueron negadas á nuestros mayores, y disfrutamos de esos grandes adelantos que forma una sola familia de la humanidad. ¿Cómo no he-

mos de felicitarnos de tanta dicha? Empero, cuando vemos que se despeñan los caudalosos rios de la soberbia y de la ambicion sobre el corazon humano, y que el hombre por sus mismos adelantos se cree suficiente á sí mismo, entónces no podemos ménos de dirigir una mirada de tristeza á esos grandes productos de la inventiva humana, porque recordamos las frases pronunciadas por los mismos labios del Salvador del mundo: «¿Qué importa al hombre lucrar el mundo entero si pierde su alma?»

Volvamos al asunto del que nos hemos separado.

Decíamos que sólo Juan de Dios tenia esperanza en la curacion de Beatriz.

La fe le hacia esperar.

Oraba por ella.

Y confiaba en que su oracion llegaria al trono del Eterno porque iba fundada en el principio de la caridad.

La tarde del dia en que Juan de Dios visitó á Beatriz, se retiró al oratorio del hospital é hizo una fervorosa oracion. Su pensamiento estaba fijo en Beatriz.

Quedó en éxtasis.

En tal estado permaneció cerca de media hora.

A este tiempo entró en el oratorio uno de los religiosos para avisarle que hacia falta en otra oficina del hospital.

Tocó al santo Fundador.

Este volvió en sí, pero sin atender al aviso que le daban se puso á llorar.

¿Qué habia visto en su éxtasis?

¿Qué se le habia revelado?

Porque es indudable que habia tenido una revelacion y esta debia haber sido terrible.

El otro religioso quedó admirado, pero el respeto le hizo contenerse para no dirigirle la menor pregunta.

Juan de Dios se levantó y se dirigió á su celda.

Casualmente pasaba por ella Alberto.

Conoció lo conmovido que iba: entró tras el religioso en su celda, al cual preguntó:

—¿Qué teneis, hermano Juan? Estais conmovido. ¿Os ha ocurrido alguna cosa?

Juan de Dios abrazó á Alberto y dando rienda suelta á sus lágrimas le dijo:

—¡Dios os conceda fortaleza!

—¿Qué me vais á anunciar? ¿Habeis perdido ya la confianza que teniais? ¿Me quereis anunciar grandes desdichas? Hablad por Dios, hermano Juan.

—No he perdido la esperanza, y, ántes por el contrario, estoy hoy más firme que nunca en ella.

—Pues entónces...

—Lo que puedo deciros es que el buen resultado se tocará, pero tardará un poco más de lo que habíamos pensado. Antes entra en el órden de la Providencia que Beatriz sufra más: grandes son sus crímenes y por consiguiente grande ha de ser tambien la

expiacion. Beatriz ha de sufrir: recobrará su razon, pero otros padecimientos más terribles le esperan.

—Me conformaré con la voluntad de Dios, dijo Alberto. He decidido observar cuanto me ordeneis y no me separaré de esta regla de conducta.

—Esto me consuela, dijo el religioso. Me he propuesto salvaros á todos y Dios me lo concede; sí, me lo concede, pero me ha hecho verter lágrimas el pensamiento de lo que ántes ha de padecer esa pobre mujer. Más que por ella temia por vos; pero ya que me ofreceis conformaros con la voluntad divina, quedo completamente tranquilo. El asunto está en manos de Dios, y de consiguiente en nuestra mano está únicamente el redoblar nuestras oraciones, á fin de alcanzar el que se abrevie el tiempo de la prueba.

—¿Y cómo habeis sabido?...

—No me hagais preguntas.

—Dispensadme si he sido imprudente.

—No he dicho que lo seais, pero yo no puedo ni debo deciros más.

—Todo lo comprendo.

Juan de Dios para no darle lugar á hablar más, se levantó y despidiéndose de él, fué á donde le llamaban sus deberes religiosos.

—¡Qué hombre! exclamó Alberto: es indudable que ha tenido una revelacion del cielo. Y siendo así, ¿qué he de hacer más que tener confianza y resignacion? El hombre no puede oponerse á lo que

Dios dispone, y tan sólo le cumple inclinar la cabeza ante sus soberanos mandatos. Pero ¿qué nuevos trabajos serán esos que esperan á Beatriz? ¿Qué nuevas desdichas vendrán sobre la infeliz? Recobrará la razon para sufrir nuevas calamidades, pero al fin llegará el dia ¡dia feliz! en el cual los brillantes resplandores del sol de la tranquilidad doméstica disiparán las opacas sombras de la terrible noche de la tribulacion y la amargura. No puede ser de otro modo. Juan de Dios no miente; y cuando él lo afirma, prueba es de que le ha sido revelado. ¡Esperemos!

Hé aquí lo que habia conseguido Juan de Dios con sus santas reflexiones.

Alberto habia sufrido grandes luchas.

Habia titubeado si marcharia nuevamente de Granada, á refugiarse en una ciudad lejana donde no fuese por nadie conocido.

Le habia faltado el valor para sufrir.

Pero ya es otro hombre.

A su corazon ha penetrado la palabra del santo religioso, y se siente con ánimo esforzado para arrostrar toda clase de penalidades y desgracias.

Tan cierto es que el hombre que nada puede por sí mismo, adquiere una admirable fortaleza cuando lleno de confianza se arroja en los brazos del Señor.

Fijemos la atencion en la casa de la desventurada esposa de Alberto:

Pasaron algunos dias.

Durante ellos, su amiga doña Vicenta no la abandonó ni un sólo momento.

Y esto de tal modo, que si tomaba algun descanso era dejando caer su cabeza sobre la misma almohada de la pobre loca y enferma.

De tal modo habian penetrado en su corazon las frases, las piadosas reflexiones del santo religioso.

Doña Vicenta se hallaba completamente regenerada.

El venerable maestro Avila era ya el director de su conciencia. Aquella mujer que era ántes indiferente á todo, en cuyo corazon rara vez se despertaban los buenos sentimientos; que si entraba en una iglesia era con el sólo objeto de exhibirse, era ya una señora piadosa que encontraba en la práctica del bien delicias más positivas que las que ántes la proporcionaban los bailes, las tertulias y demás distracciones mundanas.

Y se felicitaba á sí misma, pues que experimentaba una felicidad que jamás habia encontrado en la vida.

¡Dichosa ella!

De tal modo se habia trocado su corazon, que aborrecia ahora cuanto ántes amaba, y buscaba lo que ántes aborrecia ó miraba con indiferencia.

Todo sucedió como habia pronosticado Juan de Dios.

Beatriz salió poco á poco del estado de idiotismo en que permaneció por algunos dias.

Hablaba con doña Vicenta, pero sin darse cuenta de que se hallaba en su propia casa.

Continuaba en su estado de demencia.

Visitábala uno de los más renombrados médicos de Granada, el mismo que habia pronosticado su incurabilidad.

Un dia el médico la halló dormida.

—¿Hace mucho tiempo que duerme? preguntó á la que hacia de enfermera.

—Más de tres horas, respondió aquella.

Observóla con gran atencion el facultativo, y dijo:

—El sueño es muy sosegado.

—¿Es buena señal?

—Tanto, que me parece poderos anunciar una buena nueva.

—¿Se salvará?

—Adquiero ya alguna esperanza.

—¡Oh! Yo la he tenido siempre.

—¿En qué la fundabais?

—En un motivo poderoso.

—¿Cuál es?

—El hermano Juan de Dios, ese santo religioso me habia asegurado que mi amiga recobraria el uso de su razon, y el hermano Juan no se equivoca.

—Teneis razon. No se equivoca; y esto no quiere decir que sea un gran médico, pero sí que es un gran santo.

—Así es en efecto. Sus palabras son dulces como

la miel, sus frases parecen siempre inspiradas por Dios; tiene el don de penetrar hasta el fondo de los corazones.

—Cuéntanse cosas maravillosas de este fraile: algunas rayan en lo imposible, pero á la evidencia de los ojos, no hay objecion posible. Yo lo venero, y para mí una palabra suya me haria mudar de opinion.

Continuaron cerca de media hora discurriendo y platicando acerca de las virtudes de Juan de Dios, de su conocimiento del corazon humano y demás dones con que la Providencia le habia favorecido, para que fuese un espectáculo admirable al mundo, un espejo en el que se mirasen los hombres para asegurar la salvacion.

Entregados se hallaban aún á la conversacion cerca del lecho de Beatriz, cuando esta entreabrió los ojos y dirigió una mirada al rededor suyo.

Hizo el médico una seña á doña Vicenta á fin de que guardase silencio.

Acercóse después al lecho y preguntó á Beatriz:

—¿Cómo os encontrais?

—Bien: contestó aquella.

—¿Sabeis dónde os hallais?

Beatriz soltó una carcajada.

Miró después con fijeza al médico y dijo:

—Bien estais: Os habeis hecho fraile. Habeis obrado como bueno..... Me engañásteis, abusásteis de mí. ¡Sois un miserable! Ahora todos hablarán de vos.....

¡Es claro! ¡Cómo os habeis despojado de la toga!.... ¡Y que os está muy bien ese hábito... y que...

—¿Con quién hablais? preguntó el médico.

—¿No sois don Diego?

—Nó, soy el médico encargado de proporcionaros alivio y curaros de vuestra enfermedad.

—¿Estoy mala?

—Lo habeis estado.

—¿Y ahora estoy buena?

—Pronto, con el favor de Dios y los auxilios de la ciencia, lo estaréis por completo. Así lo espero.

Beatriz fijó la vista en doña Vicenta.

Esta callaba, aunque las lágrimas saltaban de sus ojos, pues se hallaba muy conmovida.

Rióse Beatriz.

En su imaginacion debia estar muy presente el asilo de los dementes donde habia estado.

Se comprende porque, sin dejar de mirar á su amiga, dijo:

—¿Quién es esta loca? Tal vez se creerá reina. Los locos tienen siempre ideas grandes.

—Soy yo, Beatriz: soy tu amiga Vicenta: reconóceme, y reconcentra tus ideas.

—¡Vicenta!

—Sí: ¿no me conoces?

—¡Vicenta! ¡Ja, ja, ja!

Volvió á su risa.

El médico que la observaba la dijo:

—Vamos, doña Beatriz: fijad vuestra atencion. Esta señora es vuestra amiga doña Vicenta, vuestra inseparable compañera que no os ha abandonado un sólo momento desde que estais enferma.

Beatriz trató de incorporarse.

Frunció las cejas, miró hacia la puerta del dormitorio, y tomando la mano del facultativo, se puso un dedo en la boca, en señal de que guardasen silencio, y en voz muy baja, casi imperceptible, dijo:

—¡Silencio! ¿No los veis? ¿No los veis? Son ellos.

—¿Quiénes? preguntó el médico.

—Ellos, ellos.

—Vamos, sosegaos, nada hay.

—Sí, es Alberto, mi esposo y la jóven, Victoria... Yo la dejé con vida y la tuve en mi mano.

De pronto dió un grito.

—Se van, exclamó: Esperaos, esperaos, yo os seguiré á todas partes hasta al infierno.

Y quiso arrojarse del lecho.

Empero, aunque no hubiesen acudido á impedirlo doña Vicenta y el médico, no lo habria efectuado porque carecia de las fuerzas necesarias al efecto.

Se hallaba en un estado de gran debilidad.

La sobrevino un copioso sudor y cayó en un desmayo.

El médico consiguió hacerla volver de él con prontitud, pero á los pocos momentos quedó nuevamente dormida.



—¡ Silencio! ¿No los veis? ¿No los veis? Son ellos.

Doña Vicenta lloraba.

En primer lugar por el deplorable estado en que veia á su amiga, y á más porque habia empezado á hacer revelaciones en presencia del facultativo.

Verdad es que el tribunal habia declarado su inculpabilidad; pero siempre era para doña Vicenta una vergüenza que se supiera que su amiga habia sido acusada ante los tribunales como reo de crímenes espantosos.

El médico volvió á examinar y á pulsar á Beatriz.

Después salió de aquella habitacion seguido de doña Vicenta.

—¿Qué me decís? preguntó esta.

—Me confirmo en lo que os dije ántes.

—¿Creeis?

—Sí: creo que está en un periodo de crísis.

—¿Favorable?

—Se comprende. Esa turbacion, esa especie de delirio en que ha caido después de un sueño tranquilo y reposado, me descubre una próxima reaccion. Os encargo muy encarecidamente que no la contradigais en nada de cuanto os diga. Si lo hicierais, se irritaria, y en vez de adelanto tendríamos retroceso.

—Así lo haré.

—Su estado es muy delicado y se necesitan toda clase de precauciones. Dadle alimentos sanos y nutritivos. Si ántes de que yo vuelva advirtieseis alguna

novedad me haceis avisar sin perdida de tiempo, ya los síntomas sean favorables ó adversos.

—Descuidad y os doy las gracias por el esmero que poneis en la curacion de mi amiga.

—No hago en eso otra cosa que cumplir con mi deber. Seria criminal si desatendiese á mis enfermos. Quedad, pues, con Dios, señora mia.

—Él vaya con vos.

Doña Vicenta volvió al lado de Beatriz.

No apartaba de su imaginacion lo que le habia dicho Juan de Dios.

Y este recuerdo sostenia su esperanza.

Para ella no habia duda de que Beatriz volveria al uso de su razon.

Ignoraba sin embargo los grandes trabajos que á la infeliz esperaban todavía.

Juan de Dios no la habia dicho nada sobre este punto.

Una hora más tarde, Beatriz abrió nuevamente los ojos y los fijó en su amiga.

La conoció.

—¡Cuanto sufro, amiga mia! la dijo.

—¿Me conoces?

—Sí, Vicenta: te conozco.

Esta se alegró sobremanera.

—Parecia que el corazon queria saltarle del pecho.

Su amiga la habia conocido.

Para ella habia desaparecido la demencia.

En su interior bendijo á Juan de Dios que la habia anunciado anticipadamente aquella plausible novedad que ella no esperaba tan pronto.

Se inclinó y besó á Beatriz con efusion.

Ahora la amaba como no la habia amado hasta entónces.

Desde que habia entrado en el camino del bien, deseaba que Beatriz la siguiese en el mismo.

Y es que en su corazon habia aparecido la llama de la caridad.

Esta es la amistad verdadera.

La contraria en vez de amistad es egoismo.

Doña Vicenta tomaba ahora una parte activa en las desgracias de Beatriz.

Por ella se hubiese sacrificado gustosa.

—¿Dónde estoy? la preguntó Beatriz.

—Estás en tu casa.

—¡En mi casa!

—Seguramente.

—Estoy atontada y no sé lo que pasa por mí.

—No pienses por ahora en nada: procura tranquilizarte, que más tarde lo sabrás todo.

Beatriz se pasó la mano por la frente.

Meditó un momento, y después dijo:

—¿Cómo estoy en mi casa? ¿Por qué me has traido aquí? Me encontrarán: me prenderán.

—Nada temas.

—Sí: todo lo temo.

—Ha sido declarada tu inocencia y nada tienes que temer en adelante.

—¿Me dices la verdad?

—Te lo juro.

—¿Quién se ha interesado por mí?

—Lo sabrás á su tiempo.

Beatriz se puso á llorar.

Las grandes alegrías arrancan lágrimas como los grandes pesares.

—Sosiégate, la dijo doña Vicenta.

—Estoy aturdida: no sé lo que me pasa, ni donde he estado, ni..... Tengo una idea vaga..... ¿He estado loca?

—No pienses ahora en eso, sino sólo en restablecerte. Esto es lo importante. No hagas trabajar á la imaginacion, porque podria perjudicarte y tendríamos un retroceso.

—Bien, así lo haré.

Y cerró los ojos y guardó silencio.

Doña Vicenta, loca de alegría, salió de aquella habitacion.

Le parecia imposible lo que estaba viendo.

Inmediatamente envió un aviso al médico.

Después tomó un papel y escribió en él:

«Hermano Juan de Dios: el Señor sea loado: vuestro pronóstico se ha cumplido: Beatriz acaba de recobrar el uso de su razon que tenia perdido. Seguid importunando al cielo con vuestras oraciones á fin de

que alcancemos después el que esta alma extraviada entre de nuevo en el redil del que lastimosamente se ha separado.»

Juan de Dios recibió la carta é inmediatamente fué en busca de Alberto, al cual la dió á leer.

Alegróse el jóven al saber que su esposa habia recobrado la razon y dijo al religioso:

—Veo que teniais razon, hermano Juan. Se ha realizado vuestro pronóstico atento á que la infeliz Beatriz recobraria la joya preciosa que habia perdido, pues que no la hay en el mundo de más valor. Dios ha escuchado vuestras oraciones. Creo firmemente que llegará el dia, por mí tan suspirado, de que recobre algo que es más importante que la salud del cuerpo.

—Es verdad: la salud del alma.

—Aún creo que Dios me tiene guardado algunos dias de ventura y felicidad.

—Confiad en él.

—Así lo hago.

—Pero no os entregueis al júbilo.

—¿Por qué?

—¿Habeis olvidado lo que os he dicho?

—¿Atento á qué?

—A vuestra esposa: estoy en la persuasion de que llegará el dia de la felicidad doméstica para vosotros. Esto lo tengo por indudable, pero.....

—Recuerdo que me habeis dicho que aún debe ántes apurar la copa de la amargura.

—Así lo pienso, y aunque podria engañarme en mis juicios, ello es que no estará demás el que vivais prevenido por lo que ocurrir pueda.

—Dispuesto estoy á sujetarme en todo á las disposiciones divinas. Hagáse la voluntad de Dios. Pero vos, hermano Juan de Dios, sois un oráculo. Vos siempre veis el porvenir. ¡Bien comprendo lo que esto significa!

Juan de Dios que, como hemos dicho, queria huir siempre de toda clase de honras humanas, se apresuró á contestar de este modo á las frases pronunciadas por Alberto:

—La experiencia, amigo mio, la experiencia únicamente es la que me hace penetrar algunos sucesos, pero siempre con exposicion á equivocarme porque yo no gozo del privilegio de la infalibilidad. Yo no soy profeta ni hijo de profeta. Conozco alguna cosa al corazon humano y esto es todo. Las muchas miserias que me rodean en este asilo de la humanidad doliente dan grandes enseñanzas de las que procuro sacar algun provecho.

El antiguo magistrado, y ya hermano Fray Diego, entró donde estaban hablando el hermano Juan de Dios y Alberto, y tomó parte en la conversacion, y como viese el virtuoso Fundador que tambien aquel trataba de dirigirle elogios, exclamó, para separarle de tal propósito:

—Vamos, Fray Diego ¿qué tal os vá con el cambio de vida? ¿Estais contento?

—Sólo una cosa me disgusta, contestó el nuevo religioso.

—¿Cual es?

—¿No lo adivinais?

—No sé qué pueda ser.

—El no haberos conocido ántes.

Juan de Dios se sonrió.

Fray Diego añadió:

—Si ántes os hubiese conocido y escuchado vuestras exhortaciones, no hubiera perdido tanto tiempo entre los placeres del mundo, tiempo ¡ay de mí! del que he de rendir estrecha cuenta ante el tribunal de Dios; y creedlo, padre nuestro, este pensamiento me hace estremecer de espanto.

—Pues ese estremecimiento es la prueba de un sincero arrepentimiento, y no debeis olvidar que Dios no rechaza al corazon contrito y humillado.

—Esa es mi única esperanza.

—La limosna purifica todos los pecados, y vos no solamente habeis dado á los pobres los bienes que poseiais, sin reservaros cosa alguna, sino que á más os dais á vos mismo sacrificando vuestro reposo en la asistencia de los pobres enfermos. ¡Vos que podiais estar rodeado de comodidades y servido! Dios os tomará en cuenta estas buenas obras y las colocará en el platillo opuesto al de vuestras faltas anteriores en la balanza de su justicia.

Juan de Dios se complacia en contemplar á sus

humildes religiosos y sus merecimientos para el cielo.

Llenábase de complacencia al verles tan santamente empleados en el ejercicio de la misericordia.

Luego que se retiró, hablaron Alberto y Fray Diego.

El primero refirió al segundo de que manera se habia realizado el pronóstico de Juan de Dios, del que él tenia conocimiento.

Fray Diego no lo extrañó.

¿Cómo habia de extrañarlo?

Sabia muy bien que Juan de Dios hablaba siempre por inspiracion divina.

CAPITULO XXXII.

Una nube negra.

El médico que habia asistido á la jóven envenenada por Beatriz, ó mejor dicho á la que inocentemente tomó la pócima preparada para Ramiro, tuvo conocimiento de que la mujer criminal que habia sido causante de aquella desgracia estaba puesta en libertad, habiendo quedado impune un crímen que las leyes castigan con todo rigor, toda vez que era un verdadero asesinato.

Como quiera que era un hombre muy honrado y muy afecto á la justicia, se irritó sobremanera y se propuso hacer cuanto estuviese de su mano, para que se abriese nuevamente la causa y se examinasen con toda detencion los hechos para que la culpable fuese castigada, como era justo.

—¡Oh! exclamaba, en el mundo no reina otra cosa que la maldad. Es un escándalo inaudito el que los encargados de administrar justicia, sean los primeros que á ella falten. Si este ejemplo se sigue, adios sociedad, adios el buen órden de los pueblos: impunemente podremos matarnos los unos á los otros. Es necesario oponerse á este lamentable desórden, y yo seré el primero que alce la voz, de suerte que todo el mundo me oiga. ¡Si es preciso haré pasar el asunto á manos del emperador! Cárlos V, nuestro soberano, es la representacion de la justicia, y creo que el señor don Rodrigo Carvajal ha de llorar el haber obrado del modo que lo ha hecho. ¡Pues no faltaba otra cosa!

Ya sabemos que el juez Carvajal era tan honrado como recto en administrar la justicia.

Pertenecia á una familia que ántes y después ha sido en Granada muy considerada y que ha producido varones eminentes en las armas y en las letras.

Si libró á Beatriz, no fué ciertamente porque se cubriese un crímen con la impunidad ni por ninguna otra razon que no fuese honrada.

Creyó obrar y obró en efecto rectamente, porque no se perjudicaba á ningun tercero con aquella medida, y porque Juan de Dios, al que veneraba como por todos era venerado, le habia persuadido que de aquel modo contribuia á salvar el alma de la desgraciada Beatriz.

No habia otra causa.

Sin embargo, como quiera que la imaginacion del hombre siempre se vá al lado peor, el médico, sin tener en cuenta los honrosos antecedentes de don Rodrigo Carvajal, su edad que ya era madura y su estado de casado, continuó discurriendo de este modo:

—Es imposible que ese juez no haya visto claro en el asunto, que no esté persuadido de la criminalidad de esa Beatriz que es más peligrosa que una culebra de cascabel. Don Rodrigo Carvajal es hombre muy versado en estos asuntos y no puede haber padecido engaño. ¿Qué será, pues? ¿Se habrá vendido al oro de esa mujer? No lo creo: no puedo creerlo.

De pronto se dió un golpe en la frente.

—Ahora lo comprendo todo, dijo: doña Beatriz es una mujer encantadora por su hermosura, por más que sea una belleza satánica. Don Rodrigo se habrá enamorado de ella, y esto es todo. La pasion del amor arrastra al hombre hasta á cometer las mayores faltas, porque embota los sentidos, enloquece. Pero no por esto merece disculpa, porque debe tener presente que ántes de atender á que es hombre, debe pensar en que es juez.

El médico hacia un juicio temerario.

¿Juzgaba tal vez por su corazon el ajeno?

Porque aunque, como hemos dicho, era honrado, no habia dejado de ser alguna vez aprisionado por las

mismas redes que él creia habian envuelto al juez.

Sea de esto lo que quiera, es el caso que él formó una determinacion irrevocable de tomar una parte activa en el asunto de Beatriz y hacer que se cumpliera en ella la justicia.

Fué su primera diligencia hacer buscar al criado Ramiro, al que él habia conocido en la casa de Beatriz el dia en que el crímen fué cometido.

No le costó esto mucho trabajo.

Ramiro habia entrado al servicio de un señor canónigo, en cuya casa estaba muy bien.

Supo que el médico deseaba verle y se apresuró á presentarse á él.

—Me han dicho, señor, que deseabais verme, y me he apresurado á ponerme á vuestras órdenes. Me direis en que puedo serviros, en la inteligencia de que lo haré con la mejor voluntad.

—Siéntate, hombre, le dijo el médico, pues tenemos que hablar de un asunto de importancia.

—Pues, con vuestro permiso.

Y tomó asiento.

—¿Dónde estás ahora?

—Sirvo al canónigo don Roque del Pino.

—No hay que preguntarte en este caso si estás bien. Los criados de los canónigos nunca lo escapan mal.

—Se come bien y se trabaja poco.

—Es decir que tienes vida de canónigo.

—Así es.

—Estarás más contento que en la casa donde nos conocimos. ¿No es verdad?

—¿En casa de doña Beatriz?

—Justamente.

Ramiro se sonrió.

—¿Por qué te ries? le preguntó el médico.

—Me rio de la pregunta. ¡Ojalá nunca hubiese entrado en la casa de aquella señora!

—¡Ya comprendo!

—En honor de la verdad, doña Beatriz me hizo un gran beneficio, pero llegué á aborrecerla.

—¡Qué te hizo un gran beneficio!

—Así es: supuesto que yo no tenia el hábito del trabajo. En reunion siempre con malos amigos, me la buscaba por malos medios y siempre tenia pendencias. Mi conducta me habia dado una triste nombradía. Doña Beatriz me llamó, y me dijo:—Sé que eres valiente y dispuesto para todo. ¿Quieres dejar la vida que traes, que puede conducirte á un fin desastroso, entrar á mi servicio y ser hombre honrado? Me miré en ello, lo medité, ví que me convenia, y aceptando la proposicion entré en su casa y traté de seguir desde aquel dia las sendas de la honradez. ¡Ay de mí! Ignoraba que lo que queria era un hombre valiente y decidido del que poder valerse, para llevar á cabo criminales proyectos. Esto es; me sacó de una mala vida para conducirme á una vida mala. Me hizo un

bien inmenso, pero me causó un mal de tristes consecuencias.

—¡Y qué quiso hacerte dar un paseo á la eternidad!

—Es muy cierto.

—No he podido olvidar á aquella pobre muchacha que tuvo una agonía terrible.

—¡Pobre María! Y que era una criatura inofensiva y muy buena. ¡Dios le pague la caridad!

—¡Qué caridad!

—¡Pues no es cosa! La pobre muchacha me libró de la muerte apurando la copa que yo debia haber bebido.

—No lo hubiera hecho ciertamente al saber cual era su contenido.

—Eso es indudable. Pero ¿os serviréis decirme, señor doctor, cuál es el motivo de haber sido llamado? Porque hasta ahora nada me habeis dicho. Aquellas son cosas pasadas, de las que vale más no acordarse.

—Pues justamente para que hablásemos de ese asunto, he querido verte. ¿Sabes el resultado que ha tenido la causa formada á tu antigua ama?

—Desde que fuí puesto en libertad, no he vuelto á ocuparme del asunto. Como quiera que el hecho quedó suficientemente probado, esperaba que esa fiera, en traje de mujer, fuera entregada al verdugo, pero he sabido que ha perdido el juicio y está en la casa de los locos.

—Verdad es que perdió la razon, pero no está don-

de dices, sino en su casa y en libertad completa. El juez no le ha encontrado delito suficiente para castigarla.

—¿Es posible?

—Como lo oyes.

—No lo creeria á haberlo dicho otra persona.

—Pues es tal como lo digo.

—Si hubiera sido una pobre.....

—Por mucho ménos se pudriria en una prision.

—Y eso que es tan recto el señor Carvajal.

—Pues ya lo ves.

—No puedo escuchar estas cosas con paciencia, señor doctor: si el criminal hubiese sido yo, si se me hubiese probado que pesaba sobre mí un delito de envenenamiento, á estas horas habria dado un espectáculo á Granada. Para el pobre guardan todo el rigor los tribunales.

—Pues es lo que ha sucedido siempre, y lo que sucederá hasta el fin del mundo.

—¡Cuánta infamia!

—Pues bien: desde que yo presté mi declaracion certificando que aquella jóven habia muerto envenenada, no me he ocupado más del asunto, esperando que la justicia obraria como era debido. Ahora que sé el resultado de todo, he pensado dirigirme al gobierno supremo, al emperador, dándole noticias de todo para que en su consecuencia se abra de nuevo la causa y se proceda contra el juez que la ha instruido.

—Casi lo siento.

—¿Por qué?

—Es muy fácil que yo sea llamado nuevamente á prestar declaraciones, y francamente me es muy poco grato el tener relaciones con gente de justicia.

—Nada tienes que temer.

—Soy pobre.

—¿Y qué importa?

—Que si hay empeño en librar á doña Beatriz, toda vez que el crímen está probado, será necesario buscar una víctima y esa podré ser yo.

—No es posible.

—¿En qué os fundais?

—En que la causa existe y en ella está probada tu inocencia. Yo por mi parte si soy llamado á declarar me presentaré con el mayor placer.

Ramiro se encogió de hombros.

Vivia ya tranquilo.

Se habia acostumbrado á la vida honrada y al sosiego, y se estremecia de espanto al pensar que tendria que habérselas nuevamente con la justicia.

Por más que el hombre sea inocente, le es muy poco grato el rodar por los tribunales.

El médico, segun vimos á su tiempo, desde el momento en que se hubo enterado que el veneno habia sido dispuesto por Beatriz para Ramiro, habia sospechado que ella quiso hacer desaparecer á este criado por estar enterado de algun crímen de ella.

Después supo lo que habia ocurrido en el tribunal, y como Ramiro habia resultado inocente, pues que la única falta que resultaba contra él era el no haber dado á la justicia parte del secuestro verificado en la persona de Victoria.

Mas culpable era, pero esto no habia aparecido.

Ya sabemos que él habia proporcionado los medios para que Victoria cayese en poder de su ama.

Pero el médico lo sabia todo en globo, y deseó enterarse de todos los permenores.

Este fué el motivo de llamar á Ramiro.

Después de la conversacion que, como hemos visto, sostuvo con él, le suplicó que le explicase todos los detalles relativos al secuestro.

Ramiro lo hizo.

Con toda exactitud le dió cuenta de cuanto habia ocurrido.

El médico no pudo ménos de admirarse.

—Pues esa mujer, dijo, es un mónstruo.

—Tiene un corazon de piedra, dijo Ramiro.

—No puede quedar sin castigo.

—¡Pero si ya está absuelta!

—No importa.

—Y dicen que está loca.

—Sea como quiera, me propongo hacer caer sobre ella todo el peso de la ley, y caerá.

—Obrad como gusteis, pero os suplico que no me hagais rodar más en el asunto. A pesar de mi inocen-

cia se me abren las carnes al pensar que puedo verme otra vez complicado en la causa. ¡Nunca hubiese conocido á esa señora! Desde que entré en su casa no he tenido momento de tranquilidad.

—Pues nadie está más interesado que tú en que sea castigada. Considera que si te hubieses dado un poco de más prisa en probar el vino que te ofreció, á estas horas dormirias el eterno sueño del sepulcro, como lo duerme aquella inocente y desgraciada doncella. ¿No te espanta esto? ¿No te hace estremecer esta idea?

—¡Me horrorizo de pensarlo!

—Pues por esta causa debes estar interesado en que esa mujer sea castigada. De este modo se evitará el que mañana vuelva á cometer crímenes semejantes. Séres tan degradados y abyectos no deben vivir en la sociedad, porque la envenenan; son para el cuerpo social lo que las enfermedades contagiosas para el cuerpo físico. Toda precaucion es poca.

Conseguido por el médico su objeto, que era, como hemos dicho, enterarse de los detalles del secuestro de Victoria, no necesitaba ya á Ramiro y le despidió.

El interés que se tomaba en aquel asunto era extraordinario.

Queria curar al cuerpo social del mal que la producia tener en su seno una mujer de tan perversas ideas y de tan crueles sentimientos.

El criado Ramiro, al retirarse, no pudo ménos de exclamar:

—Pues este hombre lo hará como lo dice, y bien empleado le estará á la señora. Veo en el horizonte una nube negra, próxima á despedir una lluvia de piedras sobre ella.

CAPITULO XXXIII.

De lo que hizo el médico para realizar sus propósitos.

A no haber sido por el empeño del médico que tan enemigo de Beatriz se mostraba, y que para satisfacer los deseos que habia manifestado á Ramiro de mostrarse parte en la causa, lo que dió los resultados que verémos más adelante, los trabajos de aquella mujer hubiesen terminado más pronto, y su conversion al bien no se habria hecho esperar.

Cada dia mejoraba visiblemente.

Puede decirse que habia entrado en convalecencia.

Su razon se fijaba.

Y es más; gracias á las reflexiones de su ya buena amiga doña Vicenta, que obraba de acuerdo con Juan de Dios, demostraba pesar de su pasado modo de obrar y disposiciones para la práctica del bien.

El hermano hospitalario no habia creido prudente todavía el presentarse á ella, pero preparaba el terreno por medio de doña Vicenta.

Las circunstancias eran críticas.

Juan de Dios pensaba de contínuo en ella, pero sabia lo que habia de acontecerle, y como comprendia que esto habia de retardar el suspirado momento del cambio radical que esperaban, se entristecia, y experimentaba sentimientos de la más viva compasion.

Cada dia sostenia con Alberto conversaciones sobre el mismo punto, y procuraba arraigar sus buenas disposiciones de resignacion y conformidad con la voluntad divina.

El hermano Fray Diego tomaba tambien un grande interés en aquellos asuntos.

Su amistad para con Alberto era tan estrecha como sincera y verdadera.

Se interesaba por su bien.

Deseaba que todo tuviese el mejor resultado posible.

Y hacia coro con Juan de Dios á fin de animarle.

—Estoy en la presuncion, le decia una mañana, que se cumplirá al pié de la letra cuanto ha pronosticado el hermano Juan de Dios, al que el Señor favorece con revelaciones. Siendo así, no hay la menor duda de que llegará para vos una época de felicidad, en la que viviréis tranquilo al lado de vuestra esposa. Verdad es, que ántes de esto tiene ella que sufrir

grandes contratiempos, pero ¿qué hemos de hacer? Es una justa expiacion. Dios habrá determinado en sus altos juicios que padezca en la vida, que se purifique en la tierra, para librarla de la más terrible expiacion en la vida futura.

—¡Ay, Fray Diego! Juan de Dios es mi Providencia y vos sois su auxiliar para conmigo. Sin los consuelos que me prodigais, no sé que hubiera sido de mí á estas horas. Dios os pague á todos el beneficio que me haceis.

—Cumplimos con nuestro deber.

—¡Oh, si todos lo cumpliesen!

—En este caso la sociedad humana seria un paraíso y no veríamos los cuadros de desolacion que á cada paso nos vemos obligados á presenciar.

Cuando en esta conversacion estaban se presentó Juan de Dios.

Habia escuchado las últimas frases pronunciadas por Fray Diego.

Así es que exclamó:

—Si así no fuese, el mundo dejaria de ser un valle de lágrimas y de miserias.

—¡Hermano Juan! exclamaron á un tiempo los que sostenian la conversacion.

—Mucho me place, dijo el religioso, el escucharos hablando tan cuerdamente como lo haceis.

—A vos lo debemos, dijo Fray Diego.

—No á mí, sino á Dios que es poderoso para tro-

car los corazones; á Dios que de las piedras sabe hacer hijos de Abraham.

—Cierto es, dijo Alberto, pero vos me habeis inspirado con vuestros saludables consejos la resignacion de que me hallo revestido. Y es más, hermano Juan, pues hoy no solamente acepto los trabajos sino que los deseo. Tambien yo tengo de que purificarme y justo es que expie.

—¡Quién hay perfecto en el mundo! Todos tenemos motivos para derramar lágrimas, y vosotros sois unos santos comparados conmigo que estoy lleno de miserias.

Fray Diego y Alberto no le contradijeron, pero admiraron aquel nuevo rasgo de humildad.

—Verdaderamente, dijo Juan de Dios, decia muy bien el hermano Fray Diego: si en el mundo todos cumpliesen sus deberes, el aspecto de la sociedad seria admirable por que presentaria un trasunto de la celestial Jerusalen. Procuremos nosotros por nuestra parte llenar nuestros deberes en este punto y vivirémos tranquilos. Y ahora, Alberto, os digo que me regocija vuestro modo de pensar, porque justamente creo que se acercan los dias de prueba.

—¿Qué quereis decir?

—Que ahora más que nunca os hace falta esa resignacion que ya teneis, como me acabais de decir.

—¿Ha ocurrido algo?

—Nó aún.

—Pero por lo que decís infiero.....

—Inferís bien: que está próximo á suceder.

—Cúmplase la voluntad de Dios.

—Mas es el caso que todo lo que suceda os acerca al dia de la tranquilidad y del reposo, y no digo de la felicidad porque esta no se encuentra jamás en la vida, en el sentido absoluto de la palabra. No es la tierra el lugar de la felicidad.

—Así es ciertamente, dijo Alberto.

—Y como quiera que la vida humana no es otra cosa que un viaje para la eternidad, importan poco los trabajos de la travesía, cuando hay fundadas esperanzas de arribar al puerto objeto de nuestras ánsias.

—¿Y podréis decirme algo de lo que ha de ocurrir todavía á mi desgraciada esposa? preguntó Alberto.

—Ya os he dicho, respondió Juan de Dios, que no soy profeta ni hijo de profeta. ¿Quién puede saber el porvenir? El gran libro de los destinos humanos está para los pobres mortales cerrado con siete sellos.

—Pero vos, hermano Juan, leeis á veces en ese libro.

—Nunca. ¿Quién soy yo para alcanzar privilegio tan extraordinario?

—Habeis pronosticado muchas cosas que se han cumplido al pié de la letra.

—¡La experiencia!

Y para que Alberto no insistiera en este punto que

ponia en tormento su modestia y humildad, se retiró bajo el pretexto de que le llamaban perentorias ocupaciones.

Los dos amigos quedaron solos.

Por espacio de un rato continuaron su conversacion sobre el mismo punto.

Bien es verdad que no sabian hablar de otra cosa que de Juan de Dios.

Ambos le estaban obligados.

¿Cómo no habian de ocuparse de él?

La gratitud se anidaba en ambos corazones.

Empero, apartemos por ahora la vista de aquel piadoso establecimiento, albergue de desgraciados, y fijémosla en otra parte.

El médico que se habia propuesto perder á Beatriz, y á cuya conversacion con el criado Ramiro hemos asistido, no desistia de su propósito.

—Demos el primer paso, se dijo, y si no sale bien darémos el segundo que será decisivo. Esa mujer, ese mónstruo de maldad no se ha de recrear en su obra. Dejaria yo de ser quien soy si quedase impune, por más que en ello se empeñe ese juez al que ella ha logrado enloquecer.

Se vistió y abandonó su casa.

Hizo algunas visitas como médico, y cuando las hubo terminado se dirigió á la casa de don Rodrigo Carvajal.

Hallábase este muy ocupado con algunos litigantes.

—Esperemos, se dijo.

Y tomó asiento, con la resolucion de no marcharse hasta haber conseguido desempeñar la triste mision que se habia impuesto voluntariamente, y guiado tan sólo por su amor á la justicia.

No tuvo que impacientarse.

Pasó como una media hora, cuando fué recibido.

Conocióle en seguida don Rodrigo, el cual estrechó su mano, le hizo sentar y mediaron los cumplimientos de costumbre.

Después dijo el juez:

—¿En qué puedo serviros?

—Vengo á hablaros de un asunto que para vos debe ser baladí, pero que yo lo reputo por muy importante.

—Decid.

—Deseo informarme en qué estado se halla la causa de envenenamiento abierta en virtud de una declaracion mia, contra esa señora llamada doña Beatriz.

—Es cosa terminada.

—¿Y estais cierto de ello?

—¡Cómo nó! ¡Yo la he fallado!

—¿De un modo favorable á la envenenadora?

El Juez hizo un signo de disgusto y exclamó:

—Caballero; desde el momento en que los tribunales sentencian, vos no debeis usar de tales frases. Habiendo ella sido absuelta, ¿cómo os atreveis á llamarla envenenadora?

—Porque lo es.

—¡Señor doctor!

—¡Señor juez!

—En suma, se ha sobreseido en la causa porque así me ha parecido hacerlo en justicia. No tengo que dar cuenta de ello más que á mi conciencia.

—Me dispensaréis, señor juez, que os diga, me parece teneis la conciencia de elástico.

Admirado quedó don Rodrigo al escuchar tales palabras del médico y exclamó:

—Si no os conteneis en la senda del respeto os haré prender.

—Y cometeriais en ello otra nueva injusticia, otro nuevo abuso de autoridad.

—Lo que quiere decir.....

—Que ya habeis cometido uno poniendo en libertad cual si fuese inocente á una verdadera criminal.

—¿Pero qué interés teneis?...

—¡Oh, mucho! Me he propuesto que esa mujer criminal expie y expiará. Nada tengo de comun con ella y no tenia afeccion por la que fué su víctima, pues la única vez que la ví fué cuando se me llamó para que la asistiese. Ya veis que sólo me trae á vuestra presencia el amor á la justicia.

—Pero la causa está ya cerrada.

—Se abre nuevamente.

—Esto es imposible.

—Bien; en este caso me retiro. Voy á escribir un

Memorial sobre este asunto probando que hubo verdadero asesinato por medio del veneno, y que el recto juez don Rodrigo Carvajal ha dejado torcer la vara de la ley, no sé la causa, tal vez porque la reo es una mujer de preciosa hermosura.

—¡Caballero!

—¡Don Rodrigo!

—¿Y á quién pensais dirigir ese Memorial?

—A Su Majestad el emperador.

El juez se estremeció de espanto.

—¿Quereis escucharme? dijo.

—Podeis hablar.

Don Rodrígo Carvajal empezó por hacer protestas de su amor á la justicia y de no haber dado en su larga carrera el menor motivo para que nadie pudiera poner en duda su honradez y su rectitud en el desempeño de sus elevadas y jurídicas funciones.

—En cuanto á eso, dijo el doctor, estoy satisfecho, y la misma buena fama y excelente reputacion que disfrutais es lo que me ha hecho admirar más al ver la facilidad y falta de equidad y de justicia con que habeis procedido en el asunto respectivo á doña Beatriz.

—Pues vais á conocer las causas que me han movido á obrar del modo que lo he hecho, y por lo que me tratais de injusto y poco equitativo.

—Veamos.

Don Rodrigo refirió entónces con todos sus detalles

al médico cuanto le habia ocurrido con el hermano Juan de Dios, el empeño que este le habia hecho, después de mil reflexiones, de que sobreseyese en la causa, y añadió:

—¿Conoceis al hermano Juan?

—Sí que le conozco.

—¿Qué pensais de él?

—Que es un buen hombre.

—¿Nada más?

—¿Os parece poco?

—Pues yo veo en ese religioso algo más que vos: veo un santo, un varon justo que sacrifica su reposo y está pronto hasta para sacrificar su vida en favor de los desgraciados enfermos y de todo aquel que padece alguna necesidad.

—Y aunque sea todo eso que decís, yo juzgo que ha obrado mal al pediros que obreis de un modo contrario á justicia.

—Es que me ha pedido lo que es justo.

—No estoy de vuestro parecer.

—Él sabe que de obrar como se ha obrado, el resultado será la conversion al bien de esa mujer extraviada, su union con el esposo y la felicidad y tranquilidad de toda una familia.

—Pues dígoos que nada de eso me satisface.

—No sé qué os diga.

—Os exijo que volvais á abrir la causa.

—No es posible.

El médico se levantó, tomó su sombrero y dijo:

—Puesto que os obstinais, lo siento por vos.

—Mi conciencia está tranquila.

—Eso no importa para que yo, como médico que reconocí el cadáver de María, que la habia asistido y estado á su lado hasta que exhaló el último aliento persista en mi idea de hacer el *Memorial* de que ántes os he hablado, y lo dirija á Su Majestad Imperial, sosteniendo mi acusacion.

—Podeis hacer lo que creais conveniente.

—Y si os he dicho que todo esto lo siento por vos, es porque tambien hay leyes para juzgar á los encargados de administrar la justicia cuando faltan á sus deberes. Tengo la persuasion de que por lo ménos seréis depuesto, y dejaréis á vuestros hijos la herencia de un nombre manchado.

Tal efecto hicieron estas palabras en el juez, que no pudo dar ninguna contestacion.

Aunque era hombre de valor y serenidad, el pensamiento de que su reputacion fuera por tierra le hizo un gran efecto, como que era muy celoso de su honra.

El médico, sin esperar más, abandonó aquella casa.

Lo que don Rodrigo le habia dicho con respecto á Juan de Dios no le habia hecho el menor efecto.

Y no es que aquel médico fuese escéptico; pero si bien veia en Juan de Dios un buen hombre como ha-

bia dicho á don Rodrigo, estaba léjos de creer en la santidad que todos le reconocian.

El médico no le habia observado.

Seguro es que si le hubiese tratado tres dias seguidos hubiese acabado por venerarle como todo el mundo le veneraba.

Habia tomado como punto de conciencia la no impunidad de Beatriz, y esto era todo.

No podia apartar de sí la imágen de la jóven María, agitándose con la agonía de la muerte cuando se hallaba aún en la primavera de su vida.

Al dia siguiente del en que tuvo la conferencia con don Rodrigo Carvajal, escribió su anunciado *Memorial* dirigido á la Magestad del señor don Cárlos I de España y V de Alemania.

En él le daba cuenta del envenenamiento de la jóven María, de las pruebas que resultaban contra la señora que la tenia á su servicio, del nuevo delito descubierto en esta consistente en el secuestro de otra virtuosa jóven, y de la falta de justicia del juez don Rodrigo Carvajal, el cual, por ignorados motivos, habia sobreseido escandalosamente en aquella causa, dejando en la sociedad y en disposicion de cometer nuevos crímenes á una mujer que parecia, más que otra cosa, un aborto de la humana naturaleza.

Terminaba el *Memorial* suplicando á Su Majestad que en desagravio de la justicia vilipendiada, de la sociedad ofendida, y de la moral pública ultrajada,

se dignára disponer que la causa de doña Beatriz fuese abierta de nuevo, para que si resultase culpable, como era evidente, cayese sobre ella todo el peso de la ley.

Y tal era la conviccion que tenia de la criminalidad de Beatriz, y tal su empeño en que fuese castigada, que añadió un -otro sí- concebido en estos términos:

«Y si resultase la inocencia de la acusada y por consiguiente mala fé por parte del acusador, este no sólo se ofrece á pagar todas las costas que se originen, sino á más á dar á la misma doña Beatriz la indemnizacion que el tribunal señale y aún á sufrir el castigo que ella mereciere de salir sentenciada por culpable.»

El *Memorial* fué dirigido á Su Majestad por los conductos de ley y costumbres.

Con esto quedó el médico tranquilo esperando el resultado de aquella gestion.

¿Gozaba de igual tranquilidad el juez don Rodrigo Carvajal?

De ningun modo.

Dudaba si aquel cumpliria lo que habia dicho con respecto al *Memorial*, pero de todos modos, como quiera que de lo escrito en la causa de doña Beatriz resultaba claro como la luz del dia su culpabilidad, temia, si el asunto iba adelante, no sólo la pérdida de su destino, lo que implicaba para él una mancha deshonrosa á la que no sobreviviría, sino el dejar á sus hi-

jos un nombre del que en adelante no pudiesen gloriarse.

Y esto era terrible para un hombre que durante su dilatada carrera no habia cometido la menor accion de la que debiera arrepentirse.

Creyó deber consultar el asunto con el hermano Juan de Dios, por complacer al cual se encontraba en aquel grave compromiso que tanto le preocupaba.

Con este objeto salió de su casa para dirigirse al santo Hospital donde creia encontrarle.

Tan ensimismado iba y pensativo, que no vió al religioso con el que se encontró en su misma calle.

Este llamó su atencion.

Le tocó en el hombro y le dijo:

—Muy distraido vais, señor don Rodrigo, que ni veis á vuestros amigos cuando pasan á vuestro lado.

Volvió en su acuerdo el juez y dijo:

—Dispensadme, hermano Juan de Dios: justamente me dirigia en busca vuestra al Hospital.

—Pues tengo una satisfaccion en evitaros la molestia. Si quereis, ya que estamos aquí, entrarémos en vuestra casa.

—Con mil amores. En ella nadie vendrá á molestarnos é interrumpir nuestra conversacion.

—Pues vamos.

Don Rodrigo volvió piés atrás, y seguido del hermano hospitalario entró nuevamente en su casa.

Para evitar el que nadie les interrumpiese, dió or-

den de que no le pasasen recado alguno, y se encerró en su despacho con el religioso.

—Servíos tomar asiento, hermano Juan, dijo á éste.

Juan de Dios lo hizo.

Don Rodrigo tambien se sentó y exhaló un profundo suspiro.

—Os creia, dijo Juan de Dios ántes de dejar hablar al juez, que no érais tan apocado y pusilánime. ¿Qué temeis cuando habeis obrado impulsado por un sentimiento de caridad cristiana? Os falta la fé, señor don Rodrigo, si desconfiais de Dios.

Atónito quedó el juez al oir hablar de aquella manera á Juan de Dios.

Pensó en su interior de qué manera habia podido saber lo que le habia ocurrido con el médico, pero recordó en el momento que uno de los dones de Juan de Dios era la penetracion del corazon humano.

—Me habeis quitado el trabajo de hablar, dijo, porque veo que leeis en el corazon.

—No es eso.

—Pues entónces.....

—Es que conozco que padeceis alguna tribulacion, y el estado de vuestro semblante me hace conocer que desconfiais de Dios.

—Eso de ningun modo.

—¿Por ventura estaréis arrepentido de la complacencia de haber sobreseido en la causa de doña Beatriz por instigacion mia?

—No estoy arrepentido porque reina en mí la conviccion que vos no podeis aconsejar nada que no sea justo: pero os confieso que reina en mí un gran terror.

—Por eso os he dicho que desconfiais de Dios.

—¿Sabeis lo que ocurre?

—¡Cómo he de saberlo!

Bien lo sabia Juan de Dios, y por eso dió una contestacion que nada significaba.

No queria que presumiese que sabia nada por medios extraordinarios.

—Pues he sido severamente increpado por el médico que hizo la autopsía del cadáver de la doncella, envenenada en casa de doña Beatriz: me ha dado en rostro con mi injusticia al sentenciar, y me ha amenazado con enviar un *Memorial* á Su Majestad para que mande abrir nuevamente la causa.

—¿Y qué?

—Que es lo más probable que se nombre otro juez para ello, y cómo con facilidad se probarán los crímenes de esa señora, yo seré depuesto, con perjuicio de mi honra y la de mis hijos.

—No sucederá lo que decís.

—¿Lo creeis así?

—Es más: lo tengo por seguro. Dios no nos abandonará en el camino que hemos emprendido.

—Pues creed que me llenais el alma de consuelo. Si tal me asegurais, quedaré tranquilo esperando el resultado que el asunto puede tener.

—¿Teneis fé, señor don Rodrigo?

—Creo tenerla.

—Pues en el Evangelio se nos dice:—Si tuviéreis fé, cuanto un grano de mostaza; esto es, una fé activa, fervorosa, eficaz, que son las propiedades que tiene la mostaza después de molida, diréis á este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará y nada os será imposible. ¿Me comprendeis?

—Os comprendo: vos sois un hombre de Dios.

—De Dios somos todos: de Él venimos y á Él vamos: lo que hemos de procurar es no tropezar en el camino.

De la conversacion que sostuvieron Juan de Dios y el juez, resultó el que éste depusiera todos sus temores y quedase completamente tranquilo.

Sin embargo, dijo á Juan de Dios:

—¿No os parece conveniente el ir á ver al médico? Tal vez le convenceriais.

—En primer lugar, respondió Juan de Dios, ya seria tarde; y en segundo, creo que es disposicion del Señor el que Beatriz padezca aún ántes de ser regenerada al bien. No contrariemos las órdenes de la Providencia.

Don Rodrigo calló.

—Cualquier paso que deis ó que aconsejeis dar será una manifestacion de que flaquea vuestra fé, y esto no lo quisiera porque seria una inmensa desgracia para vos.

—Nada haré y os ofrezco solemnemente no pensar más en ello y dejarlo todo en las manos de Dios.

—Así obraréis cuerdamente.

Juan de Dios, viendo que don Rodrigo quedaba tranquilo y aún contento, se despidió de él y se dirigió al Hospital.

—¡Bendito sea Dios! exclamó el juez cuando quedó solo. Este santo religioso es una gran donacion con que el Señor ha querido favorecer á Granada. ¡Feliz ciudad que le alberga en su seno! ¡Digna es de ser envidiada por las demás del mundo! Ya puede el médico enviar su papel al emperador: nada me importa: yo creo haber obrado en justicia y tengo una gran confianza en Dios. ¡Él me salvará!

Estos magníficos efectos producen siempre las conversaciones y confidencias con las personas virtuosas.

Léese en las santas Escrituras: «Con el santo, santo serás: y con el fuerte, perfecto. Con el escogido serás escogido: y con el torcido te torcerás.»

Esto demuestra la inmensa ventaja de las buenas amistades, así como la ruina que proporcionan los que llamándose amigos no son otra cosa que verdaderos enemigos, toda vez que nos conducen por la senda del mal.

Bastóle al honrado don Rodrigo Carvajal un rato de conversacion con Juan de Dios para deponer todos los grandes temores que ántes abrigaba en su corazon, y adquirir una gran confianza en que Dios, acep-

tando como buena la obra que habia practicado, le salvaria de todos los peligros y muy especialmente de la pérdida de su honra. Ahora se alegraba de haber accedido á los ruegos del varon de Dios poniendo en libertad á Beatriz, sin exigirla responsabilidad de ninguna clase. No se habia arrepentido de lo hecho, pero las amenazas del médico le hàbian contristado haciéndole ver un cúmulo de desgracias. Habla de nuevo con el santo Hospitalario y su tristeza se convierte en alegría, su temor en verdadero gozo.

Por su parte, Juan de Dios bendijo á la Providencia que de tal modo le ayudaba en su obra, y rogó que se abreviase el tiempo de la prueba.

CAPITULO XXXIV.

En el que se dá á conocer al alcalde de casa y corte don Pedro Saavedra.

Si don Rodrigo quedó tranquilo después de la visita de Juan de Dios, no quedó este ménos, porque habia conseguido aquel resultado, que era el que deseaba.

Acercábase la tempestad que habia de descargar sobre el corazon de Beatriz.

En el reloj de la Providencia estaba próxima á marcarse la hora de la expiacion para aquella mujer desgraciada, que no otro calificativo merece la persona que se ha dejado arrastrar de sus pasiones.

Juan de Dios tenia ya prevenido á Alberto y nada temia por parte de este que se hallaba completamente regenerado.

En cuanto á Beatriz tampoco temia, toda vez que tenia seguridad de que se obraria su conversion

Empero, redobló sus oraciones y ofreció por ella ayunos y hasta rigorosas disciplinas.

La caridad le impulsaba á obrar de esta manera.

Juan de Dios era todo para todos.

Hubiera querido poderse multiplicar en su deseo de hallarse en todas partes donde hubiese una lágrima que enjugar, una necesidad que socorrer, un desgraciado enfermo al que asistir.

Confiado en Dios esperó los sucesos.

Estos se presentaron bien pronto.

El *Memorial* del médico llegó á manos del emperador.

El cual lo leyó atentamente enterándose de su contenido.

Al dia siguiente llamó á los señores de su Consejo, les hizo leer aquel papel y les pidió su parecer.

Entónces se atendia y respetaba mucho la administracion de justicia, y las causas no se eternizaban como sucede al presente.

Aquellos señores manifestaron su parecer.

Dijeron al monarca que procedia nombrar un juez extraordinario que pasase á Granada y llevase amplias facultades para abrir la causa, hacer nueva comparecencia de testigos, llamar al médico que firmaba el Memorial, ver lo que resultaba de todo y sentenciar conforme á justicia.

—¿Y si resulta culpable el juez Carvajal? preguntó el emperador.

—El Consejo es de opinion que, en cuanto á don Rodrigo Carvajal, nada se haga contra él, atendido á sus honrados antecedentes: esto en cuanto ahora: si después resulta culpable por apatía ú otras causas, entónces se dará á Vuestra Majestad el consejo que se crea mas conveniente.

El emperador se mostró satisfecho con el parecer del Consejo, lo que manifestó al mismo.

Al otro dia se hizo el nombramiento del nuevo juez que habia de entender en aquella causa.

Llamábase éste don Pedro Saavedra, y tenia fama en Madrid por su rigor.

No podia ser el nombramiento ménos favorable para la desgraciada Beatriz.

Porque de don Pedro hubiera sido en vano esperar que faltase en lo más mínimo á sus deberes.

Era don Pedro Saavedra hombre de duras facciones, de mirada penetrante, color cetrino, y tan sério que las personas mismas de su familia aseguraban hasta con juramento que jamás habian visto una sonrisa en sus labios.

Frisaba en los cincuenta años.

Algunas particularidades de su vida nos lo harán conocer suficientemente y nos demostrarán lo que de él podia esperarse en la comision que le era encomendada.

Cuando contrajo matrimonio desempeñaba ya el cargo de alcalde de casa y corte.

Esto venia á ser como una herencia de familia.

Tanto sus padres como sus abuelos habian ejercido las mismas funciones.

No se casó por amor.

Don Pedro era insensible al amor.

Se amaba así mismo únicamente, y si tenia afecto era tan sólo á la justicia.

Este era su flaco.

Se casó cuando contaba treinta años de edad, y esto porque era hijo único y deseaba á todo trance que no se extinguiese su linaje.

Creia que esta extincion hubiera sido una gran pérdida para España y para la administracion de justicia, pues habia formado el proyecto de que si tenia hijos, lo que para él era indudable, habian de ser tambien alcaldes de casa y corte para que no se interrumpiese esta tradicion en su familia.

Entre las mil anécdotas que se referian del alcalde don Pedro Saavedra, era una la de que en la noche de sus bodas y apénas se habia sentado á la mesa con sus convidados, entraron á decirle que en su distrito se habia cometido un asesinato.

Inmediatamente se levantó y dijo á sus convidados:

—Señores; siga la fiesta y que no haya la menor interrupcion: me llama el cumplimiento de mi deber.

Habia entre los convidados otros dos alcaldes de casa y corte.

Ambos se ofrecieron á acudir por él al lugar de la desgracia para practicar las diligencias de costumbre.

—De ningun modo, exclamó don Pedro. No son de tal naturaleza las fiestas domésticas que hagan faltar al hombre á sus deberes, y yo romperia mi vara en mil pedazos si pudiera echarme en cara el haber permanecido en quietud con perjuicio y mengua de la justicia. ¡Nó en mis dias!

No habia objecion posible que hacer.

Todos sabian que don Pedro era inflexible.

Callaron, pues.

El alcalde se levantó, tomó su sombrero, y despidiéndose de la reunion se fué con la mayor tranquilidad á ejercer las funciones de su ministerio.

Y continuó hasta una hora avanzada aquella fiesta de boda en la cual sólo faltaba el novio.

Cuando don Pedro terminó las diligencias era cerca del amanecer.

Fué á su casa, nó disgustado por aquella contrariedad que habia experimentado, sino por el contrario muy tranquilo y alegre, porque habia conseguido descubrir y capturar á los criminales, dos infames que por robar habian cometido el asesinato denunciado.

—No podia esperar, dijo á su esposa, mejor noche de novio: los criminales han caido en mi poder y

dentro de poco tendrá que hacer el verdugo. La ociosidad es mala cosa, y es necesario de vez en cuando que se ejercite, porque de otro modo olvidaria el oficio, lo que no conviene en manera alguna. Ya ves; si permito que vaya por mí otro de los alcaldes, es más que probable que no hubiese dado con los criminales, y tan horrendo delito quedaria impune.

—Es cosa terrible, dijo su esposa, èsto de tener que sentenciar.

—¡Oh! ¡No hay cosa más digna y noble!

—¡Jesús!

—¿Por qué te admiras?

—A ser hombre, te digo con verdad que no seria por nada del mundo de justicia.

—Pues siento que tengas tales sentimientos.

—¿Sientes que sea de tierno corazon?

—Muy bien sienta eso en la mujer, pero mejor sienta el amor á la justicia.

—Puede amarse sin necesidad de ejercerla.

—Eso es verdad; pero es tanto el amor que yo la profeso, que si tú cometieses mañana un delito, yo mismo si era preciso te juzgaria; y el ser tú mi esposa, no me serviria de rémora para obrar con arreglo á los principios más estrictos de justicia.

En aquel momento la jóven esposa del alcalde de casa y corte se sintió arrepentida de haber accedido á aquel casamiento, pero ya no era posible retroceder.

Así, pues, se sonrió y nada objetó á lo que acababa de escuchar de labios de su esposo.

Otro rasgo de su carácter.

Debia un dia ejecutarse un reo.

El cuadro estaba formado.

La desgraciada víctima iba á salir de la prision para ofrecer el sacrificio de su vida en expiacion del crímen que á aquel trance le habia conducido.

En aquel momento llegó el indulto concedido por el monarca.

Tocó recibirlo á don Pedro Saavedra.

Como es natural, se alegraron cuantos por necesidad se hallaban reunidos para presenciar el acto.

El único que no se alegró fué don Pedro.

Hizo éste un signo de disgusto.

—¿Qué es eso don Pedro? le preguntaron: ¿Os disgusta que haya llegado el indulto?

—Seria mejor que hubiese venido una hora más tarde.

—En cuyo caso de nada hubiera servido.

—Por eso lo digo.

—Los que le escuchaban quedaron admirados.

Don Pedro continuó:

—Ese pobre muchacho estaba ahora muy bien dispuesto para morir y es una lástima que no lo haga, porque se hubiera salvado. El que está avezado al crímen, con dificultad abandona esta senda. Mañana volverá á cometer un nuevo delito aún en el mismo

presidio. Pero enfin, Su Majestad lo manda y no hay más que obedecer.

Y contrariándose á sí mismo notició al reo la buena nueva.

Este se desmayó.

Cuando se creia al borde de la tumba, se encontró, digámoslo así, con nueva vida.

Cuando volvió al uso de sus sentidos, se arrodilló á los piés del severo alcalde, diciéndole:

—Os doy las gracias, señor, pues no dudo que vuestra influencia que es mucha habrá alcanzado mi indulto.

—Levantáos, jóven, levantáos, dijo el alcalde: sólo á Su Majestad debeis estar agradecido. Si alguien ha influido en vuestro favor, lo ignoro: lo único que puedo deciros es que yo no he sido. Yo, jamás influiré por un criminal.

Y esto diciendo, le volvió la espalda, dejándole en manos de los que le habian de sacar de la capilla y conducirle á la enfermería.

Mandó retirar el piquete extraordinario que habia acudido, y él se fué á su casa, no alegre sino mohino y murmurando entre dientes del emperador que habia evitado el que fuese podado aquel miembro corrompido del árbol social. Y eso que en aquella época un indulto de esta naturaleza era cosa tan extraordinaria que trascurrian muchos años entre dos casos de tal naturaleza.

—Pues digo, exclamaba, que si le da al emperador por indultar á los asesinos, la impunidad hará que los crímenes se repitan y adios tranquilidad y seguridad. En otra ocasion ya tendré cuidado en hacer adelantar la hora, de suerte que si concede Su Majestad un nuevo indulto, este llegue tarde.

Por estos hechos puede comprender el lector quien era don Pedro Saavedra y á que extremo llegaba su rigidez.

A este hombre se habia encomendado la causa de la esposa de Alberto, la infeliz Beatriz.

¿Qué se podia esperar?

Conocidos los antecedentes del juez, fácil era preveer el fin que la estaba reservado.

No carecia don Rodrigo Carvajal de amigos en la corte.

Ganoso de saber el resultado que tendria el *Memorial* dirigido por el médico á Su Magestad Imperial, escribió una carta á uno de sus más intimos amigos que desempeñaba un alto puesto en la misma casa real, suplicándole que tratase de informarse de lo que pudiera haber en el asunto y de noticiárselo á la mayor brevedad posible.

Cumplió el amigo con toda exactitud el encargo, y escribió á don Rodrigo, manifestándole que era don Pedro Saavedra el encargado por Su Majestad para entender en la causa seguida en Granada contra doña Beatriz.

No habia en todos los dilatados dominios de Cárlos V individuo alguno del ramo de justicia que no hubiese oido hablar de don Pedro Saavedra, cuyo nombre era conocido en todas partes y que colocado en el trono hubiese sido un nuevo don Pedro el *Cruel* ó el *justiciero,* como le llaman, creemos que con razon, algunos historiadores.

La noticia cayó como una bomba sobre el corazon de don Rodrigo.

Desde aquel instante vió el asunto perdido.

En su imaginacion se presentó á Beatriz dando á Granada uno de esos espectáculos que debian sembrar el luto y la tristeza en un pueblo, y que léjos de ser así son causa de bullicio y de grande animacion, porque tales son por desgracia los sentimientos humanos, aún entre los cristianos en los que debian resplandecer los principios de la caridad.

Pero en seguida recordó todo lo que le habia dicho el hermano Juan de Dios y esto le sirvió para tranquilizarse.

Sabia muy bien que aquel santo religioso hablaba siempre por inspiracion divina, y que por lo tanto no se equivocaba en sus pronósticos.

Reflexionó.

Después de algunos momentos de meditacion, exclamó:

—Ahora se me proporciona la ocasion de ver de que modo obra la Providencia en favor de las criatu-

ras. Don Pedro Saavedra es un juez implacable: depurará la causa hasta en sus más mínimos detalles y no podrá ménos de ver claro como la luz del dia que Beatriz es reo del delito de envenenamiento. No es hombre que se venda por ningun dinero ni que atienda á recomendaciones de ninguna clase cuando se trata de administrar justicia. Él no atiende más que á su propia conciencia. Y sin embargo, ni ella ha de ser condenada ni yo he de tener que padecer lo más mínimo en mi honra y reputacion. En esto tengo una gran seguridad porque Juan de Dios me lo ha asegurado. Con que todo ha de ser obra de la Providencia. Corramos ahora á dar cuenta al religioso de esta carta, por si necesita tomar algunas prevenciones para cuando venga don Pedro Saavedra.

En efecto, se dirigió al Hospital.

Recibiólo el religioso con la mayor amabilidad.

—¿Qué tenemos?—le preguntó.

—Malas nuevas, hermano Juan de Dios.

—Nunca serán malas, si son disposiciones de Dios. Vamos, contar lo que así os hace hablar.

—He recibido carta de Madrid.

—¿Y qué os dicen?

—Me dan cuenta de quien es el juez nombrado por Su Majestad para entender en la causa de doña Beatriz.

—¿Quién es?

—Un tal don Pedro Saavedra.

—No tengo noticia de él.

—Pues habeis de saber, hermano Juan de Dios, que el señor don Pedro Saavedra es un alcalde de casa y corte, el hombre más rígido que se ha conocido, y tanto, que ha adquirido una fama casi universal por este concepto. Estoy en la seguridad de que su fallo será terrible en la causa de esa pobre mujer.

Juan de Dios se sonrió.

—Veo, dijo Don Rodrigo, que teneis mucha seguridad.

—Es que confio en Dios. Ese señor Saavedra tiene ya á mis ojos un mérito extraordinario, porque segun lo que me acabais de decir, es hombre muy recto en la administracion de justicia. Así debian de ser todos los encargados de administrarla. Vos tambien, señor don Rodrigo, mereceis alabanzas en este punto; pues si en la ocasion presente no habeis seguido la causa de Beatriz, no ha sido seguramente porque hayais querido faltar á la justicia, sino por haberos convencido de que tal es la voluntad de Dios, que quiere, en sus altos juicios, salvar á esa mujer.

—Por eso estoy tranquilo.

—Bien podeis estarlo.

—¿Y qué haré?

—Nada absolutamente. Esperad.

—Esperaré.

—Cuando venga ese señor juez, os pedirá la causa después de mostraros la órden de Su Majestad.

—Y me hará preguntas.

—Eso es indudable.

—¿Qué habré de contestar?

—Dios pondrá en vuestros labios las palabras que le habréis de dirigir. Ya os he dicho que vuestra honra y buen nombre no padecerán el menor menoscabo.

—Esto me alegra más que todo, porque me creo en el deber ineludible de legar á mis hijos un nombre sin mancha.

—Tanto es así, que Dios nos manda cuidar de nuestro buen nombre.

Deseaba Juan de Dios que Alberto estuviese al corriente en la marcha de los sucesos para evitarle grandes sorpresas; y así, luego que don Rodrigo Carvajal se hubo retirado, le llamó y cuando le tuvo en su presencia le dijo:

—He de hablaros Alberto.

—Decid, hermano Juan: ya sabeis con cuanto placer os escucho siempre.

—Quiero que sepais el estado en que se hallan los asuntos referentes á vuestra esposa.

—¿Qué ocurre ahora?

Juan de Dios refirió entónces con todos sus detalles lo que habia pasado entre el juez don Rodrigo y el médico que habia declarado el envenenamiento de la doncella María, y como este habia cumplido su palabra, ó mejor realizado su amenaza de enviar un *Me-*

morial á Su Majestad el emperador en demanda de que se abriese nuevamente la causa de Beatriz.

—¿Pero qué interés tiene ese hombre, preguntó Alberto, en que Beatriz sea castigada?

—No otro que su amor á la justicia.

—Eso es llevarlo á una exageracion. ¿No hizo él las declaraciones á que venia obligado como médico? ¿Qué, pues, le importa lo demás? ¿A qué responde esa tenacidad? Os digo de veras, hermano Juan de Dios, que todo esto es para mí incomprensible.

—No es de nuestra incumbencia el juzgar á nadie. Os digo únicamente lo mismo que acabo de decir á don Rodrigo con el que he estado hablando: esperad. El asunto está en manos de Dios: ¿podia estar en mejores manos? Continuad, Alberto, en vuestra confianza, que vamos á entrar de lleno en el último período de prueba.

—Espero que no me falte la confianza.

—En cuyo caso yo estaré tranquilo: es un empeño que he tomado en la salvacion de vuestra esposa: me hace este asunto perder algunas horas que robo materialmente al cuidado de mis enfermos. Pero todo es ocuparse en buenas obras, y creo que Dios se dignará aprobar lo que hago.

—¡Haceis tanto!

—Ya veis que yo por mí nada podria conseguir: pero tenemos un arma poderosísima que nunca es vencida; arma con la cual se han conseguido grandes

y admirables victorias en todo tiempo, por que su temple es magnífico.

—¿Qué arma es?

—La oracion.

Alberto calló.

—Creedlo, amigo mio: la oracion es un arma poderosa. Todo está en las manos de Dios: de Él penden los bienes y los males, la riqueza y la pobreza, la muerte y la vida: de consiguiente puede concederlo todo, si se le ruega con fe y perseverancia.

—Mucho vale en efecto la oracion asídua del justo.

—Yo estoy muy léjos de serlo, y sin embargo en ella confio. Orad vos tambien: importunemos á nuestro Señor á fuerza de oraciones, y al fin conseguirémos lo que tanto anhelamos. Venga en buen hora ese juez, que sobre los poderes de la tierra está siempre el poder de Dios.

—Es verdad.

—Beatriz habrá aún de padecer algo, pero al fin esto servirá para su completa expiacion y después vendrá el descanso para ella y para vos.

—¡No teneis necesidad, hermano Juan, de esforzaros en persuadirme, porque sé muy bien que todo sucederá tal como me lo habeis dicho repetidas veces. Seguid vos orando, que seguramente seréis escuchado más pronto que yo, y estad persuadído de que yo tambien dirijo al cielo mis tibias oraciones, no sola-

mente por Beatriz, sino tambien por vos, hermano Juan, ¡por vos al que tantos beneficios debo!

—Nada me debeis.

—¡Oh! Mucho. ¿No habeis sido mi providencia? ¿No lo sois para esa pobre mujer, para mi infeliz esposa que os paga vuestros beneficios con odio y mala voluntad?

—No sabe la pobre lo que hace ni dice, y es necesario perdonarla y compadecerla.

—Tenga Dios de mí la compasion que yo experimento por ella. Ni aún quiero recordar las ofensas que de ella tengo recibidas y eso que, como sabeis, son graves.

—De cristianos es el perdonar.

La conferencia terminó.

Juan de Dios se retiró á su celda.

Cuando Alberto quedó solo exclamó:

—¡Qué hombre! ¡Cuán feliz soy en haberle conocido! Sin él, sin su buena amistad, yo seria hoy el hombre más desgraciado del mundo: hubiérame dejado llevar de mis pasiones, y sabe Dios lo que de mí seria á estas horas. Dándome el Señor á conocer este hombre me ha hecho el mayor de los beneficios. ¡Feliz la sociedad que abriga en su seno estos varones que tienen una vida escondida en Jesucristo, su Dios, que son espectáculos admirables á la humanidad y forman la verdadera contraposicion de esa multitud de hombres egoistas que viviendo solamente para ellos, son

en la sociedad verdaderas plantas parásitas que ningun bien producen.

En esto raciocinaba Alberto como hombre de muy recto criterio.

Mientras más tiempo pasaba al lado de Juan de Dios, más se iba cimentando en las virtudes.

La compañía de los buenos produce siempre este magnífico resultado.

CAPITULO XXXV.

De lo que hizo Juan de Dios luego que hubo escuchado á don Rodrigo Carvajal.

Juan de Dios discurrió á solas sobre lo que debia de hacer después de la noticia que por don Rodrigo Carvajal habia recibido, tocante al resultado del *Memorial*, enviado por el médico á Su Majestad.

Naturalmente Beatriz apénas llegára el terrible señor Saavedra seria reducida á una prision preventiva para evitar el que pudiese huir de Granada.

La situacion se presentaba terrible.

Podia ser de malos resultados la tormenta que iba á descargar sobre el corazon de aquella mujer que tanto habia ya sufrido.

¿Cómo hacer ménos imponente esta tormenta?

Sabia el varon de Dios la propension de Beatriz á la desesperacion, y comprendia suficientemente que

falta de virtud para sufrir aquel nuevo contratiempo era capaz de llegar hasta el suicidio.

¿Cómo evitarlo?

Después de meditar un momento salió del hospital y se dirigió á la casa de Beatriz.

Llegó jadeante, porque los minutos se le hacian horas y de un momento á otro podia llegar á Granada el nuevo juez á cuyas manos habia de pasar la causa formada contra Beatriz.

Asustóse doña Vicenta cuando le vió llegar en aquel estado, y le preguntó:

—¿Qué traeis, hermano Juan de Dios? Venís fatigado y creo que conmovido. ¿Qué os ocurre?

—La vida del hombre, dijo el religioso, es una batalla sobre la tierra. ¡Siempre luchas! ¡Siempre contratiempos!

—Sentaos, hermano Juan, sentaos y reposad.

—No es la vida el lugar del reposo. Nuestro descanso está en el cielo. Aquí, en esta tierra de peregrinacion, no hay otra cosa que peligros y trabajos.

—Pero decidme.....

—¿Y Beatriz?

—Duerme en este momento.

—¡Pobre mujer!

—¿Deseais verla?

—No á ella sino á vos es mi visita.

—Me teneis en impaciencia.

—Vos, doña Vicenta, estais en camino de salvacion.

—Gracias á vos.

—No digais eso. Gracias á Dios que se ha dignado visitaros con su gracia. Procurad aumentarla y que sus frutos no se malogren.

—Con la ayuda de Dios lo haré así.

—¿Os sentís con fuerzas suficientes para sufrir algunos graves disgustos en expiacion de vuestras faltas pasadas?

—Tal es la regeneracion que en mí se ha verificado, que no solamente me siento animada para padecer, sino que, á más, deseo los padecimientos, si ellos han de contribuir á purificarme de mis anteriores extravios.

—¡Loado sea Dios!

—Ahora ¿me diréis la causa de vuestra pregunta? Hablad sin temor. ¿Me amenaza algun peligro?

—Nó á vos.

—Entónces.....

—A Beatriz.

—¿No está ya libre?

—Sí al presente.

—No lo entiendo.

—Está hoy libre, pero tal vez no lo estará mañana. El juez que entendia en su causa ha sobreseido á instancias mias; pero otro juez enviado por Su Majestad se presentará á abrir de nuevo la causa.

—¿Decís que vendrá un juez enviado por Su Majestad?

—Así es.

—¿Pero como ha podido llegar este asunto nada ménos que hasta el trono?

—No hubiese llegado á no haber un hombre que ha tomado grande empeño en que no quede impune el envenenamiento de la doncella María.

—¡Jesús!

—¿Vais comprendiendo?

—¿Y quién es ese hombre? Tal vez su esposo. Esta debe ser obra de Alberto.

—No blasfemeis, doña Vicenta, ni hagais juicios temerarios: Alberto desea tanto como yo la felicidad de su esposa. No la desea mal alguno, y su único anhelo es que llegue el dia en el cual una vez regenerada Beatriz pueda unirse nuevamente con ella, para pasar con tranquilidad el resto de sus dias.

—Os creo, hermano Juan: pero entónces yo no puedo comprender que otro hombre tenga interés en que mi pobre amiga sea perseguida.

—¿Recordais el médico que fué llamado para asistir á María cuando tomó el veneno?

—Lo recuerdo.

—Pues ese es el que ha movido el asunto.

—No veo el interés que en ello pueda tener.

—Lo ha tomado por punto de conciencia. No puede negarse que el delito fué horroroso y de esos para los cuales la sociedad exije escarmientos. Se ha escandalizado al saber que Beatriz habia sido puesta en

libertad: se ha visto con el juez don Rodrigo Carvajal, le ha dado en rostro con el que él llama un proceder injusto, porque ignora las disposiciones de Dios en este asunto, y le ha amenazado con enviar á Su Majestad un *Memorial* exponiéndole todo lo ocurrido y pidiendo bajo su responsabilidad que envie un nuevo juez que abra la causa, se informe de los hechos y sentencie en justicia.

—Pero eso no pasará de una amenaza.

—Es ya un hecho.

—¡Cómo!

—Me consta que el *Memorial* ha llegado á manos del emperador y que este ha tomado disposiciones.

—¿En que sentido?

—Concediendo lo pedido.

—Luego vendrá.....

—Un juez inexorable.

—¿Y no podreis?

—Nada con él. El señor Saavedra es la verdadera representacion de la justicia humana.

—En este caso....

—Beatriz era perdida sino contásemos con los auxilios del cielo, en los que únicamente confio.

Doña Vicenta rompió á llorar.

Y no eran sus lágrimas ciertamente esas que á su gusto y segun las circunstancias tienen facilidad de verter las mujeres. Eran por el contrario emanadas del corazon.

Doña Vicenta no era ya la mujer que ántes hemos conocido.

Era ya sensible.

Amaba á Beatriz.

Deseaba su bien y estaba dispuesta á arrostrar por ella cualquier sacrificio.

Las reflexiones que habia oido de labios de Juan de Dios se hallaban gravadas en su corazon.

Puesta bajo la direccion del sabio y virtuoso sacerdote padre Avila, habia entrado con firmeza en el camino del bien, en la hermosa senda de la virtud.

Y el bien que ella disfrutaba, deseaba que fuese tambien disfrutado por su amiga.

Reinaba en su corazon el amor, pero era el amor que brotando de la doctrina santa del Evangelio produjo las Magdalenas.

El que ama de este modo desconoce por completo el egoismo, ese producto de la corrompida naturaleza humana, que tan arraigado se encuentra en el mundo.

Juan de Dios la observó y la dejó dar aquel desahogo á su pecho.

Después la dijo:

—Ya habeis llorado y vuestras lágrimas no serán perdidas porque proceden de un sentimiento de caridad hácia esa desgraciada á la que amais como á una hermana. ¡Dios bendiga vuestras lágrimas! ¡Dios sea con nosotros!

—Beatriz es muy desgraciada.

— No comprendeis los juicios del Señor.

—¿Que quereis decir?

— Que la representamos desgraciada y tal vez sea para ella una fortuna lo que le acontece.

—¡Cómo veis las cosas!

— De la manera que debo verlas.

—Yo, por mi parte, hermano Juan de Dios, no veo en estos sucesos nada que me parezca afortunado.

— Por desgracia es indudable que Beatriz ha cometido por lo ménos un crímen de envenenamiento.

—Así es.

—Y si Dios ha dispuesto que lo expie en la tierra para evitarse los castigos eternos ¿no creeis que esto es una fortuna?

—Doña Vicenta bajó la vista.

—No me hagais desconfiar de vuestra fe, dijo Juan de Dios.

— ¡Oh! Eso nunca. A Dios gracias la tengo: ella es el alimento de mi espíritu, la luz que hoy me guia en medio del laberinto del mundo. ¡Ojalá siempre la hubiese tenido!

—Pues si teneis fe, comprended la diferencia tan grande que existe entre padecer en esta vida ó en la futura

— Es muy grande.

—Ved lo que media entre lo temporal y eterno, entre lo finito é infinito.

—Lo veo.

—Por esto digo que creemos á Beatriz desgraciada y tal vez estos padecimientos expiatorios formen su felicidad.

—Cúmplase la voluntad de Dios.

—Y cómo vos no la abandonaréis un momento, por esto os he preguntado al principio si os encontrabais con fuerzas suficientes para sufrir graves disgustos.

A todo estoy dispuesta.

—Pues bien: es necesario que prevengais á Beatriz.

—¡Qué comision!

—No todas han de ser glorias. Yo tengo necesidad muchas veces de acercarme á la cabecera de un enfermo, ya sea convaleciente ó que no juzga hallarse en peligro y que tal vez forma proyectos de viaje para variar de aires, para anunciarle que se le acerca la muerte y que es necesario se prepare para el viaje de la eternidad. Ved si esto es más terrible y doloroso que hablar de algunos padecimientos.

—Disponed de mí y decidme lo que he de hacer: no me apartaré un momento de la regla de conducta que me indiqueis. Haré lo que os digneis disponer.

—Como quiera que de un momento á otro es fácil que se presente en Granada ese señor juez Saavedra, conviene que la hableis, manifestándola que sois sabedora del asunto y que os es necesario buscar un lugar de refugio donde poder evitar la prision.

—¿Y adónde irémos?

—No sé que os diga.

—¡Que situacion, Dios mio!

—Entretando yo veré si puedo encontrar un medio sino de ablandar al nuevo juez, pues segun las noticias que tengo nada conseguiria, al ménos de hacer llegar una nueva súplica al señor don Cárlos V á fin de que conceda un amplio indulto por si fuese sentenciada.

—Haré lo que me ordenais; pero me lleno de confusiones sin saber dónde irémos, y me estremezco al pensar en el efecto que en Beatriz ha de producir la noticia.

—Revestios de fortaleza, pero os advierto que me deis noticias de cualquier determinacion que tomeis. Yo no volveré, y así espero que vayais al Hospital á decirme lo que ocurra.

—Lo haré así.

—Pues adios y no perdais el tiempo.

Doña Vicenta vió marcharse á Juan de Dios, y cuando este estaba ya en la puerta de la casa, salió precipitadamente y le llamó.

—¿Qué me quereis? preguntó el religioso.

—Deseo haceros una pregunta.

—Hablad.

—¿Apésar de todo lo que me habeis anunciado, conservais la esperanza que abrigabais ántes con respecto al porvenir de Beatriz?

—La tengo aún más arraigada. Beatriz pasará estos nuevos trabajos que serán los últimos. De ellos saldrá completamente regenerada y la veremos convertida en una Magdalena.

—Pues id con Dios, hermano Juan: vuestras palabras me tranquilizan y me dan ànimos para obrar.

—El religioso se alejó.

Doña Vicenta se animó en efecto con las frases que aquel la habia dirigido, y aunque comprendia el trastorno que iba á causar á su amiga, se dispuso á cumplimentar lo que le habia sido ordenado.

Juan de Dios, como quiera que pasase por delante de la casa donde vivia Victoria, á la cual hacia dias que no veia, entró con el objeto de preguntarla por las enfermas que tenia á su cuidado y dejarle algun donativo para socorro de las mismas.

—Encontróla en su habitacion.

—Bien venido sea el hermano Juan, dijo la jóven al ver en su presencia al religioso.

—El Señor os bendiga, dijo este.

—¡Cuanto me alegro el veros!

—¿Pues qué ocurre?

—Nada que sea extraordinario, pero vuestra vista siempre me alegra y llena de consuelo.

—¿Cuantas enfermas teneis?

—Solo tres.

—Supongo que habreis agotado los recursos.

—Es bien poco lo que me resta.

—Pues aquí teneis esto.

Y abriendo una bolsa, la entregó cien ducados.

—He recibido estos dias, dijo, algunas limosnas de consideracion, de suerte que nada falta en el Hospital y hay tambien para atender á los enfermos de fuera. La bolsa de la Providencia es inagotable.

—Mucho me alegro, dijo Victoria, que sea así y que me hayais dado este dinero. Una de las tres enfermas que tengo es tan infeliz, que carece hasta de colchon y está sobre una manta.

—Dadme enseguida las señas de su casa, para mandarle hoy mismo una cama. Tengo doce que no están ocupadas en el Hospital y podemos atender á esta necesidad.

Victoria le dió las señas de la habitacion de la pobre.

Juan de Dios las anotó en una cartera que siempre llevaba y que parecia un registro de miserias, pues no otra cosa era lo que en ella apuntaba.

—Os encargo mucho, la dijo después, que oreis en favor de aquella pobre mujer que os tuvo secuestrada.

—¡De Beatriz!

—Justamente.

—¿Pues que sucede á aquella infeliz?

—Juan de Dios la refirió todo lo que habia pasado y lo que la esperaba, así como el paso que acababa de dar.

—¡Cuanto la compadezco! exclamó Victoria.

—Digna es en efecto de compasion.

—¿Y seré yo llamada nuevamente á declarar?

—Es muy posible.

—¡Cuanto lo siento! Si es así, yo haré los mayores esfuerzos por salvarla: disculparé en cuanto pueda el hecho y hasta diré que me trató con las mayores consideraciones.

—Eso seria mentir y la mentira nunca es lícita. Además, el otro delito, el del envenenamiento es el que más puede perjudicarla.

—Daria mi sangre por salvarla. Yo nunca la he creido mala: juzgo que el haber obrado del modo que lo ha hecho responde, más que á otra cosa, á un trastorno contínuo de su razon. ¿No lo creeis vos así?

—Razon teneis, Victoria: un trastorno de la razon es el olvido de los grandes deberes que en la sociedad nos ligan para con Dios, para con nosotros mismos y para con nuestros semejantes: mas son las pasiones no refrenadas las que producen ese lamentable trastorno. Pero siempre es digno de compasion el desgraciado, y no hay desgracia que tenga punto de comparacion con la de la persona que ha sido arrastrada á cometer un crímen. Por esta razon está fundado en un principio de caridad esta accion: «Odia el delito y compadece al delincuente.»

—Dios tenga de mí la misma compasion que por

ella experimento. Ni aún me acuerdo de los agravios que me ha causado.

—Y de este modo obrais cristianamènte.

—¿Creeis que recaerá sobre ella alguna sentencia infamante?

—Lo que creo es que saldrá en bien, y que después abrirá sus ojos al conocimiento de la verdad y dirigirá sus pasos por la senda de la justicia.

—Quiera el Señor que esto sea pronto.

—Para conseguirlo os encargo que oreis.

—Lo haré de muy buena voluntad y ¡ojalá que mis oraciones no fuesen tibias y que pudiesen llegar en olor de suavidad hasta el trono del Eterno!

—Llegará, porque sois temerosa de Dios.

Cumplido su objeto, Juan de Dios puso término á su visita y se dirigió al Hospital.

Victoria, en cuyo corazon no tenia entrada el odio ni la mala voluntad, cayó de rodillas ante un Crucifijo, exclamando más con el corazon que con los labios:

—¡Dios mio, salvadla!

CAPITULO XXXVI.

Del efecto que causó en Beatriz la noticia que le fué comunicada por Doña Vicenta.

La tarde del mismo dia en el que doña Vicenta recibió la visita de Juan de Dios, se propuso cumplir la mision que le habia sido encomendada por el mismo.

Por más que ella estuviese conforme y resignada con la voluntad divina y dispuesta para tomar parte en los padecimientos que esperaban á su amiga, no podia ménos de estremecerse.

La naturaleza hacia su oficio.

Por más que el espíritu esté pronto, la carne siempre es flaca y enferma.

Temia por ella, pero temia aún más por Beatriz.

Conocia perfectamente su carácter fogoso; sabia que aún no estaba curada de sus pasiones, y esto le hacia

pensar si la noticia que debia darle la arrastraria á la desesperacion.

Y si esto sucedia; si faltaba á Beatriz la resignacion; si continuaba en su tenacidad de creer á Juan de Dios y á Victoria como autores y causantes de todas sus desgracias, en este caso preveia muy tristes consecuencias, pues sabia por triste experiencia que Beatriz era mujer dispuesta para todo lo malo.

Estas eran las causas de sus temores.

Beatriz habia abandonado el lecho.

Se encontraba muy mejorada.

Su razon funcionaba como si jamás hubiese estado trastornada, contradiciendo de este modo los pronósticos hechos por el doctor encargado de su curacion.

En un gabinete ricamente amueblado se encuentran las dos amigas, una frente á la otra.

Advertíase en el semblante de doña Vicenta un gran tinte de tristeza y las lágrimas querian brotar de sus ojos.

Beatriz tenia grabadas las huellas de sus padecimientos.

Escuchemos la conversacion que sostienen.

—Ahora, dice Beatriz, recuerdo como un sueño todo lo que me ha ocurrido. Es indudable que yo he estado loca.

—Has tenido la razon algo perturbada.

—Yo recuerdo únicamente que habiendo faltado don Diego á su palabra de ir á tu casa en la que yo

me hallaba refugiada, con el objeto de proporcionarme un albergue, en tanto que él influia en favor mio, y como tú me trajeses la noticia de que no debia esperarle, porque se disponia á tomar el hábito de la órden hospitalaria, yo me disfracé y fuí á verle. Tuve con él un grande altercado, pues me aseguró ser una verdad lo que tú me habias dicho, y salí de aquella casa como loca. ¿Fuí á la tuya? No lo recuerdo. Desde entonces acá ignoro absolutamente lo que por mí ha pasado. Cuando he vuelto en mi acuerdo, me encuentro en mi casa, y al parecer libre y sin tener que abrigar temores de ninguna clase. ¿Quiéres explicarme todo esto? ¡Cuánto te lo agradeceré!

—Díme, Beatriz, ¿crees en mi amistad?

—Confiésote que alguna vez he dudado y por ello te pido perdon, pero las pruebas que estoy recibiendo me hacen comprender que tu amistad es sincera y verdadera, que me amas como si fuese tu hermana.

—Mucho me alegro de que al fin me hagas justicia.

—¿Me perdonas mis dudas anteriores?

—De todo corazon. No es posible que yo tenga resentimientos de ninguna clase contigo.

—Me haces feliz, amiga mia.

Y al pronunciar estas palabras se enjugó una lágrima.

Después dijo:

—¿Me explicarás ahora lo que te he suplicado?

—Si te empeñas.....

—Deseo saberlo todo.

—Pues bien: al salir de casa de don Diego ibas tan trastornada que perdiste la razon.

—Lo sospechaba.

—No sé lo que hablarias ó dirias en tal estado cuando atravesabas las calles; pero es el caso que fuíste recogida por una ronda, y conociendo aquellos hombres la perturbacion de tu razon te condujeron á la casa de los dementes, ignorando quién eras y cual tu habitacion.

—¡Pobre de mí!

—Al dia siguiente fuíste reconocida por alguna persona la que dió inmediatamente cuenta de ello al juez que entendia en tu causa, don Rodrigo Carvajal.

—¿Y qué hizo?

—Cómo es natural se alegró de tu captura.

Beatriz exhaló un hondo suspiro.

Doña Vicenta continuó.

—¿Y qué disposiciones tomó?

—Como no hay leyes para juzgar á los dementes, ordenó que permanecieses en aquel establecimiento, pero con el objeto de continuar la sumaria si recuperabas el uso de los sentidos.

—¿Pero como me veo libre y en mi casa?

—Nunca faltan almas generosas.

—Explícate.

—Ha habido una persona que ha tomado un gran interés por tí y que se empeñó en salvarte.

—Dios se lo pague.

—Esta persona que goza de grande influencia, se presentó á don Rodrigo Carvajal y le habló en favor tuyo. Después de muchos ruegos y de grandes argumentos, consiguió que apésar de ser don Rodrigo un hombre muy recto y probo, sobreseyese la causa dándola por terminada, sin exigir de tí responsabilidad alguna. En consecuencia de esto recibió del mismo Carvajal una órden, en virtud de la cual podian sacarte de aquel establecimiento para que morases donde quiera que conviniera á tu salud.

—¿Y podrás decirme quién fué la persona que se interesó por mí? Deseo saberlo.

—Valiera más que lo ignorases.

—¿Por qué?

—No creo que estás suficientemente preparada para ello.

—Dígote que no te entiendo.

—Hay un hombre que es un modelo de virtudes: guiado por los sentimientos generosos de su corazon y compadecido de tus desgracias, al saber lo que te ocurria y que de seguir la causa abierta contra tí podia recaer una sentencia terrible, interpuso su influencia cerca del juez don Rodrigo Carvajal, á fin de que sobreseyese en la causa y te dejase en libertad. Y por cierto que la empresa era asaz difícil, porque se trataba del señor Carvajal cuya rectitud en la administracion de justicia es por cierto bien conocida

de todo el mundo. Al fin consiguió ablandar el corazon de este hombre y la órden de la libertad fué firmada. Entónces vino á hablarme á fin de que fueses trasladada á tu casa y me persuadió á que viniese á asistirte, encargándome mucho que no te abandonase un momento, pues que sólo los cuidados de una persona que se tomase gran interés por tí podria hacer que recobrases el uso de la razon y la salud que tenias tan quebrantada. A este hombre de tan bellísimos sentimientos lo debes todo.

—Pero ese hombre.....

—No lo nombro, porque, sin razon que pueda justificar tu modo de obrar, le odias.

—¡Que le odio!

—Sí: mil veces lo he oido de tus labios.

—Haces bien: no lo nombres, porque ese hombre bajo la apariencia de amistad es mi enemigo.

—¡Beatriz!

—Sí; te refieres á Juan de Dios, á ese hombre que tanto mal me ha causado, que es la causa de todas mis desdichas. ¡Oh! No quiero deberle nada: yo misma me entregaré de nuevo á mi juez: yo aseguraré que soy culpable del envenenamiento de María. Quiero que se me castigue, que se me entregue al verdugo ántes que deber un favor á ese hipócrita que ha protegido los amores criminales de mi esposo con Victoria.

—Desecha, por Dios, esos pensamientos.

—No puedo, no debo desecharlos.

—Eres muy desgraciada, Beatriz.

—Es verdad; soy desgraciada. Mi alma revoltea por la vida á la manera que el ave entre las ráfagas de las grandes tempestades. Las de la naturaleza no son tan grandes ni tan terribles como las que se desatan sobre mi corazon. Yo amo, yo he nacido para amar. Dentro de mi pecho hay un tesoro de amor, y una mujer me arrebata el objeto al que pertenece este amor. ¿Y quién alienta esos lazos criminales que arrebatan de mis brazos á Alberto, á mi esposo, al que es mi único bien en la vida? Ese fraile que parece interesarse por mí, que ha puesto en juego todo su influjo para que yo quede en libertad.

—¡Deliras Beatriz!

—¿Debo admitir los beneficios de ese hombre?

—¡Me horrorizo al escucharte hablar de este modo!

—¡Cuánta maldad hay en el mundo! Tienes razon, amiga mia, soy muy desgraciada.

—Lo eres; pero no por los conceptos que acabas de explicar, sino por otro.

—¿Qué quieres decir?

—Eres desgraciada porque no quieres apartarte del mal camino que has emprendido. Eres desgraciada porque te dejas dominar de las pasiones, porque ves maldades donde no hay más que virtud, porque juzgas mal de toda la humanidad. Por Dios, Beatriz, da lugar á la reflexion, medita y conocerás cuan enga-

ñada vas en tu juicio. Por esto te llamo desgraciada. ¿Hay desgracia mayor que la de no saber agradecer un beneficio?

—¡Ya estás contaminada!

—No te entiendo.

—Tú has hablado con el hospitalario.

—Y sólo siento una cosa.

—¿Cuál es?

—El no haberle tratado ántes más de cerca, porque él ha abierto los ojos de mi alma.

Beatriz miró á su amiga con ojos extraviados.

—¡Oh! Si fueras dócil, continuó doña Vicenta, si quisieras escucharle sin prevencion de ninguna clase, te convencerias provechosamente para tí de que Juan de Dios es un santo, en cuyo pecho arde la llama hermosa de la caridad; de que es incapaz de una accion indigna, y de que la proteccion que te ha dispensado es sincera y desinteresada.

—¿Lo crees así?

—Y aún lo juro.

—Que me conduzca á los brazos de mi Alberto y entónces creeré en él.

—Entrégate en sus manos y segura estoy de que llegarás á ser feliz.

—¡Feliz yo!

—¿Por qué nó?

—He nacido para la desgracia.

—Beatriz, es necesario que te tranquilices, que te

serenes, porque de otro modo no podria hablarte de asuntos que en gran manera te importan.

—Nada me importa en el mundo.

—Veo que quieres caer en la desesperacion.

—¡No hay quien me comprenda!

—Si continuas de ese modo, no será posible que nos pongamos de acuerdo para conjurar una nueva tormenta.

—¡Nueva tormenta! ¿Qué quieres decirme?

—Si me oyeses con tranquilidad.....

—Habla.

—Casi no me atrevo.

—¿Me crees falta de valor?

—En cuanto á valor, bien sé que tienes más del que fuera necesario. La experiencia me lo ha hecho conocer.

—Luego entónces.....

—Lo que no tienes es paciencia.

—Vamos, acábame de sacar de la confusion en que me has puesto. ¿Qué nueva desdicha es la que me espera? ¿Me vas á anunciar que ha ocurrido alguna desgracia á mi esposo? ¿Ha muerto por ventura? Ya ves con cuanta tranquilidad te lo pregunto. El temple de mi alma es muy subido. Nada hay ya en el mundo que pueda arredrarme.

—Pues escucha.

Doña Vicenta, aunque temerosa de un nuevo arrebato, refirió punto por punto á Beatriz cuanto Juan

de Dios le habia dicho respecto á la ida á Granada del nuevo juez que habia de entender en su causa.

Beatriz la escuchó en silencio.

Cuando hubo terminado, doña Vicenta dijo:

—Ya sabes lo que tenia que decirte. Ahora hemos de discurrir los medios de salir en bien de esta situacion.

Beatriz bajó la vista.

En este estado permaneció algun tiempo sin hablar palabra ni hacer el menor movimiento.

—¿Qué dices, Beatriz? le preguntó doña Vicenta, al tiempo que la tocaba en el hombro.

Entónces Beatriz levantó los ojos, la miró y prorumpió en una terrible carcajada.

Sus ojos estaban extraviados y en sus labios se advertia un temblor convulsivo.

La revelacion de doña Vicenta habia caido en su corazon como una bomba.

La habia trastornado.

Su razon no muy fuerte todavía volvió á extraviarse.

—¿Qué te pasa, Beatriz? preguntó asustada doña Vicenta. ¿No me oyes?

Continuaba el silencio de aquella desgraciada.

Doña Vicenta la tomó del brazo y la condujo al jardin.

Creyó que haria efecto en su ánimo la vista del cielo puro, azul, sereno, de las flores, del lujo desplegado por la naturaleza.

De vez en cuando se reia.

Aquel espectáculo de la naturaleza produjo en ella un resultado contrario al que esperaba doña Vicenta.

De su pecho salian algunos gemidos hondos y amargos. Experimentaba dolor; pero era un dolor seco, sombrío, de faz terrible.

Todos los esfuerzos hechos por su amiga para hacerla hablar fueron en vano.

Viendo, pues, el estado en que se encontraba, la condujo á su dormitorio.

Una vez allí la hizo echar sobre el lecho.

Beatriz no oponia resistencia.

Doña Vicenta lloraba amargamente.

No podia ver con tranquilidad de ánimo el estado en que su amiga se encontraba.

Y se estremecia de espanto al pensar que podian de un momento á otro presentarse para reducirla á una prision, y comprendia que carecia de fuerzas suficientes para resistir estos nuevos contratiempos.

Presa de una terrible agitacion, se apoderaron de Beatriz convulsiones espantosas que producian en su cuerpo grandes sacudimientos.

Entró en delirio.

Apareció en sus labios una risa sardónica, sus ojos se desencajaron y su semblante se puso terrible.

En su delirio creia que nuevamente se habia apoderado de Victoria, que la tenia bajo su poder y que

tambien habia podido secuestrar á Juan de Dios. Su delirio se bañaba en sangre.

De pronto se incorporó en la cama.

Asió un brazo de doña Vicenta.

La miró con ojos extraviados y la dijo:

—¿Ves? Se acabaron mis desdichas. Bien hice yo en no apartar de mí el puñal. Mira al hipócrita, al fementido, como se revuelca en su sangre, y ella... ella no se mueve... la he herido en su corazon. No hay remedio posible para el uno ni para la otra.

—¡Desgraciada! exclamó doña Vicenta.

—¿Qué dices? Nó: no es desgraciada: mira como se sonrie y me mira... Ya es feliz... Tambien lo soy yo porque Alberto vendrá á mis brazos: ya no le entretendrá esa mala mujer que me robaba su amor.

—¡Beatriz! ¡Vuelve en tí!

—Ya estoy vengada. ¡Cuánto lo deseaba! Ahora... ahora... que no se sepa... me matarian...

Su rostro tomó un aspecto terrible.

—Quita ese cadáver de mi presencia, escóndelo... ¿No ves como me mira... y se sonrie... sí, se sonrie, se burla de mí. Ella es feliz, y yo... yo...

Y cayó desplomada.

Un sudor frio bañaba su frente.

Las convulsiones se sucedian.

Doña Vicenta conocia la necesidad de llamar á un médico, pero no se atrevia á dar este paso. El delirio

la haria repetir su revelacion y era necesario evitar el escándalo que esto podia producir.

No sabia que partido tomar.

Por fin, se decidió á consultar con Juan de Dios.

Tomó la pluma, meditó un rato antes de decidirse, y al fin escribió lo siguiente:

«Hermano Juan de Dios: He cumplido vuestra órden avisando á Beatriz del peligro que la amenaza. Esto le ha producido un trastorno tal, que temo haya perdido nuevamente la razon. Está en un delirio terrible: no puedo llamar á nadie para que me acompañe en su asistencia, por evitar el que pueda ser escuchada. Mi alma se angustia y no sé en verdad qué hacer. ¿Estará mi pobre amiga abandonada de Dios? Tal vez haga mal en pensarlo, pero no puedo juzgar de otro modo. La situacion no puede ser más crítica. Si en esta ocasion viniese lo que se espera, no sé qué será de ella. Aconsejadme y rogad por ella, y por mí.—*Vicenta.*»

Cerró esta carta, la puso la nema y la mandó en seguida á su destino.

Inmediatamente volvió al lado de Beatriz.

Seguia esta en el mismo estado.

El delirio continuaba.

Las frases que pronunciaban sus labios revelaban el odio que habia en su corazon, pues todas eran de sangre y de esterminio.

Doña Vicenta se horrorizaba.

Trató de ver si podia apartar su imaginacion de aquellas ideas y llevarla á otro terreno.

—¡Beatriz! exclamó.

Esta, apésar de su delirio, la oyó.

Abrió los ojos y fijó la vista en doña Vicenta.

La cual puso la mano sobre su frente y vió que ardia.

—¿Cómo te encuentras? la preguntó.

—¡Ah! ¿Eres tú? ¿Has venido á verme? Todo está terminado.

—¿Qué dices?

—Han muerto los dos.

—Vuelve en tí, Beatriz.

Esta volvió á su risa sardónica.

—¡Que me persigan ahora! exclamó. Está cumplida mi venganza.

Doña Vicenta cayó de rodillas, y levantando los ojos pronunció esta súplica.

—¡Salvadla, Jesús mio! ¡Salvadla por vuestra preciosa sangre vertida por nosotros!

—Era ya doña Vicenta la imágen de la mujer regenerada por la gracia.

Antes habia sido complaciente para el mal, y como una cooperadora en él de su amiga.

Pero ha tenido su suerte de abrir con tiempo los ojos á la luz de la verdad.

Y como en su pecho se ha despertado la llama de la caridad, piensa de diferente manera.

Vé á su amiga luchar todavía con el ímpetu de sus desordenadas pasiones; comprende la profundidad del abismo á que puede ser arrastrada, y llora amargamente porque desea que tambien ella sea regenerada. ¡Noble sentimiento de un alma regenerada por la gracia!

—Por esto, no solo de sus lábios, sino de lo profundo de su corazon, salió la exclamacion que hemos citado:

—¡Salvadla, Jesús mio! ¡Salvadla por vuestra preciosa sangre vertida por nosotros!

CAPITULO XXXVII.

De cómo don Pedro Saavedra se presentó en Granada y de la conversacion que sostuvo con el médico.

Cinco dias más tarde, y cuando ninguna disposicion habian tomado doña Vicenta ni Beatriz, á causa del nuevo trastorno mental de ésta, apareció en Granada el terrible don Pedro Saavedra.

Buscóse alojamiento, y ántes de presentarse á ninguna autoridad ni aún al mismo juez don Rodrigo Carvajal, para mostrarle la real órden en virtud de la cual iba á abrir la causa seguida contra la envenenadora, ocupó tres dias en visitar los monumentos notables de la arabesca ciudad y muy especialmente la Alhambra. Al propio tiempo, y sin darse á conocer, procuró informarse de la acusada y de sus antecedentes.

Y tan buenas confidencias tuvo, que llegó á persuadirse de que era una mujer capaz de competir en cualquier clase de hazañas con el más famoso bandido.

Una vez informado, se dijo:

—Pues, señor, es necesario ántes que nada poner á buen recaudo á esa pajarita, porque en el momento en que se aperciba de la mision que á Granada me ha traido, toma el vuelo y no la alcanza el mejor cazador. ¡Vaya un angelito! Pues lo que es con don Pedro Saavedra no juega, porque don Pedro está todavía vírgen de que se la pegue un reo.

Darémos principio, continuó, por una conferencia con el acusador. Nadie mejor que él podrá ponerme en buen camino. Mucha seguridad tiene de la criminalidad de esa mujer, cuando se atreve á pedir para él el castigo de resultar aquella inocente.

Deseo conocer á este hombre, y en vez de hacerle venir á mi alojamiento, voy yo á buscarle á su misma casa. Otro cualquiera que trajese mi comision, hubiese dado comienzo por exhibirse y llamar la atencion sobre su persona. Yo sigo mi táctica de ir siempre por el camino contrario al del resto de la humanidad. Seré escéntrico: ¡y qué! Cada hombre tiene sus caprichos y yo tengo los mios.

Habiendo reflexionado de este modo, se vistió y preguntó á la dueña de la casa por la habitacion del médico.

Curiosa aquella señora, que dejaria de pertenecer

al bello sexo si no lo hubiese sido, contestó á la pregunta de don Pedro con otra:

—¿Estais enfermo?

—Padezco algo.

—No será cosa.....

—¿De morirme un dia de estos en vuestra casa? Ved una cosa que no me atreveré á asegurar. ¿Sabeis, señora, lo que hace falta para apagar una bujía?

—Que esté encendida.

—Discurrís admirablemente. Pues bien: nosotros somos una bujía: la luz es la vida y un soplo la apaga. ¿Es necesario estar enfermo para morir?

—Nó, señor.

—En este caso no os pongais en cuidado. A no suceder algun percance imprevisto, no creo que moriré por ahora; y caso que así sucediese, podriais asegurar que ha sido contra mi voluntad. Con que así os ruego, señora mia, que me deis las señas de ese señor doctor, si las sabeis, que de otro modo trataré de informarme de alguna otra persona.

Aquella señora, á la que no agradó mucho la contestacion del caballero, le indicó donde vivia el doctor al que deseaba visitar, y se retiró.

Al haber hecho hablar del modo que se ha visto al señor don Pedro Saavedra, debemos consignar que su carácter bromista iba hermanado con su severidad en la aplicacion de las leyes. No quita lo cortés á lo

valiente. En el tribunal, en el ejercicio de su ministerio era el hombre de hierro, y no se hubiera sonreido aunque se presentase el mismo Momo haciendo una de las suyas. Fuera de aquel lugar y de aquel tiempo, don Pedro era el hombre de sociedad, muy tratable y afecto á la broma. Sus chistes agudos eran siempre celebrados, bien que á veces pecaba de sarcástico.

Media hora más tarde llamaba en la casa del autor del *Memorial* dirigido al señor don Cárlos V.

El doctor le recibió con la amabilidad que era en él característica.

Le suplicó tomase asiento.

Hízòlo don Pedro.

El facultativo creyó que se trataba de alguna consulta médica.

—Diréis, caballero, exclamó, en qué puedo serviros.

—Yo soy, dijo don Pedro, una especie de embajador ó cosa así, que vengo á vos en nombre de S. M. el señor don Cárlos V, que Dios guarde.

El médico creyó ver claro en el asunto, porque recordó su *Memorial* dirigido al monarca.

—Con que decís.....

—Que soy don Pedro Saavedra, alcalde de casa y córte, y que soy enviado á encausar nuevamente á una señora acusada por vos en cierto *Memorial*, y tal vez el castigo sea para vos si habeis obrado con ligereza en vuestra delacion.

—Pues, mi señor don Pedro, tengo el gusto de no abrigar el menor temor por lo que respecta á mi persona, porque estoy en la seguridad de que vais á encontrar pruebas suficientes, cuando ménos, para encerrar por vida á esa mujer, apartándola de la sociedad donde tanto mal puede causar.

—Mucho me alegraré no tener que proceder contra vos.

—Y yo tambien.

—Lo creo.

—La que vais á juzgar no es mujer; es más bien una fiera vestida de señora: no creo que sea posible encontrar otra que la iguale en la perversidad de los sentimientos.

—Creo que vos asistísteis á la jóven envenenada.

—Así es.

—Y asegurais.....

—¡Oh! Es indudable que murió asesinada por medio de un activísimo veneno contra el que nada pudieron los auxilios de la ciencia.

—¿Quereis darme detalles de ese crímen?

—Con el mayor gusto.

—Pues empezad.

El médico explicó con toda minuciosidad cuanto sabia respecto al envenenamiento de la doncella María, y para hacer más fatídico el cuadro que trazaba de Beatriz, añadió el suceso del secuestro llevado á

cabo por la misma en la persona de la bondadosa Victoria.

Don Pedro Saavedra escuchó con la mayor atencion, y después que hubo terminado, exclamó:

—Pues verdaderamente esa mujer es un diamantito. Me alegro en el alma que haya caido en mis manos, pues no se libra, segun veo, de una expiacion que tal vez pueda llegar á ser cruenta.

El médico pareció satisfecho.

Observóle don Pedro que añadió:

—Si quisierais ser franco conmigo os haria una pregunta.

—Podeis hacerla.

—Tal vez no la lleveis á bien.

—Podeis usar, caballero, de entera franqueza para preguntar, en la seguridad de que os responderé con la misma.

—¿Habeis sido amante de esa señora?

—¡Caballero!

—No creo que la pregunta envuelva ninguna injuria para vos.

—Yo soy casado y no tengo ni he tenido nunca esa clase de devaneos. Además, ella tambien lo es; y si es digna de castigo por haber cometido un crímen, nada sé de ella que manche su honra en cuanto á mujer de estado. Podrá ser lo que quiera, mas yo nada sé que la perjudique en este sentido. Vuestra pregunta envuelve una ofensa para mí.

—No la veo.

—Es muy sencillo: al preguntarme si he sido amante de esa mujer, suponeis que mi acusacion es una venganza. Creo que esto es muy claro.

—Pues ya que á mal tomais mis palabras, os diré que yo, en mi calidad de juez, estoy en el imprescindible deber de hacer cuantas averiguaciones sean posible con el fin de juzgar y de sentenciar en justicia. Ahora, por vuestro propio bien, os advierto que sois la primera persona que en Granada tiene conocimiento de mi venida, y por lo tanto á nadie revelaréis quién soy ni el motivo que me ha traido. Si esa mujer lo supiese, es casi seguro que pondria tierra por medio y se malograria el asunto.

—Mio será el cuidado de reservarlo. Comprender podeis cuán interesado estoy en que resplandezca la verdad que envuelve mi acusacion. Y ahora, y ya que me habeis hecho la pregunta de si esa mujer ha sido mi amante, corresponde á mi honor el deciros, que jamás habia fijado mi atencion en ella ni la habia hablado hasta el dia en que fuí llamado para asistir á la jóven envenenada. Verdad es que podia estar tranquilo en mi conciencia, habiendo hecho ante el juez, señor don Rodrigo Carvajal, mi declaracion sobre el asunto; lo demás, nó á mí sino al tribunal correspondia. Empero, aquel crímen del que fué víctima una doncella que se hallaba en la primavera de su vida, fresca como una aurora de abril en nuestro delicioso país, ex-

huberante de belleza, aunque no sonreida por la fortuna, pues que estaba reducida á la condicion de la servidumbre, me horrorizó sobremanera, y mucho más cuando pude convencerme de que no un miserable bandido sino otra mujer que se decia señora lo habia cometido. Verdad es que el crímen habia sido preparado para otra persona, pero no hubiera dejado de todos modos de ser un asesinato. Deseé el castigo de la criminal, y esperaba verla sentenciada; pero mi esperanza se convirtió en desengaño, cuando supe que habia salido libre de la causa, por más que de ella resultase clara como la luz del dia su culpabilidad. Esto, os lo confieso, me sublevó de tal manera que formé la resolucion de dirigir á Su Magestad el *Memorial* en virtud del cual habeis sido enviado á Granada. Esto es todo.

—Os creo, señor mio.

—Ya veis que no ha sido una venganza.

—De lo que me alegro.

—La venganza es una pasion que no se halla en corazones nobles y generosos.

—Es verdad.

—Mi amor á la justicia me ha impulsado: mi deseo es de que crímenes tan espantosos no queden en la impunidad.

—Habeis obrado muy cuerdamente.

—El señor Carvajal.....

—Tenia de él las mejores noticias.

—No os han engañado.

—Pero es el caso que en esta ocasion.....

—El señor Carvajal es una persona dignísima que honra el apellido que lleva, muy respetado en Granada, y en su ministerio es la fiel representacion de la justicia. Ahora á mi entender no ha obrado bien, pero á ello ha sido impulsado por otra persona queridísima en nuestra ciudad; por un hombre que goza, y con justicia, reputacion no solamente de honradísimo sino á más de alma justa.

—¿Quién es ese hombre?

—¿Habeis oido hablar del Fundador de la órden hospitalaria nacida en Granada?

—¿De Juan de Dios?

—Justamente.

—En efecto, he oido hablar mucho de ese varon, que, segun dicen, es una representacion de los primitivos cristianos de Antioquía, de aquellos de quienes habla el Crisóstomo, diciendo que formaban un solo corazon y una sola alma. Y tales cosas he oido hablar de él, que desde el momento en que se me comunicó la órden de venir á Granada, formé el pensamiento de visitarle y conocerle. Pero ¿cómo es posible que un varon justo aconseje la injusticia?

—Esto, añadió, no lo comprendo.

Era don Pedro Saavedra hombre que meditaba mucho, que habia llegado á conocer perfectamente el corazon humano.

Así, pues, al saber que Juan de Dios era el que habia aconsejado al juez Carvajal para que obrase de la manera que lo habia hecho, dijo:

—En esto veo algun misterio. Ese hombre no puede aconsejar en el sentido de que se hollen las leyes y se ultraje la majestad de la justicia.

—Sea lo que quiera, os digo lo que sé únicamente.

—Está bien, amigo mio: yo sabré á lo que he de atenerme. Os vuelvo á encargar el secreto atento á mi venida.

—Os repito que podeis confiar en mi discrecion.

Don Pedro se levantó, tomó su sombrero y se despidió del médico.

Ambos quedaron satisfechos.

No podia ser de otro modo.

El doctor veia á punto de realizarse su bello ideal, de que Beatriz cayese en poder de la justicia y expiase la gran ofensa que habia hecho á la sociedad.

El nuevo juez estaba ya suficientemente informado acerca de la mujer que debia juzgar y sentenciar: pero salió preocupado, pensando en Juan de Dios.

—Ó ese hombre, se decia, no es lo que canta la fama, ó un poderosísimo motivo le ha impulsado á interesarse con el bueno de don Rodrigo. ¿Será tal vez que cree á esa Beatriz inocente del crímen que se le imputa? Pero es el caso, que segun el médico, don Rodrigo está convencido de su criminalidad, y siendo así no sé cómo ha podido sentenciar de un modo tan

favorable para la culpable. Nada; aquí hay un misterio y es necesario que deje de serlo para mí. Yo necesito saberlo todo y lo sabré. ¡Vaya si lo sabré! Continuaré mis visitas: ántes de ver á don Rodrigo, ántes de proceder á la prision preventiva de la acusada, es necesario que yo vea á ese Juan de Dios. No perdamos tiempo, pues, y en marcha.

CAPITULO XXXVIII.

En el Hospital.

Ganoso don Pedro Saavedra de averiguar las causas que habian movido al Fundador de los Hospitalarios á influir con don Rodrigo Carvajal en favor de una mujer cuya criminalidad era patente, y al propio tiempo de conocer á un hombre que tanta nombradía habia adquirido por sus virtudes, se dirigió al Hospital, en el momento que habia abandonado la casa del médico.

Llegó á aquel establecimiento piadoso.

Penetró en él y casualmente la primera persona con quien tropezó fué Alberto.

Saludóle con mucha cortesía y le preguntó por el hermano Juan de Dios.

No se halla en este momento en la casa, respondió

Alberto, pero si gustais podeis esperarle. No creo que pueda tardar mucho.

—¿Sois de la casa?

—Como si lo fuera: hace algun tiempo que tengo la dicha de residir en ella.

—Dicha creo que sea verdaderamente el estar respirando el bello aroma de las grandes virtudes de Juan de Dios.

—¡Oh, caballero! Juan de Dios es un santo. Estoy en la persuacion de que nuestros descendientes le venerarán en los altares.

—Mucho deseo conocerle.

—Creí que le conoceríais.

—Nó: soy forastero, viajo por recreo, y francamente esta visita no tiene otro objeto real que el hablar con un varon del que tanto y tan bueno tengo oido referir.

—Asegúroos que no os pesará, pero procurad no pronunciar una palabra de elogio para él. Se ofenderia grandemente, pues su modestia es extraordinaria. Juan de Dios es la providencia de Granada, el padre de los pobres, el amparo de los enfermos, y sin embargo se cree el hombre más cargado de miserias y ménos digno de que en él se fije la atencion. Está revestido del espíritu de Dios.

—Eso le realza á mis ojos.

—Hablando estaba cuando pasó por el patio atravesándole el hermano Fray Diego, que llevaba una

cacerola en la mano. Saludó á Alberto y al caballero y se internó en el Hospital.

Don Pedro habia fijado la vista en él y dijo á Alberto:

—Arrogante presencia tiene ese religioso y parece persona distinguida.

—Y tanto, dijo Alberto, que ahí donde le veis ha sido nada ménos, que magistrado.

—¡Magistrado!

—Justamente.

—¿Y de magistrado ha pasado á fraile?

—Ya lo veis.

—¿Cómo se llama?

—En la comunidad el hermano Fray Diego: ántes era el señor don Diego Espinosa.

—¡Espinosa! exclamó don Pedro con aire de admiracion.

—Le conocíais por ventura?

Don Pedro de Saavedra y don Diego Espinosa se habian conocido en la juventud y habian sido condiscípulos en los primeros años de carrera.

Hacia muchos que no se habian visto.

Nada de extraño tiene que no se conociesen al pasar el uno por delante del otro y mucho menos cuando no tenian una idea ni remota de que pudieran encontrarse en Granada.

Don Pedro debia necesariamente de responder á la pregunta que Alberto le habia dirigido y no quiso negar.

—Sí, le conozco, dijo, aunque hace muchos años que no nos hemos visto: somos condiscípulos y por cierto que en aquella época éramos muy amigos. Lo que no puede ménos de llamar mi atencion en gran manera es el verle en ese hábito. Espinosa era el estudiante más bullicioso y amigo de bromas de los que concurrian á las aulas, y las noticias que de él habian llegado á mí desde que se trasladó á Granada, no son en verdad para suponer que me lo habia de encontrar nada ménos que siendo fraile. ¡Os aseguro que cada dia vé uno cosas que le maravillan! Ahora os haré una súplica.

—Ordenad lo que gusteis.

—Deseo que me presenteis á Fr. Diego.

—En seguida.

—Voy á darle una sorpresa.

—Lo será en efecto.

—Pues cuando gusteis.

—Venid conmigo.

Alberto, seguido de don Pedro Saavedra, se internó en el Hospital.

En una de sus oficinas encontraron al que buscaban.

Alberto le dirigió la palabra.

—Hermano Fray Diego: este caballero que os ha visto y reconocido cuando pasásteis por el patio hace poco, desea hablaros.

Fr. Diego saludó á don Pedro, y no reconociéndole le dijo:

—Estoy, caballero, á vuestra disposicion.

—¿No me conoceis? preguntó don Pedro.

Miróle fijamente el religioso, y exclamó:

—En verdad, vuestra fisonomía no me es enteramente desconocida, pero no recuerdo donde ni cuando os he visto.

—Ni es fácil, porque han trascurrído muchos años. ¿No os acordais de vuestro condiscípulo Saavedra?

—¡Saavedra! ¿Quien te habia de conocer?

Y ambos se abrazaron afectuosamente.

—Pero quien habia de creer, dijo don Pedro, que te habia de encontrar en ese hábito. ¡Tú, tan amigo de bromas y de toda clase de diversiones!

—¡Ya ves! El libro del porvenir en el que están escritos los destinos de las criaturas está para la inteligencia humana cerrado y sellado con siete sellos. ¡Yo tambien me hubiera reido del que dijese que habia de renunciar á la magistratura, para convertirme en un hospitalario! Vén á mi celda y ya que hemos tenido el placer de vernos despues de tantos años y de tantos sucesos, hablarémos como antiguos camaradas. Deseo saber los acontecimientos de tu vida, y al propio tiempo te referiré las causas en virtud de las cuales, y con gran contentamiento mio, me encuentro en el estado en que me ves.

Diriguiéronse á la celda del hermano Fray Diego.

Instaron á Alberto para que entrase, pero este

obrando con prudencia, se excusó, comprendiendo que desearian estar solos.

Don Pedro no cesaba en su admiracion.

No atinaba á comprender como un hombre que habia ocupado una posicion elevadísima, podia avenirse á vivir en la pobreza y austeridad de un claustro, á estar siendo un siervo de los enfermos, y á trocar sus elegantes vestiduras por un pobre hábito religioso.

El mundo no comprende generalmente la grandeza de las sublimes abnegaciones.

Cuando se hallaron solos, Fray Diego dijo á su antiguo amigo y camarada;

—No puedo explicarte cuan viva es la satisfaccion que experimento al verte de nuevo despues de tanto tiempo.

—Verdaderamente cuando se ha llegado á la edad madura se experimenta una satisfaccion inmensa cuando se vé á los que fueron los amigos de la niñez, los compañeros de los juegos infantiles y se recuerdan con gozo aquellos dias que se fueron para no volver, si bien este gozo no deja de ir acompañado de tristeza, porque naturalmente la causa el pensamiento de hallarse en el último tercio de la vida.

—Vamos. dijo Fray Diego; explícame los motivos por los cuales tengo el gusto de verte por aquí.

—Te lo explicaré: mi venida es por un asunto bastante grave y he sido mandado por Su Majestad.

—En este caso, tal vez te pareceria indiscreto si añadiera nuevas preguntas.

—De ningun modo; y, ántes por el contrario, tengo gran placer en ponerte al corriente de mi mision.

—Sea como quieras.

—Conocerás indudablemente al señor don Rodrigo Carvajal.

—¡En efecto!

—Creo que es una excelente persona.

—Don Rodrigo es muy digno de aprecio como hombre, y no lo es ménos como juez.

—Pues hé aquí quien me trae.

—¡Don Rodrigo!

—Si no él precisamente, asunto que con él se roza.

—No te comprendo.

—Ha llegado á manos de Su Magestad un *Memorial*, que le ha sido dirigido por un médico de Granada, en el cual se le da cuenta de un crímen cometido en esta ciudad por una señora, y se acusa al dicho señor don Rodrigo de no haber obrado en justicia, absolviendo á la delincuente y dejando impune un crímen horroroso con escándalo de la sociedad; y se pide por el dicho médico que se abra de nuevo la causa, ofreciéndose á probar el hecho, y con tanta seguridad, que pide para él la pena que á dicha señora debiera aplicarse, caso de que fuese nuevamente declarada inocente.

—¿Y tú eres el encargado de ese asunto?

—Por nombramiento especial de la Corona.

—¿Y cual es el delito?

—Creo que hay más de uno. En primer lugar, aparece un envenenamiento; y en segundo, un secuestro, pero la gravedad está en el primero.

Fr. Diego quedó sorprendido.

—¿Esa mujer, preguntó, se llama Beatriz?

—Así es.

—¡Pobre señora!

—¿La conoces?

—Sí.

—Pues me alegro: tal vez podrás prestarme algun auxilio en el desempeño de mi ministerio.

Fr. Diego, bajando la voz cuanto le fué posible, dijo á don Pedro:

—Ese jóven con el que ántes estuvíste hablando y que nos ha acompañado hasta la puerta de la celda, ¿quien crees que es?

—¡Cómo es posible que lo sepa!

—Pues es ni más ni ménos que el esposo de esa Beatriz acusada de envenenamiento y á la cual has venido en nombre de Su Magestad á juzgar y sentenciar.

—Ese caballero.....

—Es el esposo, te lo repito, de esa mujer desgraciada.

—¿Desgraciada ó criminal?

—Aunque sea lo segundo, no por esto dejará de

ser lo primero. ¿No es desgraciado el que se deja dominar por una pasion que le conduce al crímen?

—Es verdad.

—Pues bien: cada dia tengo mayores motivos para conocer lo mucho que Dios favorece á las criaturas; la observacion que vengo haciendo de su Providencia vigiladora, me demuestra que el Señor se vale de medios maravillosos para llevar á cabo sus planes sobre nosotros. Tu venida aquí es providencial.

—No lo comprendo.

—Espero que lo comprenderás muy pronto.

—Una cosa debo advertirte.

—¿Cual es?

—Si crees que el haberme encontrado y el cariño que nos profesamos puede influir en bien de esa mujer, estás en un error del que quiero sacarte.

—No te comprendo en verdad.

—Me explicaré.

—Veamos.

—Si como eres mi antiguo amigo y camarada fueses mi padre, y te empeñases en que en una sola línea dejase de ser recto en la administracion de justicia, nada alcanzarias.

—¿Y crees tú, que el que ha abandonado bienes, posicion, empleo y cuanto poseia por entrar en Religion y practicar los consejos del Evangelio, te aconsejase nunca el que obrares injustamente?

—Dispénsame si así lo habia pensado.

—Estás dispensado. He dicho únicamente que tu venida es providencial: espero que muy pronto lo verás demostrado.

—Me alegraré que así sea.

—¿No sabiendo tú que habias de encontrarme aquí, ¿qué objeto te ha traido al Hospital?

—El conocer á su Fundador, á ese Juan de Dios cuya fama llega á todas partes.

—Juan de Dios es un santo.

—Pues si lo es, no puede ménos de extrañarme en gran manera que haya contribuido con sus consejos, segun se me ha asegurado, á que don Rodrigo Carvajal, hombre recto en la administracion de justicia, haya obrado injustamente dejando impune el delito cometido por esa mujer. De consiguiente, esto me hace comprender, ó que tiene seguridad de que la acusada es inocente, lo que hemos de ver muy pronto, ó que Juan de Dios no es tan santo como se supone. Me alegraria en el alma que fuese lo primero.

—Te suplico que suspendas todo juicio hasta tanto que hayas hablado con el hermano Juan de Dios.

—Pues segun veo tarda y así, si á bien lo tienes, háblame alguna cosa de tus asuntos. Deseo saber el motivo de verte en ese traje y en esta casa.

—Con la mayor voluntad voy á satisfacer tu justa curiosidad. Tú conoces mis principios: fuíste mi camarada más querido, y por espacio de tres ó cuatro años el depositarío de todos mis secretos. Sabes por

consiguiente que mi génio era alegre, y que mejor que estudiando pasaba el tiempo en diversiones y muy especialmente en aquellas á las cuales era más numerosa la asistencia del bello sexo.

—En cuanto á eso no lo he olvidado.

—Hará cosa de quince años que dejamos de vernos.

—Así es.

—Poco tiempo después, terminé los estudios y vine á esta ciudad, donde empecé á ejercer las funciones del foro, y favorecido por la suerte, ó mejor diré, por los buenos empeños que he tenido y tal vez por mi audacia, llegué á uno de los más altos y distinguidos puestos de la carrera.

—Lo sé.

—Yo siempre habia aspirado á la grandeza.

—Es el deseo innato en todo hombre.

—La busqué por que creí que en conseguirla estribaba mi felicidad.

Empero, la grandeza, continuó, á que yo podia aspirar era la de la elevacion en mi carrera, pero el caso es que me elevé y no fuí feliz. En mi corazon hallaba siempre un vacío. «Yo seré feliz,» me dije, y lo que no encontré en la elevacion, en los puestos distinguidos, lo busqué en el amor. Traté á mujeres hermosas, asistí á las grandes reuniones, rendí algunos corazones, pero en el mio continuaba reinando el vacío. Un dia creí que para ser feliz era necesario acumular muchas riquezas, por que ellas forman una llave que abre to-

das las puertas y son un poderoso talisman con el que se consiguen cuantos placeres y objetos pueden alhagarse. Mucho llegué á conseguir en este terreno; pero, ¿querrás creerlo? el vacío era aún mayor que ántes. Mi última tentativa, soy contigo todo lo franco que puedo ser, tenia algo de criminal. Sírvame de expiacion esta sincera confesion que te hago. Cual fué esta tentativa te lo explicaré después, porque justamente tiene alguna relacion con el asunto que te ha traido á Granada, por más que no lo tenga con los crímenes de la mujer que has de encausar.

—Me pones en gran curiosidad.

—Te digo que todo lo sabrás.

—Bien: continúa.

—Lo que en tantos años y por tan diversos medios no habia podido nunca alcanzar, ya lo he conseguido. Un hombre se atravesó en mi camino: este hombre no poseia la ciencia de los sabios del mundo, ni tenia riquezas, ni más bienes de fortuna que la caridad pública con la que atendia á sus necesidades y á las de muchos. Debió penetrar mi corazon, y como apesar de ser iliterato, de no conocer las letras, sabia más que los grandes filósofos de la antigüedad que sostuvieron tan acaloradas discusiones acerca de la esencia del Bien, sin resultado alguno, me señaló con su dedo la senda por donde debia dirigirme, y un brevísimo razonamiento suyo me hizo conocer que no era un mito lo que yo buscaba, que la felicidad existia y

que me era fácil cosa el dar con ella. Atendí á sus frases, seguí sus consejos, y hoy tengo la satisfaccion de poderte decir: «amigo mio, soy feliz.» No he encontrado la felicidad en la hermosura, ni en las riquezas, ni en los puestos distinguidos, ni en la buena fama y reputacion: todo esto es finito, y lo que tiene fin no podia satisfacer mi corazon que aspiraba á un Bien no perecedero sino Sumo. He encontrado á Dios en la humillacion, en la pobreza de mi hábito, en la asistencia de los pobres enfermos, en el ejercicio de la caridad; purificada mi conciencia y consagrado á Dios mi corazon por completo, vivo tranquilo, contento, feliz, esperando el dia que para mí será venturoso de perpetuar esta felicidad en el cielo.

Al llegar á este punto de su narracion, el religioso se interrumpió.

Se sintió conmovido, y se enjugó una lágrima.

Don Pedro que le habia escuchado en silencio, respetó aquella emocion y esperó.

Al cabo de algunos minutos, continuó Fr. Diego.

—Perdóname, amigo mio, este corto desahogo á mi corazon que no he sido dueño de reprimir.

—Nada tengo que perdonarte.

—Estas lágrimas son al mismo tiempo de pena y de alegría. De pena, por los muchos años que he tardado en conocer el bien: de alegría, por la felicidad que hoy disfruto.

—Ahora, dijo don Pedro, podrás, si á bien lo tienes,

referirme el incidente que dejáste en suspenso, y que, segun dices, tiene alguna relacion con mi viaje.

—Voy á complacerte.

—Te escucho.

—Cuando todo mi afan consistia en allegar riquezas en la persuasion de que ellas habian de hacerme feliz, concebí un pensamiento que era verdaderamente criminal, y cuya realizacion me hubiera producido un efecto totalmente contrario al que yo apetecia, por que no puede haber tranquilidad cuando la conciencia, ese juez invisible que á todas partes nos acompaña, nos recuerda algun hecho criminal. Pensé en hacer un comercio con la administracion de justicia. Para esto necesitaba una tercera persona que se entendiere con los litigantes, que siempre saldrian con pleito ganado si compraban á buen precio la sentencia, no siendo justa.

—¡Jesús! exclamó don Pedro.

—No te asustes.

—Creo que no es para ménos.

—Digo que no te asustes porque felizmente el proyecto no pasó de tal, y mi mano no llegó á firmar nada que fuera injusto.

—Por ello te felicito, dijo don Pedro Saavedra que como sabemos era severísimo en aplicar justicia.

—Sólo para eso me asocié con una señora.....

—Tal vez.....

—¿Beatriz? Nó.

—Como dices.....

—Escúchame con paciencia.

—Continúa, pues.

—Me asocié con una señora que creí muy apropósito para mi asunto. Ella se habia de encargar de los negocios á que yo no podia hacer frente, pretextando su grande influencia. Yo le ofrecí en cambio de este servicio, una parte no despreciable de las ganancias que se hicieran. Me convenia que no me viesen entrar en casa de esta señora, para que nadie se apercibiese; y así, para arreglar el asunto, iba á verla á altas horas de la noche. Voy á abreviar. Una de las noches me encontré allí con una señora desconocida, que era ni más ni ménos esa doña Beatriz: allí se habia refugiado para huír de la justicia porque estaba acusada de envenenamiento de una jóven y del secuestro de otra. Era íntima amiga de doña Vicenta, que tal era el nombre de la otra señora que yo habia elegido por cómplice mia.

—Vamos, eran tal para cual.

—Doña Vicenta comprendiendo que yo habia de servirla se interesó conmigo. La doña Beatriz es una hermosura, aunque satánica; yo escuché sus lamentos, ví correr las lágrimas de sus ojos, me compadecí, y aún pasó por mi imaginacion algun pensamiento impuro. Estando hablando con ellas, llamaron.

Era la justicia.

Nos sorprendimos.

Se sabia que las dos señoras eran amigas, y buscaban á Beatriz en casa de doña Vicenta en la persuasion de que allí se habria refugiado, no habiendo sido hallada en su casa.

Ya vez que la justicia no iba descaminada.

Mi sorpresa no fué menor que la de las señoras.

Importaba á mi buen nombre que no me encontrasen en aquellas altas horas de la noche de visita en casa de una mujer que no tenia familia.

Por fortuna habia en la casa un escondite donde nos refugiamos la Beatriz y yo.

Entró la justicia, se registró la casa, sin dar con el escondite y se fué en la seguridad de que no se hallaba allí la persona que buscaban.

Cuando me retiré, bastante tiempo despues, ofrecí volver á la noche siguiente y disponer las cosas para trasladar á Beatriz á una casa en los afueras de la ciudad, en tanto que yo trabajaba para libertarla de la causa, lo que no creia muy difícil, atendida mi posicion de magistrado.

A la noche siguiente me encontré con la persona que ántes te dije me habia señalado el camino de la felicidad.

Esta persona, no sé si habrás comprendido que era el venerable fundador de esta santa casa, Juan de Dios.

—Lo suponia.

—Me habló, le escuché, y siguiendo sus consejos no volví á casa de doña Vicenta.

Falté á mi palabra de proteger á su amiga: me determiné á abandonar las sendas por las que hasta entónces habia dirigido mis pasos, y dando un adios á todas las grandezas y vanidades del siglo, me despojé de mis vestiduras y tomé el hábito de la religion hospitalaria, después de haber dispuesto de todos mis bienes en favor del Hospital y de otros pobres á quienes hice algunas mandas.

Tal es mi historia. Creo que en la actualidad soy más digno de envidia que de compasion.

—En efecto, dijo don Pedro, y yo me alegro en el alma de que hayas tomado esta resolucion ántes que profanar el santuario de las leyes. Esto, francamente no seria perdonable. Ahora que estoy satisfecho, por que tenia curiosidad de saber el motivo que te habia impulsado á hacerte fraile, lo que estoy léjos de criticar, porque respeto siempre la opinion y modo de obrar de los demás, me permitirás que te deje, pues estoy impaciente por ver al hermano Juan de Dios. Deseo hablar con él acerca de esa Beatriz que creo me ha de dar que hacer, porque no sé explicarme la causa de la proteccion que la dispensa ese buen religioso, que debe saber que verdaderamente es culpable.

En esto estaban cuando tocaron á la puerta.

—Adelante, dijo Fray Diego.

Se presentó Alberto, el cual dijo:

—Me dispensaréis si soy importuno, pues vengo á anunciar que ya está en casa Juan de Dios.

Diéronle las gracias.

Fray Diego dijo á don Pedro:

—Vamos á la celda de nuestro Padre.

Y ambos se dirigieron en busca de Juan de Dios.

Fr. Diego iba diciendo en su interior:

—¡Indudable la Providencia anda en estos asuntos! Veremos lo que resulta.

CAPITULO XXXIX.

De la conferencia que tuvieron Juan de Dios y don Pedro Saavedra.

La llegada del hermano Juan de Dios alegró en gran manera tanto á Fr. Diego como al señor don Pedro Saavedra.

Este último deseaba ya vivamente conocer á aquel virtuoso varon del que tanto y tan bueno habia oido referir.

Lo que más le habia hecho concebir una elevadísima idea del Fundador de los hospitalarios, era la casi instantánea conversion del magistrado su antiguo amigo al que encontraba no sólo convertido en fraile, sino muy gozoso de su nuevo estado y aún con pesar de no haberlo efectuado ántes.

Era don Pedro hombre de muy recto criterio, muy conocedór del mundo, y aunque no dado hasta entón-

ces á las cosas de la religion, sin que por eso fuese un escéptico ni mucho ménos, creia ya que iba á ver en Juan de Dios un hombre extraordinario, una imágen de los antiguos profetas, favorecido por Dios con dones especiales de aquellos que sólo reserva para sus escogidos.

Sin embargo, como su flaco, segun ántes hemos dicho, era la rectitud en la administracion de justicia, cosa que en verdad le honraba sobre manera, se dijo para sí, en tanto que acompañado de Fr. Diego se dirigia á la celda del hermano Juan de Dios:

—No soy hombre que suelo equivocarme: si en este religioso descubro la santidad que todos dicen resplandece en él, le veneraré y seré capaz hasta de besarle los piés; pero no logrará convencerme como al bueno de don Rodrigo, para que deje de obrar segun me dicte mi conciencia. ¡No faltaba otra cosa! Respetaré los motivos que pueda tener para aconsejarme, pero lo que es torcer la vara de la justicia, esto nunca, aunque bajára un ángel del cielo y me lo mandase. Si yo tuviese la desgracia de cometer un crímen por el que debiera sufrir la pena capital, no admitiria el indulto si me lo acordase la corona, porque siendo verdad el crímen el indulto no seria justo.

A tal extremo llegaba su severidad.

Con tales disposiciones llegó á la celda de Juan de Dios.

Llamó Fray Diego.

Adelante, dijo desde adentro el superior.

Fray Diego abrió la puerta, y viendo al venerable religioso que estaba de pié dijo:

—Hay aquí un caballero que desea hablaros.

—Dispuesto estoy á recibir la honra de su visita, respondió Juan de Dios; puede pasar.

Oyendo esto, don Pedro penetró en la celda.

—Me dispensaréis, exclamó saludando á Juan de Dios, que venga á robaros un tiempo que tal vez necesiteis para otras atenciones.

—A todo es necesario atender: servios tomar asiento.

Fr. Diego obrando con prudencia se despidió.

—No me estorbas, dijo don Pedro, y ántes por el contrario creo que no estará demás tu presencia.

Al escuchar aquel tuteo, Juan de Dios con una dulce sonrisa en los labios, dijo:

—¡Hola! Parece á lo que veo que sois antiguos amigos.

—Y condiscípulos, repuso don Pedro, y por cierto que hacia muchos años que no nos veíamos.

—Podeis comprender por lo tanto, añadió Fr. Diego, cuán grande habrá sido la satisfaccion nuestra.

—Eso es muy natural, siempre que vos, hermano Fr. Diego, no recordeis con gusto las ollas del Egipto. Perteneceis ya á Dios y el corazon no puede dividirse en los afectos. Vamos: este caballero cree conveniente que presencieis esta conferencia que parece

hemos de tener; con que así sentaos tambien, y el señor puede empezar cuando lo tenga por conveniente.

Sentáronse todos, y don Pedro principió de esta manera:

—Debo dar comienzo por manifestaros quien soy para venir luego á mi objeto. Me llamo don Pedro Saavedra, soy alcalde de casa y corte, y vengo de Madrid...

—Con una comision bien triste, dijo Juan de Dios, interrumpiéndole.

—¡Sabeis!...

—Lo sospecho.

—Pues teneis razon, porque en verdad no es cosa alhagüeña el tener que juzgar y sentenciar.

—Bien; explicaos.

—Tal vez esté demás el hacerlo, pues creo que sabeis tanto como yo en este asunto, y quizá algo más.

—Algo sé en efecto, pero os suplico que os expliqueis.

—Pues bien; á consecuencia de un *Memorial* enviado á Su Majestad por cierto médico de esta ciudad, quejándose de que don Rodrigo Carvajal haya sido parcial en la sentencia de una mujer acusada de varios crímenes, y pidiendo bajo su responsabilidad que se abra nuevamente la causa, he sido enviado por Su Majestad el señor don Cárlos V, que Dios guarde, para encargarme como juez de esta sumaria.

—Hasta ahí es lo que sé, dijo Juan de Dios.

—Ahora debo manifestaros con ingenuidad y franqueza el objeto de mi visita.

—Veamos.

—He sabido que os habeis declarado protector de la mujer criminal que debo juzgar.

—Es verdad.

—Que influísteis con don Rodrigo Carvajal para que la absolviese, no obstante la conviccion que habia de la criminalidad.

—Tambien lo es.

—No quisiera ofenderos porque sois para mí muy respetable por vuestro estado y por vuestras virtudes.

—En cuanto á lo segundo no las tengo. Podeis hablar sin temor de que yo me dé por agraviado. Os escucharé con la mayor complacencia. Siempre se aprende en escuchar á los hombres dotados de sabiduría.

—No me cuento en ese número; pero ya que me permitís hablar os diré que no sé en verdad comprender vuestra conducta en el asunto de que nos ocupamos.

—¿Qué encontrais en ella?

—Un misterio que no me explico.

—Pues nada tiene de misterio. La cosa se explica muy fácilmente.

—No lo comprendo.

—En el supuesto de que sea cierto que esa mujer ha cometido los crímenes de que es acusada ¿hay

necesidad imperiosa de ser implacable con ella?

—La ley lo exije.

—Exigia la ley de Moisés que toda mujer cogida en adulterio muriese apedreada á manos del pueblo; y, sin embargo, presentada una de aquellas desgraciadas á Jesucristo por los que querian aplicarle aquella ley, contestó el Maestro de la humanidad:

—«El que de vosotros esté sin pecado que le arroje la primera piedra.»

—Muy cierto es eso, y muy propio de la misericordia del Señor; empero, si por esa regla nos guiásemos, habria concluido la justicia, y todos los delitos quedarian impunes. ¿Creeis que habria sociedad posible de este modo?

—Bien conozco, replicó Juan de Dios, que Jesucristo con aquellas memorables palabras no quiso decir que para que un juez pueda castigar legítimamente los delitos de otros, sea necesario que esté libre de pecado; y que pretendió tan solamente obligar á los malignos acusadores de aquella mujer á dejarla libre, en vista de los remordimientos de su propia conciencia, y temiendo que el Señor publicase los delitos ocultos que ellos tenian casi de la misma clase, sacándola de este modo libre de entre sus manos, sin dejarles el menor pretexto para poderla acusar. No estableció, pues, una regla de conducta para los jueces. Pero, tal ejemplo ¿no es suficiente para inclinar á la misericordia?

—Yo creo, hermano Juan de Dios, que el Señor exije rectitud en los jueces al administrar la justicia y que tomará estrecha cuenta al que falte á esta rectitud.

—No se falta á ella por tener en cuenta circunstàncias particulares, ó mejor diré, especiales para usar de conmiseracion.

—¿Y cuales son las que concurren en esa mujer?

—¿Me permitiréis, señor don Pedro, que haga entrar aquí á otra persona interesada en el asunto?

—Como gusteis.

Juan de Dios se dirigió á Fray Diego y le dijo:

—Id, hermano; buscad á Alberto y hacedle entrar.

Salió Fray Diego.

Durante los momentos que estuvo fuera de la celda se guardó silencio.

Juan de Dios tuvo la vista fija en el suelo.

Su pensamiento estaba á más altura de la tierra.

Pedia al Señor en lo íntimo de su corazon que tocase al de don Pedro, para que se moviese á misericordia para con aquella desgraciada mujer que él habia tomado bajo su amparo.

Y el Señor en tan breves momentos quiso, mostrándose admirable en su escogido, hacer una demostracion de su santidad.

Don Pedro tenia fija su vista en el rostro del religioso.

De pronto Juan de Dios apareció como trasfigurado.

Su rostro se iluminó.

Parecia despedir rayos de luz.

Y una sonrisa angelical apareció en sus labios.

Sorprendióse don Pedro, no acostumbrado á aquella clase de espectáculos, y no atreviéndose á pronunciar una sola palabra, dijo en su interior.

—No hay duda: este hombre es un santo.

En esto se abrió la puerta.

Presentáronse Fray Diego y Alberto.

Y tan á tiempo, que aún pudieron observar aquella especie de trasfiguracion del venerable religioso.

Estos no se sorprendieron como don Pedro: para ellos no era nuevo nada de lo que pudiesen ver que fuese demostracion de la santidad de Juan de Dios.

Este continuaba en su arrobamiento.

Fray Diego se concretó, guardando silencio, á tocar en el hombro á don Pedro, señalando con el dedo al Fundador.

Pasaron aún como tres minutos.

Se disipó aquel resplandor que los inundaba.

El rostro de Juan de Dios se fué quedando en su natural aspecto, y de pronto alzó la vista, y paseándola por las tres personas que allí se hallaban, como si hubiese salido de un sueño, exclamó:

—¡Ah! ¡Estábais aquí!

Conocedores así Alberto como Fr. Diego de la modestia y profundísima humildad del santo religioso, no quisieron decir una sola palabra de lo que acaba-

ban de presenciar, para no ponerle en tormento.

No sucedió lo mismo á don Pedro Saavedra.

Este, lleno de admiracion, se levantó como movido por un secreto impulso, y cayendo sobre sus rodillas cogió una de las manos del religioso y empezó á besársela, exclamando al mismo tiempo:

—Ordenad, hermano Juan, lo que he de hacer: cumpliré vuestra voluntad porque Dios está con vos.

Se habia conseguido un gran triunfo.

El implacable se habia hecho suave.

El que dudaba, creia.

Si hasta entónces nada hubiese sido capaz de ablandarle, ya estaba dispuesto á usar de misericordia.

Estaba encadenado á Juan de Dios como todo aquel que tenia la dicha de tratar á este varon santo. ¡Tiene tantos atractivos la virtud! ¡Es tan embriagador su aroma!

Juan de Dios, procurando levantar á don Pedro, le dijo:

—¿Qué haceis? ¿No comprendeis que yo no soy más que un pobre religioso sin órdenes sagradas? Levantaos, don Pedro, que si alguno aquí debe humillarse y besar el polvo de la tierra, ese soy yo. ¡Si conocieseis mis miserias!

Alberto y Fr. Diego estaban edificados.

Y por cierto que el espectáculo no era para ménos.

Juan de Dios comprendió lo que pasaba en el interior de aquellas tres personas y sufria, porque ya sa-

bemos que huia de toda clase de honras mundanas.

Así, pues, para apartar la imaginacion de ellos á otro asunto, exclamó dirigiéndose á don Pedro:

—No conoceréis á este caballero.

—Ciertamente, dijo don Pedro, no tengo el gusto de conocerle; pero es la primera persona con quién he hablado al penetrar en esta santa casa.

—Pues en él os presento al esposo de esa mujer desgraciada á la que debeis juzgar.

Alberto inclinó la cabeza.

—Ella, continuó Juan de Dios, ignora que se halle en Granada, y le cree muy léjos de aquí.

—¿Y cómo es esto? preguntó don Pedro.

—Este jóven tiene mucha fé y mucha esperanza; y aquí, en nuestra compañía, haciendo una vida retirada, espera el momento del arrepentimiento de su esposa, de su regeneracion, para unirse á ella y pasar ambos después con felicidad el resto de sus dias.

—¿Y creeis?...

—¿Que llegará ese dia? ¡Oh! Sí: ¡estoy cierto de que llegará!

—Y yo tambien, dijo don Pedro entusiasmado.

—¡Tambien vos!

—Sí: porque de vuestros labios no pueden salir más que palabras de verdad.

—Hablad, Alberto, dijo Juan de Dios. Este caballero, como he indicado, viene en nombre de Su Ma-

jestad, que Dios guarde, comisionado para juzgar á Beatriz.

—Así es, dijo el caballero.

—¡Pues no está ya juzgada!

—Es muy cierto, respondió don Pedro, y á no haber habido quién acudiese á Su Majestad en queja de que habia sido juzgada parcialmente, todo estaria terminado á estas horas.

—Pues bien, dijo Alberto: cumplid vuestro deber. Apesar de todo, Dios quiere salvarla y la salvará.

—Mucho lo celebraré.

—No seré yo, continuó Alberto, el que trate de persuadiros de que mi esposa es inocente. Ni lo es ni creo que á estas horas se halle arrepentida. Llevada de su génio fogoso, ha cometido faltas gravísimas, de aquellas que deben ser castigadas con rigor. Yo soy una de las personas más ofendidas y la he perdonado con lo que creo haber alcanzado el que Dios me perdone, de lo que tengo gran necesidad: lo que os ruego únicamente es que useis con ella de misericordia. Yo la hubiese ya abandonado por completo hace mucho tiempo, y á estas horas estaria en un país lejano si me hubiese dejado llevar de los impulsos de mi corazon. ¿Por qué no lo he hecho? Porque he conocido que es otra la voluntad de Dios. Tranquilo estoy en la confianza de que se cumplirá al pié de la letra lo que acaba de decir este religioso que ha sido para mí más que un padre, porque á él debo la tranquilidad

de mi conciencia y la esperanza que se anida en mi corazon.

—Veo que todo el que trata al hermano Juan de Dios, dijo don Pedro, se regenera.

—Eso es la verdad.

—Veo el ejemplo en vos y en este mi antiguo amigo al que hallo convertido ¡quien lo creyera! en un edificante religioso.

—Todo esto, dijo Juan de Dios, es obra del Señor: yo no hago otra cosa que ayudar con mis consejos que son de un hombre ignorante que desconoce las ciencias.

—¡Quien supiera lo que vos! exclamó don Pedro.

—No podriais entónces seguramente desempeñar el puesto que ocupais. Yo he pasado una juventud disipada: he vivido entre la soldadesca, y ya sabeis lo que en tal vida se puede aprender. No teneis nada que envidiarme, y ántes por el contrario debeis compadecerme, pues sólo compasion debe haber para un gran pecador, para un hombre que empezó por abandonar la casa paterna en los dias de su juventud, ocasionando con tal conducta la prematura muerte de los autores de su vida.

—El grande arrepentimiento, dijo don Pedro, redime los grandes pecados.

—Así es, repuso Juan de Dios, y por esto espero alcanzar el perdon de los mios. ¡Dios es misericordioso!

Y cómo hablaba de corazon y no hipócritamente, sus ojos se arrasaron de lágrimas.

Don Pedro estaba cada vez más edificado.

Por primera vez en su vida tenia ante los ojos un ejemplar de santidad viviente.

Juan de Dios le dijo:

—Habeis pronunciado unas palabras que conviene mucho que procureis no olvidar.

—No las olvidaré.

—Las culpas de esa mujer que vais á juzgar serán perdonadas, porque las redimirá con sus lágrimas. Se le perdonará mucho, porque amará mucho.

—¿Cómo lo sabéis?

—El corazon me lo dice, y sabed, señor, que jamás me ha engañado el corazon. Es un don gratuito que Dios me ha otorgado.

—Lo creo.

—¿No desearíais para vos misericordia si hubieseis tenido la desgracia de caer en alguna grave falta?

—Así es.

—Suponed que siendo vos un hombre casado, hubieseis abandonado á vuestra legítima mujer y á vuestros hijos, para caer en los brazos de otra mujer y sostener con ella un amor criminal, con gran ofensa de Dios y perjuicio de vuestra familia: ¿no desearíais obtener el perdon cuando arrepentido lo impetraseis?

Al escuchar aquellas frases, que fueron inspiradas, don Pedro exclamó:

—¡Veo que sois profeta!

—He hecho una suposicion.

—Habeis dicho la verdad, pero yo sabré á que he de atenerme. Tambien yo seré regenerado por vos.

Aturdido se levantó y dijo:

—Permitidme que me retire. Ya volveré y os daré cuenta de todo. Y sin decir más, abandonó la celda precipitadamente y en seguida el Hospital.

Don Pedro iba como fuera de sí.

Juan de Dios habia penetrado el fondo de su corazon.

Le habia referido su propia historia.

—¿Cómo la sabrá?

Esta pregunta se hacia don Pedro al dirigirse á su casa y por toda contestacion decia:

—¡Este hombre es un profeta!

Porque verdaderamente, don Pedro Saavedra apésar de su severidad para juzgar á los demás y de su grande amor á la justicia, vivia en relaciones criminales.

Esta era una de las muchas aberraciones en que caen los hombres.

Verdad es que él creia que tenia motivos para obrar de aquel modo fundándose en vanos pretextos.

Podria tener razon tal vez en vivir divorciado de su esposa, si un motivo de honra le impulsaba á ello; pero nunca podia tenerlo para dejar en el abandono á sus hijos y entregarse á un amor criminal.

Cuando hubo salido don Pedro de la celda de Juan de Dios, quisieron hablar Fr. Diego y Alberto.

El religioso les impuso silencio.

—¡Ni una palabra! exclamó: retiraos y adorad en silencio los juicios del Señor.

CAPITULO LX.

Los dos jueces.

Vivamente impresionado salió don Pedro Saavedra de su visita al religioso Juan de Dios.

Cuando él creia encontrarse á lo más con un hombre piadoso, sencillo, se habia hallado en presencia de un varon lleno de virtudes, de un hombre, que apesar de no haber estudiado en las Academias de los sabios ni haber pisado las aulas, poseia una ciencia que no era natural, y sabia leer en el corazon humano, gracia que no suele resplandecer en los sabios del mundo, sino en aquellos á quienes Dios ilumina para que sean en la tierra la guia de otros muchos, y espectáculos dignos de imitacion.

Empero, lo que más preocupaba á don Pedro era lo que hacia referencia á su propia persona.

No pensaba en aquellos momentos en Beatriz ni en el oficio de juez que para con ella debia desempeñar.

Llegado á su alojamiento, se dejó caer sobre un sillon, después de haberse encerrado en su habitacion.

Allí á sus solas se entregó á la meditacion.

—Ese hombre, se decia, ha leido en el libro de mi conciencia; ha penetrado mis más ocultos secretos. Siendo así, debia conocer que causas muy poderosas tuve para separarme de mi esposa: se me presentaba un dilema del cual no podia separarme. Ó habia de dar muerte á mi esposa, ó habia de separarme de ella, porque mi honor ultrajado no me permitia permanecer ni un sólo dia en su compañía. Opté por lo segundo, y esto creo que sea más digno de alabanza que de vituperio.

Meditó de nuevo, y continuó:

—Verdad es que si en esto no he cometido falta de la que pueda reprocharme la conciencia, la he cometido en sostener un amor criminal, cuando por mi ministerio estoy obligado á dar buen ejemplo á los demás. Juan de Dios tiene razon. Yo necesito ser perdonado y hacerme acreedor á este perdon por una enmienda radical. ¡Qué miserables somos los hombres! Yo que con tanta severidad trato de aplicar las leyes, que no hubiese tenido conmiseracion, tal vez, ni aún con mi mismo padre, las he hollado obrando de un modo contrario á las divinas y humanas.

Y al hacer estas reflexiones sintió que los ojos se le humedecian, y aquel hombre que nunca se habia conmovido ni aún en presencia de la mayor desgracia, tuvo que tomar un pañuelo para enjugarse las lágrimas que hilo á hilo destilaba.

—Concluirá esto, dijo, en el momento que vuelva á mi casa: no quiero que nadie tenga motivo para señalarme con el dedo.

Aquella tarde tuvo fiebre y guardó cama.

La dueña de la casa que era tan temerosa, como dijimos al hablar de ella la primera vez, se acercó á su lecho y le dijo:

—¿Estais enfermo?

—No es cosa para ponerse en cuidado, respondió don Pedro: un poco de fiebre, que pasará.

—¡Dios lo haga! Bien hice yo en sospechar que algo padecíais cuando me preguntásteis donde vivia el doctor Gutierrez de Pinedo. ¿Quereis que le pase un recado? Bueno seria que os visitase.

—Otra cosa quisiera con preferencia á esa.

—¿Qué es ello?

—Que vos, mi señora doña... Aún no sé vuestra gracia.

—Señora Rosita, para servir á Dios y á vos.

—En verdad que sois una rosita bastante marchita.

—Caballero: mi nombre es Rosa, pero desde niña me han llamado Rosita y por esto lo he dicho.

—Pues bien; deseo que os retireis, que me dejeis

solo y que no vengais á molestarme. Si algo se me ofrece llamaré.

Incomodóse con aquella salida la veterana doña Rosita, y así diciendo:

—Que el cielo os guarde,—abandonó aquella habitacion, cerrando la puerta.

La fiebre aumentó, pero don Pedro no llamó á nadie.

A la madrugada fué decreciendo y á las nueve de la mañana se encontraba enteramente limpio.

Se vistió, tomó algun alimento, pues habia quedado necesariamente muy débil á causa de la fiebre, y salió á la calle sin que la agraviada doña Rosita le hiciese la menor pregunta.

Verdad es que don Pedro no estaba para cumplimientos.

Continuaba en su preocupacion.

¿Dónde se dirigió?

Á la casa de don Rodrigo Carvajal.

No iba ya preocupado contra él.

Su amor á la justicia le habia constituido en enemigo mortal de don Rodrigo, aún sin conocerle personalmente, desde que se persuadió de que habia sentenciado arbitrariamente con menoscabo de la ley.

Empero, después de la conferencia que habia sostenido con Juan de Dios, ya pensaba de otro modo.

Se habia llegado á persuadir de que no por agravio á la justicia sino por causa superior, Beatriz habia quedado libre.

Y aquel hombre tan justiciero, que, como hemos dicho repetidas veces, por nada ni por nadie se hubiese torcido una línea en el recto camino de la administracion de justicia, y que ni aún compasion experimentaba cuando un reo expiaba sus crímenes en el patíbulo, se sentia movido á misericordia y hasta ganoso de la salvacion de Beatriz.

Y véase en este ejemplo la atraccion, digámoslo así, de que Juan de Dios se hallaba dotado. Con sólo hablar una vez con un hombre trocaba su corazon.

Alberto tiene la dicha de tropezar con él y vive con la resignacion de un santo.

Don Diego escucha sus reflexiones, y abandonando cuanto posee, trueca las comodidades del siglo por la austeridad del claustro, los lujosos vestidos por la humildad del hábito religioso, los suculentos manjares por la pobre comida de un convento, y las nobles ocupaciones del foro por la asistencia de los desgraciados enfermos.

¡Cuántas maravillas obra Dios por sus escogidos!

Ahora don Pedro Saavedra tiene la dicha de escuchar sus palabras, de presenciar uno de sus éxtasis maravillosos, y experimenta el deseo de seguir sus pasos y de obrar conforme á su voluntad.

Son resultados dignos de ser estudiados por los par-

tidarios del materialismo que nada ven de lo que está por encima de la razon humana.

Don Pedro, habiéndose informado de la casa en que vivia el señor Carvajal, se dirigió á ella.

La tristeza iba pintada en su semblante.

Llegado que hubo á la casa del juez, manifestó su deseo de hablar, y fué recibido en el momento.

Don Rodrigo, que aguardaba de un dia á otro al que venia de Madrid para hacerse cargo de la causa de Beatriz, apénas vió á aquel caballero para él desconocido, entró en sospechas de que era el que aguardaba.

Hízole sentar.

—¿Tengo el honor, preguntó don Pedro, de hablar con el señor juez don Rodrigo Carvajal?

—Mio es el honor en recibir vuestra visita, caballero, respondió don Rodrigo.

—Supongo que ignorais quien soy, así como el objeto de mi visita.

—Una y otra cosa las supongo.

—Soy don Pedro Saavedra, alcalde de casa y córte, enviado á esta por Su Majestad, que Dios guarde.....

—Para entender en una causa ya terminada por mí. ¿No es esto? dijo don Rodrigo interrumpiéndole.

—Así, es caballero; así es.

—Pues lo celebro en el alma.

—Yo, nó.

—¿Vos, nó? No comprendo.....

—Es mi mision algo enojosa.

—Venís á examinar sí yo he obrado en justicia, para en caso contrario que sea castigado.

—No contra vos sino contra ella pediré en todo caso.

Callaron un momento.

Después dijo don Pedro:

—Segun lo que veo, teniais noticias de mi venida.

—Sí, señor.

Es bien extraño.

—No veo la extrañeza. Yo sabia por él mismo, que el médico Gutierrez de Pinedo habia enviado un *Memorial* á Su Majestad, acusándome de injusto y pidiendo que bajo su responsabilidad se abriese nuevamente la causa de la señora doña Beatriz.

—Es muy cierto.

—Con este motivo escribí á un íntimo amigo que tengo en la córte, encargándole que estuviese á la vista del asunto y me diese noticias.

—¡Ah!

—Cumpliendo, pues, este fiel amigo mi encargo, me ha escrito diciéndome que Su Majestad habia nombrado á un señor alcalde de casa y córte llamado don Pedro de Saavedra, por cierto persona muy recta y de mucha discrecion y talento jurídico, para que viniese á Granada á hacerse cargo de la causa. Hé aquí porque os esperaba, y sospeché quien erais en el momento en que he tenido el honor de recibiros.

—Pues héme aquí, dijo don Pedro, dispuesto á empezar á dar cumplimiento á la mision que por Su Majestad me ha sido confiada.

—Y que seguramente vendréis prevenido contra mí.

—¿En qué fundais esas sospechas?

—En la misma causa que aquí os ha traido.

—Sólo la obediencia.

—Bien! pero venís á hacer una informacion de la cual esperais sacar en claro que yo he torcido la vara de la justicia. ¿No es así?

—Verdaderamente eso se desprende de la delacion hecha por el doctor Gutierrez de Pinedo; pero yo os aseguro, señor mio, que he suspendido mi juicio sobre el asunto. Soy muy franco, y la mentira jamás se halla en mis labios. Prevenido y en gran manera venia contra vos; pero de resultas de una conferencia que ayer he tenido con cierta persona, he cambiado de opinion. Ahora hasta me sois simpático.

—Calculo con quien habeis tenido esa conferencia.

—Veamos.

—Con el hermano Juan de Dios.

—Y por cierto que doy por bien empleado mi viaje por haber tenido el gusto de conocer á ese hombre extraordinario.

—Juan de Dios es un santo en la tierra.

—Soy de vuestra misma opinion. Por lo que de él habia oido hablar, le creia un hombre piadoso y sencillo, y nada más. No soy fácil en creer en santidades;

pero me ha sido suficiente el hablar con él una sola vez para quedar convencido de mi error. Juan de Dios tiene muchos dones sobrenaturales, y uno de ellos es la penetracion del corazon humano.

—Es la gloria de Granada.

—Ahora, entrando de lleno en nuestro asunto, deseo que me informeis de todo lo relativo á esa pobre señora de cuya causa vengo encargado. Sé muy bien que en el sentenciar, en el sobreseimiento que habeis decretado, habeis cedido á las súplicas de Juan de Dios. Dispuesto estoy yo á hacer lo mismo, pues cuando él lo quiere, es seguramente porque comprende los designios de Dios sobre esa mujer. De otro modo, no se hubiese atrevido á suplicar en favor de una persona sobre la que pesan, segun entiendo, crímenes espantosos.

Don Rodrigo estaba como fuera de sí de alegría al escuchar al señor de Saavedra.

Comprendia que nada tenia ya que temer.

Y recordaba lo que el santo religioso le habia dicho acerca de este particular.

Así, pues, se expresó de este modo:

—Ántes de hablaros de Beatriz y de daros los informes que me pedís, quiero que escucheis en breves frases otra prueba del espíritu profético de Juan de Dios.

—Os escucho.

—Como podeis suponer, cuando yo tuve noticias

de vuestra venida, me aflijí sobremanera, porque veia en lontananza una deposicion de mi destino con perjuicio de mi honra y del nombre que deben heredar mis hijos. Yo he procurado llenar siempre cumplidamente mis deberes, y todo el mundo me reputa por honrado. Este es mi mejor patrimonio. ¿No debia de afligirme al considerar lo que me aguardaba?

—Es muy justo.

—Inmediatamente me ví con el hermano Juan de Dios, al que manifesté mis temores.

—¿Y que os dijo?

—Que nada tenia que temer; que mi buen nombre en nada padeceria.

Yo le objeté, apoyándome en la fama de rígido que os precedia; pero volvió á asegurarme que nada me aconteceria, repitiendo que podia estar en completa tranquilidad.

—¡Es mucho hombre!

—¿Cómo sabia que vos le habíais de visitar ántes de proceder á nada, y que habíais de quedar inclinado á la conmiseracion con respecto á Beatriz? ¿Cómo aseguraba que yo no padeceria en mi honra, apesar de vuestra reconocida severidad? Pues vedlo, señor mio, cumplido al pié de la letra; pues por lo que me acabais de decir puedo inferir que saldré en bien de este asunto.

—Podeis tenerlo por indudable.

—Y tanta fe doy á las palabras de ese religioso, que desde aquel momento no he experimentado el menor temor y con tranquilidad he esperado los sucesos.

—Verdaderamente, repuso don Pedro, eso constituye una nueva prueba de la santidad de ése hombre. Yo no necesito más que lo que he visto. Hablemos ya de esa mujer: deseo con ansia terminar este asunto.

—Pondré á vuestra disposicion la causa: por ella veréis que esa doña Beatriz es una mujer criminal: pesa sobre ella un delito de asesinato por envenenamiento. El veneno fué preparado para un criado, y por equivocacion tuvo la desgracia de tomarlo una doncella del servicio de la misma doña Beatriz.

—¿Y con qué objeto queria hacer morir al criado?

—Porque era el único testigo que tenia de otro crímen efectuado ántes, cual fué el secuestro de una jóven virtuosísima, contra la cual habia concebido los más infundados celos. Siendo muy crueles los tratamientos de la doña Beatriz para con aquella jóven, el criado y cómplice, pues que verdaderamente lo fué, llegó á compadecerse y la puso en libertad.

—Ahora lo comprendo todo.

—La dicha jóven se llama Victoria, es un dechado de virtudes, y bajo la direccion de Juan de Dios se ocupa en asistir á domicilio á pobres y desamparados enfermos.

—Al lado de ese hombre todos serán santos.

—Llamada á declarar Victoria, nada quiso pedir

contra la que tanto le habia hecho sufrir, y ántes por el contrario trató en cuanto le fué posible de disculparla.

—¡Es posible!

—Y eso que tal vez hubiera sido víctima de su cruel enemiga, que más de una ocasion se habia presentado en su calabozo blandiendo un puñal y dirigiéndole terribles amenazas.

—Me dejais maravillado.

—Y no es para ménos.

—¿Y de una mujer tan réproba, espera Juan de Dios hacer una segunda Magdalena?

—Todo es posible á Dios.

—Lo creo porque él lo afirma. Sin esto, probados que fueran esos extremos, no la sentenciaria á ménos que á morir á manos del verdugo.

—Por lo demás, la lectura de la causa os informará de otros detalles.

—Bien: es necesario empezar por prender nuevamente á esa mujer. De otro modo podria quitársenos de enmedio. Luego obraré arreglándome á la voluntad del hermano Juan de Dios, y por primera vez en mi vida sujetaré mi criterio al de otra persona en la administracion de justicia.

Don Rodrigo presentó los alguaciles y demás dependientes del juzgado á don Pedro, diciendo á aquellos que reconocieran al último como autoridad judicial enviada por Su Majestad para entender en una

causa, y que por consiguiente estuvieran á sus órdenes obedeciéndole en todo.

A este efecto les leyó el nombramiento real que don Pedro puso en sus manos.

Hecho esto, don Pedro tomó la pluma y dictó auto de prision preventiva contra doña Beatriz.

Los alguaciles se dispusieron á cumplimentarla en el momento.

Dirigiéronse á la casa donde debian hacer la prision.

Por órden del juez llevaron un carruaje para que en él fuese conducida la reo, evitando de este modo el escándalo.

El escribano acompañado tan solamente de un alguacil penetró en la casa.

Fueron recibidos por doña Vicenta.

Esta se sorprendió.

Sin embargo, supo disimular.

La sorpresa era natural porque comprendió lo que aquella visita significaba.

Preguntó el escribano por la dueña, y doña Vicenta, que comprendió en el momento de lo que se trataba, dijo:

—Doña Beatriz se halla ausente.

—¿Sabeis si tardará en regresar?

—Lo ignoro.

—¿Hace mucho tiempo que se ausentó?

—Ayer.

—¿Dónde ha ido?

—No me lo dijo.

—Creo qué debeis saberlo.

—Pues lo ignoro: doña Beatriz no acostumbra á dar cuenta á nadie de sus acciones.

—Creo que será así si se trata de sus criados; pero no rezará eso con vos, que no sois su doméstica, sino la amiga de toda su confianza.

Como se vé, el escribano estaba perfectamente informado.

—Verdad es, dijo doña Vicenta, que amiga y no criada soy; pero puedo aseguraros que no me ha dicho una palabra. Sólo que pensaba estar fuera algunos dias, suplicándome entretanto estuviese al frente de su casa.

Cómo veremos más adelante doña Vicenta no mentía.

Ignoraba á aquellas horas cual era el paradero de su desgraciada amiga.

—Pues cumpliendo con mi deber voy á proceder á un registro inmediatamente.

—Obrad como gusteis.

El escribano dió órden al alguacil que hiciese subir á otros dos que abajo esperaban, lo que hizo en seguida.

Procedióse por los tres alguaciles á un escrupuloso registro sin el menor resultado.

Nada quedó por examinar, ni el último desvan.

Beatriz no estaba en casa.

Despidióse el escribano y fué á dar cuenta al señor juez don Pedro Saavedra del resultado de aquella diligencia, aunque con disgusto, por que á la gente de justicia le desagrada en gran manera el verse chasqueados, cuando desempeñan sus tristes ministerios.

Era la primera diligencia que le encomenda el nuevo juez y no quedaba airoso en ella.

¿Dónde se hallaba Beatriz?

¿Por qué habia desaparecido?

Vamos á verlo.

CAPITULO XLI.

Perseverancia en el mal.

¿Cómo y por qué causa habia Beatriz desaparecido de su casa? ¿Dónde se habia refugiado? ¿Seria cierto que doña Vicenta ignoraba cual habia sido el lugar elegido por ella?

Esto es lo que al presente nos conviene averiguar.

Desde el momento en que Beatriz tuvo conocimiento por su amiga doña Vicenta de que se esperaba un nuevo juez para volverla á juzgar, su razon, como dijimos á su tiempo, volvió á turbarse.

Esto no es extraño.

Una persona que después dè haber estado demente tiene la fortuna de recobrar el uso de su razon, necesita mucho reposo, mucha tranquilidad y un desvío absoluto de aquellos lugares y objetos que puedan hacerla recordar su antiguo estado.

La cabeza está débil; y, especialmente en los primeros dias, cualquier sorpresa, el menor disgusto, puede hacerla caer de nuevo en la locura.

Esto es lo que sucedió á Beatriz.

Hacia pocos dias que habia salido de su infeliz èstado de demencia.

Precisamente recibió una gran sorpresa cuando doña Vicenta la avisó del nuevo peligro que la amenazaba.

Se trastornó.

En su cerebro volvieron á bullir sus antiguas ideas de exterminio y destruccion.

Ya dijimos que la revelacion que le habia hecho doña Vicenta cayó en su corazon como una bomba, y que extraviada de nuevo su razon habia prorumpido en una terrible, epiléptica carcajada, y que después entró en un horroroso delirio, creyendo que se habia librado de los que llamaba sus enemigos, dando muerte á Juan de Dios y á Victoria.

Sabemos tambien que afligida doña Vicenta al verla en tan triste y lamentable estado, habia escrito una sentida carta á Juan de Dios dándole cuenta de todo y pidiéndole consejos.

El venerable religioso la contestó en seguida, exhortándola á la paciencia y suplicándola que no abandonase ni un momento á aquella desgraciada, que entraba en el postrer período de sus padecimientos, tras de los cuales vendria el del arrepentimiento, y de

consiguiente el del reposo y la tranquilidad de las almas redimidas.

Doña Vicenta que escuchaba á Juan de Dios como á un oráculo, recibió un gran consuelo y se propuso ejercer la caridad con su amiga hasta donde le llegasen sus fuerzas, sin encontrar en ello la menor repugnancia.

La noche fué tan intranquila como dijimos.

¿Qué sucedió al siguiente dia?

Veámoslo.

Beatriz continuaba en el mismo estado.

A la cabecera de su lecho se hallaba doña Vicenta, en cuyo semblante se advertian los signos de la más viva compasion.

Se ocupaba en rezar.

Aquella mujer que ántes era completamente indiferente en materias de religion y de piedad, ya rezaba y con el mayor fervor.

En el rezo encontraba consuelo.

Porque las aflicciones todas de la vida, los sinsabores de la peregrinacion, las grandes amarguras encuentran siempre alivio cuando el que las sufre se echa en brazos de la religion salvadora.

El alma elevada á Dios, encuentra delicias superiores á cuántas el mundo puede proporcionar á sus seguidores.

En la meditacion, el corazon se ensancha y rebosa en las más dulces expansiones.

Desconocida es esta verdad por el materialista; pero de ella pueden certificar las almas justas, los que miran como punto objetivo de su partida las delicias de la vida futura.

Embebida en su rezo y meditacion se hallaba doña Vicenta, cuando Beatriz, saliendo de una especie de letargo en que se hallaba, la dijo:

—¿Qué haces aquí?

—Te acompaño, respondió doña Vicenta.

—Retírate.

—¿Por qué?

—A mi lado estás comprometida.

—Vuelve en tí, Beatriz. Te hallas agitada.

—Sí, estás comprometida. Puede descubrirse todo y te prenderán conmigo...

Beatriz volvia á su tarea del dia anterior.

—Me he gozado en verlos revolcarse en su sangre. ¡El pérfido... el hipócrita!... ¿Y ella? ¡La infame! ¡La que con su loco amor embriagó á mi esposo!... Y en medio de su agonía se sonreia... Parecia que aún me insultaba... Pero todo acabó, y Alberto sufrirá la pena de los condenados cuando sepa que su amante ha dejado de existir. ¡Oh! Tambien morirá. ¡Exterminio para todos!

Doña Vicenta lloraba amargamente al oir aquellas terribles frases, que retrataban suficientemente el alma de quien las pronunciaba.

—¿Por qué lloras? la preguntó Beatriz. ¿Por ven-

tura sientes compasion por los criminales? Han muerto porque debian morir.

—Por Dios, Beatriz, sosiégate: mira si puedes reconciliar el sueño: estás calenturienta: no sabes lo que hablas.

—¡Dormir!

—Sí, por tu bien.

—Ahora es cuando se hace preciso velar. Huyamos de está casa, Vicenta; huyamos prontamente. Si se descubre que he sido yo la que... vendrán á buscarme y me matarán... Nó: yo quiero vivir, quiero gozarme en mi obra. Huyamos, huyamos pronto.

Y sin que doña Vicenta pudiera contenerla, se arrojó del lecho y empezó á vestirse.

Todos los esfuerzos de su amiga para que volviese al lecho fracasaron ante la voluntad de hierro de Beatriz.

—Piensa, la dijo, en lo que puede sucederte.

—Todo lo he pensado.

—Sosiégate primero, entra en razon y después saldrémos de aquí. Verdaderamente necesitas buscar un lugar de refugio, pero no por la razon que has dicho. Vuelve en tí: tú no has matado á nadie. Eso es un sueño horrible: no te has movido del lecho.

—Dices...

—Que todo es un delirio.

—¿Luego viven aún?

—Es indudable.

Beatriz se llevó las manos á la cabeza.

Después dijo:

—Luego Alberto y Victoria pueden todavía amarse.

—Victoria es pura como un ángel, y tu esposo no se halla en Granada. Dios lo traerá á tus brazos.

—¡Dios! ¿Crees tú que Dios hace caso de mí?

—No blasfemes. Vuelve á él tus ojos y tu corazon y vendrá en tu ayuda. Siempre tiene los brazos abiertos para recibir al pecador arrepentido.

—Faltábate únicamente convertirte en beata.

—Pienso con razon.

—¡Oh! Tú eres otra víctima del fanatismo ó de la hipocresía del fraile.

Doña Vicenta no podia contener las lágrimas.

—¿Lloras? la preguntó Beatriz.

—Lloro por tí.

—¡Por mí!

—¡Ojalá que mis lágrimas fuesen suficientes á purificarte!

—¡Desdichada!

—Más desdichada eres tú, y tu desgracia es inmensa. Recuerda lo que te tengo dicho y la necesidad en que estamos de pensar en buscar un refugio, pues no tardará en llegar el nuevo juez que se espera, segun ayer te manifesté.

Beatriz no recordaba una palabra de la conversacion que sobre este asunto habia sostenido con doña Vicenta.

Parecia haber entrado en un período de calma.

Miróla atentamente y dijo:

—No sé de qué me hablas. Mi cabeza arde y no sé ni lo que me digo ni lo que hago.

—Me alegro que vayas entrando en razon. Sosiégate y después hablarémos. Ante todo es necesario que tomes algun alimento.

—No lo necesito: la fiebre que me devora me sostiene.

A viva fuerza consiguió doña Vicenta que tomase una taza de caldo que ella misma le sirvió, pues no permitia que entrase ninguna persona en sus habitaciones.

Cuando luego la vió más sosegada, tomó la palabra y se dispuso, aunque con temor por si volvia á trastornarse, á repetir la conversacion que habia sostenido con Juan de Dios y el nuevo peligro en que se hallaba.

Valióse para ello de las frases que creyó más oportunas para que el efecto no fuera tan terrible.

Beatriz la escuchó en silencio.

No se irritó.

El efecto que produjo en ella la narracion de su amiga fué diverso que el del dia anterior.

—¿Con qué se espera á ese nuevo juez? dijo.

—Y que no debe de tardar.

—¿Dices que el delator ha sido el médico?

—Justamente: el doctor Gutierrez de Pinedo.

—Otra cosa creo.

—¿Qué piensas?

—Que es cosa de mis enemigos.

—Como tales miras á los que son tus mejores amigos.

—No soy tan fácil como tú en creer.

—Una conviccion tengo.

—¿Cuál es?

—La de que no tardará mucho tiempo sin que participes de mis creencias y sientas en el alma el haber pensado de otro modo, lo que tanto te hace sufrir y padecer.

—Todo podria ser.

Al pronunciar estas palabras dejó asomar á sus labios una sonrisa sardónica.

No observó esto doña Vicenta, y viendo la tranquilidad con que hablaba, la creyó bien dispuesta.

Juzgó oportuno aprovechar lo que juzgaba una ocasion preciosa.

—Es necesario, la dijo, que al fin te convenzas. Nadie te quiere mal y las personas de quienes mayores quejas tienes, los que crees tus más implacables enemigos, son los que más han trabajado y trabajan en favor tuyo; los que más desean tu bien y tu felicidad.

—Casi me lo harás creer.

—Como que es la verdad. Tan convencida estoy de ello que soy capaz de jurarlo al pié de un Crucifijo.

Beatriz continuaba padeciendo.

Sus ideas no habian cambiado.

Empero, su dolor era más triste y si se quiere más solemne. Era un dolor tempestuoso, sombrío, reconcentrado en su corazon y que sólo lo daba á comprender en algunos veloces relámpagos de odio que iluminaban sus ojos.

Engañada doña Vicenta y en la persuasion de que Beatriz se hallaba en buenas disposiciones, continuó de este modo:

—Ya es tiempo, Beatriz, de que mires por tí, de que pienses en que no puede seguir más tiempo esa vida agitada que tienes, y que de durar más morirás, porque tu naturaleza no es de hierro.

—Es verdad.

—Tienes un odio infundado contra el hermano Juan de Dios que se afana por tu bien.

—¡Infundado!

—Sí; porque si le conocieses á fondo verias que es incapaz de hacer la menor accion que no sea justa. Él no ha protegido ni puede proteger jamás como tu crees amores criminales.

—¡Cómo yo creo!

—Sí; como tu crees ó has creido hasta el presente. Odias tambien á esa pobre mujer á la que tanto hicíste padecer cuando la tuvíste en tu poder; y sin embargo, ella que no ha pensado en Alberto desde que este se casó contigo, que no tiene otra ocupacion ni

otra idea que el hacer bien, en cuyo corazon no se anida otro amor que el de Dios, te ama y hace votos por tu felicidad. Esta es la verdad.

—Podrá ser.

—¿Lo dudas todavía?

—No dudo nada.

—¿Quieres una prueba?

—¿Cuál es?

—¿No podria haberte causado mucho daño cuando fué llamada á declarar en el asunto de la muerte de María, toda vez que el juez habia tenido noticias de su secuestro, motivo por el que fué llamada?

—¿Y qué?

—¿Ignoras lo que hizo?

—No lo sé.

—Trató en cuanto le fué posible de atenuar tu culpabilidad y declaró que nada pedia contra tí, pues que si era verdad que la habias tenido en tu poder, la habias tratado con las mayores consideraciones sin hacerla sufrir cosa alguna.

—¡Mira la embustera!

Doña Vicenta quedó admirada.

—¿Es posible que tal pago des á quien de tal modo se ha portado contigo? ¿Tratas de embustera á esa jóven, porque en su declaracion ha querido librarte de responsabilidad? Perdóname, Beatriz, que te lo diga con franqueza. Eso es llevar la ingratitud hasta los últimos lindes.

—¿Sí, eh?

—Es claro como la luz del dia.

—¿No dices que es tan buena?

—Es angelical.

—Pues no sé comprender como la mentira pueda hallarse en labios de criaturas angelicales. Yo mejor diria que era un aborto del infierno.

Doña Vicenta miró á su amiga de un modo que revelaba sorpresa é indignacion.

El asunto lo merecia.

—Siendo tan buena, continuó Beatriz, por nada ni por nadie debia mentir. En su declaracion debió aparecer toda la verdad sin añadir ni quitar. Creo que en esto está la virtud, digo, al menos que yo no lo comprenda.

—Ella ha dicho la verdad en lo que ha sido preguntada; pero ha querido quitar al asunto toda la gravedad á fin de que por este concepto no tuvieras que padecer. Además, se le ha preguntado que pedia contra tí y ha contestado que nada absolutamente. ¿Encuentras algo de vituperable en esto? ¿No ves motivos de justos elogios? ¡Ah! Que es necesario haber perdido por completo todo sentimiento para expresarse del modo que lo has hecho.

—Bien; no hablemos más del asunto por ahora. Tal vez tengas razon. Yo lo meditaré á mis solas.

—¡Ojalá que estas meditaciones produzcan un resultado feliz del que nazca tu tranquilidad!

—Verémos.

—Ahora si te parece hablarémos del asunto que más nos importa.

—¿Cuál es?

—Ya te lo he dicho.

—¡Ah! ¿Sobre la venida de ese juez?

—Justamente.

—¿Qué piensas?

—Creo lo mas conveniente, que permanezcas oculta en alguna parte segura. Yo te visitaré con las precauciones necesarias, y quedaré entretanto al frente de esta casa. ¿No te parece bien pensado?

—Discurres muy bien.

—Pues determinemos.

—Lo dejo á tu discrecion.

—Si te parece puedes estar en mi casa: allí serás asistida por doña Tadea, y no hay el menor temor. Ya sabes cuanto vale el escondite que te libró la otra vez de caer en manos de la justicia.

—¡Ah! No lo he olvidado ni lo olvidaré en mi vida.

—¿Quieres ir allí?

—Lo pensaré.

—Poco tiene esto que pensar.

—Tiene mucho.

—No lo comprendo.

—Mira, Vicenta; no creo que la cosa sea tan perentoria, y así te ruego que me dejes pasar esta noche venidera gozando de la tranquilidad del lecho. Medi-

taré tambien en este asunto, y mañana á primera hora resolverémos. Creo que seré de tu opinion, pues hasta el presente nada se presenta á mi imaginacion que me parezca mas conveniente.

—Bien; esperarémos hasta mañana.

Habíale chocado sobremanera á doña Vicenta la tranquilidad con que hablaba Beatriz después de sus accesos de locura.

—Aquello le llamaba la atencion.

Por una parte creia que hablaba lo que sentia y la veia algo dispuesta para el bien.

Por otra pensaba si urdiria dentro de su corazon alguna nueva locura.

A creer esto último le llevaba el pensamiento del modo como habia hablado de Victoria.

No sabia á qué atenerse.

Cuando Beatriz quedó sola, exclamó:

—¡Todos infames! Yo creia en la amistad de esta amiga, y veo que tambien se ha vendido al fraile. No será ella la que sepa el lugar de mi refugio. Moriré, pero será después que haya tomado sangrienta venganza. Voy á perder mi casa y mis bienes ¡Qué me importa! ¿No he perdido mi alma?

¡Desgraciada! Ignoraba que aún podia regenerarse por las lágrimas y el arrepentimiento.

Empero, aquella alma era aún presa de las más innobles acciones.

Cualquier hombre observador y muy especialmente

si era conocedor del corazon hubiera dicho que estaba dejada por completo de la mano de Dios, porque en efecto, habia llegado á los últimos lindes de la abyeccion. Y se hubiera perdido para siempre, si un alma justa como era Juan de Dios, no hubiese importunado al cielo con contínuas oraciones.

Sigamos ahora el órden de los sucesos.

CAPITULO XLII.

La casita blanca de los afueras de Granada.

La noticia dada por el escribano al señor don Pedro Saavedra, referente á la desaparicion de Beatriz, no causó á aquel juez ningun disgusto.

Hubiérase en verdad visto contrariado si estas diligencias se hubiesen practicado con anterioridad á su visita á Juan de Dios.

Porque en su afan por administrar rectamente la justicia, aquel incidente venia á constituir una contrariedad, pues estribaba su crédito y el acrecentamiento de su fama en salir airoso de la comision que le habia sido encomendada por la corona.

Las circunstancias eran diversas.

Aquel juez implacable que sin importarle un comino la hermosura de Beatriz, la hubiera entregado

á manos del verdugo, una vez comprobados los crímenes de que era acusada, deseaba ahora salvarla, porque el crédito que daba á las palabras de Juan de Dios le hacia entrever en la mujer pecadora y criminal la futura mujer regenerada por la penitencia.

Dió órden de que se hiciesen todas las diligencias necesarias á fin de encontrar á la fugada, y cuando quedó solo exclamó:

—Me alegro que esa desgraciada se haya puesto en salvo librándose de una nueva prision. Si no parece, que será lo más probable, seguiré la causa y la sentenciaré en rebeldía: verdad que la sentencia no la privará de su libertad, porque será absolutoria. Desde luego han de faltar testigos en número suficientes, porque siempre en estos casos se teme el andar rodando por los tribunales. Hasta el presente nunca me habia detenido en reflexionar en aquella sentencia ó especie de aforismo jurídico, que dice: «El que hizo la ley hizo la trampa,» porquè jamás creí que llegase un dia en el que tuviese necesidad de echar mano de este recurso: hubiese creido manchar con tal modo de obrar mi conciencia. En el caso presente, creo cumplir un deber, en el convencimiento de que el hermano Juan de Dios interpreta la voluntad del Señor, al interesarse por la salvacion de esta mujer.

Estas reflexiones le tranquilizaron por completo.

La noche de aquel dia hizo una segunda visita al venerable hospitalario.

Dirigió sus pasos al suntuoso edificio levantado por Juan de Dios al dolor y al infortunio.

Aquella visita debia ser muy provechosa para al antiguo alcalde de casa y córte.

Allí le esperaba un gran espectáculo.

En ella debia aprender lo que puede el heroismo de la caridad, contemplando cómo un solo hombre sin recursos de ninguna clase, careciendo al principio de su obra de toda proteccion, y siendo reputado por loco, porque la ciencia humana reputa siempre locura la sabiduría de la Cruz, habia realizado todas las teorías, todas las tentativas mil veces fracasadas del racionalismo; haciendo por si sólo lo que muchas veces son incapaces de hacer los gobiernos más poderosos que se arredran al considerar las sumas inmensas que son necesarias para ello.

Cuando don Pedro llegó al Hospital, se encontró con Alberto que se habia constituido voluntariamente en dependiente de aquel establecimiento.

Preguntóle por Juan de Dios.

—Está curando, dijo Alberto.

—¡Santa ocupacion! exclamó don Pedro.

Después, dirigiendo una mirada en torno suyo, añadió como admirado:

—Es este un magnífico edificio. Parece enteramente un palacio.

—Palacio es, dijo Alberto; pero no de la opulencia sino del dolor y de la desgracia. Venid, si á bien lo te-

neis, y contemplaréis las delicias á que se entrega el señor de este palacio.

—Vamos, dijo don Pedro.

—En vuestra primera visita á esta santa casa vísteis tan sólo las galerías: aunque es de noche, no importa esto para que visiteis ahora los salones y gabinetes. La lúz artificial sirve perfectamente á este objeto.

Nada contestó don Pedro, que siguió á Alberto, el cual se dirigió á la enfermería.

¿Que vió allí don Pedro?

Un espectáculo edificante.

Lo que no hubiese podido ver fuera de aquel lugar.

Habia en aquel salon una veintena de camas todas ocupadas.

Sobre cada una de ellas habia un número.

Al lado del lecho una tablilla.

En ella estaba escrita la prescripcion médica y el régimen á que debia sujetarse el enfermo.

Al rededor de una de aquellas camas hallábanse Juan de Dios, el hermano Fr. Diego Espinosa, y otros dos religiosos que llegaron después á adquirir gran celebridad, y eran Fr. Anton Martin, fundador más tarde del Hospital del Amor de Dios de la villa y córte de Madrid, y Fr. Pedro Velazquez ó Pedro Pecador, que fundó el de Sevilla, varones ambos de mucha santidad.

En el lecho yacia un pobre anciano, al que Juan de Dios curaba ayudado de sus hermanos.

Se acercaron Alberto y don Pedro Saavedra.

Tan embebidos estaban los religiosos en lo que hacian, que ni se apercibieron de la llegada de aquellos.

El pobre anciano, al que acababan de curar una llaga que tenia en una pierna, exhaló un gemido.

—Sea todo por el amor del Señor, le dijo Juan de Dios.

—No puedo más, replicó el anciano.

—Vamos, hermano mio; un poquito más de resignacion, y luego descansaréis. Sacad la otra pierna.

El enfermo obedeció.

Don Pedro apartó la vista con repugnancia al descubrir el anciano una enorme llaga en aquella pierna, toda cubierta de pus.

Empero, quedó sorprendido y como fuera de sí al ver que Juan de Dios ántes de preceder á la curacion, se inclinó y besó aquella llaga.

Notó esta admiracion Alberto, y acercándose al oido de don Pedro le dijo:

—¡Hé aquí al Señor de este palacio! ¿Qué os parecen las delicias de que se rodea?

Juan de Dios y otros varones de misericordia, al besar las llagas de los enfermos han tenido por objeto curarse á sí mismos de esa natural repugnancia que experimenta la humana naturaleza al andar con enfermos asquerosos.

Probablemente Juan de Dios experimentó en aquellos momentos esta repugnancia, la miró como una

tentacion y la venció con tan humildísima accion.

Con la mayor caridad limpió después la llaga, la puso ungüento y la cubrió con un lienzo fino, que ató con una cinta.

Después cubrió al enfermo.

—Veréis, le dijo, como vais á descansar ahora.

—Dios lo haga.

—El Señor nos dá más de lo que merecemos.

—¡Cúmplase su santísima voluntad!

—Voy á mandar, dijo Juan de Dios, que os traigan un poco de caldo y después dormiréis.

—Bien; dijo el enfermo

Tras de aquel los religiosos fueron visitando á los otros enfermos, curando á los que de ello tenian necesidad y dando á todos grandes consuelos con las más dulces palabras.

A los religiosos seguian don Pedro y Alberto.

Terminó la visita.

Entónces Juan de Dios, que ya se habia apercibido de la visita de don Pedro, le miró dulcemente y le dijo:

—¿Qué quereis, amigo mio? ¡Es tan miserable la humanidad! Necesitamos auxiliarnos los unos á los otros; y os aseguro que se encuentran grandes delicias en la asistencia de los pobrecitos enfermos. Yo los miro con mucha compasion.

—¡Ya lo veo! dijo don Pedro.

—¡Quién no se compadece de la desgracia!

—No desgracia, sino felicidad es en una enfermedad caer en vuestras manos.

El religioso respondió.

—¿Qué haria yo por mí solo? Estos mis buenos religiosos lo hacen todo y en ellos está el mérito. Yo nada tenia y por consiguiente nada sacrifiqué al dedicarme á este ejercicio; pero esos religiosos que habeis visto á mi lado son personas de mucha importancia que todo lo han sacrificado, honores, riquezas, posicion, por cubrirse con el hábito de los hospitalarios. ¿No os parece que esto es heróico? ¿No lo creeis digno de alabanzas?

—Así es en verdad.

—Al uno ya lo conoceis y nada tengo que deciros de él; los otros son Anton Martin y Pedro de Velazco, que edifican á la comunidad y á los enfermos con el buen olor de sus virtudes. Yo espero de ellos grandes cosas.

Don Pedro miraba entusiasmado á Juan de Dios, y admiraba aquella suavidad con que ensalzaba á los otros para rebajarse él mismo.

Don Pedro Saavedra era hombre de un talento poco comun y de un muy recto criterio.

Entregado por completo á las funciones del foro, no habia fijado su atencion hasta entónces en el beneficio inmenso que á la sociedad prestan esos hombres humildes que despojados de toda mira egoista, no queriendo nada para sí y deseándolo todo para sus

hermanos, se sacrifican gustosos en las aras de la caridad.

Vió en la noche á que nos referimos, perfectamente descubierto, ese carácter dominante de la religion católica què en vano tratáran de disputarle los cultos disidentes, las sectas separadas de la unidad, que carecen de esa fuerza natural que lleva al hombre á un heroismo sublime, haciéndole triunfar de sí mismo y de todas sus pasiones.

—¡Oh! decia en su interior don Pedro: estos varones son en su humildad y en sus obras más grandes que esos conquistadores á los cuales levanta estátuas la admiracion popular. Estos se elevaron y allegaron laureles regados con las lágrimas de miles de madres inconsolables por la pérdida de sus hijos; corrieron á recibir las aclamaciones populares atravesando por entre montones de cadáveres; pero estos hombres benéficos, en vez de hacer verter lágrimas las enjugan; no arrebatan los hijos á las madres para sacrificarlos en las batallas; ántes por el contrario, se los toman si están enfermos, para curarlos y los vuelven con la salud recobrada á los brazos maternos, dispuestos á ganarse el sustento, siempre que les es posible.

Y reflexionaba muy bien.

En cuanto á Juan de Dios, puede decirse que su corazon se hallaba en todas partes: en los caminos, en los despoblados, en las casas más humildes de la ciudad, en las habitaciones más oscuras y escondidas,

persigue á la necesidad para remediarla, á la enfermedad para curarla, á la tribulacion para amparar al que la sufre. ¡Oh! ¡Bendita la religion que tales héroes produce! ¡Bendito el frondoso árbol del catolicismo que tales y tan sazonados frutos nos presenta! Fuera de la órbita en que gira el principio de la caridad, es imposible hallar, por más que otra cosa digan los modernos novadores tan entusiastas por los progresos humanos, obra alguna que pueda compararse con estas obras admirables hijas del amor cristiano.

Continuemos.

Juan de Dios se dirigió á su celda.

Siguiéronle don Pedro y Alberto.

Invitóles á entrar el santo religioso y les hizo tomar asiento.

—¿Parece que estais conmovido? preguntó á don Pedro.

—Es cierto.

—¿Y por qué?

—¿Teneis necesidad de preguntármelo?

Juan de Dios le miró fijamente.

—No creo, dijo, que habeis visto nada extraordinario que pueda haber llamado vuestra atencion tan poderosamente.

—He visto más de lo que esperaba.

—Seguramente, dijo Juan de Dios, el mundo se admira de ver ejercer un acto de misericordia, y reputa como una heroicidad lo que no es otra cosa que

un acto muy natural. ¿Y sabeis por qué? Porque el egoismo reina en la mayor parte de los corazones: porque el hombre trabajando exclusivamente por rodearse de toda suerte de comodidades, no fija su atencion en las desdichas ajenas. ¿El que padece no es nuestro hermano? ¿Y como tal no tiene un derecho indisputable á nuestra asistencia y consuelos? Creedlo, mi señor don Pedro: el egoista es una planta parásita en la sociedad humana; y plantas de tal naturaleza, no solamente no sirven de adorno porque carecen de belleza, ni embalsaman el aire, pues no tienen aroma, sino que son un estorbo del que es necesario desviarse.

—Teneis razon, hermano Juan de Dios; y, por más que lo extrañeis, os diré que, á ser soltero y carecer de obligaciones, yo seria vuestro compañero y viviria en adelante disfrutando de las delicias que sólo se encuentran en estos palacios del dolor y del infortunio. Delicias ¡ay! desconocidas por la mayoría de los hombres.

—Básteos vuestros buenos deseos, dijo Juan de Dios. No á todos llama el Señor por el mismo camino; y vos en vuestro estado podeis tambien ser benéfico á la familia humana.

—Procuraré serlo en adelante. Jamás se apartará de mí el recuerdo de lo que aquí he visto.

—Bien: hablemos ya de otra cosa. ¿Qué objeto tiene esta visita y á estas horas?

—El deseo de daros cuenta de lo ocurrido.

—¿Qué es ello?

—Habiendo dictado auto de prision sobre esa mujer á la que favoreceis y por cuya regeneracion os hallais tan interesado, no ha sido encontrada en su casa, y las apariencias son de que ha huido.

—Fácil es que sea así.

—No creais que esto me causa pena: ántes por el contrario, me alegro, porque ya estoy vivamente interesado en su salvacion.

Juan de Dios se sonrió dulcemente.

Empero, dejemos por ahora á estos personajes y veamos que habia sido de Beatriz:

Poco después de anochecido dijó a su amiga que deseaba descansar y que se iba á recoger.

—Mañana arreglarémos el asunto de suerte que podamos en adelante vivir con alguna tranquilidad, añadió.

—Alégrome infinito, repuso doña Vicenta, de verte tan bien dispuesta. Procura ahora descansar y no ocupes tu imaginacion en nada. Así te encontrarás mañana en disposicion de obrar con reflexion.

Beatriz se retiró.

Doña Vicenta habia quedado engañada completamente, porque muy diferentes eran los pensamientos de Beatriz de los que acababa de manifestar.

Habia formado un próposito por cierto muy descabellado, y pensaba realizarlo ántes que amaneciese el siguiente dia.

La aparente tranquilidad que habia demostrado, fué causa de que su amiga, contenta por la variacion que en ella advertia y sin abrigar el menor temor, se recogiera tambien aunque á la hora que lo tenia por costumbre, esperando que pasadas que fuesen algunas horas todo quedaria perfectamente arreglado.

La infeliz Beatriz no se entregó al descanso.

Antes por el contrario, una vez encerrada en su dormitorio, se puso á reflexionar y se decia:

—Es necesario tomar inmediatamente una resolucion. No puedo ya fiarme de Vicenta: creia que era mi mejor amiga, pero ahora veo que está tambien fanatizada. Ya pertenece en cuerpo y alma á ese fraile que es mi tormento, y una de las causas de las crueles angustias que me devoran. Me marcho de esta casa: me pondré á salvo de ese nuevo juez que viene á perseguirme. Pero ¿á dónde iré? ¿Dónde encontraré un refugio? ¿A quién podré confiarme? El mundo está lleno de corrupcion y no hay en él una sola persona honrada, que esté dotada de buenos sentimientos.

Así discurria âquella mujer, esclava de sus propias pasiones.

Sólo aquella persona que habiéndose dejado arrastrar de sus pasiones ha llegado á los últimos lindes de la abyeccion, y tal vez á la desesperacion, puede expresarse de tal modo.

Ya lo hemos dicho en otro lugar. ¡Desgraciada

sociedad humana si en ella no existiera la virtud!

Beatriz estaba ciega.

Y aquella ceguedad era terrible, porque no era del cuerpo si no del alma.

Decia, con una especie de conviccion, que el mundo estaba lleno de corrupcion y que no se encontraba en él una sola persona honrada, una que estuviese dotada de buenos sentimientos; y justamente discurria de este modo, cuando Granada y España entera hacian objeto de su admiracion á Juan de Dios, cuyos sentimientos generosos y caritativos le hacian hacerse todo para todos y cuyo ejemplo arrancaba hombres de gran mérito á las letras, á la magistratura, á la propiedad, para entregarse bajo la regla por él establecida al santo ejercicio de la misericordia.

¿Hablarian como aquella mujer, tantos desgraciados enfermos que en Juan de Dios y sus hijos encontraban unos padres cariñosos que los cuidaran con la mayor asiduidad y esmero, que atendiesen á su curacion con el mismo cuidado que pudiera encontrarse en una amante madre?

¿Hablarian así los que, completamente restablecidos, gracias á aquellos desvelos, salian del santo Hospital con la salud y las fuerzas recuperadas y en disposicion de trabajar para proporcionarse el alimento y atender á las necesidades de sus familias?

Y aquí se nos ocurren algunas reflexiones sobre la ingratitud monstruosa de la sociedad del siglo XIX,

que repeliendo de su seno á los que tales y tan extraordinarios beneficios dispensaron á la familia humana, teje coronas para las sienes de los que llamándose á sí propios amantes del progreso, y buenos patricios, si algo hacen es perturbar la paz de los Estados, de las familias y de los individuos, ofreciendo prosperidades que nunca llegan, anunciando una era de felicidades que es un mito, y arrancando la fe del fondo de los corazones, para sembrar en ellos la duda que es la madre de la desesperacion.

Empero, no queremos hacer nuevas digresiones, y así pasando por alto las reflexiones que sobre este punto pudiéramos hacer, continuemos nuestro relato.

¿Habia curado Beatriz de su enfermedad mental?

De ningun modo.

Antes por el contrario, se agravaba por momentos.

Verdad es que no tenia aquellos grandes delirios y que hacia algunas horas habia manifestado señales de estar en el completo uso de su razon.

A inducirlo así contribuia en gran manera la tranquilidad que habia demostrado en su última conversacion con su amiga doña Vicenta, y la promesa que al parecer formalmente la habia hecho de arreglar al dia siguiente el importante asunto de buscar un lugar de refugio, donde ponerse á salvo de la persecucion del nuevo juez que se esperaba.

Pero aquella misma tranquilidad era verdaderamente otro ramo de locura.

La determinacion que formaba en su interior y que, como vamos á ver, realizó, era la mayor locura que pudiera concebirse.

¡Pobre Beatriz! ¡Que fuerza interior, desconocida, la impulsaba siempre al mal, nunca al bien!

No somos fatalistas.

No creemos que una persona haya, por ejemplo, de experimentar desgracia sobre desgracia porque sí; esto es, porque está destinada á ser desgraciada y no puede pasar por otro punto que por la desgracia.

Sobre esto hemos hecho algun estudio, ó mejor diremos algunas observaciones, y ellas nos han demostrado, sin género alguno de duda, que la mayor parte de las desgracias se las busca el hombre por sí mismo. La falta de tacto ó de talento para entrar en ciertas negociaciones; el poco conocimiento del mundo, que hace á muchos fiarse de cualquier persona para exponer sus intereses; y, más que todo, el lujo inmoderado y el sostenimiento de vicios, originan muchas desgracias y calamidades de las que después se culpa á la Providencia, á la suerte, á la fatalidad.

En el caso que nos ocupa tenemos otro ejemplo de esta verdad.

No era la mala suerte ni la fatalidad lo que arrastraba á Beatriz á caminar de precipicio en precipicio.

Eran sus pasiones.

¿No poseia bienes de fortuna en abundancia, gra-

cias á la herencia que llamamos en otro lugar *la herencia del diablo?*

Si ella se hubiese portado como buena desde el momento en que contrajo matrimonio con Alberto, si no hubiese abrigado en su corazon infundados y terribles celos que la condujeron hasta el crímen ¿no hubiera sido feliz?

Seguramente.

Guiada Victoria por la virtud y consagrada enteramente al ejercicio de la caridad, hubiera rechazado á Alberto, aunque este, arrepentido de lo que habia hecho, la hubiese exigido nuevamente un amor que ya no podia ser sino criminal; él se hubiera conformado, y, dedicado tan solamente á su esposa, la paz y la tranquilidad hubiesen reinado en aquel matrimonio.

Empero, Beatriz, como hemos visto en todo el curso de esta obra, era una mujer volcánica, de grandes pasiones, y por su mano se labró aquella corona de espinas que tantas heridas la causaron.

¿Podrá hablarse de fatalismo?

¿Deberá decirse que la mala suerte la guiaba?

Lo que sí puede asegurarse es que era desgraciada.

Por que desgraciada es la persona que apartándose del cumplimiento de sus deberes se revuelca por el fango asqueroso de los vicios.

Ya hemos visto de qué modo reflexionó cuando se encontró sola en su dormitorio.

No se desnudó.

Y procuró no dormirse.

Cuando llegó la madrugada, recogió todo el dinero que tuvo á mano y algunas alhajas, aunque no de gran precio, y lo envolvió todo en un pañuelo.

Se vistió con traje sencillo y esperó á que amaneciese para realizar su pensamiento.

Apénas la luz del alba apareció en el horizonte, salió con las mayores precauciones para no ser por nadie descubierta, abrió la puerta de la calle y abandonó su casa.

No sabia qué direccion tomar.

Sobre esto habia hecho diversos cálculos, pero no habia formado resolucion.

Dirigióse á los afueras de la ciudad.

Cuando se encontró en el campo, dirigió la vista á todos lados.

Iba amaneciendo.

El espectáculo que se presentaba ante su vista era verdaderamente admirable.

Era un bello y poético dia de Mayo.

Aún el monarca de los astros no extendia sobre la tierra los hilos resplandecientes de su ígnea cabellera.

A la naciente luz podia observarse un cielo azul, sereno, trasparente, del cual iban desapareciendo las estrellas.

Aquellos campos se hallaban cubiertos de flores en las que se percibian las gotas de rocío.

Las avecillas que abandonaban sus nidos de los árboles á la primera luz del dia, sacudian sus alas y dejaban escuchar tiernos gorjeos.

La creacion parecia saludar á su Autor supremo.

Y el silencio, interrumpido tan solo por los trinos armoniosos de los pajarillos y el murmullo de los arroyos, convidaba á la meditacion.

De la misma manera se eleva á Dios el alma en medio del campo en la primera hora de la mañana con el espectáculo de la naturaleza, que á la mitad de la noche y en medio del Océano, en los momentos de una horrible tempestad.

En uno y otro caso se comprende cuán grande es Dios y cuán pequeña la criatura.

Sin embargo, Beatriz no experimentó ningun efecto ante aquel bello espectáculo.

Permaneció indiferente.

Vivia tan alejada de Dios, que no se le presentaba ni en aquellas solemnes ocasiones en que se presenta á todas las criaturas.

Aquella alma no era capaz de experimentar sensaciones religiosas.

Estaba empedernida en el mal.

Por esta circunstancia, nos parecerá más admirable el casi repentino cambio que no tardarémos en observar en ella.

Decíamos que dirigió su vista á todos lados.

Fijóse de pronto su atencion en una casita blanca

que á lo lejos se divisaba, y que se entreveia entre algunos árboles.

De pronto le asaltó una idea.

Conocia de mucho tiempo á una pobre mujer que muchas veces habia ido á su casa á vender hortalizas y huevos.

Aquella mujer era viuda y se llamaba Mónica.

Varias ocasiones habia hablado con ella Beatriz, y habia oido repetidas veces de sus labios que vivia como á un cuarto de hora de la ciudad en una casita blanca que se divisaba perfectamente desde el sitio donde casualmente se encontraba Beatriz.

—Tal vez, se dijo, sea aquella la casa de Mónica. Si acierto, ya tengo lo que deseo.

Y sin pensar en más, se dirigió hácia ella.

Cuando llegó, después de andar un buen rato, pudo ver que no se habia equivocado.

Mónica delante de la puerta echaba de comer en aquel momento á unas cuantas gallinas.

Al verla, Beatriz se detuvo.

Si bien se alegró de encontrarse con aquella mujer, experimentó un sentimiento que ella misma no comprendió.

¿Era vergüenza?

No debia ser esto, porque quien obra del modo que obraba Beatriz no la tiene.

Ni pudor, ni delicadeza, ni ninguno de esos sentimientos, que forman la diadema de la más bella mi-

tad del género humano acompañaban ya á aquella mujer que habia traspasado todos los límites en que deben contenerse las de su sexo.

Fué más bien un resto de amor propio.

Ella, la mujer opulenta, la orgullosa, se veia en aquellos momentos en la necesidad, aunque voluntaria, de pedir un albergue á una pobre campesina, rebajándose de este modo del lugar que ocupaba en el órden social.

Ni aún este pensamiento la hizo retroceder.

Pero, no atreviéndose á acercarse á Mónica, se sentó en una piedra.

Luego que hubo pasado un rato, Mónica, que la vió, se acercó á ella sin conocerla, y la saludó.

Beatriz rompió en un amargo llanto.

Fijó la vista y como la reconociera exclamó:

—¡Señora! ¿Vos aquí y de esa manera? ¿Qué significa esto? Pasad, pasad á mi casa.

Beatriz no pudo contestar, pero se levantó, tomó el lio que llevaba, y, siguiendo á Mónica, entró en la casita blanca.

Hemos indicado que el amor propio, engendró en ella el sentimiento de que se vió dominada.

Y fué así en verdad.

Sabemos que una de las grandes pasiones de Beatriz era el orgullo.

Y no existe el orgullo sino en fuerza de un amor propio llevado á la exageracion.

Ella que se creia reina de la hermosura, que estaba acostumbrada á vivir rodeada de comodidades, y á ver satisfechos todos sus deseos, se ve en aquellos momentos, si bien por voluntad propia, en la necesidad de aceptar la hospitalidad que generosamente la ofrece una pobre mujer que apénas nada posee, pero que es más feliz que ella.

Ya veremos lo que ocurrió en la casita blanca.

CAPITULO XLIII.

El heroismo de la caridad.

La fuga de Beatriz se verificó justamente el dia anterior al en que don Pedro Saavedra habia dictado el auto de prision.

Hé aquí por qué no fué encontrada en su casa.

Sorprendida en gran manera quedó doña Vicenta, cuando entrando en el dormitorio de su amiga se encontró sin ella.

Buscóla por toda la casa y no la encontró.

Vió la puerta de la calle entornada, y entónces no la quedó la menor duda de lo que habia pasado.

No sabia darse cuenta de lo que ocurria.

¿No la habia dejado tranquila la noche anterior?

¿Por qué, pues, aquella marcha silenciosa?

¿A qué pensamiento podia responder aquella repentina y precipitada marcha?

Doña Vicenta se perdia en un mar de confusiones.

Por más que discurria, nada podia comprender.

Decimos mal.

Comprendia que Beatriz era cada dia más desgraciada, que caminaba de precipicio en precipicio, y á no ser por la fe que tenia en lo dicho por Juan de Dios hubiera creido que aquella pobre mujer no tenia remedio y que estaba perdida para siempre.

Entregóse á serias meditaciones sobre el asunto, y se resignó.

—Juan de Dios, se decia, ha asegurado que Beatriz se halla en el último período de sus padecimientos y que se acerca el momento de su conversion. Dios, pues, guiará sus pasos. No hay que desesperar.

No habia ya en la casa criados.

Habian sido prudentemente despedidos, y sólo doña Tadea á la que se habia llevado doña Vicenta restaba allí hacia dos dias.

De este modo el escándalo era ménos público.

Durante aquel dia, primero de la ausencia de Beatriz, nada hizo doña Vicenta.

Unicamente desahogó la pena de su corazon hablando del asunto con doña Tadea, y procuraba recrear su espíritu llevándolo al pensamiento de la promesa hecha por Juan de Dios acerca de la conversion de Beatriz.

Al dia siguiente se verificó el registro de la casa, segun dejamos consignado á su tiempo.

Entónces formó el proyecto de pasar al Hospital con el objeto de dar cuenta á Juan de Dios de lo ocurrido.

No tuvo necesidad de practicar esta diligencia.

Encontrándose algo indispuesta, consecuencia natural de la sorpresa que habia experimentado, dijo:

—Mañana iré.

Fué aquella noche cuando don Pedro Saavedra estuvo en el Hospital, y después de presenciar el espectáculo que dejamos descrito, manifestó al santo religioso la huida de Beatriz.

A la mañana siguiente, Juan de Dios tomó su alforja y salió, segun su costumbre, á hacer su petitorio en favor de los pobres enfermos.

Después de haber recorrido algunas calles llegó á la casa de Beatriz.

Llamó y le abrió doña Tadea.

—Pasad, hermano, pasad, le dijo la anciana.

Doña Vicenta se alegró sobremanera al verle.

—¡Bendito sea Dios! exclamó: todo lo adivinais, hermano Juan; venís porque sabeis que Beatriz ha huido de la casa.

—Es verdad que lo sé, pero no es porque adivine. Anoche me lo comunicó el señor don Pedro Saavedra.

Apresuróse el hermano Juan de Dios á dar esta contestacion, para evitar el que aquella señora pudiese pensar que el saberlo era efecto de una revelacion

sobrenatural y era él demasiado humilde para no salir al frente de este pensamiento.

Hubiera procurado disuadirla de aquella idea, aunque en efecto hubiese sido debido á una revelacion el saberlo.

—Pues hoy mismo, dijo doña Vicènta, pensaba yo ir á daros cuenta del suceso.

—¿Y no sabeis donde ha ido?

—Nada sé.

Y le refirió todo cuanto habia hablado la tarde ántes de su marcha y la tranquilidad con que Beatriz la habia escuchado.

—Era una tranquilidad aparente, dijo Juan de Dios.

—¿Y qué haré?

—Esperar.

—Lo haré, pero me causa mucha pena el pensar que aún debe de padecer más.

—Llega el término de sus sufrimíentos. Dios al fin oye las oraciones que se le dirigen y se apiada. Beatriz se halla muy próxima á abrir los ojos á la luz de la verdad, y esto es una gran misericordia del Señor, que generalmente abandona al pecador obstinado que por mucho tiempo ha resistido á sus llamamientos: pero Beatriz no morirá en su pecado. Su alma, hoy ennegrecida por la culpa, aparecerá blanca como la nieve, pues que será lavada en las puras y cristalinas aguas del sacramento de la Penitencia.

—¡Qué consuelo me producen vuestras palabras!

—Rogad tambien vos por ella.

—Lo hago, hermano Juan, porque estoy muy interesada en su salvacion. El dia de su conversion será el más feliz, el más dichoso de mi vida.

—Pues bien, cúmplenos ahora dejarlo todo en las manos de Dios y redoblar nuestras súplicas. Y á vos, el Señor os conceda la virtud de la perseverancia en el buen obrar: el que pone la mano en el arado y mira atrás no es apto para el reino de los cielos: el que persevera hasta el fin se salva.

Por este tenor continuó Juan de Dios dando buenos consejos á aquella mujer que tenia ya la dicha de dirigir sus pasos por el camino del bien.

Abandonemos por breve tiempo á estos personajes para fijar la atencion en otra parte.

Tiempo hace que no nos ocupamos de Victoria, de esa mujer virtuosa que con sus obras edificaba á cuantos la trataban ó la hablaban siquiera una vez.

Continuando en su ejercicio de asistir á domicilio á personas enfermas, siempre que fuesen mujeres ó niños, llegó una mañana á una casa muy pobre del barrio de San Lázaro.

En ella asistia y socorría á una pobre mujer que se hallaba postrada en el lecho del dolor, y que careciendo de familia y de personas allegadas hubiera muerto de miseria y falta de asistencia sin los cuidados y desvelos de Victoria, la madre de los pobres, como con justicia era ya llamada.

Hallábase á la cabecera de la enferma, cuando otra de las vecinas de la casa se acercó á ella para darle una noticia del mayor interés.

—¡Ay, hermana Victoria! dijo aquella mujer. ¡Qué cuadro de desolacion acabo de ver!

—¿Qué es ello? preguntó Victoria.

—En uno de los cuartos del patio hay una pobre viuda sin recursos de ninguna clase, y, para colmo de sus desdichas, un niño que tiene de cuatro años de edad se halla atacado de viruelas, y carece la pobre hasta de lo necesario para proveerse de medicinas.

—Vamos á verla, dijo Victoria.

Y siguió á aquella mujer que se puso en marcha.

Llegaron á la habitacion de la necesitada.

Victoria pudo ver que la calamidad era mucho mayor de lo que habia pintado la que le diera el aviso.

Todo respiraba allí la más espantosa miseria.

Todo faltaba, hasta las cosas más indispensables para la vida.

Por único lecho habia un monton de paja sobre el cual se hallaba recostado el niño enfermo.

Los ojos de Victoria se humedecieron.

Su alma compasiva no le permitia ver sin extremecerse esos cuadros de miseria, que son por desgracia tan frecuentes, muy especialmente en los grandes centros de poblacion y en los que no fija su mirada la codicia y el egoismo de la mayoría de los poderosos del mundo.

Víctoria entregó las monedas que le quedaban á la vecina que allí la habia llevado, suplicándola encarecidamente que comprase lo necesario para que se alimentase la pobre viuda, interin que ella iba á proporcionar una cama para que el enfermito estuviese con mayor comodidad.

La viuda que se hallaba sentada sobre las pajas que sostenian el cuerpo de su niño, fijó la vista en Victoria y la dijo con ternura.

—¿Quién sois, señora, que así venis á enjugar las lágrimas de los desgraciados? Permitidme besar vuestra mano generosa.

—¡Oh, nó! exclamó Victoria: ¡Quién soy yo para que me rindais semejante homenaje de respeto! Deseo haceros bien, porque tal es mi deber. ¿No somos hermanos? ¿No somos hijos de un mismo padre que está en los cielos, del que envia su lluvia sobre justos y pecadores?

—¡Vos sois un ángel!

—No soy más que una mujer, y lo poco que hago en vuestro obsequio ni aún gratitud merece.

—¡Que decís!

—Lo que oís, porque yo nada doy que sea mio, pues nada tengo. Otras personas me lo dan para que yo lo reparta.

Y, para que no continuase más aquella conversacion que mortificaba su modestia, se despidió ofreciendo volver en el mismo dia.

Cuatro horas más tarde estaba de vuelta.

Iba acompañada de un demandadero que llevaba unos banquillos de madera, unas tablas y dos colchones con la ropa blanca necesaria.

El demandadero dejó en la habitacion lo que llevaba, recibió el pago de su trabajo de Victoria y se retiró.

La enfermera hizo una cama con colchon y su correspondiente almohada y colocó en ella al niño enfermo.

—En el otro colchon, que lo colocarémos sobre estas pajas, podréis vos descansar, dijo á la madre.

—¿Me permitiréis preguntaros vuestro nombre? dijo la pobre viuda.

—Poco importa mi nombre, respondió la virtuosa doncella. No obstante, os complaceré en ello: me llamo Victoria.

—¡Victoria! Bonito nombre, pero yo os daré otro que me parece más adecuado.

—Os advierto, dijo Victoria, que ya estoy confirmada y por consiguiente no puedo mudar de nombre.

—Yo os llamaré Caridad: me agrada más.

—Pensad en cuidaros y en atender á esta pobre criatura, y dejad á cada uno con el nombre que la Iglesia le ha dado.

Era necesario que el niño estuviese completamente preservado del aire, por la clase de enfermedad que padecia, y Victoria habia observado en su primera vi-

sita que habia una ventana pequeña sin cristales por donde penetraba aquel elemento.

Fué por lo tanto provista con un lienzo fuerte y unos clavos pequeños.

Subióse en una mesa y clavó el lienzo de modo que cubriese todo el hueco de la ventana.

Durante el tiempo que habia estado ausente visitó á Juan de Dios, el cual proveyó de cuanto habia recibido aquella pobre mujer y habia quedado en mandarle el médico de su Hospital.

Este no se hizo esperar.

Habia Victoria acabado de cubrir la ventana, cuando presentándose un caballero á la puerta de la habitacion, preguntó:

—¿Es aquí...?

Al ver á Victoria no acabó la pregunta.

—Viéndoos, me ahorrais el trabajo de preguntar. ¿Dónde está ese niño enfermo?

—Miradlo, señor don Pedro. Este es.

El médico lo estuvo examinando detenidamente y dijo después que hubo terminado:

—Presenta los prodromos de una fiebre eruptiva: parece son los de la viruela, y sólo con mucho cuidado podrá tal vez salvarse, aunque lo juzgo muy difícil.

La madre rompió en amargo llanto.

Aquel hijo era su único tesoro.

Es indudable que todas las madres quieren á sus hijos, porque son pedazos de sus entrañas; pero pare-

ce, generalmente hablando, que este cariño tan natural en todas es mayor en las mujeres pobres.

No tratamos de establecer un axioma.

Es tan sólo una opinion, fundada en observaciones detenidas.

Una mujer rica tiene muchos objetos que arrebatan su atencion.

Las galas, los adornos, el lujo le ocupan la mayor parte de su tiempo.

Una pobre carece de todo esto y sólo tiene por espejo el rostro de su hijo.

Empero, hay una cosa superior á todo esto.

Nosotros encontramos una prueba que puede confirmar lo que ántes hemos dicho, y por cierto que es una prueba que no admite objeciones de ninguna clase.

Las mujeres ricas, por regla general, no amamantan á sus hijos. Temen ajarse y perder parte de su belleza.

El hijo pasa por lo tanto, apenas nacido, de la primera caricia maternal á los brazos de una nodriza, de una madre artificial, digámoslo así, que ha puesto en venta la leche maternal.

Dios provee á la madre de un néctar con que alimentar á sus hijos, y es una ingratitud monstruosa, es conculcar la ley divina, es despreciar aquel don el entregarlos, sin un motivo legítimo, á pechos extraños.

Y resulta que el cariño entre la madre y el hijo no

es lo que debe ser: en la primera es tibio por que ha faltado aquella íntima comunicacion que produce el amamantamiento, y en el hijo por que divide su cariño entre la madre natural y la asalariada, y no sabe á quien amar más, á quien debe más vida.

Hay un refran castellano que dice: *No con quien naces, sino con quien paces*, y por cierto que enseña una gran verdad.

A la madre natural se debe el nacimiento.

A la artificial, á la asalariada, el primer alimento de vida, la primera leche que nutre y desarrolla.

De este modo se empieza por enseñar al niño, tal vez á odiar lo que más debiera amar. Es necesario que al llegar al uso de la razon aprenda con facilidad en el seno de su propia familia que el egoismo es el rey de una sociedad en la que todo se vende, hasta la leche materna, en la que nada se da por caridad.

Esto no se ve en la madre pobre, que no se separa de su hijo, que lo alimenta á sus pechos, que le abriga estrechándole en su regazo, que cuida de él apesar de tener que trabajar para proporcionarse un pedazo de pan.

Hé aquí por qué hemos dicho que, á nuestro entender, las madres pobres quieren más á sus hijos que las ricas.

No es extraño, pues, que la madre del niño enfermo asistido por Victoria experimentase un inmenso dolor al escuchar el pronóstico del médico.

La idea de perder á aquel pedazo de su alma, á aquel sér desgraciado, única criatura en quien podia cifrar alguna esperanza en el mundo, la hacia enloquecer.

Y de aquí el inmenso agradecimiento que sentia hácia aquella jóven caritativa que habia aparecido en su humilde habitacion cual un ángel enviado para su consuelo.

El profesor en la ciencia de curar dejó ordenado cuanto debia practicarse, y se retiró despidiéndose hasel siguiente dia.

Victoria lloraba al ver la afliccion de la madre.

Comprendia la inmensidad de aquel dolor.

Y comprendiéndola la compadecia.

Desde aquel dia, tomando un gran empeño por la salvacion del niño, en la esperanza de que llegase el momento de entregarlo completamente bueno á los brazos de su madre, se constituyó su enfermera asidua.

Por un hijo propio no se podian tener mayores cuidados que los que ella prodigaba á aquel hijo ajeno.

Tan sólo salia de aquella habitacion cuando le era muy preciso para atender á los otros enfermos de quienes cuidaba, y para proporcionar los recursos necesarios.

Nada faltaba ni á la madre ni al niño.

El médico enviado por Juan de Dios no escatimaba sus visitas, y las hacia con tanto interés como si se

tratase del niño de un poderoso del que hubiera podido esperar una generosa recompensa.

A los dos dias el enfermito se hallaba muy grave. Todos los síntomas eran de una muerte próxima. Victoria le contemplaba.

—¿Qué os parece? preguntó la madre.

—No sé que os diga, respondió Victoria.

—¿Creeis que morirá?

—Eso Dios lo sabe.

—¡Ay de mí!

—Tened mucha confianza en Dios.

—Ya la tengo.

—Pues en este caso estad tranquila, porque Dios es misericordioso y hará lo que más convenga.

—Cúmplase su voluntad soberana.

—Ahora, dijo Victoria, hay que hacerle la cama para que mejor descanse.

Y esto diciendo, tomó al niño muy arropadito con la manta y se sentó en una silla estrechándole en su regazo para que el aire no pudiese tocarle.

—Hacedle vos la cama, dijo á la madre.

Al ver esta como Victoria estrechaba á su hijo contra su pecho, exclamó.

—No quisiera que hicieseis eso.

—¿Por qué?

—La viruela es contagiosa.

—Nada temais.

—Por vos temo.

—Nunca sucederá más que lo que sea la voluntad de Dios. Hago lo que debo.

—¡Cuanta caridad! exclamó aquella pobre mujer.

Y haciendo lo que se le ordenaba, dió vuelta al colchon, lo mullió y arregló las sábanas.

Nu fué mucho el tiempo que Victoria tuvo entre sus brazos á aquella pobre criaturita, pero fué lo suficiente para que se inficionase.

La noche siguiente sintió malestar.

Pesábale la cabeza de suerte que no podia estar de pié.

Se acostó ántes de la hora acostumbrada.

Al poco rato se apoderó de ella la fiebre.

A la mañana siguiente no estuvo ya en disposicion de poderse levantar.

Guardó cama.

Y previendo lo que aquello podia ser, hizo pasar un recado al hermano Juan de Dios.

Este no tardó en presentarse.

Y cómo era muy práctico conoció en seguida cual era el mal que la aquejaba.

—A lo que veo, exclamó, os habeis contagiado de viruela. ¡Sea por Dios!

Victoria se sonrió dulcemente y dijo:

—Todas no han de ser glorias, hermano Juan de Dios.

—Es verdad.

—Lo siento por mi enfermito.

—No penseis en él que yo proveeré.

—Entónces ya estoy tranquila.

Y Juan de Dios tomó nota no solamente de la habitacion de la viuda, sino de las otras enfermas á las cuales asistia Victoria.

Al ejemplo de ésta, habia otras tres ó cuatro jóvenes dedicadas á la asistencia de las enfermas, todas bajo la direccion del santo Hospitalario.

Aquella misma mañana por órden del venerable religioso se instaló una de ellas en la casa de Victoria, dedicada exclusivamente á asistirla.

Otra fué enviada en lugar de aquella á cuidar del niño enfermo.

Cuando esta se presentó en casa de la viuda y dijo aquella pobre mujer el objeto que la llevaba, estaá sobresaltada preguntó:

—¿Y Caridad?

—¿Quién es Caridad? dijo Cármen, que tal era el nombre de la nueva enfermera.

—Quiero decir Victoria, á la que yo no acierto á darla otro nombre.

—¡Y que lo tiene bien merecido! Es un ángel de virtudes: la pobre está enferma.

—¿Qué tiene?

—Se cree que sean viruelas.

La viuda se puso á llorar amargamente.

—¿Por qué llorais? la preguntó Cármen.

—Seria un mónstruo de ingratitud si no llorase. En

mi pecho hay un tesoro de agradecimiento para esa santa mujer.

—Lo celebro: en eso manifestais unos sentimientos generosos que os honran sobremanera.

—Esa terrible enfermedad la ha adquirido aquí, asistiendo á mi pobre hijo, prodigándole cuidados verdaderamente maternales. ¡Pobre Caridad!

—Dios la salvará.

—Así lo espero. No estamos en la tierra tan sobrados de ángeles para que el Señor nos quite los pocos que tenemos. ¿Está de peligro?

—Aún no puede decirse nada: pero si muere será una muerte gloriosa la suya. ¡Oh! Yo se la envidiaria.

—¿Envidiaríais el morir? Vos tan jóven ¿no apreciais en nada la vida?

—No es esto decir que no aprecie la vida: Dios me la ha dado y yo la estimo, pero, al fin, para morir hemos nacido.

—Eso es verdad: pero morir en la primavera de la vida. ¡Oh! ¡Esto es horrible!

—No tanto como creeis, y mucho más cuando se muere en el cumplimiento de los deberes. ¿No se llama muerte gloriosa la del militar en el campo de batalla?

—Así lo he oido.

—Pues bien; el mundo es un inmenso campo de batalla. El que se sacrifica luchando en buena lid, es feliz: si Victoria muriese, lo que no dejaria de ser una

desgracia inmensa, su muerte seria más gloriosa que la del soldado en los combates, porque la herida que la llevaria al sepulcro ha sido adquirida en la gran batalla de la caridad contra el egoismo. Las puertas de los cielos están abiertas para todo el que sabe sacrificar su reposo, su propia existencia en aras de su amor á la humanidad.

La viuda estaba cómo atónita de escuchar aquellas frases que para ella eran nuevas.

—¡Pero, Señor, que es esto! exclamó ¡Yo creia que el cielo era sólo la morada de los ángeles, y veo que viven entre nosotros! Esto es admirable. Yo estaba en un error. Al contemplar mi desgracia, al verme sin amparo sobre la tierra, creia que sólo egoismo podia encontrarse en el mundo. De pronto se me presentó enviada por Dios esa mujer á la que llamo Caridad, y me saca de mi error derramando en mi corazon la copa del consuelo; y tan maternales cuidados prodiga á mi desgraciado niño, que se contagia y tal vez le cueste la vida. ¡Pobre Caridad! Por ella, por salvarla daria toda mi sangre. Ella seria después la madre de mi niño.

—Pues no creais que ella está triste, ní que tema á la muerte.

—Lo creo, señora.

—Tiene la conciencia de haber cumplido con su deber.

—¿Hay deber de sacrificarse por el prójimo?

—Lo hay de tener caridad, y este sacrificio es lo que se llama el heroismo de la caridad.

—¡Que seria de los pobres sino hubiese al mas justas que enjugasen sus lágrimas!

—Bien: atendamos ahora al enfermito. Ya sabeis que vengo á sustituir á Victoria.

—Vos seréis otro ángel.

—Estoy muy léjós de ello.

Desde aquel momento, Cármen fué la enfermera del pobre niño y el amparo de su madre.

El niño fué mejorando.

Pero al mismo tiempo Victoria empeoraba.

Llegó un dia en que el médico, viendo la gravedad de la enfermedad, la mandó prepararse para el viaje á la eternidad.

Ella escuchó sin sobresalto la noticia.

El justo no teme á la muerte.

Cuando la conciencia está tranquila; cuando no argulle de crímenes ¿por qué ese temor?

La muerte del justo es preciosa én la presencia del Señor.

La del pecador es pésima.

Teme el malvado caer en las manos de Dios porque la conciencia le avisa de la suerte infeliz que le espera, y por esto cae en la desesperacion cuando vé que la muerte se le acerca.

Juan de Dios tranquilo se acercó al lecho de Victoria, y la dijo:

—Victoria ¿estais conforme con la voluntad soberana de Dios?

—Siempre he deseado que se cumpla su voluntad.

—El médico cree conveniente que recibais los Santos Sacramentos.

—Será para mí de mucho consuelo; y no solamente estoy pronta para ello sino que lo deseo en el alma.

—Hacedlo con fervor, pero creo que no moriréis.

Y en efecto, el rostro de Juan de Dios estaba tranquilo.

Victoria, que tenia una gran conformidad, le miró fijamente, y como quiera que le conocia perfectamente y que sabia que sus palabras eran siempre profecías, al oirle decir «creo que no moriréis», dijo en su interior:

—No hay duda: Dios no ha dispuesto que muera de esta enfermedad.

Sin embargo, aquel mismo dia y de un modo edificante recibió los auxilios espirituales.

—Al siguiente experimentó algun alivio.

Este fué aumentando progresivamente hasta que desapareció el peligro que amenazaba su existencia.

Verdaderamente Juan de Dios no se habia equivocado en su pronóstico.

Siempre hablaba inspirado.

Un mes después Victoria estaba completamente restablecida de su enfermedad.

No puede describirse la alegría que experimentó aquella mujer al verla entrar en su habitacion.

Fué tal, que estuvo á punto de ser acometida por una congoja.

La abrazó y la dijo:

—Permitidme señora que os bese.

Y sin esperar el permiso que pedia se echó á sus brazos y la colmó de besos.

—¿Y el niño? preguntó Victoria.

—Miradlo, hermana Caridad, miradlo. Dios me lo ha conservado.

—Os felicito de todo corazon.

—Pues si vos hubieseis muerto, jamás me hubiese consolado de pérdida tan irreparable.

—No era gran cosa lo que se perdia; pero, en fin, Dios ha dispuesto dejarme por algun tiempo más en el mundo, y lo acepto como hubiese aceptado la muerte.

La mujer la miró fijamente y exclamó:

—Y no os han quedado señales en el rostro. Conservais toda vuestra belleza.

—¡Belleza! La del alma hemos de procurar conservar que la del cuerpo nada importa. Todo es tierra.

Juan de Dios se alegró de la misma manera por el restablecimiento de Victoria, y lo mismo sucedió á Alberto que cada dia habia procurado informarse del estado de su salud.

Ella continuó con el mismo fervor que ántes entre-

gada al ejercicio de la misericordia para con las pobres enfermas.

Hemos relatado esta escena para que se comprenda á donde llega el heroismo de la caridad.

Pronto la veremos aún más sublime y admirable.

CAPITULO XLIV.

De como se supo el paradero de Beatriz.

Segun hemos visto en el anterior capítulo, la vida de Victoria se conservó casi milagrosamente.

El médico encargado de su asistencia, hombre de gran experiencia por sus muchos años de práctica y muy científico, dijo á Juan de Dios:

Entended, hermano Juan, que en la curacion de esa jóven ha intervenido la Providencia.

—Lo creo, respondió Juan de Dios.

—Inútiles eran todos los recursos de la ciencia, y justamente cuando debia morir, empezó su rápido restablecimiento. No quiero que se achaque á la ciencia ni á mis desvelos el haberse salvado esa vida tan preciosa. Me gusta dar á Dios lo que es de Dios. Para calificar de milagrosa la curacion, ha faltado tan so-

lamente que esta hubiese sido instantánea. Pero así y todo, á pesar de haber sido paulatino el alivio, no era pecar de temerario el afirmar que hay en esta curacion algo de sobrenatural, algo que los hombres no podemos comprender ni ménos explicar. Algun designio tiene Dios sobre esa criatura.

—Sí lo tiene, amigo mio: quédale por cumplir una mision sobre la tierra, y no tardará, segun creo, en cumplirla.

El médico no quiso hacer pregunta ninguna sobre aquel asunto.

Respetó las razones en que se apoyaria Juan de Dios para hablar de aquella manera.

Victoria meditaba en el gran beneficio recibido de Dios, y hallándose sola hizo este razonamiento:

—¡Cuán feliz soy! ¿Podria serlo tanto, si Alberto fiel á la palabra jurada me hubiese conducido al altar? No lo creo. Verdad es que yo le amaba cuanto es posible amar en el mundo; que yo miraba como el complemento de mi dicha el poderle llamar esposo; pero ¡ay! tal vez hubiera hecho de marido lo que hizo de amante: tal vez me hubiera sido infiel buscando amores criminales y llenando mi alma de amargura. Esto está en lo posible. Doy gracias al Señor por haber despertado en mi alma otros pensamientos. Vivo con la mayor tranquilidad: he encontrado el sosiego que hubiese buscado en otra esfera de la que me he colocado por inspiracion del Señor. Vivir no para mí

sino para mis semejantes; llorar con el afligido, sufrir al lado del que sufre; asistir á las pobrecitas enfermas y recoger entre oraciones el postrer suspiro de la que es llamada á mejor vida; convertirse por el ejercicio de la caridad en un arco de iris de ventura para el menesteroso, es una filosofía admirable cuya enseñanza debo á ese bendito religioso, á Juan de Dios, cuyo corazon está cortado á medida del de Jesucristo. ¿No es esto más grande que todas las grandezas que puede ofrecer el mundo y que en efecto ofrece á sus seguidores? Verdad es que yo practico todo esto muy imperfectamente, porque soy muy tibia en el servicio de Dios.

Hubo un dia, continuó Victoria, en el que yo amé á un hombre: hoy mi amor no ha muerto, pero tiene otro objeto: hoy amo á la humanidad entera, sin fijarse en un sólo objeto. El Salvador del mundo al extender sus brazos sobre el madero santo de la Redencion, abrazó y atrajo á sí á todos los hombres, á los judíos como á los gentiles, á los justos como á los pecadores, á los que sumisos y dóciles habian escuchado su doctrina, bien así como á sus implacables enemigos, á los mismos que la acababan de crucificar y que aún le llenaban de improperios. ¿Qué he de hacer yo, sino imitar al Soberano de las naciones? ¡Ojalá supiese imitarle como es intenso mi deseo de ello!

Después de hacer estas reflexiones, cayó sobre sus

rodillas ante una imágen del Redentor é hizo una ferviente oracion concebida en estos términos:

— Gracias os doy, Señor, porque tan en favor de mi alma habeis dispuesto en mis destinos. Comunicadme vuestra gracia á fin de que no me aparte un sólo instante de las hermosas sendas de las virtudes. Y á aquella desgraciada mujer, á la que yo perdono con toda la efusion de mi alma, iluminadla á fin de que se convierta á vos y deteste sus pecados y extravíos. Concededme, Señor, esta gracia que humildemente os suplico, y si aún le queda algo que padecer, venga sobre mí este castigo y quede ella enteramente libre.

Tal fué la fervorosa y caritativa oracion de Victoria.

Fijemos ya la atencion en la desgraciada Beatriz.

La dejamos refugiada en la casita blanca perteneciente á la campesina Mónica.

Luego que se hubo sosegado algo de su primer sobresalto, dijo á Mónica.

—¿Es verdad que extrañas el verme en este sitio y á estas horas?

—Así es, señora, dijo Mónica.

—Tengo mis motivos para ello.

—Lo comprendo.

—Soy muy desgraciada, Mónica.

—¡Desgraciada vos!

—Sí: ¿lo dudas?

—Es que no comprendo como puede ser desgra-

ciada una señora, hermosa como vos lo sois, rica y gozando de una salud completa.

Aquella pobre mujer que vivia léjos de lo que se llama gran mundo, no conocia las amarguras que proporciona la sociedad.

—¡Y cuanto le valia ignorarlo!

Sin trato de ninguna clase á excepcion del superficial de las personas á las cuales iba á vender sus mercancías, se creia feliz y lo era verdaderamente en su pobreza, porque no conocia la ambicion y se contentaba con su casita y su poquito de huerto, que le producia lo necesario para atender á su sustento.

Hé aquí por qué en su sencillez no comprendia como podia ser desgraciada una señora, bella de rostro, rica, y por añadidura de una robusta salud.

A lo dicho por ella, contestó Beatriz:

—¿Dices que estoy hermosa?

—Sois bellísima.

—Pues me desprecian, me pisan, me escupen al rostro, Mónica.

—¡A vos!

—¡Sí, á mí!

—¿Cómo puede ser eso? ¿Quién os causa semejantes injurias y tales afrentas?

—Soy casada.

—Y bien...

—Mi esposo me ha abandonado.

—¿Es posible?

—Como lo oyes.

—¿Por quién?

—Por una jóven más bella que yo, con la que tuvo amores ántes de ser mi esposo.

—¡Jesús! ¡Que villanía!

—Pues así son los hombres.

—Me espantais, señora.

—¿Has amado alguna vez?

—A mi difunto marido.

—¿Eres viuda?

—Por desgracia.

—No vuelvas á casarte.

—¿Por qué?

—Por que cometerias la mayor locura del mundo. La maldad está en los hombres. Si tu primer marido fué para tí bueno...

—Un ángel, señora, un ángel.

—No encontrarás otro que se le parezca, porque es muy corto el número de los ángeles que tienen comercio con los hombres. Y si hubiese sido malo, porque seria fácil que tropezaras con otro peor.

—Es que ni yo pienso contraer un nuevo matrimonio, ni espero que ningun hombre venga á pretenderme. Tengo ya cerca de cuarenta años, y ya veis que no es la edad más apropósito para entrar por segunda vez en relaciones amorosas.

Ambas callaron.

Pasaron como tres minutos.

Por último, Mónica dijo.

—Y bien: ¿en qué puedo serviros? ¿Creo que algun objeto os habrá traido aquí?

—Es muy cierto.

—Hablad, pues.

—Te necesito, Mónica.

—A vuestra disposicion me teneis.

—Yo necesito permanecer aquí en tu casa por unos dias; traigo dinero suficiente para que no tengas necesidad en abandonarme para ir á vender á la ciudad.

—Mi casa es vuestra, pero...

—¿Qué dificultad vas á presentar?

—Unicamente que como veis yo no tengo comodidades para albergar á una señora de vuestra clase, ni una cama decente para que en ella descanseis.

—¿Es eso todo?

—¿Y os parece poco?

—Me parece nada.

—Entónces...

—¿No tienes paja?

—Eso sí.

—Pues es lo suficiente.

Mónica la miraba atentamente.

No comprendia una palabra de lo que decia Beatriz.

Ésta sacó del bolsillo varias monedas de plata, las entregó á Mónica y la dijo:

—Aquí tienes este dinero: intèrin yo esté aquí no tienes necesidad de ir para nada á la ciudad, pues yo

te daré cuanto sea necesario. Quiero sobre todo estar oculta á todas las miradas, que nadie tenga la menor noticia del lugar donde me encuentro. Creo que esto durará pocos dias.

¿Cuál era el objeto que Beatriz se proponia?

En verdad que ni ella misma lo sabia.

—¿Os amenaza algun peligro? preguntó Mónica.

—Sí, y por eso huyo de él.

—Pues contad conmigo en cuanto pueda seros útil.

—Ya te he dicho mis deseos.

—Debo haceros presente...

—¿Qué?

—Que si bien deseo complaceros en todo, no puedo acceder á lo que me exigís de no ir á la ciudad.

—¿Por qué motivo?

—Tengo dos razones.

—Veámoslas.

—Es la primera que no puedo dejar de servir á mis parroquianos porque me expongo á perderlos, lo que seria mi ruina.

—¿Y la otra?

—Que precisamente á la ciudad he de ir si os he de hacer de comer, porque aquí no hay otra cosa que hortalizas.

—¿Qué tiempo necesitas para todo eso?

—Con dos horas cada mañana tengo lo bastante.

—Pues bien, irás; pero confio en tu discrecion y sigilo. ¿Sabrás guardarlo?

—A Dios gracias no soy de esas mujeres que nada pueden saber sin darle una publicidad. Yo soy un arca cerrada.

Esto era una especie de figura gramatical ó retórica, porque Mónica era mujer que cuando se enteraba de un asunto cualquiera, deseaba el momento de encontrar á quien podérselo repetir, y mucho más si en el asunto iba envuelta la honra de alguna persona fuera cualquiera la clase á que perteneciese.

Así, pues, ganosa más que de servir á sus parroquianos y proveerse de las cosas necesarias, de encontrar á quien darle cuenta de la aventura que la acababa de ocurrir, dijo á Beatriz:

—Pues todo lo tengo preparado y voy á Granada: procuraré estar aquí ántes de dos horas.

—Y si viene alguien ¿qué haré? preguntó Beatriz.

—Nadie vendrá; pero como aunque así fuese no es fácil que las personas que por mí preguntasen pudiesen conoceros, decid que estoy en la ciudad y que me esperais.

Beatriz sintió una cosa parecida al miedo.

No se creia segura.

Pero ¿á dónde iba á aquella hora?

No atreviéndose á oponerse á lo que decia Mónica, la manifestó su conformidad.

—Bien, la dijo; vé y procura tardar lo ménos posible.

La Mónica cargó su jumentillo con las hortalizas y se dirigió hácia Granada.

Por el camino iba haciendo sus reflexiones.

—¿Qué significará todo esto? se preguntaba.

Y siguió raciocinando de este modo:

—¿Por qué esta señora huirá de su casa donde puede disfrutar de toda suerte de comodidades? Esto es muy extraño. Y el caso es que me estoy muriendo de curiosidad y no sé de qué medios valerme para satisfacerla. Pero ya sé: mi primera diligencia será ir á su casa á pretexto de ver si me compran algo. Preguntaré por la señora y tal vez sepa lo que pasa.

Y cómo lo pensó lo hizo.

Se dirigió á casa de Beatriz.

Llamó.

Salió á abrir doña Tadea.

Mónica anunció lo que llevaba.

Doña Tadea le compró lo que necesitaba.

—¿No querrá la señora huevos del dia? preguntó Mónica.

—Nada quiere.

—Es que me tiene encargado que se los traiga. ¿No pudiera verla?

—Vaya, tomad el precio de lo que os he comprado é id con Dios.

—Pero el caso es...

—Muy bachillera venís hoy: ea, hasta otro dia, dijo doña Tadea, y la dió con las puertas en las narices.

Disgustadísima quedó Mónica por no haber podido adquirir noticia alguna.

Frente á la casa de Beatriz habia una barbería.

Una sucia bacía de metal amarillo colgada en el centro de la puerta de entrada, y dos celosías adheridas á la pared una á cada lado de la entrada, indicaban, segun la antigua costumbre de Andalucía, que allí se desollaba la cara á cualquier prójimo, por la insignificante cantidad de seis cuartos.

Los barberos de antaño eran muy charlatanes, bien que los de ogaño no desmienten su orígen, por más que decoren sus tiendas con arreglo á la civilizacion moderna y que uniendo al de barbero el oficio de peluquero, se titulen artistas.

El que ahora nos vá á ocupar se llamaba Magin.

Conocíale Mónica, porque tambien le proveia de hortalizas, y algunas veces, aunque muy contadas, de huevos, porque el maestro Magin se permitia el lujo de almorzar una tortilla en las fiestas más solemnes, en el dia de su santo Patrono y en el de la maestra.

Tanto él como su mujer tenian mas letras menudas que un misal y eran la Gaceta, como ahora diríamos, de la vecindad.

Cuando la Mónica vió que doña Tadea la dió con la puerta en las narices, quedó contrariada, por no haber podido en mucho ni en poco satisfacer su curiosidad mujeril.

Empero, volvió la cara y vió al maestro Magin que de pié en el umbral de la puerta pasaba una navaja por la piedra.

—Pues ahora, dijo la Mónica, voy á saber más de lo que deseo. Es imposible que el maestro Magin no sepa lo que ocurre en esa casa. Buscaré un pretexto para sonsacarle.

Y tomando el ramal de su borrico, atravesó la calle pregonando á voz en grito, y por cierto con un eco muy chillon, sus mercancías.

—¿Qué tal la tia Mónica? preguntóle el barbero. ¿Se vende mucho?

—Callad por Dios, maestro, que lo que es hoy estoy más quemada que las Animas benditas.

—¿Pues que os ocurre?

—No es nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano. Pues si me valiera.....

—Pero en fin, ¿que es ello?

—Suponed, maestro Magin, que hace tiempo me compran las verduras en aquella casa grande, y por cierto que la señora es una de mis mejores parroquianas. Hoy he venido segun mi costumbre, me abre la puerta esa tia vieja, esa estantigua, mas larga que un estandarte, me compra una miseria, y como yo la preguntase por la señora, en vez de contestarme, ¡paf! me dá con las puertas en la nariz. Yo no sé que demonio anda en esa casa, pero yo creo que debe ser algo gordo. A la señora no se la vé ni muerta ni viva.

—Ya teneis razon, Mónica. Es indudable que en esa casa pasa algo, y no sé por qué se me ha puesto

entre ceja y ceja... Pero más vale callar, tia Mónica, que hay cosas que se ven, y sin embargo no puede hablarse de ellas, porque no pudiéndose probarse, es fácil que el que habla haga la digestion de lo que otro ha comido y á mí me haria esto muy poca gracia en verdad.

Con esto, léjos de templarse se excitó más y más la curiosidad de Mónica que no sabia que hacer para que desembuchase el barbero.

Por último, de lo que siguieron hablando pudo sacar en limpio que Beatriz habia tenido ya relaciones con la justicia, y que era una mujer terrible y capaz de todo.

Con esto se fué algo satisfecha.

Pero nació el terror en su corazon.

Cuando Beatriz huia de su casa y se escondia, no podia ser otra la causa, sino el evitar el caer de nuevo en manos de la justicia.

¿Y esto por qué?

¿Qué delito podia haber perpetrado?

¿No habria responsabilidad para la persona que la tuviese oculta?

Estas preguntas se hacia Mónica sin acertar á darse contestacion.

Ocurriósele un pensamiento.

No se retiraba ningun dia á su casa terminada su venta sin dejar caer algunas monedas en un cepillo que habia á la entrada del hospital.

El pensamiento no era otro que consultar lo que debia hacer con el hermano Juan de Dios.

Esto venia á ser, digámoslo así, como una moda en Granada.

La reputacion de santo que gozaba el Fundador de los Hospitalarios hacia que todos acudiesen á él para consultarle de cuantas cosas graves se presentaban.

Juan de Dios se excusaba siempre pretextando su ignorancia, y aconsejaba á todos que se dirigiesen al P. Maestro Avila, varon de profundísima ciencia, virtuoso y muy conocedor del corazon humano.

Sin embargo, no dejaba de pronunciar alguna palabra, de dar algun consejo, de dirigir cualquier reflexion con lo que se retiraban satisfechos los que á él se llegaban.

Mónica dejó en lugar seguro el asnillo y se dirigió al santo Hospital y convento de Juan de Dios.

En el patio se encontró con el religioso al cual después de saludarle respetuosamente le dijo:

—Deseo, hermano Juan de Dios pediros un consejo.

—¿Por qué no acudís para ello á un sabio sacerdote, por ejemplo el P. Maestro Avila? Yo soy muy ignorante para poder aconsejar.

Mónica, desentendiéndose de lo que le decia el religioso, le refirió punto por punto lo que le ocurria con Beatriz, y le preguntó qué deberia hacer.

Juan de Dios la escuchó sin sorprenderse.

En aquella consulta vió una nueva disposicion de la Providencia.

Por aquel medio tenia ya conocimiento del paradero de Beatriz, y esto no dejaba de ser importante.

Se puso á reflexionar.

Después dijo á Mónica:

—¿Haréis lo que yo os diga?

—Os lo ofrezco.

—Pues bien; tened entendido que aquella señora, que por cierto es muy desgraciada, os ha sido enviada por Dios.

—¡A mí!

—Sí: ¿por qué lo extrañais? ¿Podeis por ventura penetrar los juicios de Dios?

—¡Oh! Eso nunca.

—Quede, pues, en vuestra casa hasta qué Dios disponga otra cosa, que pienso no tardará en disponerla. Nada la pregunteis, nada la digais y procurad distraerla.

—¿Pero no me compremeto en tenerla en mi casa?

—No abrigueis el menor temor: nada absolutamente teneis que temer por este acto de misericordia.

Aunque curiosa y aficionada á saber vidas ajenas, tenia Mónica buenos sentimientos y se retiró con el firme propósito de obrar en conformidad con lo que le habia sido aconsejado por el santo religioso.

Y hé aquí cómo se supo cual habia sido el lugar de refugio escogido por Beatriz.

Cuanto sucedia era providencial: todo iba encaminado al mayor bien de la desgraciada esposa de Alberto, á la que Dios misericordiosamente queria salvar, no obstante la tenaz resistencia que ella venia haciendo á la gracia.

Vamos ahora á contemplar la terrible lucha que Beatriz sostiene con su propio corazon.

CAPITULO XLV.

De la terrible lucha que experimentó Beatriz.

Sola Beatriz en la casita blanca, en tanto que Mónica se hallaba en la ciudad entregada á sus averiguaciones, se recostó sobre un banco de madera, única comodidad que allí podia permitirse, y se entregó á la meditacion sobre su estado actual y el pasado.

Pálida aún, enferma así del cuerpo como del espíritu, recordó con horror cuanto la habia ocurrido desde el momento en que se habia unido en matrimonio con Alberto.

Y aquel recuerdo no podia ménos de hacerla extremecer de espanto.

Si su mente no hubiese estado turbada, si allí en aquella soledad, en aquel silencio interrumpido tan solamente por el gorjeo de las aves, hubiese medido la profundidad del precipicio que se abria á sus piés,

y las verdaderas causas que á tal estado la habian llevado, seguramente se abrieran los ojos de su alma y reconociendo que era la sola culpable de cuantas desdichas experimentaba, habria caido de hinojos, y vertiendo amargas lágrimas su purificacion hubiese tenido un principio feliz.

Pero aún estaba dominada por las pasiones.

La hora señalada en el reloj de la eternidad no habia llegado.

Mas se acercaba.

Almas justas elevaban por ella al cielo el incienso de puras oraciones.

Y oraciones semejantes nunca son perdidas.

Oraba Juan de Dios, cuyo corazon cortado á la medida del de Jesucristo, rebosaba amor y misericordia en favor de los desgraciados.

Oraba Victoria, aquella alma justa, que tantos merecimientos iba aglomerando.

¿Y Alberto?

Éste, guiado por Juan de Dios por el ameno camino de las virtudes, oraba tambien é importunaba al cielo, en favor de aquella esposa que tantas amarguras le habia hecho devorar en su corazon.

Y el nuevo religioso Fr. Diego; el que habia heróicamente abandonado posicion, relaciones, riquezas, cuanto en el mundo podia halagarle, para formar parte de aquella santa comunidad, dedicada al ejercicio de la misericordia para con los pobres enfer-

mos, unia sus oraciones á las de Juan de Dios, Victoria y Alberto, y los acompañaba con sus lágrimas, pues no podia ménos de recordar, con íntimo dolor de su corazon, el miserable abuso que en una posicion excepcional habia hecho de Beatriz, cuando todavía se hallaba sumido en el cieno asqueroso de la incredulidad y de los vicios.

Por esto redoblaba sus oraciones en favor de ella, y en el silencio de la noche llegaba á macerar su cuerpo con rigorosas penitencias.

Todos confiaban.

Juan de Dios, porque sabia por revelacion el resultado feliz que habia de tener aquel asunto.

Victoria, Alberto y Fray Diego, porque lo habian oido de labios de Juan de Dios, y para ellos la voz del santo religioso era la de un ángel.

Volvamos á contemplar á Beatriz.

Se conservaba altiva como siempre, y llena de grandes pasiones; pero entregada, como decíamos, á sus meditaciones, comprendió que sus crímenes eran enormes y que entregada su causa á un juez recto y justiciero, su existencia peligraba.

Tenia un temor invencible á la muerte.

Y pensaba qué haria, á qué recurso apelaria para evitar la desgracia que temia.

No tenia á quien volver los ojos.

Creia que no contaba con ninguna persona fiel que la amparase en su desdicha.

Habia caido en un completo escepticismo así religioso como social.

Y por esto todos los horizontes aparecian cerrados á sus ojos.

Antes creia únicamente en doña Vicenta.

La reputaba por su única amiga.

Pero ya pensaba de otra manera.

Habia huido de su lado.

La juzgaba inficionada en la hipocresía que ella creia ver siempre en las personas virtuosas que si algo deseaban era únicamente su salvacion.

En aquellos momentos la conciencia empezó á hacer grandes esfuerzos.

Presentó á sus ojos el incendio del Hospital, la muerte de la inocente María y lo mucho que habia hecho padecer á Victoria.

Una voz interior le hablaba de la virtud de esta jóven y de su heroicidad, disculpándola cuando fué llamada á declarar al tribunal de don Rodrigo Carvajal.

Por un momento se reconoció como un monstruo de maldad.

Se horrorizó de sí misma.

Y empezó á llorar amargamente.

¿Por qué no continuó llorando?

¿Por qué no se acogió entónces á la misericordia divina para obtener el perdon de sus grandes faltas?

Ya hemos dicho que la hora estaba cerca, pero que no habia aún llegado.

Eran unos momentos de lucha, pero de una lucha terrible sostenida entre la conciencia y las pasiones, entre la cabeza y el corazon.

—¡Oh! exclamó: Quisiera huir de mi misma: soy un mónstruo de maldad: yo he nacido para tormento de los que me rodean. ¡Cuántas mujeres con ménos elementos que yo son felices! ¡Cuántas pasan una vida tranquila y sosegada, disfrutando del amor del esposo y de las caricias de los hijos! Y yo, ¡ay de mí! no experimento más que disgustos y sinsabores: yo paso un infierno anticipado. ¿Dónde estás Alberto? ¿Por qué así huyes de tu esposa? Vén, vén á mis brazos, sálvame, que yo seré buena en adelante. No más crímenes, no más odio para nadie. He perseguido la inocencia, he triturado el alma de esa jóven, que es pura como los ángeles del cielo, he mandado á la eternidad á otra criatura que en nada me habia ofendido, porque aunque no para ella, yo preparé aquel infame y mortífero veneno, y ¡aún vivo para oprobio de la sociedad humana!

Y loca, frenética, como fuera de sí, salió de la casa y empezó á correr por aquel campo que convidaba más á la meditacion que á la desesperacion.

Y vió una noria.

Se asomó á su pozo y retrocedió espantada.

Púsose las manos en la cabeza, y exclamó:

—¡Si tuviese valor! ¡Aquí veo el fin de todas mis grandes desdichas!

Por su mente pasó la idea del suicidio.

Cuando no hay fe, cuando no existen sentimientos religiosos, es fácil llegar á la última aberracion, y esta es la muerte por el suicidio.

Para el que nada espera al otro lado de la tumba, para el que no vé más que el presente, la muerte es el alivio y el remedio de todos los males de la vida.

¡Desgraciado del que así piensa!

Justamente en aquellos terribles momentos en los que Beatriz pensaba en el suicidio, Victoria postrada al pié del altar, asistiendo al sacrificio incruento de Jesucristo, rogaba fervorosamente por la salvacion de su alma.

Tal vez fruto de esta oracion fué el que se apoderára de su corazon un miedo terrible.

Dos veces se acercó al pozo y ambas retrocedió espantada sin atreverse á realizar aquel nuevo crímen en su persona.

—¡No tengo valor! exclamó.

Y dirigió sus pasos nuevamente á la casita blanca.

Allí cayó casi desfallecida.

Tenia fiebre.

Y al propio tiempo sentia una debilidad espantosa.

Volvió á sus meditaciones.

La lucha continuaba.

Los gritos de la conciencia que ponia delante de sus ojos, sus pasados crímenes no sirvieron para ha-

cerla entrar dentro de sí misma y decidirse á penetrar por el camino del bien.

Se reconoció criminal, comprendió la inocencia de Victoria, y no dejó de pasar por su mente la gran virtud de Juan de Dios al que ella tenia por su enemigo y por patrocinador ¡qué horror! de los amores criminales que creia que existian entre su esposo y Victoria.

Pero todo esto no la sirvió para elevar su corazon al cielo y pedir misericordia, sino para pensar en el suicidio.

Con estas disposiciones, las pasiones se encontraron otra vez en buen terreno para sostener la lucha.

Volvió á sus meditaciones.

De pronto su rostro tomó un aspecto terrible.

—Sí, exclamó dominada nuevamente por la ira; yo he sido criminal, pero no culpable. Los culpables son los que á tal estado me han arrastrado. ¡Oh! ¡Yo estoy loca! Pensaba ántes en la virtud de Victoria, en la santidad de Juan de Dios. ¡Mentira! ¡Mentira! Son unos infames, unos hipócritas.... ¿Y Alberto?.... ¿Por qué le llamaba? ¿Por qué me hacia la ilusion de que habia de venir á favorecerme?... ¡Oh!... Alberto no estará muy léjos: la verá cada dia, se amarán, se gozarán con mis sufrimientos... ¡Y queria yo morir! Ese seria el gran triunfo para ellos, porque se casarian y vivirian felices odiando mi memoria y maldiciéndome cada dia. Nó: quiero vivir, quiero ser el tormento de

ellos. Al ménos que vivan escondidos, què me teman, que no tengan una hora de sosiego, pensando á cada momento que me han de encontrar á su paso. Sí, ¡vida! ¡Más vida! ¡Más!

Y dominada por la fiebre, rendida por aquella lucha que consigo misma sostenia, cayó en tierra sin sentido.

Al poco rato se presentó Mónica.

Cuando la vió en aquel estado se asustó.

Pensó si estaria muerta.

Acudió inmediatamente en su socorro.

Con grandes trabajos pudo arrastrarla hasta su cama sobre la cual la echó.

No sabia que hacer en aquel apurado trance.

Titubeaba en si pediria algun socorro á las gentes de las casas de campo que habia en aquellas inmediaciones, pero no se atrevió.

Puso la mano sobre la frente de Beatriz.

Quemaba.

—Es una fiebre horrorosa, exclamó.

Y enseguida preparó mostaza que casualmente tenia, la descalzó, y le aplicó unos fuertes sinapismos.

—¡Pobre mujer! exclamaba: tan llena de belleza, tan rica, pudiendo disfrutar tanto, verse en este estado.

Pero yo debo seguir y seguiré al pié de la letra las instrucciones que me ha dado el hermano Juan de Dios. Aquí estará el tiempo que sea necesario. Hago en esto una obra de caridad, y á más no tengo duda

de que cuando se arreglen sus asuntos, se mostrará agradecida conmigo. Yo siembro el bien y cosecharé indudablemente beneficios.

Como se vé, aquella campesina pensaba tambien al practicar un bien, más en las recompensas terrenas que en las eternas.

¡Miserias de la humana naturaleza!

Pero en fin, ello es que hacia el bien, y siempre es algo, sea cualquiera el fin.

La mostaza hizo su efecto.

Pasados veinte minutos, abrió Beatriz los ojos.

Miró á todos lados y vió á Mónica.

—¿Estais mejor? la preguntó la pobre mujer.

—No sé qué he tenido.

—Me habeis hecho pasar un susto.....

—Me encontrásteis.....

—Tendida en el suelo, sin sentido y en verdad que creí que estábais muerta. Entónces como pude os coloqué en mi cama, y viendo que ardia vuestra frente os puse un par de sinapismos, gracias á los cuales parece que estais mejor.

— Y por cierto que me incomodan mucho: quítamelos.

—Mónica se los quitó y le lavó el sitio donde los habia tenido puestos.

—Voy á hacer fuego, dijo Mónica: traigo una carne muy buena y quiero que tomeis un poco de caldo en cuanto esté hecho.

—Gracias, Mónica, gracias.

—No teneis por qué dármelas. Todo lo hago con la mejor voluntad.

—Lo creo.

—En el mundo hemos de ser los unos para los otros. Y ya veis, hasta los pobres servimos alguna vez de algo.

—Es verdad.

—Y ahora que ha bajado la calentura, permaneced quietecita en la cama, hasta restableceros del todo. Yo quisiera tener un lecho de príncipe que poderos ofrecer, pero no tengo más que esta pobreza, y hay que conformarse.

—Haces cuanto puedes y yo te lo agradezco en el alma. No lo perderás.

—Ya sé yo, dijo Mónica, que nunca se pierde el bien que se hace; y no sé en verdad como hay personas en el mundo que pudiendo ser benéficas, se complacen en hacer mal, en atormentar á sus semejantes; por que las hay, señora, las hay por desgracia.

Con estas palabras, Mónica habia llegado á las fibras de su corazon.

—¡Calla por Dios! exclamó Beatriz.

—¿Os aflige el pensar que haya en el mundo almas capaces de tanto cinismo?

—¡Oh! ¿Con quien has hablado en Granada? Dímelo en seguida, dímelo.

—¿Que con quien he hablado?

—Sí, porque tú has hablado con alguien de mí: tú

has revelado que me encuentro en tu casa: me voy, me voy enseguida.

Aturdida Mónica, exclamó:

—Yo no he hablado con nadie, absolutamente con nadie, ni he dicho que os encontráseis aquí.

—No te creo.

— Podeis creerme.

—Tus palabras me han llegado al alma.

—No lo comprendo.

—Has dicho...

—Lo que nada tiene que ver con vos. ¿Por ventura habeis hecho algun mal? Yo no puedo creerlo, no os tengo en ese concepto, y no me explico el por qué quereis huir de aquí. Pero vamos; esto es efecto de la fiebre: procurad descansar y no penseis más en ello.

—¿Pero me aseguras que no has hablado de mí con persona alguna?

—Os lo repito, señora, con nadie. ¿Creeis que no sé yo guardar un secreto? Veo que formais de mí muy mal concepto y no os he dado motivo para ello.

Y para más apoyar aquella mentira, que decia en beneficio de la misma Beatriz, se puso á limpiarse los ojos con el pañuelo, haciendo esfuerzos por llorar, lo que consiguió con bastante facilidad, porque ya sabemos que la mujer, lo mismo sea princesa que campesina, dispone á su arbitrio de las lágrimas que son el gran recurso de esa mitad del género humano, sus ar-

mas más poderosas con las que consiguen grandes triunfos.

Beatriz, apésar de ser maestra en el arte del fingimiento, cayó en la red, y la creyó.

—Vamos, no te aflijas, la dijo. Ha sido un mal pensamiento del que me arrepiento.

—Yo he cumplido fielmente lo que me ordenásteis, esto es, que guardase secreto.

—Te creo.

—Y por otra parte lo que he dicho no sé que pudiera ofenderos en nada. Vos sois buena: al ménos siempre os he tenido por tal, y sois incapaz de hacer el menor mal á nadie. Ya veis que ni siquiera he tratado de instar para que me dijeseis el motivo de haberos refugiado en mi pobre casa. He respetádo vuestro secreto y calculo únicamente que sea alguna desgracia, pero no ninguna maldad.

Beatriz exhaló un suspiro.

—Eres muy buena exclamó.

—¡Ojalá lo fuese! Pero trato por lo ménos de no ser mala, y como no hago mal alguno á nadie, me acuesto tranquila, y ¿lo creeréis? nunca mi sueño es interrumpido, y esto, en buena hora lo diga, es porque mi conciencia se halla tranquila. No hay riquezas comparables con la quietud de la conciencia.

Estas palabras de la pobre Mónica, hicieron en el corazon de Beatriz el efecto que si hubiesen sido pronunciadas por un fervoroso y elocuente misionero.

¡Cuánta elocuencia tiene la verdad!

Beatriz apésar suyo se estremeció.

Acababa de recibir una leccion, y no de labios de un doctor, sino de los de una pobre campesina sin ilustracion de ninguna clase.

Y en aquella lucha tenaz que sostenia consigo misma y en la que hasta entónces venia triunfando la parte menos noble, esto es, las pasiones, empezaba á inclinarse el triunfo hácia el lado más noble, esto es, hácia el espíritu.

Un poco más, un esfuerzo por parte de Beatriz y el triunfo era seguro.

No supo que contestar por el momento y se quedó mirando fijamente á Mónica.

—¿No creeis que tengo razon? preguntó esta.

—¡Oh! Sí: en verdad la tienes, y en verdad que me place el escucharte. Háblame de la virtud, que siempre es un consuelo en las adversidades de la vida.

Era la primera vez que Beatriz hablaba de virtud.

Hasta entónces no habia creido en ella.

Pero, ahora, la que momentos ántes queria cometer el nuevo crímen de atentar contra su vida, gustaba de que le habláran de las virtudes cristianas.

Allí, en aquel corazon, lacerado por tantos contratiempos, empezaba á obrarse una regeneracion favorable.

Mónica, al tiempo que atendia á preparar el caldo, siguió sosteniendo la conversacion con Beatriz.

Como sólo habia una habitacion, esta tenia que servir necesariamente de sala, de dormitorio y aún de cocina, bien que no impidiéndolo el tiempo, Mónica colocaba para guisar un anafe fuera de la puerta con el objeto de no ahumar lo que podia llamar su estrado.

—Pues en tanto que el caldo acaba de hacerse, dijo Mónica, hablaremos, si no os molesto.

—Léjos de eso, me complaces.

—Es que aún no debeis estar libre de fiebre.

—Tu conversacion me va dando alivio porque me distrae, y la mayor parte de mi mal consiste en lo mucho que trabaja mi cabeza pensando en cosas que mejores son para olvidadas.

—Siendo así, procuraré distraeros.

—¿Tú crees que existe la virtud?

—¡Pues como no creerlo!

—Hay mucha maldad en el mundo.

—Así es, pero si la virtud no existiese, yo creo que no se podria vivir: cada paso que diéramos seria un peligro.

—Yo he tenido una desgracia inmensa.

—¿Cuál ha sido?

—Nunca he tratado más que con personas miserables, sin haber encontrado en ninguna virtudes reales y verdaderas.

—Pues, decid que habeis vivido ciega. Bien decia el otro dia el cura de la parroquia en la plática que nos dijo al oficio.

—¿Qué es ello?

—Decia, no recuerdo por qué, que hay personas que tienen ojos y no ven, oidos y no oyen.

—¿Y qué infieres con eso?

—Que me parece.... pero no quiero que os incomodeis conmigo. Mejor es no decirlo.

—Habla, que yo te ofrezco no incomodarme. Ya me tienes en curiosidad.

—Pues bien: ¿No habeis dicho que jamás habeis tropezado con la virtud?

—Así es.

—Por esto iba yo á decir que creo que perteneceis al número de esos que dice el señor cura que tienen ojos y que no ven, oidos y que no oyen.

—Explícate.

—Que á cada paso estamos tropezando en el mundo con la virtud.

—Tal vez sea lo que tu dices: tal vez yo haya estado ciega para no verla.

—Y lo que es en Granada, no solamente se encuentra virtud sino santidad. ¿No conoceis al fundador del Santo Hospital?

—¿A Juan de Dios?

—Justamente.

—Alguna vez he hablado con él.

—¿Y no creeis que es un santo? ¿No es la Providencia de los pobres? ¿No se sacrifica en beneficio de los desgraciados enfermos? Y ya veis que no lo hará

por las recompensas que de los hombres pueda recibir, porque en el mundo sólo puede encontrarse ingratitud á los beneficios que se dispensan. Su caridad, su amor á la humanidad, le impulsan á llevar á cabo esta grande obra.

Por primera vez, Beatriz oyó hablar sin repugnancia de Juan de Dios.

En su interior se dijo:

—¡Si seré yo la engañada! ¡Si será ese hombre verdaderamente un santo! Voy creyendo que soy únicamente la mala, y achaco el mal á los demás.

—Vamos dijo Mónica ¿Qué me respondeis á lo que os he dicho? ¿No creeis que existe la virtud, al contemplar las obras de Juan de Dios?

—Creo que tienes razon en lo que dices, y voy creyendo que la tienes tambien en agregarme al número de los que tienen ojos y no ven. Déjame un momento: tengo sueño y quisiera descansar.

—Antes tomaréis el caldo que ya creo estará en disposicion de beberse.

Mónica probó el puchero, preparó una taza, puso en ella el caldo y Beatriz lo tomó con tranquilidad, produciéndole un sudor copioso á causa de su debilidad.

Mónica se retiró para ocuparse en el huerto y dejarla descansar.

¿Durmió Beatriz?

Léjos de ello, se entregó á profundas meditaciones.

Pronto veremos el resultado que tuvieron.

Mónica por su parte estaba profundamente conmovida y el sueño huia de sus ojos.

Con compasion miraba ya á aquella señora, porque comprendia la terrible lucha que sostenia en su co-corazon.

Ganosa de cumplir fielmente lo que le habia sido ordenado por Juan de Dios, se proponia no abandonar á Beatriz y dispensarla sus servicios.

CAPITULO XLVI.

El sueño de la vida.

Es verdaderamente admirable el órden de la Providencia con respecto al mayor bien de las criaturas.

Gobernado el universo en peso, número y medida, pasan á veces desapercibidos á la menguada inteligencia humana acontecimientos de inapreciables consecuencias, y muchas veces reputamos por malo, ó cuando ménos por indiferente, aquello que dirige, bien á evitar un mal, bien á alcanzar un resultado benéfico.

Esto precisamente lo vemos en los acontecimientos que venimos narrando.

¿Cómo puede calificarse, humanamente hablando, la resolucion de Beatriz, huyendo de su casa, abandonando cuanto poseia, y refugiándose en la casita

blanca de los afueras de Granada? Como la continuacion de sus locuras; como otro efecto de la tenacidad de sus pasiones.

Verdad es que tenia motivos para estar temerosa, que veia muy cerca el castigo de sus crímenes, y que naturalmente se estremecia de espanto al pensar en el funesto fin que entreveia.

¿Pero, era necesario que obrase de aquel modo?

¿No podia haber consultado con su amiga doña Vicenta, y, de acuerdo con ella, haber buscado un más seguro y cómodo lugar de refugio?

Mas es el caso que en medio de sus justos temores, si bien desaparece de su casa, se recoge en un lugar donde con la mayor facilidad podia ser descubierta y entregada á los tribunales.

Habia Mónica manifestado sus temores de que Beatriz fuese del número de aquellas de las que decia el cura de su parroquia, refiriéndose á los libros santos, que tienen ojos y no vén, oidos y no oyen.

En el caso en que nos encontramos no podemos expresarnos de este modo, porque Beatriz no obraba ya impulsada por sus pasiones, sino en virtud de una fuerza interior, de un impulso que podemos llamar sobrenatural.

No habia llegado la hora con tantas ansias esperada por Juan de Dios, y por las demás personas que tan interesadas se mostraban por la salvacion de Beatriz.

Sin embargo, se aproximaba á pasos agigantados.

Por esto la Providencia en sus altos juicios dispuso que ella concibiese el proyecto, no solamente de abandonar su casa, sino de refugiarse en la de Mónica.

Es que aquella pobre mujer, sin instruccion de ninguna clase, habia sido elegida para poner la primera piedra en el edificio de la regeneracion de aquella desgraciada señora.

No nos admira esta eleccion.

Dícennos los libros santos que Dios se sirve á veces de las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes.

Para continuar en el seno de la sociedad humana la grande obra de la predicacion evangélica, llamada á llevar á cabo la revolucion moral más extraordinaria que vieran los siglos, buscó el Salvador sus apóstoles, nó en el Areópago, en el Pórtico ni el Lieco, ni en ninguna otra de las academias científicas, sinó en las orillas del mar de Tiberiades. Pobres pescadores, sin reputacion entre las gentes, pobres sin otros bienes que sus miserables barquillas y sus redes, sin conocimiento alguno de las ciencias, admiran el mundo con la elocuencia de su palabra, y son poderosos para luchar con los grandes poderes de la tierra, haciendo bambolear sobre sus pedestales las estátuas de las falsas divinidades que debian caer luego por tierra para que sobre sus ruinas se erigiesen altares al verdadadero Dios.

¡Tal es el órden de la Providencia!

¿Deberémos de admirarnos de que una pobre y miserable campesina sea elegida para poner la primera piedra, como ántes hemos dicho, en el edificio de la regeneracion de Beatriz?

De ningun modo.

Así, pues, repetimos que impulsada por una fuerza interior, de orígen para ella desconocido, se dirigió aquella desgraciada á la casa de la campesina.

Ignoraba el feliz resultado que para ella habia de tener tal determinacion.

Admirable fué el efecto que en ella hicieron las reflexiones de aquella pobre mujer.

Tal vez un elocuente discurso del P. Ávila, á cuya prediccion se debian por aquellos dias tantas conversiones de obstinados pecadores, no hubiese penetrado en el corazon de Beatriz con la fuerza que penetró la palabra de Mónica.

Ésta no presentó argumentos de ninguna clase.

No podia presentarlos cuando ni aún sabia leér ni escribir.

Habló tan solamente con sencillez de lo mucho que importa tener la conciencia tranquila, libre de remordimientos, y esto fué lo suficiente para que Beatriz empezase á sentir toda la carga de su conciencia agoviada bajo el peso de sus delitos.

Cuando estuvo sola lloró.

Pero ahora no eran lágrimas de desesperacion.

Eran de dolor.

A su imaginacion se presentó bajo un sólo golpe de vista toda su vida pasada y se aterró.

Y una ráfaga de esperanza vino á refrescar su mente acalorada y calenturienta.

Se veia abrumada por la tempestad, y le pareció ver en lontananza un puerto donde poder fijar su planta.

Aunque ménos tenaz, la lucha continuaba en su corazon.

La duda la atormentaba.

Queria y no queria.

Y de la misma manera le asaltaban pensamientos cristianos, que se renovaban en ella las antiguas y criminales ideas de venganza.

Un paso más y se encontraria en el camino del bien.

Un poco de esfuerzo por su parte, seria suficiente.

Durante todo aquel dia, Beatriz permaneció muy ensimismada entregada á sus pensamientos.

Mónica consiguió que se alimentase.

Llegada la noche, sostuvieron ambas mujeres otra larga plática, que versó sobre el mismo asunto que la anterior.

Para ella dió pié Beatriz, pues que fijando la atencion en la pobreza de que se hallaba rodeada, ella, que estaba acostumbrada á las mayores comodidades, dijo á Mónica:

—No sé cómo se puede vivir con tanta estrechez como tú vives.

—¡Estrechez! exclamó Mónica.

—Justamente; en tanta pobreza.

—¡Ay, señora! Creo que padeceis una equivocacion. Pocas personas viven con más anchura, y si se quiere con más riqueza.

—No lo entiendo.

—Pues la explicacion es muy sencilla.

—Veamos.

—Sentaos aquí en la puerta de esta pequeña casita. La noche convida á ello. Así hablarémos mejor.

Ambas mujeres salieron y se sentaron sobre un duro banco de piedra que habia en la puerta.

—Extended vuestra vista, dijo Mónica, y ved si es precioso el magnífico palacio que la naturaleza nos ofrece, ó dicho con más propiedad, que Dios nos ofrece en la naturaleza. Elevadla á esa admirable bóveda que nos cubre: observad que preciosamente se halla tachonada de estrellas; y, decidme, si habrá algun monarca, por poderoso que sea, que dentro de los muros de su palacio ofrezca á la vista un artesonado tan bello y admirable.

—En eso tienes razon.

—Las personas ricas buscan á gran precio delicados perfumes para dar buen olor á sus habitaciones: yo me levanto al rayar el dia, y las flores del campo que ostentan ufanas las gotas de rocío, me ofrecen los

más gratos y puros olores. Y esto lo obtengo sin sacrificios ni cuidados de ninguna clase. Y para no tener nada que envidiar á los grandes de la tierra, á esa misma hora de la mañana y á la caida de la tarde, puedo recrear mis oidos con la más agradable música.

—¿Música, dices?

—Así es en efecto.

—¿Quién te la ofrece?

—Apénas empieza á despuntar el alba, miles de aves, abandonando sus nidos, abren sus alas y dan sus tiernos gorgeos á las auras, entonando alegres y armoniosos trinos, que repiten cuando el sol está próximo á su ocaso. Así saludan al aparecer y al despedirse al monarca de los astros. Ved, señora, si vive en pobreza y estrechez quien de todo esto disfruta.

Beatriz por toda contestacion exhaló un hondo suspiro.

Mónica comprendió el efecto que sus palabras producian en aquella alma dolorida.

La contempló y continuó de este modo:

—¿Qué me importa el que dentro de mi habitacion carezca de comodidad? ¿Que me importa el verme obligada á ir cada mañana á la ciudad á vender el escaso producto de mi huerto, para poder comprar un poco de pan y las demás cosas necesarias á la vida? Esto, decia mi difunto marido, es la ley de las compensaciones. ¿No tienen los ricos ningunas incomodidades que experimentar? ¿Son todas delicias para

ellos? Yo he estado casada catorce años, en los cuales Dios no ha sido servido de concederme hijos: pero hemos pasado la vida con la mayor tranquilidad y sosiego, y en nuestra pobreza no hemos dejado de disfrutar. Entre nosotros reinaba una paz inalterable. ¿Y por qué? Porque habia confianza mútua: porque nunca pensamos mal el uno del otro: nos conformábamos con lo que teníamos, y jamás envidiamos lo que tenia el vecino.

Beatriz volvió á suspirar.

—¿Os disgusta lo que os digo?

—Antes por el contrario, me agrada. No sabes el bien que me haces: continua.

—Pues bien: mi marido, que aunque del campo, tenia mucha inteligencia, me decia muchas veces:—¡Cuántos matrimonios hay que, gozando de buena posicion, tienen motivos para envidiarnos! Poseen bienes de fortuna: pueden rodearse de comodidades, pero viven en un infierno anticipado: no hacen comida que les aproveche, ni tienen un sueño sosegado y tranquilo, y todo porque ellos mismos se fabrican los puñales que les hieren, bien por celos infundados y ridículos, bien por querer sostener un lujo excesivo que no les permiten sus facultades, ó por otras causas: en cambio nosotros somos felices: nos amamos, no conocemos esos celos, esa enfermedad del alma que produce efectos los más desastrosos, y vivimos en la mayor tranquilidad.

Así hablaba mi difunto marido, cotinuó Mónica, y muchas veces me hacia iguales reflexiones con las que me encontraba alegre; y ni entónces ni ahora, que soy viuda, he conocido la envidia.

Casi no entendia la misma Mónica toda la profundidad de los pensamientos que expresaba.

Como ella decia muy bien, su difunto marido aunque careciera de un gran fondo de instruccion por haber estado dedicado siempre á las faènas del campo, habia sido hombre de talento natural, conocedor del mundo en cuanto puede serlo uno de su condicion, y la habia enseñado á no estar disgustada con su suerte, y á comprender que nó en las riquezas ni en las posiciones elevadas se encuentra la verdadera dicha, sinó en la paz del alma, en el testimonio de una conciencia tranquila.

Y ella lo habia aprendido tan bien, que se creia feliz, y lo era verdaderamente en cuanto puede serlo la criatura en este valle de miserias en el que somos viadores.

Sus frases, dichas con sencillez y producto, más que de sus labios, de su propio corazon, se infiltraban en el de Beatriz, que empezaba á comprender el mal camino por el que hasta entónces habia dirigido sus pasos, en que todavía habia remedio para ella.

De pronto rompió en un amargo llanto.

—¿Qué teneis? le preguntó Mónica.

Pero ella no podia contestar á la pregunta.

Se hallaba embargada su garganta.

La pobre Mónica la miró con compasion y comprendió que la era necesario aquel desahogo de su alma.

Sin embargo repitió sus preguntas.

Después de algunos momentos, Beatriz pudo responder, aunque entre sollozos:

—¡Soy muy desgraciada!

—Podeis no serlo en adelante.

—¿Cómo lo sabeis?

—Ignoro, señora, los motivos de vuestra afliccion; pero, sean los que quieran, no puedo persuadirme de que vuestro mal sea enteramente incurable. Tened confianza en Dios que siempre acude en nuestro favor.

—Tus palabras, Mónica, han llegado hasta el fondo de mi alma y han causado en mí un efecto maravilloso. Me parece que siento caer sobre mi corazon un bálsamo de consuelo.

—Pues me alegro infinito, señora mia, de que tal efecto puedan haber causado en vuestra alma mis palabras. Yo soy una pobre mujer muy ignorante, y no sé ni de qué modo valerme para consolaros en vuestras aflicciones; pero creed que lo siento en el alma, y que por conseguirlo haria cualquier sacrificio.

—Te creo, Mónica, te creo.

—Ahora podeis entrar y entregaros al descanso.

Creo que esto os convendrá, por más que sea poco cómoda la cama que os ofrezco y que no corresponda á mi voluntad.

—Déjame aquí disfrutar de las bellezas del que llamas tu palacio: déjame contemplar ese cielo del que cada vez me he ido alejando más por mi insensato modo de obrar. Yo siento dentro de mí una voz interior que me llama al bien.

—En verdad no comprendo, dijo Mónica, que motivos teneis para afligiros de esa manera. Lo comprenderia en una de esas personas que abriese los ojos á la luz de la verdad y del desengaño, después de haber cometido esos crímenes espantosos cuya sola relacion nos hace extremecer; pero vos ¿de que os podeis arrepentir? Tan solamente de faltas que no pueden revestir gravedad de ninguna clase. Vos sois una buena señora, que no habreis causado mal á nadie.

Estas nuevas frases de Mónica formaron otra espada que atravesó su corazon.

Por que á su imaginacion se presentaron sus gravísimas faltas.

La conciencia se las ponia delante de los ojos.

No respondió, pero volvió á llorar.

Cada nueva lágrima que brotaba de sus ojos, iba aumentando sus buenas disposiciones.

Por fin, á ruegos de Mónica consintió en acostarse.

Entregada á sus pensamientos tardó en coger el sueño, que al fin llegó á rendirla al cabo de dos horas.

Soñó, y precisamente con el asunto que ya la preocupaba en gran manera, desde el momento en que habia empezado su conversacion con la campesina.

Vióse sola en medio de un campo cubierto de flores, y en el cual se veian muchos árboles que parecian exhalar sávia de sus verdes ojas.

El cielo estaba azul, sereno, trasparente.

Eran los momentos en que los rayos de la naciente aurora empezaban á disipar las tinieblas de la noche, ocultando poco á poco las estrellas.

Aves de mil colores saltando de rama en rama daban al aire preciosas melodías, al tiempo que sacudian sus alas.

Diversos arroyos por entre pintados cauces repartian sus aguas, que cual cintas argentinas, se distribuian por los campos.

Todo era vida en la naturaleza.

Beatriz quedó parada á la contemplacion de aquel bello espectáculo.

De pronto llamó su atencion un anciano de luenga barba, que sentado sobre una piedra tenia abierto sobre sus rodillas un gran libro en cuyas hojas parecia tener fija la vista.

Temblorosa se acercó Beatriz al anciano.

Entónces vió que no leia, sino que escribia en el libro.

Por el pronto no se atrevió á interrumpirle.

Quedó parada.

El anciano trazaba caractéres para ella ininteligibles.

Por un momento aquel hombre venerable dejó de escribir, pero no soltó la pluma.

Beatriz quiso aprovechar la ocasion.

—Buen dia, anciano, exclamó.

—Santos y buenos son todos, respondió el anciano, porque son de Dios.

—Dispensadme si os pregunto quien sois y qué escribís á estas horas y en un libro tan grande.

El anciano levantó la cabeza y fijó la vista en Beatriz, pero no contestó.

—¡Oh! Sois muy viejo, dijo ella, al notar las grandes arrugas de aquel rostro venerable.

—Sí, en verdad, dijo el hombre: soy muy viejo y hace siglos, muchos siglos que me ocupo en lo que veis. Siempre escribo.

—¡Siglos habeis dicho!

—Así es en efecto.

—Pues que, ¿puede un hombre contar por siglos su existencia?

—¡Quién lo duda!

—Yo.

—Esa es tu desgracia, Beatriz. ¡La duda siempre atormentándote!

—¡Sabeis mi nombre!

—Yo lo sé todo.

· Luego sois un hombre sobrenatural, extraordinario.

—Soy el Tiempo.

—¡El Tiempo! ¿Y qué libro es ese? ¿Qué escribís en él?

—Este gran libro es el registro de las conciencias.

—Y vos....

—Yo soy el encargado de llenar sus páginas.

—Pero, ¿cómo sabeis...?

—Sin moverme de este sitio registro hasta los más ocultos pensamientos de las criaturas; y, como todo lo veo, todo lo escribo.

—Esto es incomprensible.

—Para tí á quien mata la duda: para tí que no tienes corazon, porque lo has arrastrado por el fango de las pasiones.

—¡Ay de mí!

—¡Sí! ¡ay de tí, sino aprovechas los momentos! Tu página está llena. Sólo falta por escribir una línea la cual debo llenar.

——¿Y que pondréis?

—En tí consiste. O habré de escribir.—Se arrepintió y fué salva;—ó bien—Perseveró en el mal y se perdió.

—Dejadme ver ese libro.

Y, al decir esto, acercó su vista á aquellas grandes páginas, pero nada entendia.

—Es en vano que procures leer, dijo el anciano. Sólo al ojo de Dios es dado penetrar lo que yo escribo: nadie más puede entenderlo.

—Luego segun lo que decís conoceis todos mis secretos.

—Todos.

—Y teneis escrito.....

—Que un deseo de venganza te arrastró á cometer crímenes horrendos: que con mano impía manejástes la tea incendiaria poniendo fuego al asilo de la misericordia; que perseguíste la inocencia; que arrancáste la vida por medio de un veneno preparado para otra persona á la inocente María; qué....

—Basta, basta por Dios, dijo Beatriz al tiempo que cubrió su rostro con ambas manos, y cayendo sobre sus rodillas exclamó:

—¡Misericordia, Señor, misericordia!

Empezó á sollozar.

Pasados algunos momentos, irguió la cabeza y dijo:

—¿Hay aún remedio para mí?

Pero quedó maravillada.

El anciano habia desaparecido.

Y ni aún la piedra sobre la cual habia estado sentado se hallaba en su sitio.

Y era el caso que el dia no avanzaba.

A pesar del tiempo trascurrido la claridad no se hacia más robusta.

Miró á todos lados y nada vió.

El miedo se apoderó de ella.

No conocia aquella campiña.

Ignoraba donde se hallaba ni por quien habia sido conducida á aquel lugar.

Se puso á andar y dió la vuelta á un montecillo.

Un nuevo motivo de admiracion se presentó á su vista.

Hàbia allí un dilatado camino y estaba sostenido como si fuese un puente encima de un abismo.

Era tan estrecho que apénas podian sostenerse y transitar las plantas de un hombre.

Además, estaba cubierto de abrojos y de espinas.

Empero, la admiracion de Beatriz subió de punto cuando vió que tres personas entraban con la mayor seguridad por aquel camino y avanzaban en él.

Aquellos rostros no le fueron desconocidos.

Los miró con atencion y pudo conocer que el que iba delante de todos, el que más avanzaba era aquel religioso al que ella tanto habia odiado.

Era Juan de Dios.

A alguna distancia iba Victoria.

Su cabeza estaba ceñida con una corona de rosas blancas, y su vestido era del mismo color.

Por último venia Fray Diego vestido con el hábito de los hospitalarios.

Este tambien avanzaba y se apoyaba sobre su báculo.

No tenia tanta seguridad.

—¿Qué es esto? exclamó Beatriz.

La voz del anciano que ántes desapareciera, resonó claramente en su oido:

—Este es, dijo, el camino del cielo: es muy estrecho y tiene muchas espinas, pero la caridad le hace suave. Hé ahí cómo lo pasan con seguridad los inocentes y los arrepentidos.

Beatriz dió un grito espantoso y cayó desvanecida.

. . . .

Cuando volvió en sí se encontró en los brazos de Mónica, que habiendo despertado al grito que ella habia dado, acudió en su socorro.

—¿Qué ha sido esto? preguntó. ¿Soñabais, por ventura?

Beatriz miró á todas partes, y al verse en aquella pobre habitacion y sin otra compañía que la de Mónica, axclamó:

—¡Ah! he tenido un sueño horrible.

—Tranquilizaos, pues. Nada sucede.

Púsose Beatriz á reflexionar y no sabia que pensar, si aquello habia sido un sueño ó una revelacion, por medio de la cual Dios la llamaba á sí.

—¡Ah! exclamó Mónica. Mucho debeis haber sufrido en el sueño: vuestro rostro está desencajado.

—¡Qué sueño, Dios mio! ¡que sueño!

—Vamos, procurad tranquilizaros.

Era al amanecer.

La campana de una ermita que habia en aquellas inmediaciones empezó á anunciar lentamente que allí,

en aquel pequeño y pobre santuario que estaba dedicado á la Madre de Dios, iba á celebrarse el incruento sacrificio de nuestros altares.

Beatriz se arrojó de la cama, y se vistió precipitadamente.

—¿Quieres guiarme, dijo á Mónica, á esa ermita? Deseo oir esa misa que van á celebrar.

—Os acompañaré, señora, dijo la campesina, y tambien la oiré. Por hoy renuncio el ir á la ciudad; no quiero abandonaros ni un sólo momento.

—Grácias, Mónica.

Y ambas mujeres se dirigieron á la ermita de la Vírgen.

CAPITULO XLVII.

La buena hora.

Diez minutos después, y en tanto que Beatriz y Mónica se hallaban en la ermita de la Vírgen, otra mujer cubierta con un manto negro llegaba á la casita blanca.

Llamó á la puerta, pero nadie respondió.

La casita estaba cerrada.

Mónica se habia llevado la llave.

—No hay duda, dijo la recien llegada: ó duermen ó están fuera; sea lo que quiera, esperaré.

Y se sentó en el mismo poyo de piedra en el que la noche anterior habian sostenido su conversacion Beatriz y Mónica.

La que se dispuso á esperar era doña Vicenta.

¿Cómo sabia el lugar donde se habia refugiado Beatriz?

¿Por qué venia á buscarla á la primera hora del dia? Esto necesita explicarse.

Ya sabemos que Juan de Dios conocia por lo que Mónica le habia dicho donde se hallaba la esposa de Alberto.

Habia ido á ver á doña Vicenta.

En su rostro se hallaba pintada la alegría.

Dió cuenta de todo á aquella señora, y la añadió:

—Mañana á primera hora vais á buscarla: la encontraréis muy variada y muy dócil porque la gracia habrá empezado á obrar en ella, y la conducís inmediatamente á esta su casa.

Doña Vicenta, que tanta fe daba á las palabras del venerable religioso, no puso objecion alguna, y dijo:

—Cuando esto me mandais es que no hay que temer el que vuelva á ser buscada aquí por la justicia.

—Nada temais: Dios está ya á su lado y es lo suficiente para que desaparezca todo peligro.

—Luego podemos esperar que en un breve plazo la verémos regenerada.

—Así lo espero.

—¡Bendito sea Dios!

—Por siempre sea alabada su misericordia.

—Iré, hermano Juan, iré.

—Bien: ahora os dejo, pues me llaman otras ocupaciones.

—Id con Dios, hermano Juan.

Hé aquí por qué vemos ahora á doña Vicenta sentada á la puerta de la casita blanca.

Llena de confianza por las palabras de Juan de Dios, acude á prestar su ayuda á la oveja extraviada para hacerla volver al redil del que vivia apartada.

Poco más de media hora habia trascurrido desde que esperaba, cuando se presentaron Beatriz y Mónica.

Esta última quedó sorprendida al ver á una señora sentada á la puerta de su casa.

Iba á hacer alguna pregunta á Beatriz.

Pero esta, que vió al mismo tiempo que ella á su amiga, no la dió tiempo para hablar.

Se fué hácia ella precipitadamente.

Doña Vicenta que la vió ir se levantó.

Y ambas cayeron una en brazos de la otra.

Como es natural, las lágrimas sustituyeron á las palabras.

Mónica contemplaba aquel cuadro sin comprénder absolutamente lo que significaba.

Por último, luego que se hubieron desahogado, tomó la palabra doña Vicenta, la que dijo á su amiga.

—Inmediatamente vas á venir conmigo.

—¿Dónde? preguntó Beatriz.

—A tu casa.

—Pero.....

—Nada temas.

—¿Tienes seguridad en lo que dices?

—La tengo.

Beatriz meditó un momento.

Después pareció tomar una determinacion.

—¿Deberé esperar á la noche? dijo.

—Te he dicho que inmediatamente.

—Pues vamos.

Y Beatriz, que estaba agradecida á Mónica por el hospedaje que de ella habia recibido y los cuidados que la habia prodigado, la dijo:

—Te dejo, Mónica: nunca olvidaré lo que por mí has hecho en ocasion muy crítica, y más que todo el consuelo que has derramado en mi alma sin saberlo.

—Señora, yo.....

—Tú: me has hecho un bien tan grande, tan inmenso, que jamás llegarás á comprenderlo.

Ya sabemos que al abandonar su casa, Beatriz habia sacado todo el dinero que pudo ó que tuvo á mano.

Así, pues, sacando un puñado de monedas, dijo á Mónica, al tiempo que se las entregaba:

—Recibe esa pequeña muestra de mi gratitud. Te suplico que guardes reserva sobre lo que aquí ha ocurrido, no hablando á nadie del asunto.

—Lo haré, señora, lo haré.

—Ya sabes mi casa: todo cuanto puedas necesitar lo hallarás en ella. Yo tendré mucho gusto en complacerte y servirte en todo.

—Mil gracias, señora; pero ¿qué he de hacer yo de tanto dinero?

—Lo guardas para tus necesidades.

—No las tengo: á Dios gracias, no me ha faltado jamás el pan de cada dia.

Beatriz y doña Vicenta se dirigieron á la ciudad.

La primera iba temerosa y procuraba ocultar el rostro.

—Te he dicho, exclamó doña Vicenta, que nada tienes que temer.

—Me admira la serenidad con que hablas: hay en tus palabras el acento de la sinceridad.

—No siempre lo has creido.

—Perdóname, Vicenta, pero no estaba en mí, no sabia lo que decia ni lo que hablaba.

—Nada tengo que perdonarte, y doy gracias á Dios por haberte encontrado tan felizmente variada. ¿De dónde venias con aquella mujer?

—De oir una misa que se ha celebrado en la ermita de Nuestra Señora, que está inmediata á la casita blanca donde he estado refugiada.

—¿Has estado en misa?

—Ya comprendo tu admiracion. Yo he vivido hasta el presente sin Dios ni ley. Creo haber entrado en una nueva era.

—¡Oh! Me haces feliz. Yo tambien Beatriz vivo de diferente manera que ántes.

En esta conversacion llegaron á su casa, sin que

nada les ocurriese en el camino, y sin llamar la atencion de persona alguna.

La vieja doña Tadea se alegró de ver entrar á Beatriz con su ama, y mucho más por notar la tranquilidad que se pintaba en el rostro de la agitada señora.

Doña Vicenta deseaba hablar á solas y con detenimiento con Beatriz, á la que con gran satisfaccion suya veia en mejor camino.

Por su parte Beatriz tambien abundaba en los mismos deseos.

Encerrándose ambas en un gabinete, se sentaron y estrecharon sus manos.

—No quiero darte quejas, dijo doña Vicenta, aunque bien pudiera hacerlo por haberte marchado de casa del modo que lo hicíste, engañándome miserablemente. ¿Por qué he perdido tu confianza? ¿No te he dado pruebas de verdadero cariño en las más críticas circunstancias porque has pasado? ¿No me has tenido á tu lado cuando de todo el mundo te veias abandonada? ¿A qué, pues, responde tu conducta de estos dias para conmigo?

—¡Ay, Vicenta! exclamó Beatriz. No son estos momentos de reconvenciones, y mejor harás en compadecerme. ¿Por qué te lo he de negar? En el trastorno de mi imaginacion, es verdad que llegué á desconfiar de tí, porque desconfiaba de todo el mundo. Salí de casa sin querer decirte una palabra, y yo misma no sabia donde iba á dirigir mis pasos. ¡Estaba loca!

Pero hoy, que veo lo que ayer aún no veia, conozco que la Providencia me inspiró esta fuga de mi casa y me guió á la casita blanca de Mónica. ¡Si penetrases en este momento mi corazon!

—Mucho me alegra lo que me dices. Cuéntame que es lo que te ha ocurrido; cual es la causa de la feliz variacion que en tí se ha obrado.

—Aquella pobre mujer que con la mejor voluntad me recibió, me ha hecho conocer en una sencilla conversacion que conmigo ha sostenido, que sólo puede hallarse la paz y el sosiego bajo el testimonio de una conciencia sin remordimientos. El más elocuente discurso no hubiera hecho en mí el efecto que la sencilla conversacion de esa pobre mujer. Así es que mi bello ideal de hoy es purificar mi conciencia. Pero deseo que satisfagas mi natural curiosidad diciéndome de qué modo supíste el sitio en que yo me hallaba refugiada, para ir á buscarme con tanta seguridad.

—Te lo diré. Ya te tengo anunciado que hay un varon justo al que tú siempre has reputado por tu enemigo, y que sin embargo es el que más ha trabajado en tu favor, el que hizo que salieses absuelta en el tribunal de don Rodrigo Carvajal, el que hoy te dice por mí que estés tranquila en tu casa sin temor á una nueva prision; en suma, Juan de Dios, ese santo religioso cuyo corazon rebosa en caridad, me dijo donde estabas, y me dió la órden de ir á buscarte. Es

más: me aseguró que te encontraria dispuesta á seguirme con docilidad, lo que en efecto ha sucedido.

—¡Luego ese hombre es profeta!

—Es un santo.

Beatriz inclinó la cabeza sobre el pecho.

Doña Vicenta insistió:

—Estoy en la persuasion de que sus contínuas oraciones en favor tuyo te llevan á camino de salvacion.

Alzó la cabeza Beatriz y respondió:

—Lo creo; y yo insensata de mí le he despreciado; yo le he creido mi tenaz enemigo. Ahora creo en su virtud y en la de otras personas. Voy á referirte el sueño que tuve anoche, que, más que sueño, fué una vision maravillosa.

—Cuéntalo: lo escucharé con mucho gusto.

Beatriz refirió con todos sus detalles á doña Vicenta el sueño que dejamos explicado en el capítulo anterior.

—¿Qué dices á esto? preguntó después.

—Que ese sueño no es casual: veo en él un aviso de Dios del que debes aprovecharte.

—Pues ahora deseo tener una conferencia con ese religioso. Necesito sus consejos: quiero postrarme á sus plantas y pedirle perdon por lo mucho que le he ofendido. ¡Oh! ¡Dios quiere salvarme!

Esta tierna escena fué coronada por las lágrimas de ambas amigas.

Beatriz lloraba arrepentida.

Doña Vicenta vertia lágrimas de gozo porque veia empezados á realizarse los pronósticos repetidos de Juan de Dios.

¡Dichosas lágrimas!

—Ahora, dijo Beatriz, me avergüenzo de mí misma. Quiero creer que no he estado en mi juicio, porque verdaderamente es necesario estar en estádo de demencia para obrar del modo que yo he obrado. ¡Por qué me habré dejado insensatamente guiar por las pasiones! ¡Cuan miserable soy! Es necesario que ese santo religioso me odie y que me odien tambien la inocente Victoria y mi esposo. Para todos he sido un verdadero martillo.

Y estas reflexiones que se hacia aumentaban su dolor y sus lágrimas.

Doña Vicenta estaba maravillada de lo que veia y escuchaba.

Esperaba la regeneracion de Beatriz por la penitencia.

Confiaba en que se cumpliese el pronóstico que sobre este asunto habia hecho Juan de Dios.

Pero, lo que no esperaba, es que esta transicion del mal al bien fuese tan repentina.

Luego que Beatriz se hubo sosegado algo, continuó su conversacion con doña Vicenta.

—¿Crees tú, la preguntó, què volveré á ver á Alberto?

—Lo tengo por indudable.

—¿Y me perdonará?

—Es seguro.

—¿Donde se halla?

—Lo ignoro.

—¿Y quien lo traerá á mí?

—Quien tanto bien te ha hecho.

—¿Juan de Dios?

—Sí.

—¡Qué hombre!

—Es para tí una providencia.

—Antes debia haberlo conocido. ¿ Y por qué crees que Juan de Dios traerá á mis brazos á mi esposo?

—Porque él al asegurarme la variacion que en tí debia obrarse, y que en efecto se ha obrado, me anunció que después serias feliz al lado de tu esposo.

—Dios lo oiga.

—Le oirá: el hermano Juan de Dios habla siempre inspirado del Señor. Una palabra suya es para mí un pequeño evangelio, como lo es para todo el que le conoce y le trata.

—Pero me temo que Alberto no quiera perdonarme. No tiene motivos para amarme y sí sólo para aborrecerme.

—Te he dicho lo que Juan de Dios me ha asegurado, y esto debe tranquilizarte.

Beatriz inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó meditabunda.

—¿En qué piensas? la preguntó Vicenta.

—No puedo comprender como habiendo sido yo tan mala, habiendo causado tantos y tan graves disgustos á cuantas personas me han rodeado, léjos de abandonarme han trabajado tanto en favor mio. Esto es verdaderamente admirable.

— Ha sido obrar cristianamente.

—Me confundo, Vicenta; me confundo á vista de tal conducta, tan diferente á la mia. Yo soy una planta venenosa en medio de un jardin lleno de fragantes flores; y las malas plantas deben arrancarse para que no inficionen á las buenas.

Después añadió:

—¿Te parece que vayamos á ver al hermano Juan de Dios? No sabes cuanto deseo pedirle perdon y consejo.

—Lo que me parece es que para nada te muevas de casa. Estoy en la seguridad de que él mismo vendrá sin necesidad de que le demos ningun aviso.

—Pues haré lo que dispongas: hasta ahora no he conocido más ley que mi voluntad. Quiero castigarme renunciando á ella completamente. No haré más que lo que me ordenes hasta tanto que venga mi Alberto que será mi guia, y á cuya voluntad me sugetaré en un todo.

—Siendo así, lo que quiero es que te tranquilices y que confies en Dios que es un Padre misericordioso. El que le encuentra nada tiene que temer, porque con

su auxilio se triunfa de las pasiones que son las que nos arrastran á la perdicion. Yo tambien tengo de que arrepentirme y vivo confiada en que Dios me concederá su gracia para vivir en adelante sin volver á apartarme del camino del bien.

Beatriz hizo verdaderamente la resolucion de sugetarse en todo á lo que dispusiesen las personas que tanto empeño tenian en su salvacion.

Repentinamente habia triunfado de sí misma.

Era ya otra mujer diferente de la que hasta entónces habia sido.

Habia llegado la hora señalada en el reloj de la eternidad, para su conversion.

Tócanos ahora relatar hechos más agradables que los hasta aquí anotados.

Pero ántes debemos dar cuenta de los trabajos hechos por don Pedro Saavedra.

CAPITULO XLVIII.

De la manera que tuvo don Pedro Saavedra de cumplir la mision que le habia sido confiada.

En el corazon de don Pedro Saavedra luchaban dos sentimientos encontrados.

Hallábase ganoso de complacer á Juan de Dios haciendo que Beatriz saliese en bien de su causa, y al propio tiempo su amor á la justicia é inclinacion á cumplir con exactitud el delicado encargo que le habia sido encomendado, le inclinaban á sentenciar en justicia.

Examinó detenidamente la causa, y pudo convencerse de que el proceso no tenia irregularidad alguna, como no fuese únicamente la sentencia que no era conforme á las pruebas que en contra de la acusada aparecian en el cuerpo del mismo.

Beatriz indudablemente era criminal.

No se encontraba circunstancia alguna que aminorase su criminalidad.

Esto afligia al recto juez.

No sabia que partido tomar.

Verdad es que habia ofrecido á Juan de Dios salvarla; pero, viendo claro el crímen, experimentaba terrible lucha.

Lo que más le mortificaba era el pensar en el doctor Gutierrez de Pinedo.

Ya sabemos que este médico habia sido el que, dirigiéndose al monarca con su respetuoso *Memorial*, habia conseguido que la causa de Beatriz se abriese nuevamente.

Y don Pedro discurria de este modo:

—Ese médico convencido de la criminalidad de esta mujer ha pedido que el castigo recaiga sobre él en el caso de que la acusada sea absuelta por inocente. ¡Esto es muy grave! Para hacer un bien tengo que causar un mal á otra persona, y esto es lo que yo no haré, y estoy en la seguridad de que tampoco me lo aconsejará Juan de Dios, porque no es posible que aconseje el mal. ¿Que haré, pues? Yo no me atrevo á presentarme nuevamente á ese médico con peticion de ninguna clase. Pero ya sé lo que debo hacer. Iré á ver á Juan de Dios y él me aconsejará. Sé muy bien que siguiendo sus consejos nada absolutamente tengo que temer. Voy en seguida.

Y, en efecto, salió de su casa y se dirigió al Hospital.

En él encontro al hermano Juan de Dios.

Don Pedro le habló detenidamente del asunto que le llevaba, le manifestó la lucha que existia en su corazon, insistiendo principalmente en el perjuicio que de absolver á Beatriz causaba al médico, y acabó por pedirle consejo en aquel trance apurado en que se veia.

—No teneis un gran motivo para ese disgusto que demostrais, dijo el religioso.

—¡Cómo no!

—Ningun mal vendrá al doctor.

—¿Lo creeis así?

—Si no lo creyese, no lo diria.

—No sé, dijo don Pedro, que mágico efecto me producen vuestras palabras. ¿Podeis creer que en este momento se han disipado todos mis temores?

—Ya os he dicho que en este asunto interviene la Providencia; y la hora feliz para esa pobre mujer se acerca á pasos agigantados.

—¡Pero vos todo lo sabeis!

—Nada sé.

—¡Oh!

—Conozco algo el corazon humano, y esto es todo.

—¡Ay, Juan de Dios! Con sólo ese conocimiento no hablaríais con tanta seguridad.

—Pues no es otra cosa; y, ya que me pedís un consejo, os lo daré.

—No deseo otra cosa.

—¿Lo seguiréis?

—Al pié de la letra.

—Pues salvad á todo trance á Beatriz, sin temor de que padezca vuestra honra ni se perjudique para nada el médico.

—Lo haré.

—Creed que Dios lo quiere.

—Pues cumplamos todos la voluntad de Dios.

—Dejadme hoy practicar cierta diligencia, y mañana nos volverémos á ver. Entre tanto estad tranquilo.

—Lo estaré.

—¿Teneis alguna otra cosa de qué hablarme?

—De nada absolutamente. Y no creais, hermano Juan de Dios, que me haya olvidado ni un sólo momento de la leccion que dias pasados me dísteis. La aprovecharé en beneficio de mi alma.

—¡Dios lo haga!

Esto dicho, don Pedro se levantó, y despidiéndose de Juan de Dios abandonó el Hospital.

Iba tranquilo.

Todos sus anteriores temores habian desaparecido por completo.

Tal era el concepto que tenia formado del humilde religioso y el crédito que daba á sus palabras.

—Todo, se dijo, lo dejo en manos de este hombre que parece un enviado de la Providencia. Con dificultad podrá encontrarse una conciencia más recta; y así,

sujetando á la suya la mia, puedo dormir tranquilo, en la seguridad de que voy por el camino derecho, sin torcerme á derecha ni izquierda. Dios quiera que coadyuvemos á la salvacion de esta mujer; con que así no hay que hacer otra cosa que cumplir la voluntad divina.

En tanto que don Pedro se dedica al desempeño de su mision, fijemos la atencion en Juan de Dios y veamos de qué manera obra.

Pocos momentos hacia que don Pedro Saavedra habia salido del Hospital, cuando Juan de Dios recibió una carta que un hombre habia dejado para él en la portería.

En el sobre se leia tan sólo — «Al hermano Juan de Dios, en el Santo Hospital.»

Tomarla en sus manos y experimentar un impulso de alegría interior, todo fué una cosa.

Conoció que procedia de doña Vicenta.

¿Necesitó leerla para saber su contenido?

Puede inferirse que nó, á vista de lo que hizo.

Sin haberla abierto, hizo llamar á su celda á Alberto y á Fray Diego.

Cuando estuvieron allí, cerró la puerta por dentro, y les dijo:

—Demos gracias á Dios, que al fin se ha dignado escuchar nuestras súplicas.

—¿Qué tenemos? preguntó Alberto.

—Para vuestra esposa se abren ya las puertas del

paraíso. Ya ha puesto el pié en el camino del bien, y no retrocederá.

Alberto no pudo contener las lágrimas.

Sin que Juan de Dios pudiera evitarlo, cayó de rodillas á sus piés y empezó á besar sus manos y su hábito.

—¿Qué haceis, hermano mio? dijo Juan de Dios; levantaos, que sólo á Dios debeis las gracias y no á mí, que soy un pobre pecador.

—Habeis sido el instrumento de la Providencia.

—Pero Dios es el dador de todo bien.

—Explicaos, pues, dijo Alberto, luego que á ruegos del religioso se hubo levantado del suelo, ocupando nuevamente su asiento.

Juan de Dios entregó la carta á Alberto, diciéndole:

—Tomad y leed por vos mismo: esta carta os enterará perfectamente de lo que deseais saber.

Alberto la tomó, y viendo que no se habia abierto, exclamó:

—Estando aún cerrada esta carta ¿cómo sabeis su contenido? ¿Cómo asegurais que es mensajera de feliz nueva? Esto es verdaderamente maravilloso.

Juan de Dios habia obrado con sencillez y por impulso interior.

Al escuchar á Alberto sintió no haber abierto la carta ántes de llamarle, pues su humildad se ponia en tormento al sólo pensamiento de que tanto Alberto como Fray Diego, habian de juzgar de que por inspi-

racion divina habia sabido el contenido de la carta.

Empero, la virtud tiene muchos recursos para arroparse con el hermoso manto de la humildad que forma su pedestal.

Juan de Dios, sin mentir, porque la mentira jamás se encuentra en los labios de los siervos de Dios, supo salir de aquel apuro, que para él era muy sério.

—Ya habia hablado con la persona que envia la carta, dijo, y sabia por lo tanto el estado en que se encontraba el asunto. Leed, leed y no os detengais.

Alberto, con mano trémula, abrió la carta y la leyó en voz alta.

Decia así:

«Respetable hermano Juan de Dios.

«El Señor sea loado para siempre: sus alabanzas no se apartarán jamás de mis labios, porque es bueno y es eterna su misericordia.

«Vuestros pronósticos se han cumplido.

«Beatriz, mi desgraciada amiga, por la que tanto os habeis interesado; aquella mujer altanera y orgullosa que todo lo sacrificaba á sus pasiones; aquella para la que no habia más Dios que los caprichos de su corazon, ni más ley que las veleidades de su fantasía, ya no existe, porque en su lugar tenemos una Magdalena arrepentida, que si no puede, como la antigua, postrarse á los piés del Redentor para regárselos con sus lágrimas, enjugárselos con los cabellos de su cabeza

y verter sobre ellos ungüento precioso, está dispuesta á lavar su alma en la saludable Piscina de la Penitencia.

«Ha llegado la hora de la conversion de esta mujer extraviada.

«Su docilidad es hoy tan grande como lo era ántes su altanería.

Al llegar á este punto, Alberto tuvo que interrumpir la lectura.

Una alegría inmensa produce en el alma el mismo efecto que un grande dolor.

La emocion no le dejaba continuar.

Sus lágrimas caian hilo á hilo sobre el papel que sostenia con sus manos.

Y lloraban al mismo tiempo Juan de Dios y Fray Diego en fuerza del gozo que experimentaban.

—No puedo más, dijo Alberto.

Y entregando la carta á Fray Diego, le suplicó que continuase la lectura.

Éste, obtenida la vénia de Juan de Dios, continuó de este modo:

«Si como he oido muchas veces hay más alegría en el cielo por un pecador que se convierte, que por noventa y nueve justos que perseveran, hoy debe ser dia de gran regocijo en la morada de los bienaventurados, porque la conversion de Beatriz es un hecho.

«Y admiraos, hermano Juan: ¿De quién creeis que Dios se ha valido para llevar á cabo esta obra?

De quien ménos hubiera podido esperarlo la prudencia humana. No ha escuchado el discurso de ningun doctor, ni de otro hombre versado en las ciencias divinas y humanas. La voz de una pobre mujer, de una campesina, sin la menor instruccion, ha penetrado en su corazon, haciéndola reconocer sus errores y poniéndola en camino de salvacion. ¡Cuán incomprensibles son los juicios del Señor á la menguada inteligencia humana!

«¿Qué falta ahora? Tan sólo que vengais á coronar la obra. Se halla en su propia casa, y yo no me separo un momento de ella. ¡Venid, hermano Juan de Dios! venid sin tardanza: ella os recibirá con la mayor alegría, y vos con vuestras santas reflexiones la fortaleceréis en sus buenos propósitos y la señalaréis la regla de conducta que ha de seguir en adelante. Desea veros y espero en vuestra caridad que la daréis este consuelo.

«Ella y yo nos encomendamos á vuestras oraciones.

«De vos, humildísima sierva

VICENTA.»

—¡Feliz culpa, que tal arrepentimiento tuvo! exclamó Juan de Dios, cuando se hubo terminado la lectura de la carta.

Fray Diego exclamó: no me sorprende lo que he escuchado, porque es un acontecimiento que esperaba. Vos, padre nuestro, nos lo habiais anunciado, y esto

nos hacia esperar llenos de confianza un resultado tan favorable como el que se ha obrado.

—¿Qué deberé yo hacer ahora? preguntó Alberto.

—Estaos quieto, dijo Juan de Dios.

—¿No os parece prudente que me presente á mi esposa para fortalecerla con mis consejos y ayuda?

—Aún no es hora, y ya que habeis sido resignado para esperar tanto tiempo, os suplico que espereis un poco más. No tardará el momento suspirado.

—Haré gustoso cuanto me ordenéis y os ofrezco no tener desde este momento nuevas exigencias. Vos me ordenaréis lo que creais más prudente.

—Mucho me agrada veros con tanta docilidad. Creo que al presente no teneis el menor motivo de arrepentimiento por haber seguido mis pobres consejos.

—Antes por el contrario, ellos han sido mi salvacion: ellos me conducen á la felicidad. ¿Cómo os retribuiré tan inmenso beneficio?

—Viviendo en adelante con rectitud, cristianamente y sin separaros de los caminos de la justicia. De este modo, si algo he podido hacer en vuestro favor, me llamaré recompensado con usura.

La conversacion se prolongó por algun tiempo y siempre sobre el mismo tema; esto es, sobre la conversion de Beatriz, acontecimiento que fué para todos motivo de un gozo tan extraordinario.

Su término fué arrodillarse Juan de Dios ante una

imágen del Crucificado y rezar acompañado de Alberto y de Fray Diego, que siguieron su ejemplo, un devoto *Te-Deum.*

Aquel fué un dia de verdadero gozo para Alberto.

Es una verdad que las buenas acciones engendran y robustecen el cariño, así como las malas le aminoran.

Atendido á este principio, Alberto debia aborrecer á su esposa que tanto habia martirizado su corazon.

Y así hubiera sido sin los consejos de Juan de Dios, que del modo que hemos visto en el curso de esta historia, habia fortalecido su alma haciendo nacer en él pensamientos verdaderamente cristianos y por consiguiente nobles y generosos.

Si bien no habia dejado de pensar un sólo dia en Victoria, en aquella inocente doncella que habria formado la felicidad de su vida y á la que neciamente abandonára cuando nació en su corazon la funesta pasion que le llevó á Beatriz, la miraba como á un ángel, con el más profundo respeto, sin que germinára en su mente ninguna idea que no fuese pura.

En cuanto á su esposa, habia empezado por compadecerla, y habia terminado por amarla.

Juan de Dios le habia asegurado que á su lado habia de ser feliz y ya sabemos el efecto que en su alma producian las palabras del santo religioso.

De consiguiente, la noticia del cambio que en Bea-

triz se habia obrado, no pudo ménos de llenarle del más profundo regocijo.

Se habia conformado gustosamente á no apartarse en nada de la voluntad de su benéfico protector.

Por eso se resignaba ahora á esperar.

De no ser así, hubiese corrido precipitadamente á echarse en los brazos de Beatriz, para constituirse desde aquel momento centinela de su virtud.

—¡Un buen amigo, decia, es un tesoro! ¿Donde podria haber hallado un amigo semejante á Juan de Dios? Él, desinteresadamente, ha trabajado con la mayor constancia en mi favor y en bien de mi desgraciada esposa. ¡Qué diferencia entre él y los amigos que generalmente se encuentran en el mundo! Estos lo son en el tiempo de la prosperidad y nos abandonan en el dia de la desgracia. Juan de Dios, por el contrario, se sacrifica por el bien de los que ama, y en su corazon existe el amor universal, el amor á todas las criaturas. ¡Bendito sea!

CAPITULO XLIX.

De cómo Juan de Dios prepara el coronamiento de su obra.

Como era natural, Juan de Dios quiso ver por sus ojos los adelantos hechos por Beatriz en el camino del bien.

En su buen discernimiento comprendió que era llegada la hora de presentarse á ella, de alentarla con sus consejos, de fortalecer sus buenas ideas recientemente adquiridas, y de preparar el acontecimiento que debia verificarse, consistente en la reunion del matrimonio.

La obra no era ciertamente baladí.

Se trataba de una mujer que le habia profesado un odio implacable.

De una criatura que por espacio de mucho tiempo

se habia revolcado por el cieno asqueroso de las pasiones más desordenadas.

En personas de esta clase, los repentinos arrepentimientos suelen ser ráfagas de piedad muy pasajeras.

Porque el hábito del mal los sofoca con la mayor facilidad por desgracia.

¿Volveria Beatriz á poner nuevamente sus piés en el camino del que felizmente se habia apartado?

No era creible.

Juan de Dios no lo temia.

Él sabia, por revelacion, que aquella mujer estaba destinada á edificar tanto como habia escandalizado, á convertirse en una nueva Magdalena; y esto disipaba necesariamente en él toda clase de temores.

Animado, pues, de los mejores deseos, el dia siguiente al en el que recibió la carta de doña Vicenta, se dispuso á visitar á Beatriz.

Para esto se preparó del modo que siempre lo hacen las almas justas para la realizacion de las grandes empresas.

Postrado al pié del Crucifijo oró fervorosamente.

Jesucristo es como un libro abierto, escrito por dentro y fuera, lleno de las más elocuentes lecciones.

En este libro principalmente aprendieron la ciencia de salvarse los que han llegado á ser contados en el número de los bienaventurados.

En él aprendieron y llegaron á ser maestros consumados los que, impulsados por la caridad, abando-

naron patria, bienes y parientes, dirigiéndose á lejanas é incultas tierras para alumbrarlas con la clara y refulgente luz del Evangelio.

Y en este libro precioso y de valor inestimable, Juan de Dios, ignorante en la sabiduría del siglo, se hizo verdadero sabio en la sabiduría de Dios.

Su oracion duró una hora.

Después de ella se levantó animado.

Estaba dispuesto, si era necesario, á entrar impertérrito en las batallas del Señor.

La alegría se hallaba retratada en su rostro.

Salió del Hospital y se dirigió á la casa de Beatriz, sin detenerse en parte alguna.

Llegó á ella.

Llamó y le abrió doña Tadea, franqueándole inmediatamente la entrada.

—Pasad recado á doña Vicenta, dijo el religioso.

No fué necesario hacerlo.

Doña Vicenta se presentó en el momento.

—¡Oh, cuánto me alegro de que hayais venido! exclamó.

—Pues aquí me teneis.

—Beatriz se halla retirada en su habitacion, y así podrémos hablar ántes de que la veais. Venid conmigo.

Y Juan de Dios siguió á doña Vicenta que le condujo á un gabinete.

—Servíos tomar asiento, hermano Juan de Dios, le dijo.

—Vamos, ¿qué tenemos?

—¿Recibísteis mi carta?

—Y por cierto que me ha llenado de gozo. Dios se ha dignado escuchar las oraciones de su humilde siervo. ¿Sigue con las mismas disposiciones?

—Cada momento que pasa se arraigan más en su corazon los buenos propósitos.

—¡Loado sea Dios!

—Como os decia en mi carta, creo que sólo falta una visita vuestra para que la conversion sea un hecho. Vos, es indudable que la trataréis con la mayor benevolencia y conseguiréis de ella cuanto sea necesario. ¡Quién lo habia de creer!

—Yo lo creia y lo esperaba.

—Estaba el mal muy arraigado.

—Verdad es; pero Dios sabe hacer cuando es su voluntad de las piedras hijos de Abraham.

—Pues bien; venid en pos de mí: quiero darla la grata sorpresa de vuestra presencia.

—Vamos.

Doña Vicenta se dirigió á las habitaciones de Beatriz.

Abrió la puerta y la vió sentada en una silla sujetándose la cabeza con la mano derecha y en actitud de meditar.

—Beatriz, dijo doña Vicenta llamándola.

—¿Qué quieres? preguntó aquella levantando la cabeza.

—Aquí tienes una visita.

Y dirigiéndose al religioso, le dijo:

—Podeis pasar.

Juan de Dios penetró en aquella habitacion.

Beatriz fijó en él su vista.

Al reconocerle, exhaló un grito de sorpresa.

Con velocidad extraordinaria se levantó, y postrándose á los piés del religioso empezó á dar grandes sollozos.

—Levantaos, hija mia, levantaos, dijo Juan de Dios.

—¡Oh! Me avergüenzo de estar en vuestra presencia. Perdonadme.

—Con todo mi corazon, para que el Señor me perdone mis faltas que son bien graves por cierto. Os suplico que os levanteis, sino yo me postraré tambien.

Entre el religioso y doña Vicenta la levantaron y la colocaron en el sillon que ántes ocupaba.

Beatriz sentia verdaderamente rubor de mirar frente á frente al Hospitalario, y seguia cubriéndose el rostro con las manos.

Doña Vicenta, obrando con prudencia, se retiró á la habitacion inmediata.

Viendo Juan de Dios la actitud de Beatriz y que continuaba en sus sollozos, la dijo:

—Vamos; sosegaos. Esas lágrimas os purifican porque son de verdadero arrepentimiento.

—¡Ay, hermano Juan de Dios! exclamó por fin.

Yo no he estado en mi completo juicio. Dios me habia dejado de su mano.

—Nó, hija mia: no es Dios el que deja á sus criaturas; por el contrario, son estas las que le dejan. Si no os hubieseis apartado del cumplimiento de vuestros deberes, es indudable que no hubieseis experimentado tantas aflicciones y desgracias.

—Es verdad.

—Pero al presente sólo debeis acordaros de vuestras faltas de la vida pasada, para detestarlas y llorarlas. Dios se ha mostrado con vos pródigo en misericordias. A pesar del abandono en que viviais, ha venido á vos y ha colocado vuestros piés en el ameno camino de la salvacion.

—¡Ah! Yo he visto este camino.

—¿Lo habeis visto?

—Sí: ha sido una vision, un sueño.

—¿Y cómo es?

—Estrecho y cubierto de abrojos: es muy difícil sostenerse en él.

—Con la gracia de Dios todo es fácil.

—Y vos caminábais por él con una seguridad admirable.

—¡Ojalá fuese así!

—Lo es; yo os ví, y en pos de vos á Victoria, á ese ángel á la que tanto he ofendido, y tras vosotros á Fray Diego, al que perdono desde ahora ofensas que me ha hecho, por que tambien me ha edificado en mi vision.

La modestia de Juan de Dios no le permitió hacerle más preguntas sobre aquel sueño.

Ella continuó:

—Vos debeis odiarme, hermano Juan.

—¡Yo! ¿Por qué?

—Porque os he ofendido en gran manera. Deseo confesar mi pecado. En mi locura, yo os aborrecia porque os creia mi mayor enemigo, y hasta veia en vos ¡qué vergüenza! el patrocinador de criminales amores entre mi esposo y la inocente Victoria. Por esto digo que debeis odiarme.

—Pues os engañais, Beatriz: os engañais. Léjos de odiaros, os amo extraordinariamente en Jesucristo, y haria cualquier sacrificio por salvaros. Yo, á Dios gracias, no conozco el odio ni la mala voluntad: amo á todo el mundo, pero más especialmente á los que son mis enemigos. Dios me manda hacerlo así, diciendo en el Evangelio : «Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen , y rogad por los que os persiguen y calumnian». Comprended ahora, si podré odiaros, si no os amaré sabiendo que habeis sido mi más implacable enemiga.

—¡Cuán bueno sois!

—No soy bueno, pero trabajo para serlo. En este sentido debemos trabajar todos. ¿No hemos sido criados para servir y amar á Dios en esta vida y verle y gozarle después en la eterna? Pues á este fin debemos dirigir nuestros pasos en tanto que somos viadores.

—¿Y creeis que habrá perdon para mí?

—Por grandes que sean vuestros pecados, ninguno igualará en gravedad al que cometeréis si dudais de la misericordia divina.

—¡Qué consuelo experimento con vuestras frases!

—La bondad de Dios es infinita.

—¿Y me querreis decir que es de Alberto?

—Alberto os perdona y os ama.

—¿Le veré? ¿Volverá á darme el título de esposa?

—Muy pronto.

—¿Dónde se halla?

—Muy presto se encontrará á vuestro lado.

—¿Quién lo traerá?

—Yo.

—¡Vos!

—Sí, yo que soy el instrumento, aunque indigno, que el Señor ha escogido para dispensaros sus bondades.

—¡Ah! ¡Por qué habré estado ciega! ¡Por qué no os habré comprendido ántes de ahora! Creo vuestras palabras y ya tengo por indudable que veré á mi Alberto. ¡Pobre esposo mio! ¡Cuánto le he hecho padecer!

Y al pronunciar estas frases volvió á llorar.

Después añadió:

—Otra gracia deseo merecer de vos.

—¿Cuál es?

—Yo he ofendido miserablemente á Victoria, á esa

jóven virtuosa de la que tanto tengo que aprender. Quisiera verla, postrarme ante ella, y escuchar de sus labios una palabra de perdon.

—La veréis.

—Gracias, hermano Juan de Dios.

—Empero, ántes que todo debeis practicar una diligencia que es del mayor interés.

—Decid.

—¿Os guiaréis de mis consejos?

—Juro que serán mandatos para mí.

—Pues bien; mañana muy temprano iréis en busca del Padre Maestro Avila, varon muy santo y muy conocedor del corazon humano. Con él haréis una confesion de todas vuestras culpas para reconciliaros con Dios. Luego que hayais hecho esto, que os hayais fortalecido con el Pan de los Angeles, todo lo demás corre de mi cuenta.

—Lo haré, y sabed que no deseo otra cosa. Me tardan los momentos de lavarme en las hermosas y cristalinas aguas de la Penitencia.

—Siendo así, me retiro satisfecho.

—Repetidme ántes que me perdonais.

—Ya os he dicho que con todo mi corazon.

—Tambien Dios me perdonará, porque mi arrepentimiento es de corazon.

—Lo conozco, y el Señor os conceda la perseverancia final, porque únicamente el que persevera hasta el fin es salvo, como nos dicen los libros santos.

—¿Que deberé hacer?

—No salgais de casa más que con el objeto que os he dicho, y ya sabeis que á mi cargo queda todo lo demás.

—¿Encontraréis á Alberto?

—Ya os he dicho que vendrá á vos. ¿No teneis fé en mis palabras?

—Completa.

—Pues en este caso estad tranquila. ¿Cuándo iréis á veros con el P. Avila?

—Mañana mismo.

—Veréis que inmenso consuelo recibiréis con la absolucion. Os parecerá que entrais en una nueva vida.

Después de algunas otras reflexiones dirigidas todas al mayor bien de Beatriz, Juan de Dios se despidió de ella.

Iba como fuera de sí de alegría.

Un alma perdida se habia puesto en camino de salvacion.

Y para el santo religioso esto era de más valor que todos los tesoros del mundo.

Aún le quedaba que trabajar en favor de Beatriz.

Con la mayor satisfaccion de su alma veia que felizmente se habian abierto sus ojos al conocimiento del bien, y que entraba con gran decision en tan hermosa senda.

La redencion de un alma era para aquel siervo de

Dios el asunto más importante del mundo, porque en efecto, no hay ningun otro de más felices consecuencias y nada le hubiesen parecido todos los sacrificios imaginables, por conseguir este objeto.

En Beatriz reinaba ya el espíritu de Dios.

¿Qué faltaba?

¿Qué más podia hacer por ella el santo religioso que se habia constituido su protector?

Ya lo veremos en los capítulos siguientes.

CAPITULO L.

Del cambio que Juan de Dios obra en el corazon del doctor Gutierrez de Pinedo.

Natural era el regocijo de Juan de Dios que, como hemos dicho, veia satisfechos sus deseos de ver á Beatriz entrar en el buen camino, detestando su pasado.

Es notable la diferencia que se advierte entre los hombres de la materia y los del espíritu.

Procuran los primeros satisfacer cumplidamente no sólo sus necesidades, sino aún sus caprichos, y dedican todos sus afanes, todos sus cuidados y vigilias al aumento de los bienes materiales que poseen, sin parar mientes en las necesidades ajenas, porque el *yo* es la ley suprema á la que obedecen y prestan acatamiento.

Y como es tan crecido el número de estos hombres, de aquí el que el egoismo haya venido á ser el rey de

la sociedad humana. ¿Qué importan al materialista las aflicciones ejenas? Los lamentos del huérfano abandonado, el llanto desconsolador de la infeliz y desgraciada viuda, los amargos quejidos que exhala el enfermo en el lecho del dolor, son cosas de poco momento para aquel que vive desgraciadamente dominado por el egoismo.

De otra manera muy diversa piensan y obran los hombres de la fé, los que miran como lugar de tránsito el mundo en que habitamos, y fijan su pensamiento en la vida que tiene su comienzo al otro lado de la tumba. A estos los hemos visto mil veces abandonar su patria, atravesar los mares, penetrar por vastos desiertos, llegar á incultas islas, no por proporcionarse riquezas y futuro bienestar, sino con el objeto de sacrificarse en beneficio de sus semejantes.

Empero, basta á nuestro objeto fijar la atencion en Juan de Dios, uno de los grandes héroes del Cristianismo, cuyo heroismo estuvo basado en la caridad. ¿No le era suficiente á su objeto dedicar todos sus cuidados á los pobres enfermos, constituirse en padre de tantos desgraciados? Poco le parecia esto y extiende sus cuidados á otras muchas aflicciones. ¿Hay quien llore? Allí está Juan de Dios para enjugar las lágrimas y dar consuelo. ¿Existe una necesidad de cualquier clase que sea? Apénas llega á conocimiento de Juan de Dios, se alcanza por él el remedio.

La caridad de este héroe de la Religion tenia todas

las cualidades que á esta virtud señala el apóstol San Pablo, diciendo que es benigna, paciente, qúe no es envidiosa, ni obra precipitadamente, que no busca su propio provecho, que no se mueve á ira ni piensa mal, y que, por último, todo lo sobrelleva, todo lo soporta.

Así le hemos visto sufrir injurias sin impacientarse, contradicciones sin exasperarse, y correr siempre, no en su propio provecho, sino en el de sus hermanos.

¿Qué lazos le unian con Alberto y con Beatriz?

Ninguno.

¿Por qué entónces tantos afanes por ellos?

Es que Juan de Dios se debia á todos.

Desde que comprendió que en aquella familia habitaba el espíritu de la discordia, que no existia la paz, que faltaban las virtudes, se dispuso á salvarla hasta á costa de su propia vida si hubiese sido necesario.

No existian otros lazos que los de la caridad.

Estos son seguramente los más fuertes.

Y ya hemos visto como llegó al término de sus ardientes deseos.

Satisfecho ya de Beatriz porque la veia entrar en buen camino, faltábale aún una diligencia que practicar y esta era por cierto muy importante.

Teniendo en cuenta ciertas circunstancias, la prudencia humana hubiese tenido por temeraria la nueva empresa en la que quiere entrar el santo religioso.

¿Cual era esta?

Hacer que el doctor Gutierrez de Pinedo, renun-

ciase á su peticion de que se siguiera la causa á Beatriz.

¿Quien no conoce la dificultad de tal empresa?

Sabemos que aquel médico habia pedido que á él fuese aplicado el castigo si, juzgada Beatriz con toda rectitud de justicia, salia absuelta. Salta, pues, á la vista que habia de tener un grande empeño en que el asunto se llevase adelante.

No dejó Juan de Dios de hacer reflexiones sobre el asunto, pero no por esto desconfió de salir airoso de su empresa.

Desde la casa de Beatriz se dirigió á la del médico.

Este le recibió muy complaciente.

Hízole sentar y le dijo:

—¿En qué puedo servir al hermano Juan de Dios?

—Tengo necesidad de hablaros sobre asunto de mucho interés, dijo el religioso.

—Dispuesto estoy á escucharos, y así podeis dar principio si os place.

No habia pasado por la imaginacion del doctor el asunto que á Juan de Dios llevaba á su casa.

Lo que pensó, fué que trataba de proponerle el que asistiese á los enfermos de su Hospital, lo que no dejaba de halagarle porque esto aumentaria sus recursos.

Juan de Dios le dijo:

—Tal vez extrañaréis el motivo que á vuestra presencia me conduce.

—Sea cualquiera, tendré una gran satisfaccion en serviros.

—Pues esto me dá confianza.

—Hablad, pues.

—Vengo á hablaros de esa pobre señora, que habiendo sido absuelta por un tribunal de justicia va á verse nuevamente, y á instancias vuestras.....

—Os suplico que no me hableis de ese asunto.

—Pues siento mucho que un hombre de honor no sepa sostener su palabra y que falte á ella en el momento mismo de haberla dado.

—No os comprendo.

—Me acabais de decir que cualquiera que fuese mi peticion tendríais una satisfaccion en servirme. Creo no haber oido mal

—Lo he dicho en efecto.

—Y sin embargo, apénas he abierto los labios pretendeis hacerme callar.

—Es que nunca podia imaginar que vinieseis con pretension injusta, vos que como religioso debeis amar la justicia.

—Pues habeis pensado muy ligeramente al juzgar que yo queria constituirme defensor de malas causas.

—Os pido que me perdoneis; pero al hablar de esa mujer y no pudiendo creer que sea vuestro objeto venir á agravar su triste situacion, debia juzgar que veníais á pretender que desistiese de mi propósito, lo que por otra parte no seria ya posible toda vez que se

halla ya en Granada el nuevo juez que para entender en la causa ha sido enviado por Su Majestad.

—Pues yo os suplico que me escucheis sin prevencion de ninguna clase. Como comprendeis, á nada puedo obligaros, y si he de dirigiros alguna súplica no será ciertamente en detrimento de la justicia.

Habia tal dulzura en las palabras del religioso, era tal el don de gentes que tenia, que el médico se sintió atraido por él y le respondió:

—Decid, pues, lo que gusteis sin temor de que pueda incomodarme ni responderos de un modo inconveniente.

—Os doy las gracias por vuestra bondad y empezaré por haceros una pregunta.

—Veamos.

—¿A qué responde el empeño que habeis demostrado en la pérdida de esa desgraciada señora?

—Al deber en que todos estamos de mirar por el bien de la sociedad. ¿Por qué con tanta oportunidad se procede en tiempo debido á la poda de los árboles? ¿No ės para arrancar de ellos las ramas inútiles ó secas que perjudican el desarrollo de las demás?

—Ciertamente.

—Pues teneis la respuesta. Del árbol social deben separarse las ramas corrompidas para que no inficionen todo el árbol. Calculo que vos obrais de la misma manera en vuestro Hospital. ¿No colocais en departamento separado á aquellos enfermos que pa-

decen enfermedades contagiosas para que estas no se propaguen al resto de los que teneis albergados?

—Así es.

—En este caso....

—Empero, cuando están perfectamente curados; cuando tengo la seguridad de que no existe el menor peligro, pongo término al aislamiento y no encuentro dificultad en que vuelvan á reunirse.

—Convenido, y en eso obrais con exquisita prudencia.

—Veo que nos hemos de entender.

—Hasta ahora.....

—¿Creeis que doña Beatriz sea un miembro corrompido del cuerpo social?

—Tengo evidencia.

—Lo que me hace comprender que los hombres de ciencia tambien se equivocan.

—Por mi parte no tengo la pretension de ser infalible, pero en el caso que nos ocupa no creo engañarme; y, si vos juzgais lo contrario, podeis convencerme de ello. Yo no estoy dominado por el orgullo: oigo á todo el mundo y muy especialmente á las personas que como vos me son respetables por su reconocida virtud.

—Gracias os doy por el concepto que os debo, por más que carezca por desgracia de esa virtud que me atribuis. ¿Creeis que Beatriz es verdaderamente culpable de los delitos de que fué acusada?

—Firmemente: yo mismo extraje el veneno de las entrañas de la pobre doncella que fué su víctima.

—Yo tambien lo creo; digo poco; yo sé que ella fué la autora del crímen preparado no para la doncella sino para otra persona.

El médico frunció las cejas y miró fijamente al religioso, extrañando aquella confesion en el que venia á impetrar gracia por la culpable.

Hasta aquel momento habia creido que el religioso si se interesaba por Beatriz era porque no creia en su culpabilidad.

Comprendió Juan de Dios su extrañeza y se sonrió dulcemente.

—Parece, dijo, que os habeis sorprendido por la confesion que acabo de hacer.

—Así es, dijo el médico.

—Yo me debo á la verdad y por nada del mundo faltaré á ella. Repito, pues, que Beatriz es culpable.

—Luego, entónces no tendréis la pretension de impetrar gracia en su favor, aunque estuviese en mi mano el otorgarla, que no lo está.

—Si Beatriz fuese hoy miembro corrompido de la sociedad, no seria yo ciertamente el que me opusiese á que este miembro fuese podado.

—Os confieso, hermano Juan de Dios, que cada vez os comprendo ménos. Por una parte la creeis culpable y por otra no veis en ella un miembro corrompido de la sociedad.

—La explicacion de todo esto es ciertamente muy sencilla y con facilidad podeis comprenderme.

El médico estaba verdaderamente aturdido.

No comprendia al religioso, pero estaba ganado por él.

Veia en el que le hablaba un hombre superior á los demás, que todo lo dominaba con su palabra y que era un perfecto anatómico del corazon humano.

—Acabad de una vez de explicar vuestro objeto, dijo á Juan de Dios.

—Mi objeto es muy sencillo y está explicado en muy pocas palabras. La Beatriz que hoy es nuevamente perseguida por instancias vuestras; esa mujer á la que os habeis empeñado en hacer encerrar por vida en una prision, ó tal vez entregarla en manos del verdugo, no es la misma con quien hablásteis al lado de la inocente víctima que descendió al sepulcro. Aquella mujer réproba, dominada por las pasiones, capaz de cometer cualquier crímen por satisfacer una venganza, ya no existe, y de consiguiente no puede perjudicar á la sociedad. En vez de aquella, tenemos una segunda Magdalena, una mujer arrepentida que llora amargamente sus faltas pasadas y que está dispuesta á edificar con sus virtudes á aquellos mismos para los que en dia fué piedra de escándalo. ¿Me comprendeis, señor doctor?

—¡Oh, sí! Os comprendo. Creo vuestras palabras; pero, por más que esté arrepentida, ¿deberán quedar

impunes sus pasados delitos? ¿No es justo que los expie? Yo creo que lo comprendereis perfectamente. Dios que es justo en todas sus obras no deja sin expiacion los crímenes de los hombres.

—Dios une al atributo de la justicia el de la misericordia, y cuando el pecador lava con lágrimas de penitencia sus pecados, le mira con ojos de piedad, le perdona y le recibe en sus brazos.

El médico inclinó la cabeza.

Juan de Dios insistió:

—¿No habeis nunca ofendido á Dios?

—¡Oh! Por desgracia.

—¿Y no deseais ser tratado con misericordia?

—Sí, señor.

—Pues habeis de empezar por ser misericordioso.

—¿Qué quereis que haga?

—No volver á pedir nada contra Beatriz, que hoy está completamente regenerada.

—No pedir nada contra ella, es pedir mucho contra mí, por que teniendo un gran convencimiento de la realidad del crímen, he pedido que caiga sobre mí la pena en el caso de que ella no sea declarada culpable.

—Lo sé.

—¿Y os parece justo que ella haya cometido el delito y que yo sufra el castigo?

—Nada sufriréis.

—Además: yo, como comprendeis muy bien, nada puedo hacer hoy en el estado en que se halla el asunto.

—Podeis mucho.

—¿De qué modo?

—Dejando obrar al juez don Pedro Saavedra, desentendiéndoos completamente de todo. Si así lo haceis, él la sacará en bien, y vos nada tendréis que sufrir.

—¿Me lo asegurais?

—Os empeño mi palabra.

—Pues permitidme que os haga una pregunta.

—Hacedla.

—¿Por qué de tal modo os ocupais de esa mujer y tal empeño teneis por salvarla?

—Me ocupo de ella como en igual caso me ocuparía de vos. Es desgraciada, y yo me debo á los desgraciados. Ha estado muy gravemente enferma del alma, y tomé empeño en su curacion, que felizmente he visto realizada. No ha sido colocado el hombre sobre la tierra para ser una planta parásita, sino para hacerse benéfico á otras existencias. De esto nos dan nobles ejemplos los mismos irracionales y hasta las criaturas inanimadas. ¿No veis como el grano de trigo arrojado á la tierra se convierte en espiga, reproduciéndose maravillosamente para que la humanidad tenga alimento? ¿No veis el sol en su giro constante y uniforme cumplir siempre su mision, dando con su luz vida á la naturaleza? ¿No veis como todo obedece á las leyes que le han sido impuestas por el Criador? Así nosotros debemos tambien obedecer las que nos ata-

ñen y la principal de ellas es la caridad para con nuestros semejantes. Hé aquí, señor doctor, el móvil de mi conducta. Esa mujer necesita una mano que la sostenga en el buen camino por el que felizmente ha penetrado, y yo le extiendo la mia, aunque débil, para que le sirva de apoyo. Si fuese condenada, es muy fácil que la desesperacion se apoderase de ella y dejara de ofrecer los sazonados frutos que espero ha de producir.

—Es demasiada abnegacion por vuestra parte.

—Cumplo con mi deber. Muchos creen que, cuando más, se deben á su familia. Yo me debo á la humanidad entera, por que todos tenemos un mismo orígen: todos somos hijos de Dios.

—Basta, hermano Juan de Dios, exclamó el médico. Vuestras palabras han llegado al fondo de mi corazon. Desde este momento me desentiendo completamente de ese asunto, y vos os las podeis arreglar con el juez. Creo que ningun mal podrá sobrevenirme cuando así me lo habeis asegurado. Obrad como gusteis.

Juan de Dios le dió las gracias por haber accedido á sus ruegos, y despidiéndose de él abandonó su casa.

El médico, al verle partir, exclamó:

—Verdaderamente este es un hombre extraordinario, del que hay mucho que aprender y no poco que imitar. Ha hecho de mí lo que ha querido. Dios perdone á Beatriz y me perdone tambien.

Juan de Dios inundado de gozo partió á casa de don Pedro Saavedra, al cual refirió su conversacion con el médico.

—Pues bien, dijo el juez; todo ha terminado. Yo partiré muy pronto; daré cuenta á Su Magestad de todo lo ocurrido, y estoy en la seguridad de que aprobará el que no haya tocado á la causa. ¿Estais contento?

Juan de Dios se arrodilló, y juntando las manos ante el pecho exclamó:—¡Digno sois, oh Señor, de que toda lengua cante vuestras alabanzas, por que es eterna vuestra misericordia!

Después se levantó radiante de alegría.

Su objeto noble y generoso estaba cumplido.

El juez, sin que él pudiese impedirlo, le tomó una mano y se la besó.

Estaba edificado al ver aquel perfecto dechado de santidad.

CAPITULO LI.

El abrazo de la reconciliacion.

En la vida de Beatriz se ha obrado una trasformacion admirable. A su antigua pasion habia sucedido la hermosa calma, á sus vicios la virtud. Su altanería se habia convertido en humildad, su escepticismo en fe. La visita que habia recibido de Juan de Dios la fortaleció en sus buenos propósitos, y el sabio P. Avila, el llamado con justicia *Apóstol de Andalucía,* habia derramado sobre su alma el bálsamo del consuelo reconciliándola con Dios por medio de los Sacramentos.

Su corazon rebosaba en dulces expansiones, pero lloraba de contínuo.

No eran ya aquellas lágrimas de soberbia que ántes la arrancára el despecho y que la hicieran concebir horribles pensamientos de venganza.

Era sí, que miraba á su pasado y se horrorizaba; que contemplaba el peligro en que habia estado de perder su alma y se confundia, al tiempo que contemplaba la gran misericordia que Dios habia usado con ella sacándola del lodazal de la culpa y purificando su alma. Sobre las ráfagas de la terrible tempestad ántes levantada sobre su alma, veia levantarse á Dios en su incomprensible grandeza.

El dia siguiente al de la visita que de Juan de Dios recibiera, hizo su confesion general con el P. Ávila, el cual atendido á su arrepentimiento y dolorosas lágrimas no la detuvo la absolucion. Alimentada con el Pan de vida, se retiró á su casa y pasó el dia entregada á ejercicios piadosos.

Al siguiente muy de mañana acudió nuevamente al templo.

Allí permaneció por espacio de dos horas.

Su alma no encontraba consuelo más que al pié de los altares.

Una escena tiernísima se preparaba que no era por ella ciertamente esperada.

Empero, la Providencia dirigia todos los sucesos.

Victoria estaba al corriente de todo cuanto ocurria en la vida de Beatriz.

Sabia por Juan de Dios la trasformacion que en ella se habia verificado y que su conversion era sincera.

Esto la habia producido una alegría inmensa.

Porque Victoria, segun hemos podido ver por cuanto llevamos escrito, nunca habia abrigado en su corazon odio contra la mujer que la habia arrebatado su dicha, quitándola el amor de Alberto al que ella habia amado con todo su corazon.

Antes por el contrario la compadecia, y aún la amaba, pues tales prodigios sabe hacer la caridad cristiana.

Ni el hecho de haberla tenido secuestrada y haberla hecho sufrir tantas amarguras habia podido hacerla mudar de sentimientos.

Deseaba sinceramente que abriese sus ojos á la luz de la verdad, que se reconciliase con Alberto y que ambos fuesen felices.

Tales eran las aspiraciones de aquella alma justa, de aquel ángel del amor cristiano.

Puede por lo tanto suponerse cuan extraordinario seria su regocijo por la regeneracion de Beatriz.

Ganosa se hallaba de verla, de abrazarla, de felicitarla con toda la efusion de su alma.

Empero, nada hubiera hecho sin el mandato de Juan de Dios, de aquel santo varon al que tanto debia.

Todos estaban sujetos á su voluntad y á sus mandatos.

Beatriz por su parte no hubiera movido un pié sin su orden expresa.

Alberto esperaba sin impaciencia á que él le avisase que era llegada la hora de recibir en sus brazos á su esposa.

Victoria habia salido muy temprano de su casa, para visitar á una enferma que necesitaba de sus cuidados.

Desempeñada esta caritativa obra se dirigió á la iglesia para cumplir los deberes de cristiana.

Era precisamente la misma iglesia donde residia su director el P. Ávila y en la que en aquellos momentos se hallaba Beatriz.

Ambas mujeres se encontraron en el átrio.

Al tiempo que Victoria iba á entrar, Beatriz salia.

La primera llevaba los ojos bajos y no reparó en Beatriz.

Empero, esta vió y conoció á Victoria.

Un grito de sorpresa se escapó de sus labios.

Esto hizo que Victoria levantase la vista y la reconociese.

—¡Beatriz! exclamó.

Esta sin pronunciar palabra cayó de rodillas en presencia de la pudorosa jóven y empezó á sollozar amargamente al tiempo que la abrazaba las piernas.

—Levantaos, por Dios, levantaos, exclamó Victoria, ayudándola al mismo tiempo para que lo hiciese.

De labios de Beatriz tan solamente salió una palabra:

—¡Perdon!

Algunas personas que entraban ó salian en el templo, quedaron paradas á vista de aquella escena.

Victoria que consiguió levantar á Beatriz se acercó á su oido y la dijo:

—Vámonos de aquí: estamos llamando la atencion de la gente.

Beatriz tuvo entónces un momento feliz, un rasgo de humildad profundísima.

Miró á las personas que se habian parado y exclamó:

—No extrañeis esto, señores. Esta jóven es una santa, y yo la he perseguido, la he calumniado, la he causado mucho mal. Estoy arrepentida y la pido perdon de mi gravísima culpa.

Todos guardaron un respetuoso silencio.

Victoria estaba aturdida.

Su modestia se hallaba mortificada.

Así es que sin pronunciar palabra, la tomó por el brazo y casi arrastrándola, por que ella queria repetir su pública confesion, la condujo á su casa, en la que entraron ambas.

Doña Vicenta cuando las vió juntas se alegró en gran manera.

Beatriz estaba casi desfallecida.

La emocion habia sido terrible.

Cayó sobre un sofá y allí se entregó de nuevo á los sollozos y á las lágrimas, que eran acompañadas por las de Victoria y doña Vicenta.

El ángel bueno cernia ya sus blancas alas sobre aquella casa, y cobijaba bajo ellas á aquellas tres

almas, una de èllas inocente, dos purificadas por el arrepentimiento.

Esmeráronse así Victoria como doña Vicenta en tributar sus cuidados á Beatriz hasta que lograron tranquilizarla aunque no por completo.

—Rubor me causa, dijo Beatriz á Victoria, el miraros al rostro.

—¿Por qué? preguntó esta.

—¿Teneis necesidad de que lo diga? Os he causado mucho mal: he sido muy mala para vos. Debeis odiarme, Victoria, porque yo no soy digna de otra cosa.

—¡Odiaros!

—Justamente.

—Pues tened entendido que os amo con todo mi corazon.

—¡Es posible!

—Como lo ois.

—¿Se puede amar de esa manera á quien ha ofendido del modo que yo lo he hecho?

—Dios lo manda y no ordena imposibles á sus criaturas

—¡Cuanta virtud!

—No es virtud, Beatriz; es solamente el cumplimiento de un deber. Yo me felicito en el alma por vuestro actual estado y bendigo á Dios que se ha propuesto hacer de vos una santa.

—Por lo ménos una mujer arrepentida.

—El arrepentimiento conduce á la santidad.

—Todo cuanto me ha ocurrido, todos mis trabajos, las fuertes emociones que he experimentado, mis angustias por verme sujeta á un proceso criminal y las que me producian el pensamiento de un castigo terrible, todo ha sido una justa expiacion por mis pecados que son muy grandes. ¿Te acuerdas, Victoria (permíteme que nos tuteemos, porque nos hemos de amar como dos hermanas): te acuerdas con que crueldad te traté cuando te tuve en mi poder, los sobresaltos que te hice pasar cuando llena de despecho, impulsada por la soberbia, anhelante por vengar ofensas que no habia recibido, entraba de noche en tu prision.....

—Por Dios, no lo recuerdes.

—Sí; quiero recordarlo para confusion mia; ¿te acuerdas cuando entraba en tu prision, presa de espantosos delirios, armada de un puñal y amenazando tu preciosa existencia? ¿Te acuerdas Victoria?

—Por Dios...

—Tu eras allí el ángel bueno al que Dios protegia, y yo la enviada de Lucifer para atormentarte. ¡Y aún me perdonas! ¡Y aún me amas!

—Con toda mi alma, Beatriz, con toda mi alma.

—Hasta el mismo que era mi cómplice, que me ayudaba, aunque pagado para que realizase mis inicuos proyectos, reconoció tu inocencia, se compade-

ció y te puso en libertad. ¡En todos los pechos ménos en el mio habia compasion!

—Basta, Beatriz: basta de recuerdo de cosas que pasaron: yo las he olvidado.

—Y eso que yo emponzoñé tu existencia.

—No sabias lo que hacias.

—Sí, que lo sabia; pero estaba dominada por las pasiones: yo era esclava de unos celos infundados y hasta criminales tratándose de tí, que eres una santa.

—Estoy muy léjos de serlo, pero me debo á la verdad y estoy en el caso de conservar mi honra. En cuanto á los celos no podian ser más injustos.

—Tú habias amado á Alberto.

—¡Oh, sí! Le habia amado con toda mi alma. Ha sido mi único amor en la tierra. Me habia dado palabra de ser mi esposo y yo esperaba la llegada del dia en que debia cumplirse su palabra con la misma impaciencia con que los judíos esperan aún la venida de un Mesías que no ha de venir, porque hace muchos siglos que apareció sobre la tierra. Le amaba con el amor más puro, sin que por mi imaginacion pasase jamás una idea á cuyo recuerdo tenga que ruborizarme: le amaba como el ave ama al aire que le ayuda á levantar su vuelo, como el pez ama el agua que es su elemento; pero en el momento mismo en que presencié su union contigo, desvaneciéndose todas mis esperanzas, renuncié completamente á su amor: trabajo me costó dominar mi corazon, pero le

dominé, porque todo es posible con la ayuda de Dios. Entónces mi amor que se hallaba concentrado en él sólo se convirtió en amor universal y me dediqué á amar más especialmente á los pobres y menesterosos: dedicada á la asistencia de las pobres enfermas, contando con la proteccion de Dios y los auxilios de su siervo el hermano Juan de Dios, mi vida es desde entónces una vida de sacrificios, pasada á la cabecera de las desvalidas enfermas. No pensé más en Alberto, porque el pensar en él hubiera sido un crímen, perteneciendo ya á otra mujer por lazos indisolubles. Deseo su bien, porque le amo, nó como le amé un dia, sino como al resto de las criaturas; y su bien lo veo cifrado en que vuelva á los brazos de su esposa y el que ambos os dirijais por el camino de la rectitud, cumpliendo con vuestros respectivos deberes. Tiempo ès ya de que esto se verifique y de que reine la hermosa paz en vuestra sociedad conyugal.

Beatriz escuchó con la mayor atencion el discurso pronunciado por Victoria.

Luego que esta hubo terminado, se levantó y arrojándose á su cuello empezó á besàrla con efusion.

—Te creo, Victoria, y doy entero crédito á tus palabras. Yo fuí una infame en alimentar mis infundados celos que me llevaron á cometer tantas maldades.

—Te abandonó el esposo que amabas, pero no fué, como ligeramente juzgaste, para reunirse conmigo, pues yo hubiese preferido mil veces la muerte á una

union criminal que hubiese perdido mi alma. Te abandonó, tal vez, por no poder resistir tus malos tratamientos ó por otras causas que ignoro.

—Bien: déjame terminar la confesion que te hacia.

—Tranquilízate.

—Déjame hablar.

—Sea como quieras.

—La manifestacion de mis culpas es una expiacion que me impongo y al mismo tiempo es un desahogo para mi corazon.

—Siendo así.....

—Te decia que, compadecido mi auxiliador en tu secuestro, te puso en libertad sin consentimiento mio, temeroso de que dejándome arrastar de mi despecho te quitase la vida, lo que tal vez hubiese sucedido. Hizo un bien del que hoy me alegro; pero yo, queriendo por una parte vengarme de él y por otra ganosa de que no pudiese comprometerme algun dia, revelando aquellos importantes secretos, determiné deshacerme de él.

Victoria hizo un movimiento de horror.

—Es verdaderamente horrible todo esto, continuó Beatriz. Yo me hice de un activo veneno, y después de efectuada una prueba que dió un rápido resultado en un pobre animalito, propiné la fatal pócima al que te habia dado la libertad. La casualidad hizo que en vez de ser él el que le bebiera, fuese una inocente doncella que estaba á mi servicio, y que pasó en pocos

minutos á la eternidad. ¡ Dios la tenga en su gloria! No desconfio de la misericordia de Dios, porque el P. Avila me ha alentado y fortalecido. Pero, ¿es verdad, Victoria, que mis crímenes son espantosos, horrendos, inauditos?

—Son grandes tus pecados, pero es aún más grande la misericordia divina. Tu arrepentimiento te purifica y ante tus ojos se presenta un risueño porvenir. Has buscado á Dios y le has encontrado. ¿Qué, pues, tienes que temer ya en el mundo? Si Dios está contigo, ¿quién será contra tí? No te apartes un momento de la senda que has emprendido; sigue los consejos que te habrá dado el sabio Padre Ávila, que es tambien mi director, y vive confiada en la misericordia divina.

—Yo he vivido ciega.

—Pero ahora tienes luz.

—Ahora conozco lo que siento no haber conocido ántes; esto es, que hay Providencia.

—¡Oh, sí! ¿Qué seria del mundo sin ella?

—Y yo espero que esta Providencia me auxiliará en el camino del bien.

—Eso es indudable.

—Te he encontrado hoy para mi felicidad, Victoria, y este encuentro lo juzgo tambien Providencial.

—Es posible.

—Porque tu presencia ha sido para mi corazon un bálsamo de consuelo. Ahora reconozco que sólo en la virtud está el bien.

—Así es, porque la virtud nos guia al cielo que es nuestra verdadera patria.

—¡Qué feliz me encuentro! Han terminado todas mis preocupaciones, y desde ahora buscaré en la práctica de la virtud la vida, la felicidad.

—¡Cuán inmenso es el gozo que produce el escucharte discurrir de ese modo!

—No basta el arrepentimiento para mis grandes faltas; es necesario la expiacion, y yo voy á imponérmela.

—¿De qué modo?

—Yo espero que venga mi esposo, mi Alberto, porque el hermano Juan de Dios me ha asegurado que vendrá. Luego que estemos reconciliados, él que nada tiene de que arrepentirse tendrá trato social y disfrutará de los lícitos placeres que la sociedad ofrece; pero para mí han terminado los lujosos vestidos, las visitas, el trato de las personas de posicion. Usaré un vestido negro y siguiendo tu ejemplo, con la licencia de Alberto, me dedicaré tambien al cuidado de enfermos pobres y gastaré en medicinas y alimentos para ellos lo que habia de emplear en galas, adornos y diversiones. De este modo expiaré y me purificaré.

—El P. Ávila te aconsejará lo que debes hacer.

—Ya se lo he consultado.

—Entónces sigue su parecer.

—Quiero imitarte.

—Nó á mí, sino á Dios has de imitar.

—¿De qué manera?

—La vista de Jesucristo crucificado te recordará todas las virtudes de que nos dió ejemplo miéntras vivió entre nosotros, y te animará á practicar la caridad que es la base de todas ellas, y signo por el cual quiere que sus díscipulos sean conocidos en el mundo.

—Lo haré.

—Pues en este caso serás feliz.

Doña Vicenta habia estado presente á esta edificante escena sin haber abierto sus labios, si bien no podia contener sus lágrimas de gozo.

Ella tambien tenia de que arrepentirse.

Como Beatriz, habia seguido por algun tiempo el camino del mal aunque á pasos más lentos.

Cuando llegó la conversacion al punto en que la hemos dejado, tomó la palabra para felicitar así á su amiga como á Victoria.

Esta se levantó, diciendo que la llamaban ocupaciones perentorias.

Beatriz hizo que la diera palabra de repetir sus visitas, lo que ella efectuó.

Después se abrazaron.

—¡Hermana mia! exclamó Beatriz.

—Sí, hermana y hermana muy querida, dijo Victoria, besándola al mismo tiempo.

Después de una tiernísima despedida, Victoria abandonó aquella casa.

Una vez fuera de ella, inundada de gozo, se dirigió

al santo Hospital para dar cuenta á Juan de Dios de todo lo ocurrido.

Creyó conveniente hacerlo así.

Beatriz se felicitaba con doña Vicenta por el feliz encuentro que con Victoria habia tenido, y no cesaba de exclamar:

—¡Pobre ángel! Es su virtud muy sólida y muy digna de ser imitada.

CAPITULO LII.

En el que se va llegando al desenlace de los acontecimientos que se han narrado en esta obra.

I.

Era un jueves cuando Beatriz y Victoria se unieron en estrecho abrazo, dirigiendo la segunda á la primera palabras de consuelo y de perdon.

Juan de Dios habia elegido el sábado inmediato para que se verificase la reconciliacion del matrimonio, y se habia fijado en este dia porque es el dedicado en la semana á la Santísima Vírgen, á la que el santo religioso profesaba una tierna devocion.

Ya sabemos que salió lleno de regocijo de casa de la mujer arrepentida.

Un general después de haber alcanzado el triunfo en una gran batalla no entra tan satisfecho en la cór-

te del monarca cargado con los despojos del enemigo, como Juan de Dios entrára en su Hospital.

No se trataba de haber conseguido la posesion de unos cuantos piés de terreno para aumento de una monarquía.

El asunto era más sublime.

Tratábase de un alma extraviada que habia sido ganada para Dios.

¿Podia darse asunto de mayor importancia para el hombre de fe, para el profesor de la caridad evangélica, para el que sólo buscaba en la tierra la gloria del Criador y el bien de los redimidos?

Veamos en qué ocupó el tiempo el santo religioso el dia anterior al que habia destinado para que se verificase la reconciliacion de Alberto y Beatriz.

II.

Como lo tenia de costumbre se levantó muy de mañana.

La mayor parte de la noche la habia pasado entregado al ejercicio de la oracion en el que tanto le regalaba el Señor.

Su primera operacion fué visitar á sus enfermos.

Enteróse minuciosamente por los religiosos que habian quedado en vela de todo lo ocurrido en el trascurso de la noche, dió gracias á Dios porque ninguno habia muerto, y á los que estaban más graves

los consoló con dulces y religiosísimas palabras, animándoles á que sufriesen con paciencia en expiacion de sus pecados, y exhortándoles á que tuviesen una gran confianza en Dios y en su Santísima Madre.

Después se celebró en el altar que habia al fondo de la sala el santo Sacrificio de la Misa, que al par de los enfermos oyó el santo Fundador con una devocion edificante, recibiendo dentro de la Misa el Pan Eucarístico, con el que cada dia fortalecia su alma.

Terminado este acto, se ocupó en los ministerios de caridad, pues siendo el jefe nato de su órden, era el primero en acudir al desempeño de todos los oficios hasta los más humildes en la asistencia de sus enfermos, como que era exactísimo en el cumplimiento de los votos que habia hecho, y procuraba con su ejemplo que no se relajase en lo más mínimo la disciplina.

Después se vió con Alberto al cual dijo:

—Se acercan los momentos por todos tan deseados.

—Tal vez hoy.... exclamó Alberto.

—Mañana con el favor de Dios.

—Cuando dispongais.

—Quiero que sea en sábado por ser dia especialmente dedicado á la Santísima Vírgen.

—Plegue al Señor que la conversion de mi esposa sea real y sincera.

—Lo es.

—Y que no vuelva atrás la vista.

—No la volverá.

—Me place la seguridad con que hablais.

—Es que confio en Dios.

—Tambien yo confio, porque vos, hermano Juan de Dios, me habeis enseñado á confiar.

—La esperanza es una gran virtud.

—Es verdad.

—Y el que la tiene alcanza grandes beneficios.

—Por mí lo he visto demostrado.

—Ahora debo daros algunos consejos.

—Hablad.

—¿Amais á vuestra esposa?

—Vos, Juan de Dios, acostumbrais á leer en el corazon y no necesitais preguntármelo.

—Eso no es responder.

—Pues bien: yo amé á mi esposa con delirio; la amé cuando aún no la habia conducido al altar, y esta fué la causa de mi mal comportamiento con Victoria. Pero aquello no era amor, sino una pasion infernal. No era el espíritu, era la carne lo que amaba.

—Es una desgracia, dijo Juan de Dios, que la humanidad corrompida profane esa palabra *amor*, cuyo origen es más que humano. El amor verdadero, el amor puro es el que, teniendo por base la justicia y no el vicio, funde dos almas en una. El amor grosero, el amor exclusivo de la materia, el amor que es una sensacion en la parte ménos noble del ser racional, llega á ser el más vergonzoso de los vicios. Este no

debe llamarse amor, porque carece de sentimientos. Si vos, Alberto, hubieseis abrigado verdadero amor en el corazon, no habríais hecho el cambio que hicísteis y que tan tristes consecuencias ha producido para vos y para otras personas.

—Es verdad: la juventud...

—¡La juventud! Tal vez pueda constituir circunstancia atenuante, pero no libra de responsabilidad. ¿No teníais conciencia? ¿No sabíais distinguir el bien del mal?

—Teneis razon en reprenderme y en darme en rostro con mis graves faltas.

—Nó, Alberto; no ha sido tal mi intencion. Estais perdonado por que habeis buscado á Dios y le habeis encontrado. Yo no tengo autoridad para reprenderos ni constituirme juez de vuestras acciones.

—Sí la teneis, y yo os escucho humildemente.

—¿Que autoridad he de tener yo para reprender á los demás cuando mis miserias son mucho mayores que las vuestras y aún más que las de todos los hombres? Vos abandonásteis á Victoria. ¿No abandoné yo á mis pobres padres, colmándoles de amargura y abreviando los dias de su vida sobre la tierra?

Y aquel hombre penitente que habia sabido lavar con ásperas penitencias y austeras virtudes las faltas de su juventud, volvió á llorar al recuerdo de ellas.

Alberto quiso distraerle de aquel pensamiento y le dijo:

—¿Quereis que continue?

—Hablad, hablad.

—Pues bien; yo amé á Beatriz del modo que os he dicho, pero me fué repulsiva desde el momento mismo en que nuestros destinos quedaron unidos por la bendicion de la Iglesia. Yo vi á Victoria en el momento en que cayó desmayada en vuestros brazos. En aquel instante comprendí todo el martirio de su alma, y la villanía de mi comportamiento para con ella. ¡Ya no habia remedio!... Ya era esposo de Beatriz. Esta quiso después hacerme instrumento de una terrible venganza y la odié: pero la temia y por esto huí de Granada. Ya os he referido mi vida durante el tiempo que estuve ausente de mi patria. El deseo de saber que era de ella, siguiendo los consejos del anciano Ernesto, me hizo regresar á Granada. Providencialmente vine á caer en este santo asilo, y desde entónces vos sabeis mi vida. Encontré á Victoria hecha una santa y á mi esposa tan réproba como la dejé. Sin vuestros consejos, hermano Juan de Dios, yo hubiese huido nuevamente, pero á un país muy lejano donde jamás hubiese vuelto á saber de ella. No lo he hecho y me alegro. Los ejemplos de virtud que me habeis dado han penetrado en mi corazon: se disipó el odio que profesaba á Beatriz y se convirtió en compasion. Después, dando fe á vuestro pronóstico, creí en su conversion más ó ménos pronta, y me sentí inclinado á ella. Hoy sé que su conversion se ha verifi-

cado, y la perdono y la amo para que Dios me perdone y me ame. Pero hoy no es el amor de los primeros dias el que me llevará á ella; hoy es el amor sentimiento; quiero ayudarla, fortificarla para que siga firme por el camino del bien que ha emprendido, por que tal es mi deber de esposo.

Juan de Dios se levantó y exclamó:

—Veníd á mí, Alberto, que deseo abrazaros.

Y ambos se unieron en efecto en estrecho abrazo.

—Así os quiero, Alberto; así os quiero, dijo el religioso. Sois el tipo del verdadero caballero cristiano. Os felicito con toda la efusion de mi alma. Seréis ambos felices.

—¡Así lo espero!

—Mi gozo es inmenso.

—¡Cuánto os debemos!

—¡Cuánto debeis á Dios!

—Sí, á Dios, es verdad; pero por vuestra mano nos ha dispensado sus favores.

—Yo he hecho bien poco.

—¡Oh! Habeis hecho mucho y vuestra caridad es extraordinaria. Yo comprendo los sacrificios llevados á cabo por los padres, por los hijos y aún por los amigos: pero vos, Juan de Dios, teneis un amor universal, vos os sacrificaríais por el último de los hombres.

—Es mi deber.

—Vos no estais ligado conmigo ni con Beatriz por

ningun vínculo, y, sin embargo, os empeñásteis en hacernos felices y lo habeis conseguido á fuerza de trabajos, de disgustos, de sacrificios que nunca sabrémos agradecer suficientemente.

—Por Dios no hableis de eso. Preparaos para recibir mañana en vuestros brazos á vuestra esposa regenerada. Voy ahora á ocuparme de otros deberes.

III.

Juan de Dios salió del Hospital y fué en busca de don Pedro Saavedra.

Este le recibió muy placentero.

—Venís á tiempo, hermano Juan, le dijo.

—¿Por qué?

—Preparo mi equipaje.

—¿Os marchais?

—Mañana mismo. Mi mision está terminada.

—¿Qué pensais hacer?

—Ya creo que os lo he indicado. Me presentaré á Su Majestad y le daré cuenta de todo lo ocurrido, y como me conoce y está satisfecho de mi modo de administrar justicia, estoy en la seguridad de que aprobará el que todo lo haya dejado en el estado que lo encontré.

—Pues yo os doy las gracias, y tened entendido que miéntras me dure la vida os tendré presente en mis oraciones.

—Con eso me daré por suficientemente recompensado.

—Y ahora os digo, porque en ello encontraréis satisfaccion, que esa pobre señora se halla ya regenerada. Ha llegado la hora por la que anhelaba mi corazon. Dios ha perdonado y los hombres deben perdonar. Hoy Beatriz es una segunda Magdalena.

—Lo celebro en el alma, hermano Juan de Dios: no podia esperarse otra cosa andando vos en el asunto. Y yo me felicito por haber tenido esta ocasion de conoceros y de trataros.

—Poco perdíais con no haberla tenido.

—¡Oh, mucho! Tal vez he ganado mi alma. Vos penetrásteis mi corazon y muy oportunamente, con una discrecion extraordinaria, me hicísteis reconocer el mal estado de mi conciencia. Voy á Valladolid donde ahora se encuentra Su Majestad: después regresaré á mi casa, y abandonando lo que nunca debia haber aceptado concederé el perdon á mi esposa y me uniré nuevamente á ella. Ved, pues, si he ganado con conoceros.

—En el alma me alegraré de que obreis tan cuerdamente. Nada hay comparable con la tranquilidad de la conciencia. ¿De qué sirve al hombre ganar el mundo entero, poseer riquezas, honores, ocupar puestos distinguidos si pierde su alma?

—Así lo comprendo, hermano Juan de Dios.

Este hombre sin letras, este humilde religioso dió

al juez saludables consejos que fueron escuchados con profunda atencion por el hombre de la ciencia.

Después se despidieron.

Don Pedro Saavedra se dispuso á abandonar el siguiente dia á Granada muy satisfecho de haber conocido á aquel santo religioso, y exclamó, como un dia San Agustin:

—¿Es posible que vengan los ignorantes y nos arrebaten el reino de los cielos?

É hizo propósito, como lo cumplió, de vivir en adelante en el cumplimiento de todos sus deberes, para conquistar de este modo la salvacion de su alma.

IV.

Juan de Dios era incansable cuando de practicar el bien se trataba.

Su alegría se aumentaba al saber que don Pedro Saavedra renunciaba á todo procedimiento y tenia determinado hablar del asunto con el monarca.

Nada temia por este concepto.

Sabia que la Providencia intervenia en lo concerniente á Beatriz, y estaba confiado.

Los peligros para aquella desgraciada mujer habian desaparecido por completo.

De la casa del juez se dirigió á la de ella.

Allí encontró á Victoria, que fiel á la palabra que

el dia ántes habia dado á Beatriz la visitaba por segunda vez.

Quien las hubiese observado colmándose de caricias, con las manos entrelazadas, dirigiéndose las más dulces frases, que más que de los labios procedian del corazon, no hubiera adivinado que la Beatriz habia sido enemiga terrible de Victoria, que la habia causado los más graves disgustos.

Juan de Dios no se sorprendió de ver allí á Victoria.

En primer lugar no se sorprendia de nada que no envolviese maldad, y en segundo sabia ya por Victoria lo ocurrido en la primera entrevista que habian tenido las dos mujeres.

Sonrióse dulcemente el religioso, y exclamó:

—¡Cuánto me agrada veros tan unidas!

—¡Es un ángel! dijo Beatriz.

—Mucho me falta desgraciadamente para serlo, respondió la humilde Victoria.

—Pues me alegro, dijo Juan de Dios, que Victoria esté en vuèstra compañía y que os anime y consuele, hasta tanto que venga vuestro esposo.

—¡Y después! ¡y siempre! exclamó Beatriz estrechando en su pecho á la pudoroso doncella, como temiendo que le fuese arrebatada.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—No me lo pregunteis ahora, y alegraos con la noticia que he de comunicaros.

—¿Que es ello?

—Mañana sábado, con el favor de Dios, Alberto estará en vuestra compañía.

—¡Mañana! exclamó Beatriz como fuera de sí por la alegría.

—Ya veis que no habeis tenido mucho que esperar.

—Luego se halla en Granada.

—Al ménos se hallará mañana.

—¡Oh! sois mi ángel salvador.

—No soy más que un hombre ganoso de vuestro bien, y que desea vuestra felicidad.

—Un favor, una gracia especial desèo pediros.

—Hablad.

—Que Victoria esté á mi lado en el momento de recibir yo á mi esposo.

Juan de Dios miró á Victoria.

Esta le comprendió.

Así, pues, respondió en seguida:

—Sí, hermano Juan, estaré: creo que tengo suficiente fortaleza para ello. No temais que ni por un instante me lleve mi imaginacion al recuerdo de tiempos que pasaron. Ya sabeis que sólo Dios reina en mi corazón.

—Bien, Beatriz; quiero ser con vos complaciente hasta donde me sea permitido el serlo. Victoria estará á vuestro lado si así lo deseais.

—¡Cuán bueno sois!

—¿En qué disposicion de ánimo os encontrais?

—No os comprendo.

—¿Os hallais revestida de fortaleza?

—Mis pasiones se hallan humilladas, vencidas, y todas las grandes tempestades del mundo encontrarán en mi corazon una fuerte roca.

—¡Loado sea Dios!

—He renunciado á mi propia voluntad.

—¿Por completo?

—¡En absoluto!

—Y obraréis...

—En conformidad con las disposiciones del P. Ávila, que es el director de mi conciencia, y con la voluntad de Alberto que es mi esposo, y de la que seré una esclava.

—Bien, Beatriz.

—Mucho he hecho sufrir á ese hombre que encontró en mí más que una cariñosa esposa, una mujer satánica que ha sido su tormento. Ahora debo esmerarme, poner especial cuidado en ser la contraposicion de lo que he sido hasta el presente. ¡Oh! ¡Cuán hermosa es la virtud! Ahora conozco toda la desgracia de mi vida pasada. Yo, dando rienda suelta á mis pasiones, llevando á cabo terribles venganzas, no gozaba una hora de reposo y tranquilidad: mi sueño era frecuentemente interrumpido; mis delirios se repetian, y todo cuanto me rodeaba contribuia á amargar mi existencia. Sin idea alguna de Religion, gobernada solamente por las veleidades de mi fantasía, sin otro

catecismo para regla de mi conducta que los caprichos de mi corazon, desencadenándose sobre mi alma las más terribles tempestades, era arrastrada á la desesperacion, que es el término de los que no tienen fe y carecen de esperanza. Y esa desesperacion que de mi corazon se habia apoderado, era la que me llevaba á cometer actos deshonrosos, cuya memoria será un roedor recuerdo que me acompañará durante los dias que me restan de existencia.

Juan de Dios escuchaba á Beatriz con gozo y no cesaba en su interior de bendecir á la Providencia que habia obrado en ella aquel cambio tan rápido como admirable.

Creyó que debia hablar para fortalecerla en sus buenos y cristianos sentimientos; y el siervo de Dios, el que ignorando por completo la ciencia del tiempo, era maestro consumado en la ciencia de la eternidad que tiene sobre aquella una grande importancia, habló del modo que va á leerse.

V.

Yo, dijo Juan de Dios, que salí de mi casa en temprana edad, sin reflexionar que con aquella fuga llevaba la muerte al corazon de mis buenos padres; yo que he corrido muchos pueblos, que he vivido entre la soldadesca, que he pasado mil vicisitudes durante mi existencia, he adquirido una grande experiencia,

por cierto bien desconsoladora; á saber, que el egoismo gana el imperio de los corazones. La juventud como la edad madura no respiran otros sentimientos, ni manifiestan otros deseos. ¡Gozar! Este es el bello ideal, el sueño dorado, el pensamiento acariciado de los hombres. Parece enteramente que este es el fin de la humanidad, que á esto tan sólo está llamada, segun ese afan de multiplicar placeres, de sustituirlos unos con otros, inventando cada dia nuevos medios de excitar la sensualidad, dejando adormecer todo sentimiento religioso, toda idea de piedad; y ese deseo de multiplicar placeres, de gozar, es la causa de todos cuantos males registran los anales de la humanidad. Y por este deseo el hombre se rebaja en su dignidad y se hace de peor condicion que los mismos séres irracionales.

Dios en su bondad ha adornado las sienes del hombre, con una preciosa diadema. ¡La razon! Don precioso que nos eleva, que nos separa y distingue de los demás séres. Todo lo existente tiene leyes, y una mirada de atenta observacion nos hace conocer que así los séres animados como inanimados cumplen con admirable exactitud el fin para que fueron criados, aunque sin darse cuenta de que obrando de este modo cumplen la voluntad soberana del Criador, porque carecen de inteligencia. El hombre, el sér más privilegiado en la naturaleza, el que es la imágen de Dios sobre la tierra, el que goza de un alma inmortal con

potencias que le hacen distinguir el bien del mal, es el único que en el uso de la libertad que le ha sido concedida, infringe sus leyes, abdica su bien y se separa del fin para que ha sido criado. ¡Monstruosa aberracion de la razon humana! Dios, sin embargo, tolera este desórden, y aunque justamente indignado por tamaña ingratitud, recordando que es padre de todas las criaturas, al ver correr tantos hijos al precipicio, sale en busca de ellos, los llama á sí, y hace, digámoslo de este modo, esfuerzos de bondad para conducirlos á la senda del bien de la que se han separado. Ved aquí, Beatriz, lo que con vos ha hecho misericordiosamente. Guiada por las pasiones, habíais llegado hasta el borde del precipicio del que se hace imposible la salida, y un impulso invisible, una fuerza sobrenatural os ha desviado de él y os ha colocado en los caminos de la salvacion. ¿Qué hay en el mundo? Tan solamente vanidad y afliccion de espíritu. La felicidad en él es un mito, porque no se encuentra ni en las riquezas ni en los elevados puestos, ni mucho ménos en esos goces tras los cuales corren precipitadamente los mortales, esos hombres que deshojan una por una las rosas del placer, y cuyo corazon apesar de esto se vé cada dia más seco, más necesitado, más hambriento. Y ya ¡oh Beatriz! que habeis tenido la suerte de abrir los ojos al conocimiento de la verdad, cuando aún os hallais en buena edad para practicar el bien, no desperdicieis los momentos: en el

ejercicio de la caridad, en la práctica de la misericordia, enjugando las lágrimas del que llora, consolando al afligido, asistiendo á los enfermos, dejando caer una limosna en la mano del menesteroso, encontraréis los verdaderos goces que satisfarán los deseos de vuestro corazon, y la tranquilidad de conciencia que disfrutaréis será vuestra corona.

Así habló Juan de Dios, y tales fueron los consejos que dirigió á aquella mujer regenerada.

VI.

La tierna exhortacion del venerable religioso produjo necesariamente su efecto.

Lloraba Beatriz, y en sus lágrimas la acompañaba Victoria.

Comprendian que aquel hombre estaba inspirado, por que de otra suerte no podria hablar con aquella elocuencia cristiana, siendo un hombre sin estudios de ninguna clase.

—¡Oh! exclamó Beatriz: cada una de vuestras palabras es una gota de celestial y refrigerante rocío que cae sobre mi pobre corazon.

—Pues no olvideis estos consejos hijos de mis buenos deseos hácia vos.

En seguida se levantó.

—Hasta mañana, dijo, y Dios quede en vuestra compañía.

—Con vos vaya, exclamaron ambas jóvenes, las cuales quedaron hablando sobre el discurso de Juan de Dios.

Éste parecia trasfigurado.

Se retiraba de aquella casa regocijado porque en ella imperaba ya la virtud.

Vamos ahora á satisfacer los deseos del lector, ganoso seguramente por conocer el desenlace de todos estos sucesos.

CAPITULO LIII.

Triunfo admirable del espíritu de Dios sobre el espíritu del mundo.

I.

Al disponernos á explicar el desenlace del drama que hemos descrito, no lo harémos sin llamar nuevamente la atencion del lector hácia la doncella Victoria.

Hemos seguido paso á paso todas las peripecias de su vida, desde que al principio de nuestro primer libro la contemplamos entregada á amorosos deliquios con Alberto en el jardin de la casita arabesca de Granada.

En ella hemos visto una de esas criaturas que Dios suscita de tiempo en tiempo para que sean modelos de la sociedad, ó para hablar en lenguaje bíblico, espectáculos admirables al mundo, á los ángeles y á los hombres.

No asemejándose en nada á su rival Beatriz, si bien sintió herida su alma al verse despreciada por el hombre que la habia jurado un amor eterno, y que habia mil veces ratificado este juramento, bastóle la primera exhortacion del hombre de Dios, del héroe de la misericordia Juan de Dios, para entrar dentro de sí misma, subordinar la razon á su fe, y encontrar más abundante dicha de la que habia perdido, en la práctica de la virtud.

¿Habia dejado de amar á Alberto?

¿Su amor se habia convertido en ódio?

Ella no sabia odiar.

El odio no cabe en un corazon noble y generoso, y de Victoria podemos decir que tenia un corazon de oro.

Siguió amándole.

—¿Pero cómo?

Ya vimos las explicaciones que sobre este punto habia dado á Beatriz.

Le amaba; pero no para ella sino para la virtud.

Sufrió de un modo extraordinario cuando le vió herido en el Hospital, y por salvarle hubiera hecho gustosa hasta el sacrificio de su vida.

Le amaba; pero como aman las almas justas.

Ni lo que por él habia sufrido, ni las terribles injurias que la infiriera Beatriz, fueron suficientes para hacer variar sus sentimientos.

Empero, no solamente por obediencia á Juan de

Dios, sino por propio instinto, durante los muchos dias que Alberto vivió en el Hospital, donde, como sabemos, el santo Hospitalario le habia dado habitacion y alimentos, ella dejó de ir á aquel santo asilo, no haciéndolo más que en circunstancias extraordinarias, en las que no podia prescindir de ello.

¿Y por qué?

Temia que su presencia pudiese levantar en el corazon de Alberto el ardor de su antigua pasion.

No temia por ella.

Aunque débil mujer, se sentia con fuerzas suficientes para sofocar en su corazon todo pensamiento que tuviese algo de pecaminoso.

Temia por él; esto es, la parte débil temia por la fuerte, la débil barquilla por el fuerte bajel.

Ella se habia hecho un pensamiento: ¿Que es la vida sin la virtud? Lo que es un buque sin velas ni timon en medio del vasto Océano; lo que seria un ave sin alas, porque la virtud forma el timon que nos guia por medio del borrascoso mar de las pasiones llevándonos al suspirado puerto de la tranquilidad: las virtudes son las alas de la vida. Sin ellas no hay más que muerte, porque muerto está el corazon donde no reina la fe, donde no anida la esperanza, ni se experimentan las dulces expansiones que produce el ejercicio de la caridad y las demás virtudes.

Gracias á las dulces exhortaciones de Juan de Dios y á la direccion del venerable maestro Ávila, Victoria,

siendo aún jóven, conocia lo que por desgracia no conocen muchos hombres aún de los versados en las ciencias; esto es, que la virtud es la vida, porque sin virtud se llega á la desesperacion y la desesperacion es la muerte del cuerpo y del alma.

Y por que estaba robustecida con esta enseñanza, hemos dicho, que ella no temia sino por el mismo Alberto el presentarse á él.

Es necesario meditar un poco para comprender toda la virtud, toda la grandeza del alma de Victoria.

No hay persona que carezca de amor propio.

Recibida una injuria se puede perdonar; pero amar al que la ha inferido, hacerle bien, estar dispuesto á sacrificarse por aquellos que persiguen y calumnian, es llegar á la perfeccion evangélica.

En el Evangelio, en ese libro de oro que tiene aroma para embalsamar al mundo entero, nos dice Jesucristo terminantemente: «Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.»

¿Pero son muchos los que tienen la heroicidad de arreglar su conducta á tal precepto?

Son indudablemente los ménos, y si lo vemos perfectamente practicado, es en los héroes de la Religion, en los que aspiraron á la perfeccion cumpliendo con igual exactitud que los preceptos los consejos evangélicos. Los primeros conducen á la santidad esencial, los segundos á la santidad heróica.

Fundados en estos principios teológicos, podemos conceptuar á nuestra Victoria como santa.

Jamás era mortificada por el recuerdo de lo que Beatriz la habia hecho sufrir.

En vez de ódio sintió para ella compasion.

Llamada á declarar sobre lo de su secuestro cuando Beatriz estuvo encausada, trató en cuanto le fué posible de disculparla; y, más que acusadora, fué defensora de la que le era tan contraria.

Luego que su enemiga ha abierto los ojos á luz de la verdad, ella se llena de un santo regocijo.

Con toda la efusion de su alma la estrecha entre sus brazos, la colma de caricias, procura fortificarla en sus buenos sentimientos, y es para ella, más que una amiga leal, una hermana cariñosa.

Natural era que Beatriz cuando supo por los labios de Juan de Dios que iba á ver de nuevo á su esposo que la recibiria en sus brazos se alegrase y sintiese las mas vivas emociones.

Pero no era ménos el regocijo de Victoria.

Como amaba á ambos, deseaba que fueran felices, y á este objeto habia dirigido por espacio de mucho tiempo fervorosas súplicas al cielo.

Tal era Victoria, aquel ángel en carne mortal al que la tierra no merecia.

La noche que medió entre el viernes y el sábado no se recogió.

Al siguiente dia debia verificarse un suceso plau-

sible, por ella tan deseado: la reconciliacion de Alberto con Beatriz.

Para que aquella reconciliacion fuese perpétua y preludio de felicidad, oró la pudorosa doncella la mayor parte de la noche.

Y tanta era su virtud, que ni aún se vió asaltada por los recuerdos de sus antiguos amores con Alberto.

A la mañana siguiente no aparecian en su rostro las huellas de haber velado.

Antes por el contrario parecia circundada de una aureola de regocijo.

Quiso complacer á Beatriz.

Así, pues, muy temprano se dirigió á su casa, donde debia ser testigo de la escena que habia de verificarse.

II.

Victoria era esperada por Beatriz.

Al parecer no estaba tan alegre como Victoria.

Cuando vió á esta se puso á llorar.

—¿Que es esto, Beatriz? Cuando pensaba encontrarte inundada de alegría, veo las lágrimas en tus ojos. ¿A qué responde ese llanto?

—¿No sabes que lo mismo mata la alegría que el dolor?

—Es verdad.

—Pero mi llanto reconoce otra causa.

—¿Cuál es?

La vergüenza de mí misma.

—No seas niña.

—¡Oh! Yo voy á presentarme á mi esposo que sabe todas mis maldades, y él que es bueno y que lleno de bondad viene á mí, me perdonará. Pero yo me avergüenzo por mi vida pasada: temo presentarme á él, y por esto lloro.

—Pues nada temas, Beatriz. Considera que viene con Juan de Dios, dirigido por él, y cierta estoy que jamás te hablará de esos asuntos que deben olvidarse.

—¡Ay Victoria! Yo deseo verte siempre; que estés cerca de mí; que seas testigo de mi dicha.

—Eso no es posible.

—Verdad es que esto seria mortificarte en demasía, porque me verias feliz, no siéndolo tú.

—¡Que no soy feliz!

—No creo que pueda haber felicidad en ver al hombre que se ha amado en brazos de otra mujer.

—¡Ay Beatriz! Esos pensamientos son demasiado mundanos, y á Dios gracias no asaltan mi mente. Te he dicho ya cuanto podia decirte en este asunto. Hoy amo á Alberto, pero como te amo á tí, como si fueseis mis hermanos: veros dichosos es mi único anhelo. Yo lo soy cumpliendo el destino que la Providencia me ha señalado.

—¡Que alma tan grande!

—Esta es una de las grandes ventajas de la fe. Yo creo que Dios que gobierna el universo en peso, nú-

mero y medida, dispone del destino de las criaturas todas, y debemos conformarnos y estar contentos con el que nos ha tocado, por que otra cosa seria una rebeldia á la voluntad soberana del Criador. Yo amaba á Alberto y cifraba mi dicha en ser su esposa, y esto no llegó á verificarse. No me convendria, y de consiguiente el Señor lo dispuso de otro modo. ¿No puede ser esto una prueba de su bondad hácia mí? Las personas que viven sin otra regla de conducta que sus pasiones, cuando se ven contrariadas, se irritan, se desesperan, blasfeman y hasta, usurpando los derechos de la Divinidad, atentan contra su propia existencia, y se pierden miserablemente. ¡Líbrenos Dios de caer en semejantes aberraciones! Esta seria la mayor desgracia de nuestra vida.

Beatriz la escuchaba cada vez más admirada de tanta virtud.

Su corazon, vacío ya de aquellas ponzoñosas pasiones que le habian corrompido, se purificaba más y más con el bello aroma de los dulces, y religiosos conceptos de Victoria.

Y bendecia á Dios que en su infinita misericordia la habia levantado del lodazal de los vicios para elevarla al cielo, y que ponia á su lado á la jóven á quien ella habia odiado de muerte, á la que habia perseguido y hecho apurar el caliz de la amargura hasta las heces para que la ayudase á subir por el camino estrecho de la eterna felicidad, por la senda erizada de

espinas que ella habia visto en su sueño y por la que no se puede adelantar un paso sin ir apoyado en el báculo de la virtud.

¡Oh, que trasformacion tan admirable!

¡Que aspecto tan sublime presenta á la vista del observador el alma redimida por la fe! El acero es terso, brillante; empero, colocado en lugar húmedo se enmohece, pierde su tersura y deja de ser hermoso á la vista. Mas, si cae de nuevo en manos del armero, lo purifica por el fuego, y recobra todo su esplendor. Así el alma, bella y hermosa, pierde su dignidad, cuando vive sumida en el lodazal de los vicios y de la impiedad: mas si abandona aquel lugar, si se redime en las fraguas de la fe y de las buenas obras, vuelve á ser pura y brillante como en su orígen.

Y tal era el alma de Beatriz.

Se habia revolcado por el cieno asqueroso del pecado.

Los vicios la habian envuelto.

Toda idea religiosa habia desaparecido.

Y en este estado aquella alma aparecia ennegrecida, disforme, rebajada en su dignidad.

Empero, consigue levantarse, entrar en el horno de la caridad, y queda purificada, tersa, brillante cual el acero que cayó en la fragua del armero.

Separada de la tosca larva de su antigua existencia, habia erigido un altar en su corazon sobre la ruina de sus propias pasiones.

Antes era esclava de ellas.

Ahora es señora de sí misma.

Habia estado ciega.

Mas después su alma habia sido iluminada por una luz celestial, por la luz de la fe cristiana que la guiaba alumbrándole el camino.

Casi repentino habia sido el cambio.

Pero no por esto se le habia visto vacilar ni un sólo momento.

Bien que Beatriz era mujer de grandes pasiones; habia nacido para amar.

Amando la materia, fué una Safo.

Amando á Dios, debia ser una Teresa de Jesus, su contemporánea.

Sentada al lado de Victoria que venia á ser su ángel bueno, esperaba el momento en que se presentase Juan de Dios acompañando á su esposo.

Empero, no manifestaba impaciencia.

Lo habia puesto todo en manos de Dios y esperaba los sucesos, haciendo caso omiso de su propia voluntad.

¡Oh, fuerza admirable la de la virtud!

III.

Una importante conferencia fué sostenida entre el hermano Juan de Dios y Alberto, atento al acontecimiento que tras ella debia verificarse.

Juan de Dios, dispuesto ya á terminar el asunto, que á tan feliz estado habia llegado, penetró en la celda que servia de residencia á Alberto.

Este se hallaba leyendo.

—¿Qué leeis? le preguntó el religioso?

—La *Imitacion de Cristo*, respondió aquel.

—¡Oh! Es una obra admirable, cuya fama atravesará los siglos, y siempre será leida con provecho y edificacion. Tomás de Kempis con esta obra ha hecho un beneficio inmenso á la humanidad.

El elogio tributado por Juan de Dios á la obrita de Kempis no podia ser más justo. Después de la Biblia ha sido, es, y nos atrevemos á decir, que será el más leido. Desde 1471 en que apareció la primera edicion, se han hecho cerca de dos mil, en todos los idiomas. Habiendo sido escrito este libro en una época en la que se sucedian las disputas, no se halla en él ni una sola palabra de polémica. Es un coloquio del alma con su Criador; pero un coloquio sublime, divino, que eleva el espíritu, que hace al hombre encontrar grandes consuelos en todas las calamidades de la vida, y que, en una palabra, le hace olvidarse de todo lo terreno para no pensar más que en las felicidades de la vida futura. Basta al hombre afligido abrirle por cualquiera de sus páginas, leer un capítulo, para encontrar dulces consuelos. ¡Desgraciado del que no lo encuentre en tal lectura! Este tiene el alma enteramente envilecida y ha llegado á la deses-

peracion que es en nuestro concepto el máximo entre todos los males.

Por esto decíamos que Juan de Dios estuvo muy justo al tributar elogios á la obra del sabio Kempis.

A sus palabras contestó Alberto:

—Creed, hermano Juan de Dios, que este librito, pequeño en volúmen, que me ha regalado Fr. Diego, es un verdadero tesoro.

—Lo es en efecto.

—Yo me pasaria todo el tiempo leyéndole, porque con su lectura el corazon rebosa en dulces expansiones, y se disipan todas las tristezas. ¡Feliz el hombre que en sus breves páginas supo proporcionar semejante consuelo á la humanidad!

—Pues mucho me alegro encontrar fortalecida vuestra alma en el dia en que precisamente habeis de experimentar grandes emociones.

—Dispuesto estoy para todo.

—Debo advertiros.....

—¿El qué?

—Que necesitais más fortaleza de la que podeis pensar.

—¿Por qué?

—No vais á encontrar sola á Beatriz.

—¿Quién la acompaña?

—Victoria.

—¡Oh! ¡Qué felicidad!

—Ved porque os decia que habeis de tener mucha fortaleza. Ya sabeis que Victoria está dedicada á Dios: que su presencia hoy en aquel lugar no debe conmoveros; que os debeis completamente á vuestra esposa y que, para esa inocente criatura, no habeis de tener sino palabras de respeto, pues respeto es lo que inspira la virtud.

—Bien; así lo haré; pero siempre es para mí un gran consuelo el que un ángel presida y bendiga nuestra reconciliacion.

—Así me agradais.

—Pero, ¿cómo es que Victoria pueda encontrarse al lado de su más mortal enemiga?

—Ya os he dicho, que sólo respeto inspira la virtud. Ya no hay enemistad de ninguna clase. Beatriz reconociendo cuán injustamente habia obrado con Victoria, se humilló ante ella expontáneamente, la pidió perdon y se unieron en estrecho abrazo.

—¡Bendito sea Dios!

—Beatriz no acierta ahora á separarse un momento de ella, y la ha suplicado que esté á su lado en los momentos de su reconciliacion, á lo que ella ha accedido con mi beneplácito.

—Pero después.....

—No necesitais preguntármelo, porque sabeis á lo que obliga la prudencia y el decoro.

—Es verdad.

—Después no habeis de pensar más que en vuestra

esposa y en procurar que no se malogren los grandes trabajos que ha costado su conversion.

—Así procuraré hacerlo, con el favor del Señor, y nunca olvidaré, hermano Juan de Dios que á vos debemos nuestra dicha y felicidad; á vos que tan desinteresadamente os propusísteis favorecernos y salvarnos.

—Nada es, sino un instrumento, ni el que planta ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento.

—Mas cada uno recibirá su propio galardon segun su trabajo.

—Eso es verdad, y ojalá me sirva en descuento de mis grandes culpas lo poco que en vuestro provecho he podido hacer.

Y esto dicho, Juan de Dios que huia siempre de escuchar alabanzas se levantó y dijo:

—Preparaos: dentro de una hora vendré á buscaros y juntos irémos á vuestra casa.

—Lo deseo, dijo Alberto; pero creed, hermano Juan, que con gran sentimiento de mi alma abandono este santo establecimiento que ha sido para mí un gran colegio. Aquí he aprendido virtudes que yo no conocia. Aquí, viendo las plagas y miserias de la humanidad, he llegado á comprender cuán grande es la locura del hombre que se deja dominar por el orgullo y la soberbia, siendo así que con tanta facilidad se pierden las riquezas, las posiciones elevadas y aún la salud que es sin duda la mayor riqueza, el tesoro de más valor. A estas salas habian de venir á con-

templar cuadros de miserias esos hombres engreidos que tienen á ménos hasta el saludar á los que les son inferiores, esas torres de vanidad que se creen fuertes como los cedros del Líbano y que, sin embargo, el menor airecillo de tribulacion da con ellas en tierra. Aquí habian de venir esas mujeres opulentas que gastando inmensos capitales en objetos de adorno y de lujo, no se sienten movidas á enjugar las lágrimas de un desgraciado; que sobrándoles todo, nada tienen para el infeliz que carece hasta de lo más indispensable para el sostenimiento de la vida. Lo repito, hermano Juan de Dios; el Hospital es el mejor de los colegios, en el que más importantes enseñanzas podemos recibir. En mi corazon quedarán gravadas las que yo he tenido la dicha de recibir, y creo que me servirán de mucho en el curso de mi vida. Mi gratitud á vos, que tal enseñanza me habeis proporcionado será eterna.

—Habeis de tener entendido que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, dijo el religioso: no á la casualidad fué debido el que vinieseis á este santo asilo de la caridad, sino á una disposicion del Señor, que preparaba todos los acontecimientos al fin que felizmente llega hoy. Se ha mostrado con vos misericordioso y muy especialmente con vuestra esposa. ¿Sabeis á qué os obliga esto?

—A la gratitud.

—Decís muy bien; y á este propósito quiero recor-

daros lo que decia un filósofo pagano.—«Es ingrato el que se desentiende del beneficio recibido; más ingrato el que lo olvida, y mónstruo de ingratitud el que pudiendo no lo paga.»

—Tenia razon el filósofo.

—Y así hablaba un hombre que carecia de la luz de la revelacion y que vivia en la oscuridad de la idolatría. ¿Qué deberémos decir los que disfrutamos de aquella luz resplandeciente, los que sabemos de donde venimos y á donde vamos, los que sabemos comprender los grandes beneficios que Dios nos dispensa? Verdaderos mónstruos de ingratitud seríamos si á tales y tan extraordinarios beneficios correspondiéremos con ingratitudes. No espero yo, Alberto, que vos caigais en semejante aberracion.

—Y haceis bien en no esperarlo.

—Estoy contento de vos.

—Gracias, hermano Juan de Dios.

—Y creo que tambien estaré contento de Beatriz, á la que Dios ha dirijido por las sendas del bien.

—Serémos felices.

—La felicidad no se halla en la tierra; pero viviréis tranquilos, preparándoos por vuestras buenas obras para llegar un dia á alcanzar la felicidad del cielo.

—Dios lo haga.

—Me he entretenido más de lo que pensaba. Adios, Alberto: ya os he dicho que pasada que sea una hora vendré á buscaros.

—Estaré preparado.

—¡Este es el hombre de Dios, exclamó Alberto, cuando le vió marchar! ¡Qué felicidad el haberle conocido! Este religioso ha sido mi providencia.

IV.

Fijemos nuevamente la atencion en la morada de Beatriz.

Reunidas encontramos á las que son ya amigas del corazon.

Victoria se halla preparada para la escena que debe presenciar muy en breve.

De un momento á otro son esperados Juan de Dios y Alberto.

Beatriz no tenia tanta fortaleza de alma como Victoria, y esto no debe extrañarnos.

Era novicia en la carrera de la virtud.

Además, como ya se dijo más arriba, experimentaba cierto rubor por sus antiguos hechos; y si bien deseaba el momento de ver á su esposo y de caer en sus brazos, la conciencia la atormentaba, porque se reconocia la única culpable en las desgracias y sinsabores que ambos habian experimentado por espacio de tanto tiempo.

Victoria la animaba.

A las dulces palabras y cristianas reflexiones que esta la hacia, contestó:

—Sí, Victoria: yo buscaré en la práctica de la virtud, en el ejercicio de la caridad, mi bien y mi felicidad. Yo lavaré con el bien obrar mis pasadas culpas.

—Lo creo, Beatriz; tú serás buena, justa, benéfica; responderás con obras á ese bello ideal de la virtud que te señala la conciencia y serás dichosa. ¿Por qué temes? ¿Qué te acobarda?

—Bien sabes la causa.

—Preocupaciones.

—¡Que así llames á mis remordimientos!

—No me has entendido. ¿No veneramos en los altares criaturas que fueron ántes grandes pecadores? Y una vez que encontraron el camino del bien y lo siguieron, ¿conocieron el temor? Dios te ha perdonado: cuando tu esposo viene á tí y traido por ese santo varon, es prueba de que tambien te ha perdonado. Creo habértelo dicho: Alberto ni aún te recordará en adelante tu pasado. Para ambos empieza hoy una nueva vida, y vuestra sociedad conyugal será un verdadero paraiso en el que abundarán las hermosas y odoríferas flores de las virtudes. Ea, pues, abandona la tristeza y espera alegre el momento feliz que no tardará en llegar.

Miéntras las dos amigas estaban en esta conversacion, Juan de Dios y Alberto llegaron á la casa.

Fueron recibidos por doña Vicenta.

Esta manifestó la mayor alegría.

—¿Dónde está Beatriz? preguntó el religioso.

—En su gabinete acompañada de Victoria, respondió doña Vicenta.

—Pues bien: voy á entrar, dijo Juan de Dios: vos Alberto podeis permanecer en la habitacion inmediata acompañado de esta señora, hasta que yo os llame. Si bien es verdad que os espera, debo prepararla para hacer ménos violenta la emocion.

Alberto nada contestó.

Creyó que tendria fortaleza, pero se encontró muy débil.

El momento era solemne.

A su imaginacion acudieron como en tropel todos los acontecimientos pasados.

Iba á ver á su esposa después de una larga ausencia, y sabia que iba á encontrarla regenerada, que ya no era la mujer orgullosa de otros tiempos, sino una criatura revestida del espíritu de humildad.

Estos pensamientos le conmovieron de tal modo que ni podia articular palabra.

Juan de Dios lo notó, pero nada le dijo.

Únicamente le miró con ternura y se sonrió.

Penetraba perfectamente en su pensamiento, y comprendia que con razon estaba conmovido.

La mirada de Juan de Dios le animó alguna cosa.

El religioso llegó á la puerta de la habitacion de Beatriz.

Pidió permiso para entrar.

Victoria levantándose, contestó:

—Podeis pasar.

Juan de Dios entró.

Fuera quedaron Alberto y doña Vicenta.

A Beatriz le pasó lo mismo que á Alberto.

No obstante que esperaba aquel momento, al escuchar la voz de Juan de Dios que pedia licencia para entrar, quedó tan conmovida que no tuvo alientos ni aún para responder.

Creyó que con él habia de presentarse Alberto.

Cuando vió que solamente entraba el religioso, no supo que pensar.

Dirigió una mirada á Juan de Dios, el cual comprendiendo su significado, la dijo:

—No seais impaciente, que todo sè andará con el favor de Dios. Ya sabeis que yo no falto á mi palabra.

—Lo sé, hermano Juan de Dios; lo sé suficientemente.

—¿Os encontrais fuerte de ánimo?

—Creo que sí.

—¿Y cuando quereis ver á vuestro esposo?

—¿Me lo preguntais?

—Debo preguntarlo.

—Cada momento que pasa me parece un siglo. ¿Qué me falta para ser feliz? Tan solamente escuchar de sus labios la palabra de perdon.

—Pues esa palabra la vais á escuchar en este momento.

Y el religioso abrió la puerta, salió y volvió á entrar enseguida, llevando de la mano á Alberto.

La escena que tuvo lugar fué tan tierna que se resiste á la descripcion.

Alberto soltando la mano del religioso corrió precipitadamente á su esposa, exclamando:

—¡Beatriz!...

Esta cayó en sus brazos: iba á pronunciar el nombre del esposo, pero no pudo.

La acometió un desmayo.

Victoria y doña Vicenta acudieron en su socorro.

Alberto estaba como espantado.

Juan de Dios se sentó, inclinó la vista y por el movimiento de sus labios comprendióse que murmuraba una oracion.

Por fin, al cabo de algunos minutos consiguieron hacerla volver á sus sentidos.

Encontróse en brazos de Alberto.

—Vamos, tranquilízate Beatriz, dijo aquel. Hoy no ha de ser dia de lágrimas sino de regocijo. La nube que se interpuso en el cielo de nuestros amores ha desaparecido, y todo nos brinda un porvenir risueño.

—¿Me perdonas, Alberto?

—¿Y puedes dudarlo? Te perdono con toda mi alma; así Dios me perdone.

—Esa palabra me llena de consuelo.

—Permítame ahora que á mi vez pida perdon á esta jóven que está presente y á la que hice desgraciada.

—Es muy justo, dijo Beatriz. Victoria te lo otorgará por que es una santa.

—Sí, Alberto, exclamó Victoria: hace mucho tiempo que os tengo perdonado: empero, no estais en lo cierto al decir que me hicísteis desgraciada. Antes por el contrario, la deslealtad con que obrásteis conmigo, me ha servido para hacerme conocer el punto donde se encuentra la verdadera felicidad: yo no soy desgraciada; y en el ejercicio de la misericordia á que me ha acostumbrado el hermano Juan de Dios encuentro más goces que cuantos puede ofrecer el mundo á sus adoradores. Sed vosotros felices, amándoos como deben amarse los buenos esposos, y que el Señor os conceda hijos que sean un dia la corona de vuestra senectud.

Y al hablar de este modo, las lágrimas corrian hilo á hilo por las mejillas de la pudorosa doncella.

Bien es verdad que todos lloraban ante aquel tierno espectáculo.

Juan de Dios permanecia en su silencio.

Beatriz ya abrazaba á su esposo, ya hacia igual demostracion de gozo con Victoria.

Estaba admirada al ver tantas virtudes.

—Yo no quiero que te separes de nosotros, dijo á Victoria.

—Eso no es posible, respondió esta.

Entónces habló Juan de Dios.

—Dios, dijo, ha derramado hoy sus misericordias

sobre esta casa, y las ha de derramar aún con mayor abundancia sobre alguna de las personas presentes. No tengais, Beatriz, exigencias que están reñidas con la prudencia. Bueno es que ameis á Victoria, que digna es en verdad de ser amada; pero otro y no este ha de ser el lugar de su retiro. No es la voluntad de Dios el que pase por la prueba de vivir cerca de vosotros.

Y como todos respetaban en tan alto grado á Juan de Dios, inclinaron la cabeza.

—Cúmplase la voluntad divina, exclamó Beatriz.

—Yo, añadió Juan de Dios, os deseo toda suerte de prosperidades y que vivais santamente en el cumplimiento de vuestros deberes, y que en vuestras oraciones tengais presente á este pobre religioso que os ama y que hoy se reputa feliz por haber visto renacer la tranquilidad y la paz entre vosotros.

Alberto y Beatriz se postraron en presencia del religioso, besaron sus manos y le rogaron que no los olvidase ya que tanta parte habia tenido en la felicidad de ellos.

Juan de Dios ofreció hacerlo así.

En seguida el religioso mandó á Victoria que se retirase.

Esta se despidió afectuosísimamente de Beatriz y de Alberto, como igualmente de doña Vicenta, y abandonó aquella casa.

—¡Dios la haga dichosa! exclamó Alberto.

—Y muy dichosa que la vá á hacer, contestó Juan de Dios, sin que entónces comprendiesen el sentido de sus frases.

A los pocos momentos se despidió quedando el matrimonio en su casa, sin otra compañía que doña Vicenta y doña Tadea, á la que ya conoce el lector.

El ángel de la paz cernia ya sus blancas alas sobre aquel matrimonio.

El espíritu de Dios habia triunfado del espíritu del mundo.

V.

Victoria recibió muy pronto el premio de sus virtudes.

Fué arrebatada á esta vida mortal, sin tener que pasar por terrible enfermedad ni aún sentir las agonías de la muerte.

«De la vida pende la muerte y de la muerte la eternidad,» dijo San Bernardo.

Una vida santa es coronada por una muerte tranquila, que más bien puede llamarse un dulce tránsito á otra vida mejor.

El alma de Victoria era inmaculada.

Durante su vida habia tenido un sólo momento de delirio, digámoslo así, y fué aquel en que se vió abandonada por Alberto y se convenció de que lo habia perdido para siempre.

Empero, dió oidos á las reflexiones que le hiciera el hombre de Dios, el santo religioso al que hemos visto tomar mucha parte en los asuntos narrados en esta obra, para que diese al olvido su contrariada pasion, y dejó nacer y crecer en su corazon el verdadero amor de los amores, que es el de Dios.

Desde entónces se creyó desligada con el mundo, y sólo buscó de él las lágrimas para enjugarlas, las necesidades para socorrerlas, las enfermedades para curarlas.

Y habia llegado al heroismo de la virtud, constituyéndose en amiga, en protectora de la misma mujer que la habia arrebatado su dicha, que la habia perseguido inhumanamente y que más de una vez, durante su secuestro, habia levantado sobre su pecho el puñal homicida.

Dios quiso premiarla.

Al dia siguiente del en que se verificó la reconciliacion entre Alberto y Beatriz, era domingo.

Se levantó muy de mañana, fué á la iglesia donde recibió los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, y oyó misa con un fervor extraordinario.

Después se retiró á su casa, y sintiéndose algo indispuesta avisó al P. Ávila, su confesor, porque tuvo la inspiracion de que iba á morir.

Juan de Dios sin ser avisado por nadie fué tambien á su casa, y á la entrada se encontró con el P. Ávila.

—El cielo se abre para recibir un nuevo ángel, dijo Juan de Dios.

No quedó duda con esto al padre Maestro de que Victoria moria.

—No hace aún tres horas, dijo, que la he confesado en la iglesia, y me ha sorprendido por lo tanto el aviso que acabo de recibir.

—Entremos, dijo Juan de Dios, que no hay tiempo que perder.

Subieron y penetraron ambos en la habitacion de Victoria, que sin haberse desnudado estaba echada en su humilde lecho.

Tenia los ojos cerrados, y en sus labios se veia una dulce sonrisa.

—Preciosa es, dijo el P. Ávila, la muerte del justo á los ojos del Señor.

Apénas pudo ya contestar la enferma á las palabras del sacerdote.

Este mandó inmediatamente que la trajesen la Extrema-Uncion, cuyo sacramento recibió con una gran devocion interior, pues que casi imperceptiblemente se la oia pronunciar la palabra *amen,* al final de la oracion correspondiente á cada uncion.

Un cuarto de hora más tarde, miéntras que el Padre Ávila arrodillado decia la Encomendacion del Alma, entregó en brazos de Juan de Dios su espíritu en manos del Criador.

Alberto y Beatriz no pudieron contener su sorpresa

al recibir de Juan de Dios el aviso de que Victoria habia pasado á mejor vida.

Dos dias después un modesto ataúd, llevado á hombros de cuatro convalecientes del Hospital, conducia á la iglesia del mismo establecimiento los restos fúnebres de aquella heroina de la caridad.

Muy pocas personas formaban el cortejo fúnebre, que era compuesto de cuatro ó cinco mujeres, dedicadas al ejercicio de la asistencia de enfermos á domicilio, de Alberto y Beatriz, doña Vicenta y la vieja doña Tadea.

Beatriz llevaba el rostro cubierto y no cesó de llorar durante la fúnebre ceremonia.

En la iglesia se cantó un oficio de cuerpo presente, y terminado, tomaron el ataud Juan de Dios, Fr. Diego y otros dos religiosos, y bajándole al subterráneo donde estaban los enterramientos, dieron eclesiástica sepultura á la que en vida habia sido un modelo de virtudes.

VI.

Alberto y Beatriz experimentaron una grande afliccion por la pérdida de Victoria, y como quiera que al dia siguiente fuese á visitarlos Juan de Dios, hablaron detenidamente sobre el asunto y el religioso dijo:

—No es cosa para llorar sino para alegrarse en el Señor la muerte de Victoria. Piadosamente juzgando,

está ya gozando de Dios y es digna de una santa envidia. En sueños la he visto esta noche pasada, conducida por manos de los ángeles á la morada eterna.

Beatriz tomó la palabra y dijo:

—Hermano Juan de Dios: yo deseo sustituir á Victoria en el ejercicio á que se dedicaba. Si mi esposo me lo permite, sin desatender mis obligaciones, me dedicaré, vistiendo humildemente, al cuidado de las pobres enfermas: poseo bienes de fortuna con que poder al mismo tiempo favorecerlas, y de este modo lavaré mejor mis antiguas faltas.

Convinieron en ello Alberto y Juan de Dios.

Desde entónces formaron un matrimonio modelo.

Beatriz no tenia más trato que con las pobres enfermas á las que asistia y socorria.

Alberto cada dia asistia al santo Hospital á dar la comida á los enfermos.

No volvió á tener amigos.

Sus bienes los empleaban en obras de caridad.

A tan santos ejercicios dedicados vivieron algunos años, durante los cuales tuvieron un sólo hijo que educado cristianamente fué luego heredero de las virtudes de sus padres que, cargados de años y merecimientos, salieron de este mundo para recibir las recompensas preparadas á los inocentes y arrepentidos.

Tal fué el fruto de los grandes desvelos de Juan de Dios, de ese hombre incomparable, al que llamarémos el *amigo de la humanidad,* si bien le cuadra per-

fectamente el nombre de *padre de los pobres*, con el que es conocido.

Él retuvo á Alberto en su Hospital y le enseñó á prácticar las virtudes.

A Victoria la llevó como por la mano á los hermosos caminos de la perfeccion cristiana.

É hizo los mayores esfuerzos por redimir el alma de Beatriz que se hallaba ennegrecida por el crímen.

Él fué, en suma, el instrumento de que se sirvió la Providencia para que en aquella familia, ántes tan desventurada, triunfase del modo que hemos visto el espíritu de Dios sobre el espíritu del mundo.

¡Dichoso el que consigue de tal manera dejar una eterna memoria de su tránsito por la tierra!

No hay semejanza entre la gloria de Juan de Dios y la de los héroes del mundo.

La de estos es pasajera como el humo.

La de Juan de Dios es eterna.

Aclamados son con júbilo los grandes conquistadores, y sus hazañas consignadas quedan en las páginas de la historia.

Sus sienes son orladas de laureles y la patria agradecida acuerda para ellos honores y distinciones.

Pruebas dieron de valerosos en las lides.

La intrepidez que desplegaron rayó sin duda á grande altura.

¿Pero cuántas lágrimas hicieron verter?

¿Cuántas madres aflgidas no pusieron sus clamores en el cielo por la pérdida de sus amantes hijos que quedaron en los campos de batalla?

¿Cuántos pueblos no quedaron arruinados?

La industria, el comercio, las artes y las letras experimentan en las guerras golpes de muerte cuyas consecuencias son asaz dolorosas y llenan el alma de desconsuelo.

En cambio Juan de Dios, más digno de memoria eterna que todos esos héroes cuyos nombres nos conservan los fastos de la historia, pasó su vida haciendo bien, enjugando lágrimas, reconciliando familias y sufriendo penosas vigilias al lado de los desgraciados enfermos.

¡Dichoso él, repetimos, que supo ser fiel imitador del Salvador del mundo, que pasaba por todas partes sembrando beneficios!



APÉNDICE.

I.

Hemos llegado al término de nuestro trabajo.

El objeto que al emprenderlo nos propusimos quedó manifestado en el Prólogo de la obra.

Tal vez el acierto no haya correspondido á nuestros buenos deseos.

Si es así, culpa será de lo limitado de nuestra inteligencia de escritor. ¡Ojalá que ingenios más privilegiados, plumas mejor cortadas que la nuestra, sigan el camino que hemos dejado trazado!

La necesidad á que esto responde se presenta á la imaginacion ménos lince y perspicaz.

Herida de muerte se halla la sociedad actual. Un malestar aqueja á todos sus individuos, así al hombre de letras como al iliterato, al poderoso como al menestral, de la misma manera á aquellos hombres en

cuyo rostro está grabada la huella de la fatiga de los combates, como á los jóvenes que se hallan animados por las dulces emociones de los estudios literarios.

Fenómeno es este digno de llamar la atencion de los hombres observadores y de ser estudiado por los que son verdaderos amantes de la sociedad.

No creemos que estará de más el que hagamos aquí un rápido estudio sobre él, ya que en nuestro libro hemos deslindado los caminos y los fines á que cada uno de ellos conduce.

Lo intentarémos.

II.

¿Ha habido algun siglo que tenga más elemento de vida que el siglo XIX?

¿No ha sido en él favorecida de un modo extraordinario la inteligencia humana con pasmosa inventiva?

¿No se marcha á pasos agigantados por las hermosas sendas de la civilizacion?

Todo esto es indudable.

El siglo XIX es rico, inmensamente rico.

Y siendo así; ¿por qué brotan tantas necesidades, tantas miserias de esas mismas riquezas? ¿Por qué el hambre es general? ¿Por qué todo corazon experimenta necesidad?

Es que nuestra época se ha empleado en reanimar lo bueno y lo malo del pasado, y con más constancia lo segundo que lo primero. Y abriendo sepulcros asquerosos, para examinar y analizar los huesos áridos que en ellos se encierran, ha corrompido la atmósfera en que vivimos, impregnándola de pútridos miasmas; y como la atmósfera está viciada, precisamente las mismas riquezas, los mismos adelantos, la misma civilizacion ha de participar de la enfermedad general, que neutraliza sus fuerzas, que envilece esa misma civilizacion, que arrastra por el fango ese progreso de que tanto nos gloriamos.

Si un ave que carece de una de sus alas quiere tomar el vuelo, no puede sostenerlo por falta de equilibrio y cae y se entristece, viendo que son inútiles todos sus esfuerzos.

Así á las sociedades modernas, ricas como son, le faltan los elementos indispensables de vida, carecen de una de las alas que pueden sostenerlas en su vuelo, y hacer que sea una verdad el progreso, la civilizacion, la libertad, ideal acariciado por todos los hombres de buen sentido. Y esta ala indispensable de la vida social es la idea religiosa.

Si á los grandes adelantos que se han hecho y se hacen cada dia en las ciencias naturales se uniesen los adelantos morales, en este caso seria una verdad nuestro progreso, porque la sociedad se elevaria majestuosa sobre las dos alas, sobre los dos polos que

pueden sostener la civilizacion con el aditamento de religiosa.

Empero, el orgullo humano, ese orgullo infiltrado en las venas de la actual generacion, orgullo que quiere hacer un maestro de cada jóven de veinte años; orgullo que pretende elevar la inteligencia humana más allá del término que le ha sido señalado; orgullo que hace llegar hasta la estupidez de negar á Dios, se enseñorea, haciendo que el hombre se crea *suficiente,* en completa independencia y que no reconozca otra divinidad que su imaginada razon, esa razon que con tanta facilidad se oscurece, y hace de un sabio un idiota.

La filosofia ya no es cristiana. En vez de animar, lleva, cuando ménos, la duda al corazon. Tras la duda viene el escepticismo, y ciertamente que no encontrará alimento para el espíritu, ni consuelo para sus adversidades, el filósofo positivista, el que toma por madre el ser torneado por Aimé-Martin, por hermano al Emilio de Rosseau y por maestros y guias á Hégel, Spinosa y los otros filósofos que se han echado sobre sí la mision, triste por cierto, de sembrar la duda en los corazones.

¿Vislumbra ya el lector cual es la causa de ese malestar general que se experimenta, de esas necesidades que brotan de nuestras propias riquezas, y para decir la última palabra, de esa desesperacion tan espantosa que arrastra innumerables victimas al sepul-

cro, víctimas hastiadas de su propia abundancia, de sus mismas luces, de su decantada civilizacion?

III.

Es cosa en verdad dura que el èrror haya siempre de representar su papel en todos los elementos de la civilizacion. No basta que el que ocupa una cátedra esté adornado de elocuencia; si ha de someter las atenciones á la fascinacion de la retórica, si ha de obtener aplausos, si sus frases han de ser luego repetidas y comentadas, ha de vituperar lo pasado, ha de mezclar con las resplandecientes verdades los errores más deplorables, ha de divinizar á los filósofos que en sus delirios científicos han pretendido hasta borrar el divino orígen del hombre, para hacerle en vez de la imágen de un Dios el descendiente del mono. Basta esto para que reciba aplauso, para que sea reputado por eminencia científica, para que su nombre aumente el católogo de los regeneradores de la sociedad. ¡Desventurada regeneracion!

Sirve de consuelo el ver que á través de esa pléyade de *sabios* al estilo moderno, surgen varones eminentes, maestros consumados en la verdadera sabiduría, que no abochornándose de hablar en público la verdad, riñen batallas con esa ciencia espúrea, fuente envenenada que produce ese malestar de que hablamos al principio. Uno de aquellos espíritus verdade-

ramente fuertes, al que nada importan las diatribas de los ingenios de gacetilla, escribia hace muy pocos años, sobre el tema que nos ocupa, investigando el *Pro y el contra de la vida moderna*, y en su doble carácter de profundo filósofo y sabio médico decia:

«Ocioso es investigar por qué el error ha de representar tan esencial papel en el desarrollo de cada »elemento de la Civilizacion total, provocando en los »pueblos que lo elaboran una hyperdinamia en forma »de extremosa pasion; inútil pretender inquirir qué »secreto intento entrelaza, en cada época célebre, »la gloria de un principio y la ignominia de un grave »error. Descubrir científicamente la razon ética de »de esa intervencion del mal positivo en el progreso »del humano linaje, fuera temeridad; criticar esa in»tervencion, fuera insensatez palmaria. La razon de »estas cosas se oculta en Dios; á la humana ciencia »sólo incumbe analizar la complexidad del fenómeno, »presentar á los hombres su neta realidad, á fin de »que puedan hacer de su conocimiento una aplica»cion digna y provechosa.»

No seguirémos al doctor don José de Letamendi, que es el autor del párrafo trascrito en sus profundos razonamientos, pues que su objeto, como médico de gran valía, es inquirir la influencia de los errores en la salud y longevidad de los hombres de la época.

Concretémonos nosotros al punto de vista únicamenter eligioso.

El mal está en las doctrinas que corroen el corazon del cuerpo social.

Un célebre médico de allende los Pirineos, cuyo nombre no recordamos, ha dicho que «la demencia así como los suicidios están en relacion al mayor ó menor grado de la moralidad de los pueblos». Justamente la estadística de Francia habla muy alto sobre este punto.

El decrecimiento de la moral, la propagacion de libros y folletos, jugo de vid emponzoñada en los cuales se enseña á prescindir de Dios y de la conciencia, ha hecho nacer el gran dolor del siglo XIX, dolor que aqueja á todas las edades, y cuyo nombre es *desesperacion.* El que no cree, tampoco espera; y para el que no espera no hay consuelos posibles, y por eso busca el alivio de sus males, bien en la boca de una pistola, bien en la profundidad de un rio.

IV.

Y porque estamos convencidos de estas verdades, porque sabemos que sólo podrá llegarse al verdadero progreso, á la verdadera civilizacion, á la libertad real, que es la contraposicion de la licencia ó libertinaje; por la union de los adelantos morales con los de las ciencias naturales, lo que produce el progreso religioso, deseamos que se unan en identidad de sentimientos los hombres de noble corazon que pueden contri-

buir con sus luces á curar los males que experimenta la sociedad moderna, poniendo en juego para eso los mismos medios de que se sirven los enemigos del reposo público para arrastrar á los pueblos á su ruina y robar la tranquilidad de las familias y de los indivíduos.

El libro es la palanca de más fuerza usada para fines tan deplorables; y siendo así salta á la vista la necesidad de combatir el libro, de introducir en el seno de las familias las verdades más imperiosas, las más racionales doctrinas, las ideas religiosas que fomentan la moral, que hacen amable la virtud y aborrecible los vicios, por medio de lecturas en las que hermanándose la sólida instruccion al recreo, ni fatigan el entendimiento ni agotan la paciencia; lecturas que no siendo rechazadas por los hombres entendidos, estén al propio tiempo al alcance de las personas que carecen de una sólida instruccion.

Esta idea nos movió á escribir el *Juan de Dios*, segun manifestamos en el Prólogo.

Hemos presentado una terrible lucha entre el espíritu de Dios y el espíritu del mundo. Una mujer que es feliz, siempre feliz, viviendo bajo el testimonio de una conciencia tranquila, y otra que salta de precipicio en precipicio, porque habiendo dejado sofocar en su corazon todo sentimiento religioso, entregada al desenfreno de las pasiones, se familiariza con el crímen.

Y en medio de este cuadro hemos hecho aparecer una gran figura, la figura de Juan de Dios, uno de esos hombres que de vez en cuando suscita la Providencia para que sean modelos de la sociedad en que viven, y la contraposicion de esos otros hombres, plantas parásitas que viven solo para sí, sin pensar nunca en las necesidades y aflicciones ajenas.

Así hemos visto cuán inmenso tesoro es la virtud, tesoro tan poco buscado por los que si á algo aspiran es únicamente á rodearse de comodidades para hacerse más agradable la vida.

El desenlace de nuestra historia ha demostrado que nunca el alma deja de encontrar su purificacion cuando la persona extraviada se reconoce, llora y suplica.

Nuestra obra no quedaria completa sin este apéndice.

No ha sido tan solamente el objeto de él las reflexiones que quedan consignadas.

Juan de Dios es un personaje histórico y por cierto de mucha importancia. Es un hombre que dispensó un beneficio inmenso á la humanidad con la fundacion de su esclarecido Instituto, que ha producido muchos ilustres hijos del gran Patriarca en todas las naciones.

Sus hechos reales han aparecido en nuestro libro envueltos con las peripecias de la novela; su persona tan digna de respeto puesta al lado de las inventadas por nuestra fantasía.

Y siendo Juan de Dios un varon elevado al honor de los altares, justo es que aquí, en este lugar y para cerrar dignamente nuestro trabajo, dediquemos algunas páginas á delinear su retrato, ó siquiera sea un mal trazado boceto de varon tan eminente.

V.

La lucha incesante entre la verdad y el error que agita de contínuo á la humanidad, data desde la cuna misma de la Creacion: tuvo su principio bajo los robustos arbustos del delicioso Eden, y se ha perpetuado á través de los siglos y de las generaciones. Y esta lucha puede decirse que no ha sido interrumpida. En proporcion que los pueblos se multiplicaban, multiplicáronse á la vez los elementos de corrupcion, y el error enviaba sus apóstoles por todas partes, los cuales trabajaban con celo incansable á fin de engañar á los incautos, sorprendiendo la credulidad de los hombres sencillos y alcanzando que sus perniciosas enseñanzas adquiriesen una inmensa popularidad.

Empero, esa generacion bastarda, corruptora de todo noble sentimiento, de toda idea religiosa; esa generacion de hombres sin creencias, de filósofos sin convicciones, de semi-sabios orgullosos, de catedráticos del escepticismo, de proclamadores de un progreso ficticio, se ha desarrollado de un modo que causa espanto en estos últimos tiempos, en los que el filo-

sofismo insolente ha llegado hasta á desafiar con la mayor insolencia á Dios, disputándole sus desvelos, queriendo constituirse en soberano único del mundo, para que todas las inteligencias se dobleguen ante sus absurdas aberraciones, todo corazon le levante un altar y todo hombre se declare su vasallo. Para conseguir esto, la soberbia humana ha llamado en su auxilio las ciencias, ha reunido todos los recursos del génio, y en su empeño de socavar en sus mismos cimientos el edificio majestuoso de la verdad revelada, ha querido buscar pruebas en el detenido estudio de la cosmogonía y de la ideología, de la historia profana y de otras ciencias.

¿Quién ignora los grandes trabajos practicados con tal intento por los filósofos del pasado siglo y por los racionalistas del nuestro, empeñados en llevar á cabo esta obra de destruccion? A primera vista, y si observamos el hecho, no en el fondo sino en la corteza, parece plausible el vuelo prodigioso que han tomado los estudios científicos. Pero ¿qué objeto tiene ese tenaz y decidido análisis, que se hace en todos los ramos del saber humano? Vemos que la astronomía ha llegado á tocar los últimos límites en su investigacion; que la física ha penetrado hasta en la region ó imperio del monarca de los astros; que la arqueología rebusca con afan los más antiguos monumentos; que la geología escudriña hasta los más recónditos secretos del globo desde la florecilla del campo y la

más pequeña hoja del arbusto hasta las mismas entrañas de la tierra; y hasta la filología estudia todos los idiomas y dialectos desde la gerga del salvaje hasta las lenguas sabias. Empero, no es deseo de ilustracion, y un motivo para admirar la sabiduría del Creador que tantas maravillas ha atesorado en la naturaleza, sino un deseo de encontrar medios para desmentir las tradiciones bíblicas, para acusar de impostura á Moisés, para combatir la revelacion divina, para desacreditar, en una palabra, todo el sistema del cristianismo y su influencia poderosa en el bienestar temporal y eterno de los hombres.

Felizmente tales esfuerzos del racionalismo moderno no han producido ni pueden producir otros efectos, que robustecer más y más la misma verdad que pretenden destruir, porque el catolicismo del crisol de tantas pruebas ha salido victorioso. No es el racionalismo otra cosa que un mísero pigmeo que insensatamente se propone luchar con un gigante. ¿Quién dudará de parte de quien estará el triunfo y la victoria?

La obra del racionalismo puede darse por terminada, porque no puede llevar más allá sus investigaciones y análisis.

Sabidos son los fines que se propuso y patente de lo que ha conseguido.

Reíase el cínico Voltaire, padre de los filósofos del pasado siglo, y recibia con gozo las felicitaciones de Federico II, porque habia dado el golpe de muerte al

catolicismo. Y sin embargo, el catolicismo vive y se corona de gloria á través de las persecuciones.

Tambien se rien los racionalistas del siglo XIX, creyendo que conseguirán lo que aquel y sus adeptos no consiguieron.

El catolicismo á pesar de tales esfuerzos, de las virulentas declamaciones que en los libros, en las tribunas, en las cátedras, en todas partes se levantan contra él, con desdoro y mengua de nuestra decantada civilizacion, alza su frente invulnerable y presenta al mundo monumentos de gloria que forman la más preciosa, la más bella apología de su doctrina y que son testimonios innegables de la influencia benéfica que tiene en sus relaciones con la humanidad.

Bástanos, entre la multitud que pudiéramos citar, el héroe al que ha contemplado el lector en las páginas de nuestro libro, como un delegado de la Providencia, para ejercer los más nobles oficios, contrarestando con la caridad divina el egoismo tan arraigado por desgracia en los corazones humanos..

Sus obras responden victoriosamente á los sofismas miserables del moderno racionalismo.

Véamoslo.

VI.

El instituto que San Juan de Dios fundára, y que viene á ser un arca de refugio de desgraciados enfer-

mos, de los que muchos hubiesen muerto en el desamparo por carecer de bienes y de familia, es un glorioso testimonio del poder de la caridad cristiana, de esa caridad que sólo han podido parodiar las sectas separadas del frondoso árbol del catolicismo.

Compárese lo que hizo ese hombre, ignorante en la ciencia del mundo, con lo que han hecho en favor de los pueblos esos que se llaman sus regeneradores, que predican utopias irrealizables, que pasan la vida ofreciendo una era de felicidad, sin producir otra cosa que trastornos, revoluciones espantosas, desprestigio de todo principio de autoridad, y no podrá ménos de comprenderse donde está la verdad, y quienes son los hombres que se han hecho acreedores á la gratitud de la humanidad y á que sus nombres pasen de generacion en generacion, siendo bendecidos por grandes y pequeños.

Pobre por su nacimiento, la inteligencia humana no hubiese adivinado jamás el destino que á Juan, el hijo de Andrés Ciudad, le estaba destinado.

¡Es muy menguada la razon del hombre!

Cerrado está el libro del porvenir á los ojos mortales.

Quien hubiese visto un dia á un recien nacido infante en una cestita de mimbres que flotaba sobre las aguas del Nilo, no hubiera pensado que aquel niño estaba destinado á ser el caudillo de un gran pueblo, que habia de recibir de manos de Jhowah las tablas

de la ley; que, en suma, aquel niño que entraba en el mundo por las puertas del naufragio, habia de ser el legislador del escogido pueblo, para el que era como la aurora de la libertad, cuyo poderío habia de hacer inclinar á su ocaso el trono de los Faraones.

A este modo, quien en los primeros años del siglo XVI hubiese visto un pequeñuelo, sin antecedentes genealógicos, falto del apoyo de sus padres, por haberse alejado del hogar paterno, entregado á una vida azarosa y agitada, perdido por los caminos, andando sin rumbo fijo, siendo primero pastor y dedicado después al ejercicio de las armas; quien le hubiese visto más tarde con un pié en las gradas del ignominioso patíbulo, adonde era conducido por la calumnia, seguramente no hubiese adivinado en él al futuro padre de los pobres, al héroe de la caridad cristiana, á uno de los hombres más benéficos de su tiempo, al fundador de un instituto ilustre que habia de llevar el consuelo á todos los pueblos cristianos; y, en suma, á un hombre que elevado un dia al honor de los altares, habia de ser objeto de veneracion.

Y fué así contra todos los cálculos de la humana inteligencia.

De los primeros tiempos de su vida, nos ocupamos detenidamente en el cuerpo de la obra. No hay, pues, para que repetir las mil pruebas porque pasó, las angustias que devoró en su corazon, las amarguras de que se vió rodeado hasta el momento en que ilumi-

nado por la gracia, conoce su degradacion, se abochorna de sí mismo y penetra con pié firme en el camino de la virtud.

Tomemos este momento por punto de partida.

VII.

Sintióse animado de un grande y ardiente deseo de satisfacer á la divina justicia por el desórden de su juventud, y fijó su vista en el África.

Allí quiso ir con el objeto de evangelizar á los infieles y de ganar la corona del martirio.

Sin titubear un momento se embarca en Gibraltar y consigue pisar las costas africanas. Empero, una vez en Ceuta, allí debe detener sus pasos.

No es su mision en medio de los infieles. A otro ministerio le destina la Providencia.

Desde Gibraltar habia ido á Ceuta al servicio de un caballero portugués que iba desterrado con su mujer y cuatro hijas doncellas.

Ignoraba aquel caballero el tesoro que llevaba en Juan, pero bien pronto debia serle notorio.

La agitacion de los viajes y la mudanza de clima fueron causas de que la mujer del caballero y las hijas cayesen enfermas en Ceuta.

Triste era la situacion del desterrado, porque faltándole los recursos quedó casi reducido á la miseria, y

sufria más por su propia hija y su esposa que por él mismo.

No sabia que pensar ni que hacer.

Pasó por su imaginacion el huir solo de aquella poblacion, pero le detuvo el amor á la familia.

En tal situacion y conociendo la belleza del alma de Juan, determinó revelarle su estado.

—Juan, le dijo, tengo el sentimiento de anunciarte que he agotado todos mis recursos y que no veo otro porvenir que una espantosa miseria.

—Confiad en Dios, caballero, respondió Juan que sintió vivamente aquella desgracia.

—Mi situacion es terrible y angustiosa.

—Es verdad. Decidme que puedo yo hacer para aliviaros.

—Algo pudieras.

—Hablad, pues, que dispuesto me teneis hasta el sacrificio si es preciso.

—Me avergüenzo de decírtelo.

—Yo os ruego que ni por un momento os detengais. Decidme que puedo hacer.

—Si pidieseis trabajo de peon en las fortificaciones de la plaza, nos podríais ayudar con alguna limosna.

Juan, que siempre habia sentido viva compasion hácia los pobres, no titubeó ni un instante. Se alegró de que se le presentase aquella buena ocasion de ejercer una buena obra de misericordia, y así respondió en el momento:

—No teníais necesidad de andar con rodeos para decírmelo. En el momento voy en busca de trabajo, y aunque el jornal no puede ser muy crecido, siempre contribuirá al remedio de la necesidad que me habeis revelado.

Fué admitido como peon en las obras que se hacian en las fortificaciones de la plaza. Cada noche cobraba su jornal y lo ponia inmediatamente en manos de su amo sin reservarse nada para sí y todos se sustentaban.

Estó duró por espacio de algunos meses, sin que Juan manifestase nunca cansancio ni disgusto, y ántes por el contrario se mostraba siempre muy alegre, bien que su noble corazon rebosaba en dulces expansiones por la satisfaccion que le producia el hacer bien.

Empero, llegó un dia en el que pararon las obras y por consiguiente terminó el jornal, y aquella familia volvió á encontrarse en la misma necesidad que ántes.

Segunda vez pensó el caballero en ausentarse por no ver morir de necesidad á aquellos miembros queridos de su familia, y manifestó á Juan su determinacion.

Hé aquí el diálogo sostenido entre ambos:

—Juan, dijo el caballero: me es imposible sufrir por más tiempo el cuadro de miseria que se desarrolla á mis ojos.

El humilde Juan exhaló un suspiro.

—Voy á desaparecer de Ceuta, continuó el caballero, porque no encuentro remedio á tan grandes males.

—¿Por qué desconfiais, señor, de la piedad y misericordia de Dios? dijo Juan: ¿Pensais que desamparará á los hombres el que sustenta á las aves? Si crió para nosotros las cosas del cielo ¿cómo nos negará las de la tierra? Confiad en Dios que él os remediará.

En seguida salió á la plaza, vendió su capa y entregó su precio al caballero para que se remediase en su gran necesidad.

Poco después se continuaron las obras, y Juan volvió á su oficio de peon con lo que pudo continuar en su buena obra de misericordia para con aquella desgraciada familia.

Admirado el caballero de aquella caridad, le dijo un dia:

—En verdad, Juan, que si se perdiese la misericordia se hallaria en vos.

Los acontecimientos demostraron con cuanta razon habló aquel caballero, pues que la misericordia perdida por completo de muchas ciudades, fué á morar en los hospitales que él erigiera para bien de la humanidad doliente.

VIII.

Embarcóse Juan en Ceuta con direccion á Gibraltar y hallándose á la mitad del estrecho se levantó una furiosa tempestad, en términos que el pequeño buque en que navegaba estuvo á punto de perderse. La consternacion fué general, como sucede siempre en estos casos.

El que ménos temor debia tener era Juan, y sin embargo fué el que más temió, creyendo que Dios mandaba aquella tempestad para castigarle por sus pecados. Así, pues, empezó á dar grandes voces exclamando:—«Por mí ha venido esta tempestad; si quereis que cese, echadme al mar, porque soy un gran pecador.»—Y tanto lo repitió, que los otros navegantes creyendo en efecto que era un gran pecador y que tenia razon en lo que decia, se dispusieron para arrojarle á las aguas. Pidióles el santo que le dejasen rezar el Padre nuestro: empezó á decir esta oracion, y ántes que la hubiese terminado se serenó por completo la tempestad y se apaciguó repentinamente el mar, lo que maravilló á los navegantes, y desde aquel punto empezaron á mirar como santo al que ántes reputaban un gran pecador.

Llegados á Gibraltar, el santo se dirigió á una iglesia donde dió gracias al Señor que le habia libra-

do de tantos peligros ofreciendo vivir en adelante entregado al servicio de Dios.

Al que deseaba ir en busca del martirio á tierra de infieles, le estaba reservado por la Providencia otro martirio no ménos meritorio y heróico. En medio de los pobres enfermos faltos de todo recurso humano; en el seno de las más repugnantes miserias, debia ejercer un noble apostolado, el apostolado de la caridad.

Hallábase dedicado en Gibraltar al oficio de vendedor de libros y estampas religiosas, cuando de un modo maravilloso le fué manifestado el destino que le estaba señalado sobre la tierra.

Un dia se encontró con un hermosísimo niño pobremente vestido y los piés descalzos. Compadecióse de él y quitándose las alpargatas se las dió.

El niño recibió aquel regalo; pero, manifestándole que no podia andar con ellas, se las devolvió.

—¿No os sirven? le preguntó.

—Son grandes para mí y me embarazan para andar.

—En este caso, venid en mis hombros que os llevaré.

Dejóle obrar el niño y él se lo cargó en efecto sobre sus hombros.

La carga le pareció suave en un principio; empero, poco á poco se fué haciendo tan pesada, que Juan sudaba, y al llegar á una fuente, como no le fuese posible pasar más adelante con aquel peso, le dijo:

—Niño mio: dadme licencia para beber y descan-

sar un poco, que pesais mucho y me habeis hecho sudar.

Sentó al niño junto al árbol, y al darle de beber oyó una voz á sus espaldas que le dijo:

—«Juan de Dios, Granada será tu cruz.»

Volvió el rostro y vió al niño que tenia una granada abierta y en medio una cruz.

El niño desapareció.

Señalado quedaba el destino de Juan, que por la voz misteriosa habia sido llamado Juan de Dios.

IX.

Granada, ciudad opulenta en recuerdos, de una raza poética, encantadora poblacion como lo son por lo general todas las de Andalucía, país encantador y delicioso en el que se respira una atmósfera pura y balsámica donde las tiernas y odoríferas flores se mecen suavemente por refrigerantes auras, fué la señalada por el dedo de la Providencia para teatro de los grandes hechos de Juan de Dios. Allí debian desarrollarse sus instintos benéficos y humanitarios.

Era ya de edad de cuarenta años cuando partió para aquella ciudad, habiendo conocido que tal era la voluntad divina, pues tan claramente como hemos visto le habia sido manifestada.

Sin embargo, ignoraba todavía cual era el ministerio que en la arabesca ciudad debia desempeñar.

Nada se le habia manifestado acerca de este punto.

Establecióse en las inmediaciones de la puerta Elvira, donde estableció un puesto de libros y de estampas; pero no con el deseo de lucrar, sino de extender la devocion y la piedad, en cuyo ejercicio permaneció hasta que Dios le llamó al objeto que le destinaba.

Predicaba por aquel tiempo en Granada el P. maestro Juan de Avila, llamado con justicia el apóstol de Andalucía, y del cual hemos tenido ocasion de ocuparnos en el cuerpo de la obra.

Un sermon de este sabio y virtuoso sacerdote inflamó de tal modo el corazon de Juan de Dios en el fuego del amor divino, que ganoso de padecer por Jesucristo se fingió dementado y recorrió las calles de la ciudad, dando gritos y haciendo estravagancias para concitar sobre sí el desprecio de las gentes, consiguiendo con facilidad lo que deseaba, pues que iba seguido de turbas compuestas en su mayor parte de chiquillos que le insultaban, le escarnecian y ejercieron con él hasta crueldades, lo que él sufria con grande resignacion y aún regocijo de su alma en expiacion de sus pasadas faltas.

Siguiendo en las más aparentes locuras, fué encerrado en el asilo destinado á los dementes.

Allí fué objeto de malos tratamientos, como lo eran sus desgraciados compañeros.

Empero, aquellos trabajos debian tener pronto término.

Dios debia mostrarle cual era el lugar que le tenia reservado.

No todos los que le habian visto correr de aquella manera por las calles le habian reputado por demente.

No faltaron algunos eclesiásticos que observando que todo habia provenido de haber escuchado el sermon del P. Avila, juzgaron que, más que locura, era todo una penitencia voluntaria que se habia impuesto.

Estos acertaron.

Hablaron con el maestro Avila, le refirieron lo que pasaba y este tomó á su cargo el asunto.

En efecto, el insigne Juan de Avila, que penetra su espíritu, que comprende la grandeza de su alma, que sabe leer en su corazon, viene á ser para Juan de Dios como un nuevo profeta que le anuncia sus destinos.

Por su insinuacion deja la ficcion piadosa de la locura, para dar principio á la especial mision que el cielo le destinara; y el que habia sido reputado insensato, no tardó en ser la admiracion de Granada por el heroismo de su caridad.

Dejamos de apuntar detalles importantes porque han quedado citados en el cuerpo de la obra.

De repente se le vé buscar local apropósito para reunir en él cuantos pobres desamparados encontrase por las calles; y como careciera de recursos propios, implora la caridad pública de puerta en puerta pi-

diendo limosna por amor de Dios para atender á la alimentacion y al cuidado de sus primeros enfermos, multiplicando sus desvelos á proporcion que se aumentan las necesidades de que se vé rodeado. El fuego de la caridad, de tal modo arde en su corazon que quisiera hacerse todo por todos. Do quiera que existe una desgracia, que hay una lágrima que enjugar, una afliccion que socorrer, allí se encuentra Juan de Dios, sin desatender, empero, á los pobres enfermos que se hallaban asilados en el pobre albergue que para tal efecto se habia proporcionado.

En la historia de su vida se leen diversos milagros que obró el Omnipotente á favor suyo, cuando se hallaba aún á los principios de su empresa.

Todavía no tenia compañeros que le ayudasen en el ejercicio de la caridad para con los pobres enfermos, constando que en más de una ocasion se encontró las haciendas hechas, pues los ángeles hacian lo que hasta entónces se negaban á hacer los hombres, que era ayudar en su tarea al santo enfermero.

X.

Tocóle un dia ir á pedir limosna para sus pobres al obispo de Tuy, que se hallaba entónces en Granada, por ser presidente de la real Audiencia.

Preguntóle aquel prelado como se llamaba.

—Juan es mi nombre, respondió.

—¿Y vuestro apellido?

—Mi apellido es Ciudad, pero un niño que me guió á Granada me llamó Juan de Dios; mas yo no me he atrevido á ponerme tan grande apellido, porque soy indigno de llevarlo.

El obispo conociendo sus virtudes y que aquello era cosa del cielo, le dijo:

—En adelante os llamaréis Juan de Dios.

—Pero señor.....

—Obedeced, dijo el prelado, y haced lo que os mando.

—Lo haré, señor.

Desde entónces el que por humildad habia rehusado, aceptó por obediencia el llamarse Juan de Dios.

Miróle detenidamente el obispo, y como le cobrase aficion le dijo:

—Venís muy pobremente vestido.

—He hecho voto de pobreza, dijo Juan de Dios.

—Muy conforme es á la pobreza ese vestido; pero no es conforme á la decencia de las personas con quienes tratais.

—¿Qué quereis que haga.

—Os habeis de diferenciar de las demás personas en el hábito, así como os diferenciais en el ministerio.

En seguida mandó traer el prelado un poco de jerga, teñida de blanco y negro y le cortaron un hábito honesto, semejante á los que han seguido usando después los religiosos de su órden, pero sin escapu-

lario. Este lo pidió más tarde al papa San Pio V, el hermano mayor de Granadà Fr. Rodrigo de Sigüenza, para diferenciarse de otros que les dió por usar el mismo hábito de los frailes de San Juan de Dios.

Ocasion hemos tenido en el cuerpo de la obra de hablar de los dos primeros compañeros de Juan de Dios que abrazaron su modo de vida é instituto. Estos fueron Anton Martin y Pedro de Velasco.

El nombre del primero lleva aún en la villa y córte de Madrid la plaza donde se halla situado el Hospital de San Juan de Dios.

Habia sido Anton Martin hombre de muy relajadas costumbres, que tenia á cargo suyo mujeres de esas desgraciadas que viven del criminal comercio que hacen de su cuerpo.

Con un grande empeño trabajaba á fin de conseguir que la justicia sentenciase á muerte á Pedro de Velasco que se hallaba preso por haber asesinado á un hermano suyo.

Era Anton Martin muy aficionado á Juan de Dios, al que daba limosna para su Hospital.

Compadecióse el santo de él no solamente por su mala vida, sino por el deseo que tenia de que quitasen la vida á Velasco, no por amor á la justicia, sino por satisfacer su venganza.

Un dia se encontraron en la calle Juan de Dios y Anton Martin.

El primero se arrodilló delante del segundo y le rogó al tiempo que vertia lágrimas que perdonase á su prójimo recordando que él habia cometido muchas y graves faltas, pecados muy enormes y que tenia tambien necesidad de ser perdonado.

Y tales fueron sus palabras, tal la elocuencia que Dios puso en sus labios, que Anton Martin no solamente renunció al punto su deseo de venganza y perdonó, sino que se ofreció al santo para compañero suyo.

Ambos se dirigieron á la cárcel.

En presencia del juez, hizo Anton Martin apartamiento de su querella y se hizo amigo de aquel cuya muerte solicitaba ántes con tanta instancia.

A poco, Pedro de Velasco salió de la cárcel y siguió las huellas de Anton Martin.

Juan de Dios vistió á ambos su hábito y los llevaba consigo para pedir limosna para los pobres enfermos.

La ciudad de Granada quedó con este suceso admirada y edificada.

No podia ser de otro modo.

Todos veian dos hombres de malos antecedentes convertidos y en camino de santidad, y bendecian al Señor que tales maravillas obraba por su siervo el humildísimo Juan de Dios.

Ambos fueron modelos de santidad.

Anton Martin fundó más tarde el hospital del Amor

de Dios en la villa y córte de Madrid, y Pedro de Velasco fundó la casa y hospital de Sevilla.

Tales fueron los primeros compañeros de Juan de Dios.

XI.

Con una rapidez extraordinaria creció la fama del santo hospitalario, así como el número de enfermos á quienes socorria y cuidaba, de suerte que bien pronto se hizo insuficiente su primer hospital.

Nada arredraba al varon de Dios.

Lleno de confianza y por más que no contára con recursos propios y únicamente con las limosnas que recogia, tomó otra casa más capaz, en la cual dispuso diversas enfermerías, unas para hombres otras para mujeres, poniendo los de enfermedades contagiosas aparte de los de enfermedades comunes, y retirados de los demás los que estaban asquerosos á causa de sus llagas.

Empero, no era tan solamente su hospital albergue de los enfermos.

Los pobres y peregrinos eran admitidos con igual caridad y socorridos generosa y caritativamente.

Admirados de tanta caridad algunos hombres ricos, compraron al santo unas casas grandes que habian sido monasterio de monjas y allí trasladó el santo sus enfermos, labrando las oficinas y salas nece-

sarias, de suerte que fué un Hospital grande en el que nada faltaba de las cosas que son necesarias en estos piadosos establecimientos. Tenia médicos, cirujanos y boticarios para el servicio de los enfermos á los cuales satisfacia sus respectivos honorarios, y nunca le faltó cuanto le era necesario para tan gran número de atenciones.

Entre las grandes pruebas que recibió de lo aceptables que eran á los ojos de Dios sus obras, apuntarémos tan solamente dos, suficientes á demostrar la santidad de Juan de Dios.

Era una noche fria y lluviosa.

Dirigíase el santo á su Hospital y tropezó con un pobre que se hallaba muy desabrigado y que se quejaba amargamente por no tener un lugar donde recogerse para descansar.

Compadecióse Juan de Dios y le brindó en el momento con su Hospital.

—No tengo fuerzas para andar por mis piés, dijo el pobre.

—Por esto no os apureis, respondió el santo.

—¿Cómo, pues lo harémos?

—De este modo.

Y aunque el santo iba cargado con la limosna recogida para sus pobres, se lo cargó en sus hombros.

Mucha carga era aquella, y sucedió que á los pocos pasos cayó en tierra con el pobre.

Causóle esto mucho desconsuelo por el daño que

pudiera haberse causado aquel infeliz, y se culpaba á sí y á su torpeza únicamente.

Queriendo tomar nuevamente al pobre en sus hombros se llegó un géntil mancebo y le ayudó, diciéndole al tiempo que le tomaba de la mano:

—Hermano Juan; Dios me envia á que te ayude en tu ministerio; y para que veas cuán acepto es al Señor lo que haces, sabrás que yo tengo á mi cargo el escribirlo en un libro.

—Yo, dijo el religioso, soy un pobre pecador; y todo lo bueno es de Dios. Pero ¿no me diréis quien sois?

—Soy el arcángel Rafael, destinado por Dios para ser tu compañero y guarda tuya y de tus hermanos.

El otro hecho á que nos referíamos es el siguiente:

Otro dia estando Juan de Dios repartiendo la comida á sus pobres le faltó el pan para algunos.

Presentóse el mismo arcángel San Rafael vistiendo el mismo hábito que Juan de Dios y con una cesta de pan en la mano y le dijo:

—Hermano Juan; todos somos de una órden; recibe ahora este pan para remediar á tus pobres.

Tan agradable es á los ojos del Señor la caridad, que no solamente con los hechos que quedan notados premió la de su siervo, sino con otro aún más singular.

Encontróse un dia con un pobre pálido y macilento que apénas parecia tener fuerzas para sostenerse. To-

móle en sus hombros, le condujo al hospital y le colocó en una cama.

Quiso lavarle los piés y quedó maravillado.

En uno de ellos advirtió una llaga muy hermosa y resplandeciente.

Levantó los ojos para mirar el rostro del enfermo, y éste le dijo:

—Juan; á mí se me hace todo el beneficio que se dispensa á mis pobres.

Y enseguida desapareció el enfermo dejando tal resplandor en la sala, que asustados los enfermos que pensaban se quemaba el hospital, empezaron á dar voces de fuego, pidiendo socorro.

XII.

No estaban todas las necesidades en el Hospital de Juan de Dios, y así su caridad no se concretaba al piadoso establecimiento.

Tan solícito como era en atender á las enfermedades del cuerpo, lo era para las de las almas.

La historia que hemos bosquejado y que dió los resultados que se han visto, es seguramente un retrato del alma de este siervo de Dios, pues que siempre estaba dispuesto á sacrificarse por hacer bien. En nada tenia su propio reposo, pues de dia y de noche era materia dispuesta cuando se trataba de hacerse benéfico á otras existencias.

Como si no fueran suficientes las muchas necesidades á que tenia que atender dentro de su Hospital, iba por las casas de las doncellas pobres y viudas desamparadas y á todas proporcionaba el sustento, exhortándolas á que viviesen en pureza y que no ofendiesen á Dios. Buscaba dotes para casar doncellas y cuidaba con la mayor asiduidad y esmero á los huérfanos, con quienes hacia las veces de padre.

Empero, su mayor cuidado lo ponia en apartar á las malas mujeres de su mala vida, ofreciéndolas sustentarlas y atender á todas sus necesidades si dejaban el ilícito comercio que hacian de su cuerpo, siendo en gran número las que movidas á penitencia por sus exhortaciones entraron en el camino de la virtud.

La caridad de Juan de Dios tenia todos los carácteres y circunstancias que á esta virtud señala el apóstol San Pablo, y resplandecia por lo benigna.

Hé aquí un hecho que lo demuestra.

Pasaba el santo una mañana por la calle llamada de los Gomeles, y con la capacha en que llevaba la limosna derribó la capa á un caballero.

Este se incomodó y le dirigió palabras duras y aún injuriosas.

Juan de Dios, le dijo:

—Hermano, perdonadme, que no lo he hecho de propósito.

Disgustóse el caballero aún más por verse llamado hermano por aquel pobre hombre y en su ira le dió

una recia bofetada, y no contento con esto mandó á sus criados que le apelearan, al tiempo que decia el santo:—«Volvedme á castigar, que he errado.»

En esto acertó á pasar otro caballero y dijo al santo:

—¿Qué es esto, hermano Juan de Dios?

Cuando el primer caballero que era forastero oyó el nombre, conoció quien era aquel á quien habia agraviado tanto, y abochornado de su propia conducta, le pidió le perdonase.

Juan de Dios con rostro alegre y risueño le abrazó como si hubiera recibido de él un gran beneficio, y aquel hombre le mandó al dia sigüiente cincuenta escudos para sus enfermos del Hospital.

No nos hemos propuesto hacer una completa biografía de este héroe de la caridad cristiana, sino tan sólo recoger algunos apuntes de la historia de su vida y creemos sean suficientes los anotados para comprender donde llegaba la misericordia del que con razon es conocido con el nombre de padre de los pobres.

XIII.

Terminemos con algunas noticias acerca de su muerte y su elevacion al honor de los altares.

Habiendo enfermado gravemente, fué á visitarle doña Ana Osorio, esposa de un veinticuatro de Granada, y como le viese echado sobre una tabla y

sin comodidad de ninguna clase, le suplicó le dejase llevar á su casa para asistirle en su enfermedad.

Negóse á ello resueltamente el santo diciendo que queria morir entre sus pobres; empero, la señora fué á ver al arzobispo, y de tales razones se valió, que aquel Prelado le mandó por obediencia que se dejase conducir á casa de la señora.

Obedeció entónces y se dejó llevar, despidiéndose con lágrimas en los ojos de sus pobres.

El mismo arzobispo al verle muy grave dijo misa en su misma habitacion y le administró el santísimo Viático.

Conociendo Júan de Dios que se acercaban los últimos momentos de su vida, llamó á Anton Martin, al que eligió por su sucesor, encomendándole eficazmente los enfermos, pobres, viudas y huérfanos.

Por último, el 8 de Marzo de 1550 entregó su alma á Dios, cuando contaba la edad de cincuenta y cinco años, habiendo empleado los trece en el servicio de los pobres. Quedó con el rostro angélico y maravilló á todos el que por espacio de seis horas que tardaron en moverle permaneciese su cuerpo de rodillas, que fué la posicion que tomó para morir.

Apénas se divulgó la noticia de la muerte del santo por la ciudad y por los pueblos comarcanos, acudió de todas partes gran multitud de gentes, ansiosas de verle y de contemplarle.

Colocaron el cadáver vestido con su hábito en un

rico lecho en el mismo aposento en que murió, el cual estaba lleno de una fragancia celestial que exhalaba el santo cuerpo.

El entierro fué tan suntuoso como pudiera haberlo sido el de un monarca. Voluntariamente asistieron todas las comunidades religiosas, de suerte que parecia, más que entierro, una procesion de triunfo.

Abrian la marcha los pobres y hermanos de su Hospital, las mujeres que habia casado, las viudas y doncellas que habia amparado y socorrido, todas con velas en la mano, llorando inconsolables la pérdida de tal padre y recordando los beneficios que de él habian recibido.

Iban después todas las cofradías con sus pendones y estandartes, las religiones por antigüedad, la clerecía de todas las parroquias y la de la Santa Iglesia, dignidades y canónigos, presidiendo á todos el arzobispo don Pedro Guerrero.

Seguia el cuerpo difunto y detrás el presidente de la real Cancillería, los inquisidores, los oficiales y ministros de los tribunales, y últimamente los caballeros de la ciudad y una multitud de personas que se habian agregado al cortejo fúnebre.

Era tan inmensa la concurrencia por todas las calles, que la procesion tuvo que parar muchas veces porque no podia contenerse el ansia y fervor con que todos querian tocar rosarios y medallas al santo cuerpo.

Así fué conducido al convento de los padres mínimos, donde celebró la misa de cuerpo presente el general de aquella órden, predicando un religioso de la misma.

Fué sepultado en la capilla de los caballeros Pisas, que está en el mismo convento.

Veinte años después de su glorioso tránsito, mandó el arzobispo que era entónces de Granada abrir el sepulcro y fué hallado el cuerpo incorrupto, saliendo tal fragancia del arca ó ataud en que estaba depositado que la multitud que habia entrado á verle quedó pasmada y un pobre enfermo de un brazo que se encomendó al santo quedó instantáneamente sano.

La sala donde murió se convirtió después en oratorio y aún pasados de cincuenta años salia de ella una fragancia celestial.

La religion hospitalaria de San Juan de Dios se extendió rápidamente por todas partes habiendo sido confirmada por Pio V. por bula dada á 1.° de Enero de 1572, dándola la regla de San Agustin, y concediéndola muchos privilegios que han aprobado y confirmado después otros muchos Pontífices. Esta religion tan benéfica tiene hoy multitud de hospitales en España, Italia, Francia, Alemania, Polonia y hasta en las Indias occidentales y en las islas Filipinas, establecimientos en los cuales los hijos de San Juan de Dios dan repetidas pruebas de conservar el espíritu de su glorioso Padre y Patriarca.

Dios quiso hacer patente la gloria de su siervo por medio de gran número de milagros, lo que movió al Sumo Pontífice Urbano VIII á beatificarle en 21 de Setiembre de 1630, y más tarde fué solemnemente canonizado por Alejandro VIII.

Tal fué el héroe del catolicismo, cuyas grandes virtudes, cuya caridad inmensa que confunde el egoismo de los tiempos modernos, nos ha dado asunto para la obra que terminamos en este punto.

FIN.

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE EL TOMO SEGUNDO.

LIBRO SEGUNDO.

EL ESPÍRITU DE DIOS.

Nota. El *prólogo* debe colocarse en la página *tercera* del tomo primero.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

TOMO PRIMERO.

TOMO SEGUNDO.